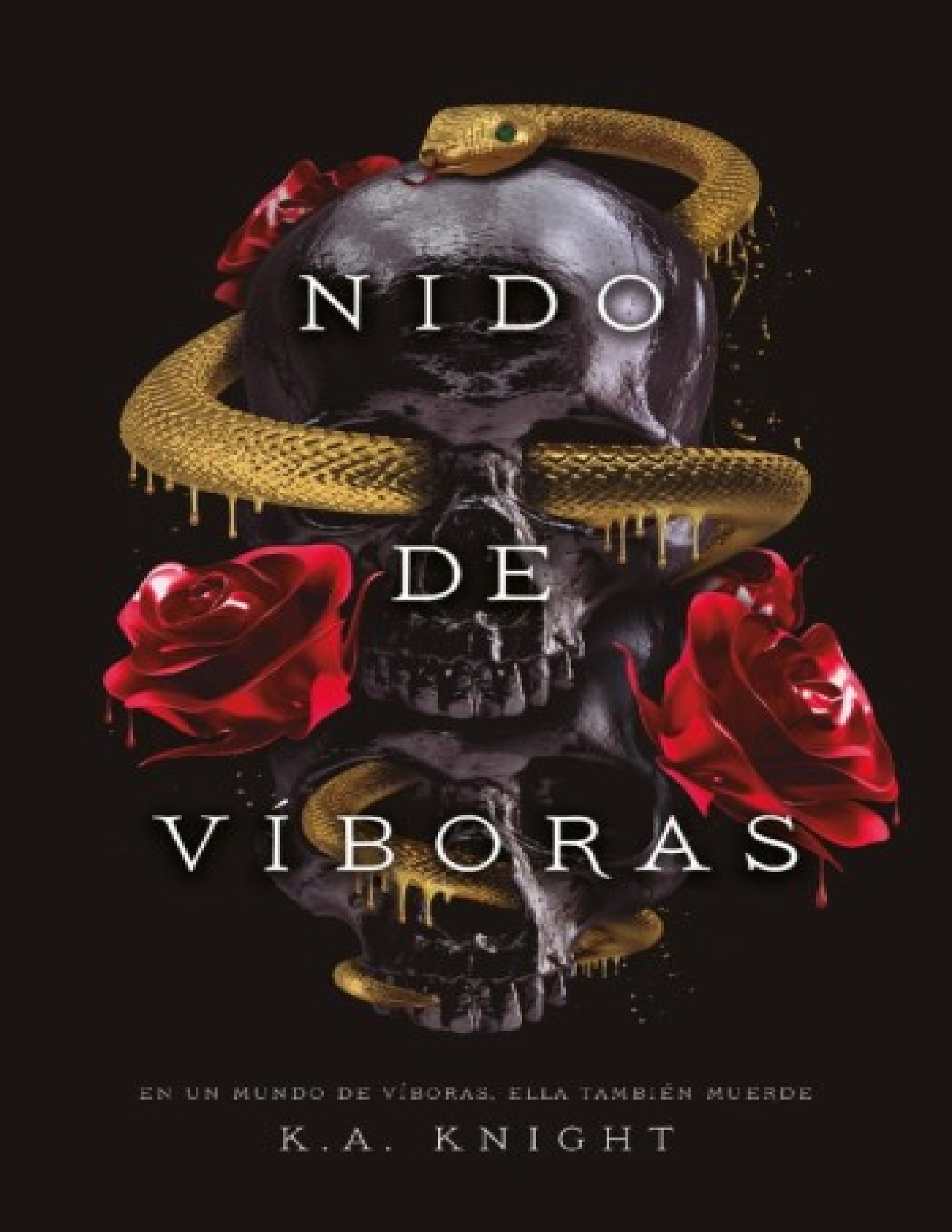


EN UN MUNDO DE VÍBORAS, ELLA TAMBIÉN MUERDE

K.A. KNIGHT

NIDO DE VÍBORAS

NIDO DE VÍBORAS

K.A. KNIGHT

Traducido por María José Losada



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Den of Vipers*
Traducción: María José Losada

1.ª edición: abril 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2020, 2025 *by* K. A. Knight
Publicado en virtud de un acuerdo con Podium Publishing SubCo, LLC a través de International Editors and Yañez' Co.
All Rights Reserved
© de la traducción, 2026 *by* María José Losada
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-87899-68-4

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Advertencias de contenido

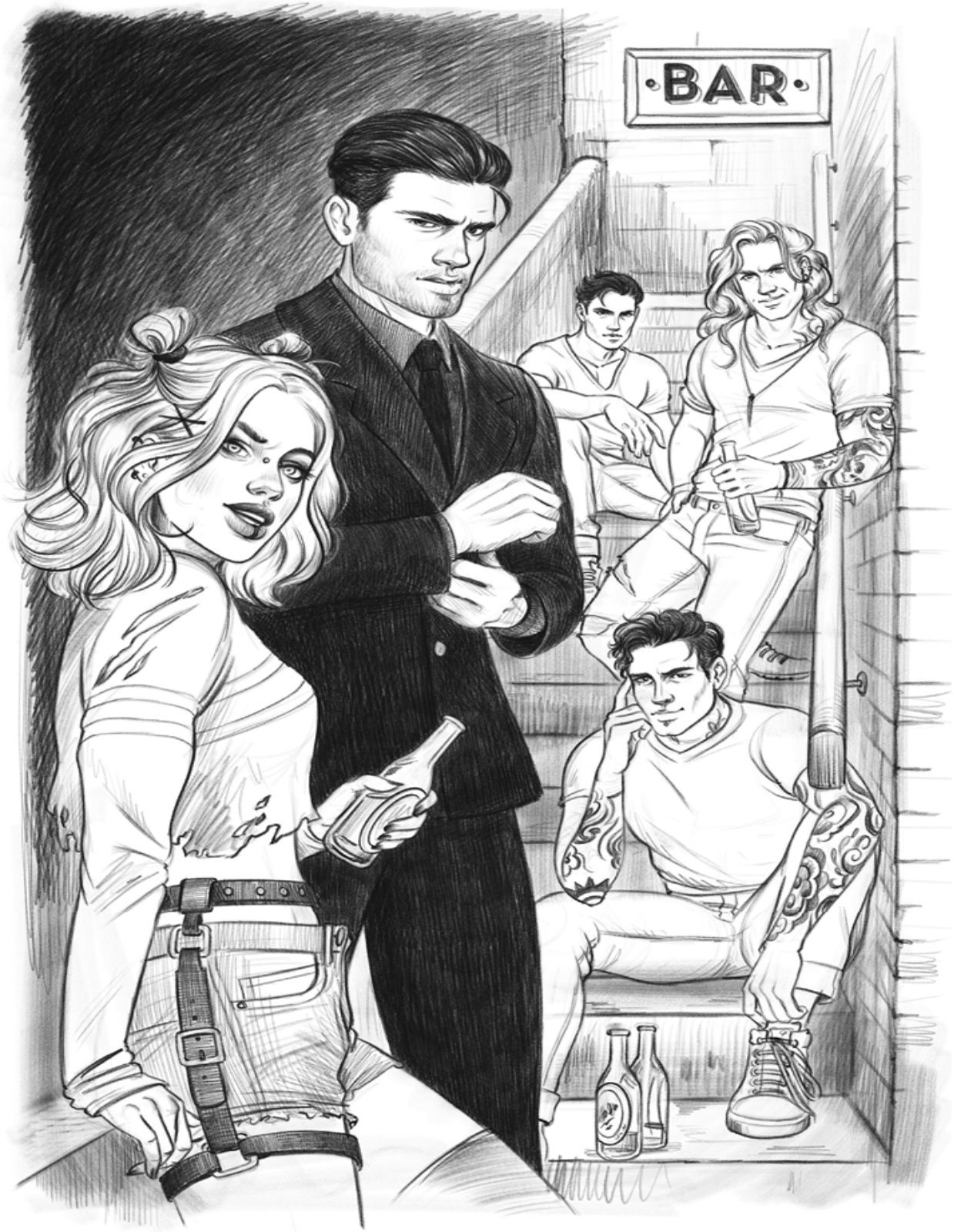


Nido de víboras es una novela de romance oscuro para lectores adultos a partir de 18 años. En el libro, en mayor o menor medida, vas a encontrar representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Si no quisieras leer sobre ellos o crees que pueden afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

- *Reverse harem*
- Referencias de abuso/agresión
- Sexo explícito
- Violencia

Así como la serpiente muda de piel, debemos dejar atrás nuestro pasado una y otra vez.

—Gautama Buddha


BAR



1
DIESEL

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad, Rob? —murmura Ryder mientras se alisa el traje, aunque ni siquiera se le ha arrugado. El muy cabrón va siempre como si estuviera a punto de desfilar por una pasarela. Aunque la frialdad calculadora de su mirada deja claro que no es solo una cara bonita.

Una vez le dije que si quería, podía marcarle la cara, igual así la gente lo tomaba más en serio. No sé por qué me dijo que no.

Yo, en cambio, estoy cubierto con la sangre de Rob, y Garrett también, para qué engañarnos. Sus nudillos, llenos de cicatrices y tatuajes, sangran por los puñetazos que le ha soltado a nuestro desdichado anfitrión. Disfruto viendo cómo Garrett le da otro golpe brutal antes de apartarse mientras devoro sus patatas fritas. Por algo le llaman Mad Dog en el *ring*: ni siquiera ves venir al puto cabronazo. Y lo sé bien, porque me he peleado con él un par de veces. Eran buenos tiempos, aunque acabé con algún hueso roto.

Parpadeo y vuelvo a mirar al hombre sentado frente a Ryder. Rob tiene un ojo hinchado como un balón, el labio partido y la mejilla morada. Y eso es solo lo que se ve por fuera. Sé que bajo la camisa le están apareciendo ampollas porque Ryder me ha dejado divertirme un poco antes.

Kenzo está apoyado en la pared de enfrente, jugando con sus dados como siempre. Su cara, igual de inexpresiva que la de Ryder, clava una mirada mortal en este pobre tipo, esperando que pase algo interesante. Al fin y al cabo, fue Kenzo quien nos puso sobre la

pista de este hombre. Pero Rob solo mira a Ryder; bien, que piense que Ryder es el único que manda, nos conviene que sea así. Que él sea la cara de nuestra… empresa.

Me río por lo bajo, menuda empresa. Poseemos algún negocio legal, pero yo no tengo nada que ver con esa parte. Piensan que estoy demasiado loco para tratar con empleados después de que le quemara un ojo a uno por llamarme basura.

—Rob, presta atención, no me gusta repetirme —suelta Ryder de repente, así que Garrett agarra el corto pelo canoso de Rob y le tira de la cabeza hacia atrás, luego saca una navaja que le pone en el cuello. El sudor le chorrea por la cara mientras grita, y yo me pregunto si Ryder me dejará matarlo.

Llevo dos días sin matar a nadie y estoy que ya no aguanto más.

—¡Sí, sí, lo entiendo, llévatela! —chilla.

Vaya pedazo de cabrón. El muy desgraciado va a vender a su propia hija para saldar la deuda que tiene con nosotros. Supongo que cuando no tienes dinero y la única opción es pagar con tu propia sangre…, es más fácil decidir hasta dónde estás dispuesto a llegar.

La ciudad es nuestra, y nunca podría escapar de nosotros. Lo sabe, se lee en la derrota que asoma en sus ojos castaños. Me pregunto si su hija será más guapa que él, aunque da igual, ahora será nuestra. Normalmente no traficamos con carne… bueno, al menos no con carne viva, pero a falta de pan, buenas son tortas.

Una deuda es una deuda, y hay que pagarla, si no los demás pensarían que nos estamos ablandando.

Ryder se recuesta, con una sonrisa de niño bueno en los labios. Pongo los ojos en blanco y salgo de las sombras, y es entonces cuando Rob empieza a llorar. Sabe lo que soy: la muerte. Ryder es la cara; Garrett, el matón; Kenzo, el cerebro… pero yo…

Yo soy la puta Parca.

—¡Es vuestra! —grita, forcejeando bajo el agarre de Garrett, que pone cara de asco. Yo, en cambio, me río.

Me inclino, acercándome a su rostro para que perciba la locura en mis ojos. Me hormiguean los dedos por las ganas de coger el mechero y quemar su casa con él dentro, hasta oírle gritar. Joder, casi puedo saborear el miedo, sentir las llamas lamiéndome… Hasta

se me pone dura con solo pensarlo.

—Dime, cuando la queme, ¿te importará o no? —me río.

Garrett sonríe, enseñando unos dientes blancos perfectos. El cabrón está casi tan pirado como yo, seguramente por haber recibido tantos golpes en la cabeza. Le lanzo una media sonrisa.

—¿Sangrará tanto como tú?

—Ya está bien —me interrumpe Ryder, así que me aparto, haciéndole caso—. ¿Dónde podemos encontrarla?

—T-tiene un bar en el sur de la ciudad, Roxers —balbucea, llorando como una nenaza. Las lágrimas le caen por la cara.

Me pregunto si ella también llorará. Es mucho mejor cuando lo hacen. Me doy cuenta de que me estoy frotando la entrepierna por encima de los vaqueros, y Kenzo me mira mal, así que me detengo y le guiño un ojo.

—Rob, si no nos quedamos satisfechos con ella como pago, volveremos, puedes apostar lo que quieras —añade Kenzo con decisión, zanjando el asunto. Sabe lo que deseo.

Necesito sangre.

—¿La vais a matar? —solloza Rob de forma patética.

—¿Y a ti qué te importa? —le responde Ryder, arqueando una ceja —. Acabas de vender a tu hija para pagar tu deuda sin ni siquiera intentar buscar otra alternativa.

—S-soy un padre de mierda, pero ella se merece algo mejor que vosotros, monstruos —gruñe, mostrando por primera vez un poco de valor.

—¿Has oído eso, Ry? Somos unos monstruos —digo riéndome a carcajadas, mientras me doy una palmada en los vaqueros—. Te lo he dicho, ese traje no engaña a nadie, tío.

Como siempre, Ryder pasa de mis locuras.

—Haremos con ella lo que nos dé la gana. Follárnosla. Torturarla. Pegarle. Matarla. Solo quería que lo supieras —explica Ryder mientras se pone de pie y se abrocha el traje azul. Como siempre, se peina el pelo, ya impecable, y le dedica a Rob una de sus sonrisas de ejecutivo.

—Ya nos pondremos en contacto contigo —añade, dándose la vuelta para irse.

Kenzo se separa de la pared y se guarda los dados en el bolsillo.

—No te vayas a perder otra vez por las mesas.

Me río aun más cuando Garrett suelta el cuello de Rob y le da unas palmaditas en la mejilla con la navaja, como si fueran colegas. Yo, por mi parte, me acerco de nuevo al tipo, quiero que mire los ojos del hombre que va a destrozar a su hija. Cuando termine con ella, no va a quedar nada para enterrar.

—Voy a hacerla gritar, puede que incluso lo grabe para ti.

—¡Diesel! —Ryder me llama desde la puerta de esta casa cutre de dos plantas en la que estamos.

Me inclino hacia delante.

—Y te contaré si se corre antes o después de que le corte el cuello —le susurro al oído, y de repente me lanzo y le arranco el lóbulo de la oreja de un mordisco.

Él grita mientras yo me parto de risa. Escupo el trozo de carne y sangre sobre su pecho antes de darme la vuelta para marcharme, silbando mientras el sabor metálico me llena la boca y me chorrea por la barbilla.

—Estás como una puta cabra —gruñe Garrett.

—Tú también, hermano, ¡ahora vamos a por nuestro nuevo juguete! —digo, de repente de buen humor ante la perspectiva de la tortura.

Rob debería haberlo sabido…, toda la ciudad debería…

Cuando te metes con los Vipers, te muerden.

Esa pobre chica no tiene ni idea de lo que le espera…



2
ROXY

—Vale, vale, lo pillo. Eres la mariposa más guapa de toda la granja de mariposas —asiento con seriedad mientras agarro a Henry del hombro y lo ayudo a meterse en el taxi—. Hasta mañana, Henry. Intenta no ahogarte con tu propio vómito. —Me río mientras cierro la puerta de un portazo. Voy a la parte delantera, le doy algo de dinero al conductor y le indico la dirección de Henry.

Es un cliente habitual que viene todas las noches. Una vez le pregunté por qué bebía. Sinceramente, no esperaba ninguna respuesta; asesinaron a su hija hace unos años. Desde entonces, este pobre desgraciado ahoga las penas en alcohol, y yo me aseguro de que llegue bien a casa. Será un borracho, pero le tengo cariño. Se le nota el dolor en los ojos, y cualquier padre que quiera tanto a su hija no puede ser mala persona. Aunque quizá eso sea cosa del trauma que yo misma tengo con mi padre.

De vuelta al bar, sonrío al ver el exterior. No será gran cosa, pero es todo mío. El letrero, «Roxers», en letras rojas de neón, que cuelga sobre la puerta, ha visto días mejores, y el lugar está bastante destartalado —reconozco que es un tugurio—, pero también un sitio cojonudo para tomar unas cervezas. Por fuera parece una cabaña vieja, hecha de madera y ladrillos desparejados. El porche rodea todo el local, que es donde la gente sale a fumar. También hay sitio para aparcar motos delante de la entrada. Las dos puertas batientes —que están abiertas en este momento— y las ventanas mugrientas no dejan ver el interior.

Por aquí pasa todo tipo de gente: camioneros, moteros, criminales… Y todo el mundo es bienvenido. Solo hay una norma: no romper los putos muebles. Es una regla antigua, de antes de que fuera de mi propiedad, y la he mantenido. En el aparcamiento de arena solo queda mi coche, un deportivo hecho polvo que gané en una apuesta, así que vuelvo a entrar para apagar el cartel luminoso y anunciar que ya hemos cerrado.

Es temprano, está a punto de salir el sol. Supongo que tener un bar me ha vuelto nocturna, siempre me ha gustado la noche y todo lo que trae consigo. Suspirando, me recojo el pelo plateado en una coleta rápida y empiezo todo el ritual. Ya he mandado a Travis a casa, su abuela está enferma y necesitaba ayuda, así que me toca a mí recoger. Levanto una de las sillas desparejadas y la pongo sobre la mesa antes de recolectar todos los vasos que puedo.

Voy hacia la parte de atrás, entre las mesas de billar y las dianas, y subo las escaleras a la izquierda. Empujo la puerta de la cocina con la cadera y enjuago los vasos antes de meterlos en el lavavajillas. Apago la luz de la cocina y vuelvo al bar para fregar el suelo, no es que sirva de mucho, sigue siendo un pegajoso desastre en el que nadie querría andar descalzo, pero ya se ha convertido en una costumbre.

A mi izquierda está la vieja barra, con el mostrador de chapas de cerveza incrustadas cubiertas de resina; un regalo. Ahora mismo no hay botellas encima, y los taburetes están vacíos. En las estanterías de madera guardo todos los tipos de licor que se puedan imaginar y los barriles que ya hay que llenar.

He dejado lista la barra y la caja mientras Henry jugaba a ser mariposa, así que me falta poco para poder tirarme en la cama. Joder, tengo que buscar un camarero nuevo. Es difícil encontrar gente con experiencia que aguante tiempo aquí. O hablan demasiado o acaban juntándose con la peor calaña de gente. Sí, este trabajo no lo encuentras en Infojobs, desde luego.

El último que tuvimos, acabó en la cárcel por asesinato; así son las cosas por aquí. Aunque, la verdad, lo echo de menos, jugaba al póquer como nadie. Me detengo al pasar por la puerta, que se cierra a mi espalda.

Ahí mismo, en el bar, hay cuatro tíos enormes. Llevan tatuajes en los nudillos y en el cuello, uno incluso está rapado. Tienen mala pinta, pero tampoco es que sea raro de ver por aquí. Van todos de negro, y entrecierro los ojos para evaluarlos con rapidez.

—Ya hemos cerrado —les digo, esperando que pillen la indirecta.

Por desgracia, no he echado la llave. Eso me pasa por estar catorce días seguidos tirando cañas y parando peleas. Necesito tomarme un día libre con urgencia, y ahora estos gilipollas se pasean por mi local como si les perteneciera.

Uno se cruje los nudillos mientras todos me miran con una sonrisita. Si creen que eso me va a asustar, lo llevan claro. Yo bebo con tipos que harían que estos se mearan encima, y los suelo dejar tirados debajo de la mesa.

Todo el mundo conoce el Roxers, y a mí…, y saben que es mejor no tocarme las narices. Por algo me llaman Swinger, y no es precisamente por ir a fiestas de intercambio. Me acerco a la barra, deslizo la mano por detrás y cojo mi bate de confianza, el destrozacaras.

—He dicho que hemos cerrado. Será mejor que os larguéis, chicos.

—¿O qué? —me desafía uno dando un paso al frente. Tiene una cicatriz en el párpado—. ¿Vas a pedir ayuda? —se ríe, y los demás le imitan.

Pongo los ojos en blanco, muestro el bate y lo apoyo en el hombro.

—No, os voy a romper las putas rodillas y a lanzaros fuera como la basura que sois. Última advertencia: hemos cerrado.

Se miran entre ellos.

—¿Esta tía va en serio?

—¿Tía? —espeto, con voz baja y peligrosa, acercándome—. ¿Me acabas de llamar «tía»?

Por supuesto, pasan de mí, así que agarro el bate con fuerza. El más capullo va a ser el primero. Nadie me insulta en mi propio bar, es intolerable.

Mientras discuten sobre la mejor forma de agarrarme, me lanzo y le doy con el bate en las rodillas con todas mis fuerzas. Se desploma

en el suelo, gritando, y yo le miro desde mi metro sesenta y cinco, bueno, metro setenta con las botas de motera.

—¿Quieres llamarme «tía» otra vez?

—¡A por ella! —gime, así que le doy una patada en las pelotas y cae para atrás chillando mientras me giro hacia los otros, esquivando sus manos.

Muevo el bate, le doy a uno en la entrepierna, que se va al suelo, así que le clavo la rodilla en la nariz y oigo el crujido al partirse. Joder, ahora hay sangre en el suelo. ¡Y lo acabo de fregar!

Cabreada, empiezo a repartir leña como una posesa mientras los otros dos se apartan como pueden para no recibir un golpe. Uno se cae sobre un taburete y lo revienta con su peso. Me quedo paralizada y entorno los ojos peligrosamente mientras el tío se arrastra hacia atrás.

—¿Acabas de romper un taburete? —siseo.

Traga saliva mientras me lanzo contra él gritando como los escoceses en *Braveheart*. Le doy un golpe con el bate y suelta un gruñido. Levanta el puño y me acierta en la mandíbula cuando me agacho para pillarle la cara. Mi cabeza se sacude por el golpe y noto la sangre en la boca.

Me invade una furia asesina.

Me vuelvo despacio y le fulmino con la mirada, él sabe que la ha cagado. Justo entonces, unos brazos me agarran por detrás y me levantan del suelo. Echo la cabeza hacia atrás y le doy a mi captor en la barbilla, luego le piso el pie y le meto un codazo en las pelotas para escapar de su agarre mientras gime de dolor.

«Gracias, Miss Agente Especial».

Agarro mejor el bate y le doy de lleno en la cara. Sale volando hacia atrás, cae al suelo y casi hace temblar el edificio. Ese ya no se levanta. Queda uno. Me giro hacia el que ha roto el taburete. Se está levantando, así que le barro las piernas y le doy con el bate en la espalda.

Cuando se desploma hacia delante, le remato en la cabeza. Silbando, miro a mi alrededor y veo que el primero intenta levantarse, así que le lanzo el bate que le da de lleno. Se queda frito.

Moviéndome entre el caos y los cuerpos, recojo el bate y lo limpio en su camiseta antes de dejarlo sobre una mesa. Me pongo las manos en la cintura y suspiro al ver el panorama. ¿Y ahora cómo saco a estos tipos de aquí?

Resignada, agarro a uno por el cuello de la camiseta y empiezo a arrastrarlo, pero es un armario, así que cojo a uno de los más pequeños. Me agacho, le meto las manos bajo los hombros y tiro de él hacia la puerta.

La puerta, que está abierta de par en par.

Levanto la cabeza, me aparto el pelo de la cara y suelto al tío que intento arrastrar. Travis está ahí, boquiabierto. Lleva puesta la camiseta negra del Roxers, metida en unos vaqueros azules y botas, su figura delgada tiembla de frío. Se aparta el pelo azul de la cara y me mira con sus ojos verdes.

—Joder, Roxy, ¿qué coño ha pasado aquí?

—Este me ha llamado tía, ese otro ha roto el taburete y de los otros dos no me gustaban sus caras —me encojo de hombros, limpiándome el sudor de la frente con el brazo—. ¿Tú qué haces aquí?

—He olvidado la llave —murmura, mirando el desastre.

—Bien, así me ayudas a llevar a estos cabrones fuera —sonrío, y él niega con la cabeza.

—Contigo no hay un día aburrido, nena. —Deja la bolsa y viene a ayudarme. Con su ayuda, solo tardamos cinco minutos en llevarlos al callejón de atrás. Me sacudo las manos y vuelvo al interior. Esta vez, me aseguro de echar la llave mientras llamo a la policía local. Les voy a contar lo que ha pasado y dónde están los tíos, seguro que en cuanto oigan las sirenas salen corriendo… Si es que se despiertan.

Travis levanta la mano para enseñarme las llaves mientras yo me apoyo en la barra.

—¿Estás bien? —me pregunta en el silencio.

Asiento y le hago un gesto para que se vaya justo cuando por fin contestan al teléfono. Les cuento lo sucedido y cuelgo, pasando de las preguntas que me lanzan.

—Dile a tu abuela que le mando recuerdos. Me voy a duchar y a dormir.

—Hasta mañana, nena —se ríe mientras sale.

Cierro mientras se aleja, echo todos los cerrojos y cadenas antes de moverme junto a la barra y apagar las luces. Activo la alarma y recorro el pasillo, pasando por la oficina y los baños, luego subo las escaleras del fondo hasta mi apartamento encima del bar, donde vivo desde los diecisiete años.

De verdad, necesito un día libre.



3
RYDER

Estoy revisando la agenda de mañana cuando recibo la llamada. Al acabar, dejo el teléfono sobre la mesa, levanto la cabeza y entrecierro los ojos mirando a Garrett, que se está examinando los nudillos partidos en la silla de enfrente.

—Tus chicos están en el calabozo —le digo.

Eso capta su atención. Baja las botas llenas de barro de mi escritorio, dejando una mancha que me hace fruncir el ceño.

—¿Qué? —gruñe.

Me recuesto en la silla y entrelazo las manos.

—Parece que la hija de Rob consiguió pillarles por sorpresa, les dio una buena paliza y acabaron arrestados.

Parpadea, y se queda mirándome un segundo.

—No me jodas… ¿Una cría les ha dado una paliza a mis chicos? ¿A cuatro nada menos?

—Sí —respondo, alzando una ceja.

—Joder.

—Exacto —asiento—. Si se quiere que las cosas salgan bien, hay que hacerlo uno mismo. Ve a liberar a tus hombres, mañana por la tarde iremos a… —levanto el papel con la información— hacerle una visita a Roxxane.

Garrett asiente y suelta una maldición mientras sale con fuertes pisadas para ocuparse del asunto. Me inclino y limpio la suciedad que ha dejado antes de intentar concentrarme en la agenda, aunque mi cabeza sigue dándole vueltas a esa llamada. Seguro que ha

tenido ayuda. Da igual, iremos a por ella nosotros mismos. Nadie escapa de nuestras garras.

La puerta de mi despacho vuelve a abrirse de golpe y suspiro mientras me recuesto. ¿Por qué nadie llama antes de entrar? Kenzo se acerca, moviendo los pulgares con destreza por el móvil, algo curioso en un tipo tan grande.

—Te acabo de mandar la información sobre la chica, he reunido todo lo que he podido. También he preguntado un poco por ahí —murmura al levantar la vista.

Mi móvil suena, pero lo ignoro por ahora.

—¿Y bien?

—Parece que la hija de Rob es toda una leyenda. Se llama Roxy, y es la propietaria de un antro al otro lado de la ciudad, como él dijo. Muchos hombres le tienen miedo, otros la respetan. No va a ser fácil atraparla.

—Nada que valga la pena lo es —suspiro, cogiendo el teléfono y repasando la información. Veinticuatro años, uno sesenta y cinco. Pelo gris, ojos castaños. Historial bancario lamentable y algunos documentos firmados de cuando tenía diecisiete. Tendré que preguntar a Garrett por ellos. Reviso su información bancaria y todo lo que ha conseguido Kenzo, hasta que llego a la foto.

El corazón me da un vuelco, la sangre me ruge y me baja directa a la entrepierna, que reacciona bajo el pantalón.

—Exacto —Kenzo suelta una carcajada—. Por eso no me he limitado a mandarte un mensaje. Quería ver tu cara. Apuesto algo a que no esperabas que la hija de Rob fuese tan atractiva.

—Para nada —murmuro, distraído. Decir que es atractiva es quedarse corto. Es sencillamente impresionante. Ojos oscuros, rasgados y ahumados. Labios grandes, carnosos y rojos. Pómulos y cejas marcados. Pelo plateado, corto hasta los hombros, que le queda perfecto con esa piel tan pálida. El escote reclama mi atención con la camiseta de AC/DC que lleva puesta en la foto.

Deslumbrante.

Me quedo sin palabras mirando la imagen, pero la aparto enseguida. Así será más fácil, ya que es difícil no mirarla. Parpadeo y me encuentro con la mirada divertida de Kenzo, que se recoloca

disimuladamente.

—Lo sé, Ry, tú primero —bromea.

Le lanzo una mirada afilada.

—Céntrate en el objetivo, hermanito.

—No te preocupes, no lo pierdo de vista, y Roxy es el objetivo —responde con una sonrisa nada amable. Cuando Kenzo se propone algo, lo consigue. No hace falta hacer cábalas sobre lo que planea hacer con Roxxane.

Pero ella es solo un medio para un fin, un mensaje para que no se metan con nosotros. Alguien tiene que mantener la cabeza fría, y como siempre, me toca a mí.

—Mañana, Kenzo. Piensa con la cabeza, no con la polla, hasta que la tengamos aquí.

—¿Y después? —se ríe.

—Entonces, haz lo que quieras con ella. Es nuestra, al fin y al cabo. Aunque te sugeriría que la mantuvieras alejada de Diesel —me río.

Él también sonríe, pero no de forma agradable.

—Desde luego, es justo su tipo. Y la pobre acabaría hecha cenizas antes de cruzar la puerta.

Asiento.

—Seguro, aunque sospecho que se divertiría un poco antes con ella.

—Me pregunto si Garrett se lo permitirá —musita Kenzo, ensombreciendo el ambiente.

—Tal vez, si ella tiene bien ensayado el papel de damisela en apuros. Siempre cae con esas. Solo que esta vez, quizá no deje que le arruine la vida —suspiro.

Kenzo asiente, y aprieta los puños al recordar la forma en la que casi perdemos a nuestro hermano. No volverá a pasar, por eso yo mantendré la cabeza fría mientras los demás se dejan llevar. Puede ser guapa, pero no merece la pena perder a mi familia. Chicas guapas hay de sobra, y no tengo que pagar para llevármelas a la cama.

—Vigilaré a Garrett —le digo para tranquilizarlo—. Y ahora, atiende, tenemos una reunión con la Tríada mañana por la mañana

para hablar del tratado. Os quiero a Garrett y a ti a mi lado.

—¿No viene Diesel? —pregunta Kenzo, serio.

—Todavía no, quiero asustarlos, no matarlos. Espero que lo solucionemos rápido. En este momento están interceptando nuestros envíos y eso está afectando al negocio; algo que no me gusta nada.

—Entendido, jefe. —Kenzo asiente—. No te olvides de dormir un poco. Empiezas a parecer un viejo —bromea mientras sale.

—Cuidado con esa boca, hermanito. Todavía puedo darte una paliza —le advierto, haciéndole reír.

Niego con la cabeza y vuelvo a mirar la foto en el móvil; tengo el pulgar justo bajo su boca. Va a darnos problemas, lo presiento. Pero un Viper nunca rompe un trato, Roxxane es nuestra ahora. Esperemos que no provoque demasiados líos, sería una pena tener que matar a una mujer tan hermosa.

Dejo el móvil sobre la mesa, me levanto y me estiro. Kenzo tiene razón: necesito dormir. Llevo dos días sin pegar ojo y quiero estar despejado para la reunión de mañana. Guardo el teléfono con los planes del negocio dando vueltas en mi cabeza, y salgo del despacho. La música atronadora de Diesel me envuelve en el pasillo, así que voy a mi dormitorio en vez de al salón.

Mañana será otro día.

Vamos a por ti, Roxxane.



4
ROXY

Es demasiado temprano, joder. La cabeza me retumba cuando suena otra vez el despertador. Lanzo esa puta antigualla al otro lado de la habitación y entierro la cara en la almohada, donde veo las manchas del maquillaje que no me molesté en quitarme anoche, cuando me arrastré a la cama después de un trago de Jack Daniels.

Pero la alarma vuelve a sonar, y gracias a mi cerebro medio dormido, ahora está al otro lado de la habitación. Me deslizo fuera de la cama, gateo hasta el reloj y lo estampo contra el suelo, gimiendo cuando se hace añicos. Pero al menos el ruido se detiene. Me dejo caer de espaldas, en bragas y camiseta de tirantes, y me planteo llamar a Travis para que monte todo hoy y cubra el turno de la cena.

Pero solo se apaña mal, así que me toca dar la cara. Resignada, me levanto y enciendo la radio, el *rock* retumba en el dormitorio mientras voy hacia la ducha. Me voy quitando la ropa por el camino, abro el grifo y espero a que el agua salga caliente. Frunzo el ceño al mirar el desastre en el que se ha convertido mi pelo, pero me encojo de hombros y lo recojo en lo alto. Ni de coña me lavo esa maraña ahora; me llevaría demasiado tiempo. Por eso el champú en seco es un buen amigo para una chica.

Me ducho con rapidez, frotando mi piel cubierta de tatuajes. Eso me recuerda que la semana que viene tengo cita con Zeke para terminar las rosas del muslo y el *mandala*. La manga del brazo izquierdo ya está acabada tras cuatro sesiones de ocho horas. Y ha

merecido la pena; el dolor no me molesta, de hecho, admito que hasta me gusta. Sobre todo cuando es un bombón el que me lo provoca.

Cierro el agua, salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla mullida antes de lavarme los dientes y aplicarme crema. Consigo pasarme el cepillo por el pelo, que por una vez decide portarse bien y queda liso después de atiborrarlo de champú en seco. Me tomo mi tiempo con el maquillaje, aplicando el pintalabios rojo de siempre, el delineador oscuro y la sombra de ojos, lo que hace que resalten más mis iris castaños. Algunos dicen que soy la típica rockera, ¡Joder!, si hasta llevo los *piercings* a juego con los tatuajes y el maquillaje.

Al principio, era una forma de rebelarme, de cabrear al gilipollas de mi padre antes de largarme de casa. Luego empecé a adorar este estilo y, bueno, ahora…, ahora simplemente me representa. Pero no pienso seguir removiendo fantasmas antes del desayuno. Dejo caer la toalla al suelo, vuelvo al dormitorio y me visto. Me pongo un conjunto de ropa interior rojo; el sujetador es de los que se abrochan por delante. La lencería supone mi único vicio… Bueno, eso y el *merchandising* de grupos musicales.

Me pongo una camiseta firmada de The Killers y me la anudo a un lado antes de enfundarme unos *shorts* negros con la tela rota y las botas moteras de tacón. Me miro una vez más en el espejo, cojo las llaves, salgo y cierro la puerta. Bajo las escaleras y enciendo las luces del bar.

Paso por la cocina y echo un vistazo al callejón, pero parece que ya se han llevado a los cabrones de anoche. Me pregunto quiénes eran, pero no es la primera vez que alguien intenta asaltarme y seguro que tampoco será la última. Dejo la puerta trasera sin cerrar para que entre Cook y vuelvo al frente.

Enciendo la gramola antes de ponerme a reponer existencias y a recoger. Me cabreo de verdad cuando tengo que tirar el taburete roto a la basura. Aquí solo hay una puta norma. Que me ataquen lo puedo entender, pero ¿romperme el mobiliario? Eso sí que no.

Justo a tiempo, escucho el característico rugido de la moto de Cook al llegar por detrás, y esbozo una sonrisa; al menos sé que él me dará de comer…, no como Truck, que solo trabaja los fines de

semana y es más frío que una serpiente, incluso conmigo, que soy quien le paga el sueldo y le da trabajo aunque sea un exconvicto.

Recibo a Cook en la puerta trasera, y le brindo una sonrisa mientras se baja de la Harley. Gime.

—Déjame adivinar, ¿una salchicha con kétchup?

—Eres un sol —le lanzo un beso, pero se queda de piedra al ver el taburete roto en el suelo.

Levanta la cabeza despacio y los ojos abiertos como platos.

—Joder, ¿está muerto?

—¿Qué? —pregunto, demasiado cansada para pensar.

—¿El tipo que rompió el taburete? —pregunta muy serio, haciéndome reír.

—Ojalá lo estuviera, no te preocupes.

Cook se ríe y me da una palmada en el hombro.

—Rich estaría orgulloso de ti, chiquilla. Anda, ve al frente, yo te preparo algo de comer.

Se me encoge el corazón al oír el nombre de Rich, pero lo dejo pasar, y esbozo una sonrisa alegre antes de alejarme. Cuando el olor a carne a medio cocinar llega hasta mí, ya tengo todo listo, así que cuando Cook aparece por la puerta con dos platos, casi me arrodillo para mostrarle mi adoración.

Ese es el camino a mi corazón, la comida… o quizá solo a mis bragas. Nos sentamos en una de las mesas, apoyo los codos en la madera mientras devoro el desayuno, y justo entonces llaman a la puerta.

—Uf, eso es para ti, chiquilla —murmura Cook con la boca llena, llevándose los platos de vuelta a la cocina. Suspirando, voy hasta la puerta y la abro de un tirón.

—El cartel dice cerrado, imbécil —gruño, y pongo los ojos en blanco al ver quién es—. Fred.

—No deberías hablar así a la policía —sonríe y mira detrás de mí —. ¿Me dejas pasar, Roxy?

—No —respondo, cruzando los brazos—. ¿Qué pasa? No necesitas preguntar, no he oído ni visto nada.

Alza una ceja y se lleva los dedos al cinturón.

—No he preguntado nada.

—Ya, bueno, me conozco el procedimiento. No voy a cabrear a mis clientes, así que no. No los conozco, no sé dónde viven y desde luego no sé si han sido ellos.

Niega con la cabeza.

—Esta vez no es por eso, es por los tipos de anoche.

—¿Ah, los pillasteis? —pregunto, bajando un poco la guardia.

—Sí, pero en dos horas ya estaban fuera bajo fianza. Amigos influyentes…, ya me entiendes. No sé con quién te has metido, pero cuando el jefe me dice que me mantenga al margen, yo obedezco. Y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Que han salido bajo fianza? ¿Quién coño son esos tíos? Pensaba que solo eran unos pringados.

Hace una mueca.

—Pues desde luego que no. Has cabreado a alguien, Rox. Más te vale averiguar a quién antes de que tenga que recoger tus restos de la calle. O mejor aún, vete. Súbete a un avión y lárgate lo más lejos posible. Que tengas un buen día —asiente, mira alrededor y se aleja rápido en dirección a su coche.

Joder. Cierro la puerta de golpe tras mirar a mi alrededor como una poli paranoica y echo la llave antes de apoyar la espalda en la madera.

«Tranquila, Rox, has pasado por cosas peores. Quien sea solo quiere asustarte…, pero que hasta la poli esté acojonada…».

Tiene razón, gente influyente.

Quizá lo mejor sería largarme, pero ¡este es mi hogar! Mi puto bar. No. Niego con la cabeza y me separo de la puerta. Nadie va a echarme de aquí, ni aunque se trate de unos peces muy gordos.

Me acerco a la barra, me sirvo un chupito y me lo bebo de un trago antes de dejar el vaso con fuerza sobre el mostrador. «Espabila, Rox, ningún hombre va a hacer que huyas». Ya lo hice una vez, no volverá a pasar. Esta es mi vida ahora, o lucho o muero. No hay otra opción.

Decidido, me tomo otro chupito antes de encender los altavoces, dejando que la música inunde el bar antes de abrir la puerta. Es hora de trabajar, y aunque tenga una amenaza sobre la cabeza, no puede esperar.

Eso sí, luego preguntaré por ahí, a ver qué se oye. Si alguien puede saber algo, es la gente que viene aquí a ahogar las penas.

Después de eso no paro, el local se llena y no tengo tiempo de pensar ni un momento en quién puede querer hacerme daño. Mi mente está perdida en pedidos de comida y cervezas, así que estoy tirando una caña cuando la puerta se abre de golpe, dejando ver a cuatro recién llegados.

Cuatro personas que, desde luego, no encajan nada aquí.



5
GARRETT

La Tríada se sienta frente a nosotros, bueno, uno de los miembros de la Tríada. Los tres líderes nunca están en el mismo lugar a la vez. Una jugada inteligente. Manteniendo los puños a la espalda, interpreto al guardaespaldas bueno, pues usamos la típica táctica de intimidación. Soy grande, así que mi tamaño juega a mi favor. Mi reputación como luchador me precede, aunque no sepan que soy uno de los Vipers.

Justo lo que me gusta.

Pasar desapercibido me permite entrar en lugares y aprender cosas que de otra manera no podría.

—¿Has venido a entregárnoslo todo? —El cabrón arrogante sonríe con suficiencia, sus mejillas regordetas se alzan de manera repugnante, tirando de la cicatriz que le cruza el rostro.

Ryder se ríe entre dientes, y parece sentirse cómodo mientras se recuesta en la silla opuesta. Somos las únicas personas presentes en el restaurante, un lugar neutral donde encontrarnos. Hoy no se derramará sangre…, en especial con D ausente.

—No, estoy aquí para darte la oportunidad de devolvernos nuestros envíos e irnos por caminos separados como si no nos conociéramos —gruñe.

El hombre pierde la sonrisa, y siento que Kenzo sonríe a mi lado, de pie detrás de la silla de Ry. Ese es el efecto que tiene en la gente.

—Moriréis. Somos nosotros quienes gobernamos esta ciudad —gruñe el jefe de la Tríada.

Ryder bebe un sorbo de vino tan tranquilo antes de mirar de nuevo al hombre.

—Posees un pedazo de tierra fuera de los límites de la ciudad, quizá una vez fuiste rico y poderoso, pero ya no lo eres. Te aplastaré como a un insecto. Recuérdalo cuando seas incinerado con tu gente. Recuerda la rama de olivo que te ofrecí. —Suspira y se pone de pie. Se abrocha la chaqueta del traje y, para añadir insulto a la injuria, arroja sobre la mesa el dinero necesario para cubrir la cuenta—. Yo invito. Sé que atraviesas dificultades financieras, no querría que te arruinaras antes de que te destruya.

Sin decir otra palabra, Ryder se gira hacia nosotros con una expresión de triunfo en sus ojos oscuros. Espero…, en cualquier momento…

Boom.

El miembro de la Tríada se levanta con un gruñido.

—¡Sois unos críos! ¡No conocéis este juego! ¡Mi familia dirigía esta ciudad antes de que llegaseis! —ruge.

Ryder le lanza una mirada por encima del hombro.

—Lo hacíais, pero ya no es así. Poneos al día o morid.

Kenzo y yo nos apartamos de él. Espero a salir el último, dejando que Kenzo proteja la espalda de Ryder. El hombre se agita, así que abro mi cazadora de cuero y le enseño el arma.

—Yo no lo haría —gruño, y cuando estoy seguro de que no disparará, le doy la espalda.

Es un riesgo, podría apuñalarme o dispararme, pero de esta manera, le estoy demostrando lo poco que nos asusta. Suelta algunas palabrotas, y oigo el estrépito de cristales rompiéndose, lo que me hace sonreír. Serán nuestros antes de que termine el mes. Nada se interpone en nuestro camino cuando Ryder se propone que sea así.

Y ese hombre acaba de insultar a Ryder y a nuestra familia. Es un muerto viviente, solo que aún no lo sabe. Sin embargo, no me ataca; sabe que es mejor no hacerlo. Ha arrojado el guante, y ahora tiene que vivir con las consecuencias.

Al salir del restaurante, me pongo las gafas de sol y me subo a la moto mientras Kenzo cierra la puerta de Ryder y se sube al asiento

del conductor. Asiento y me pongo el casco con un movimiento preciso. Ha llegado la hora. Tenemos que cobrar una deuda.

Recorremos la ciudad de vuelta al edificio de Viper Industries. Hago rugir el motor por las calles, ignorando el límite de velocidad —este es el único momento en que me siento vivo— y entro en el garaje subterráneo antes que Ryder y Kenzo. Ponto la mano en el escáner y acerco los ojos al panel de seguridad —nunca se es demasiado cauteloso— luego aparco en mi plaza antes de bajarme. Guardo el casco, y decido ir a buscar a D antes de que lleguen los demás.

Me acerco al ascensor, y voy a un sótano que la mayoría de la gente ni siquiera sabe que existe. Sé que lo encontraré ahí.

Tenía razón. Diesel está en el sótano que él llama «la cueva de fuego». En serio, si este tío no fuera como un hermano para mí, me sentiría aterrorizado. Estoy casi seguro de que está loco de atar, pero siempre nos cubre las espaldas, y es familia.

Oigo los gritos desde el ascensor, el olor a humo me envuelve. Un día de estos, va a quemar todo el puto edificio. Recorro el pasillo siguiendo el sonido de música *heavy metal* y entro en la habitación que ocupa. Me apoyo contra la pared para observar cómo se agacha y enciende un cigarrillo antes de volver a quemar los huevos del hombre que tiene allí colgado.

Sonriendo con suficiencia, apago la música, y él se gira con una mirada furiosa, pero cuando ve que soy yo, se relaja.

—¿Cómo ha ido la reunión? —pregunta, ignorando al hombre que llora a sus espaldas. Tiene marcas de quemaduras por todo el cuerpo y le faltan algunos dedos, así que lleva un buen rato aquí abajo.

—Bien, no hace falta matarlos todavía. ¿Quién es este? —pregunto, señalando con la cabeza al tipo.

Diesel se encoge de hombros.

—Un cabrón que ha hablado mal de nosotros.

—Bueno, no lo volverá a hacer. —Me río, y Diesel sonríe con suficiencia mientras le da una calada al cigarrillo—. Termina ya, vamos a recoger a la hija de Rob.

Sus ojos se iluminan con fuerza. Pobre chica, cuando la tenga en

sus manos, estará perdida.

—Claro, un segundo. —Se gira de vuelta hacia el tipo y le da una bofetada en la cara para silenciarlo—. Lo siento, cariño, se nos ha acabado el tiempo. Ojalá pudiera quedarme, pero tengo una cita, ¿lo entiendes, verdad?

Diesel agarra el trapo que tiene al lado y el olor a gasolina me inunda la nariz cuando le prende fuego. Riéndose, se lo estrella al tipo en la boca, rompiéndole los dientes y cubriéndole la boca con la mano, para obligarle a mantenerlo ahí.

—Hermano… —le advierto, sin querer interrumpirlo, ya que eso suele llevar a una discusión. Tenemos un trato; cuando le traen gente, puede hacer lo que quiera, pero hoy tenemos que ponernos en marcha.

—Vale —anuncia y, sacando la pistola de la parte baja de su espalda, le dispara al hombre directamente entre los ojos antes de girarse hacia mí. Empieza a caminar mientras niego con la cabeza.

—Quizás quieras limpiarte; no queremos asustarla de muerte…, todavía. —Sonrío con suficiencia.

Se ríe, coge un trapo y se limpia la sangre de la cara antes de darle una calada al pitillo.

—Vámonos —murmura con un suspiro, me pasa el brazo por los hombros, aunque me deshago de él—. ¿Has oído algo sobre la chica?

—Solo que Kenzo, y cito textualmente «se corrió cuatro veces anoche desde que vio una foto de ella».

Diesel silba por lo bajo, y yo asiento. Para poner a Kenzo en tal estado, debe ser algo digno de ver. Ryder es todo un donjuán, mientras que Kenzo prefiere una buena apuesta o un desafío antes que un polvo.

—Me pregunto si podré tenerla el primero…

—Lo dudo, la matarías, así que probablemente serás el último —mascullo, mientras llegamos al ascensor y subimos hasta donde Ryder y Garrett están esperándonos.

—Joder, vale. —Se anima entonces mientras deja caer su pitillo al suelo. Lo piso para que no prenda fuego al lugar—. Apuesto a que aun así podré hacerla gritar.

—No lo dudo, en especial si usas tus juguetes con ella —le digo mientras se abre la puerta para darnos acceso al garaje de aparcamiento.

Kenzo y Ryder ya están ahí, y cuando nos ven, sonríen con suficiencia.

—D, tú vas con Garrett, necesitamos espacio para ella.

D se frota las manos y Ryder entorna los ojos.

—Nada de locuras, no quiero rescataros otra vez de una caída desde el puente porque pensabais que podíais saltar.

D pone los ojos en blanco mientras me río.

—Conduciré yo.

—¡Ni de coña! —grita D, antes de clavarme un puño en el estómago.

Jadeando, consigo alcanzarlo con un puñetazo en el costado. Acaba contra la pared, lo que nos hace reír a ambos.

—Caballeros, venga, hay una dama esperándonos. —Ryder sonríe con malicia. Tiene algo entre manos, eso seguro.

La chica está a salvo conmigo. No es que descarte matarla, porque lo haré si es necesario. Odio matar a las mujeres, pero a veces no me queda otra opción. Que tengan coño no significa que no vayan a intentar matarte. Sin embargo, no tendrá que preocuparse de que la toque, de que la fuerce. Ese barco zarpó hace años, me cabrea incluso pensar en que una mujer me toque.

Me dan ganas de golpear algo.

Debería preocuparse por los demás, porque por la mirada que hay en los ojos de Ryder… Él también la desea. Y mucho. Y lo que Ryder quiere, Ryder lo consigue. Por eso somos tan ricos y temidos ahora. Y es evidente que Kenzo la quiere, y ¿Diesel? Bueno, necesita un juguete nuevo.

Esa chica tendrá suerte si sobrevive a la primera noche.



6
ROXY

Miro fijamente a los cuatro hombres en mi puerta. No son clientes habituales. Uno lleva un traje que está perfectamente hecho a medida y probablemente vale más que todo el bar. Los otros tres parecen unos cabrones hijos de puta. Estoy casi segura de que el de atrás es un gigante, ya que agacha la cabeza para pasar por la puerta.

Y todos van armados, vislumbro las pistolas. Mis clientes también las ven.

El lugar se vacía en un segundo, la gente arrastra las sillas, que caen al suelo con la prisa por escapar de los recién llegados. Cook asoma la cabeza, y suspiro. Así que son ellos, la gente que me persigue.

—Cook, vete a casa —ordeno, sabiendo que no abriré esta noche.

—Muy inteligente. —El del traje asiente. Su pelo negro demasiado engominado está peinado hacia atrás, con un perfecto corte de diseño, largo por arriba y corto por los lados, lo que me hace sentir el irracional impulso de desordenárselo. Sin embargo, sus ojos son negros, fríos y calculadores. Escudriñan la habitación y a mí, fijándose en todo. Apuesto algo a que si se lo preguntara, podría describirme cada detalle.

Los pómulos son altos y afilados, la mandíbula cincelada está cubierta por una barba corta, enmarcando unos labios carnosos y voluptuosos. Es alto, alrededor de metro noventa, y el traje marca sus muslos gruesos y sus brazos de una manera muy tentadora. Es

demasiado perfecto para mirarlo; parece un modelo.

—¿Es ella? —Uno de ellos sonríe, acercándose a grandes pasos. El largo pelo rubio peinado hacia atrás deja a la vista las orejas perforadas. Los tatuajes asoman por la parte superior de su camiseta blanca, que lleva parcialmente metida en unos vaqueros rotos y desteñidos, acompañados por unas botas negras. Sus brazos son enormes y su piel dorada aparece salpicada de tatuajes aquí y allá; es el típico tío que no te extrañaría ver cubierto de grasa y suciedad. Sus ojos, de un azul brillante, están fijos en mí, y noto que en ellos hay algo que dice que no está del todo bien.

Su rostro es más anguloso que el del primer tipo, pero no menos llamativo, y mientras me mira se mueve como una pantera hambrienta.

—Sí —confirma el tercero. La estructura facial de este es similar a la del primero, pero no lleva barba. Está afeitado y su mandíbula parece ligeramente más cuadrada. Lleva el pelo más largo por arriba y rapado por los lados, peinado hacia atrás al descuido. Es más alto que el primero y más corpulento; no tan pulcro, pero atractivo como un demonio.

El último no habla, solo me mira con intensidad con ojos oscuros. Distingo la longitud de sus pestañas desde aquí, cualquier chica las envidiaría, pero es lo único que se podría considerar femenino en él. Es enorme, sus brazos son más gruesos que todo mi cuerpo, y su camiseta blanca se adhiere a unos bíceps abultados y antebrazos con las venas marcadas, se ciñe de la misma forma a sus pectorales y abdominales cincelados.

Los vaqueros le quedan apretados, como si no pudiera encontrar la talla correcta, y el pelo castaño con mechas rubias, está peinado de forma informal hacia un lado. Cada centímetro de él está cubierto de tatuajes, y el *piercing* negro que lleva en el labio reluce bajo la luz.

Los miro de nuevo mientras el tipo de pelo rubio abre y cierra la tapa de un encendedor una y otra vez sin apartar la mirada de mí.

—¿Quiénes sois? —espeto, negándome a sentirme intimidada.

—¿No prefieres sentarte? —ofrece el primero, y me río.

—¿Por qué no os vais a la mierda? Ahora decidme por qué coño

estáis en mi bar o largaos de una puta vez —gruño.

El rubio se ríe entre dientes.

—Ooh, es agresiva a pesar de ser tan pequeña. Parece demasiado fácil de romper. —Hace un mohín, suspirando como si eso le molestara.

—No soy fácil de romper, gilipollas. Te partiré esa cara de niño bonito antes de que puedas pestañear, así que responde a la puta pregunta.

Estos no son los matones de anoche, no, estos hombres son peligrosos, y está claro que soy su objetivo. Trago saliva mientras el miedo se extiende por todo mi cuerpo. El hombre de traje se da cuenta, ya que me observa con atención, y curva los labios un poco hacia arriba ante esa leve señal de pánico.

—Me gusta —declara el rubio.

—Pobrecita —se burla el más grande, hablando finalmente.

—Roxxane, por favor siéntate —sugiere el primero otra vez, pero sé que es una orden.

Así que muevo un taburete y hago lo que me dice lo más lejos de ellos que puedo estar. Apoyo los brazos hacia atrás en la barra para poder alcanzar la navaja que llevo en la cintura.

—¿Por qué estáis aquí? —repito.

El primero mira a su alrededor antes de seleccionar la mesa más cercana. Ese puto cabrón limpia la silla e incluso frunce el ceño mientras se sienta en el borde. Espero que se manche el traje.

—Roxxane, soy Ryder Viper —se presenta. Ignoro que use el Roxxane, nadie me llama así.

Me recorre un escalofrío.

«Viper».

¿Como los putos locos que dirigen la ciudad? ¿La maldita mafia que lo controla todo? No me extraña que la policía esté asustada, los tienen en el bolsillo. También a los jueces y al alcalde.

Joder, esto va en serio.

—Ese es Diesel. —Señala al rubio que está lamiendo las llamas de un encendedor—. Kenzo. —Señala al que se parece a él—. Y Garrett.

—Bueno, encantada de conoceros. ¿Por qué no me decís la razón por la que anoche mandasteis a unos matones a atacarme? —gruño.

Cuando me asusto, me pongo a la defensiva, demandadme.

Arquea una ceja mientras se inclina hacia delante, con las manos colgando entre sus piernas separadas. Joder, ¿por qué es eso me resulta atractivo?

—Según nos explicaron, tú los atacaste primero.

Intento recordar. ¡Joder, quizás tenga razón!

—Intentaron agarrarme.

—Cierto. —Asiente—. Pero ya han sido castigados por involucrarte en una pelea; no eran las órdenes que habían recibido. ¿Uno de ellos te golpeó?

Levanto la mano hacia mi labio aún dolorido y, aunque la bajo al instante, es demasiado tarde, ya se ha dado cuenta. Entorna los ojos.

—Eso no está bien, están a la espera de juicio por ello.

—¿Qué significa eso? —grito.

—Significa, pajarito, que van a morir. —El rubio se ríe; el sonido me parece un poco loco.

—¿Qué queréis de mí? —pregunto, conteniendo la respiración.

—Tu padre tenía una deuda con nosotros… —empieza Ryder, y juraría que arquea la ceja otra vez—. Ya, entiendo que vuestra relación es… ¿complicada?

—¿Complicada? Mataría a ese cabrón si pudiera. Vale. —Me deslizo de la silla—. ¿Cuánto os debe? Lo pagaré si puedo.

El rubio, Diesel, se pone delante y clava sus ojos azules en mí mientras se lame los labios.

—No, ya hemos hecho un trato con tu padre, pajarito. Dime, amor, ¿eres de las que gritan? Tu padre y yo hemos hecho una apuesta —pregunta.

Reacciono sin pensar, echo el puño hacia atrás y lo golpeo en la cara.

Lo veo tambalearse hacia atrás mientras me sacudo la mano. Se lleva los dedos a la boca y se toca los labios y la nariz mientras la sangre brota de la herida. Empieza a reírse, lo que me hace retroceder de un salto. Cuando levanta la cabeza, sonriente, sus dientes están cubiertos de sangre.

—Eso ha estado bien, ¿quieres hacerlo otra vez?

Abro los ojos como platos, pero me llega la voz de Ryder desde detrás de él.

—Basta, D.

Diesel suspira, pero me guiña un ojo mientras retrocede. Solo entonces me doy cuenta del bulto que hay en la parte delantera de sus vaqueros… ¿Está excitado? Joder. Levanto la vista de golpe, pero es demasiado tarde, se ha dado cuenta y se está riendo otra vez.

Ese cabrón está desquiciado.

—¿Qué tipo de trato? —espeto, cansada de este juego mientras una sensación nauseabunda me revuelve el estómago. No quieren mi dinero, han hecho un trato…

—Tú. —Ryder se encoge de hombros.

Oh, «tú» dice casual, como si nada.

—¿Me. Ha. Vendido. A. Vosotros? —gruño.

—Está buena cuando se enfada —susurra Diesel al tipo grande, Garrett, que pone los ojos en blanco.

—Sí, exacto. Para cubrir su deuda, y nosotros siempre cobramos, Roxxane. Ahora, ¿prefieres hacer tú la maleta, o la hacemos nosotros por ti? —pregunta Ryder con calma.

Como si fuera a aceptar ir con ellos. Que se jodan. Pueden ser los Vipers, los cabrones más aterradores de la ciudad, pero eso no significa que vaya a ir con ellos de forma voluntaria. Doy un salto por encima de la barra y cojo el bate.

—¡Largaos! No voy a ir a ningún sitio con vosotros, putos cabrones. ¿Queréis que os pague su deuda? Cobrádsela a él, me da igual.

—No podemos hacer eso, amor, un trato es un trato. Eres nuestra. —Ryder se encoge de hombros mientras se levanta.

—¿Puedo? —Diesel sonríe, dando un paso hacia delante, pero Ryder mueve la mano para bloquearlo.

—Ve con Garrett a hacer la maleta —ordena, y Diesel se desinfla por un momento antes de mover las cejas sugerentemente en mi dirección.

—Voy a masturbarme en tus bragas. Hasta luego, pajarito.

El tipo más grande da un paso adelante y le da una palmada en el hombro.

—Arriba, venga.

Espera…, ¿saben dónde vivo?

Me interpongo en su camino, y el tipo grande me mira desde arriba con una expresión dura.

—Apártate, pequeña.

—A la mierda… —gruño, y balanceo mi bate hacia él.

Lo atrapa en el aire como una mosca y me lo arranca de las manos antes de fruncir el ceño.

—Eso no ha estado bien.

—¡Oh, bueno! Perdón por molestar —lo provoco, luego impulso mi rodilla hacia arriba. Como está demasiado ocupado para darse cuenta, le alcanzo en los testículos.

Se cubre la entrepierna con un gemido, y se empieza a poner rojo mientras cae de rodillas. Levanto el puño para rematarlo, pero el rubio me lo atrapa en el aire, chasqueando la lengua.

—Lo siento, pajarito, ya jugaremos más tarde —ronronea, y entonces veo que su puño viene hacia mí.

No me da tiempo a agacharme. Me lo estrella directamente en la cara, y pierdo el conocimiento.



7
KENZO

—Podrías, como mínimo, haberla sujetado —me río; mientras observo a la preciosa chica que permanece inconsciente en el suelo. Diesel le ha dado un puñetazo de los buenos; ya se le está hinchando el ojo y apuesto algo a que mañana le dolerá la cabeza.

Sin embargo, es mejor que lo que le habría hecho Garret por ese golpe en sus partes bajas. Aunque cuando lo miro, se está aplicando hielo en la polla con una expresión extrañamente satisfecha, mientras el bate descansa a su lado.

¿Quién es esta chica?

Desde luego no se trata de la mosquita muerta que me esperaba. Ni siquiera parecía asustada cuando le hemos expuesto los hechos. Ha tratado de pelear y eso me gusta. Quizá por eso la mantengamos con vida un tiempo; al menos el suficiente para follármela y comprobar si lucha igual en la cama.

Seguro que sí.

Es una salvaje.

—Kenzo, sube con Diesel y prepara una bolsa… con algo más que bragas —suspira Ryder, mirando a la chica—. Garrett, cógela, ¿quieres?

El grandullón gruñe, aparta el hielo de su paquete, y la levanta acunándola contra su pecho sin mirarla, con la mandíbula apretada. Asiento y sigo a Diesel escaleras arriba.

—Mierda, voy a por la llave —digo cuando D gira el pomo y la puerta no cede.

Estoy a punto de hacerlo cuando oigo un estruendo. Al girarme, veo que ha reventado la puerta de una patada. Me sonríe.

—No hace falta, ya está abierta.

Niego con la cabeza mientras hago rodar los dados —una manía mía— y entramos. Alzo las cejas: es un puto desastre. Ropa y botellas de cerveza por todas partes. A Ryder le daría un infarto si viera esto. A Diesel, en cambio, le da igual; va derecho a la cómoda con los cajones medio abiertos que hay bajo la ventana y empieza a coger puñados de bragas; incluso le veo olfatear algunas.

Alcanzo una bolsa del armario empotrado junto a la puerta del baño y la lleno con sus cosas de aseo y maquillaje. Meto parte de la ropa colgada y otros objetos que pueda necesitar. Siempre podemos comprarle lo que falte, pero tener sus cosas quizá la tranquilice.

Casi me río al recordar cómo ha derribado a Garrett; no es habitual que alguien lo pille desprevenido. Casi nunca, de hecho. Esto va a ser divertido. Un ruido me hace alzar la cabeza: Diesel está saltando sobre la cama con las manos tras la nuca.

—¿Vas a ayudar o te la vas a cascar en sus bragas? —le pregunto muy serio, al ver que ha enrollado un tanga rosa en la mano—. ¿Recuerdas lo que dijimos de tocarte en público?

Frunce el ceño, se guarda la prenda en el bolsillo y acomoda la almohada bajo la cabeza, aunque se queda quieto. Con un movimiento lento, mete la mano debajo de la almohada y saca una pistola: un pequeño revólver.

«Vaya, vaya… ¿de dónde habrá sacado eso nuestra chica?».

La cara de Diesel se ilumina.

—Creo que me he enamorado. ¿Crees que me disparará si se lo pido?

—Probablemente. ¿Quieres hacer una apuesta al respecto?

—Ni de coña, ¡haces trampas! —salta, y yo me río. A veces, es verdad; otras simplemente leo a la gente, es un don que he perfeccionado con el tiempo. Por eso soy el peor rival cuando se trata de azar y el mejor corredor de apuestas de la ciudad.

Encima del minibar veo una foto, la única en la habitación. Es de Roxy cuando era más joven, con menos tatuajes y el pelo más largo y rubio. Lleva un aro en la nariz, pero es ella sin duda, y a su lado

hay un hombre enorme, calvo y con barba entrecana, cicatrices cerca de la barbilla y la nariz rota. ¿Quién será ese tipo?

No es su padre, pero tiene que ser alguien importante para ella. Así que la cojo, la doblo y me la guardo por si necesitamos buscarlo y usarlo como presión. Echo un vistazo y le hago una seña a Diesel.

—Creo que ya está. Vámonos antes de que se despierte y vuelva a repartir hostias.

—¿Tú crees que lo haría? —pregunta con anhelo.

—Estás como una cabra —murmuro, me cuelgo la bolsa del hombro y bajo las escaleras.

Garrett sigue sosteniéndola entre sus brazos, con cara de querer estar en cualquier otro lugar, y Ryder se pasea por el local, absorbiendo cada detalle. Yo sé leer a la gente, pero ¿Ryder? Lo ha convertido en un maldito juego, en un deporte: encontrar las debilidades de las personas y explotarlas, destruirlas con lo que descubre de ellas.

La señorita Roxy no será la excepción.

—Todo listo, no tiene gran cosa —me encojo de hombros.

Ryder asiente.

—No creo que a Roxy le importen muchas cosas aparte de este bar.

—De puta madre, ¿podemos irnos ya? —gruñe Garrett.

—¿Temes que vuelva a intentar golpearte las pelotas? —lo pico, y él me fulmina con la mirada.

—La llevo yo —se ofrece Diesel. Me planto delante cuando Garrett la gira para apartarla de él.

—Tranquilo, tío, ya la tiene él —le digo. Diesel frunce el ceño y asoma la cabeza por encima de mi hombro para verla. ¡Joder! Miro a Ryder; él también se ha dado cuenta. La última persona con la que Diesel se obsesionó acabó quemada viva. Queremos que sufra, pero no tanto…, todavía.

Así que, de momento, tendremos que mantenerlo separado de ella.

—Venga, volvamos —le doy una palmada y me lo llevo mientras Ryder se coloca entre él y Garrett para taparle la vista.

Diesel protesta, pero se anima cuando le digo que puede conducir.

—Nos vemos allí. Preparad la habitación de invitados; se quedará en ella de momento —ordena Ryder, y yo asiento.

¿Habitación de invitados? Como si fuera a quedarse ahí mucho tiempo. Parece que Roxy va a vivir con nosotros, y con lo poco que he tratado con ella, apuesto a que intentará matarnos por ello.

Estoy deseando que llegue el momento.

Hace tiempo que no hacemos algo divertido, y en esta ocasión, el entretenimiento viene envuelto en un paquete delicioso que pienso abrir. Sí, me tiraré a Roxy antes de matarla. Haré que me suplique, que lo anhele hasta rendirse… y entonces, por fin, me la follaré.

Acaba de perder la mayor apuesta de todas: su libertad y su vida.



8
ROXY

Me duele horrores la cabeza, como si hubiera bebido más de la cuenta. Me palpita la cara, y tengo todo el cuerpo agarrotado por estar mucho tiempo en la misma posición. Gimo, pero mantengo los ojos cerrados, para intentar que se me pase el dolor, mientras me devano los sesos tratando de recordar qué ha pasado. Todo está borroso, y cuanto más lo intento, más me duele el cerebro.

Tanteo con la mano en busca de mi pistola y me quedo paralizada. No son las sábanas que uso habitualmente… estas son de seda. ¿Quién coño usa sábanas de seda?

Nadie que yo conozca, desde luego.

Entonces lo recuerdo todo de golpe. Los matones. Los Vipers. El puñetazo…

Abro los ojos de par en par y los clavo en el techo blanco, y justo encima de mí hay una maldita lámpara de araña llena de cristales. Se me acelera el corazón mientras me arrastro hacia el cabecero, y me apoyo en él antes de pasarme la mano por la cara dolorida, ¡qué cabrón! Aunque no creo que tenga nada roto. Me entra el pánico mientras miro a mi alrededor y empiezo a respirar hondo.

Me han secuestrado.

Me han sacado del bar y me han traído a lo que parece una jodida habitación de hotel.

Está tan… limpia. Demasiado limpia. Las paredes son blancas y en el suelo hay una moqueta de color gris oscuro. En la pared de enfrente a la enorme cama de matrimonio veo una televisión de

pantalla plana más grande que mi cuarto de baño. A la derecha, la pared da paso a unos ventanales que van desde el suelo al techo y por los que, cuando bajo de la cama y me acerco tambaleándome, me muestran la ciudad.

La urbe se extiende a mis pies como un jodido póster. Estamos en lo más alto y justo en el mismísimo centro. Al darme la vuelta, veo dos puertas a cada lado de la televisión. Asomo la cabeza por una para ver un vestidor. Y con ese término me refiero a una habitación llena de estantes y espejos con luces entre ellos, también hay un sofá en el medio. Cierro la puerta con una mueca de asco en los labios y pruebo con la otra.

Es el cuarto de baño. La pared izquierda está ocupada por una cabina de ducha de cristal con cuatro alcachofas y un asiento de azulejos grises en la esquina del fondo. De frente, hay una bañera enorme, lo bastante grande para que quepan por lo menos seis personas. A la derecha, hay dos lavabos con un espejo que ocupa casi toda la pared. El váter está escondido en un rincón justo a mi lado. Parece que alguien no ha escatimado en gastos, putos ricachones.

Vuelvo a la habitación y examino el espacio buscando cualquier cosa que pueda usar como arma. Junto a la cama hay dos mesillas de noche antiguas, de color gris, cada una con su lámpara. Perfecto. Cruzo la habitación corriendo con los pies desnudos, ya que algún cabrón me ha quitado las botas. Arranco la lámpara de la pared, la sujeto como si fuera un bate mientras voy a la puerta blanca de la izquierda, la que claramente lleva fuera de la habitación.

Muevo el pomo y descubro que está cerrada con llave. ¡Joder, por supuesto! Dejo caer la lámpara a un lado y miro furiosa a mi alrededor. Qué cabrones, ¿se creen que pueden ser mis dueños? ¿Que me pueden comprar?

Van a aprender que el dinero no puede comprar obediencia. No soy un objeto y no pertenezco a ningún hombre. Se van a arrepentir del día que me secuestraron.

¿Víboras?[1] Venga ya, yo también muerdo.

Espero más de media hora a ver si alguien viene a abrir la puerta,

pero no es así y acabo por aburrirme. Sentirme cabreada y hastiada no es una buena combinación para mí. Tengo unas ganas locas de destrozar este sitio, es demasiado perfecto, está demasiado limpio. Así que lo hago. Sonriendo, voy al cuarto de baño y decido desahogar mi ira con su preciosa habitación.

Estrello la lámpara contra el espejo y veo cómo se hace pedazos. Sonrío, cojo un trozo y me corto sin querer. Siseando, miro la sangre que cubre el cristal y gotea hasta el suelo impoluto. ¡Bueno, que se jodan!

Regreso despacio al dormitorio, dejando un reguero de gotas de sangre a mi paso mientras voy hacia la cama, donde empiezo a romper las sábanas. Dejo que salga todo. Mi furia hacia ellos, mi rabia hacia mi padre.

Debería haberlo sabido ya a estas alturas, pero cada puta vez que creo que me he librado de él, hace algo. Pero ¿esto? ¿Venderme? Ni siquiera yo pensaba que pudiera caer tan bajo.

Con un grito, apuñalo y corto hasta que me duele el brazo y jadeo. Las plumas de las almohadas cubren al suelo y también a mí, en el colchón se aprecian grandes agujeros, y las sábanas están cubiertas de sangre y hechas jirones.

Ahora, lo que me rodea tiene el aspecto de cómo me siento y eso me hace sonreír.

Me estoy riendo cuando se abre la puerta. Escondo el cristal en el bolsillo trasero de mis pantalones cortos y retrocedo con los ojos entornados. Ryder entra como si tuviera todo el tiempo del mundo. Mira a su alrededor, pero las únicas señales de disgusto ante el desastre que me rodea son su ceja arqueada y el ligero descenso de sus labios perfectos. Por mi parte, estoy sudorosa y jadeante mientras él se queda de pie ante mí con su traje como un jodido modelo. Le odio, y no solo porque me haya secuestrado y encerrado en ese apartamento limpio y escalofriante.

—Bueno, veo que te estás poniendo cómoda —comenta suavemente con voz grave. El sonido es como un buen trago de Jack. ¿Existe algo que altere a este hombre? Tengo ganas de correr hacia él y untarle mi sangre por todo ese traje perfecto solo para ver qué haría.

—Déjame marchar —exijo, pero me ignora. Agachándose, coge una funda de almohada y la sostiene en el aire con un dedo, exponiendo la tela cortada a tiras.

—Tu padre te vendió, ahora eres nuestra. —Su tono es tan pragmático que tengo ganas de explotar otra vez.

—¡Soy una persona! ¡No se puede vender a alguien sin más! —grito.

—Parece que sí se puede. —Se encoge de hombros mientras suelta la funda de almohada—. Tu ira por la situación o tu incredulidad no van a hacer que sea menos real, te lo aseguro. Tu padre te vendió a nosotros, y ahora eres nuestra. Te sugiero que busques una forma de asumirlo.

¿Asumirlo?

¡Ay, qué hijo de puta!

Saco el cristal del bolsillo trasero y me acerco furiosa, plantándome ante su cara.

—Déjame ir o te juro que…

—¿O qué? —Sonríe con suficiencia. Sus ojos gélidos parecen por fin descongelarse un poco para demostrar cierto desafío.

Un reto.

El cristal se me clava en la piel, y me corta de nuevo cuando levanto la mano y la deslizo hacia su cara desprotegida. Parpadea, y me agarra la mano antes de que el cristal esté a dos centímetros de su mejilla. Cierra el agarre con fuerza, haciéndome jadear al apretarme los huesos. El dolor me atraviesa.

—Eres nuestra, Roxxane. Si queremos encerrarte, lo haremos. Si queremos castigarte por comportarte como una cría, lo haremos. Si queremos follarte… —Se acerca más, pegándose al cristal, y una gota de sangre brota en su mejilla mientras baja la voz—. Lo haremos. Si queremos matarte… lo haremos, y no puedes hacer nada al respecto. Asúmelo, cariño, o podrías acabar en un lugar peor que este.

Echándose hacia atrás, me retuerce la muñeca a un lado, haciendo que contraiga los dedos y suelte el cristal, que se guarda en el bolsillo. Le miro y al ver la gota de sangre que le baja por la mejilla me invade el miedo y algo a lo que no quiero poner nombre.

Saca un pañuelo y la detiene antes de que pueda llegar a manchar el traje, limpiándola como si no acabara de apretarse contra cristal para demostrar algo.

—Veo que estás de mal humor, así que te dejaré para que pienses en lo que he dicho. —Se da la vuelta, y corro hacia delante, pero soy demasiado lenta. La puerta se cierra de golpe, y el clic ensordecedor de una cerradura encajando en su sitio me hace gritar contra la madera mientras la golpeo con la mano herida.

Como no viene nadie, arranco un trozo de tela de la almohada y me vendo la mano para detener la hemorragia antes de mirar a mi alrededor. Ha sido una mezquindad, pero lo cierto es que me siento mejor. Me tumbo cerca de la ventana con un suspiro y contemplo la ciudad mientras el cielo empieza a oscurecerse.

Solía vivir en la ciudad, me encantaba explorarla y verla crecer. Fue antes de que me diera cuenta de la oscuridad que se esconde bajo los cristales y el glamour. Y los Vipers son de lo peor que hay en ella.

Cuando eres pequeña, te cuentan historias sobre monstruos escondidos debajo de tu cama o en la oscuridad. No te hablan de los seres humanos reales. De los que se ceban con la gente más débil que ellos, o incluso de los monstruos que se esconden dentro de nosotros mismos.

No importa si son ricos o pobres, los seres humanos siguen siendo monstruos. Se esconden detrás de caras bonitas, seres queridos, sangre. Sin embargo, todos son iguales. Todos te quieren para algo, la diferencia es… hasta dónde están dispuestos a llegar para conseguirlo.

Parece que los Vipers van a llegar hasta el final.

Y todo por culpa de mi padre, que no es más que un pedazo de mierda. ¿No es suficiente con que me arruinara la infancia? ¿Que me haya pasado cada día de mi vida pagando por sus errores? No, ahora también me ha quitado mi futuro.

Cierro los ojos compadeciéndome de mí misma, y trato de descansar mi cabeza dolorida. Soy una luchadora, una superviviente, siempre lo he sido y siempre lo seré. Puedo superar esto, he sobrevivido a cosas peores. Que esté en un ático de lujo no significa

que no sea una prisionera…

La puerta se abre de golpe, despertándome. Es tarde, muy tarde, y está oscuro. Me duele el estómago porque no he comido en casi dos días, salvo unos trocitos de pan que encontré.

Es tarde… Eso solo significa una cosa.

Me tapo la boca, tratando de ralentizar mi respiración para que no me oiga. El corazón me late tan fuerte que tengo ganas de llorar. Oigo sus pasos arrastrándose mientras sube las escaleras tambaleándose. Por favor, por favor, que se olvide de que estoy aquí.

Que esta noche siga caminando y pase de largo.

No es así. Se detiene delante de mi puerta. Desde mi cama veo cómo su sombra bloquea la luz de la rendija de abajo antes de que su enorme mano gire el pomo y abra la puerta de par en par. Se queda ahí un momento, espiándome. Solo veo su silueta, así que no puedo apreciar su cara o su expresión. Sé que mi madre ha perdido el conocimiento, se ha inyectado antes de que me fuera a la cama, así que estará fuera de combate hasta mañana. Solo estamos él y yo. Y él lo sabe.

Puedo oler el whisky *en su aliento desde aquí, noto la ira que recorre su cuerpo. Siempre es lo mismo. Se emborracha, pierde dinero y se desquita conmigo. Es un círculo vicioso. Cada noche, espero que sea diferente, pero siempre es lo mismo.*

Si tu padre no te ha defraudado, no te ha hecho daño y no te ha roto el corazón, entonces no sabes cómo me siento. Se supone que los padres tienen que protegerte, quererte, sin embargo, mis padres son la razón por la que tengo miedo. Aprendí desde muy pequeña que son ellos los que me hacen daño, nadie más. No les importa si vivo o muero, solo soy un objeto para ellos.

Para desahogarse, para dar todo por hecho.

Cuando otros niños hablan de sus padres en el colegio, me enfado, siento la misma ira que invade a mi padre. Les odio por ello, por ser felices. Por disfrutar de la vida. Sus padres los quieren, los valoran, los colman de regalos y felicidad. ¿Por qué no puedo tener eso?

Sin embargo, si mi padre o mi madre lo intentaran alguna vez, me echaría para atrás, esperando el puñetazo que vendría justo

después. Porque la verdad es que sé que en la base de todas las personas, en su mismísimo núcleo…, lo único que les importa son ellos mismos. Lo que pueden sacar, lo que eso puede hacer por ellos, y cuando llega el momento de la verdad, siempre se elegirán a sí mismos.

Algunas personas nacen con rabia, con una necesidad de hacer daño.

Algunas nacen codiciosas, con una personalidad adictiva. Otras lo disimulan bien, pero al final, todos somos iguales. La sangre es siempre del mismo color, y todos estamos buscando algo que haga desaparecer la verdad de nuestras almas y sentir que somos buenas personas.

No le he engañado, sabe que estoy despierta, así que me siento y le hago frente. Me niego a llorar, me niego a suplicar. No lo haré más. Lo hice una vez, pensando que a lo mejor pararía. Ahora sé la verdad. No parará hasta que un día me mate, pero hasta entonces, sobreviviré un día tras otro con esa verdad colgando sobre mí.

—Levántate —balbucea. Aprieto los labios, pero hago lo que me dice, sabiendo que así todo terminará más rápido.

Pero cada vez que esto pasa, algo crece dentro de mí, esa ira se transforma hasta que tengo que morderme la lengua para no devolverle el golpe, para no contraatacar. Me niego a ser como él.

Se tambalea hacia mí, maldiciendo cuando casi se cae.

—He perdido dos mil esta noche, ¿sabes de quién es la culpa? —grita.

Debería no decir nada, solo asentir y recibir el golpe como una buena chica.

Pero a lo mejor no soy una buena chica, a lo mejor estoy tan jodida como él.

—Supongo que mía —digo arrastrando las palabras.

Soy estúpida, muy estúpida.

Deja ser de un borracho, el puñetazo llega muy rápido; mi padre es grande, y se nota en la fuerza de sus puños. Me golpea en las tripas, y me doblo mientras lucho por respirar. Ahora me duele el estómago por algo más que por hambre.

Me agarra del pelo, y me hace gritar mientras tira de mi cabeza

hacia arriba. Sus dientes torcidos brillan en la oscuridad, las lágrimas me hacen ver borrosa su cara. Gruñe, su aliento rancio me llega a la cara y me provoca arcadas.

—Tuya, puta mocosa de mierda.

Estoy tan ocupada tratando de no vomitar —la última vez que lo hice, me rompió el brazo— que no lo veo venir. Me lanza contra la pared, y mi cabeza recibe un golpe con un ruido sordo y espantoso Mi cuerpo se queda blando mientras me deslizo hasta el suelo, el dolor irradia por mi cráneo hasta que no puedo ver.

No puedo oír.

Entonces, todo se vuelve oscuro.

Me incorporo de golpe, jadeando. El sudor me cubre todo el cuerpo con la adrenalina recorriendo mis venas. Levanto la mano y me la aprieto contra la parte de atrás de la cabeza donde todavía permanece la abolladura de esa noche. Joder, por eso bebo antes de acostarme, para mantener alejadas las pesadillas.

Suelto un suspiro, parpadeo con los ojos borrosos para hacer desaparecer el sueño, pues sé que no volveré a dormirme pronto. No con esos recuerdos oscuros. En su lugar, miro la ciudad, todavía brillante. La luz ilumina sus ángulos y calles, incluso en la oscuridad. Como un faro.

Otra mentira.

Es entonces cuando una voz tenue y oscura surge detrás de mí, haciendo que el miedo me recorra de pies a cabeza.

No estoy sola.

—¿No puedes dormir, pajarito? Me pregunto con qué sueñas…

1. La traducción literal de *Viper* es víbora. (N. de la t.)



9
DIESEL

Sé que está teniendo una pesadilla. Sus extremidades se sacuden como si intentara huir de alguien. Se le escapan algunos gemidos, y eso provoca algo extraño en mi cerebro. Justo cuando voy a acercarme a ella, se aparta de golpe, respirando con fuerza. Se incorpora de golpe y se lleva la mano al pecho, que le late a mil por hora; el corazón le retumba tan fuerte que lo oigo sin esforzarme. Me pregunto si latiría aun más rápido si supiera que estoy detrás de ella. Alargo el brazo y deslizo la mano con suavidad por su cabello. Lo hago tan despacio que ni siquiera la nota. Es una criaturita tan pequeña y, sin embargo, tan llena de dolor… de rabia…

—¿No puedes dormir, pajarito? Me pregunto con qué sueñas —susurro junto a su oído.

Gira la cabeza de golpe, abre de par en par los ojos oscuros al descubrirme a su espalda. Noto el pánico en su mirada mientras busca un arma. Río y me lanzo sobre ella. Su grito va directo a mi ya dura erección cuando le inmovilizo las muñecas y aprieto mi cuerpo contra el suyo para que sienta lo empalmado que estoy. Los demás creían que encerrándola estaría a salvo de mí. ¡Qué tontos! Presiento que este pajarito va a darme mucho entretenimiento. Y ahora es nuestra. Podré hacer con ella lo que quiera.

Forcejea bajo mi peso, no se queda paralizada como suelen hacer la mayoría de las mujeres. Se revuelve, da patadas y se sacude. Algo que solo consigue que mi polla, constreñida en los vaqueros, se estremezca cuando la imagino haciendo lo mismo mientras la follo.

Apuesto algo a que folla como pelea: con fuerza, rápida y salvaje. Puede que ella no sobreviva, pero acabaré poseyéndola.

Ella se agota y se detiene; entonces entrecierra los ojos, y me mira llena de ira y odio mientras jadea. Su pecho se agita, lo que impulsa sus pechos contra mí. Me inclino y ella aparta la cabeza cuando le paso la lengua por la mejilla.

—¿Te gusta el dolor? —susurro. La imagen de ella encadenada en el sótano hace que me mueva contra su cuerpo, me imagino recorriendo su piel magullada y ensangrentada con los dedos. Acariciando las marcas de cuchillo, brillantes y rosadas, con la caricia de un amante. ¿Se estremecerá también entonces? ¿Peleará? ¿Gritará? Me muero por descubrirlo. Me pregunto si suplicará…

—Que te jodan —resopla furiosa.

—No, pajarito, te voy a joder a ti—me burlo contra su mejilla.

Ella se queda inmóvil, rígida como una estatua, y yo levanto la vista.

—Pero no será esta noche. Cuando te folle, quiero tener mis juguetes a mano. Quiero marcar esta piel tan bonita hasta que roces la muerte.

Paso la mano por sus tatuajes.

—Cuando te los hiciste, ¿te excitaste con el dolor? ¿O lloraste y sufriste para soportarlo?

Gira la cabeza para fulminarme con la mirada, pero antes veo un destello de verdad en sus ojos, es algo rápido antes de que vuelva a ocultarlo. Ajá, mi pajarito siente miedo por lo mucho que disfrutó con el dolor. Pensaba que quebrarla, matarla, sería divertido. ¿Pero esto? ¿Traspasar sus barreras hasta que gima bajo mi tortura? Será aún más dulce. Voy a quemar todo lo que este pajarito aprecia y la reformaré a mi antojo.

—Hueles a humo y a gasolina —murmura.

Parpadea como si no pretendiera decirlo y aprieta los labios, atrayendo mi mirada a aquella carnosidad roja. ¿Sabrá a las lágrimas que derramaba en sueños?

—Deja de mirarme, gilipollas —escupe, arrancándome una sonrisa. Esta chica sí que juega con fuego. Joder, con solo una mirada he conseguido que algunos hombres se meen encima. Pero ella sigue

aquí, desafiándome incluso mientras la tengo inmovilizada. Seguro que luchará con la misma intensidad mientras se desvanece…

Vuelvo la mirada hacia la tela blanca y manchada de sangre que le rodea una muñeca. Vaya, vaya, vaya, ¿se ha hecho daño esta preciosidad? Le agarro la mano y se la estrello contra el suelo, haciéndola jadear antes de que comience a forcejear otra vez. Desato el trapo ensangrentado y presiono el pulgar contra la herida; ella grita y se muerde el labio inferior, lo que no es más que un reflejo de años intentando ocultar el dolor. Lo reconozco. La miro a los ojos y aprieto el pulgar con más fuerza en el centro del corte.

Mientras, clava los dientes con tanta fuerza que se hace sangre. Sus ojos se dilatan por el miedo y el deseo, un deseo que intenta ocultar. Sus pechos se alzan, los pezones se le marcan contra la camiseta. Oh, a mi pajarito le encanta el dolor…

—Pajarito, pequeño y sucio pajarito, mira lo dulce que sangras —musito, inclinándome para lamer la mancha roja de su labio antes de hundir los dientes en él mientras aprieto con el pulgar aún más. Ella grita, se estremece bajo mi cuerpo. Me trago su sonido de dolor y miedo, me alimento de él.

Noto que se abre la puerta, pero ella no. Levanto la vista y cruzo la mirada con Garrett. Él contempla nuestra posición y suspira.

—Suéltala, D.

—Pero es tan divertido jugar con ella —protesto, hundiendo aún más el pulgar para que ella vuelva a gemir. El sonido hace que mi polla palpite y me froto contra ella.

—D —me advierte Garrett, cruzando los brazos con cara de «no me toques los cojones»—. Ve a buscar otra diversión; he oído que Ryder está reunido con nuevos guardias…

Debato las opciones. Asustar a los nuevos o jugar con mi sucio pajarito. Suspiro y vuelvo la vista hacia ella.

—Lo siento, precioso pajarito, lo dejamos para la próxima —digo, besándole la nariz antes de incorporarme y acercarme a Garrett, que me observa preocupado.

—¿Esto no será un problema, no? —me pregunta, y niego con la cabeza.

—No, no la he matado, ¿verdad? —Me río y le doy una palmada

en el hombro, pero ni se inmuta. Suspira y se le mueve el flequillo.

—Venga, luego limpiaré.

Me alejo silbando, y oigo sus pasos cuando se adentra más en la habitación.

—¿Estás bien?

—Que te jodan —grita ella, y me parto de risa.

¡Oh sí!, mi sucio pajarito volverá a jugar conmigo. Ya lo estoy deseando. Mientras tanto, tendré que conformarme con otra cosa.



10
ROXY

El grandullón, Garrett, entra en la habitación, pero no parece querer acercarse.

—¿Estás bien?

—Que te jodan —le grito, mientras me incorporo para apretar la mano sana contra la herida, intentando detener la hemorragia. No es el peor corte que recuerdo, pero duele…, vaya si duele. Cruzo las piernas para distraerme de ese otro dolor confuso… no, a la mierda con eso.

Bajo la vista hacia mis manos para evitar una mirada demasiado intensa, y examino la herida con el dedo. El lunático de D la ha vuelto a abrir. No es muy profunda, no necesita puntos de sutura; aprendí a distinguir cuándo hay que coser y cuándo no tras años de hacerme daño a diario. Sanará, será otra cicatriz más en mi colección.

Retrocedo en cuanto levanto la cabeza y veo que el grandullón está agachado delante de mí, con sus ojos oscuros clavados en los míos, y el flequillo negro cayéndole sobre la frente de un modo curiosamente atractivo, mientras extiende la mano hacia la mía.

—¿Puedo? —murmura—. Te prometo que no te dolerá. Estoy acostumbrado a curar cortes, magulladuras y fracturas.

—Ya me imagino —le espeto, y alza la ceja.

—No de esa manera, aunque deberías mantenerte alejada de D. No es como nosotros. Te hará daño por placer —advierte con suavidad, apretando los nudillos tatuados. Es tan grande que sus

manos superan el tamaño de mi cabeza. Podría partirme en dos sin esfuerzo. Y, aun así, no lo hace… ¿por qué?

—¿Mantenerme alejada? No se me había ocurrido —bufo—. ¿Cómo quieres que lo evite si estoy encerrada y ese lunático irrumpe, se planta a mi lado y se queda mirándome mientras duermo?

Levemente, una comisura de sus labios se arquea y vuelve a mirarme la mano.

—Deja que te limpie y te venda la mano. ¿Cómo está tu labio?

Pasa el pulgar por mi labio hinchado y vuelvo a quedarme paralizada: su gesto clínico, casi frío, no debería afectarme, pero lo hace. No debería sentir esto siendo su prisionera.

Asiente.

—No es grave. Sanará.

Suelta mi labio y me toma la mano con cuidado, examinando la herida antes de levantarse de un salto. Pego un respingo, vicio que creía desterrado—. Por supuesto lo nota, pero no comenta nada.

—Vuelvo ahora con un botiquín.

Se aleja un momento y echo a correr tras él para huir, pero cierra la puerta con llave. ¡Maldito sea! Gruñendo entre dientes, camino de un lado al otro, esperando su regreso. No hay forma de vencerle. Soy buena, pero no tanto. Además, he visto sus nudillos llenos de cicatrices y su nariz torcida, rota demasiadas veces; sé que es un luchador. Por la fluidez con las que se mueve pese a ser tan grande, diría que es un boxeador.

La puerta se abre al momento y regresa con un botiquín. Me indica que me siente en la cama y, esperando distraerle, me acomodo sin llamar la atención. Se arrodilla, me limpia la herida y me la venda sin decir palabra.

—¿Qué le va a pasar a mi bar? —exijo. Ese sitio es mi hogar. He trabajado como una loca para mantenerlo después de…

—Está cerrado. Por ahora permanecerá así —responde con indiferencia, ignorando mi enfado. Me envuelve la mano en la venda —. Deberías descansar.

Se gira para irse y me adelanto.

—¿Por qué lo haces? Soy una persona, no un objeto. Déjame

marchar.

Suspira, frotándose la sien.

—No. Descansa.

La puerta cruje cuando la cierra y me quedo en silencio, furiosa conmigo misma por haber mostrado debilidad. Me siento atrapada, lo sé: han venido a por mí porque sé demasiado. ¿Cuánto tiempo sobreviviré entre el hombre desquiciado y el borde? Apuesto a que no mucho.

Mi padre firmó mi sentencia de muerte al entregarme a los Vipers, y seguro que ni le importa. Siempre me ha culpado de todo; ya intuía que él me mataría. Tenía razón, aunque no de la forma que pensaba.



No duermo. Me tumbo en el suelo y observo cómo la ciudad despierta con el alba mientras maquino un plan. No pienso quedarme aquí para que hagan conmigo lo que quieran.

Tengo una vida.

Han ido a por la chica equivocada. Llevo más tiempo luchando que caminando. ¿Quieren una esclava dócil? Mala suerte, porque voy a hacer que se arrepientan del día en que me eligieron. Necesito ganarme su confianza, hacerles creer que están quebrantando mi espíritu. Entonces, escaparé.

Si intentan matarme, los mataré. Así de simple.

Ya no es un día normal, es un mundo de perros… o más exactamente, un mundo de víboras. Y ahora mismo, yo soy la presa…

Debería horrorizarme siquiera contemplar la posibilidad de matarlos, pero he visto cosas que la mayoría de la gente ni siquiera es capaz de soñar, y si tengo que matar a cuatro gilipollas mafiosos corruptos para conseguir mi libertad, lo haré.

No dejaré de luchar contra ellos.

Volveré a ser libre, y luego será mi padre quien pague por esto.

Me siento más tranquila con un plan en marcha, me pongo en pie

cuando oigo unas pisadas acercándose.

La puerta se abre de nuevo. Kenzo se asoma y, al verme, esboza una sonrisa que no le llega a los ojos. Es lo que hace siempre, pero no puede ocultar su mirada calculadora, ni la forma en que me observa a mí y a todos. Espera, observa.

Lleva el pelo rapado a los lados y peinado hacia atrás con gomina cuando entra en la habitación. La camisa blanca tiene dos botones desabrochados en la parte superior, por donde asoma un torso cincelado y vello pectoral. Su atuendo se completa con unos pantalones negros y unos zapatos impecables.

Su aspecto es tan arreglado, tan perfecto, que todo en él habla de dinero y poder. Fluye de él. Está acostumbrado a ser el centro de atención, a convertirse en el hombre más poderoso de la sala. ¿Por qué no se da cuenta de que cuando tocas fondo, solo tienes un camino que seguir, y es hacia arriba?

Se lo ha llevado todo, incluyéndome a mí.

No tengo nada que perder.

Al contrario que ellos.

—¿No tienes hambre? Ven, estamos desayunando y hemos pensado que quizá te apetezca unirte a nosotros —me ofrece, metiéndose las manos en los bolsillos como si intentara parecer simpático. Puede que le funcione con otras personas, pero no será así conmigo. Yo veo más allá de su máscara. Veo al monstruo que se esconde debajo.

—¿Me vas a atar como a un perro? —gruño, y él sonríe con arrogancia.

—¿Quieres que lo hagamos? Seguro que podemos arreglarlo —responde con suficiencia, y yo entorno los ojos—. Anda, ven a comer.

—¿Y si digo que no?

Su sonrisa desaparece, su rostro se vuelve frío.

—Será mejor que vayas asumiendo que aquí no tienes ningún poder, cielo. Te resultará más fácil. Si quisiera tenerte encadenada como a un perro, lo estarías. Estoy siendo educado, así que no lo estropees, o puede que no seamos tan atentos la próxima vez.

Después, vuelve a sonreír.

—Vamos —dice, haciendo un gesto con la cabeza antes de salir de la habitación.

Vacilo un momento antes de seguirle. Me espera justo al otro lado de la puerta, sin darme opción a intentar escapar. Como si pudiera leer mis pensamientos, suelta una risita, y posa la mano en la base de mi espalda, calentándome la piel. Se inclina hacia mí.

—No lo haría si fuera tú —me susurra al oído—. D está deseando tener una excusa para partirte la cara. No le tientes a perseguirte, porque cuando te alcance… Bueno, desearás que fuese tan cortés como nosotros.

—¿Siempre amenazáis con la muerte y la tortura durante el desayuno? —espeto, apartándome de su mano.

Se ríe.

—Por supuesto, no es una buena mañana si no hay al menos una amenaza de muerte o una pelea presente.

Avanzo a paso firme por el pasillo, fijándome en cada puerta para recordarlas más tarde. El pasillo se ensancha y da paso al resto del ático. Me detengo, boquiabierta.

—Estáis todos locos —murmuro, sin apartar la vista.

Él se acerca por detrás, su calor y su cuerpo duro me obligan a quedarme quieta. Siento sus labios junto a mi oreja, su aliento acariciándome el pelo.

—No tienes ni idea.

Lo ignoro, demasiado ocupada asimilando la opulencia que me rodea. Si ya pensaba que aquella habitación parecía sacada de un catálogo, esto… Joder, ni siquiera sabía que existieran sitios así.

A la derecha, unos ventanales de suelo a techo cubren dos alturas, con puertas que dan a una terraza con piscina y bar. A la izquierda, al lado de la puerta principal, veo un escáner, y detrás, una escalera de cristal que parece flotar en el aire rumbo al piso superior.

Avanzo hacia la estancia y miro a mi alrededor. Todo está decorado en tonos dorados, blancos y negros. El suelo de mármol, con detalles en negro, cruje bajo mis pies de camino a la zona de estar. Hay un sofá enorme encastrado en el suelo, y cuando digo enorme, quiero decir lo bastante grande como para albergar a un equipo entero de rugby. Está dispuesto en forma de cuadrado y

parece de cuero caro. Y no estoy exagerando: hay una puta chimenea delante. En una de las paredes hay una televisión ocupando toda la superficie. Detrás del sofá, una mesa de cristal recorre toda la pared, decorada con flores y adornos, y un piano de cola.

A su lado, veo una cocina abierta al salón, con una isla de mármol blanco y gris y taburetes negros con patas doradas. La cocina es más grande que mi apartamento y tiene todos los electrodomésticos que puedas imaginar. En el techo hay varios puntos de luz, y el horno y la nevera son de un negro brillante. Unas flores doradas decoran un jarrón. Ryder se mueve por la cocina.

—Cubo, abre —ordena, y el cubo de basura se abre solo para que pueda tirar algo dentro.

Por supuesto, disponen de electrodomésticos inteligentes.

Además de lámparas de araña en el techo, hay cuadros en todas las paredes blancas. Todo está inmaculado, impecable, perfecto… y grita dinero. Cada borde dorado, cada jarrón, cada detalle está pensado para impresionar.

Joder, incluso hay unas piedras a modo de pasarela para cruzar un estanque en una esquina. Así vive la otra mitad del mundo. Niego con la cabeza mientras Kenzo me empuja suavemente hacia delante. Tropiezo y me giro para fulminarle con la mirada. Él sonríe, mostrándome una dentadura blanca perfecta.

—Capullo —murmuro, y vuelvo la vista hacia los demás, que ahora me están observando.

Me siento totalmente fuera de lugar, diminuta, insignificante. Mi ropa es barata, pero qué más da. Ellos me han secuestrado, y sabían perfectamente quién soy. Alzo la cabeza con altivez y camino hacia la mesa donde Garrett está bebiendo de una taza que despide aroma a café. Diesel también está aquí, con las botas apoyadas en la mesa de cristal mientras juega con un mechero.

Ryder se acerca, deja una fuente sobre la mesa y se sienta en la cabecera. Me asombra que se coloque una servilleta en el regazo con una delicadeza casi absurda. Lleva otro traje, esta vez uno gris de rayas, con chaleco incluido, y el tejido se ciñe a sus musculosas piernas mientras se reclina, bebiendo de una taza de té.

Parece diminuta en sus manos y, aun así, le pega. Sus ojos me siguen, analizando cada uno de mis movimientos mientras me quedo de pie, incómoda, antes de decidirme por una silla y dejarme caer en ella de forma bastante poco elegante. Apoyo los pies descalzos en la mesa, cruzo los brazos y clavo la mirada en él.

—Quiero mis botas.

Esas botas me costaron un dineral. Son de las pocas cosas en las que me he permitido derrochar para mí misma.

Él da un sorbo a la taza y la deja con cuidado en el platillo. Es extrañamente fascinante y hasta un poco excitante, verle beber de una taza tan delicada. Pero no lo admitiría ni muerta.

Diesel se inclina hacia delante con sus ojos oscuros clavados en mí mientras se aparta el largo cabello rubio de la cara. Como siempre, Garrett me ignora.

Diesel es un perro rabioso, Ryder un gilipollas arrogante, y Kenzo un psicópata encantador… Garrett es el único al que no consigo descifrar. Parece que preferiría fingir que no existo. Ni siquiera me mira. Kenzo se sienta a mi lado y coge dos tazas.

—¿Café?

—Solo —respondo, y me lo sirve. Rodeo la taza con las manos, pero reprimo una mueca cuando la herida empieza a doler.

Por supuesto, Ryder se da cuenta. A ese hombre no se le escapa ni un detalle. Tiene los ojos de un halcón.

—Te lo mereces por comportarte como una niña y destrozar la habitación.

¿Me acaba de regañar… como si fuera una cría? Me entran ganas de tirarle el café a la cara, y él entrecierra los ojos, como si pudiera leerme la mente.

—No me pongas a prueba. Debido a tu numerito, vendrán unos operarios a arreglar la habitación hoy. No puedes quedarte sola, así que estarás con Kenzo.

—¿Un carcelero? —me río con amargura mientras sorbo el café, que, para colmo, está jodidamente bueno.

—Por tu seguridad. Y sí, para evitar que te hagas daño o intentes huir —responde Ryder con total naturalidad, mientras coge los cubiertos y empieza a cortar la comida—. Come, debes de tener

hambre.

Después, me ignora por completo, como si no fuera más que una molestia. Si eso es verdad, ¿por qué me ha traído? ¿Es un asunto de negocios, un pago por una deuda? ¿Una advertencia para los demás? No lo sé, y sinceramente, me da igual.

Kenzo llena mi plato de comida: un desayuno inglés completo, pero se me revuelve el estómago. ¿De verdad creen que un apartamento lujoso y buena comida me harán rendirme? ¿Que voy a aceptarlo?

Sí. Está claro que lo creen. Están acostumbrados a que les obedezcan, a que todo el mundo haga lo que dicen.

—¿Te sigue sangrando la mano, pajarito bonito? —pregunta Diesel, apoyando la barbilla en la mano mientras me observa. No se me escapa que Kenzo está sentado entre nosotros dos.

Lo han hecho a propósito, pero ¿por qué? ¿Por qué les importa lo que Diesel pueda hacerme? Al fin y al cabo, han dicho que soy suya, que harán conmigo lo que les dé la gana. Lo ignoro y me dirijo a Ryder, sabiendo que él es quien tiene las respuestas.

—Mi bar…

Él alza una mirada gélida, que me deja clavada en el sitio. La mayoría de la gente te mira, pero no te presta atención de verdad. Ryder sí. Te atrapa, analiza cada detalle hasta que está seguro de que sabe que hay una gota de sudor bajando por tu espalda y que te tiemblan ligeramente las manos, aunque lo disimules. Lo capta todo, lo usa en tu contra. Es un hombre que necesita tenerlo todo bajo control.

—¿Qué pasa con él? —pregunta con voz suave y educada. No hay nada tosco en él, todo es perfecto, pero bajo esa fachada… todavía hay una víbora. Una serpiente letal y certera.

—¿Qué va a pasar con él?

—Probablemente lo vendamos o lo destruyamos —responde sin emoción alguna.

Aprieto los dedos contra la palma herida para no lanzarme a su cuello. Ese bar es mío.

Mío.

Dios, si Rich lo viera ahora… Ese pensamiento me detiene. Le

prometí que cuidaría del sitio, que lo mantendría en pie. Tengo que hacerlo, aunque me cueste la vida.

—Por favor, no lo hagáis —mascullo, apretando los dientes. Es la única muestra de debilidad que me permito.

Él se recuesta en la silla, esbozando una leve sonrisa.

—De acuerdo. Hasta que decidamos qué hacer con él, permitiré que tus… «socios» continúen con el negocio.

Me burlo del término que usa. Se refiere a Cook y Travis.

—¿Saben lo que me ha pasado?

Él alza una ceja.

—No. Creen que te ha surgido una emergencia familiar y te has tenido que ir.

Me río a carcajadas, y él me observa.

—¿Tiene gracia?

Noto cómo los demás se tensan y dejan de comer. A Ryder no le gusta no saber algo, no le gusta ser el objeto de una broma.

—No tengo familia. Ellos lo saben —respondo entre risas.

—Tienes padre —replica, confuso.

—Le repudié hace años —me encojo de hombros—. Todo el mundo lo sabe.

Él asiente, se limpia la boca con la servilleta, la dobla con cuidado y la deja sobre la mesa.

—Vi que te emancipaste a los diecisiete.

Levanto la cabeza, intrigada.

—¿Cómo…?

Él sonríe, pero su sonrisa es tan fría y cruel que un escalofrío me recorre la espalda.

—Tenemos nuestros métodos, cielo. Podría averiguar cualquier cosa sobre cualquiera. Dame un minuto y sabré lo básico. Una hora y conoceré tu vida. —Se acerca, su aliento a menta y madera me envuelve—. Dame un día… y podré destruirte con lo que sé.

Giro la cabeza, pero le sostengo la mirada.

—Muy bien, sabes un montón de mierda sobre mí. Como todos. Pero eso no significa que me conozcas.

—¿No? —replica, arqueando una ceja mientras se recuesta. Parece sorprendido de que no me rinda, de que no me asuste. Puedo

imaginar que no le ocurre a menudo—. Entonces déjame ilustrarte. Te has roto casi todos los huesos del cuerpo desde que tenías tres años. Fue tu padre, seguramente, ya que es un borracho. Tu madre era una yonqui que se mató cuando tú tenías catorce. Te mueves como alguien que sabe defenderse, así que seguramente has recibido clases de lucha. Tienes un arma, lo que indica que tienes amistades poco recomendables. No te asusta llevar un bar de mala muerte, lo que demuestra que eres valiente… y un poco estúpida. No tienes novio, probablemente por los traumas que te dejó tu padre. De hecho, parece que solo tienes rollos esporádicos. Ninguno sabe tu nombre completo, justo como te gusta: así mantienes el control. ¿Cómo voy?

—Casi todo bien… salvo por una cosa —siseo, poniéndome de pie —. Mi madre no se suicidó. Fue mi padre. Él le clavó la aguja en la vena y apretó el émbolo.

Me doy la vuelta, pero Diesel me bloquea el paso.

—¿Adónde vas, pajarito?

—No te he dado permiso para irte —gruñe Ryder a mi espalda—. Siéntate.

Aprieto los dientes, respiro hondo, cierro los puños y vuelvo a sentarme. Él asiente y continúa comiendo.

—Hoy tengo reuniones hasta después de comer. Esta noche os quiero a todos aquí. Mañana, Garrett y yo pasaremos fuera casi todo el día.

—¿A dónde vais, hermano? —pregunta Kenzo mientras come.

—Tenemos unos asuntos pendientes en el norte. Un desacuerdo sobre unos pagos —responde Ryder con hastío—. Lo resolveremos rápido. Mientras tanto, Kenzo, quiero que estés atento. Hay que vigilar por si la Tríada intenta vengarse. No se rendirán tan fácilmente.

Me quedo sentada, escuchándolo todo, memorizando todo lo que puedo. Hablan abiertamente delante de mí. ¿Por qué?

Porque creen que nunca se lo contaré a nadie.

Ese pensamiento me atraviesa como un rayo. Primero me invade el miedo, pero pronto se convierte en rabia. Piensan borrarme del mapa como si no fuera nada. Solo otro negocio más para ellos.

Estoy furiosa. Que les jodan.
Voy a hacer que paguen por esto.



11
RYDER

Observo a Roxy por el rabillo del ojo —o Roxxane, como reza su partida de nacimiento, aunque ella no responde a ese nombre—. En una sola noche he averiguado mucho sobre nuestra nueva huésped.

Parece que tenía razón: su padre la maltrataba, algo que ha confirmado hace solo un momento cuando nos ha hablado de su madre. Ya sabía que aquel cabrón era un monstruo, pero desconocía hasta qué punto. Es un milagro que siga viva; los partes de urgencias me hicieron hervir la sangre. Sufrió incluso de niña. Mientras repasaba los huesos rotos y las lesiones internas que padeció, todo me resultaba terriblemente familiar, demasiado cercano. Y, aun así, nadie intentó detener a su padre ni se preocupó lo suficiente como para intervenir.

Otra cría perdida en el sistema.

Olvidada, sin amor, abandonada a la oscuridad para sufrir en soledad.

Pero aquí está, todavía luchando. Esperaba que pareciera frágil y asustada, como tantos supervivientes. Esperaba que se encogiera y se marchitara, pero, si acaso, parece haber usado todo eso para endurecerse ante el mundo. Las cicatrices que cubren su cuerpo, resaltadas por sus tatuajes, son una forma de atraer las miradas. Su historia está escrita en su piel.

Leí que el juez le concedió la emancipación, pero aún estoy intentando que se levante todo el secreto de sumario del caso para saber qué hizo después. Para destruir a alguien por completo,

necesitas conocerlo a fondo, y yo aún no lo hago, aunque ella claramente cree que sí. Eso la mantiene en tensión, tratando de adivinar. Como a mí me gusta.

Veo sus puños cerrados sobre la mesa, los labios apretados y los ojos brillantes de rabia. Permanece rígida en la silla, sin tocar la comida del plato, aunque puedo oír cómo le ruge el estómago. Indica que está acostumbrada a pasar hambre. Kenzo engulle el desayuno a su lado; es un hábito que no ha perdido, lo tiene grabado a fuego después no saber cuándo volvería a comer.

Durante un segundo me duele verlo, pero aparto esos recuerdos, los encierro tras un muro de hielo mientras sorbo mi té. Recorro a Roxxane con la mirada, apreciándola. Es hermosa incluso detrás del maquillaje y la furia; de hecho, todo eso no hace sino subrayar su belleza. El color de su pelo es el del hielo…, el color de mi alma. Sus ojos, enmarcados en negro, obligan a mirarlos, y sus labios, carnosos y rojos incluso sin pintalabios, piden ser besados.

Es realmente preciosa, posee una belleza natural evidente. He salido con modelos, princesas y algunas de las mujeres más bellas del mundo, pero Roxxane las eclipsa a todas. Posee una gracia y una dulzura innatas a las que las demás solo aspiran. Sus curvas son de infarto, no retocadas quirúrgicamente como las de tantas. Cruzo las piernas y recoloco mi erección, intentando ignorarla. Nunca actuaré en consecuencia.

Puede que sea hermosa y que su lucha, su negativa a rendirse, me exciten, pero es demasiado salvaje, demasiado impredecible para llevármela a la cama. Me gustan las mujeres dóciles, las que se están presentes o ausentes según yo lo ordeno; las que no interfieren en mi vida. El sexo solo es un instinto primario que necesito satisfacer de vez en cuando.

Con Roxxane no sería así; me plantaría cara todo el tiempo. Sería inolvidable. No tengo tiempo para distracciones, y la que ella supone es enorme. Tengo que dirigir una ciudad y proteger a mis hermanos, no dejaré que una mujer nos destruya otra vez.

Ni siquiera una que viene envuelta en un paquete tan hermoso y trágico como Roxxane.

Me sorprende mirándola y entorna los ojos, sin temor, aunque su

vida esté en mis manos. Eso casi me hace sonreír, casi.

Entiendo por qué Diesel se siente tan prendado por ella y por qué Kenzo la desea. Me vibra el móvil, arrancándome de mis pensamientos: es la alarma. Casi llego tarde.

Inaudito.

Me pongo en pie y lanzo una mirada a los demás, que asienten: conocen el procedimiento.

—Vamos.

Solo entonces la miro.

—Pórtate bien —le ordeno.

Veo cómo la ira vuelve a encenderse en sus ojos y me invade la necesidad de provocarla. Es divertidísimo irritarla.

Me vuelvo, dejando a Roxxane con Kenzo. Tengo que gestionar un imperio y ha llegado la hora de recordar a unos cuantos negocios díscolos que no pueden plantarnos cara. Me aliso el pelo hacia atrás, me recoloco el traje y salgo del apartamento con mis hermanos pisándome los talones.

Roxxane no es más que un estorbo del que pronto me desharé.

Sinceramente, no sé qué vamos a hacer con ella. Nos la llevamos a modo de escarmiento, de advertencia. Esta situación desconocida me inquieta y no me deja relajarme lo suficiente como para dormir. Sé que cualquier persona es imprevisible, pero si la conoces, si sabes cómo controlarla, si eres consciente de dónde presionar exactamente, de dónde golpear, con los puños y con la información, puedes conseguir que haga lo que quieras.

Roxxane no será así, lo presiento. No reacciona como una persona normal: es salvaje, indómita. Supone una pesadilla para mí, aunque, por supuesto, no se lo demostraré. No, acabará obedeciendo o la mataremos.

Me sirve cualquiera de las dos opciones. Por ahora la ignoraré todo lo que pueda. Tengo asuntos mucho más importantes que atender que a una niñata del barrio sur, con ira en los ojos y dolor en el corazón.



12
ROXY

Garrett y Diesel se marchan con Ryder; le siguen como mascotas obedientes, pero no sin que antes Diesel me lance un beso. Menudo psicópata. Me quedo a solas con Kenzo; noto cómo me observa de soslayo.

—Puedes explorar el ático si quieres.

—¿Qué? ¿No vas a encerrarme otra vez? —le espeto.

—Solo si no te portas bien —se inclina hacia mí—. Así que pórtate bien.

Le suena el teléfono, lo descuelga, se levanta de la mesa y sale al exterior. Se apoya en la barandilla mientras habla, y le observo preguntándome si no será una trampa. ¿Y qué coño me importa? Aunque sé que es inútil, me lanzo hacia la puerta principal e intento abrirla, pero está cerrada con llave. Suspiro, echo un vistazo al resto del ático y decido explorarlo como me ha dicho. No tengo otra cosa que hacer, y quizá encuentre algo útil.

Primero subo las escaleras; mis pies descalzos apenas hacen ruido contra el cristal. Arriba encuentro lo que parece una biblioteca con una alfombra de piel en el centro y enormes estanterías antiguas del suelo al techo. Es bastante impresionante, la verdad. Hay un pasillo a la izquierda y otro a la derecha. Elijo el de la izquierda. La primera puerta está cerrada, pero oigo el zumbido de los ordenadores al otro lado. ¿Será una sala de seguridad?

La siguiente puerta también está cerrada, pero en esta además hay un escáner, así que me alejo sabiendo que no quieren que nadie

acceda a lo que sea que haya ahí dentro. La puerta de al lado está abierta, por lo que me cuelo dentro y echo un vistazo.

Es el doble de grande que mi habitación, pero igual de ordenada. Una cama baja de metal se alza contra la pared derecha. Hay más ventanales que van del suelo al techo frente a mí. No veo ninguna televisión ni apenas muebles. Solo un escritorio sin nada encima excepto un bolígrafo y una libreta, pero los cajones están cerrados con llave, lo he comprobado. En el suelo hay una alfombra súper suave en la que se me hunden los pies mientras deambulo por la estancia.

La ropa de cama está tan estirada y perfecta que salto encima solo para arrugarla un poco. La seda gris se desordena bajo mi peso mientras me revuelco; luego me levanto y sonrío satisfecha ante mi obra.

Como en mi habitación, hay dos puertas: una lleva a un baño y muestra las primeras señales de vida con productos de aseo y un cesto medio lleno de ropa sucia. La otra es un vestidor repleto de trajes a la izquierda y zapatos relucientes al fondo, con dos pares de zapatillas deportivas debajo. Desde luego, es difícil imaginar a Ryder llevándolas. A la derecha veo lo que parecen chándales grises y camisetas, pantalones de pijama y calzoncillos. Paso la mano por la ropa perfectamente planchada y colgada antes de que se me ocurra una idea malévola.

Es una mezquindad, pero, sinceramente, no esperarían que me quedara ahí sentada jadeando como un perro, ¿verdad? Me impulsa la necesidad de provocarles, de averiguar hasta dónde están dispuestos a llegar. Vuelvo al baño, registro los armarios hasta encontrar lo que busco y después, riéndome entre dientes, regreso al vestidor. Elijo el primer traje y paso las tijeras por la tela, rajándola y despedazándola hasta que queda destrozada.

Solo dejo uno intacto, sonriendo de oreja a oreja. Contemplo los miles y miles de libras en trajes perfectamente adaptados a su cuerpo que ahora yacen hechos jirones. Orgullosa de mi trabajo, suelto las tijeras y salgo de su habitación. Y ahora, ¿qué puedo hacerles a los demás?

Vuelvo a pasar por delante de la biblioteca y recorro el otro pasillo

hasta llegar a tres puertas más. Asomo la cabeza en las dos primeras. La primera es sin duda la habitación de Diesel: está pintada de negro y hay chaquetas de cuero tiradas por todas partes. La cama está sin hacer y el desorden es brutal. Hay varios mecheros en la mesilla de noche y cigarrillos; frunzo el ceño cuando veo unas bragas en su almohada que se parecen sospechosamente a las mías.

Negando con la cabeza, dejo esa habitación en paz. Quién sabe qué estará ocultando ahí dentro. La siguiente está más ordenada, más limpia, pero se nota más habitada. Hay una baraja de cartas en la mesilla de noche, así que debe de ser la de Kenzo. Como no quiero que me pille fisgoneando, me escabullo a la última habitación.

Esta debe ser la de Garrett.

El grandullón da miedo, joder, mucho miedo. Sería capaz de despedazarme sin pestañear, pero se comporta como si yo no existiera, y eso me provoca curiosidad. No es como los otros, ¿por qué?

Tiene un saco de boxeo colgado en una esquina que parece muy usado. La cama de matrimonio que ocupa la otra esquina está vestida con sábanas oscuras. Toda la pared del fondo está pintada de negro y hay lámparas de estilo industrial colgando encima. La otra pared es de ladrillo visto. Hay una televisión frente a la cama con montones y montones de DVD debajo. Veo algunas películas de terror clásicas; parece que es un fanático del género.

No hay mucho más aparte de ropa y productos de aseo. Es como si apenas vivieran aquí, este sitio está muy… vacío. ¿Será nuevo? ¿O es que no pasan mucho tiempo aquí? Suspiro, me siento en su cama y miro la mesilla de noche. Abro el cajón con curiosidad y rebusco en el contenido hasta que toco una caja de terciopelo… La saco y la abro, y se me abren los ojos como platos. Es un anillo, un anillo jodidamente enorme. ¿Qué coj…?

—No deberías estar aquí —dice Kenzo desde la puerta con voz calmada.

Levanto la vista y me enfrento a sus ojos sin disculparme.

—Me dijiste que mirara por ahí, así que eso hago.

Cierro la caja con un clic y la vuelvo a meter en el cajón. ¿Garret

está casado?

—Cierto —sonríe burlón—. Tendré que ser más cuidadoso con lo que digo en el futuro, pero lo que quiero decir ahora, Rox, es que no puedes estar aquí.

—¿Por qué? —pregunto ladeando la cabeza.

—Si Garrett te encuentra aquí… bueno, no será agradable. Puede que parezca tranquilo y controlado, pero odia a las mujeres, así que mantente alejada, ¿vale? —suspira.

—¿Odia a las mujeres? ¿Por qué? —insisto, y él niega con la cabeza.

—Haces demasiadas preguntas para ser una prisionera —murmura, no como si fuera algo malo. Sus ojos se iluminan—. ¿Quieres jugar a algo?

—¿Contigo? No, gracias —resoplo.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo? —me provoca.

—Vi los dados que llevas en el bolsillo, he notado cómo sigues las cosas con la mirada y las cartas que hay en tu habitación…, no es difícil deducir que te gusta jugar. Probablemente ganes más de lo que pierdas —me encojo de hombros mientras me levanto.

—Es verdad. ¿Y si te dijera que soy dueño de todos los casinos, garitos de juego clandestino y casas de apuestas de la ciudad? —pregunta bloqueando la puerta con el brazo extendido.

—Entonces, te diría que tienes un problema con el juego.

—O quizá simplemente me gusta ganar —murmura, y sus ojos se oscurecen mientras me recorren el cuerpo. Trago saliva, pero no retrocedo.

—O simplemente te gusta el dinero, cabrón codicioso —le espeto cruzándome de brazos para bloquear su mirada, pero sus ojos bajan a mi escote y se relame los labios.

—Eso también —asiente.

—¿Te vas a apartar? —gruño.

Me observa, como si se estuviera planteando mi pregunta.

—¿Por qué no nos tienes más miedo?

Se me triplica la velocidad del corazón. Si supieran… Sí les tengo miedo, pero lo oculto. ¿Por qué no soy un desastre sollozante y catatónico?

—He tenido miedo casi todos los días de mi vida; al final dejas de permitir que te controle y te acostumbras tanto que se convierte en un día más.

Parpadea, probablemente no esperaba esa respuesta.

—Lo entiendo.

—¿En serio? —replico ladeando la cabeza. Joder, ¿por qué estoy hablando con este cabrón en lugar de machacarle el cráneo e intentar escapar?

Porque está muy tranquilo, demasiado, como si supiera que aunque de alguna manera consiga pasar por encima de él, nunca conseguiré ser libre. Lo que me indica más que nada que no será fácil escapar de este edificio. Lo que tiene sentido si es el cuartel general de los Vipers.

—No somos tan diferentes, Rox. Deberías recordarlo —baja el brazo—. Aún están reparando tu habitación, y antes de que vayas a suplicarles ayuda, son de los nuestros y no les importará. En su lugar, vamos a relajarnos.

—¿A relajarnos? —le grito mientras se aleja.

—¡A relajarnos! ¡Al fin y al cabo, es mi día libre! —se ríe mientras me quedo ahí plantada, pero no quiero que me pillen en la habitación de Garrett si es verdad lo que ha dicho.

Odia a las mujeres…, ¿por qué?

Joder, ¿por qué me importa?

¿Y por qué estoy siguiendo a Kenzo? Porque, sinceramente, ¿qué otra cosa podría hacer? Bien podría disfrutar de este ático de lujo antes de escapar.

Esperaba torturas, o que al menos uno de ellos intentara follarme, pero no lo han hecho, y eso me descoloca. Dicen que soy su prisionera, suya para hacer lo que quieran conmigo. Me miran con ojos crueles, pero no me tocan… Bueno, aparte de Diesel, pero está loco.



Debería estar agotada. Kenzo ha puesto la televisión y ha

sintonizado una película romántica al azar. No he querido decirle que las odio, ni siquiera mientras me he acurrucado lo más lejos posible de él en el sofá. ¿Mi excusa? Necesitaba descansar, mantenerme fuerte, pero ha sonado a mentira incluso para mí… Cuando me despierto, sigo en la misma posición, pero hay una manta sobre mí y el sol está más bajo en el cielo. Kenzo sigue ahí, a mi lado, más cerca que antes. Tiene las piernas cruzadas, el pie apoyado en la rodilla contraria, con una *tablet* sobre el regazo, la pantalla parece dividida por lo que parecen cámaras de seguridad del interior de algún club.

—¿No era hoy tu día libre? —murmuro con la voz ronca por el sueño.

Parpadea y me mira.

—Cariño, los Vipers nunca se toman un día libre: demasiada gente que matar, demasiado dinero que ganar.

Bostezo, me incorporo y me estiro, extiendo los brazos y hago que me cruja la espalda. Cuando parpadeo y lo miro, Kenzo me está observando con ojos hambrientos, que me recorren el cuerpo como orbes de fuego, y me encojo, preguntándome si este será el momento en que me ataque, pero lo único que hace es volver a mirar su *tablet*.

Cruzo las piernas humedeciéndome los labios y me giro hacia él para poder ver de frente los golpes que vienen: una vieja costumbre. Él se da cuenta, por supuesto, y se gira ligeramente hacia mí, sin dejar de teclear en la *tablet*.

—¿Siguen fuera los demás?

—¿Por qué? ¿Estás ansiosa por verlos?

—Definitivamente no, solo me preguntaba si necesito correr a esconderme ya. —Suspiro.

Eso le hace levantar la cabeza.

—¿Esconderte?

—Sí. Del loco y, bueno, del que se va a cabrear —respondo, preguntándome si Ryder me matará cuando vea su ropa, aunque no me arrepiento. Ese cabrón tan perfecto se lo merecía después de lo de esta mañana.

—Diesel es inofensivo… vale, es mentira. Es inofensivo para

nosotros. Si alguna vez nos matara, sería porque no había otra opción. —Kenzo se encoge de hombros.

—¿Y eso te tranquiliza? ¿Y los demás? —le desafío.

—Es juego limpio —replica.

—Dios, está literalmente loco, lo sabes, ¿verdad? —digo casi a gritos.

Kenzo levanta la vista y veo en sus ojos la misma oscuridad que tienen los de los demás, la que esconde detrás de una apariencia encantadora. Puede que sea más tranquilo, puede que hable de forma educada y sea un mujeriego, pero debajo de eso sigue viviendo un monstruo.

—No hables de lo que no sabes, Roxy. Ese hombre ha pasado por el infierno y ha vuelto. Seguro que le ha dejado secuelas, y es nuestro hermano. Lo protegeremos de quien sea, ¿entendido?

Asiento, un poco asustada. De pronto, parpadea y vuelve a sonreír. Es jodidamente aterrador lo rápido que puede cambiar.

—Tu habitación está lista, hemos llevado allí tu bolsa.

—¿Mi bolsa? —repito frunciendo el ceño.

—Sí, tal vez quieras ducharte y cambiarte. Estás empezando a oler. —Sonríe.

¡Maldita rata bastarda!

¿Tiene la osadía de decirme que huelo mal después de haberme pegado, noqueado, encerrado y convertido en prisionera? Debería haber cortado también su ropa. Le lanzo una mirada fulminante y me encamino a mi habitación, olisqueándome el sobaco mientras avanzo.

¡Malditos Vipers!



13
GARRETT

Volvemos a media tarde. Kenzo está en el sofá, vigilando sus locales como siempre, pero a Roxy no se la ve por ninguna parte. No es que me importe. En absoluto.

Ryder, por el contrario, se pasa la mano por el pelo antes de desabrocharse la chaqueta, la única señal de que está tan molesto como yo por las reuniones de hoy. Parece que la Tríada ha empezado a amenazar a algunos negocios de la ciudad, exigiendo que les paguen por su protección en vez de a nosotros.

Es un desafío, uno al que debemos hacer frente. La mirada de Ryder refleja tensión, incluso mientras echa un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde está?

Kenzo ni siquiera levanta la vista.

—Escondiéndose de ti.

—¿Por qué? —pregunta Ryder, que parece confundido. Roxy no es de las que se esconden…

—La pillé husmeando arriba antes. —Se encoge de hombros, dando toquecitos en la pantalla.

Ryder suspira y me mira.

—Voy a quitarme de encima la peste de hoy. He dado instrucciones a Diesel para que… «hable» con algunos de los demás negocios y se asegure de que no crean que también tienen que pagarles.

Asiento mientras sube a su habitación. Decido darme también una

ducha y me encamino a mi cuarto. Cierro la puerta de una patada y apoyo la espalda contra ella mientras tomo aire profundamente.

Pero con él me llega un aroma, un olor inconfundible. Como a *whisky* y a sexo.

Ella ha estado aquí.

La furia me atraviesa. Gruño mientras me arranco la camisa y voy furioso hacia mi saco de boxeo, lanzando algunos puñetazos para liberar toda mi agresividad. Cómo se atreve. ¡Esta es mi habitación! ¡Mi espacio! El único lugar donde estoy a salvo y ahora… ¡ahora huele a ella!

No es que a mi cuerpo le importe, el muy cabrón se excita y calienta, la fragancia me envuelve y hace que mi polla se despierte dentro de los vaqueros. Por supuesto, la única mujer a la que ha reaccionado desde aquella zorra es la que mantenemos prisionera. No necesito otra mujer, no necesito otra puta complicación.

Pero a mi polla no le importa, palpita en los vaqueros, y se aprieta de forma incómoda contra la cremallera, así que me deshago de ellos y voy a darme una ducha, una bien fría. Pero cuando el chorro helado me golpea la espalda, apenas hace mella en el deseo que me atraviesa.

Al mirar hacia abajo, veo una gota de líquido preseminal en la punta de mi polla, y la vena que palpita a un lado. Joder. Ha pasado demasiado tiempo, pero toda mi necesidad se esfumó aquella noche. No sé si fue porque cada vez que pensaba en tirarme a alguien, me venía a la cabeza esa noche, apagando mi deseo, o si mi polla simplemente estaba rota.

No me importaba… mucho.

Y ahora, de entre todos los jodidos momentos, ahora ha decidido resucitar… y con furia. El deseo me recorre a todas horas del día. Juraría que me he hecho más pajas en las últimas veinticuatro horas que cuando era adolescente. Anoche, cuando me acosté para dormir, solo podía ver esos ojos enfadados y brillantes, y su cuerpo girando mientras intentaba atacarme.

Pero imaginaba un final diferente; la arrojaba sobre la barra, le arrancaba esos diminutos pantalones cortos y penetraba con fuerza en ese coño apretado hasta que dejaba de luchar y empezaba a

gritar.

Mierda.

Alargo la mano sin poder evitar apretar mi polla mientras me la imagino de rodillas delante de mí. Sus ojos oscuros parpadean hacia mí, sus labios rojos envuelven mi polla. La imagino enfadada, clavándome las uñas en la piel, con los ojos entrecerrados de forma peligrosa. ¡Joder. Me apoyo contra la pared y me acaricio toda la longitud mientras me lo imagino, recreándome en lo hermosa que se verá desnuda y atada, incapaz de hacer nada más que chupármela. En mi ensoñación, tiene el pelo plateado empapado y pegado a la cabeza por mis manos mientras me follo su boca. Una y otra vez.

Mis caderas se agitan con un gruñido mientras el orgasmo me atraviesa, salpicando mi estómago y la pared. Subo la temperatura de la ducha con un suspiro y me lavo, asqueado por el lugar a dónde me lleva mi mente. Ella no es nadie, es solo otra puta cazafortunas. ¿Y qué si no ha tenido opción? Será exactamente como las otras.

He aprendido la lección, Roxy no es más que una distracción. Una de la que necesitamos deshacernos antes de que destruya todo eso por lo que hemos trabajado tanto.

Justo entonces llega un grito desde el pasillo. Cerrando el agua, cojo una toalla, me la enrollo en la cintura y salgo del baño para atravesar la habitación, abriendo la puerta de par en par. Frunciendo el ceño, veo a una Roxy con cara de miedo corriendo por el pasillo directamente hacia mí. Ni siquiera mira por dónde va, simplemente se estrella contra mi pecho húmedo. La contemplo con confusión y ella me devuelve una expresión furiosa. Nos miramos fijamente.

Su pecho se agita mientras mira por encima del hombro, así que hago lo mismo. Veo a Ryder salir de su habitación con trozos de tela en la mano. Sus ojos son dagas mortales mientras se fijan en la pequeña mujer que se ha pegado a mí.

Ella grita y se mueve por mi costado hasta pegarse a mi espalda como si fuera a protegerla. No sé por qué, pero eso me hace hinchar el pecho, y miro con furia a Ryder mientras cierro la puerta de un portazo. Me cruzo de brazos, me doy la vuelta y bajo la vista hacia la mujer que ha invadido mi habitación. Justo el lugar donde no la quería.

Mierda, es la hija de nuestro enemigo. Una jodida deuda. Nada más… Entonces, ¿por qué me late el corazón mientras sus ojos recorren mi pecho destrozado? ¿Por qué aparto la mirada asqueado? Debe de sentirse mal al mirarme.

¿Por qué me importa?

No me importa.

—¿Qué has hecho? —le espeto.

Me sonríe con dulzura, pero eso no queda bien en su cara. Prefiero su ceño fruncido, su ira…, su ardor.

—Nada.

—No me vengas con mentiras. Te echaré de aquí para que te las veas con su ira —gruño.

Suspira, perdiendo la fachada de inocencia. Sus ojos se oscurecen mientras pone las manos en las caderas y curva los labios en una mueca despectiva.

—Nada que no se mereciera.

—¿Y qué te hace pensar que te voy a salvar? —le espeto.

Sus ojos vuelven a recorrer mi pecho, y me contengo para no encogerme. Que se jodan ella y sus opiniones.

—¿Qué te ha pasado en el pecho?

Gruño al tiempo que la agarro del cuello y la estampo contra la pared junto a la puerta. Sin cortarle el aire, solo aplicando presión, aunque me resulta muy difícil no apretar. En especial cuando sus ojos se transforman en otros azules y burlones, su pelo se vuelve rubio y largo, sus labios se afinan. Aparto la visión moviendo la cabeza, mi pecho se agita mientras lucho por mantenerme en el presente. Por no matar a Roxy.

No es ella.

Me lo repito una y otra vez.

Ella traga saliva, pero no lucha contra mí, solo se queda quieta, observándome atentamente. Me inclino hacia ella y pongo la cara a la altura de la suya, sin duda la mía se ha transformado en otra más ominosa.

—No te voy a salvar, niñita, si acaso, seré tu muerte. Ryder podría molestarse y ordenarlo, Kenzo podría incluso ayudarle. Joder, incluso Diesel sería más amable, se aseguraría de que lo disfrutaras… Yo en

cambio, haré que te duela. Haré que sufras, porque no significas nada para mí. Ni siquiera me importará cuando supliques. Tú. No. Eres. Nada. Solo otra jodida deuda. Otra jodida puta que ha atravesado esas puertas.

Inclina la cabeza hacia atrás con los ojos brillantes.

—¿Ah, sí? Entonces, hazlo. Mátame. Estoy cansada de esta incertidumbre, hazlo de una puta vez. Deja de amenazar, solo mátame —me provoca.

Gruño y la estampo contra la pared otra vez, ella gime cuando la dejo sin aire, pero sigue riéndose, aunque puedo sentir el rápido latido de su pulso contra mi mano, delatándola. Me tiene miedo. Es lo que me trae de vuelta.

—¡Joder, hazlo! ¡Estoy harta de las amenazas, de esperar a que pase! ¡Mátame y acaba con esto, es mejor que este no saber! —me grita justo en la cara.

Estoy tan perdido que ni siquiera oigo que se abre la puerta hasta que una mano me toca el brazo. Giro la cabeza con un gruñido y miro directamente a los ojos calmados de Ryder.

—Garrett, no es ella. Mira, ¿ves? No es ella. Es Roxxane. Suéltala.

Respirando con dificultad, me doy la vuelta para mirar a la mujer que tengo entre mis brazos. Se me detiene el corazón, joder. La suelto y me tambaleo hacia atrás… Joder, joder, joder. Me inunda el horror. ¿Realmente me he convertido en esto? Me tiembla la mano mientras miro a Roxy, que cae de rodillas, luchando por respirar. Ryder trata de ayudarla a levantarse, pero ella le aparta las manos de un manotazo y se pone en pie para clavar sus ojos furiosos fijos en mí.

Nos mira a los dos, jodidamente enfadada.

—Si vais a matarme, hacedlo ya. Estoy harta de esta mierda. Harta de mirar por encima del hombro, de tener miedo a quedarme dormida. Sé que no soy nada para vosotros, solo otra deuda, pero yo no he pedido esto. Os lo pido ahora, matadme. Hacedlo rápido.

Ryder entrecierra los ojos mientras ella se queda ahí esperando, valiente y pequeña.

—No lo vamos a hacer, y tú no nos das órdenes, Roxxane.

—¡Entonces, que os jodan! —grita, enfrentándose al miedo. Lo sé

porque yo hago lo mismo. Lo veo en su mirada, la persiguen los mismos fantasmas que a mí—. ¿Creéis que me voy a quedar aquí sentada como otra de vuestras malditas mujeres? ¡Soy una persona! Tengo una vida. —Mira a Ryder directamente a los ojos—. Te vas a arrepentir del día que me apresaste, te lo garantizo. Voy a destruirte. —Se acerca directamente a mí, a pesar de que casi la acabo de matar, y se pone pecho contra pecho conmigo.

—¿Y tú? Como me vuelvas a tocar, te degollaré mientras duermes. Sea esto un nido de víboras o no, aunque eso signifique que no salga con vida —Echa el puño hacia atrás, lo veo venir, habituado como estoy a luchar, pero no trato de bloquearlo cuando conecta con mi cara. Oigo que me cruje la nariz un poco, y el dolor se extiende por mi rostro. Pero estoy acostumbrado, vivo en ese dolor.

Vivo para él, solo así me siento vivo, normal. No el monstruo lleno de cicatrices que se esconde detrás de guantes y trajes.

Se sacude la mano, y sé que se ha hecho daño, pero no lo demuestra mientras se da la vuelta y, con la cabeza alta, sale de la habitación. Me quedo ahí, viendo cómo se aleja. Me ha pegado. Otra vez. Esa mujer… es un jodido huracán.

Lucha incluso cuando se enfrenta a la muerte. Me recuerda a otros hombres que conozco —mis hermanos— que nunca paran, nunca se rinden, ni siquiera cuando las probabilidades están en su contra.

Me merecía ese golpe. Mierda, sabía que no debería haberla dejado entrar aquí. No debería haber permitido que se acercara lo suficiente para meterse bajo mi piel, para pinchar y hurgar en mi interior. Será su muerte, es todo lo que puedo ofrecer a cualquiera. No queda nada en mí, excepto ira.

Odio.

—Vaya, sí que es algo especial —murmura Ryder, observándome. Como siempre, sus ojos se entristecen cuando ven mi pecho. Se culpa a sí mismo, lo sé. Siempre lo hace cuando alguno de nosotros se hace daño, siempre piensa que tiene que protegernos. Salvarnos. No tiene que hacerlo, pero no me va a escuchar, y no es que hayamos hablado de lo que pasó—. Tal vez no deberías estar cerca de ella, lo siento, no he pensado en lo que supondría traerla aquí… —Se pasa la mano por el pelo, despeinándose ligeramente.

Eso, según los estándares de Ryder, es una crisis nerviosa.

—No, no pasa nada —le espeto. Me doy la vuelta para no dejar que vea lo cerca que he estado de perderme en las emociones. En esa oscuridad…, en esos demonios, que combato cada día. Los que machaco con dolor, puñetazos y patadas.

—Puedo matarla, entonces no sería un problema—reflexiona, tan tranquilo, pero cuando me quito la toalla y me pongo los calzoncillos grises, lo miro y veo sus labios curvados hacia abajo. No quiere matarla. También se le ha metido bajo la piel… Interesante.

—No, ya está. No estaba preparado, ahora lo estaré. Me mantendré alejado hasta que decidamos qué hacer con ella —respondo, mientras me pongo una camiseta y cojo la bolsa. Luego me meto la pistola en la cintura.

—¿Vas a los *rings*? —pregunta, soltando un largo suspiro mientras se alisa el pelo hacia atrás.

—Necesito hacerlo. —Suspiro, mirando mi bolsa, y su mano se posa en mi brazo otra vez.

—Lo sé, ve, haz lo que necesites para vencer tu compulsión. Pero luego vuelve con nosotros —me ordena antes de irse.

Respiro hondo, pero dejo que sus palabras me guíen. «Vuelve con nosotros». ¿Cómo sabe que estoy tan cerca de perderme? ¿Tan cerca de bajar la guardia solo un poco para dejar que la lluvia de puñetazos me afecte, me mate? Sería más fácil, pero no hacemos así las cosas.

Los Vipers nunca se rinden.

Los Vipers nunca dejan de luchar.

Los Vipers son ganadores.

Salgo de mi habitación a grandes zancadas, e ignoro a los demás, que están sentados abajo, mientras cierro la puerta dando un portazo. Nunca sabrán lo cerca que estoy del límite. Diesel lo cruzó hace mucho tiempo, pero ha aprendido a vivir en la oscuridad. Kenzo camina por esa línea, ¿y Ryder? Ryder lo mantiene todo a raya con pura fuerza de voluntad.

¿Yo? Lo machaco a golpes.

Una y otra vez, sin importar cuánto se rompa mi cuerpo. Es la única manera en que puedo funcionar. Sentir la adrenalina

bombeando por mis venas, liberando mi furia en otra persona. A menudo no salen del *ring* por su propio pie. La gente que está allí grita mi nombre mientras la sangre gotea por mis músculos hinchados; les encanta.

Yo en cambio lo odio, pero es una necesidad.

Una vez no lo fue. Era el mejor, incluso lo hacía profesionalmente antes de darme cuenta de cuánto dinero se podía ganar en las peleas clandestinas. Ahora no tengo otra opción, soy demasiado brutal para la lucha profesional. Quiero que mi oponente sufra, que sangre. Quiero que sus huesos se rompan bajo mis puñetazos, que sus ojos se pongan negros.

Quiero su dolor.

Los pinto con la destrucción de mis puños.



Hago polvo al hombre. Trata de bloquearme, de agacharse detrás de sus brazos, pero no puede pararme. Lo machaco, entregándome a esas emociones hasta que no soy más que ira. Cae al suelo, y lo sigo.

Lo inmovilizo allí, estrello mis puños contra su cara desprotegida. Se me agrietan los nudillos, se abren. Mi propia sangre cubre su cara, pero, aun así, no paro. La multitud grita, acercándose para poder casi saborear el derramamiento de sangre. Les encanta.

Gritan mi nombre, pero todo se desvanece con un zumbido mientras lanzo puñetazo tras puñetazo. El hombre se desmaya, pero sigo sin parar, su cabeza se sacude a un lado con la dureza de cada golpe. Alguien trata de hacer que me detenga, pero los alejo. No puedo parar. No puedo.

Necesito esto.

Necesito que sangre.

Necesito su dolor.

Me apartan del hombre, su pecho apenas se levanta, tiene la cara hundida. Me doy la vuelta y gruño, golpeando a cualquiera que se acerque demasiado hasta que aparecen las caras del árbitro y los

cuatro guardias de seguridad que tratan de pararme.

Con el pecho agitado, los músculos gritando y empapado en sudor, me quedo en el medio del *ring* con el foco sobre mí. Asiento para hacerles saber que he vuelto, que estoy bien. Solo hay silencio hasta que el árbitro me agarra la mano dañada y la levanta al aire, anunciando por el micrófono que he ganado. No me importa.

Me quedo ahí mientras la multitud se alza, gritando, cantando y golpeando el suelo en el sótano de la vieja fábrica de papel. Las gradas están hechas con lo que pudieron encontrar, y el *ring* es básicamente un dibujo de tiza con cuerdas alrededor.

Pero algunas de las personas más ricas de la ciudad están aquí, así como las más pobres. Sin embargo, ellos son los luchadores, chavales de la calle como yo una vez fui. Cualquiera que trate de cambiar su futuro, dándolo todo. El árbitro se inclina más cerca.

—Tenemos otro tipo, parece que lo necesitas.

Asiento, tiene razón, lo necesito. Los ojos de Roxy siguen apareciendo en mi mente, y necesito a alguien para sacarlos a golpes.

—Que sean dos —gruño, mientras salgo del *ring*, me echo un poco de agua y dejo que se deslice por mi cara. Me quito la cinta de los nudillos para evaluar el daño… No están tan mal.

Una mujer se acerca a mí mientras recogen al tipo que casi he matado en el *ring* y lo tiran a un lado como basura. El perdedor no se lleva nada, después de todo. Meto el dinero de mis ganancias en la bolsa, no es que lo necesite, pero no viene mal. La mujer tose ligeramente cuando no la miro, y siento que casi pega su cuerpo a mi lado… Otra mujer hizo eso una vez.

Ella.

Debería haber sabido entonces que no estaba bien, pero era demasiado ciego. Demasiado confiado. Demasiado ingenuo. Ya no. Nunca más.

La ira vuelve con toda su fuerza mientras miro a la intrusa. El vestido que lleva es muy ajustado, y empuja sus tetas de silicona hacia arriba, casi haciendo que se derramen por la parte superior. Su pelo es rojo y rizado, y su cara está cubierta de maquillaje hasta las cejas.

No puedo evitar compararla con el fuego que tenemos en el apartamento. No le llega ni a la suela del zapato a Roxy.

—¿Qué? —gruño, harto de ser amable. No tengo que serlo aquí, todos me conocen. Saben lo que soy.

Las mujeres ansían probarme, pensando que pueden manejar la locura que hay en mí. Los hombres las animan, pues quieren verme matar. Sacar su propia oscuridad a través de mí. Todos están equivocados. No tienen ni idea de lo que se esconde en mis profundidades.

—¿Quieres compañía, cariño? Eres un ganador, después de todo —ronronea, pasando su mano por mi brazo sudoroso. Le agarro los dedos y los aprieto con fuerza, gime de dolor y abre los ojos con el miedo reflejado en esos globos oculares mientras tiembla bajo mi mirada, encogida.

Todas lo hacen.

Todas piensan que pueden conmigo, pero están equivocadas. Incluso si quisiera tirarme a cualquiera de ellas —que no quiero, ya no— no podría. Las mataría.

—No. Me. Toques —gruño, justo cuando oigo que anuncian mi nombre. La empujo hacia atrás, y cae de culo, haciendo que la gente a su alrededor empiece a reírse. Me doy la vuelta, vuelvo al *ring*, listo para perderme en la lucha otra vez.

Quizá tenga suerte, quizá el de ahora sea un buen oponente. Quizá me proporcione el dolor que necesito, quizá finalmente me mate y acabe con esta miseria…



14
ROXY

He oído cerrarse una puerta con fuerza hace poco. Desde el encontronazo con Garrett, he estado escondida en mi habitación, intentando tranquilizar el ritmo de mis latidos. Lo peor es que debajo de todo el miedo que trato de ocultar… hay algo más. Algo más oscuro que quería que me apretara el cuello, que necesitaba sentir esa rabia que parecía controlarlo.

Quería ver hasta dónde podía llegar yo si lo presionaba… y hasta dónde llegaría él.

Estoy jodida.

Me aparto de la puerta para tambalearme hasta el cuarto de baño, donde me quito la ropa a tirones. No me he duchado antes. Me quedé dormida otra vez, pero con la sensación de la mano de Garrett aún rodeándome la garganta y el olor a sudor y a hombre cubriéndome, lo necesito.

Necesito quitarme de encima lo que he sentido en ese momento. No tenía miedo a morir, ni siquiera a que fuera a dolerme… Lo que temía era no llegar a saber nunca lo que se sentía al manejar todo ese poder.

A vengarme.

Joder.

Me meto en la ducha y me froto todo el cuerpo, ignorando a mi traidora entrepierna, que parece demasiado interesada en estas serpientes. Una vez que termino, me siento un poco mejor, y después de secarme, vuelvo al armario y me pongo una vieja

camiseta de AC/DC llena de agujeros. Es una de mis favoritas, de las que uso cuando busco comodidad. Luego me acurruco en la cama perfecta. Ryder tiene razón, han conseguido que parezca que no he tenido ningún berrinche. Aunque he palpado el espejo del cuarto de baño y me he dado cuenta de que ahora tiene un recubrimiento para que no se haga añicos.

Chico listo.

Quiero esconderme aquí para siempre, pero no es mi estilo. Sigo queriendo librarme de los Vipers, y para eso necesito información. La información es poder. Nadie va a venir a ayudarme, al mundo le importo una mierda. Le da igual si soy buena o mala persona. Joder, ya ni siquiera yo estoy segura de lo que soy…, quizá algo intermedio.

Así que, descalza, me escabullo por el ático hasta apoyar la espalda en una pared donde no pueden verme mientras escucho a escondidas.

—¿Crees que estará bien? —pregunta Kenzo arrastrando las palabras, su voz es identificable por la calidez que transmite.

—Sí, solo necesita sacárselo todo de dentro —responde Ryder, con un tono frío.

Se oye un suspiro y algunos movimientos.

—¿Nunca te preguntas si no habría sido más misericordioso…?

—No lo digas —le interrumpe Ryder—. Es nuestro hermano, sus demonios son los nuestros. Sobrevivió, y haremos lo que haga falta para asegurarnos de que siga vivo

—Tienes razón —acepta Kenzo, pero parece triste—. Ojalá pudiéramos hacer algo. Me siento inútil viendo cómo lucha.

—Esta es su batalla, ni siquiera nosotros podemos ayudarle esta vez. Solo él puede, debe decidir si quiere seguir adelante. Ha estado en el limbo desde que pasó, limitándose a existir. Tengo la sensación de que tener a Roxy aquí lo va a cambiar todo. Le va a obligar a enfrentarse de una vez a lo que pasó —murmura Ryder.

—¿L-Lo intuías cuando la trajiste aquí, verdad? —le espeta Kenzo, ahora enfadado—. Puede que seas listo, Ryder, pero a veces eres un jodido cabrón. Es nuestro hermano.

—¡Lo sé! —gruñe Ryder—. ¡Y estoy intentando salvarle!

—¡Estás intentando controlarlo todo, como siempre! —le grita

Kenzo—. Por una vez, deja de intentar dar órdenes, simplemente estate ahí para él. Eso es lo único que necesita, no tus jodidos experimentos. No somos otro de tus objetivos empresariales, somos tu familia. Te juro, Ryder, que a veces me recuerdas a…

Se hace el silencio, y casi puedo sentir cómo baja la temperatura, y cuando llega la voz de Ryder, es mortífera, oscura y muy fría.

—Dilo.

—¡A papá! —termina Kenzo—. Lo haces, te quiero, hermano, pero cada día te pareces más a él. Me he pasado la vida luchando para no ser como él, pero a veces me pregunto si tú no crees que es más fácil rendirse. Recuerda lo que le pasó, hermano, no acabes como él.

Asomo la cabeza por la esquina justo a tiempo de ver desaparecer a Kenzo escaleras arriba. Ryder está de pie en la cocina, con la cabeza gacha mientras apoya los puños en la encimera.

—Uno, dos, tres, cuatro —murmura—. Uno, dos, tres, cuatro.

Lo repite una y otra vez, hasta que veo cómo se va calmando, ocultándose otra vez detrás de ese hielo. Cuando se aparta de la encimera, se endereza, otra vez controlado. Su cara solo muestra frialdad mientras se abrocha el traje de camino a la puerta principal.

Trato de correr detrás de él, de escapar, pero una mano se cierra sobre mi boca y me quedo helada, con los ojos abiertos como platos mientras mi corazón se dispara y mi respiración se acelera. Una boca se acerca a mi oído, con el olor a humo y gasolina flotando en el aire.

Diesel.

Joder, todos me habían advertido que me alejara de él, y ahora Ryder se ha ido, Garrett también; aunque tampoco es que me fueran a salvar. Incluso Kenzo ha desaparecido. Solo estamos el Viper desquiciado y yo.

—Oh, pajarito, he pillado a un pajarito —murmura, lamiéndome la oreja—. Tsk, tsk, escuchando a escondidas así, pajarito travieso. ¿Sabes lo que les pasa a los espías?

Niego con la cabeza, con la mirada fija en el pasillo de enfrente, sin atreverme a girarme por si acaso le provoco de alguna manera. Un miedo de verdad me golpea con fuerza. Este hombre no sigue las reglas. Mata por diversión, tortura para reírse. Quiere verme

retorcerme, hacerme sufrir. No sé qué hacer, cómo actuar con él. Al fin y al cabo, la presa siempre reconoce a un depredador, y Diesel es un auténtico depredador.

Impredecible. Que lo consume todo a su paso, como el fuego que tanto le gusta. Incluso ahora puedo oler el tabaco en su aliento, su mano áspera como si estuviera cubierta de quemaduras mientras me la presiona más fuerte contra los labios, clavándomela dolorosamente en los dientes.

—Se los castiga.

Me quedo helada cuando se ríe, pero se aparta de mí tan de repente como había llegado. Me giro, con la mano al corazón mientras él se pasea por el pasillo, el clic de su mechero resonando mientras lo abre y lo cierra.

¡Joder!

De verdad, tengo que mantenerme alejada de ese hombre. Algo me dice que va a ser mi muerte. Tengo que escapar antes de que decida dejar de torturarme y simplemente se limite a matarme.

Porque ahora mismo, me están dando caza.

Cuatro víboras hambrientas se acercan arrastrándose, enrollándose más y más fuerte, sus espirales oscuras brillan bajo la luz mientras se preparan para atacar.

Y yo estoy en el medio.



Después de mi encontronazo con Diesel, decido esconderme en mi habitación; no quiero que me pille sola otra vez sin que ninguno de los otros esté cerca. Puede que no le impidan hacerme daño, pero creo que sí le impedirían matarme.

Al menos, por el momento.

Así que hago lo único que puedo: dormir. Esta vez, no tengo pesadillas, bueno, al menos no de mi pasado. Sin embargo, cuando me despierto sobresaltada con la luz de la mañana, estoy cubierta de sudor. Es por los nudillos tatuados que me subían por los muslos, y los ojos oscuros que me miraban desde abajo. Me palpita la

entrepierna, y está empapada por mi propia humedad.

Gimo ante el hecho de que mi propia mente me haga perder el control y me traicione mientras duermo, le lanzo una mirada fulminante a mi sexo.

—Entiendes que nos han secuestrado, ¿verdad? O sea, que nos han secuestrado y nos han encerrado —gruño, antes de levantarme para ir otra vez a la ducha.

Estúpida vagina, parece que no le importa que nos hayan comprado.

O que probablemente planeen matarnos. Es una golfa y va como diciendo: «Sí, pero están buenos estos cabrones». Es decir, sí, están buenos. Negar que son atractivos sería mentir, todos parecen estatuas de dioses griegos. Perfectamente esculpidos con abdominales que no salen de estar sentado todo el día. Trabajan duro para ser los mejores en todo, y eso claramente incluye tener el mejor aspecto.

No es justo, y tiene a mis hormonas confundidas. Los odio, los odio. Quiero matarlos…, pero ¿también quiero tirarme a los cuatro?

Brillante.

Después de ducharme, me lavo los dientes y me limpio la cara, que se jodan esos cabrones. No me pienso maquillar para ellos, pero sí que me cepillo el pelo antes de ponerme unos vaqueros negros ajustados —mis favoritos, con agujeros y desgarros por todas partes, enseñando los tatuajes— y los combino con mi camiseta holgada de Harley, que me remeto por delante. Ya está, me veo más o menos presentable por si consigo escapar.

Cuando abro la puerta de mi habitación, me encuentro las botas fuera y, sinceramente, casi me echo a llorar mientras me las pongo.

—Os echaba de menos —les digo, acariciando el material negro mate mientras me las abrocho y meto los vaqueros por dentro.

Siempre me siento mejor con lo que Cook llama mis botas rompeculos puestas.

«Joder, Cook…».

Espero que el bar esté bien. Me pregunto si a alguien le importará que haya desaparecido.

Sin embargo, no es que pueda importarle a alguien, aparte de

algunos empleados y gente que solo va allí a beber. Probablemente estén más mosqueados porque no puedo servirles unas copas y tienen que buscar otro sitio al que acudir.

Recorro el pasillo sintiéndome más fuerte, y me inunda un *déjà vu* cuando me los encuentro a todos sentados en la mesa del desayuno. ¿Hacen esto todas las mañanas? Ocupo la misma silla de ayer. Garrett no me mira, pero veo que tiene un ojo morado, y cuando bajo la vista a sus nudillos reventados y cubiertos de sangre, los esconde debajo de la mesa.

Su camiseta es de cuello de pico, lo que deja a la vista parte de las cicatrices que vi ayer. Son horribles; debe haber sufrido mucho dolor. ¿Cómo ha aguantado tanto? ¿Cómo está vivo? Parece como si le hayan arrancado tiras de piel y se las hayan vuelto a coser, creando carne deforme. El corazón me duele de verdad por él.

Por lo que he oído, está claro que le pasó algo. Pero ¿qué? ¿Y por qué eso le hace odiar a las mujeres?

Aparto la mirada, pues no quiero provocarle otra vez. Ryder está leyendo el periódico, y también me ignora. Se ha puesto el único traje que le queda, lo que me hace sonreír. Debe de notarlo porque levanta los ojos, los clava en mí y los entorna ligeramente.

—Come, ayer no comiste.

—¿Estás preocupado de que me muera de hambre? —me burlo.

—Hay maneras mucho más interesantes de morir. —Diesel me sonríe, y se pone a chupar una salchicha clavada en el tenedor antes de morderla y masticarla, mirándome lascivamente.

Al apartar la vista, observo cómo Kenzo me llena el plato, luego me ofrece un café sin preguntar. Decido hacer lo que ordena Ryder, no porque quiera portarme bien, sino porque tengo hambre de verdad. Y no puede estar envenenado o estarían todos muertos.

Me lo como todo tan rápido que siento retortijones en el estómago. Mierda, se me había olvidado de cuánto duele volver a comer después de pasar hambre. Le doy un sorbo al café, me echo hacia atrás en la silla, y subo las rodillas hasta el pecho para tratar de parar aquella molestia.

—Hoy te quedarás con Kenzo otra vez —me informa Ryder, mientras termina el contenido de la tacita de té. Luego dobla el

periódico y lo pone en la mesa—. Garrett, tú y yo tenemos que hacer unas visitas. Te traeremos un regalo, Diesel… No puedes romperlo, solo jugar; será un recordatorio.

Diesel se anima, sus ojos casi brillan mientras sonríe.

—¡Joder, sí!

—Lo digo en serio —le advierte Ryder. Diesel pone los ojos en blanco pero asiente.

—Después tengo que ir al centro, parece que necesito más ropa —suspira Ryder, y todos los ojos se vuelven hacia mí. Sonrío, dándole un sorbo al café—. También pillaré algunas cosas para ti, Roxxane.

—No necesito ropa ni tu puta caridad —gruño, incorporándome.

Ryder me mira de arriba abajo, juzgándome con los ojos.

—Llevas harapos, un Viper no lleva semejante… atuendo.

—Pues por suerte no soy una puta Viper —le espeto.

Se le curvan los labios en las comisuras.

—No, pero eres nuestra invitada. Representas a nuestro negocio y a nuestra familia, incluso cuando solo estás en el apartamento. Esto no es una negociación.

—¿Qué? ¿Quieres que me quite los *piercings* también? —me río—. ¿No soy lo suficientemente buena para que un santurrón como tú se digne a ponerme la mano encima.

Entonces gruñe, inclinándose hacia delante.

—Ten cuidado con lo que dices, Roxxane, mucho cuidado. —Luego parpadea, y vuelve a mostrarse helado—. No, puedes quedarte con los *piercings*, por cierto, estás guapa sin maquillaje, pero es como si vinieras sin pintura de guerra. —Se ríe.

—Bien, porque algunos *piercings* no son fáciles quitar. —Me encojo de hombros, y todos los ojos vuelven a estar en mí otra vez, preguntándose dónde estarán—. No lo vais a averiguar nunca.

Diesel se ríe.

—No estés tan segura, pajarito.

Garrett aparta la mirada otra vez y se levanta, pero se mantiene rígido como si le doliera todo el cuerpo.

—Deberíamos irnos ya.

—En efecto. —Ryder suspira y se levanta. Me mira otra vez—. Te diría que te portes bien, pero no creo que me hicieras caso. Sin

embargo, ten en cuenta que Diesel se quedará aquí esta mañana.

Casi sonríe, el muy cabrón, sabe que eso significa que me portaré bien para que ese puto loco no se me acerque.

Me llevo el café y, con una última mirada fulminante, me retiro a mi cuarto. Ni de coña me voy a interponer en el camino de ese pirómano. Lo cierto es que voy a obedecer por una vez y a mantenerme alejada. Joder, aunque esto está empezando a ser aburrido. Lo único que hago es dormir y esconderme.

Pensaba que ya estaría lejos de aquí.

Empiezo a creer que no volveré a ser libre nunca. Moriré aquí, en sus manos.

Me quedo en la habitación todo el tiempo que puedo. Me aburro tanto que cuento los pasos que se necesitan para llegar a todas partes antes de dejarme caer otra vez en la cama. Tienen que haber pasado horas cuando por fin no puedo más, nunca he sido de las que se quedan quietas. Coño, he trabajado casi todos los días desde los dieciséis años. Primero, para pagar la deuda que entonces tenía mi padre con Rich; luego, para hacerle sentirse orgulloso… Y más tarde, para mantener a flote mi bar.

Me doy cuenta de que lo echo de menos, y no sé cómo desconectar. Así que abro la puerta una rendija y miro fuera, volviendo la vista a cada lado para asegurarme de que Diesel no está esperando para saltarme encima. Cuando veo que no se mueve nada, me escabullo al pasillo, deslizando los pies por el suelo frío para no hacer ruido mientras voy hacia el fondo.

Una vez allí, miro por la esquina para ver si la zona de estar está vacía. Kenzo está en la terraza otra vez, al teléfono, paseándose de un lado a otro. Diesel se acerca a la puerta principal y veo mi oportunidad.

Todos creen que estoy en mi habitación.

Se me dispara el corazón mientras corro lo más sigilosa que puedo. Deslizo el pie en la puerta para evitar que se cierre y se bloquee. Me muerdo el labio para contener el grito cuando me aplasta el pie entre la puerta y el marco. Se me llenan los ojos de lágrimas; joder, ha dolido. Me agacho detrás de la puerta para mirar el corredor y veo que Diesel está esperando el ascensor. Lleva en la

mano el mechero habitual, que abre y cierra una y otra vez hasta que se mueven las puertas de acero y se mete en la cabina.

Se inclina hacia delante para encender un cigarrillo, y esa es la única razón por la que no me ve mientras las puertas empiezan a cerrarse lentamente. ¡Joder, qué lentas! Miro por encima del hombro, y me inunda el pánico cuando veo que Kenzo ha colgado. Joder, es ahora o nunca. Me escabullo justo cuando se empieza a cerrar el ascensor y arrimo la puerta del ático con cuidado.

Soy libre.

¡Joder, soy libre!

Bueno, he salido del ático, pero el resto es otro cantar. Pruebo a llamar al ascensor, pero veo algo que parece un escáner, y se pone rojo cuando lo intento, mierda. Vale. Hay otra puerta al final del pasillo, donde veo la señal de salida de emergencia. ¡Joder, sí! Corro hacia ella, la abro de golpe y contengo la respiración por si suena una alarma. Cuando no se escucha nada, me relajo un poco.

No demasiado, aún tengo que salir del edificio. Corro escaleras abajo con pasos rápidos, estoy tan emocionada que casi me caigo. Me agarro a la barandilla para bajar volando tan deprisa como me atrevo hasta que llego a otro nivel y me detengo ante una puerta.

Está cerrada, así que pruebo el siguiente piso y luego el siguiente. Sigo descendiendo, cada una de las puertas está cerrada y tiene un escáner. Joder, ¿me voy a quedar atrapada en la escalera? Cuando llego al siguiente nivel, está etiquetado como S1. ¿El sótano, quizá?

Jadeo, me duelen los pulmones por lo rápido que he bajado, y la adrenalina me recorre las venas. Mierda, estoy en baja forma. No hay ningún escáner en esta puerta, y abro mucho los ojos. Joder, sí. La abro de golpe, y el alivio casi me hace llorar cuando se abre de verdad. Sigo hacia delante, pero me detengo en seco y me agacho detrás de un pilar al lado de la puerta cuando veo que el espacio que se extiende ante mí. Es un puto garaje. Mierda, eso significa que probablemente haya cámaras.

Levanto la vista y las localizo. Parecen estar rotando en una secuencia, así que cuento cuánto tardan en volver a empezar el recorrido antes de ponerme a buscar una salida. Hay una al final de una rampa, con una puerta corredera vertical. Pero parece que solo

hay un botón para salir desde este lado. Sonrío. Nadie esperaba que la gente tratara de huir, o si lo hicieron, no esperaban que llegara tan lejos.

Vuelvo a fijarme en las cámaras, las veo barrer todo el espacio otra vez antes de salir de detrás del pilar, cuando se alejan de la rampa. Treinta segundos, es todo lo que tengo. Zigzagueo entre coches y motos lujosos y espacios vacíos a toda velocidad.

Veintiocho.

Joder. Bajo la cabeza y muevo los brazos antes de hacer un *sprint* hacia la rampa entre fuertes jadeos.

Veinticinco.

Miro a mi alrededor antes de golpear el botón con la mano. No pasa nada. Repito el gesto una y otra vez.

Veinte.

Mierda.

Hay una ranura debajo para una tarjeta o puede que sea un escáner. ¡Joder, joder, joder! Suelto un grito mientras lo golpeo con la mano. Estaba tan cerca. Giro la cabeza, tiene que haber una puerta, una salida o entrada peatonal, ¿verdad?

Quince.

Hay una cabina. Casi no me queda tiempo, así que empujo la puerta hacia dentro y busco una llave, una tarjeta, lo que sea. Allí dentro veo un ordenador y un grupo de llaves colgadas en la parte de atrás. No hay mucho más. Abro de golpe los cajones del escritorio y aparto la silla de una patada.

Diez.

Joder. Busco a tientas dentro de los cajones antes de ir a por las llaves de la pared.

Cinco.

Mercedes, Ferrari, Harley, mis manos empiezan a temblar por miedo a que no encuentre nada.

Tres.

No.

No hay nada aquí.

Estoy atrapada.

Dos.

Joder.

Uno.

Me agacho justo cuando llego a treinta. Luego miro por encima del borde del escritorio para vigilar a través del cristal. Veo que la cámara apunta otra vez hacia aquí. Vuelvo a bajar la cabeza, espero a que pase. Es entonces es cuando me doy cuenta de que hay una palanca debajo del escritorio. Joder, sí.

Echo un vistazo otra vez, veo que la cámara se aleja, y salgo corriendo de la cabina. Es probable que Kenzo vaya pronto a comprobar cómo estoy y, si descubre que me he largado, pondrá todo este lugar en alerta máxima. Tengo que irme antes.

Aprieto la palanca contra la base de la puerta, cargando con todo mi peso y la fuerza adquirida por cargar barriles de cerveza. Pero ni siquiera se mueve. Grito otra vez, miro alrededor. Piensa, Rox, piensa. ¡Las llaves de los coches! Joder, quizá pueda salir a hostias de aquí.

Corro a la cabina, cojo las más cercana y vuelvo a la zona de aparcamiento. Pulso el botón del mando, y oigo un pitido, pero no veo el coche. Lo presiono otra vez, el que responde es un Mercedes plateado al final. Genial, que se jodan estos putos Vipers.

Son ricos, podrán comprarse otro.

Me voy agachando detrás de los pilares cuando la cámara vuelve a dar la vuelta. Voy muy lenta, pero al final llego al coche. Abro la puerta sin incorporarme, un clic suave resuena por la estructura mientras me deslizo dentro. Vale, vale.

Al mirar a mi alrededor, encuentro el botón de arranque y lo presiono, el motor del coche empieza a ronronear, el salpicadero se ilumina. Putos ricos de los cojones. Sonrío por lo cabreados que van a ponerse cuando descubran que he robado uno de sus coches, lo pongo en marcha y piso el acelerador. Las ruedas chirrían cuando salgo de la plaza patinando, golpeando algunos de los demás coches a mi paso.

Ups, no lo siento.

Acelero hacia la puerta de la rampa y respiro hondo. Por favor, que esto funcione… Con una mano en el volante, me abrocho el cinturón, sabiendo que si no funciona, va a ser un buen golpe.

Me obligo a mantener los ojos abiertos, con el corazón en la garganta mientras avanzo hacia mi objetivo. Estoy cerca de la base de la rampa cuando suena una alarma, las luces empiezan a parpadear mientras el sonido se hace más fuerte. Luego se oye un chirrido, y abro los ojos como platos cuando unas barreras empiezan a salir del suelo, cortando la rampa.

No, no, no.

Pero ya es demasiado tarde, son demasiado altas y aún estoy yendo hacia ellas. Freno a fondo con un grito, el coche patina mientras trato de evitar el choque frontal. Aminoro la velocidad, pero no es suficiente y me estrello contra la barrera. Noto un tirón en la cabeza antes de golpearme contra la ventanilla; suelto un gemido. El cinturón me detiene por el cuello, y me corta el suministro de aire momentáneamente mientras explotan los *airbags*.

¡Joder!

A pesar de que me zumba la cabeza y el dolor me recorre de arriba abajo me desabrocho el cinturón con dedos torpes y suelto una patada para abrir la puerta. Me deslizo hacia el suelo. Madre mía. ¡Qué cerca he estado! Mi corazón late desbocado, y se me revuelve el estómago. Caigo a cuatro patas y empiezo a aspirar bocanadas de aire desesperadas. Cuando me siento más tranquila, me tambaleo poniéndome en pie.

Todo el lado derecho del coche está arañado por el golpe contra la barrera. Pero se puede arreglar. Hay una grieta en la ventana del conductor, justo donde ha impactado mi cabeza. Eso me cabrea, y suelto toda mi ira con un grito. ¡Estaba tan cerca! ¡Tan jodidamente cerca! Y ahora, ahora estoy atrapada aquí.

Donde moriré.

No sé qué me invade, es como si todo fuera demasiado. Me siento impotente y sin control, y no puedo evitarlo. Con una tranquilidad casi pasmosa, voy hacia la palanca que he dejado caer antes y la cojo para sujetarla como hago con mi bate. Siento que la sangre me gotea por la cabeza, pero no me importa. Vuelvo hasta el coche, levanto la palanca y la bajo sobre el capó.

Esto me sienta bien, muy bien. El sonido de metal aplastándose llena el aire, el capó empieza a abollarse, así que repito el

movimiento otra vez y otra vez, arruinando el caro y perfecto juguete. Rompo las ventanillas a golpes, riéndome mientras el estruendo llena el aire. Sigo maltratando el coche a conciencia, perdida en mi propio mundo. Necesito más, necesito sacarlo todo.

Luego me encaramo al capó, y bajo la palanca repetidamente, gritando mientras lo hago. Me subo a la parte superior del coche y, de pie en el techo, rompo todo lo que puedo alcanzar. Los brazos me empiezan a pesar como si fueran de plomo, y dejo caer la palanca, que golpea el suelo con un ruido sordo mientras respiro hondo. Tengo todo el cuerpo cubierto de sudor, la cabeza dolorida por el golpe, y la espalda y el cuello agarrotados, pero ha valido la pena. Al contemplar la destrucción que he causado, no puedo evitar reírme.

¡Tomad ya, putos Vipers!

Entonces oigo los aplausos. Levanto la cabeza de golpe, hasta sostener las miradas de Diesel y Kenzo, que están de pie a unos diez metros del coche. Se limitan a mirarme. Kenzo está haciendo rodar los dados entre los dedos con una sonrisa en la cara, mientras Diesel aplaude.

—Te aposté a que no lo conseguirías —dice Kenzo sonriendo mientras Diesel se detiene para mirarme con la cara iluminada.

Tiene el pecho desnudo, unos cuantos tatuajes le cubren la piel dorada. Está cachas. Demasiado cachas. ¿Los locos no deberían tener otro aspecto? Pero no, parece un ángel caído con el pelo dorado recogido en una coleta.

—Cierto, tío, esto ha estado de puta madre —me señala con un gesto y luego mira a Kenzo—. ¿No es increíble?

Justo entonces, la puerta del sótano se abre de golpe y entran Garrett y Ryder a grandes zancadas. Se quedan paralizados cuando me ven de pie encima del coche destrozado, con Kenzo y Diesel mirándome. Diesel suelta un silbido al tiempo que me guiña un ojo.

—Uh, ahora sí que tienes problemas, pajarito.

¡Joder!

La cara de Ryder anuncia tormentas mientras se acerca. Lleva la camisa arrugada, y la chaqueta del traje colocada sobre el hombro de cualquier manera.

—Me habéis sacado de una reunión para ver esto… —Entrecierra

los ojos y mira a Kenzo—. Explícate —ladra.

El hombre se encoge de hombros.

—Perdón, tío, encontró la manera de escabullirse. Cuando me di cuenta, la busqué en las cámaras y la vi en el sótano, dentro de tu coche. Activé la alarma, y las barreras la debieron de parar.

—¿Y luego? —pregunta Ryder, señalándome sobre el coche.

—Luego empezó a darle hostias a tu coche, gritando algo sobre serpientes y gilipollas —ofrece Diesel con nostalgia, casi como si estuviera soñando.

¿He hecho eso?

Espera, ¿es el coche de Ryder?

¡Joder!

Me mira con ojos fríos.

—Bájate de ahí ahora mismo —ordena.

Trago saliva, pero debe de notar que estoy a punto de abrir la boca, porque se acerca aún más, controlando cada movimiento.

—Ahora mismo. No me hagas subir.

Salto del coche. Gimo de dolor al aterrizar y sacudo mi cabeza dolorida. Sé que va en serio, en especial cuando me agarra el brazo y me arrastra con él. Lucho contra su agarre, blasfemando, pero me ignora mientras me lleva hasta el ascensor, donde estrella la mano contra el escáner.

Se abre la cabina, y me lanza dentro. Me doy un golpe contra la pared antes de girarme sin aliento para ver cómo me sigue y golpea un botón con el dedo. Mientras empezamos a subir, lo observo con cuidado. Sus ojos están oscuros, las emociones están derritiendo el hielo. Le tiemblan las manos, cierra los puños, demostrando que está cerca de explotar.

Así que, ¿qué hago?

Presionarle.

Quizá es porque he aceptado que voy a morir aquí y nunca volveré a ser libre, y con esa certeza ha llegado cierta valentía que me impulsa a saber hasta dónde puedo presionarlos. Es una locura, pero parece que no puedo parar.

—Era un bonito coche —sonrío.

Sus movimientos son bruscos, y me echo hacia atrás mientras

golpea con el puño el botón de parada. La cabina se sacude antes detenerse, haciéndome caer hacia delante, directa contra él. Me sostiene antes de poner la mano alrededor de mi cuello, luego me lanza de vuelta contra la pared del ascensor. Grito por el dolor.

—No me presiones más, cariño —gruñe, justo delante de mi cara. Mi corazón está latiendo con fuerza, y debe de sentirlo contra su mano porque me aprieta la garganta, haciéndome sentir todo su poder. La fuerza y las emociones que oculta detrás del hielo.

Este hombre es mortal, un Viper, y acabo de provocar a la serpiente, que está lista para atacar.

Para morder.

Y yo soy el ratón.

Pero, aun así, abro la boca.

—¿Por qué?

Se inclina más cerca, dejándome ver esos ojos que ahora están en llamas. Joder, ¿cómo he podido pensar alguna vez que era frío? Es un infierno, un incendio forestal. Lo quema todo a su paso, y ahora mismo, soy su único obstáculo. Pero la cosa es que me dejaría quemar de buena gana, y ni siquiera sé por qué.

—Porque no voy a ser suave como Kenzo. Tampoco me aseguraré de que te guste como Diesel. Te daré una azotaina en el culo tan fuerte que no podrás caminar, y no digamos sentarte. Luego, te dejaré en este ascensor para que todos vean lo mucho que nos deseas. Lo mucho que no nos odias, aunque tú lo creas. Puedes engañarte a ti misma, pero no puedes engañarme a mí, cariño. Haré pedazos esas barreras, pieza a cada maldita pieza. Te llevaré al límite, hasta que estés a punto de correrte solo con mi castigo, y te dejaré para que todos lo vean… para que sepan lo mucho que deseas a la gente que dices odiar.

—No os deseo —le espeto, echando la cabeza hacia atrás y sosteniendo sus ojos, pero aprieto los muslos, traicionando la verdad, y sin duda se da cuenta.

Ryder se da cuenta de todo y lo usa contra mí. Y ha percibido algo que ni yo misma quería admitir. Mis secuestradores me atraen.

Eso es lo que impide que hable: el hecho de que tiene razón y le odio. Los odio. De verdad que los odio, pero los deseo tanto que da

miedo, y he estado tratando de ocultarlo, descargándolo con ellos. Sonríe como si viera mi batalla interna y supiera que ya no voy a pelear. Se echa hacia atrás, alisa el traje, y se oculta otra vez detrás de esa frialdad. Le dejan de temblar las manos mientras aprieta el botón para ponernos en movimiento.

—Última advertencia, Roxxane: no nos presiones. Hemos sido amables hasta ahora. A partir de este momento se acabaron las apuestas, estás a punto de ver cómo son realmente los Vipers y solo tienes tú la culpa. Ahora eres una presa fácil, será mejor que corras. —Me guiña un ojo—. Eras un trato de negocios, cariño, pero estás a punto de convertirte en nuestro juguete.

Se abren las puertas, y cuando salimos nos encontramos con los ojos del resto de los Vipers esperando. Mierda, ¿cómo han subido tan rápido? Les lanza una sonrisa mientras me ignora. Aún estoy contra la pared, respirando con fuerza, odiándole, odiándome. Pero al menos, mi cabeza ha dejado de sangrar.

—D, es tuya durante el resto del día. Vamos a enseñarle a esta pequeña mocosa lo que les pasa a los que nos traicionan y ponen a prueba —ordena Ryder, con sus ojos helados aún fijos en mí.

Solo cuando se gira empiezo a respirar otra vez.

¡Madre mía!

Pensaba que Ryder era hielo, una serpiente sin sentimientos. Estaba muy equivocada. Debajo de todo eso hay un tornado de emociones que apenas logra mantener controladas. Lo he vislumbrado en sus ojos, lo he sentido en sus manos. Está tan cerca de explotar y hacer llover destrucción que no creo que sepa siquiera lo a punto que está.

Los otros no lo saben, pero yo sí. Está listo para romper, para estallar, y cuando lo haga…, ¿quién quedará vivo para contar la historia?



15
DIESEL

«Es tuya». La frase se repite una y otra vez en mi cabeza mientras se me dibuja una sonrisa en los labios. Ella retrocede más hacia el fondo del ascensor, con los ojos fijos en mí, asustada. Y hace bien en estarlo. Ryder y Garrett me han traído un juguete nuevo con el que desahogarme; debo darle una lección. Parece que le faltó al respeto a Ryder cuando se le acercó para reclamarle lo que debía.

Cuando doy un paso, Garret lanza la mano hacia adelante y me agarra el bíceps. Apenas había empezado con el hombre cuando he oído la alarma, así que estoy sin camisa, y él frunce los labios al verlo.

—No te pases con ella.

Levanto la mirada de su agarre y la fijo en sus ojos. Haría cualquier cosa por mis hermanos, pero sobre todo por Garrett. Cada uno reconoce el dolor del otro, así que estamos más unidos que los demás. Somos dos almas similares.

—Pensaba que no te importaba.

—No me importa —gruñe, soltándome el brazo antes de alejarse furioso mientras Kenzo se ríe al verlo marchar hecho una furia.

—Pero tiene razón, D. Ponla a prueba, pero no la rompas, ¿vale? Me estoy acostumbrando a la chica, así que juega con ella, pero no la mates. Aún no he tenido mi oportunidad de romperla yo. —Se ríe antes de guiñarle un ojo a mi pajarito y alejarse, dejándome solo con ella.

Roxy traga saliva, pero echa la cabeza hacia atrás, llena de miedo

y valentía al mismo tiempo. No puedo esperar a desentrañarlo todo para ver qué hay debajo, y Ryder acaba de darme luz verde. No conocen toda la extensión de lo que hago. Consigo resultados, y eso es lo único que les importa. Me dejan divertirme, me dejan hacer lo que necesito para sobrevivir.

¿Y el pajarito?

Ella también va a hacerlo.

Entro en el ascensor y pulso el botón para bajar otra vez. La miro fijamente mientras siento cómo su miedo llena el ascensor, lo que hace que se me ponga dura dentro de los pantalones. Me acerco más, aspiro su dulce aroma mientras ella se aprieta contra la pared. Me inclino y le lamo el corte de la cabeza, reabriéndolo para que vuelva a sangrar. Gime y yo me río mientras retrocedo.

—Esto va a ser divertido, pajarito.

La puerta se abre y silbando me doy la vuelta para ir al laberinto que es mi guarida. Aquí abajo está oscuro y hace calor, justo como me gusta. Cuando miro por encima del hombro, la veo pulsando inútilmente los botones del ascensor. No sabe que no se moverá sin mi tarjeta o mi mano. Una medida de seguridad que pusimos cuando alguien se liberó de sus cadenas y llegó al vestíbulo cubierto de sangre.

Fue algo difícil de explicar a la policía; menos mal que la tenemos comprada.

—Pajarito, no me hagas volver a buscarte —canturreo, y me río cuando levanta la cabeza bruscamente para mirarme.

—Que te jodan, puto loco —murmura, mientras sale furiosa para avanzar hacia mí—. Si intentas matarme, te haré comer tus propios huevos, ¿está claro?

—Luego, amor mío, ahora tenemos que ocuparnos de alguien. Podemos continuar hablado después de las formas en que deseas tocarme. —Le guiño un ojo y me doy la vuelta para ir a la habitación en la que estaba antes. Donde el hombre espera, encadenado al techo. Ya está desnudo y cubierto de sangre. Se despierta sobresaltado cuando entro, emite un gemido mientras las lágrimas resbalan por su cara—. Perdona por la tardanza, sé que entiendes lo difícil que puede ser dirigir un negocio y mantener contenta a tu

mujer, estoy seguro.

—No soy tu jodida mujer… ¡Dios mío! —Roxy jadea al detenerse en la puerta, con los ojos muy abiertos. Está horrorizada.

Cojo el cuchillo que estaba usando y apunto a Declan.

—Este de aquí es Declan. No solo ha insultado a Ryder y al resto de nosotros, sino que también intentó hacer que mataran a Garrett. —Chasqueo la lengua, mirando otra vez al hombre—. Realmente eres un idiota.

—Espera, ¿intentó matar a Garrett? —Roxy frunce el ceño con los ojos destellando de ira. Ah, ahí está esa locura. Aunque intenta ocultarla, estamos empezando a gustarle y nos odia al mismo tiempo. Pero es necesario que sepa lo que supone traicionarnos. Lo que le pasará si intenta escapar otra vez.

Ahora es nuestra, necesita aceptarlo.

Puede ser una de nosotros, una Viper, o puede acabar como Declan.

—Para lo que le sirvió. —Resoplo—. Así que, Declan, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, ibas a decirme cuánto te ofreció la Tríada, o si no, te iba a cortar los pezones.

—Diesel —gruñe detrás de mí, pero la ignoro.

—¿Y bien, pequeño Declan? —le pregunto, presionando la hoja justo debajo de su pezón. Él lucha contra las cadenas, tirando de ellas desesperadamente, llorando una vez más.

—¡Diesel! —grita ella, así que empiezo a cortar, haciéndole gritar.

Noto una mano en mi hombro y me giro con un gruñido. Con el cuchillo ensangrentado contra su garganta, la empujo contra la pared.

—No creas que puedes salvarlo, pajarito. Va a morir aquí, pero será su elección cuánto dolor deberá soportar. No podemos permitir que una amenaza así quede en pie. Intentó matar a uno de nosotros. Somos los Vipers, no morimos. Contraatacamos. Acostúmbrate, o cállate. Te guste o no, ahora formas parte de esto. —Inclinándome, presiono la hoja más fuerte contra su garganta—. Nadie nos hace daño, nadie. Ahora, eso te incluye a ti. ¿Realmente quieres salvar la vida de este hombre?

Traga saliva, por lo que se corta un poco con la hoja, y jadea,

separando esos labios con los que sueño.

—Yo…

—¿Te ayudaría que te dijera que violó a su hijastra? —Abre los ojos como platos, y asiento—. Hacemos nuestras investigaciones, pajarito. Este hijo de puta es un desgraciado. Lo mataría igual aunque no lo fuera, pero pienso que podría ayudarte saber lo que es: un monstruo. ¿Sabes a qué temen los monstruos, pajarito?

—¿A qué? —susurra temblorosa.

—Al monstruo más grande —susurro, lamiéndole los labios—. Me temen a mí.

Me echo hacia atrás, quito el cuchillo y la dejo respirar libremente. El aliento sale entrecortado de sus labios mientras me mira, buscando respuestas en mi cara. Respuestas que solo encontrará dentro de sí misma. Este es el momento. Si intenta salvarlo, estará eligiendo su propio destino y nunca será una de nosotros, demasiado débil para manejar nuestra vida. Y eso significaría que al final tendré que matarla.

—¿Quieres salvarlo, pajarito?

Mira al hombre que cuelga detrás de mí, y la veo debatiendo su respuesta. ¿Estaré mintiendo? ¿Será Declan inocente…? Pero las cosas como la inocencia ya no existen, y necesita aprenderlo. Todo el mundo es un pecador de una forma u otra. Puedes cubrirlo de rosas y usar excusas, pero todos son iguales. Puede ser brillante y rico, pero un pecador sigue siendo un pecador con traje. No hay blanco y negro, solo gris. En el fondo, todos hacemos cosas que se consideran malas, incluso por buenas causas.

Yo, en cambio, las hago por diversión.

Me vuelve a mirar.

—Necesito saber —susurra, y agarra el cuchillo entre nosotros. Renuncio a mi agarre y retrocedo, observándola con curiosidad por ver qué hará. ¿Intentará usarlo contra mí? Eso estaría bien.

Se acerca más al hombre, que solloza.

—Por favor, por favor, déjame ir —suplica, fingiendo de forma convincente que es inocente. Se lo concedo. Me pregunto si ella lloró de la misma manera la primera vez que se metió en su habitación por la noche, pero ¿eso lo hizo parar? No. Y a mí tampoco me va a

parar.

Presiona el cuchillo contra su pecho, con una mano temblorosa y la voz de acero.

—¿La violaste?

Declan se queda helado, sus ojos van hacia mí, luego de vuelta a ella.

—No, no, por supuesto que no —llora, pero esa vacilación ha sido suficiente, noto cómo ella se endurece.

Clava el cuchillo más profundo, su mano es ahora firme.

—No me mientas, o dejaré que haga lo que quiera contigo hasta que le digas la verdad.

Joder, mi polla se contrae dentro de los vaqueros, y me planteo empezar a tocarme. Verla sostener ese cuchillo…, tenerla en mi guarida, participando. Me está haciendo sentir cosas…

—¡Yo… yo… ella me lo pidió! —grita—. ¡Paseándose con esas braguitas tan pequeñas, provocándome… !

Su voz se corta con un chillido cuando Roxy lanza un grito y le corta el pecho. Luego retrocede, jadeando, con los ojos duros y furiosos, y me tira el cuchillo. Lo cojo al vuelo, asegurándome de agarrar la parte afilada para que me corte la mano igual que la suya.

—Haz lo que quieras con este cabrón, que le duela.

—Sí, pajarito, lo que tú quieras —ronroneo, mientras se sienta en una encimera del fondo. Se pone a balancear las piernas mientras me observa. Vuelvo a concentrarme en el hombre. Me ha dicho que le duela. Puedo conseguirlo. Continuando lo que empecé, doy la vuelta a la hoja y la cojo con mi mano dañada, presionándola contra su piel en un movimiento suave.

Le corto un pezón sin avisar y lo tiro a un lado, cojo el mechero, caliento la hoja y, mientras grita, acerco la llama contra su piel. El olor a carne quemada llega hasta mí antes de hacer lo mismo con el otro. Luego se desploma, desmayándose, así que me toca esperar a que se despierte. No es divertido cuando no están despiertos.

—Haces esto a menudo.

Miro a mi pajarito.

—Es mi trabajo.

—¿Eres un asesino? —pregunta, sin juzgar, creo, solo intentando

entender.

Asiento mientras limpio la hoja.

—Todos tenemos nuestros papeles. Es lo que nos hace ser tan eficaces: cada uno conoce su lugar y tiene sus puntos fuertes.

—¿Me los explicas? —pregunta.

—Puedo, no es como si fueras a contárselo a alguien, pero, pajarito, ¿cuánto vale mi información? —ronroneo.

Traga saliva.

—Pensaba que los juegos y las apuestas eran cosa de Kenzo.

Ah, mi pajarito ve más de lo que piensan, lo sabía. Me acerco a ella, me apoyo contra el armario y la acorralo poniendo mis brazos a cada lado. Incluso en esta habitación empapada de sangre, con un hombre colgando de las cadenas detrás de mí, sus pupilas se dilatan. Mi pajarito desea esto, me desea, quiere ser libre conmigo, aunque no se dé cuenta.

—Lo son, pero eso no significa que no quiera hacer un trato contigo a cambio de la información. Después de todo, trabajo para conseguir precisamente eso —susurro, queriendo saborearla más de lo que quiero obtener mi siguiente dosis de aire.

Sus ojos parpadean clavados en los míos mientras debate sus próximas palabras.

—¿Prometes que no me harás daño?

Me río.

—No, nunca prometeré eso. Podría hacerte daño, podría incluso matarte un día, pero los dos sabemos que ahí es donde está la atracción. Caminas por el filo de una navaja, precioso pajarito, y un día, podrías simplemente resbalar, pero ¿no valdría la pena la caída?

Puedo oír el martilleo de su corazón mientras sus ojos bajan a mis labios.

—Vale, ¿qué quieres a cambio?

—Tu rendición —gruño—. Sé que hay una salvaje como yo dentro de ti, esperando a ser liberada. Lo noté en tus ojos la primera vez que te vi. Harás cualquier cosa para sobrevivir, como nosotros. Te pareces más a los Vipers de lo que imaginas. Ves la oscuridad, y caminas por esa línea, con un pie dentro y otro fuera. Pon los dos pies dentro, pajarito, este es tu mundo ahora. Lleno de

derramamiento de sangre y serpientes. Quieres algo, entonces ve a por ello. Haz lo que te dé la gana, pajarito, porque el resto del mundo lo hace.

—¿Eso… eso es lo que quieres? —gruñe—. ¿Que sea como tú?

—No, que seas tú misma, esa que escondes, incluso de ti. Pero hoy, hoy tomaré algo más pequeño. Un beso, pajarito. Bésame, y te diré lo que quieres saber —murmuro, mirando esos labios.

—¿Lo juras? —suspira.

—Claro. —Sonrío con sorna.

—Joder, vale. —Echa la cabeza hacia adelante y me besa, duro y rápido, antes de apartarse—. Dímelo.

—¿Qué ha sido eso? —me río—. Dame un beso de verdad, pajarito, como si lo desearas.

Gruñe, más molesta ahora, su irritación domina su miedo hacia mí. Me pone la mano en el hombro y me agarra, acercándome mientras estrella sus labios contra los míos. Es un beso duro, furioso y lleno de odio. Por forzarla, sin duda, pero siempre ha tenido elección, y ha elegido.

Me ha elegido a mí.

Sabe a dulzura y vida, está jodidamente viva. La electricidad salta entre nuestros labios, su negación y mi lujuria mezclándose con nuestros alientos. La sujeto por la nuca y la acerco más, enredando mi mano en su sedoso pelo plateado. Presiono los dientes contra sus labios hasta que abre la boca lo suficiente para dejarme deslizar mi lengua dentro. Jadea y se acerca más, le gusta incluso mientras lucha.

Su cuerpo tiembla contra el mío, tengo la polla tan dura que siento que voy a explotar solo por un beso. Gime, un sonidito entrecortado que va directo a mi entrepierna. El sonido parece arrancarla del beso, pero me niego a dejarla ir. Introduzco mi lengua más profundamente, dominando su boca, marcando sus labios, magullándolos. Tomando lo que quiero.

Se enfada, y empieza a golpearme y a arañarme los hombros desnudos con sus pequeñas garras de gata. Puede hacerlo mejor. La he visto derribar a Garrett. ¿Quiere que pare? Entonces quiero ver a esa Roxy. Acercándola más, aprieto mi dureza entre sus piernas, y se

queda quieta antes de que su lucha se recrudezca. Sonriendo contra su boca, la beso más fuerte.

—Puedes hacerlo mejor, pajarito —murmuro, antes de morderle el labio inferior.

Gime y me abofetea. El sonido resuena en la habitación mientras mi cabeza se gira hacia un lado. La vuelvo a mirar lentamente con ojos salvajes, el pecho agitado y la polla dura. Tiene las pupilas muy dilatadas otra vez, pero los labios, magullados y en carne viva, se curvan en una sonrisa socarrona, una que le devuelvo.

—Vas por buen camino, pajarito. Pronto serás libre. —Me llega un gemido desde detrás de mí cuando el hombre se despierta—. Hasta entonces, pregunta.

—Dime cuál es el trabajo de cada uno —exige con la voz ronca mientras se desliza la lengua por los labios, haciéndome gruñir.

—No me mires así —gruño.

—¿Así cómo? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Como si quisieras comerme, pareces jodidamente hambrienta —gruño.

—Sabes a fuego —susurra, y luego toma aire—. Dímelo, he pagado el precio, ahora te toca a ti —replica, furiosa consigo misma por estar en esa posición. Por permitirse disfrutarlo.

Mi pobre pajarito no tiene ni idea de cuánto va a disfrutar lo que está por llegar entre nosotros.

La he presionado mucho hoy, así que retrocedo y empiezo a hablar. Hoy se trata de derribar algunas de esas barreras, ya la seguiré empujando y desafiando, hasta que el verdadero pajarito salga a jugar, ¿y no será eso maravilloso?

—Kenzo es corredor de apuestas, es el dueño de las apuestas de la ciudad. Caballos, cartas, cualquier cosa en la que puedas apostar, incluso peleas. Es quien maneja el dinero, se le dan bien los números. Garrett solía ser luchador, así que conoce a mucha gente dura. Es el que hace cumplir las reglas. Asusta a la gente, les da palizas para que escuchen a Ryder, que es la fachada, la cara y el cerebro de las operaciones. Intentan evitar que lleguen a mí.

—¿Y tú qué eres?

Sonrío con sorna mientras cojo una sierra para huesos de la mesa.

—Soy tu peor pesadilla. El lugar al que te llevan cuando estás al final. Consigo información por cualquier medio necesario. Cuando Garrett no puede asustarlos, Ryder no puede razonar con ellos y Kenzo no puede sobornarlos, entonces me llegan a mí. Mato a nuestros enemigos, torturo a los que se atreven a desafiarnos. Soy la razón por la que la gente tiene miedo de traicionar a los Vipers.

—Eres el asesino —murmura, con los labios aún hinchados por nuestro beso. Nunca ha estado más hermosa.

—Sí, pajarito, soy el asesino, y tú eres mi último objetivo. —Le guiño un ojo antes de volverme hacia el hombre—. Declan, qué bueno tenerte de vuelta. ¿Continuamos?

Roxy me observa durante todo el tiempo. No dice nada mientras hago pedazos al hombre, trozo a trozo, averiguando qué le hace gritar. Se desmaya cinco veces más antes de que obtenga la respuesta. Entonces lo mato. Lo rocío con gasolina y le prendo fuego.

Sus gritos llenan el aire otra vez, el olor a sangre y orina los acompaña. Me doy la vuelta para mirar a mi pajarito mientras Declan arde hasta morir.

Las llamas bailan sobre los contornos de su rostro, iluminando sus ojos, y en ellos, el miedo y la aceptación. Finalmente se ha dado cuenta del tipo de gente que la compró.

Por fin entiende que es nuestra. No hay salida para ella. No la hay ahora ni la habrá nunca. Mi pajarito necesita descubrir cómo sobrevivir entre los Vipers, o morirá como nuestra presa.



16
ROXY

Las palabras de Diesel resuenan en mi cabeza. Libre; quiere que me rinda, que acepte mi destino y me vuelva como ellos. Admito que el beso me ha hecho sentir algo, algo que me ha asustado. Ha sido adictivo; el sabor de sus labios aún permanece en mi boca. Pero no puedo permitírmelo. Debo recordar que para ellos no soy más que una deuda. Una prisionera. Que me han comprado. No importa lo que su beso incendiara mi cuerpo.

Ni siquiera que pueda comprender por qué hace lo que hace. No lo justifica, pero hay gente peor ahí fuera. A veces hay que combatir el fuego con fuego, y eso es lo que él hace: proteger a su familia. Ni siquiera he sentido horror cuando ha matado a aquel hombre prendiéndole fuego. Me lo esperaba.

Y eso me aterra. ¿No debería importarme?

Su víctima era un violador, pero… pero la forma en que murió… el olor de su carne quemada está grabado en mí. Sus gritos poblarán mis pesadillas, y el responsable de todo ha hecho que empape las bragas. Le pedí que le doliera, y así fue. Debo tener cuidado con lo que digo, porque parece que los Vipers se toman muy en serio las órdenes, y por alguna razón, Diesel me ha escuchado.

De algún modo, desde que he hablado con él he comprendido algo. Esto es como una partida de ajedrez que ni siquiera sabía que estaba jugando. Pero me niego a ser un peón, soy una puñetera reina y ha llegado la hora de empezar a comportarme como tal. D tiene razón. Todos ellos poseen fortalezas, lo que significa que

también tienen debilidades. Las encontraré y las usaré contra ellos. Voy a matarlos, a cortar la cabeza de la serpiente.

Al fin y al cabo, si no puedes vencerlos a golpes, únete a ellos y luego rematalos. Es hora de ensuciarme las manos, porque las suyas ya lo están, y portarme bien no me está funcionando. Tras apagar el fuego, Diesel limpia sus herramientas antes de llevarme arriba. Me deja permanecer en silencio, perdida en mis pensamientos. Sinceramente, no sé qué decir.

Me ha dicho, tan tranquilo, que quizá me mate, y al segundo siguiente me ha besado como si yo fuera aire y él un hombre a punto de ahogarse. Me cabrea. Me han besado muchas veces, pero nunca así, nunca con esta intensidad. Ha encendido cada terminación nerviosa de mi cuerpo, como si necesitara seguir besándole para no morir. Si no lo probaba, si no lo sentía contra mí…, ¡joder!

Y vaya si lo he sentido: fue imposible no hacerlo cuando su polla se ha clavado contra mí de esa forma. Suspirando, aparto esos pensamientos. No puedo dejar que se me meta en la cabeza. Necesito claridad, y eso significa que no puedo desperdiciar ni una idea más sobre la polla del desquiciado.

—¿Lista para cenar, pajarito? —murmura, abriendo y cerrando el mechero.

Quiero preguntarle por él, pero no sé si podré pagar otra pregunta tan pronto. Y menos cuando la última todavía me tiene hecha un lío, y cuanto más sé de estos hombres…, menos los odio. No puedo permitirlo.

—Estoy muerta de hambre —respondo. Él suelta una risita, y es tan cierto como aterrador. El olor de ese hombre ardiendo…, me ha abierto el apetito.

Sí, oficialmente estoy más chalada de lo que creía.

Diesel me guía hasta el ático; allí me esperan los chicos, y hay pizza y cerveza sobre la mesa. Me sorprende, y Kenzo lo nota.

—También comemos comida basura. Siéntate de una vez y coge algo antes de que no quede nada —dice, repasándome con la mirada; al verme entera, parece satisfecho.

Los ojos de Ryder me siguen mientras me desplomo en la silla y

me adjudico casi una pizza entera y dos cervezas. Ignoro su expresión y devoro la comida. Quería darme una lección, controlarme como todo lo demás, y está claro que no soporta lo que no puede controlar.

Me va a odiar.

Me observan boquiabiertos, salvo Garrett, que gruñe de aprobación. Queda la última porción y, cuando voy a cogerla, Diesel hace el mismo movimiento. Me dedica una sonrisa con la que me desafía a quitársela. Así que hago lo único que puede hacer una chica ante la pérdida de un pedazo de cielo con queso: agarro el tenedor y se lo clavo en la mano.

Él chilla y retira la mano con el tenedor aún clavado, mientras yo atrapo la porción y doy un mordisco, satisfecha. Los demás guardan silencio, tensos; cuando miro alrededor, comprendo su preocupación. Mastico más despacio y vuelvo la vista a Diesel.

Él se arranca el tenedor y se cubre los agujeros sangrantes. Alza la mirada en busca de la mía. Nos medimos durante un segundo, hasta que rompe a reír. Kenzo, a mi lado, pega tal salto que casi cae de la silla.

—No cabrees a Diesel, ¿vale? —me advierte, suspirando.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto, ocultando mi sonrisa tras la pizza.

Kenzo lanza una mirada a Ryder, que asiente antes de volver a mí.

—Simplemente no lo hagas.

Trago el último bocado y lo bajo con cerveza.

—No estaremos aquí por la mañana, Roxxane. —Ryder se limpia la boca y se recuesta. Su camisa desabrochada muestra el aspecto más relajado que jamás le he visto.

—¿Cómo?

—Garrett, Diesel y yo nos iremos antes de que despiertes. Kenzo se quedará. Después de nuestra… demostración, confío en que entiendas la importancia de portarte bien. —Alza una ceja al ver cómo entorno los ojos—. O tendré que volver a encerrarte.

—Genial. ¿A dónde vais?

—Tenemos que ocuparnos de alguien —contesta.

—¿Tiene que ver con que intentaran matar a Garrett? —insisto, y Ryder suspira, dedicando a Diesel una mirada de desaprobación.

—Sí. Contrataron a un asesino; vamos a visitar a un viejo amigo, Donald, para averiguar quién fue. Se encuentra a unos cien kilómetros.

—¿Y por qué ese tal Donald?

—Dirige a los asesinos del país. Si alguien sabe quién lo contrató, es él.

—¿Y después?

—A por el sicario: para rastrearlo y dar ejemplo —contesta con naturalidad—. Kenzo, asegúrate de que esta vez no se escape.

—No soy un perro —murmuro.

—Entonces, deja de actuar como tal. —Ryder sonríe y se me cae la mandíbula. Maldito… Debería haberle clavado el tenedor a él, no a Diesel—. Tienes ropa nueva en tu habitación y, si te portas bien, quizá te dé algo para entretenerte.

—Vaya, si sois los mejores secuestradores del mundo —resoplo, y Kenzo ríe a mi lado.

—Tranquila, cariño, yo puedo entretenerte —dice moviendo las cejas, y gruño, aunque el corazón me late a mil.

—Tengo cuchillo además de tenedor —amenazo. Él ríe, haciendo bailar los dados entre los dedos.

Ryder se pone en pie, desabrochándose la camisa, y se me abren los ojos. ¡Joder! Se abre los dos primeros botones y deja ver una piel dorada… cubierta de tatuajes. Al remangarse hasta los antebrazos, enseña venas y músculos que me dejan suspirando: lleva tatuajes desde la muñeca. Su traje escondía mucho.

—Me voy al gimnasio. Salimos a las tres de la mañana —anuncia antes de marcharse, mientras yo me quedo babeando.

«¡Ponte las pilas, Roxy!».

Al girarme, Kenzo me sonríe, pillándome in fraganti.

—¿Apostamos algo a que sé en qué piensas, cielo?

Intento apuñalarle con el cuchillo, pero es rápido; salta de la silla, me guiña un ojo y se aleja. Me quedo con Diesel y Garrett. No, Garrett también se levanta y se va sin mirar atrás. Así que, otra vez, estoy sola con Diesel. Él se examina las heridas de la mano, asomando la lengua mientras se concentra.

Bueno…

Quizá… Me escabullo de la mesa y voy a mi habitación sin que me vea. Al cerrar la puerta, veo las bolsas sobre la cama y resoplo. Cabrón; apuesto a que me ha comprado vestidos caros y trajes de chaqueta. Eso es lo que llevan los ricos, ¿no?

Doy vueltas por la habitación, intentando ignorar las bolsas, pero mi curiosidad puede más.

A la mierda. Abro la primera y saco unos vaqueros.

Los levanto, con el corazón desbocado. Tienen rotos estilizados y bajos deshilachados. Son de un negro intenso; parecen caros y lujosos, pero se parecen a los que llevo hoy. Niego con la cabeza y reviso el resto de bolsas: camisetas lisas, camisetas y *tops* de grupos musicales, vestidos y camisas *oversize*; todo negro y cañero, de mi estilo. Incluso hay pijamas rotos y otros muy suaves. En la siguiente bolsa encuentro bragas y sujetadores de mi talla. ¿Cómo demonios sabe mi talla exacta?

Solo quedan una bolsa y una caja. En la bolsa hay dos vestidos. Uno, corto, ajustado, de seda roja casi holográfica con tirantes finos, precioso. El otro, negro, con la espalda de encaje y un escote en V profundísimo. Brutal.

Abrumada, abro la caja: zapatos. Unas botas alucinantes y tres pares de zapatos de tacón. Ha pensado en todo, literalmente en todo, y todo es muy… yo.

No me lo esperaba. Suspirando, me dejo caer en la cama, sin saber qué pensar. Algo me pincha la cadera; saco una bolsita que he debido pasar por alto. Dentro hay maquillaje de marcas carísimas y en mis colores: labiales rojos y morados, delineador negro, sombras oscuras. Ha pensado en todo.

Mi mano tropieza con una cajita negra de terciopelo en el fondo. Me siento con las piernas cruzadas y la abro. Se me escapa un jadeo: dos serpientes doradas con ojos de rubí. Son unos pendientes, de un detalle increíble; las escamas doradas parecen moverse.

¿Qué significa esto? ¿Por qué me los da?

Pensaba que solo era una prisionera, una deuda, así que ¿por qué se molesta en hacerme sentir cómoda —salvo por la lección de hoy, que supongo que merecía—. ¿Por qué lo hacen?

Me han secuestrado, me recuerdo, pero suena débil incluso para mí. ¿De verdad? Solo intentaban cobrar su deuda; no es culpa suya que mi padre me vendiera. Podían haber dicho que no, o dejarme libre, pero supongo que tienen una reputación que mantener.

¿En serio estoy dudando?

¿No hay un nombre para esto? Síndrome de Estocolmo. No pienso ser de esas que se enamoran de sus captores. Para nada…, pero si siguen regalándome maquillaje caro, quizá los odie un poquito menos.

Solo quizá.

Emociones estúpidas, coño estúpido. Me quito las botas y los vaqueros, guardo la ropa nueva y me tumbo en la cama con camiseta y bragas.

Mi mente vuelve una y otra vez a ese beso. Solo ha sido un beso, ¿por qué no puedo olvidarlo? Llevo la mano a mis labios aún sensibles. Todo en los Vipers duele, incluso el placer.

Golpeo la cama con la mano y miro al techo con desafío. Vale, quizá admita que quiero follarme a estos tíos… Quizá si no hablaran. Sí, los amordazaría, me los tiraría y me iría. Eso es.

No, joder. No puedo.

No puedo cruzar esa línea. Ya me han quitado todo; no les daré más, por mucho que los desee.

Pero… ¿y si no me dejan elegir? ¿Y si toman mi cuerpo como me tomaron a mí?

¿Y si descubren cuánto los deseo? ¿Cuánto se me contrae el coño cuando están cerca…? ¿Cuando Ryder usa esa voz fría, cuando Kenzo me guiña un ojo, la locura adictiva de Diesel o la furia de Garrett?

El corazón se me dispara; aprieto los muslos. Necesito aliviar la tensión. Hace demasiado que no me acuesto con nadie y mi cuerpo ha decidido que, siendo los únicos hombres cerca, servirán.

Eso es: alivio rápido y luego a planear mi huida de estas malditas serpientes.

Bien, piensa en algo *sexy*. Algo que no sean los hombres tatuados y poderosos que viven en este ático…

Pero mi mente vuelve a Ryder arremangándose, todo ese poder…

Lo imagino en el gimnasio. Su cuerpo sudoroso, sus ojos fríos y concentrados.

Deslizo la mano dentro de las bragas y gimo, mordiéndome el labio al notar lo mojada que estoy. Me rozo el clítoris con un dedo, imaginando que es otra mano la que me toca, me frota, me hace jadear. Subo la otra mano, empujo la camiseta y me aprieto el pecho, jugueteando con el pezón, fantaseando con Ryder succionándolo.

Contengo un gemido, penetro mi canal con los dedos, los hundo y los retiro. Fingiendo que son sus pollas, sus manos. Acelero, persiguiendo el orgasmo que se acerca.

Mi cuerpo no entiende que no debería desearlos.

Los desea.

Los anhela.

Y en mi niebla de deseo, son ellos a quienes veo al tocarme.

Jadeando, me arqueo, imaginando los ojos oscuros de Ryder al final de la cama. Visualizo los labios de Diesel aplastando los míos, Garrett merodeando, observándome por una vez, el dedo de Kenzo subiendo por mi muslo.

Sí, joder.

Sería duro, sería cruel.

Sería rabia, y odio, y necesidad…

¡Joder!

El orgasmo me sacude de golpe; gimo mientras mi cuerpo se convulsiona, alzo las caderas y sigo follándome los dedos hasta que caigo rendida, empapada y satisfecha. Y agotada.

Estoy hecha polvo. Tanto combate, estrés y emociones me han dejado vacía. Me limpio en el baño y me acurruco bajo el edredón.

Puedo hacerlo.

Solo tengo que impedir que descubran que me atraen… o que siento curiosidad por cómo serían en la cama. Sí. Debo mantener la distancia, actuar con frialdad y ganar mi libertad.

Porque, a pesar de los regalos caros y de que no me han hecho daño, no de verdad, sigo queriendo ser libre. Quiero mi vida anterior, la que tenía cuando no conocía a estas serpientes, antes de conocer sus ojos helados y sus manos duras. Una donde la gente no hable

de matar a alguien por una pizza.

Bueno, quizá pase en el bar, pero yo no lo sé.

Siempre he tenido un pie en la oscuridad de la ciudad, pero esto… esto es el maldito castillo, y estos cuatro son los reyes.

Los Vipers no pararán hasta poseerlo todo y a todos. Pero a mí no.

Ni ahora ni nunca.

No si quiero sobrevivir.



17
ROXY

A la mañana siguiente, descubro que Ryder no mentía, se han marchado. Lo sé en cuanto salgo de mi habitación, porque hay demasiado silencio. Demasiado vacío. Suspiro e, ignorando el hecho de que me siento decepcionada, decido desayunar algo. Ya que me tienen prisionera, bien puedo comer su comida.

Esta mañana me he dado un baño largo, me he depilado cuando me he aburrido de estar en la bañera, antes de ponerme una de las camisetas largas que me compró Ryder. Tiene una calavera con una serpiente enrollada alrededor en el pecho, es escotada y me llega hasta las rodillas. Lo combino con mis nuevas botas de tacón que suben hasta media pantorrilla; creo que me queda bastante bien. Incluso me he maquillado, aunque me he dicho todo el tiempo que era por mí, para sentirme otra vez como yo misma. Quizás si me visto como tal, pueda llegar a serlo de verdad.

Pero una pequeña parte de mi psique me llama mentirosa, me acusa de querer estar guapa para ellos. Bloqueo esa parte diminuta. ¿Quién dice que tu yo interior siempre tiene razón? En realidad, es solo una desagradable presumida.

No veo a Kenzo por ninguna parte, pero encuentro el desayuno preparado en la mesa y una cafetera todavía caliente. Así que me siento y como, pero me sobresalto con el silencio, esperando que cualquiera de ellos se cierna sobre mí. Después de terminar, suspiro, ya aburrida.

Me tiro en el sofá, cojo la *tablet* e intento averiguar cómo

encender la tele. ¿Por qué esta gente no puede tener un mando normal como todo el mundo? Por fin logro encenderla y, tras encontrar el canal de terror, me instalo para ver la película. Me pregunto si tendrán palomitas.

Entonces me doy cuenta, estoy aquí sentada sin más. ¿Por qué no estoy intentando escapar? Mis ojos van hacia la puerta, pero después de lo ocurrido ayer, no me parece la mejor manera de intentar irme. Aún me duele la cabeza por haberme dado contra la ventana, y aunque me la he examinado y está sanando bien, sigue siendo un recordatorio muy presente. Sin mencionar que no quiero que D me «enseñe otra lección». No creo que sobreviviera. Al menos ahora.

Giro la cabeza con un suspiro, cuando oigo pasos detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Kenzo acercándose. No lleva su *tablet*, como de costumbre, pero se está metiendo el teléfono en el pantalón de chándal gris.

Pero no es eso lo que me tiene embobada. No, definitivamente no es el bulto tremendamente impresionante en el chándal ni el hecho de que esos pantalones grises holgados y caídos estén hechos sin duda para provocar a las mujeres. No, es el hecho de que va sin camiseta.

Es decir, puedo verlo todo. Incluyendo la barra que le atraviesa el pezón derecho y los tatuajes tribales que le salpican los hombros. Está yendo a la cocina, y me quedo sin aliento al ver el tatuaje de la espalda. Es una serpiente con los ojos rojos, enrollada alrededor de una calavera, y le ocupa toda la espalda. Es una obra de arte impresionante, sin mencionar los músculos cincelados que hay debajo.

—¿Quieres algo de beber, cariño? —me grita, y llevo los ojos hacia los suyos para ver que se ha dado la vuelta y me está mirando con una sonrisa burlona—. ¿O solo quieres babear?

Capullo.

¿Y qué si tiene abdominales que parecen esculpidos en piedra o esa V deliciosa que baja hacia el chándal y el escaso vello que se extiende por ese pecho tremendamente impresionante? ¿O que sus hombros son tan anchos que lo único en lo que puedo pensar es en

clavarle las uñas mientras se mueve encima de mí inmovilizándome contra el sofá y dejándome sentir todos esos músculos…? He perdido el hilo.

Jodidos pantalones de chándal y sus habilidades mágicas.

Al menos, es más material para cuando quiera masturbarme.

Coge dos aguas heladas, y veo las gotas de condensación correr por sus brazos. Suertudas. Se pasea hacia mí, salta por encima del respaldo del sofá en una demostración de fuerza realmente impresionante y me da una. Resoplo mientras la cojo, intentando no demostrar lo mucho que me está afectando su exhibición.

No, mantente firme. Coño…, eso ha sonado mal.

Me doy la vuelta para dejar de mirarlo e intento concentrarme en la película, pero sigo echándole vistazos por el rabillo del ojo. Tiene el brazo extendido por el respaldo del sofá y sus dedos casi me tocan. Está recostado con las piernas abiertas, y ha metido la otra mano en la cinturilla del chándal, bajándolo aún más.

¡Joder!

Es como una de esas imágenes trampa que ves en internet que te hacen decir «¡Madre mía!». Definitivamente he dado me gusta a algunas fotos de modelos de Instagram que ni se acercan a como está él ahora mismo. ¿Lo peor? Él lo sabe. En sus labios juguetea una estúpida sonrisa burlona, y se gira, pillándome de pleno.

—¿No quieres ver la película? Porque si quieres hacer algo más, cariño, yo me apunto.

—Cierra la puta boca —le suelto, metiendo las manos debajo del culo para no alargar los dedos y acariciar sus músculos. Eso es. Acariciarlos.

Se ríe y se acerca más, noto su boca casi en mi oreja.

—¿Segura? Podríamos apostar…

—Puto adicto al juego —murmuro.

—Solo cuando tú estás por medio. ¿Qué dices, cariño? ¿Quieres jugar a algo? —susurra seductoramente.

—¿Qué ganaría? —pregunto con cautela, mientras por dentro me grito a mí misma.

—Lo que más quieres… —Mis ojos van a su polla, y se ríe más fuerte. Debería coger la botella de agua y metérsela por esa

garganta encantadora. Pero sus siguientes palabras me hacen prestar atención y olvidarme de hacer que esta serpiente se trague una botella—. Tu libertad.

Mi mirada se clava en la suya.

—Te estás cachondeando de mí.

—Puede ser, o puede que esté seguro de que voy a ganar. —Se encoge de hombros, observándome con esos ojos oscuros.

—Entonces, ¿qué ganas tú? —pregunto, asustada por si mi premio es algo peor que el suyo.

Se acerca más, abandonando toda pretensión de encanto. Sus ojos están hambrientos mientras bajan a mis labios y luego a mi cuerpo, acariciando cada centímetro de mí y dejándome casi temblando de deseo.

—A ti —dice con voz ronca.

Joder.

Joder.

¿Por qué me palpita el coño?

—¿Cuál sería el juego? —pregunto, y mi voz suena más entrecortada de lo que me gustaría.

—Póquer —responde, y resoplo.

—Ni de coña, eres un puto jugador profesional. Apuesto a que se te da de vicio. —Pongo los ojos en blanco.

Suspira, pero esa sonrisa burlona vuelve a cubrir sus labios.

—No es lo único en lo que soy increíble… pero vale, cariño. Vale, tú eliges.

Recorro el piso con los ojos, intentando pensar en algo, cualquier cosa, en la que pueda ganar a este hombre, a este Viper que está justo a mi lado, enroscado para atacar y comerme entera.

«Juegos de bar, piensa, Rox. Se te dan bien».

—¿Tienes vasos?

Joder, ¿por qué es el primer juego que se me ocurre? Porque está demasiado cerca, oliendo a hombre puro, y quiero probarlo, sentirlo, y me está distrayendo.

—Sí —responde. Asiento, y él señala la cocina. Salto y corro hacia la cocina, abriendo armarios hasta encontrar lo que necesito. ¿De verdad voy a hacer esto? ¿Apostar mi libertad y mi cuerpo?

Sí.

Cojo cerveza de la nevera, me acerco a la mesa y las coloco una frente a la otra.

—¿En serio? —Resopla—. ¿Crees que somos adolescentes?

—¿Tienes miedo a perder? —sonrío burlona mientras sirvo la cerveza.

—Para nada, dale, cariño. —Sonríe.

Cojo el primer vaso, y él me copia.

—El primero que termine todos gana. Simple. No es fácil hacer trampas. Tres, dos, uno, ¡ya! —grito, y me bebo el vaso. Me limpio la boca después, le doy la vuelta y cae boca abajo, él se me queda mirando cuando termina el suyo.

—Tengo un bar, cariño —le provoco, antes de pasar al siguiente.

Suelta un juramento y le da la vuelta al suyo, pero no cae a la primera, aunque lo consigue a la segunda. Sigo bebiendo antes de darle la vuelta. Estoy en el tercero, y él en el segundo, pero no consigo que el jodido caiga. Lo intento una y otra vez, mientras veo nerviosa cómo me alcanza, hace caer su tercer vaso y pasa al cuarto. Mierda.

Joder, me está ganando. Me invade la desesperación, así que hago trampas. Me inclino y le enseño las tetas, y se atraganta con el siguiente sorbo, lo que me da tiempo para bebérmelo, darle la vuelta y continuar.

¿Qué es lo peor que puede pasar? Ya me posee, así que si hay una oportunidad de libertad, tengo que aprovecharla. La idea sigue flotando por mi cabeza mientras bebo, con los ojos puestos en él.

Me bebo otro y le doy la vuelta, pero estamos empatados. En el último vaso. Nuestros ojos se encuentran mientras lo bebemos con rapidez, entonces él se baja los pantalones, y me enseña la polla. Me atraganto literalmente con la cerveza, y eso le da el tiempo que necesita para darle la vuelta.

Me quedo mirándolo, con el vaso aún en los labios, completamente en *shock*. He perdido.

He perdido.

Sonríe burlonamente y se limpia la boca.

—Creo que cobraré ahora —murmura, y merodea alrededor de la

mesa hacia mí. Sus ojos están hambrientos, su cuerpo se mueve ondulante, y su polla se está endureciendo y haciéndose notar contra el chándal. Retrocedo mientras el miedo y el deseo florecen dentro de mí.

No pensaba que podría perder, y si lo hacía…, pensaba que podría manejarlo. Ahora no sé si puedo. Lo deseo, claro, mi coño ya está húmedo con solo pensarlo, pero Kenzo… Joder, cualquiera de los Vipers es peligroso para mí, no solo para mi cuerpo.

Son como una obsesión. O una droga.

—¿La revancha? —ofrezco, manteniendo la mesa entre nosotros, pero él salta por encima, aterrizando justo delante de mí.

—No, lo justo es justo. Paga, cariño. —Se ríe.

Tropiezo hacia atrás y salgo disparada, pero me pilla, extiende la mano y me carga sobre el hombro. Chillo y le doy palmadas en la espalda, pero me tira en el sofá donde reboto, sin aliento. Me aparto el pelo de la cara mientras miro hacia arriba, y lo encuentro mirándome fijamente. Debe de ver mi miedo, porque se mete la mano en el bolsillo y saca los dados.

—Te propongo un juego diferente: adivina el número. Si aciertas, estás a salvo, y si no, te tienes que quitar una prenda.

—¿Qué? —me quedo boquiabierta.

Se acerca más.

—A no ser que quieras que te las arranque del cuerpo.

«Eh, sí, por favor».

Pero, joder, no al mismo tiempo.

—Que te jodan —gruño.

—Ese es el plan, cariño. Di un número. —Sonríe.

Entro en pánico.

—Siete.

Tira los dados, cogiéndolos con destreza. Con un guiño, me enseña los dados. Joder.

—La camiseta —exige.

—No —gruño, pero me agacho y me quito los zapatos, que lanzo hacia él. Le dan en el pecho y rebotan, haciendo que su sonrisa se haga más grande—. ¡Cabrón! ¿Es la única forma en que puedes conseguir a una mujer?

Aunque le suelto palabras viles, no puedo evitar jadear, mis piernas se aprietan mientras me observa con atención completamente centrado en mi cuerpo. Como si no pudiera esperar a comerme, follarme, tenerme. En lugar de forzarme como podrían haber hecho, ha ganado limpiamente.

Me ha ganado.

Ha conseguido mi cuerpo.

Pero… ¿puedo pagar?

Su alcance es como un veneno que echa raíces dentro de mí. Al principio, ni siquiera te das cuenta de que está ahí. Lentamente se extiende por ti, cambiándote, moldeándote, infectándote, hasta que es demasiado tarde para ser libre. Así es como me siento, porque los odiaba y aún lo hago, pero ahora mi mente está nublada por la necesidad.

Una que me impusieron, que han construido dentro de mí, y lo saben.

Eso no me gusta, lo odio.

Los odio.

¿Quién dice que no puedo pasármelo bien con esto? El sexo por odio no se parece a nada, y este deseo claramente no va a desaparecer y tampoco me van a liberar pronto, así que mejor aprovecharlo…, ¿no?

Eso es lo que me digo.

—Vale —gruño—. Nueve. —Señalo los dados y él los tira otra vez.

Sale doce, y sonríe burlonamente.

—La camiseta —exige.

Me la arranco por la cabeza con un gruñido y se la tiro. ¿Por qué coño he accedido a este juego? Ahora estoy en bragas y sujetador, y se toma su tiempo para mirarme. Tiemblo bajo su mirada posesiva, mis pezones se endurecen contra la tela del encaje, y mis bragas están sin duda empapadas. Genial.

—¿Siguiente cifra, cariño? —murmura, tiene los ojos clavados en mi pecho sonrojado mientras aprieto las piernas con más fuerza. Con un gemido, se recoloca hacia abajo—. Joder, eres demasiado hermosa.

Lo ignoro, porque sinceramente, ¿qué puedo decir?

—Trece —gruño, pero él sigue demasiado ocupado mirándome. Casi puedo sentir la caricia de su mirada—. Kenzo…

Sus ojos se alzan, clavándose en los míos, y los dados salen volando mientras se abalanza sobre mí. Chillo cuando me inmoviliza contra el sofá, abriéndome los muslos de par en par y acomodándose entre ellos mientras se restriega contra mí.

—No digas mi nombre así.

—¿Cómo? ¿Kenzo? —pregunto confundida, y gime.

—Sí, así, cariño.

—Literalmente es tu nombre, ¿preferirías que te llamara cabrón? —le suelto, aunque me arqueo hacia él.

—Llámame como quieras, cariño, mientras no me pares y lo grites para que todo el mundo lo oiga. —Se ríe mientras baja los labios a los míos. No podría pararlo, aunque quisiera, las palabras se me quedan atragantadas mientras le aferro el pelo y lo acerco. Sonríe burlonamente contra mi boca, así que le muerdo el labio.

Se aparta con un gruñido, y jadea fuerte mientras me mira.

—Compórtate como una cría, y te trataré como una.

—Lo que tú digas, quítate de encima —exijo. Es difícil ponerse seria en ropa interior, pero creo que me las arreglo bastante bien.

Sonríe burlonamente otra vez, y sus ojos oscuros clavados en los míos, me hacen sentir débil.

—¿Por qué? Te gusta donde estoy.

—No, no me gusta —protesto a medias, mi voz vacilante.

Se ríe, literalmente se ríe, le tiembla todo el cuerpo.

—Claro, entonces ¿por qué tienes duros los pezones como si suplicaran por mi boca? —murmura, mientras me baja el sujetador de un tirón y me deja los pechos al descubierto. Sin apartar los ojos de mí, sella los labios alrededor de uno y se pone a chupar, haciéndome gemir mientras cierro los ojos y me arqueo hacia su boca.

Me inunda la rabia por mi reacción e intento apartarle la cabeza tirándole del pelo. Se ríe otra vez, ignorando mis tirones desesperados y besa el vientre hasta detenerse en el piercing del ombligo y rodeándolo con la lengua antes de seguir hacia mis bragas. Sus ojos buscan los míos.

—Puedo oler lo húmeda que estás. —Con los dientes, me baja las bragas de un tirón y las aparta.

Intento cerrar los muslos, pero él me los separa de par en par y los clava al sofá, exponiéndome a él. Gime bajito, y el sonido me hace sentir cosas perversas mientras me mira.

—Estás jodidamente empapada. ¿Creías que no me deseabas?

—No te deseo —gruño, aunque ladeo las caderas, necesitando que me toque.

Sonríe burlonamente y alarga la mano entre mis muslos, acariciando mis pliegues antes de separarlos.

—¿Qué es esto? ¿Un *piercing*? —murmura en *shock*, rodea con el dedo mi capuchón perforado. Fue un reto cuando estaba borracha y me dolió como el demonio—. Es jodidamente increíble. —Gime—. Estoy tan jodidamente cerca de correrme en los pantalones que no tiene ni gracia —murmura, haciéndome reír.

Entrecierra los ojos y tira del *piercing*, haciéndome jadear cuando el dolor se extiende por mí, seguido del placer.

—O te pones las pilas o te vas a la mierda —gruño, pero no resulta fácil ser intimidante cuando estás inmovilizada debajo de un hombre, desnuda y húmeda.

Sin avisar, se pone sobre los codos, baja la cara hacia mi coño, y me lame desde el clítoris hasta el culo. Casi me caigo del sofá, pero él me pone un brazo en el vientre al tiempo que se engancha al *piercing*, y me inmoviliza.

Mi mente aún está dando vueltas, intentando repetir todas las razones por las que debería parar esto, por qué debería apartarlo, por qué debería odiarlo, pero cuando me mete dos dedos dentro, todo eso se convierte en placer.

Cierro los ojos mientras gimo, incapaz de mirar esa cabeza oscura entre mis piernas. Sus manos se clavan en la parte carnosa de mis muslos, manteniéndome abierta para él mientras azota mi clítoris, tirando y lamiendo del *piercing* mientras curva los dedos dentro de mí con destreza. Juega conmigo como con todo lo demás. Sabiendo exactamente dónde lamer, dónde tocar, frotar y follar.

No tardo nada en ponerme a jadear mientras el sudor cubre mi cuerpo, mi cara y mi pecho sonrojados. Intento quedarme quieta,

pero no puedo evitarlo, me muevo contra su cara, necesitando más. Él me toca como un violín, sus dedos rozándome por dentro mientras mantiene ese ritmo enloquecedor en mi clítoris. Alargo la mano y me pellizco los pezones, demasiado excitada para que me importe.

—Sabes jodidamente deliciosa —gime—. Estás jodidamente buena.

Niego con la cabeza, intentando detener el poderoso orgasmo que se está fraguando dentro de mí. No. No, esto no puede estar pasando. Intento apartarlo, pero me ignora, acelera, y me lanza de cabeza contra esa liberación.

Me rompo, arranca un grito de mi garganta mientras mis muslos le aprisionan la cabeza y mi sexo se cierra palpitante alrededor de sus dedos. Las oleadas me atraviesan, una y otra vez, me arqueo mientras cierro los ojos con fuerza, hasta que finalmente acaba.

Caigo desmadejada en el sofá, con los muslos separados y miro hacia abajo para ver a un Kenzo sonriente y despeinado aún tumbado entre ellos, lamiendo mis pliegues como si nada.

Cuando se alza con una sonrisa satisfecha en sus labios relucientes, el odio hacia mí misma se derrama por todo mi cuerpo. Se lame los dedos mientras lo miro, y no puedo aguantarlo más. No puedo creer que haya dejado que pase esto o que haya gritado de placer para que todo el mundo lo oiga.

Es mi puto secuestrador.

Ruedo fuera del sofá, me levanto, y cuando lo oigo venir detrás de mí, me muevo más rápido. Tengo el corazón acelerado, y noto las piernas aún débiles por su culpa. No puedo…, joder, no puedo creer que haya pasado esto. Ni que haya sido tan bueno. Intento escapar de él, pero me pilla en el pasillo y me estampa contra la pared, donde me inmoviliza antes de inclinarse hacia mí. Ahora su mirada está llena de furia.

—¿Adónde coño crees que vas?

—¡Apártate! —grito, dando patadas y luchando contra su agarre. Él gruñe y me empuja contra la pared otra vez, intentando sujetarme.

—¿Por qué?

—Te odio —suelto desesperada, y se ríe, pero el sonido está lleno de maldad. Cualquier señal de burla desaparece ante mi rabia. Pero mi odio no está todo dirigido a él. Joder, en parte es por hacerme sentir así, por volverme débil, pero otra parte va dirigido a mí.

—No, odias haber disfrutado, no me jodas, cariño. No te ha llevado nada ponerte a gritar, lo que odias es lo mucho que te ha gustado sentir cada puto segundo mi lengua en tu coño.

Esas palabras sucias me enfurecen todavía más, y antes de darme cuenta, le doy una bofetada que resuena con fuerza en el silencio. Tomo aire cuando su cabeza gira hacia un lado. Lentamente, se vuelve para mirarme, y cualquier rastro del Kenzo habitual, encantador y burlón han desaparecido. Puedo ver ahora el parecido con Ryder. Son las emociones, los sentimientos salvajes, descontrolados.

Está furioso.

Cabreado.

Bueno, ¡yo también!

—No deberías haber hecho eso —me advierte en voz baja y ronca. Con una mano, me mantiene presionada contra la pared, mientras se baja el chándal con la otra, y la visión de su polla dura y palpitante me deja paralizada. Es grande, jodidamente grande. Demasiado grande.

No.

Ya es bastante malo que le haya dejado probarme. No permitiré que me folle. Canalizo toda mi rabia, todo mi odio, y lo dirijo hacia él. Todo, desde ser secuestrada, hasta mi padre, hasta estos cabrones, hasta mis propias emociones, dejo que me inunde. Me da igual si le hago daño.

Alejo el puño y se lo clavo en la cara, luego, cuando está tambaleándose hacia atrás, lo hago otra vez y otra, pero me pilla el último y me clava la mano a la pared junto a mi cabeza, aplastándome la muñeca hasta que grito. Aprieta la cara contra la mía mientras su sonrisa burlona se transforma en un gruñido.

—¿Quieres odiarme? Vale. Vas a estar gritando mi nombre cuando te corras en mi polla.

—¡Vete a la mierda! —le grito en la cara, lanzando la cabeza hacia

delante. Le alcanzo, y ambos gruñimos cuando el dolor fluye por mi cabeza ya herida.

Me coge la otra mano y las junta por encima de mí, haciendo que me ponga de puntillas, con el pecho subiendo y bajando mientras intento alcanzarle con alguna patada. Se baja el chándal y presiona su cuerpo desnudo contra el mío. Odio la llamarada de deseo que me atraviesa, o el hecho de que lo desee. Así como que la visión de su polla palpitante me haga estar más húmeda que nunca.

Acaricia su longitud, y lo miro con un jadeo.

—Iba a ser bueno y usar condón, pero ¿ahora? —Niega con la cabeza y se inclina, lamiéndome los labios—. Eres mía, no tengo por qué.

Se suelta la polla, me coge el muslo y me alza. Gruño, luchando contra su agarre para golpearlo otra vez. Logro apartar mis manos de la pared un poco, arañándole las suyas lo suficiente para sacarle sangre, pero vuelve a inmovilizarme igual que antes.

—¿Quieres ser como un puto animal? Te voy a follar como uno —me grita en la cara.

Antes de que pueda replicar, me suelta, me gira, y me empuja otra vez. Mis manos aterrizan contra la pared para intentar no caerme, y entonces él está ahí, apretándose contra toda la longitud de mi espalda, siento su polla en la unión de mis nalgas mientras enreda la mano en mi pelo. Me tira de él, y grito, echando la cabeza hacia atrás hasta que solo puedo guardar el equilibrio con su mano. Me agarra de la cadera, me echa hacia atrás y me separa las piernas con un pie.

—Apártate —exijo.

Desliza la mano entre mis muslos, buscando mi humedad.

—No, tú deseas esto tanto como yo, cariño, y ya he tenido suficiente de esa actitud tuya. Te voy a follar hasta que aprendas cuál es tu lugar.

Lucho otra vez, sigo resistiéndome, aunque impulso mi coño contra sus manos. Los odio. Odio a estos Vipers.

Pero esta pelea, este odio, hace que me muera de necesidad. Grito cuando alinea su polla en mi entrada y se hunde con una embestida. Y no es de dolor, sino de placer.

Se ríe mientras se retira al notar que mi coño que se aferra a él, y vuelve a penetrarme con un fuerte envite.

—Buena chica —ronronea, mientras me lame el cuello antes de morderme el hombro, haciéndome daño mientras me asalta de nuevo, estableciendo un ritmo duro, brutal.

Esto no es follar.

Esto es odio.

Los dos odiamos desearnos el uno al otro. Yo odio que me hayan privado de mi vida. Él odia que esté aquí y tenga la audacia de no caer rendida a sus pies.

Y esa emoción fluye entre nosotros, guiándonos. Cada impulso de sus caderas es duro, sus manos se clavan en mi piel mientras me empala en su polla. Mis pechos se rozan contra la pared, y la fricción me hace gritar mientras me cierro alrededor de él.

Está tan distraído follándome que no se da cuenta de que me giro. Arranco mi cabello de su agarre, dejando algunos pelos en su puño, y su polla se desliza fuera de mí mientras me retuerzo para darle un puñetazo directo en la cara.

—¡Cabrón! ¡No soy tuya! —grito.

Me agarra y me lanza al suelo, luego cae encima de mí.

—Lo eres —ruge mientras le doy una bofetada, empujándolo antes de darme la vuelta. Empiezo a gatear, pero me rodea el tobillo con una mano y me arrastra de vuelta. Me deslizo por el suelo con un grito de rabia.

Pero ni una sola vez digo que no.

Porque deseo esto.

Con la misma fuerza que lo odio.

Sus manos son rápidas. Me alza las caderas, y entonces está ahí otra vez, hundiendo su polla en mi interior. Gimo, no puedo evitarlo. Es grande, y me proporciona sensaciones increíbles. Me da una palmada en el culo con fuerza, no está jugando, me está castigando. Quiere que me duela, y me encanta.

Grito, impulsándome hacia atrás para encontrarme con sus embestidas rápidas. El sonido de nuestras pieles chocando no impide que oiga sus gruñidos.

—¡Imbécil! —grito, aunque alargo la mano entre mis piernas para

frotarme el clítoris.

Su mano llega ahí primero y me da una palmada.

Se inclina sobre mi espalda y me agarra el pelo otra vez, lo envuelve alrededor de su mano y lo usa como una correa para arquearme el cuello, hasta poder gruñir en mi oreja.

—No he dicho que pudieras correrte.

—Cabrón —grito mientras sube mis caderas aún más y toca ese punto en lo más profundo de mí que hace que se me pongan los ojos en blanco. Mi aliento empaña el suelo perfecto, que intento arañar para resistir, pero no puedo.

No cuando está enterrado tan profundamente dentro de mí, controlándome. Poseyéndome.

—Admite que te gusta —gruñe, pasando los dientes por mi hombro—, y dejaré que te corras. —El hecho de que su voz sea ronca y tensa me hace sonreír, no es tan imperturbable como pensaba.

—Gilipollas —le suelto—. Puto cabrón, que te den por cul…

Su mano baja sobre mis nalgas una y otra vez. El dolor irradia por mi piel, aunque su polla se arrastra a lo largo de esos nervios. Estoy a punto de correrme, intento luchar contra ello, pero cuando baja la mano y tira de mi *piercing*, suelto un grito y mi orgasmo estalla en pedazos.

Me cierro alrededor de su polla mientras me retuerzo debajo de él. Le tiemblan las caderas, luego me embiste dos veces más antes de quedarse quieto, llenándome con su semen. Jadeando, colapso sobre el suelo cuando todo afán de luchar me abandona, y él se desploma encima de mí, inmovilizándome con su peso.

Un ruido me hace alzar la cabeza, y cuando veo quién lo ha hecho, se me para la respiración.

Al levantar la vista, veo a Diesel al final del pasillo con una sonrisa en los labios.

—Bueno, bueno, pajarito, eso ha sido todo un espectáculo.

Echo un codo hacia atrás, alcanzando a Kenzo, que gime y rueda fuera de mí. Me pongo en pie de un salto y le lanzo una mirada.

—Follas tan bien como peleas —le suelto, antes de echarme el pelo por encima del hombro y, con toda la dignidad que me queda,

que no es mucha, me largo a mi habitación donde me encierro con un portazo.

Me apoyo contra la puerta con el corazón acelerado mientras siento su semen deslizándose por mis muslos. Entonces los oigo, a los dos, reírse allí fuera.

Joder.



18
DIESEL

No puedo dejar de pensar en ella con Kenzo. La forma en que gritaba, cómo luchaba. Era impresionante. Su hermoso cuerpo desnudo retorciéndose en el suelo, lleno de ira y placer. Odiaba y adoraba al mismo tiempo lo que estaba sintiendo.

Mi pajarito.

De lo que probablemente no se ha dado cuenta, es de que me he corrido en los vaqueros a la vez que ella, viendo cómo se contorsionaba presa del éxtasis mientras Kenzo la embestía desde atrás, hundiéndose en su cuerpo prieto y húmedo. Me ha hecho sentir algo. Vale, habría preferido que hubiera un poco de sangre, pero ha sido todo un espectáculo.

Después de que se largara hecha una furia, le he guiñado el ojo a Kenzo, que se ha echado a reír, y me he escabullido a mi habitación para limpiarme. ¿Os habéis corrido alguna vez en los vaqueros? No es nada divertido. Es casi tan jodido de limpiar como la sangre. Me tumbo en la cama, cubierto solo con unos calzoncillos. Oigo a los demás hablando abajo, sin duda, poniendo a Kenzo al día sobre lo que nos hemos encontrado. Pero yo estaba presente, así que no necesito oírlo otra vez.

No, lo que necesito es a mi pajarito. Está asustada ahora mismo, aunque no lo admita, y los Vipers están rondando. Va a salir corriendo otra vez, lo he visto en sus ojos, y no puedo permitir que pase eso.

Ahora es mía.

Cuando empezó todo esto, no era más que un juguete, una deuda. Una mujer sin rostro a la que podía torturar por los pecados de su padre… Ahora, es la mujer que me ha besado como si su vida dependiera de ello. Que me ha mirado a los ojos, que ha visto mi oscuridad, mis monstruos escondidos, y se ha excitado con ello aunque no lo admita. No, mi pajarito se parece más de lo que cree a una serpiente, pero ha pasado tanto tiempo entre presas, que no sabe cómo ser un depredador.

Voy a enseñarle. Voy a liberarla para que deje salir todas esas emociones. Voy a convertirla en una Viper.

No va a escapar de nosotros. Además, ahora me resulta obvio que se trata de algo más que eso. Incluso tiene a Ryder hecho un lío, y a Garrett, pobre cabrón, le está desbloqueando todos los malos recuerdos. La odia por eso, pero también la desea. Lo oí masturbándose anoche con su nombre en los labios.

Mi pajarito nos unirá más o nos quemará. Estoy deseando conocer la respuesta.

Así que espero a que los demás se acuesten, sabiendo que Ryder sin duda se quedará despierto toda la noche en su despacho, tratando de averiguar la identidad del sicario. Ha sido todo un insulto que consiguiera escapar, que casi pillara desprevenido a un Viper. No puedo esperar a echarle el guante y enseñarle cómo es nuestra guarida.

Una vez que todo queda en silencio, bajo de la cama y camino de puntillas. Me desplazo por la oscuridad, esperando que Roxy esté intentando abrir la puerta principal. Pero no es así, por lo que pienso que quizá haya cambiado de opinión. O tal vez, sigue esperando una oportunidad.

Voy a su habitación, entreabro la puerta y miro dentro. Está quieta, acurrucada en la cama con una de sus camisetas viejas. La observo en la oscuridad, notando el ascenso y descenso constante de su pecho. Está dormida. No me extraña que no haya intentado escapar todavía, parece que Kenzo la ha dejado agotada.

Me deslizo en el interior de la habitación y cierro la puerta despacio, para no despertarla. Observarla mientras duerme se está convirtiendo en una costumbre. Pero me siento atraído por ella y la

necesito. Anhelo abrirla en canal y exponer sus entrañas a mis llamas; no puedo evitar esta compulsión.

Garrett dice que tengo una personalidad adictiva, probablemente por culpa de tener una madre yonqui que se chutaba mientras yo aún estaba en su vientre. Me da igual, significa que mi concentración está fijada al cien por cien en mi pajarito. Veo cosas que los otros no quieren o no pueden ver.

Como que nos pertenece, aunque nos odie…, pero ¿de verdad nos odia? Si Roxy realmente nos detestara, ya estaríamos muertos, nos habría degollado mientras dormíamos y a la mierda las consecuencias. No nos ha atacado, aunque está cabreada por lo que ha pasado.

No, está indecisa. Quiere odiarnos, siente que tiene que hacerlo por cómo ha empezado todo esto, pero se está desmoronando poco a poco. Si hay alguien a quien debería odiar, es a su puto padre, menudo gilipollas. Él la vendió; nosotros simplemente aceptamos el trato.

Lo mejor que nos ha pasado es haber entrado en ese bar a cobrar. Aún recuerdo cómo tumbó a Garrett y cómo intentó atacarme. Se me pone dura solo de recordarlo. Me pregunto si luchará así conmigo cuando follemos.

Espero que sí.

Me arrastro por la habitación, me subo a la cama detrás de ella, y me acerco deslizándome por las sábanas hasta que puedo sentir su calor. Le paso el brazo por encima y la arrastro contra mi pecho. He visto hacer esto en las películas, pero nunca lo había hecho. Normalmente, las mujeres con las que he estado están inconscientes o tan asustadas que salen corriendo y tenemos que pagarles para que se queden calladas.

Todo ese miedo pierde la gracia después de un tiempo. Por una vez, quiero que alguien me iguale, que no se queme en mi fuego, sino que renazca en él.

Espero que Roxy sea esa mujer.

Porque de una forma u otra, va a sumergirse en él; no hay escapatoria para ella. Ni ahora, ni nunca. Y ya lo sabe, lo leo en sus ojos. Suspira en sueños, acurrucándose más cerca y apretando su

culo redondo contra mi polla, lo que me hace gruñir cuando el deseo me atraviesa. Qué no daría por arrancarle las bragas y penetrar de una embestida en su calor húmedo. Oírla gritar mientras pinto mi locura sobre su piel.

Deslizo la mano hacia arriba, la meto debajo de su camiseta hasta que siento su piel suave y sedosa. Es perfecta. Fuego y calor envueltos en un paquete curvilíneo y hermoso. Quiero verla deshacerse por mí como ha hecho con Kenzo. Sentir su coño o su culo apretándose alrededor de mi polla mientras la follo.

No paro de imaginarla atada en mi guarida con su cuerpo desnudo y cubierto de sangre, el fuego rugiendo a su espalda mientras me la tiro. Quiero follarla. Mi pajarito lo disfrutaría igual que disfrutó mi beso, igual que le gustó que matara a ese hombre, aunque intentara alejarse. Quería que él pagara. Necesitaba sentir que en algún lugar, el mundo no es del todo malo, y que los más cabrones reciben lo que se merecen.

Puede que seamos Vipers, depredadores, pero muy amenudo los hombres que matamos son malvados.

Violadores, maltratadores, infieles y asesinos.

Nuestro mundo está lleno de ellos, y si derribamos a uno solo y salvamos una vida, ensuciaría mi alma cada día, vadeando entre la sangre y la mierda. No lo hacemos todo por dinero, al fin y al cabo, empezamos cuando estábamos perdidos. Sin familia, con los corazones llenos de venganza. Cada uno diferente, pero unidos por el dolor. Por la necesidad. Eso es lo que nos ha moldeado, lo que nos ha rehecho hasta que nos convertimos en lo que somos.

Y cada persona que destrozamos, cada persona que matamos, nos ha hecho perder otro trozo de los chicos que fuimos una vez. Me da igual, ese chico era un ingenuo confiado que adoraba a su madre yonqui, aunque ella intentara vender su cuerpo por un chute. Que siguió regresando con ella, incluso cuando el estado se lo llevó. Hasta que no quedó nada a lo que volver.

No me arrepiento del camino que me ha traído aquí, porque me ha conducido a ella, y ahora sé que ese era mi propósito desde el principio. Tuve que sumergirme en todo el dolor, en todo el sufrimiento y toda la oscuridad para poder encontrar a mi pajarito.

Gimotea en sueños, y su cuerpo se tensa de miedo. Pobre pajarito, atrapada dentro de su propia oscuridad. La despierto, pellizcándole el estómago. Noto el momento en que se da cuenta de que no está sola. Su respiración se vuelve entrecortada, todo su cuerpo se pone rígido mientras sigo acariciando su estómago liso. Es tan suave, tan sedoso, que me pregunto si se abriría como la mantequilla bajo mi navaja.

—Pajarito, pajarito, intentando tan desesperadamente volar lejos de nosotros, incluso en sueños —murmuró contra su cuello, el latido de su pulso es sonoro allí e igual al mío.

—¿Diesel? —susurra en la noche. No creo que se dé cuenta de que cuando sabe que soy yo, exhala un suspiro y se relaja un poco. Está empezando a confiar en nosotros, aunque no lo sepa.

—¿Cansada, pajarito? ¿No intentas escapar esta noche, incluso después de follar con Kenzo y de que te haya hecho darte cuenta de lo mucho que nos deseas?

Gruñe y se da la vuelta para fulminarme con la mirada. Sonriendo, la acerco más, luego pongo la mano en su culo redondo para mantenerla cerca.

—No ha sido deseo, fue un error estúpido…, ni siquiera lo deseaba.

—¿No? No me mientas, pajarito, he visto tu cara. Lo anhelabas…, pero vamos a rebobinar…, ¿le has dicho que no? —pregunto. No voy a dejar que haga sentir a Kenzo como si la hubiera forzado, eso lo destrozaría. Y es bueno echándose la culpa.

Traga saliva, aparta los ojos un momento, tratando de ignorarme. Y eso no puede ser.

—Pajarito, respóndeme —espeto, pellizcándole el culo y haciéndola chillar.

—¡No, ¿vale?! ¡No le he dicho que no! —grita.

—¿Por qué? —presiono.

—Porque… porque deseaba que pasara. —Su pecho se alza más rápido con esa declaración, y abre mucho los ojos, como si no pudiera creer que haya admitido eso.

—Bien, pajarito, por fin te das cuenta de lo que todos podemos ver. Nos anhelas, nos deseas, nos necesitas —murmuro, bajando los

ojos a sus labios. Quiero besarla otra vez. Me pregunto si me dejaría.

Se queda callada con los ojos nublados por los pensamientos antes de que los vuelva a clavar en mí. Y sé, simplemente sé, que va a intentar algo. Mi pajarito no puede rendirse sin luchar, cree que eso la haría ser débil. Y nada más lejos de la verdad.

Rendirse y aceptarnos es lo más poderoso que podrá hacer nunca. Somos monstruos, víboras, y amar a un monstruo te convierte en una de las personas más fuertes del mundo. La máxima demostración de fuerza es dejarlos entrar en tu corazón, sabiendo que podrían destruirte, matarte…, pero lo aprenderá algún día.

Por ahora, me conformo con esto, con estar cerca. Con abrazarla y que no trate de escapar. Es bonito, y se siente bien y reconfortante. Como llegar a casa.

Puede que un día eso cambie, o puede que no. La única forma que sé de demostrarle mis sentimientos es a través del dolor. Podría matarla, amarme, tenerme, pero ¿no sería esa la mejor declaración de amor que podría tener?

Veo que asoma la lengua para humedecerse los labios, y me hace gemir mientras la miro.

—No me provoques, pajarito.

—¿O qué? ¿No hay tratos esta noche? —se burla, acercándose hasta quedar pegada a mí. Cada curva presionada contra mi dureza.

—No hay tratos, pajarito, pero ten en cuenta que esta noche estoy cerca del límite. Sumérgete en esa oscuridad, y puede que no vuelvas —advierto.

Inclina la cabeza a un lado, observándome un momento, antes de acercarse más. Desliza la mano por mi brazo.

—Quizá no quiera volver.

No me muevo cuando presiona sus labios contra los míos. Dejo que me provoque con besos duros y desesperados mientras se acerca más. Al final, me muerde el labio fuerte con un gruñido irritado. Gruño, luego pierdo el control. He intentado contenerme, pero no puedo.

Ella no me deja.

La agarro por la nuca y la arrastro más cerca. Abre los labios con

un jadeo, me agarra el muslo con una mano mientras se deja llevar por el beso. Hundo la lengua en su boca, permitiendo que sienta mi necesidad de ella. Quiero que sepa lo loco que me vuelve. Gime mientras me responde con su propio deseo desesperado y nos perdemos el uno en el otro.

Sube la mano por mi muslo, haciéndome gemir en su boca cuando la desliza por mi erección. Le muerdo el labio a modo de advertencia, y se deja llevar. Sus dientes chocan contra los míos mientras luchamos, batallando los dos por el dominio. Estoy tan perdido en ella que ni siquiera me doy cuenta de que está deslizando la mano dentro de mis calzoncillos donde llevo enganchada la navaja hasta que la presiona contra mi garganta.

Me tumbo, y sus rodillas se deslizan a cada lado de mis caderas mientras me fulmina con la mirada, con la navaja apretada contra mi cuello vulnerable. Sonriendo, echo la cabeza hacia atrás, dándole mejor acceso sin dejar de observarla. Joder, es magnífica.

—Lo haré —gruñe. Tiene el coño contra mi polla dura enfundada en calzoncillos. Es una mentirosa. Puedo sentir lo húmeda que está a través de la tela fina. Se echa el pelo gris hacia atrás, observándome como si no supiera qué hacer a continuación.

Mi pobre pajarito perdido.

—Hazlo, derrama mi sangre. Moriré feliz contigo encima de mí…, joder, podrías incluso follarme mientras lo haces. Imagínate lo excitante que sería —gimo, alargando la mano y agarrándole las caderas, arrastrándola adelante y atrás por mi polla. Abre los labios con un gemido antes de que niegue con la cabeza y clave la hoja más profundamente. Siento que me corta la piel y me atraviesa una pizca de dolor.

Empujo hacia arriba con un gruñido, haciéndola rebotar sobre mí, lo que clava la navaja más profundo. Grita y la retira mientras siento sangre resbalando por la garganta. No es suficiente, quiero más. Quiero que haga lo que le dé la gana.

—Más —exijo.

Niega con la cabeza.

—Estás completamente loco.

Sonrío.

—Y te encanta. La elección es tuya, así que ¿qué vas a hacer, pajarito? ¿Matarme? Podrías cortarme la mano para salir de este edificio. Serías libre, ni siquiera lucharía.

—¿Por qué? —pregunta, confundida. La navaja descansa contra mi piel.

—¿Por qué no? Acabas de decir que estoy loco.

Se queda ahí, encima de mí, debatiendo si matarme y escapar. Es lista, se lo está imaginando todo en su cabeza.

—Vendrían a por mí, entonces me matarían seguro.

—Puede ser —sonrío—. O puede que escaparas.

Traga saliva, mirándome fijamente.

—No, no lo haré. Nunca lo haré.

Ah, ya lo entiende.

—No, no lo harás. Pero tienes elección, pajarito. Huir el resto de tu vida y esperar escapar de ellos, o usar esa navaja para algo que termine con los dos pasándolo bien.

Mira la navaja, la tira a mi lado con un suspiro, y rueda sobre su espalda, dejándose caer boca arriba a mi lado.

—Putos gilipollas, me habéis jodido la vida.

—¿De verdad? —pregunto con curiosidad, sin importarme si lo hemos hecho.

No me mira, pero se muerde el labio inferior.

—Quiero mi bar.

—¿Algo más? No tenías amigos de verdad, ni amantes constantes…, lo único que tenías era el bar.

Entonces me mira con lágrimas en los ojos.

—Los bares no te hacen daño. Los bares no te traicionan. Quise a alguien profundamente, y se fue.

—¿Te dejó? —pregunto, con los ojos entrecerrados ante la idea de que ame a alguien que no sea yo. Quiero matarlo. ¿Podría cazarlo?

Resopla.

—Bueno, en cierto modo, pero ese cabrón —gruñe— murió. La única puta persona que se preocupó alguna vez de si comía, si dormía o si estaba viva, va y se muere. Ni siquiera mi padre lo hizo, y mi madre no sabía que yo existía, estaba demasiado colocada para preocuparse por mí. Pero Rich…, él sí. Me acogió cuando no tenía

nada. Me dio un trabajo, un hogar, y luego murió.

Considero sus palabras.

—¿Era el dueño del bar?

Asiente.

—Estaba trabajando allí para pagar la deuda de mi padre cuando por fin me emancipé. Vivía en las calles, y él se dio cuenta. Me cedió el apartamento encima del bar, pagó los muebles y todo. Me dio un trabajo, camarera primero, luego encargada.

—¿Cómo murió? —pregunto con curiosidad. Al menos no tengo que matarlo. Pero sigo celoso del amor en su voz. No puede amar a nadie más que a nosotros.

—Cáncer —susurra, las lágrimas ruedan por sus mejillas antes de que se las quite de un manotazo, sin querer mostrar siquiera esa debilidad. Mi valiente pajarito—. Fue horrible, y jodidamente rápido. Cuando nos enteramos, ya era demasiado tarde. El cabrón se fue y me dejó el bar sin avisar, me dijo que ahora era mi hogar. Esperaba que me diera un futuro mejor que el suyo.

—Lo siento, pajarito —y lo siento de verdad. Ha pasado por tanto, ha sobrevivido a tanto; lleva las cicatrices pintadas en su cuerpo y alma. No se da cuenta de que se parece a nosotros más que cualquier otra persona. Quizá debería intentar explicárselo.

Así que, aunque nunca se lo he contado a nadie, abro las viejas heridas, las que me envenenaron, solo para que pueda entenderlo.

—Mi madre también era yonqui.

Gira la cabeza y me mira, sus ojos oscuros brillan con las lágrimas. Alargando la mano, le quito una y la saboreo de mi pulgar.

—Yo le importaba mientras pudiera usarme. Fui su camello, su recadero, incluso intentó venderme una vez. Pero, aun así, la quería. Me separaron de ella muchas veces, me colocaron en hogares. Pero yo era lo que llamaban un joven problemático. La adoraba, era mi madre. Siempre me escapaba y volvía. Pero eso significaba volver a esa vida, la que me metió en el reformatorio un tiempo.

Sus ojos me observan con atención mientras me doy la vuelta y apoyo la cabeza en el brazo, alargando hacia ella mi otra mano. No me detiene esta vez mientras la deslizo arriba y abajo por su muslo.

—Cuando salí, por lesiones graves, estaba muerta.

Jadea.

—¿Cómo?

Aprieto los labios para tratar de contener la rabia y hablar.

—Asesinada. Deduje que le debía demasiado dinero a un camello y no podía devolverlo, así que él la visitó. La molió a palos hasta casi matarla, y mientras aún estaba viva, quemó la casa con ella dentro. Llegué justo después. Intenté entrar, llegar hasta ella, con el humo asfixiándome. Las llamas me quemaron —levanto las manos y les doy la vuelta para mostrarle las quemaduras en las palmas—. No pude, pero podía oírla gritar. A pesar de todas las veces que me había fallado, seguía siendo mi madre. Con todos sus defectos, la quería con cada fibra de mi ser, era mi obsesión. Mi única familia.

—Diesel —susurra.

—Le di caza, ¿sabes? Estaba tan cabreado esa noche que, después de ver cómo las llamas se la tragaban, por fin me dejé ir. Había contenido la rabia durante demasiado tiempo, apartando toda la oscuridad que se retorcía dentro de mí. Esa noche dejé de luchar contra ella, dejé que me consumiera. Lo perseguí por toda la ciudad.

—¿Qué edad tenías? —pregunta.

—Diecisiete. Lo encontré, lo noqueé, y lo arrastré a un almacén viejo y abandonado. Cuando despertó, le hice pagar. Muchas veces. Lo desahogué todo en él, y por primera vez, supe lo que se sentía al ser libre. Al ser yo. Al sentir que sus huesos se rompían bajo mis manos y su sangre me salpicaba, pero no era suficiente, necesitaba que sintiera el mismo dolor que ella. Así que lo rocié, le prendí fuego y miré…, ¿y sabes qué? Aún no era suficiente. Quería más, como ese fuego, necesitaba más. Estoy jodido, estoy loco, lo sé. Nunca he pensado que encontraría un lugar donde encajar, luego conocí a estos tíos y están tan jodidos como yo, aunque lo oculten mejor. Todos sabemos lo que significa estar perdido, estar solo, pajarito, pero ¿juntos? Juntos, somos más fuertes. Cambiamos esa vida, como una serpiente muda de piel…

—Y os convertisteis en los Vipers —termina, suspirando—. Joder, ¿por qué me lo has contado? Hace que sea más difícil odiaros.

—Porque realmente no nos odias, y estás buscando razones para no hacerlo. Ahí tienes una. Sí, soy un monstruo, pajarito. Me

encanta el dolor de la gente, me encanta mi trabajo, disfruto matando y haciendo sufrir. Me encanta proteger a mi familia, y haré de todo por ellos…, y ahora por ti.

—¿Por mí? Apenas me conoces —murmura.

—Sé lo suficiente. Ahora eres una de nosotros. Te protegeré como a ellos, entraste en una guarida de víboras, pajarito. Tú eliges si permanecer aquí como nuestra presa o cambiar y convertirte en un depredador. Elige sabiamente. No todo el mundo es invitado a entrar, de hecho, nadie lo ha sido. Vive o muere.

—Pero ¿por qué yo? —exige—. Y no digas que es por una deuda, podrías haberme matado y haber terminado con ello.

—Porque, pajarito, esa noche…, la noche que tu padre te entregó sin luchar, vimos en ti lo mismo que está en todos nosotros. Garrett ni siquiera sabe por qué te salvó, creo. Ryder se miente a sí mismo y dice que es por negocios. Kenzo lo maneja como si fuera un juego, guardándoselo todo en su interior. Pero yo lo veo. En el momento en el que tu padre te entregó… te convertiste en una de nosotros. Otra alma perdida. Otra Viper en busca de un hogar. Todos empezamos sin nada, sin nadie, y mira dónde estamos ahora. Somos una familia. Una familia rota y jodida, pero una familia de todos modos, que mataría antes de dejar que alguien te lleve. Piénsalo —inclinándome, la beso suavemente, y suspira—. Buenas noches, pajarito. Puedes quedarte con la navaja, piensa en mí cada vez que la uses, pero ten en cuenta que si la usas contra nosotros, contra mis hermanos, tendré que matarte. Hasta puede que lo disfrute.

Dicho eso, me bajo de la cama y me alejo.

—¿Diesel? —me llama, y me detengo.

—Tienes razón, quiero odiaros, pero sinceramente, estoy dolida. Me duele que mi padre pudiera entregarme tan fácilmente. No debería sorprenderme, pero supongo que siempre quise ver algo bueno en él. Entonces llegasteis vosotros y os convertisteis en las personas a las que dirigir ese odio, pero yo también lo veo. Los fantasmas en vuestros ojos, coinciden con los míos… y eso lo odio más. Porque significa que… —Sus palabras se apagan, la voz queda.

—Significa que eres como nosotros —asiento, mirando por encima del hombro—. Una serpiente.

Cierro la puerta. No vendrá a por mí, y no escapará esta noche, ahora lo sé, aunque ella no. Está en casa, y por fin está empezando a entenderlo.

Quizás siga luchando, pero si no lo hiciera, no sería tan divertido.

Estoy deseando ver cómo hace pedazos a los otros, cómo se mete en sus corazones fríos igual que ha hecho en el mío. Todos arderemos juntos.

Por una mujer.

Nuestra mujer.



19
RYDER

He oído lo de Roxxane y Kenzo. Me ha rondado por la cabeza toda la noche mientras me quedaba mirando las palabras en la pantalla. No he pegado ojo, ¿cómo hubiera podido? Me da vueltas la cabeza.

¿Ella nos destruirá? ¿Será nuestro fin? ¿Debería haberla matado? ¿Debería hacerlo ahora?

Todo se vuelve más complicado porque no tenemos las respuestas. Ni siquiera Donald sabe quién es el sicario. Sospecha que fue un ilegal, lo que significa que poseía papeles falsos para entrar aquí. Pero para que alguien le contrate, para permitirse esos servicios, tiene que ser más poderoso que un propietario de casino disgustado como Declan.

Mi mente da vueltas en círculos mientras me llevo las manos a la cabeza y suspiro. Tengo muchas preguntas, pero no suficientes respuestas. Las palabras de mi padre me vienen a la mente, aunque lo deteste.

«Busca las respuestas. Haz lo que sea necesario, juega sucio».

Era un cabrón, un padre de mierda, y un marido aun peor, pero fue un empresario cojonudo. Lo primero que hice fue apropiarme de todos sus negocios. Sin embargo, lo que decía, tiene sentido. No le faltaba razón, debo buscar respuestas. Estoy pensando como un empresario y debería hacerlo como un Viper.

Necesito identificar a la persona que le falsificó los papeles, eso me llevará a un rastro de dinero. Aunque intenten esconderlo, la pasta siempre deja rastro. Solo entonces, encontraremos al sicario

antes de que intente acabar con uno de nosotros otra vez.

Con Roxxane, la Tríada, y ahora el asesino, tenemos el plato lleno. Siento que estoy perdiendo el control, y no sé cómo recuperarlo. Vi la cara de Kenzo anoche, después de que se la tirara; estaba perdido. He visto esa expresión antes en sus ojos. Es un soñador, no como yo. Un romántico. Puede que haya ganado esa mano contra ella, pero queda todo un torneo por delante, y Roxxane ni siquiera sabe que está llegando a las apuestas más altas.

No va a luchar por su vida.

Ni por su corazón.

Mi hermano la quiere.

Eso significa que ahora está en su punto de mira. Quizá sea culpa mía por cruzar esa línea en el ascensor, pero no pude evitarlo. El problema es…, ¿quiero jugar? ¿La deseo? Mi polla dice que sí, pero mi cabeza dice que no. Es un problema, y no podemos permitirnos más problemas. Alguien tiene que mantener la cabeza fría en lo que a ella se refiere. Así que no, no puedo.

Levantándome, voy al ascensor que lleva al ático encima de las oficinas de la empresa. El viejo edificio fue en su día el orgullo de mi padre. Me encantó, me proporcionó un gran placer derribarlo y reconstruirlo según nuestras especificaciones. Cuando entro, la luz temprana de la mañana ilumina el salón, que está vacío. Subo las escaleras, me ducho y me preparo para el día.

Tengo mucho que hacer y no tengo tiempo para dormir. Iré paso a paso. Hoy necesito encontrar al falsificador. Haré algunas llamadas durante el desayuno y espero obtener algunas respuestas. Mientras espero, me acercaré a la Tríada otra vez; hasta ahora, han sido reacios a darnos una respuesta.

Como siempre, me pongo el traje, dispuesto a enfrentarme al día. La apariencia es importante, y un traje irradia poder. Antes de incluso abrir la boca, ya estoy dejando claro que no soy alguien a quien joder.

Cuando estoy vestido y bajo, Roxxane ocupa su sitio con los demás a su alrededor. Kenzo la está mirando con una sonrisa burlona, y pasea los ojos por su cara enfadada. Diesel está cortando un bistec con un cuchillo, y Garrett clava los ojos en la mesa. Vamos,

lo de siempre.

Tomo asiento; los observo mientras me lleno el plato y me sirvo el té.

—Tenemos cosas que hacer hoy…

—¿Cuándo no las tienes? ¿Te tomas alguna vez el día libre? —pregunta Roxxane. Parece que hace mucho eso. Para ser alguien que no nos soporta o no quiere estar aquí, hace muchas preguntas.

—No —respondo, antes de acercarme y servirle el café. Kenzo parece demasiado embelesado por sus tetas, ensalzadas por el escote de la camiseta, para hacerlo.

Cruzo las piernas para ocultar mi dureza. ¿Es consciente de lo que nos está haciendo? Se pasea con esos modelitos, retándonos a tocarla. Mocosa.

—Como estaba diciendo —le paso la taza y parece sorprendida—, necesito que hagas consultas sobre un falsificador. Será bueno, probablemente el mejor. —Como Kenzo no me contesta, entrecierro los ojos—. Hermano, presta atención. Por muy bonitas que sean las tetas de Roxxane, tenemos asuntos de los que ocuparnos.

—Sus tetas están muy bien —asiente Diesel en serio—. Aunque yo soy más de culos, hay mucho más donde cortar, ¿sabes?

—Encantador —digo sin expresión, mientras Kenzo se ríe—. Un falsificador, búscalo.

—Conozco a uno —interviene Roxxane, encogiéndose de hombros. Todos la miramos sorprendidos. Se burla—. Tengo un bar de mala muerte, ¿recuerdas? Conozco a casi todos los delincuentes de la ciudad, además, a todos les gusta mantenerme contenta para que siga sirviéndoles alcohol. Es el único sitio donde no tienen que preocuparse de que les arresten.

—¿Conoces a un falsificador? ¿Uno lo suficientemente bueno como para hacer papeles para un supuesto asesino ilegal? —pregunto, arqueando una ceja.

—Sí, gilipollas. Iba a explicártelo, pero ahora no creo que lo haga —espeta, haciendo que D se ría, y que, incluso, Garrett sonría.

—Vale, lo siento, Roxxane. He sido un grosero —suspiro, obligándome a decir las palabras entre los dientes apretados.

Sonríe, y le advierto con la mirada de que no se pase.

—Vale, sí, conozco a alguien así. Es un habitual, a veces capta clientes en mi bar. He oído hablar de él, y está muy recomendado. Te contaré todo lo que sé de él… con una condición.

—¿Cuál? —pregunto arrastrando las palabras.

—Que me lleves contigo —dice en serio.

—No —ladro, pero eso no era lo que me esperaba. Pensaba que sería dinero, joyas, ropa, cualquier cosa. Me sorprende constantemente.

—Entonces no te diré nada. De todas formas, no hablará contigo sin que yo esté presente. Puede que seáis los temibles Vipers, pero él está por encima de eso. Se mueve por contactos, y vosotros… vosotros no le conocéis —sonríe, sabiendo que me tiene pillado.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres venir? —pregunto con curiosidad. Si es para escapar, no podría hacerlo. Tendría que castigarla, y sinceramente quiero mantenerme lo más lejos posible de ella, ya que pone a prueba mi control. Ponerle las manos encima otra vez sería un error.

—Me aburro en este puto lugar. Al menos así hago algo —razona, mientras da un bocado a su tortita y gime—. Esto está jodidamente bueno.

—Venga, Ry, ¿qué es lo peor que puede pasar? —se ríe Kenzo—. Iremos todos, así no puede intentar escapar ni nada. Has dicho que necesitábamos a este tío, supongo que así es como lo podemos conseguir.

Apretando los puños, cuento hacia atrás en mi cabeza, intentando controlarme. Odio los planes precipitados, no me gusta cuando se introduce un elemento inesperado e impredecible.

Y Roxxane… es impredecible.



—He contactado con la Tríada, y estoy esperando una respuesta. Las otras familias niegan todo conocimiento del golpe —gruño.

—Entonces, son ellos —asiente Diesel en serio—. Vamos a matarlos.

—Espera, puede que no sea así. No tenemos precisamente una lista de enemigos corta, y hacer un movimiento ahora, atacarlos, sería un error. No estamos preparados, y si podemos mantenerlos de nuestro lado, tenemos que hacerlo. Aparecerá otro en su lugar, y prefiero tratar con el diablo que conozco que con el que no.

Estamos esperando a que Roxxane se vista; parecía emocionada. Supongo que estar encerrada en un ático, incluso con todos los lujos a su alcance, no es lo suyo. Quiere aventuras, quiere estímulos. Puedo entenderla, pero eso no significa que me haga gracia dejar que venga con nosotros. Pero si esa es la única manera de llegar al falsificador, sería idiota que ignorara esa ventaja.

—Tiene razón, esperamos y vemos, no van a ir a ningún lado. Ocupémonos primero del asesino —asiente Garrett, la voz de la razón entre el caos.

—Vale, oh, y deberíamos echar un vistazo al bar de Roxy —añade Diesel.

Suspirando, miro hacia el pasillo para asegurarme de que no está espiando.

—Ya lo he hecho. Hay un camarero nuevo, alguien en quien confiamos. Es quien abre y cierra, y lo vigila todo por ella, asegurándose de que no lo destruyan. Se está ingresando todo el dinero en su cuenta.

Kenzo lanza un silbido con una sonrisa burlona en los labios.

—Supongo que eso significa que la ves como algo más que una deuda.

—Era algo simple, que no daba mucho trabajo, y he pensado que así sería menos probable que nos atacara.

—Uy, uy —dice—. Claro, dite eso a ti mismo, hermano mayor, si te ayuda a dormir.

Entorno los ojos, pero no contesto porque veo a Roxxane por el pasillo. Se me abre ligeramente la boca. Joder, ¿por qué le he comprado ropa nueva? No debería haberle regalado nada, entonces tendría que ir desnuda.

El vestido es negro, uno que eligió Garrett, y le queda ceñidísimo, por lo que le marca todas las curvas y esos tatuajes tan sexis asoman por debajo. La chaqueta la debió colar uno de los chicos. Es

de cuero y tiene tachuelas en los hombros, y cuando se gira un poco, aprecio la víbora de la espalda. Muy sutil.

Está jodidamente buena y parece peligrosa, especialmente con el pintalabios morado y el maquillaje oscuro alrededor de los ojos… Un maquillaje que yo escogí. Se ha soltado el pelo, y sinceramente, me he quedado sin palabras. Siempre está guapa, pero hoy…

Hoy parece una Viper.

Miro a los demás justo a tiempo para captar a Diesel echándose hacia atrás en la silla, estirando el cuello para intentar echarle un vistazo a su culo. Pero se inclina demasiado y cae al suelo con un grito. Ella mira hacia el estruendo, y sonríe al ver que se ha caído.

—¿Ya has caído por mí, D?

«D».

Le ha llamado D.

Los celos me invaden. ¿Ya usa su apodo? Esperaba que le tuviera miedo. Le advertimos que se alejara de él, pero aquí está, mirándolo con diversión y llamándolo D. De pie, atraigo su atención hacia mí, intentando ignorar mis propios sentimientos estúpidos.

—Bien, vámonos —ordeno, empezando a alejarme.

Me detengo junto a ella, y bajo la cabeza, sin poder evitarlo.

—Estás para comerte.

Parpadea sorprendida mientras sigo de largo. Compruebo mis armas en la puerta mientras espero a los demás. Ella nos mira, notando cómo comprobamos nuestras pistolas y cuchillos, y no parece sorprendida mientras aprende donde las guardamos.

—¿Puedo llevar mi pistola?

—No —casi gruño—. No la necesitas, cuidaremos de ti.

—¿Puedo llevar mi bate? Prometo no usarlo en los genitales de Garrett otra vez —ofrece con dulzura, haciendo que él se burle.

—No —contesta él.

Suspira dramáticamente pero luego sonríe.

—Un segundo —dicho eso, se va corriendo a su habitación antes de volver un minuto después, lanzando un cuchillo al aire.

¿De dónde coño lo ha sacado?

Diesel se ríe.

—Esa es mi chica. Vamos, pajarito, es hora de jugar —le pasa el

brazo por los hombros mientras ella se guarda el cuchillo en el bolsillo de la chaqueta y me mira. No puedo moverme, estoy demasiado ocupado mirándolos fijamente… Midiendo lo cerca que están sus cuerpos, lo cómodos que parecen.

Es peor de lo que pensaba.

¿Qué voy a hacer? Nada por ahora, tenemos otras cosas de las que ocuparnos, pero necesito tomar una decisión más tarde…, antes de que Roxxane se cuele demasiado adentro y tenga el poder de derrumbar todo aquello por lo que hemos trabajado.

—Vámonos —abro la puerta de par en par, salgo pisando fuerte, consciente de que estoy actuando de forma irracional, así que bloqueo todas esas emociones en mi interior, envolviéndome en una capa de hielo indiferente. Cuando suena el pitido y se abren las puertas, vuelvo a ser yo.

Como mi coche se estrelló y estoy esperando el reemplazo, elijo el todoterreno. Cabemos todos. Garrett se sienta en el asiento del conductor mientras yo elijo el del copiloto. Kenzo y Diesel se deslizan atrás y atrapan a Roxxane en el asiento del medio, aunque no parece importarle. Se relaja, pero amenaza con apuñalar a Kenzo si le toca el muslo otra vez.

Él solo se ríe. A veces, los demás se preguntan cómo encaja Kenzo con nosotros, mientras que yo no, oculta bien su locura.

—¿Adónde? —pregunta Garrett en general, sin mirar a Roxxane, así que me giro para mirarla por encima del hombro.

—Ve hacia el sur, pasa la zona de los teatros y ve a los barrios bajos. Aparca en el puente Deckly, no tiene pérdida. Hay grafitis por toda la parte lateral justo al lado de una acería abandonada —explica.

Me giro hacia adelante, saco el teléfono, y me pongo al día con mis correos y mensajes mientras los ignoro a todos. Podría hacer que los guardias se reúnan con nosotros en la ubicación, pero con los cuatro aquí, no tiene sentido. Los pensamientos de Roxxane deben seguir la misma línea.

—¿Tenéis guardaespaldas los cuatro? Valéis mucho dinero, ¿no?

—Tenemos seguridad —murmuro distraído—. Hay más de setenta y cinco guardias repartidos por la ciudad, en nuestros activos y en

las casas. Les hemos dicho que no dejaran que los vieras. Normalmente, vendrían con nosotros, pero cuando salimos los cuatro, estos tres actúan como seguridad. Nadie sabe que somos iguales, ya que yo soy la cara de la empresa, así que tiene sentido que lleve seguridad.

—¿Por qué actúan como guardias? —pregunta.

—Así, solo Ryder tiene que preocuparse de tener un objetivo en la espalda. No les importamos, solo somos peones. Eso también significa que oímos más —contesta Kenzo.

—Vaya, ¿no te preocupa tener una diana en la espalda todo el tiempo? —pregunta, inclinándose hacia adelante mientras salimos del aparcamiento subterráneo.

—No, es mi trabajo —contesto, escribiendo una respuesta a un correo antes de guardarme el teléfono—. Échate hacia atrás y ponte el cinturón —ordeno.

—Así que, este hombre al que vamos a ver… —empieza Kenzo.

—Deja que hable yo, ¿vale? Odia a los forasteros y es un cabrón maleducado.

—¿Incluso contigo? —pregunta.

—Especialmente conmigo. Es su forma de demostrar que le gustas. Además, si no lo habéis notado, yo soy una zorra maleducada. Nos llevamos de fábula —se ríe.

—¿Quieres que lo mate? —pregunta Diesel alegremente.

La miro justo a tiempo para verla poner los ojos en blanco y darle palmaditas en el pecho.

—No, y si quisiera que estuviera muerto, lo mataría yo misma.

—Eso está bien —asiente en serio—. ¿Podría mirar?

Suspiro con fuerza frotándome las sienes, sabiendo que va a ser un día muy largo. Por suerte, conseguimos evitar parte del tráfico, y dejando a un lado el canto fuerte y desafinado de Diesel, los demás están callados el resto del trayecto. Una vez en el puente, me bajo del coche y compruebo mi arma antes de mirar alrededor. Los demás se ponen en modo seguridad inmediatamente, ojos agudos y cuerpos tensos mientras escudriñan el entorno.

Garrett va primero, yo y Roxxane detrás, y Kenzo y Diesel en la retaguardia. Nunca se es demasiado cuidadoso, después de todo.

Pongo la palma en la espalda de Roxxane para guiarla mientras avanzamos.

—¿Ahora hacia dónde?

—Hacia el callejón lateral, hay una puerta de acero —nos informa muy seria, evidentemente sintiendo la tensión. Fuera de casa, así es como tenemos que comportarnos, solo podemos relajarnos allí. Las apuestas son demasiado altas para bajar la guardia, ni siquiera por un momento.

Vamos hacia allí, ignorando a los sintecho y las jeringuillas esparcidas por todas partes. Después de todo, venimos de estas calles, estamos tan cómodos aquí como en áticos y mansiones, o, probablemente más. Aunque Roxxane no lo sabe.

Ella nos adelanta a Garrett y a mí, que intenta agarrarla, antes de saltar dos escalones y aporrear la puerta de acero sólido.

—¡Eh, capullo, soy tu zorra favorita! ¡Abre! —grita.

Arqueo las cejas, pero unos minutos después, se abre una mirilla en la puerta, revelando dos brillantes ojos azules.

—¿Qué coño quieres, puta?

Ella contonea la cadera, poniendo los ojos en blanco.

—Follarte hasta que se te funda el cerebro, obviamente —dice sin inmutarse, y todos nos ponemos tensos—. Ahora déjame entrar, pajillero.

Oigo una risa dentro antes de que la mirilla se cierre de golpe y la puerta se abra de par en par. Tengo que decir que el tío que sale no es lo que me esperaba. Es enorme, tan grande como Garrett, con brazos capaces de destrozar cráneos. Tiene la cabeza rapada y cubierta de tatuajes, la camiseta se tensa sobre su pecho. Nos mira y entrecierra los ojos.

—¿Quiénes son? —pregunta con una voz profunda y resonante.

—Amigos, por ahora. ¿Vas a dejarme entrar, o voy a tener que quedarme aquí mientras te mides la polla con estos capullos? —le provoca.

Suspira, una sonrisa le curva los labios mientras baja la vista hacia ella. Ella es diminuta en comparación, pero no así su actitud.

—Sabes que la mía es más grande que la tuya, la medimos la última vez.

—Sí, sí, bueno, hiciste trampas, Tiny, así que déjame entrar —le empuja y pasa por delante, y él la sigue. Garrett me mira, así que asiento.

Entramos en tropel, y cuando cierro la puerta detrás de mí, la veo esperando al final de unas escaleras industriales. La habitación es pequeña, solo un rellano, y cuando examino mi alrededor, me doy cuenta de que hay cámaras, un sistema de cierre automático, y una escopeta enorme junto a la puerta.

Satisfecha de que la sigamos, empieza a subir las escaleras. Clavo los ojos en su culo respingón mientras sube los escalones de dos en dos. Parece saber adónde va, y cuando llegamos al siguiente piso, va a la izquierda a través de la puerta que lleva al almacén.

La habitación es enorme, y los chicos se separan para echar un vistazo, por si hay alguien más allí escondido. Me quedo quieto y espero, mientras ella va directamente a los sofás en el medio de la habitación. Se lanza sobre uno y estira las piernas encima. Son viejos y rojos, pero parecen bastante cómodos.

Junto a ella hay una instalación impresionante: cuatro monitores de ordenador girados hacia adentro con una silla enorme, que sin duda pertenece a Tiny. En la esquina del fondo, bajo las ventanas, hay una cama en el suelo y un armario. A la derecha, veo un arsenal con pistolas, cuchillos, e incluso un jodido lanzacohetes. No bromeaba cuando ha dicho que conocía gente.

Tiny pasa por delante de mí y le da un manotazo a las piernas mientras se tira en su silla. Ella le saca la lengua y las vuelve a poner en el mismo sitio.

—Entonces, ¿qué pasa, cara de mierda? Me han llegado rumores de que has desaparecido, ¿en serio? ¿Una emergencia familiar? —se burla.

Ella pone los ojos en blanco.

—Les dije que nadie se lo creería —me pongo tenso, pensando que vamos a tener que matar a este hombre, pero ella continúa sin inmutarse—. Solo me estoy tomando un tiempo del bar, manteniendo un perfil bajo.

—¿Te has metido en problemas? —pregunta, inclinándose hacia adelante.

—Cabrón, ¿cuándo no los tengo? —Se ríe—. Nada que no pueda manejar, pero sí necesito un favor.

Suspira.

—Por supuesto.

—Tío, todavía me debes el de la última vez, cuando nos despertamos en esa barcaza. No te quejes ahora que tienes que pagar.

¿Qué intimidad han disfrutado estos dos? Entorno los ojos mirándola y me acerco, me apoyo en el brazo de su sofá mientras los demás completan su circuito por la habitación. Tiny mantiene sus ojos en ellos y en las pantallas del ordenador, donde veo una sección de videovigilancia que muestra todo el almacén.

—Vale, ¿qué coño quieres? —espeta.

Ella parece imperturbable por su grosería, y se limpia las uñas con su cuchillo nuevo mientras se recuesta. ¿Por qué no puede estar tan cómoda con nosotros? Deseo destrozar la cara de este tipo, pero luego recuerdo que lo necesitamos. Roxy me ha pedido que la dejara hablar, pero interrumpo de todas formas.

—Necesito rastrear a alguien que te compró unos papeles.

Cambia la expresión por completo mientras gira su cabeza enorme y me mira fijamente.

—Chica, ¿quiénes coño son estos tíos? ¿Les has estado contando mierdas sobre mí?

Busca algo debajo de su escritorio, así que agarro mi pistola y la pongo sobre mi regazo casualmente como advertencia. Entonces, Tiny entrecierra los ojos, pero deja de buscar el arma.

—¿Qué coño quieres, tío?

Roxxane suspira y se sienta.

—Guarda la puta pistola —me espeta, y mira a Tiny—. Un favor, como he dicho.

—¿Qué me ofreces?

—Copas gratis durante un año, por cuenta de la casa —lo tantea, y la habitación se queda en silencio.

—Que sean dos y cerramos el trato. —Extiende la mano, y ella se la estrecha—. La próxima vez, no traigas a estos capullos, perra estúpida.

Mira por encima del hombro, y sigo su mirada hacia Diesel, que está jugando con las granadas de su arsenal.

—No toques mis cosas.

Diesel sonríe y se aleja, pero veo que se guarda una granada en el bolsillo, genial. Volviéndose hacia Tiny, le veo girar para enfrentarse a su ordenador.

—¿Quiénes son de todas formas? ¿Algún tipo de harén masculino que te sigue?

—Exactamente —grita Diesel, antes de tirarse junto a Roxxane y sonreír—. Su harén.

—Qué valientes —murmura Tiny—. Vale, ¿a quién estamos buscando?

—¿Valientes? —pregunta Diesel sonriendo.

—Bueno, el mes pasado casi le corta la polla a un tío con un trozo de botella que él le tiró cuando Roxy le rompió el corazón. Solo digo que sois unos cabrones muy valientes —se ríe Tiny.

La miro, arqueo la ceja, y ella se encoge de hombros.

—Fue grosero conmigo, además, eso fue solo una vez… Bueno, igual hubo más ocasiones, pero sinceramente, los que tenéis pollas siempre pensáis que lo sabéis todo y que podéis actuar como si fuerais los putos amos. Así que os recuerdo que las vaginas son más fuertes que las pollas, ya que lo nuestro está dentro y lo vuestro cuelga…, para que lo corten.

Me cruzo de piernas y hago una mueca por el hombre mientras Diesel se ríe histéricamente.

—Siéntete libre de cortar la mía, pajarito.

Tiny se gira, mirando a Roxxane.

—Ese no está bien de la cabeza.

—Ya te digo —asiente, inclinándose hacia adelante mientras Diesel empieza a jugar con su pelo—. Vale, ¿qué más?

Me mira entonces, y me aclaro la garganta.

—Hombre, menor de cuarenta, pelo negro. Un sicario, habrá necesitado formas de conseguir armas también, concretamente un rifle de francotirador. Estaría en el mundillo —Sé que sabe a qué me refiero cuando su cara se nubla—. No es local, no lo has visto nunca. Caro.

Silba.

—Si voy a delatar a ese cabrón, mejor que sean tres años.

—¿Así que te acuerdas de él? —pregunta emocionada.

—Joder, sí, el tío era un capullo. Pagó bien, eso sí, quería que lo hiciera todo en la mitad de tiempo —asiente Tiny.

—¿Sabes quién lo contrató o conoces algún detalle sobre él? —pregunto. Esto es lo más cerca que hemos estado no solo de encontrar al hombre, sino a la gente que hay detrás de él.

Tiny medita durante un segundo antes de mirar a Roxxane.

—Y quiero el alcohol de primera calidad, zorra —exige, antes de girarse hacia su ordenador y empezar a teclear—. Compruebo los antecedentes de todo el mundo cuando pasan por esa puerta lo sepan o no. Tienes razón, es alemán. Un *freelance*, sin vínculos. Bueno, es uno de los mejores aparte de ese del norte y su equipo.

—Donald —asiento.

—Sí, ese. Alguien le estaba pagando una pasta gansa, eso seguro. Realmente los quieren muertos. Salió una vez a aceptar una llamada. Tengo la grabación. —La carga y todos nos inclinamos para escuchar.

Una voz con acento alemán sale por los altavoces.

«Se hará esta noche, luego me voy. Quiero el doble, no me dijiste que los hombres que querías matar son los que dirigen esta ciudad».

Se queda callado por un momento.

«Me importa una mierda vuestra lucha o búsqueda de poder. El doble o me piro».

Se corta.

—Lucha —murmuro, tiene que ser la Tríada. Pero sin pruebas, no puedo ir a por ellos. Necesito encontrar a ese sicario.

—Gracias, Tiny —asiento, levantándome. Le paso un fajo de billetes, haciéndole soltar un silbido y mira a Roxxane.

—Tu harén tiene los bolsillos llenos, ¿estás bien, zorra? —pregunta muy serio, y todos nos ponemos tensos. Esta sería nuestra oportunidad, sería una pena tener que matarlo, pero lo haremos si nos vemos obligados. Llevo la mano a la pistola y noto que Garrett se acerca sigilosamente por detrás, pero niego con la cabeza, esperando a ver qué hace ella.

Roxy nos mira, notando que estamos esperando su respuesta, listos para reaccionar.

Ella entrecierra los ojos.

—Sí, estoy bien. Como te he dicho, solo estoy manteniendo un perfil bajo. Cuídate, capullo.

Se levanta y soy consciente de mi cara de sorpresa.

Cuando se acerca a mí, me agarra la mano con la que sujetó la pistola oculta.

—Lo he hecho para salvarte, no vaya a pensar otra cosa.

Casi me burlo ante su defensa.

Ha hecho su elección.

Es nuestra.

Cuando Roxy va a pasar por delante de nosotros, me acerco a Tiny, que entrecierra los ojos. Miro hacia atrás para ver que ella se está alejando, entonces le hago un gesto a Kenzo que se cruza detrás del hombre con la pistola desenfundada. Saco la mía otra vez y se la pego a la cabeza. Puede que sea enorme, pero he derribado a hombres más grandes y poderosos que este.

—Si alguna vez la vuelves a llamar zorra o a insultarla, aprieto este gatillo, ¿me has entendido? —murmuro en voz baja y mortal.

—Ryder —protesta Roxxane, pero la ignoro mientras Garrett y Kenzo rodean al hombre, con expresiones heladas. Puede que todavía no sepamos qué hacer con ella, pero sea como sea, es nuestra.

Nadie la insulta.

Aprieto el cañón más fuerte contra su cabeza, y levanta las manos, su respiración se vuelve pesada.

—¿Nos entendemos?

—¡Sí, joder, sí! —grita, mientras Garrett se hace crujir los nudillos.

—Bien, ahora no le dirás a nadie que hemos estado aquí, o enviaré al loco y al gigante a hablar contigo. No me importa si Roxxane confía en ti, yo no confío en nadie —gruño.

—Entendido, joder, vale, tío —protesta Tiny.

Apartando la pistola, me la guardo otra vez en la funda y le hago una seña a los demás.

—Bien, vámonos.

—No puedo creer que hayas hecho eso —sisea Roxxane, dándome un manotazo en el brazo. Cuando la miro, reprimo una sonrisa. Es tan valiente.

—Haré cosas peores para proteger lo que es mío, acuérdate de eso, amor —susurro, antes de ponerle la mano en la espalda y guiarla fuera de la habitación.

—Estaba equivocado, están todos locos —oigo murmurar a Tiny, haciendo que sonría.



20
GARRETT

Tomo la iniciativa y volvemos a bajar las escaleras en grupo, así que mantengo la mano en la pistola por si acaso. Como siempre, paso primero por la puerta para mirar a ambos lados antes de inspeccionar los tejados y dejar salir a los demás.

Roxy intenta alejarse a grandes zancadas, pero le rodeo la cintura con el brazo y la devuelvo con Ryder de un empujón. Ahí fuera hay alguien que está intentando matarnos, y le importa una mierda a quién se lleve por delante. Pero me niego a que sea ella. La oigo discutir antes de que suene una palmada y un grito.

—Mira, como me vuelvas a dar un azote, tío, te corto la mano y se la regalo a D.

Sonrío ante sus palabras, incluso mientras mantengo los ojos bien abiertos, observando todo mientras avanzamos. Algo no me gusta, no me da buena espina.

Mientras cruzamos la calle, se me erizan los pelos de la nuca. Abro la pistolera y empuño la pistola. Los otros se dan cuenta, porque se callan, y los siento acercarse por detrás, con sus propias armas sin duda desenfundadas. Me pego a la pared, inspecciono la zona circundante y me fijo en un destello procedente del callejón de enfrente justo cuando empiezan a disparar.

Agarro a Roxy, la aplasto contra la pared que tenemos detrás y me coloco de espaldas a ella mientras apunto y devuelvo el fuego. Los otros la rodean, protegiéndola mientras disparan. Los tiros van desviados, así que estos no son profesionales, es un ataque

chapucero y desesperado. Sin embargo, uno pasa demasiado cerca, así que soltando el aire, entorno los ojos y apunto; veo caer al hombre con un grito. Dos sonidos más de balas encontrando su objetivo llegan hasta nosotros, y cesan los disparos.

Con la respiración más tranquila, inspecciono la zona por si hay más francotiradores. Roxy se aferra a mi espalda, pero la ignoro mientras mantengo la vigilancia.

—Garr —grita antes de coger mi segunda pistola de la base de la columna.

Me giro justo a tiempo de verla apuntar y disparar a un hombre que se acercaba sigilosamente por mi izquierda. Estaba escondido y esperándonos junto al coche. Le da justo entre los ojos, pero dispara una y otra vez. Las balas le perforan el pecho mientras se sacude y cae.

La miro con las cejas arqueadas. Tiene los ojos muy abiertos, respira entrecortadamente y se ha quedado pálida, pero cuando me mira, asiente y me devuelve la pistola. Niego con la cabeza.

—Quédatela por ahora.

Parpadea antes de que una pequeña sonrisa le curve los labios, y luego pone el seguro y se la guarda junto a la pierna.

—Vámonos —ladro—. No quiero que nos pillen al descubierto otra vez.

—Ya he mandado un mensaje al jefe de seguridad, se encargará de arreglar esto —expone Kenzo, mientras cojo la mano de Roxy y paso a grandes zancadas junto a la persona que ha matado. Abro el coche y la meto dentro, luego me aseguro de que suban los demás. Solo cuando están dentro y a salvo rodeo el capó, todavía con la pistola en la mano, y me lanzo al asiento del conductor. Dejo el arma en el salpicadero, acelero el motor y salgo cagando leches de allí.

Una vez que estamos a unas cuantas manzanas de distancia, relajo las manos en el volante, pero no dejo de vigilar por si alguien nos ha seguido. ¿Cómo coño sabían que estábamos allí? ¿Tiny la ha traicionado? No, no ha tenido tiempo suficiente, lo que significa que…

—Alguien nos ha seguido —suspira Ryder, que llega, por supuesto, a la misma conclusión.

—Sí —gruño—. Probablemente desde casa. Pero no eran profesionales. Ha sido un ataque precipitado, aprovechando la oportunidad.

Le doy un puñetazo al volante. Ha sido chapucero, pero han estado demasiado cerca, especialmente con Roxy presente.

Mis ojos van al retrovisor y se clavan en los suyos en el asiento trasero. Matar a alguien por primera vez es duro. Te roba una parte de ti, una parte sin la que estoy acostumbrado a vivir, pero ella probablemente no. Suele tratar con mala gente, pero hay una diferencia entre dar palizas con un bate y disparar a alguien. Tiene la cabeza apoyada en el hombro de Kenzo, que le da un beso en la sien. La otra mano se la sujeta Diesel, que juega con ella mientras la observa. Pero sus ojos están clavados en mí. No están asustados, ni siquiera preocupados. Están tranquilos.

—Lo has hecho bien —asiento—. Gracias.

Me ha salvado la vida. ¿Por qué? Nos odia, no le gusta que la hayamos secuestrado. Podría haber dejado que muriera, pero en lugar de eso, se ha cargado a alguien para salvarme. Sonríe con suavidad, y esos labios que me obsesionan se curvan hacia arriba.

—De nada. Buena pistola, por cierto. Voy a llamarla Asesina.

Resoplo, no puedo evitarlo.

—Nadie le pone nombre a las pistolas.

—Ejem —tose Diesel.

—Vale, nadie cuerdo lo hace —me río. Me doy cuenta de que Ryder está al teléfono, sin duda conversando con los encargados de la seguridad del ático y con la policía.

—Quiero las cámaras de seguridad de alrededor del edificio. Averigua quiénes eran, ve a comisaría y consigue sus huellas e identidades. Quiero que doblemos la seguridad. Entramos en confinamiento. Alguien nos quiere muertos. Contrata a más hombres si hace falta.

Se lo dejo a él. Es bueno en su trabajo. El mío es mantenernos vivos, pero el suyo es hacer planes. Así que me concentro en conducir, ignorando el límite de velocidad. Nadie se atrevería a pararnos.

—Tengo hambre —se queja Roxy.

Ryder cuelga y la mira.

—Pronto estaremos en casa.

El hecho de que no niegue la palabra «casa» me provoca algo tierno que quiero aplastar, pero no puedo cuando ella está cerca.

—Pero, Ryder, yo también tengo hambre —se queja Diesel, y luego Kenzo se une.

Ryder suspira, luego se pellizca la nariz como si le estuviera dando dolor de cabeza, y no puedo evitar reírme. Esto debe de estar matándolo. Está tirando por la ventana todos los planes perfectos y su control. Puede que me caiga mal por lo que representa y porque no puedo dejar de pensar en ella, pero ¿Ryder? Ryder la odiará porque es su debilidad.

—Podríamos parar en Rizzo's —sugiero—. De todas formas, Red podría saber algo sobre el atentado, y si hay alguien esperándonos, imaginarán que vamos directos a casa a reagruparnos —me encojo de hombros.

Ryder me mira incrédulo.

—Tú también no.

—Me gustan sus hamburguesas —sonrío, y suspira, sabiendo que está derrotado.

—Vale, pero entraremos por detrás —advierte, y asiento, comprobando los espejos antes de cambiar de carril y dirigirme al elegante restaurante italiano regentado por un exasesino. También es el tío que me enseñó a pelear, un hombre bueno y de confianza. Ryder no confía a nadie nuestras vidas o negocios, y Red es el único hombre que se acerca a conocer algo de ello, lo que significa que es alguien en cuyas manos ponemos parte de nuestras vidas.

No voy a la entrada principal, sino al callejón de atrás. Salgo el primero y echo un vistazo antes de abrir la puerta trasera para que Diesel y Roxy se bajen. Me mantengo cerca, sabiendo que es la que más probabilidades tiene de sufrir un ataque de pánico en una situación así, le pongo la mano en la espalda y la llevo hacia la puerta trasera que Ryder ya está abriendo. Nos deja entrar antes, y Diesel cierra la marcha. Solo nos relajamos cuando se cierra de golpe.

Guardo la pistola, pero mantengo la mano en la espalda de Roxy

para tenerla cerca por si pasa algo. O eso es lo que me digo a mí mismo. Asomo la cabeza por la puerta de la cocina al pasar, y sonrío cuando veo a Red ladrando órdenes.

—Eh, viejo, ¿hay sitio para nosotros?

Echa un vistazo, y su expresión malencarada se transforma en una gran sonrisa torcida. Su cabeza calva brilla bajo la luz, y su cuerpo enorme, lleno de cicatrices y tatuajes, está enfundado en una chaqueta y unos pantalones de chef.

—¡Garrett, chico! ¡Siempre! —viene hacia mí, encerrándome en un abrazo antes de separarse y sonreír a los otros, luego fija los ojos en Roxy y los abre mucho.

Silba.

—Joder, ¿quién es esta belleza?

Roxy sonríe con malicia y me empuja para pasar.

—Soy Roxy, estos capullos me han secuestrado —dice como si tal cosa, y le estrecha la mano.

Se ríe, una risa estruendosa que me resulta familiar.

—Me gusta, quédatela —me anima, haciéndome poner los ojos en blanco—. Bueno, pongámonos entonces manos a la obra, a alimentaros.

Nos guía por el pasillo, pasando ante los aseos, hasta una puerta batiente que da al restaurante. Al atravesarla, mantengo a Roxy entre el resto de cliente y yo, aunque no creo que nadie se atreviese a hacer nada. La mitad de los ricachones que viene aquí no sabe quién es Red realmente. La otra mitad sí lo sabe y le teme, pero no tanto como nos temen a nosotros.

Aunque al echar hoy un vistazo, parece que la mayoría son asesinos. Se nota por los ojos agudos y los cuerpos tensos. Nunca se relajan. Haber crecido entre ellos hace que sea fácil reconocerlos, pero aquí dentro es zona segura. Nada de trabajos, nada de enfrentamientos. Solo un lugar para relajarse y comer.

Nos llevan a la mesa del fondo, la nuestra, que queda apartada de las otras detrás de un biombo para ofrecernos algo de intimidad. Teniendo en cuenta que compramos este lugar y se lo regalamos —a petición mía—, nos deja comer aquí gratis siempre que queramos. También ayuda que la mayoría de sus clientes sigan en el negocio y

pueda conseguir información para nosotros.

Diesel entra primero en la cabina, seguido de Roxy. Kenzo va a sentarse junto a ella, pero le gano; he cruzado el reducido espacio a toda prisa sin saber por qué y me deslizo en el asiento, que cruje bajo mi peso. Kenzo sonríe con malicia, pero toma el asiento junto a mí sin decir palabra.

Roxy duda, sin saber dónde poner la pistola, así que me inclino más en la cabina.

—Te conseguiré una funda, de momento la guardaré yo, ¿vale?

Asiente y me la pasa con un «Gracias». Nuestros dedos se tocan cuando cojo la pistola y el deseo me atraviesa. Lo ignoro mientras guardo el revólver en la funda y miro hacia otro lado, con la cara tensa.

Ryder se sienta, se desabrocha la chaqueta y coge la servilleta para ponérsela en el regazo mientras mira alrededor. Está de espaldas a la sala; otro juego de poder, incluso cuando nos relajamos. Asiento para hacerle saber que estoy vigilando. Diesel se acerca más a Roxy y se inclina hacia ella.

—La tarta de aquí está de muerte, literalmente, una vez maté a alguien por un trozo.

Ella se ríe, y me pregunto si piensa que está bromeando.

—Lucharé contigo por ella —replica. Ah, así que puede que no.

—¿Qué queréis, chicos? —pregunta Red, pasándole una carta a Roxy, que la abre y gime.

—Joder, me lo comería todo —murmura. Mirando hacia abajo, paso los ojos por su cuerpo pequeño y curvilíneo.

—¿Y dónde lo meterías, en tu actitud? —resoplo. Gira la cabeza bruscamente y entrecierra los ojos clavándolos en mí.

—Te voy a dar con el bate otra vez —sisea, haciéndome reír. Sonríe en respuesta, y niego con la cabeza. Levanto la vista y veo a todo el mundo mirándome boquiabierto, en estado de *shock*.

Entorno los ojos y dejo de reírme, los fulmino a todos mientras pasan los ojos de ella a mí. Los labios de Ryder se curvan en una sonrisa diminuta antes de que desaparezca. Red me sonríe.

—Qué bueno es verte reír otra vez, chico.

Me quiero morir.

—Muy bien, decidme, ¿qué queréis, y no me refiero solo a comida? —asiente, cogiendo una silla y dándole la vuelta para sentarse al revés.

Ryder suspira, echándose hacia atrás en su silla.

—Parece que nos hemos convertido en el objetivo de alguien. ¿Miras a ver qué puedes averiguar? Hay un profesional detrás de nosotros, un alemán, y parece que ahora algunos sicarios chapuceros de segunda.

Red arquea las cejas.

—Habéis estado ocupados. ¿A quién habéis cabreado ahora?

—A todo dios —responde Diesel con una sonrisa, y Red suelta otra risa estruendosa.

—Vale, veré qué puedo averiguar. ¿Creéis que están conectados? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Podría ser, alguien pagó mucho dinero al alemán. Como no cumplió con su parte, quizá se cabrearon y contrataron a unos matones locales.

Red asiente.

—Vale, ahora ¿qué queréis comer, lo de siempre?

—Por favor —responde Ryder, y Red mira a Roxy, que está amenazando a Diesel con un cuchillo. Suspirando, se lo quito de la mano y le paso el mío, que es más grande.

—Si lo vas a apuñalar, al menos usa este.

—¿Qué quieres comer, guapa? —pregunta Red, y le lanzo una advertencia con los ojos.

—Ni se te ocurra pensarlo, es *nuestra* —espeto, llevado por los celos que me invaden. Red sonríe con malicia, y sé que lo ha hecho a propósito, cabrón.

—Tomaré una hamburguesa doble con beicon y queso, acompañada de patatas con queso y pan de ajo—le sonríe.

Se echa hacia atrás, con la mano sobre el corazón.

—¿Seguro que es vuestra? ¿No puedo quedármela?

A Diesel se le ensombrece la cara, joder. Alargo el brazo justo cuando va a lanzarse sobre la mesa hacia el hombre. Riéndose, Red se levanta.

—Vale, vale, dejaré de joderos y haré vuestro pedido.

Empujo a Diesel hacia atrás, niego con la cabeza y bebo un sorbo de agua. Ese tío nos llevará a la muerte algún día, atacando a un asesino así. Hostia, Diesel es un asesino por derecho propio, incluso los más cabrones de por aquí se mantienen alejados de él porque está demasiado loco.

Miro y veo a Roxy, que le da palmaditas en el pecho a D como a un perro.

—Buen chico, compartiré mi tarta contigo si no matas a nadie durante la cena.

—Pero ¿qué pasa si necesitan que los maten? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Entonces deja que lo haga Garrett —sugiere dulcemente.

D suspira de forma dramática y se hunde.

—Vale, pajarito. Solo porque me lo has pedido amablemente.

Roxy se echa hacia atrás, satisfecha de sí misma mientras Ryder se limita a mirarla. ¿Cómo coño ha conseguido que haga lo que ella quiere? Llevamos años intentándolo, y tengo cicatrices que lo demuestran. Sin embargo, ha bastado que ella parpadee delante de él para que D se comporte como una puta persona normal.

—Entonces, ¿cuál es vuestro siguiente movimiento? —pregunta ella, jugando con la pajita de su agua.

—Cazamos a quienquiera que podamos encontrar primero y se lo entregamos a D. —Ryder sonríe maliciosamente, una sonrisa completa y desagradable—. Si no podemos encontrarlos, cazamos a sus familias. A sus hijos, a sus esposas. Destruimos sus vidas hasta que salgan de su escondite, entonces los matamos. Les damos un castigo ejemplar, recordamos a la gente lo que pasa cuando te metes con un Viper.

Ella asiente como si se esperara esa respuesta.

—Si me dejáis tener un teléfono, puedo hacer algunas llamadas. Ese tipo de gente son habituales en Roxers, así que alguien podría haber oído algo.

Ryder la observa con curiosidad.

—¿Y por qué sigues ayudándonos, amor?

Suspira.

—Porque es mejor que morir. No voy a librarme nunca de vosotros, capullos, así que parece que formo parte del grupo, y me gusta mucho estar viva. Así que dejadme ayudar. No soy solo una cara bonita.

Ry la observa un momento, y parece meditar sus palabras antes de pasarle su teléfono. Abro mucho los ojos. Ni siquiera me lo deja tocar a mí. Es como su *Biblia*. Pero se lo pasa, y ella marca un número y espera mientras suena, moviendo los dedos sobre la mesa. Alguien debe coger, porque sonríe con malicia.

—¿Es esa forma de saludarme? —dice, y luego oigo un murmullo a través del teléfono—. Sí, sí, me importa una mierda lo tarde que te acostaste chupando pollas. Necesito un favor.

Se queda en silencio, y resopla.

—Sí, claro. Vale. Bien, unos macarras han tenido un tiroteo hoy cerca de lo de Tiny. ¿Puedes averiguar quiénes eran y dónde están ahora?

Se queda en silencio, y puedo oír un tecleo de fondo antes de que Roxy sonría.

—¿Ese es tu precio? Zorra, ya sabes que no voy a salir otra vez con tu hermano. La última me llevó a un burdel.

Se ríe y espera mientras todos miramos… ¿Un burdel? ¿Quién es esta chica?

—Sí, gracias, tía. Nos vemos por ahí.

Cuelga y nos mira, con una ceja levantada.

—Son pandilleros, dirigen los Devoradores de Muerte en el lado sur. Son cabrones pequeños, pero peligrosos. Si van a por vosotros, los han contratado seguro, solo trabajan por dinero. Podéis encontrarlos en la fábrica de periódicos abandonada cerca del mar. Tendrán perros de guardia, unos cuarenta.

Desliza el teléfono por la mesa y bebe un sorbo de agua.

—Y uno de vosotros tiene que salir con su hermano. Probablemente os llevará a un burdel.



21
Roxy

Diesel se ríe tanto que tiene que secarse los ojos con una servilleta.

—Yo nomino a Garrett —se burla.

—Que te jodan —gruñe el grandullón.

Ryder los ignora a todos, concentrado en su móvil como siempre. No puedo evitar observarlo: es tan elegante, tan refinado… tan gélido. Como la nieve. Pero la nieve es hermosa y, cuando se derrite… revela todo lo que hay debajo.

—Necesito mear —nos avisa Diesel antes de escabullirse del reservado. Al momento, Kenzo ocupa su sitio junto a mí.

—Te matará —le advierto encogiéndome de hombros y recostándome para mirar sus ojos oscuros. Se alisa el cabello hacia atrás, una sonrisa curva sus labios y me atraviesa un ramalazo de calor al recordar lo que me gustó sentirlos en mi coño.

Se le dilatan las pupilas como si supiera en qué pienso.

—Compórtate, cariño.

—Lo hago —replico, aunque mis ojos vuelven a posarse en sus labios. No hemos hablado de lo que pasó, pero, siendo sinceros, no creo que haga falta. Los dos necesitábamos descargar la agresividad sobrante. ¡Joder, aún los odio!, pero estoy cansada de luchar contra este deseo, contra la necesidad de desearlos. De sentir ese poder.

Me he dicho una y otra vez que nunca seré libre, así que ¿por qué no divertirme mientras? Tienen una forma de ser que te arrastra a su mundo y te consume; ahora me hallo en el centro… y me encanta.

Kenzo se inclina, apoya un dedo en mi mentón y acerca sus labios a los míos.

—¿Tienes ganas, cariño? Me temo que aquí no podemos pelearnos… —Lame mis labios antes de apartarme y girar mi cabeza hacia Ryder—. Mira.

Obedezco, y mis ojos chocan con los suyos, fríos como el hielo. Me observa con cuidado; su rostro está impasible, pero bajo esa escarcha veo algo.

Una chispa… que intenta ocultar.

A Kenzo no le importa, recorre mi cuello con los labios hasta mi pulso palpitante. Aprieto los labios al jadear, intento apartarme, pero tropiezo con Garrett y retrocedo. Kenzo se pega más y la charla ajena, las risas y el tintineo de los cubiertos dejan de existir: solo oigo mi corazón, que late al ritmo de su provocación.

El muy traidor…

La mano de Kenzo llega a mi muslo por debajo de la mesa y la empieza a subir mientras me muerde el cuello. Tengo los ojos fijos en Ryder mientras me esfuerzo por ignorar mi coño palpitante. Kenzo me lame el pulso y se pone a mordisquearme la oreja mientras me separa las piernas y apoya la mano en mis bragas empapadas; el vestido le da vía libre.

—Siento lo mojada que estás —murmura con voz hambrienta—. Apuesto algo a que si meto los dedos en tu apretado y pequeño coño, te correrías enseguida, ¿verdad?

—Ni lo sueñes —le respondo de inmediato—, no te atreverás.

Al instante, comprendo mi error.

He lanzado un desafío… a un hombre cuya vida son las apuestas.

¡Joder!

Ryder curva los labios como si supiera lo que va a suceder. Se reclina, olvida el móvil y me observa: nota cómo me sube y baja el pecho, que tengo los labios entreabiertos y el rubor que baja por mejillas hasta el cuello. Con los brazos apoyados en el respaldo y las piernas abiertas, parece presenciar un puto espectáculo.

Y yo soy el acto principal.

Kenzo se aparta un momento y me vuelvo sorprendida hacia él. No parece de los que echan el freno, pero enseguida saca una

cuchilla que brilla bajo la luz antes de rozarme las bragas. Me quedo helada, casi sin respirar, y él se ríe en mi oreja.

—Molestan —gruñe.

Noto cómo desliza la navaja para cortar las bragas. Jadeo al sentir el aire fresco en mi centro húmedo.

Lo veo guardar la navaja y mis bragas en el bolsillo, luego vuelve a subir la mano por mi muslo. No puedo evitarlo: separo más las piernas, hasta que tropiezo con el enorme muslo de Garrett. Levanto la mirada para verlo inclinarse hacia delante, furioso, aunque también lo noto hambriento.

Quiero apartarme, debería hacerlo. Él no me soporta, no le gusta que las mujeres lo toquen. Pero no se aleja, y yo tampoco me muevo. Mi pierna roza la suya mientras la mano de su hermano cubre por fin mi húmedo coño.

En ese momento regresa Diesel y se sienta en el puesto de Kenzo.

—Cabronazo —musita, luego me mira con una expresión más suave al contemplar mi estado—. ¿A qué jugamos, pajarito?

—Sí, pajarito, díselo —se burla Kenzo en mi oído mientras me acaricia.

—Yo… eh… a nada —balbuceo, cogiendo el vaso de agua para no dejar de apretarme contra su mano. Estoy tomando un sorbo cuando él me separa los pliegues y me roza el clítoris. Me atraganto, dejo el vaso en la mesa de golpe y él se ríe de mi tos y mis lágrimas. Gilipollas…

Se me escapa un gemido cuando lo hace de nuevo, antes de rodearme el clítoris con el pulgar y presionar. Me empieza a frotar mientras me lame la oreja, y mis ojos se mueven entre la sonrisa de Diesel y la mirada helada de Ryder. Todos me observan. Soy el centro de atención, mientras Kenzo maneja mi cuerpo como le place.

Podría volver su amigo, cualquiera podría alzar la vista y pillarnos. Eso solo me hace empaparme más, y él aprovecha mi humedad para hundir un dedo en mi interior. Gimo y muerdo el labio para no gritar, recostándome en el reservado, abriéndome aún más a él y dejando que se hunda de forma más profunda.

Si no puedes con ellos, únete.

Cierro los ojos y me apoyo en el respaldo, sintiéndolo. Dobla el

dedo dentro de mí, recorriendo mi canal, mientras el pulgar continúa dibujando círculos frenéticos en mi clítoris hasta hacerme rozar el clímax.

—Abre los ojos, cariño, mira lo que les haces —me susurra al oído mientras mordisquea mi lóbulo. Abro los ojos de golpe.

Lo primero que veo es a Diesel, el muy chalado, que tiene la polla fuera. Gimo al ver cómo se la acaricia en círculos, sin importarle que estemos en público. Se ha desabrochado los pantalones y tiene los ojos fijos en mí mientras Kenzo me mete mano.

Solo de mirarla, se me hace la boca agua. La tiene gruesa, muy gruesa, y un tatuaje la recorre entera. Se ha tatuado la polla. No me sorprende, ni tampoco que lleve un *piercing* en el glande; seguro que hasta disfrutó con ello. No puedo evitar preguntarme cómo será sentirlo dentro de mí, deslizándose por mis paredes…

Kenzo añade otro dedo y me arranca un fuerte gemido mientras muevo las caderas para buscar el empuje de su mano, sin ningún pudor.

—Mira a mi hermanito mayor, fíjate en sus ojos. Le arden, se derrite por ti. Intenta resistirse, porque no le gusta no poder controlarte ni mantenerse frío contigo, pero míralo.

Obedezco y busco a Ryder con la mirada. Sus ojos se encuentran con los míos, y veo de inmediato lo que Kenzo quería decir: se está derritiendo. Hay fuego luchando contra el hielo en su rostro, que se tensa de deseo. Recorro su cuerpo con la mirada: su pecho sube y baja de forma irregular, los puños cerrados sobre los muslos, y el pantalón… tirante sobre una polla dura.

«Me desea».

Eso me deja descolocada y gimo bien alto cuando Kenzo acelera los dedos, ahora sí, follándome de verdad. Me pierdo en la sensación, en el placer brutal de ser observada y de estar en medio de todos estos hombres tan poderosos, haciéndolos sentir débiles. Como si fueran plastilina entre mis manos.

Alzo las caderas y, sin vergüenza, cabalgo sus dedos buscando el orgasmo mientras él me susurra guarradas al oído. Me muerde el lóbulo.

—Apuesto algo a que si metes la mano entre las piernas de

Garrett, también lo encontrarás empalmado.

Trago saliva y miro de reojo al grandullón, que se esfuerza desesperadamente por no mirarme. Su cara es un poema, veo su cuerpo tenso y alejado hacia atrás, como si aborreciera tocarme. Las manos, también cerradas en puños con los tatuajes cubriendo su piel marcada, le tiemblan, aunque sea un poco.

Bajo la mirada por su pecho enorme hasta su regazo, visible justo bajo la mesa. Kenzo tenía razón.

Está duro.

Joder.

Kenzo se ríe a mi oído.

—Y yo también lo estoy —susurra—. Recuerdo cómo te retorcías debajo de mí, lo apretado que estaba tu coño alrededor de mi polla, cómo me exprimía. Y lo jodidamente hermosa que se te veía bajo mi cuerpo. Seguro que D también lo está recordando. Y Ryder…, Ryder se lo imagina, deseando haber estado allí, deseando ocupar mi lugar, sentir tu coño mojado rodeando sus dedos. Sabiendo lo cerca que estás de correrte gracias a mi mano y a sus miradas.

Empiezo a gemir sin poder contenerme; las guarradas que me dice me excitan tanto que solo quiero arrancarme la ropa y montarlo como una bestia, aquí mismo, ahora. Él suelta un gemido en mi oído, como si supiera qué pienso, y separa más los dedos mientras me restriega el clítoris.

—Quiero que vean cómo te corres, que escuchen tus gemidos. Que todos sepan de quién eres, quién te hace sentir placer como nadie más —gruñe Kenzo.

Jadeando, niego con la cabeza, intentando resistirme, pero es inútil. El orgasmo me sacude de golpe. Cuando me recorre, mis ojos se cruzan con los de Ryder y, solo por un instante, veo que el infierno se desata en los suyos antes de que se me cierren los párpados y un gemido ronco salga de mi boca mientras me estremezco.

Todo explota como fuegos artificiales; Kenzo me folla con los dedos mientras se abre paso en mi interior apretado, y con el pulgar machaca mi clítoris sensible hasta que vuelvo a gemir intentando apartarme, pero ya no tengo fuerzas; estoy agotada.

Me desplomo hacia atrás, resollando, y abro los ojos para encontrarme con los de Ryder otra vez, pero él parpadea y se envuelve en el hielo, como si nunca hubiese visto lo que he creído ver. Al mirar a un lado, con el corazón a mil, veo a Diesel guardándose la polla flácida con una servilleta apretada en la mano… ¿se ha corrido? ¡Santo cielo!

Kenzo vuelve a reírse en mi oreja y lo empujo con fuerza. Se aparta, retirando los dedos de mi coño empapado con un chasquido. Aprieto los muslos, sintiendo el líquido que me escurre por la piel.

Jadeo, incapaz de recuperar el aliento; aún me tiemblan las piernas por la intensidad del clímax. Kenzo saca la mano de debajo de la mesa, la misma con la que me ha follado, y la muestra a todos con mi orgasmo brillando en sus dedos. Me mira y se los lleva a la boca para chuparlos con esa arrogancia suya.

¡Joder!

No puedo más. Necesito un respiro. Estoy desprotegida, desnuda… y ellos no apartan la vista de mí.

—¿Puedo ir a limpiarme? —murmuro.

—No —responde Ryder cortante.

—Te vas a quedar sentada sobre tus fluidos, sabiendo que solo son los primeros de muchos —se burla Kenzo, sonriendo como un cabrón.

Putos gilipollas.

En ese justo momento llega la comida, y soy incapaz de mirar a los ojos ni a Red ni al otro camarero, como si de verdad supieran lo que acaba de pasar. Mierda. ¿Ha esperado a que terminara para servirnos? Me arden las mejillas por la vergüenza. Esto es demasiado, incluso para mí.

Pero me recompongo; no, a la mierda. No pienso avergonzarme. Es mi cuerpo, y si quisiera montarlos a todos aquí mismo, lo haría.

Trago saliva, levanto la cabeza y desafío la mirada del camarero. Sus mejillas se tiñen de rojo al instante y, en cuanto me mira a los ojos, baja la vista y sirve la comida con rapidez antes de escapar. Red se ríe y va detrás.

—Y luego dicen que damos miedo… Deberíais ver vuestras caras. Es la hostia —suelta Diesel antes de hincarle el diente a su

hamburguesa.

Le sigo el ritmo, hambrienta tras este día de locos. Paso de las formas; que les den. Si querían una princesa, que hubieran secuestrado a otra. Vacío el plato como una fiera, zampando a toda prisa, como una cría que teme no volver a tomar un bocado en días.

Cuando no puedo más, me echo hacia atrás, y miro con culpa al pan de ajo que no he terminado. Otra consecuencia de haber pasado hambre: comer todo lo posible porque nunca sabes cuándo será la próxima vez.

Ryder se inclina y me eleva el mentón suavemente, sus ojos se clavan en los míos como si conociera la batalla que llena mi cabeza. Es una tontería, pero me entra el pánico. ¿Se cabreará porque no he terminado todo?

Al segundo se ablanda.

—Respira —susurra.

Entonces, toma el último trozo de comida de mi plato y se lo mete en la boca con las manos, algo nada típico en él. Cuando termina, me mira, se limpia la boca y lo sé al instante: lo ha hecho por mí.

Me quedo anonadada, sobrepasada por el día. Son demasiadas emociones a procesar. Me limito a permanecer en silencio mientras ellos terminan de comer. Al mirar a Garrett, me doy cuenta de que su plato está intacto.

Me acerco.

—¿No tienes hambre?

—Mi hambre no es de comida —gruñe, contemplándome con ojos oscuros y los labios tensos por el deseo. Me estremezco bajo su mirada. Pensaba que me odiaba.

Suena el móvil de Ryder y aprovecho para apartar la vista, escapando de sus ojos. Joder, ¿qué me están haciendo? No consigo seguir la conversación de Ryder, pero justo después llama al camarero.

—Avisa a Red —ordena.

Dos minutos después el hombre aparece en nuestra mesa.

—Nos tenemos que largar. Gracias por la comida, ¿cuánto es?

—Nada de eso —responde—, ya sabes que no acepto vuestra puta pasta, pero os traigo información. —Se inclina hacia Ryder—. Son

matones locales, fáciles, pero hay una recompensa por vuestras cabezas, colegas.

Mira a Garrett.

—La gente va a empezar a buscaros. Es mucha pasta.

—Entiendo —murmura Ryder—. Lo mismo de siempre.

—No lo pillas. Dicen que, en cuanto desaparezcáis… la ciudad cambiará de manos. Unas manos mejores. Van a ir a por los Vipers y tomar el control; es el runrún que hay en las calles.

Se me abren mucho los ojos. ¿Quién sería tan idiota de ir contra los Vipers? Lo controlan todo y a todos. Son fuertes y una puta amenaza. Pero Ryder ni se inmuta, aunque se tensa, y asiente.

—Tened cuidado —añade Red—. Salid por la puerta trasera.

Y desaparece.

—¿No te preocupa? —pregunto en cuanto se va.

Ryder ladea la boca en una media sonrisa nada amable, y me recorre un escalofrío.

—¿Preocuparme? Qué va. Siempre hay alguien intentando matarnos, quitarnos de en medio. Cuando estás en la cima, todos quieren verte caer. Pero no caeremos. Nos toca recordarles a quién pertenece esta ciudad. —Se encoge de hombros y se pone en pie, abrochándose la chaqueta antes de dejar dinero en la mesa, ignorando la negativa de Red—. Vamos, tenemos asuntos pendientes.

Diesel lanza un silbido.

—¡Joder, sí! ¡Empieza el juego!

Mierda, no me gusta nada cómo suena eso. Pero a ellos se les ve entusiasmados, encantados por mancharse las manos de sangre. A veces olvido que son asesinos, víboras, criminales.

A veces, me da igual.

Garrett sale del reservado y yo paso por su sitio. Su mano aparece rápida y me sobresalto. Se queda quieto y luego me la ofrece más despacio. Lo sigo con la vista y, al mirarlo a la cara, veo comprensión en sus ojos.

Lo entiende.

Dejo que me ayude a ponerme en pie aunque me suelta enseguida, más delicado de lo que parecía capaz.

Al salir del restaurante, veo a una mujer y un hombre acaramelados. Ella, que lleva recogido el pelo oscuro, sonríe, bellísima. Él es rubio y le murmura algo, y por su sonrisa, sé que es una guarrada. Ella me pilla mirando y me hace un gesto al levantarse.

—¿A dónde vas, mocosa? —le pregunta él.

—Al baño, ¿vienes? —responde ella.

Me doy media vuelta, sonriendo para mis adentros. Aquí todos están un poco locos… ¿así que yo qué soy?



El regreso a casa es tranquilo, pero Garrett se asegura de que nadie nos siga. Al llegar al edificio, hay guardias esperando en el acceso al sótano. Revisan el coche por si lleva explosivos, y luego nos escoltan al aparcamiento.

Incluso hay dos guardias nuevos en la entrada del ascensor, aunque se quedan fuera al llegar al ático. Noto la tensión y la rabia de los Vipers a mi alrededor, así que me mantengo en silencio. Al entrar en el apartamento, lo primero que noto es la presencia de más guardias: mínimo cinco. Son bestias, unos armarios empotrados que imponen mucho. Su mirada es amenazadora y están llenos de músculos tensos; está claro que son profesionales.

—Mantente alejada de las ventanas y no salgas a la terraza. Volveremos pronto —me ordena Ryder mientras se quita la chaqueta y sube a la planta de arriba. Lo observo desde abajo mientras pasa la mano por el escáner y se mete en la sala cerrada con llave; veo que dentro hay hileras de armas antes de que la puerta se cierre.

Los demás se preparan con la misma seriedad, distribuyendo cuchillos y armas por todo su cuerpo. Todos menos Diesel, que se parte de risa solo como si fueran una armería andante. ¿Van en serio? ¿Cuatro contra más de veinte?

¿Tienen instinto suicida?

Ryder baja con unas pistoleras en el pecho y los muslos, revestido por una presencia fría y letal como Kenzo. Es un arma en sí mismo.

Se acerca y veo que los demás esperan ya en la puerta.

—Pórtate bien, amor.

—¿Cuándo lo hago? —respondo con una sonrisa. Él se gira, pero le agarro el antebrazo.

—¿No piensas llevarte a ninguno de estos?

Ryder me mira por encima del hombro, con una sonrisa torcida.

—No hace falta, amor. Podemos con ellos. Este es un día cualquiera para un Viper.

—¡Son más de veinte! —espeto.

Se ríe, y en serio, el sonido da miedo.

—Mejor así, nos podrán a prueba. Pero perderán; así que será más divertido —dice, luego me besa los nudillos—. No montes demasiado jaleo y, si puede ser, no mates a ninguno.

—No prometo nada —digo riéndome, y se marcha.

Mira a los guardias.

—Ella no puede salir, y no se os ocurra tocarla —ordena antes de abrir la puerta bruscamente. Todos me miran y, de golpe, me siento sola, completamente perdida sin ellos. Me he acostumbrado a su presencia, y ahora se van… ¿Quizá a morir?

Diesel me lanza un saludo.

—Nos vemos pronto, pajarito. Te traeré un regalo.

Y desaparecen, dejándome sola.

Al mirar alrededor, noto que ningún guardia me quita el ojo de encima. Tienen órdenes, pero no pienso quedarme aquí de brazos cruzados mientras los Vipers están ahí fuera. Tengo que hacer algo, lo que sea… ¿Será que en realidad me preocupan?

No, que les den. Si mueren, yo también lo haré. Es la única razón por la que me importa.

—Bueno, chicos, ¿qué vamos a hacer mientras no están? —pregunto.



22
DIESEL

Me quito la camisa de camino al almacén. Es una de mis favoritas y no quiero mancharla. Además, me encanta notar que la sangre me salpica el pecho. Me imagino que regreso cubierto de ella para impresionar a mi pajarito.

Ryder no dice nada; nunca lo hace antes de que empiece el lío. Garrett está rabioso. Se estira el cuello y chasquea los dedos a modo de preparación. Kenzo también guarda silencio mientras revisa las armas una y otra vez. Somos conscientes de la realidad y, por una vez, alguien podría tener una oportunidad… Bueno, eso se creen.

Llevamos luchando juntos mucho más tiempo que esta panda de pardillos; sabemos exactamente cómo coordinarnos. No hay quien nos pare, y antes de que amanezca, correrá la sangre. Su sangre.

Se han ganado a pulso todas las balas y cuchilladas por faltarnos al respeto.

Les vamos a recordar por qué todo el mundo nos teme. Puede que últimamente nos hayamos ablandado un poco, así que una buena masacre debería corregir eso. Paramos una manzana antes y salimos, cerrando el coche. Ryder se ha quitado chaqueta, lo que significa que va en serio. Saca su pistola y me mira.

—Tejado —dice. Luego mira a Kenzo—. Puerta trasera. —Y a Garrett—. Segundo piso.

Sé que de camino ha repasado los planos y ha preparado la mejor estrategia, siempre lo hace.

—¿Y tú? —le lanzo con una sonrisa, sabiendo perfectamente qué

va a hacer el muy chalado.

Me devuelve una sonrisa, pero es de esas que dan miedo.

—Yo iré por la puta puerta principal.

Ryder puede esconderse detrás de los trajes, pero es tan animal como el resto y hoy va a salir a jugar. Que Dios los pille confesados. Si pensaban que yo era peligroso, es que no lo han visto a él. Nos separamos sin más palabras. Me escabullo con Garrett por un callejón, y los dos rodeamos el edificio en la misma dirección, dejando el agua a nuestras espaldas. Aunque tienen patrullas, son un desastre.

Los cigarrillos delatan sus posiciones, vemos sus cuerpos descansados, no están alerta. Saltamos la valla justo delante de ellos y ninguno reacciona. Los perros ladran, conscientes de nuestra presencia, pero los vigilantes ni se inmutan. Menudos imbéciles. Le hago una señal a Garrett, que junta las manos y me impulsa de un salto. Me agarro a las escaleras metálicas y trepo por ellas, rasgándome la piel de los dedos y de los pies en las grietas del ladrillo; la sangre me resbala, pero el dolor solo hace que me concentre más. Si alguno mirase ahora, me vería, pero no lo hacen. Me impulso por el borde y aterrizo silenciosamente sobre la cubierta.

Avanzo a gatas por el tejado hasta encontrar una claraboya más allá de la mitad y espero la señal. Los demás ya se estarán colocando. El almacén tiene tres niveles: abajo, está lleno de palés y cajas, en el del medio hay camas y una mesa, botellas por todas partes y fuegos encendidos en bidones. El segundo piso parece albergar las oficinas; las ventanas están sucias, aunque se ve luz en el interior. El tercer piso, justo debajo del tejado, es como una pasarela donde hay algunos vigilantes patrullando.

Ha desaparecido cualquier rastro de maquinaria antigua. Una pena, tenía ganas de matar a alguien con ella.

Veo que Garrett se cuela por una ventana y se agazapa en la barandilla del segundo piso; su sombra se camufla entre las demás, salvo que sepas buscarlo. Abro la claraboya y me preparo, poniéndome de pie junto a ella.

Esto va a ser divertido.

Las puertas traseras y principal revientan al mismo tiempo con

disparos, y yo me dejo caer. Aterrizo justo encima de un hombre que corría hacia el ruido. Le paso el brazo por el cuello y le lamo la cara.

—Buh —susurro antes de partirle el cuello y tirarlo por la barandilla.

Distingo a Garrett peleando con dos tipos armados con cuchillos. Los rebana de arriba abajo y les saca las tripas antes de arrojarlos también abajo. Me río, saco el mechero y prendo un cigarro justo cuando otro se asoma por la esquina. Se queda pálido al verme. Cierro el encendedor con un clic, le echo el humo y sonrío.

—Corre, chaval, corre.

Vacila, pero al final carga contra mí gritando. Esquivo sus cuchilladas a la desesperada, le pego una patada y choca contra la barandilla, donde está a punto de caerse. Vuelve a la carga, y se abalanza directamente sobre mi cuchillo.

Lo alejo con un suspiro y le doy unos golpecitos con la punta ensangrentada en la cara.

—Tenías que haber corrido. —Me río y le doy una patada para lanzarlo abajo; su grito se pierde entre el sonido de los tiros. Veo a Ryder debajo, cruzando el tiroteo tan tranquilo, sin inmutarse. Ve venir a los enemigos antes de que aparezcan y los mata con frialdad, disparando sin fallar. Un auténtico asesino.

Kenzo, al otro lado, se parte de risa escondido detrás de las cajas y va dando saltos para dispararles a la cara uno por uno. Veo que Garrett entra en las oficinas. Ya no hay nadie aquí arriba, así que me agarro a la barandilla y salto al segundo piso. Abro con una patada la otra puerta de oficina para ayudar a Garrett.

Suenan disparos y me agacho. Es un tiro torpe y desesperado que apenas revienta el marco de la puerta, aunque las astillas me cortan la piel. Lanzo el cigarrillo a un lado y me lanzo sobre el tipo antes de que vuelva a disparar. Aunque lucha contra mí, soy más fuerte. Le giro la pistola, se la pongo debajo de la barbilla y aprieto su dedo. Le reviento la cabeza de un balazo. Me pitan los oídos, pero me levanto y salgo de allí, cerrando la puerta de una patada para ir a por la siguiente.

Cuando llego junto a Garrett; abrimos y nos quedamos de piedra. Hay una mujer desnuda, acurrucada en la cama. Se abraza las

rodillas, llorando.

—¿Dónde? —gruñe Garrett, el aire apesta a sexo.

Señala una puerta en la esquina y nos miramos sonriendo. Me acerco.

—Sal de aquí ya, cariño, que tus colegas la van a liar pero bien.

Ella asiente, le da igual la ropa y sale corriendo por la puerta. Niego con la cabeza, me apoyo en la puerta que ha señalado y doy un golpe suave.

—Vamos, niñato, sal a jugar —llamo.

Oigo algunas maldiciones y el sonido de que está recargando las balas. Pongo los ojos en blanco y le hago señas a Garrett. Él carga el pie y revienta la puerta con una patada. La madera rebota hacia dentro y él salta al interior, donde agarra al tío desnudo y lo estampa contra los azulejos del baño. Le atiza en la cara varias veces, hasta dejarlo hecho un guiñapo y luego me mira.

—Es tuyo, puedes divertirte con él, yo bajo a ver si necesitan ayuda.

—Ahora voy —sonrío, cortándole el paso al tipo que intenta arrastrarse—, primero me entretendré un poco con éste.

Me agacho, le tiro del pelo para levantarle la cabeza.

—¿Qué pasa, amigo, no quieres jugar conmigo?

Garrett se ríe al salir, sabiendo que este pobre desgraciado no durará mucho.

Ya tiene un ojo hinchado, el labio partido y la piel blanca como el papel.

—¡Que te jodan! —berrea, escupiéndome sangre a la cara. La dejo resbalar mientras sonrío.

—No, gracias, tengo a mi pajarito en casa para eso.

Intenta volver a escupir, así que le agarro la barbilla y le fuerzo la boca. Sujetándole la lengua, se la corto de un tajo con el cuchillo. Él grita, esparciendo sangre por todas partes, yo dejo la lengua tirada en el suelo y lo veo revolcarse de dolor.

Se desmaya y aprovecho para llenar un vaso de agua del grifo y echárselo por la cara. Despierta tosiendo y, al verme, se pone a gemir; intenta gatear entre mis piernas. Le piso una mano hasta que cruje y me inclino sobre él.

—No tendrías que haber ido a por mí ni a por los míos.

Se le escapa un sollozo y le caen unos lagrimones enormes al ver su final en mis ojos. Me lo tomo con calma, le doy la vuelta y enciendo el mechero. Lo apoyo contra la piel de su cara, lo enciendo, y luego le quemo los ojos.

Por cierto: los ojos, en vez de derretirse, revientan.

Le chorrean por la cara cuando lo suelto y él se agarra la cabeza, aullando. Silbando, guardo el mechero, lo cojo de las piernas y lo arrastro fuera de la habitación. De paso, me cuelgo algo de la ropa de cama al hombro según se me ocurre una idea.

Lo levanto, le ato la ropa a cada muñeca y saco mi cuchillo, sin florituras, de todas formas no puede verme, y me inclino hacia su oreja.

—Esto te va a doler.

Le abro el vientre y dejo que se le salga todo antes de darle una patada que lo lanza por encima de la barandilla.

Con la sábana, lo ato para que se quede colgando por los brazos, para que todo el que entre lo vea y corra el rumor. Así sabrán que fuimos nosotros y se acojonarán. Le cuelgan los intestinos y la sangre gotea abajo.

Silbando, bajo las escaleras de un salto, parando para admirar mi obra. No está mal para ir con prisas. Salto los últimos escalones y cruzo por encima de los cuerpos y las pistolas tiradas. No tenían nada que hacer contra nosotros.

Al llegar al centro de la sala, veo a Ryder sentado en una silla. Lleva la camisa llena de sangre y ha dejado las armas en la mesa. Se reclina hacia atrás y olfatea una botella antes de lanzarla lejos. Garrett se limpia los nudillos llenos de sangre apoyado en una caja.

—Lo tengo —avisa Kenzo, arrastrando a un hombre con vaqueros y camiseta mugrienta—. Este imbécil me preguntó si sabía quién era. Al parecer, es el jefe.

Lo arroja a los pies de Ryder, que se agacha con los codos entre las rodillas.

—¿Sí? ¿Sabes quién soy yo? —pregunta.

Me encanta esta parte.

Me río cuando Ryder se arremanga despacio, dejando al aire los

tatuajes.

—Será mejor que le contestes —grito.

—S-sé quién eres —admite el tipo, poniéndose de rodillas. Intenta levantarse, pero Kenzo le empuja la cabeza para que se vuelva a sentar.

—Bien, así es más fácil. ¿Quién te ha contratado? —lo interroga Ryder, aún enrollando las mangas metódicamente con calma.

—¡Que te jodan! —escupe él. ¿Por qué todos dicen lo mismo?

Ryder sonríe de medio lado y agarra un cuchillo de la mesa. Lo sostiene al aire, para que reluzca bajo la luz.

—Entonces, empecemos. Quiero que sepas desde ya lo que te espera. Te he ofrecido una salida, ahora ya no hay ninguna. Te cortaré los dedos y, mientras grites, te despellejaré los brazos. Luego iré a por los pies. Por supuesto, iré cauterizando todo para que no mueras aún. Vas a hablar, es evidente, pero ahora tengo que dar ejemplo. Repartiré tus trozos por toda la ciudad como advertencia.

El tipo ya no parece tan valiente, está sudando y le tiembla todo el cuerpo.

—¡Lo diré, Dios, lo diré todo!

Ryder suspira.

—Claro que lo harás.

Le agarra la mano y empieza a cortarle los dedos.

—¡Te lo diré! ¡Por favor! —suplica mientras forcejea y yo me acerco a sujetarle, mirando su cara mientras Ryder le corta el primer dedo.

—Este va a potar —observo.

—Que va, se desmayará —asegura Garrett.

—Yo creo que los dos tenéis razón —aporta Kenzo, y nos quedamos mirando mientras Ryder va por el siguiente dedo, tan tranquilo.

Kenzo tenía razón: vomita. Me retiro para no mancharme y después cae redondo, aterrizando en su propio vómito. Joder. Paso un billete de cien y Garrett también. Ryder espera sentado a que despierte.

Al final, vuelve en sí, pero solo después de que yo saque la chorra y le mee encima. Se ahoga en pis mientras nos partimos de risa, y

Ryder sigue con lo suyo. Cuando va por la otra mano, el tipo ya llora como un niño y lo suelta todo.

Incluido el nombre de quien lo contrató.

La Tríada.

Quieren exterminarnos.

—Dijeron… dijeron que cuando acabaran con vosotros, se repartirían la ciudad y a nosotros nos darían este lado —lloriquea.

Me río en su cara.

—Te habrían matado igual que nosotros, imbécil. Nunca te juntes con esa gentuza, no cumplen jamás lo que prometen.

Ryder está que echa humo.

—Si quieren guerra, guerra tendrán.

—¿Puedo irme? —gime el tipo.

Sonrío y Ryder también.

—No, vas a servir de ejemplo, como he dicho. Haz el favor de no moverte y respira hondo. Va a doler.

Nos apartamos y miramos cómo trabaja Ryder. He aprendido de los mejores. Yo seré cruel y estaré loco, pero Ryder…, él sabe exactamente dónde cortar, dónde golpear, dónde acuchillar para hacer el mayor daño posible. Podría haber sido buen médico, si no fuera tan sádico.

El hombre reza para morir antes de que acabe y muere solo, sabiendo que la culpa es suya. Recojo unas cajas y Ryder va guardando los miembros troceados.

Brazos.

Piernas.

Manos.

Dedos.

Polla.

Cabeza.

Sellamos las cajas entre risas y las metemos en el coche.

Cuando por fin terminamos, ya está casi amaneciendo.

—A casa —dice Ryder, y se encoge de hombros al ver las manchas de sangre en la chaqueta.

—Sí, me pregunto qué estará tramando mi pajarito.



23
ROXY

—¡Color, cabrones! —me río, dejando las cartas sobre la mesa—. Mirad y llorad.

Tony suelta un gemido, con su corpachón acomodado en la silla del comedor donde estamos jugando al póquer. Parece un gorila, pero en versión humana. Aunque en realidad es un trozo de pan. Exmilitar de las SAS que no ha sabido adaptarse a la vida civil. He descubierto que muchos de los guardias de seguridad de los Vipers son así: tipos sin un sitio al que volver, a los que nadie esperaba en ningún lado. Mis chicos les han dado un lugar y una nómina.

—¿Coño, cómo es posible que ganes siempre? —se queja Sam, tirando sus cartas. Es más delgado que Tony, pero igual de mastodonte comparado conmigo. Su pelo largo y castaño está recogido en una coleta baja.

—Tiene que estar haciendo trampas —gruñe Dem. Ese sí que es un capullo. Un borde de cojones que piensa que las mujeres deben estar calladitas y en la cocina. No sabéis el placer que me hace sentir darle en los morros. Incluso el resto le tiene manía. Pope sigue patrullando por el ático, pendiente de todo, pero los demás estaban aquí sentados, aburriéndose.

He registrado la habitación de Kenzo hasta encontrar una baraja y los he retado a echar unas manos de póquer mientras esperábamos a los chicos. No pienso dormir hasta que ellos estén de vuelta, así que más vale ganarles algún billete. Recojo el dinero y me lo meto en el sujetador ofreciendo una sonrisa a Dem.

—Eres un mal perdedor, sobre todo contra una mujer —me burlo, y él me mira con los ojos entrecerrados y los orificios de la nariz ensanchados. El jodido es un tipo guapo, lástima que sea tan imbécil.

—Sí, ¿y qué se siente siendo un juguete? —escupe.

Levanto una ceja, me echo hacia atrás y doy un sorbo a la cerveza.

—No sé, ¿por qué no me lo dices tú? Te comportas como una polla andante, así que calculo que debes ser un consolador.

Sam y Tony se parten mientras escondo mi sonrisa tras el cuello de la botella. El sol empieza a salir a nuestra espalda; los chicos no deberían tardar en volver. Mejor que lo guarde todo antes de que lleguen y se cabreen conmigo por distraer a los seguratas.

—Hija de puta, enséñame tus cartas —espeta Dem, estirando la mano, pero yo las aprieto contra el pecho por orgullo. Me agarra la muñeca y me la gira, arrancándome un jadeo mientras trata de quitármelas.

Sam y Tony se levantan de un salto mirándolo con dureza.

—Déjala en paz, tío.

—No hasta que me las enseñe, es una tramposa —insiste Dem.

Estamos enfrentándonos en un duelo de miradas cuando se abre la puerta. Joder. Poco a poco giramos la cabeza y ahí están los chicos, en la entrada. Llenos de sangre de arriba abajo, sobre todo Diesel y Ryder. Me fijo dos veces en el Viper siempre gélido: lleva las mangas recogidas, los antebrazos manchados de rojo, y ahora veo que los tatuajes le cubren la piel hasta las muñecas. No me lo esperaba. Lleva la chaqueta colgada al hombro, el pelo revuelto y la piel casi toda roja.

Todos sonríen… hasta que nos ven a Dem y a mí. La expresión de diversión se les borra de golpe, y es sustituida por ira. Joder, estoy muerta.

—¿Qué tal, chicos? ¿Os lo habéis pasado bien? ¿Me habéis traído un regalito? —rompo el silencio mientras Tony y Sam se apartan con discreción, con las manos a la espalda, la mirada al ventanal. Dejan a Dem detrás, enfrentándose a mí, lo que deja clarísimo cuánto lo odian. Ni siquiera intentan apartarlo antes de que los Vipers

reaccionen. Mierda, mierda, mierda… Cuando Ryder avanza, sus ojos helados me dejan clavada en el sitio.

Es tan guapo y letal que hasta duele, y esa rabia… ¡Madre mía! Me dan ganas de zambullirme en ella.

A Diesel se le ve cabreado. Rodea la sala por la izquierda, Kenzo va por la derecha mientras Garrett cierra la puerta de un portazo y se pone delante con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. Ryder deja la chaqueta en el suelo y avanza más, con los ojos clavados en nosotros.

—¿Qué está pasando aquí?

—Nada, solo estábamos jugando al póquer para pasar el rato. Le he ganado a vuestros chicos —me río, girando la muñeca hasta que Dem me suelta. La escondo bajo la mesa y me la froto, aunque sé que habrá marcas rojas. Ryder ya la ha visto y cruza la sala.

Dem se aparta de un salto y se cae de la silla para evitarlo; a Ryder le da igual. Se agacha a mi lado, aparta la mesa de una patada y, con suavidad, me agarra el brazo para examinarlo. No puedo dejar de admirar sus dedos largos manchados de sangre mientras me gira la muñeca, fulminando las marcas rojas con la mirada.

—Tío, no pasa nada, solo estábamos jugando —intento retirar el brazo, pero él no me deja. Sus ojos suben a los míos y se inclina para besar la piel enrojecida.

—Nadie toca lo que es nuestro. Nadie te hace daño, amor —susurra antes de levantarse. Su gesto cambia: se le tensa todo el cuerpo y la cara se le vuelve de hielo. Solo entonces me doy cuenta cuánta emoción había dejado entrever. Se gira lentamente hacia Dem, que levanta las manos con el miedo tatuado en la cara.

Sus ojos recorren la sala nerviosos, el pecho le sube y le baja.

—Mira, tío, solo estábamos de broma…

—La ha llamado «hija de puta» —añade Tony, por si cabían dudas.

—Ryder… —empiezo a decir mientras me levanto, pero siento que un brazo me rodea la cintura y me pega a un pecho.

—Pajarito, pajarito, mira con atención —me susurra Diesel al oído, presionando mi trasero con su polla dura—. Va a palmarla. Nadie te toca, nadie te hiere, nadie te insulta excepto nosotros. Eres nuestra

—gruñe, mordiéndome la oreja a modo de castigo.

Me quedo en silencio, sin poder apartar la vista de Ryder, que acorrala a Dem contra una pared.

—¡Ryder, perdóname! ¡No volverá a pasar! —suplica Dem, con la voz temblando de puro terror. Ese chuleta misógino se deshace bajo la mirada de Ryder, sin necesidad de palabras. Ryder infunde miedo en traje, pero así, cubierto de sangre y desatado, provoca puro pavor… y, lo admito, me resulta un poco excitante.

Vale, es muy excitante.

Estoy fatal de la cabeza, pero ya ni lucho contra ello. Sí, ver a un hombre poderoso cubierto de sangre ajena acojonar a otro, mientras su hermano me aprieta y me susurra guarrerías al oído, me pone… ¿qué pasa? Cada uno con sus perversiones; parece que los Vipers y todo lo que los rodea es la mía.

—¿La has tocado? —pregunta Ryder, con voz suave y mortal.

Dem se queda quieto, con ojos como platos frente al depredador.

—No era mi intención… —farfulla.

Diesel se parte junto mi oreja, frotando su polla contra mí.

—Lo va a destrozar. Tendrías que haberlo visto antes. Una delicia, pajarito: había sangre por todas partes mientras desmembraba a la gente… —Me estremezco cuando me aprieta el cuello para que no mire a ningún lado salvo a Ryder.

El silencio es total, solo se oye su respiración. De repente, Ryder ataca: agarra a Dem, más alto y ancho que él, y lo tira sobre la mesa baja. El cristal cruje. Sin soltarle la cabeza, le agarra la mano y la estampa contra la mesa.

—Un martillo —ordena.

Garrett se lo da enseguida y vuelve a su puesto. Yo no puedo apartar la vista ni hablar. Una satisfacción malsana se apodera de mí mientras veo actuar a Ryder. Lo hace por mí. Nunca nadie se había molestado en hacer algo así, en herir a otra persona solo por tocarme.

Descarga el martillo contra la mano de Dem sin avisar. Este grita y se retuerce, pero Ryder lo sujeta con facilidad. Cuando la mano y los dedos son solo carne destrozada y sangre, agarra la otra y repite la operación. Luego suelta a Dem y deja caer el martillo

ensangrentado.

Me doy cuenta de que estoy jadeando y frotándome contra Diesel, así que paro. Él se ríe por lo bajo.

—Te encanta, pajarito.

—¿La has llamado «hija de puta»? —lo interroga Ryder—. ¿Te atreves a insultar a nuestra princesa?

Dem ahoga los gritos mientras la sangre le cae por el labio roto. Miro a Tony y a Sam y los veo sonreír satisfechos. Sabían lo que iba a pasar, han visto actuar a los Vipers. Un chillido hace que vuelva a mirar: veo a Ryder cortándole la lengua a Dem.

Se me revuelven las tripas, pero Diesel me sujeta el cuello, y el calor en mi vientre me hace preguntarme si de verdad me importa. Era un capullo, eso seguro, pero… ¿se merece esto?

No es cosa mía juzgarlo.

Ryder lanza la lengua al suelo; Dem sigue chillando y se lleva las manos destrozadas a la cara, chorreando sangre.

—¿Morirá? —pregunto extrañamente tranquila.

—Quizá, ¿no sería divertido? Seguro que le duele como el demonio, ¿verdad? —susurra Diesel.

Ryder retrocede, lo mira con asco.

—Tony, Sam, sacadlo fuera. Quiero guardias en la puerta siempre que estemos aquí, Pope. Y cuando salgamos, haced registro en busca de micros y explosivos, igual que en los coches. Quiero cámaras de vigilancia todo el rato, nadie entrará ni saldrá sin motivo ni un pase.

—Sí, señor —responden, y arrastran a Dem a exterior. Ni me miran, de hecho, me evitan. Ahora sé por qué: por Ryder y lo que es capaz de hacer. Es una pena, me caían bien, y ahora vuelvo a quedarme sola con mis Vipers.

No «mis», sino «los», me corrijo cuando Diesel me suelta con un lametón en el cuello, que me hace estremecer y le arranca una risa ominosa. Kenzo se pone a mirarme con descaro.

—¿Te ha tocado en algún sitio más, cariño? Podría curarlo con un beso —dice, y la sala se queda en silencio, esperando mi respuesta.

—Ojalá —escupo, cruzándome de brazos—. ¿Ahora tampoco puedo jugar al póquer?

—Claro que sí, pero conmigo. Incluso puede que te deje ganar… O aún mejor, jugamos al *strip poker* —sugiere Kenzo, lamiéndose el labio inferior mientras me devora con la mirada.

Intento ignorar el calor que me surge entre las piernas y me vuelvo hacia Ryder.

—¿Ya está? ¿Alguien me toca y le rompes las manos? —me burlo con amargura—. ¿Vas a ir a por todos mis ex también?

—No sería mala idea —susurra Diesel, y Garrett suelta una carcajada; yo los ignoro y me acerco a Ryder, furiosa.

—Porque te advierto que ellos sí me han tocado de arriba abajo —suelto con media sonrisa torcida—. ¿También vas a matarlos? ¿Y a cualquiera que me mire? Sois unos putos obsesivos, ¡no soy vuestra! —casi grito.

Él se acerca y clava sus ojos fríos en los míos.

—Sí lo eres, empieza a aceptarlo, amor. Pero te reto a seguir provocándome.

Trago saliva y le sostengo la mirada. No me asusta, ni después de lo que acabo de ver. No porque sepa que no me hará daño, si tuviera que hacerlo, lo haría, sin dudarlo, sino porque conozco a Ryder. Sé que todo lo que hace es por la familia. Está enfadado, es frío, calculador, muy listo… y jodidamente peligroso.

—¿Por qué? ¿Me vas a romper las manos también? —me enfrento, dando un paso más cerca—. ¿No? ¿Vas a atarme? ¿Dejarme a tu merced? Pues te digo una cosa: hasta ese puto loco tendría más posibilidades que tú.

Él arquea la ceja y se queda callado. Sé que me he pasado, pero es que no puedo parar.

—¿Qué? ¿Te has quedado sin palabras, Ryder el implacable? ¿O es que no sabes qué hacer con una mujer que piensa, que no puedes comprar, que no te tiene miedo?

—Joder… —escucho que murmura alguien, pero yo no aparto la vista.

—Fuera —ordena Ryder, sin apartar sus ojos de mí.

—Suerte, pajarito —se ríe Diesel mientras salen todos.

—Traidores de mierda —mascullo mientras me planto delante de Ryder, con las manos en las caderas.

—¿Qué pasa, me castigarás porque me he divertido? —le espeto.

—No. Por dejar que te toquen, por distraerlos —dice tranquilo, desabrochando su camisa, botón a botón. Mis ojos siguen el movimiento de sus dedos, quedando al descubierto cada vez más piel, dorada y tatuada. Está cubierta casi por completo.

—Es que…

—Están aquí para protegerte. Si los distraes, no pueden hacerlo —razona, y la camisa cae de ese pecho definido que hace que se me seque la boca. Es una estatua, todo ángulos perfectos.

—De verdad, ¿cómo coño evito que alguien me toque? —gruño, sin aliento.

—Aprenderás. Cada vez que alguien te toque, morirá. Da igual quién sea, los mataré, y sabrás que es por ti.

—Eres un puto cabronazo —gruño al acercarse.

—Sí, lo soy. No lo olvides.

Me quedo embobada. Tiene el mismo tatuaje que Kenzo, pero empieza en la espalda y rodea el torso: la serpiente se curva por el pectoral y termina sobre el corazón. Es tan realista que hasta me parece que saca la lengua y me mira con esos ojos rojos.

Ryder me trastoca. Normalmente soy la más temida de la sala, pero él me deja en nada. Todo ese poder, todo ese dinero, debería odiarle, pero no. No puedo. Él lo quiere todo: mi control… y mi rendición. Rendición total, y yo llevo la vida entera luchando. Él arranca todas esas capas de odio y cabezonería y ¿qué queda debajo? Eso es lo que más me asusta. Por eso paso el tiempo desafiándolos, pinchándolos hasta que exploto.

—¿Qué, se supone que ahora debo caer de rodillas y pedir perdón? —me río—. No va conmigo, que te den a ti y a tus malditos Vipers. He acabado con todos vosotros.

Eso no era lo que debería haber dicho.



24
RYDER

Roxxane se da media vuelta para irse, así que alargo el brazo sin pensar, movido por el cabreo y la necesidad. Pero ¿cómo se atreve? No va a irse así como así, tiene que pagar por sus actos y sus palabras. La agarro por la nuca, la obligo a girarse y aplasto mis labios contra los suyos. No lo he planeado, pero no puedo evitarlo. No voy a dejar que se marche ahora. Ni ahora ni nunca. Mataría a todo el puto mundo por ella, a cualquiera que se atreviera a hacerle daño. No pienso dejar que me lo eche en cara y se comporte como una cría. Y menos cuando por debajo hay una superviviente marcada y dura. No imagina lo profundos que son mis sentimientos, porque aunque intento mantenerme imparcial, aunque intente odiarla, no soy capaz.

Porque me estoy enamorando de ella.

Al principio se queda helada, y aunque al instante se derrite un poco, sus labios forcejean con los míos, desafiándome. Son duros y rabiosos, como todo en ella. Un duelo, una lucha de poder en la que le abro la boca y hundo la lengua para saborear su dulzura. Su sabor me explota en el paladar y se me queda grabado para siempre. Entonces sé que esto ha sido un error, porque ya no podré echarme atrás, no podré volver a estar sin tocarla, sin saborearla. Acabo de poner a mi familia en peligro, y me da igual si la tengo entre mis brazos. Tanta rabia, tanto valentía y actitud, y aun así se funde conmigo en cuanto la toco. Mi pequeña princesa rota. Parece darse cuenta y trata de apartarme empezando a luchar. Se retuerce

inútilmente entre mis brazos, me muerde el labio hasta hacerme sangrar, como si de verdad creyera que la voy a soltar. No, esta noche será mía. Esta noche voy a saciar mi hambre, dejaré salir todo el deseo por Roxxane, y mañana…, mañana volveré a ser el Viper que mi familia necesita. Pero por una noche, voy a ser egoísta. Que le den a las consecuencias. Voy a tomar lo que quiero: ella. Riendo en voz baja, me separo, ignorando la erección latente que me pide hundirme en ella cada vez que se resiste así.

No, primero tiene que aprender a obedecer, a ceder ante mí y mi control. Solo entonces dejaré que nos ahoguemos en el placer.

Noto su pulso golpeando bajo mi palma, cuando le rodeo el cuello con lentitud. Me inclino hacia ella, incapaz de contenerme.

—No hay ningún sitio en el mundo donde puedas esconderte, princesa. Ningún lugar donde escaparte —murmuro contra sus labios. Deseo devorar su calor, su cuerpo, su mente, incluso su pelea. Es mi nueva debilidad, un rincón gris que florece en mi corazón oscuro hasta que no puedo evitar querer ser mejor solo por ella, ser el hombre que merece. Aunque nunca lo lograré, así que se tendrá que conformar conmigo. Tendrá que sobrevivir y acostumbrarse, porque algo me dice que no va a irse a ninguna parte.

Quería castigarla, quizá asustarla, pero me resulta imposible detenerme. Es mi polla quien manda ahora. Satisfaré mi deseo y luego volveré a ser el tipo frío. Aún puedo controlar esto, controlarla a ella y cómo la poseo.

—¿Quieres apostar algo? Suéltame y lo veremos —espeta ella, pero sus labios están amoratados por el beso, su pecho tan pegado al mío que noto sus pezones duros, pidiendo que juegue con ellos. El deseo la hace temblar de pies a cabeza, se ve en sus pupilas dilatadas, en que no deja de mirar mis labios. Roxxane odia desearme.

La sensación es mutua, cielo.

—¿Que te suelte? —me burlo—. Ni de coña. Ahora te toca el castigo.

Se tensa, y me río.

—¿De verdad creías que te ibas a librar así como así? —La empujo

y tropieza, quedándose tiesa y con las mejillas encendidas.

Empiezo a rodearla mientras juego con la camisa-vestido que lleva, las medias de red dejan ver su piel pálida y tatuada. La obligo a agacharse para recuperar el control.

—Quietecita —ordeno desde detrás.

Me desabrocho el pantalón y me arranco el cinturón con un chasquido; el ruido llena la habitación silenciosa, y ella tiembla de anticipación. Le subo el vestido, dejándole el culo y unas braguitas rojas minúsculas al aire. Tengo que morderme los labios para no soltar el cinturón y caer rendido a sus pies y adorarla como me pide el cuerpo. Quiero hundirme en su calor húmedo y oírla gritar para mí.

Solo para mí.

No para mis hermanos.

Pero me contengo, aunque sea por los pelos, porque el reto que me provoca esta mujer hace tambalear años de autocontrol. Está mojada, lo veo perfectamente. Joder. Me recoloco dentro del pantalón, luchando contra la tentación de arrancarle esas bragas provocadoras y follármela. No, primero el castigo. Luego el control. Solo entonces será mía.

—Ryder, ni se te ocurra.

Hago chasquear el cinturón sobre su trasero desnudo. Ella lanza un siseo y se escapa hacia adelante, pero la cojo de la cintura y, al estabilizarla, le acaricio el culo, masajeando la piel ardiente antes de descargar el cinturón dos veces más. Grita, pero no se mueve del sitio; blasfema y me insulta, pero no se resiste…, porque le gusta. Quiere que la controle. Quiere rendirse ante mí. Quiere dejarse consumir, y yo también lo quiero.

Buena chica.

Le aparto la ropa interior y noto cómo se tensa bajo mis dedos al sentirse expuesta. Me relamo mientras la miro; está tan mojada… Huele de maravilla, seguro que sabe aún mejor. Paso la hebilla del cinturón por su centro, y veo cómo se arquea y gime, pidiendo más.

Riendo, le coloco la braguita en su sitio y, aprovechando que no me mira, lamo su humedad del cinturón, gimiendo de placer.

—Estás tan mojada, cariño… Repíteme otra vez que nos odias

mientras te empapas por mi polla.

—Vete a la mierda, capullo. —Gime al recibir otro azote. Lanzo el cinturón al suelo y me muerdo el labio al contemplar las marcas rojas que he dejado en sus nalgas. Mis marcas. Me resulta hipnótico verla así.

Ya ha tenido suficiente castigo, y yo también. Si no la poseo pronto, voy a perder el control. Me aprieto el paquete y respiro hondo, pero todavía no. Primero debe entender quién manda, quién es el dueño de su cuerpo y de su mente. Debe entregarse por completo, solo entonces obtendrá el placer que busca. No puede darse cuenta de lo fácil que me domina.

De cómo deshace todo mi control.

Me giro para respirar. Cuando por fin tengo las emociones bajo control, me siento en el sofá con las piernas abiertas y un brazo en el respaldo, observando su figura aún inclinada. Repaso sus muslos rotundos y tatuados, su culo rojo y brillante. Es una diosa, la criatura más increíble que he contemplado jamás. Se mueve incómoda y decido darle una tregua.

—De pie.

Vacila un momento antes de obedecer, luego se gira para encararme y yo chasqueo la lengua.

—No te he dicho que te des la vuelta, ¿verdad, princesa? Quítate el vestido —exijo.

Se rebela un instante y yo afilo la mirada.

—¿Tengo que volver a darte en el culo? Si lo hago, te dolerá de verdad y no te gustará tanto. Cuando te dé una orden, la cumples. Vestido fuera, ya. Déjame contemplar lo que es mío.

—No soy tuya, gilipollas, ni de nadie, ni de tus putos hermanos. No hay dinero suficiente en el mundo para comprarme —escupe, y algo me dice que tiene razón. Más que pertenencia, esto es un farol: Roxxane no es de nadie, ni tampoco un juguete.

Es una bomba de relojería.

Pero, aun así, obedece, porque, aunque se resista, también nos desea. Se quita la prenda de un tirón y me lo enseña todo. Dejo que mis ojos la recorran; los pechos llenos suben y bajan bajo un sujetador de encaje translúcido; los pezones rosados están erectos,

desafiándome. El vientre es curvo, la cintura estrecha y tonificada con un *piercing* brillante en el ombligo. Sus muslos firmes y rotundos, perfectos para morderlos, y ya la imagino con mis labios entre sus piernas. Es todo curvas y tatuajes, pura tentación. Es tan jodidamente hermosa que duele mirarla. Mi polla palpita con fuerza mientras memorizo cada curva, cada cicatriz.

Separa las piernas con la cabeza bien alta: no es que acepte su cuerpo, es que lo reclama como suyo. No busca embellecerlo, ni operarse, y tampoco se esconde. Está segura, es auténtica, y eso resulta *sexy* de verdad. Y qué decir de los tatuajes, hay arte auténtico sobre su piel.

Eso es Roxxane: arte.

Un arte que voy a disfrutar el resto de mi vida.

—¿Qué pasa ahora, imbécil? ¿También quieres que gatee hasta ti? —bufa sarcástica.

Me tapo la sonrisa con la mano y me acaricio el mentón antes de bajarla a la entrepierna.

—Pues sí, la verdad.

—¿Cómo? —se atora—. ¿Perdón?

Inclino mi cuerpo hacia delante con ojos clavados en ella para advertirle que no me desobedezca.

—A gatas, cariño.

Ella contiene el aire, vacilando, pero quiere lo que puedo ofrecerle.

Ahora mismo, me desea más de lo que me odia.

—Joder —escupe mientras cae de rodillas—. Te odio.

Me río, porque lo dice tanto que ya es casi una broma privada; me preocuparía si dejara de decirlo. Más vale eso, que decir lo contrario. No puede decir que nos ama, pero esto… Sabemos manejarnos entre el odio y el deseo.

Se deja caer sobre las palmas y avanza hacia mí con una mirada desafiante. No lo hace para seducirme, pero, con los pechos casi saliéndose del sujetador y el culo en movimiento, me excita más de lo que puedo soportar.

Tenerla a mi merced, verla así, es adictivo. Cuando llega, jadeando de rabia y deseo, se sienta sobre los talones y me clava las uñas en los muslos, lo que me arranca una carcajada. Aun peleando, aunque

sabe que es inútil. Voy a poseerla. Y la oirán gritar mi nombre mientras me araña la espalda, la follaré para que todos, hasta los guardias, sepan de quién es.

—Sácame la polla —ordeno, escondiendo mis manos temblorosas mientras la observo.

Aprieta la mandíbula, pero sube la mano y desabrocha la cremallera; un susurro que flota en el aire mientras me quedo desnudo y duro bajo sus dedos. Me mira boquiabierta y baja la vista a mi polla. Me la saca con puro deseo y la acaricia.

—Así no, compórtate, princesa.

Reprimo el gemido al ver mi polla envuelta por su mano pequeña y pálida; ¿cómo he podido controlarme tanto?

Me la aprieta y no logro reprimir el gemido que dibuja una sonrisa triunfal en sus labios.

—¿Dónde está la gracia? Quieres controlarlo todo para sentirte lejos, pues que te den. Si quieres que sea tu puto juguete, deja de hacerte el frío. ¿Quieres follarme? Pues fóllame, pero nada de juegos, nada de barreras. Que duela, que me guste, me da igual, pero deja de fingir que eres de hielo cuando yo sé que lo necesitas…, que me necesitas.

Me quedo quieto. ¿Cómo lo sabe? La miro, y veo que es igual que yo. Su dureza es una coraza para no resultar herida, para no dejar que nadie la controle, para no darles poder. Lo veo en sus ojos: prefiere herir primero para no ser la que salga herida.

Otra vez.

—Tú quieres mi control, mi frialdad, amor. Porque si no, no sobrevivirías conmigo —confieso.

Ella inclina la cabeza a un lado, desafiante, y me aprieta la erección, haciéndome empujar contra su mano.

—Ponme a prueba.

Me quedo quieto, los ojos fijos en los suyos. No sabe lo que pide. Lo que puede desatar.

—¿Tienes ganas de morir? —me burlo para cubrir mi inquietud por la facilidad con la que derriba mis defensas.

—Todo el mundo muere, y contigo podría haber muerto cada minuto de cada día. Pero sigo aquí. Lo he asumido. Así que ponme a

prueba, Ryder. Enséñame lo que te asusta, lo que nadie más ve. Si me mata, me da igual. Nadie me va a echar de menos.

Mentira cochina, yo la echaría de menos. Y mucho. No volver a oírla reír, a desafiarme, a retarme… No. La echaría de menos.

Y mis hermanos también. Me matarían si le hiciera daño.

No puedo resistir más. Su contacto, sus palabras, deshacen mi control. Caen todas mis barreras y sale todo lo que detesto de mí mismo: el dolor, la rabia, la puta necesidad de hacer daño. De romperlo todo, incluso lo bueno. Como ella. Quiero consumirla. Es la herencia de mi padre que tanto lucho por reprimir.

La levanto. Ella jadea, me abraza con los muslos. Su cabeza queda por encima de la mía mientras la aprieto contra mi erección, dejándole sentir lo que provoca en mí aunque no pueda decírselo nunca. Le paso la mano por el sujetador y se lo desabrocho; sus pechos saltan a mis dedos, y uno va directo a mi boca. Me pongo a lamer y morder el pezón hasta hacerla gemir más fuerte; y sigo más allá, no puedo parar.

El placer y el dolor van de la mano para mí.

Ella grita, se arquea, me hunde los dedos en el pelo y empieza a darme unos tirones que envían descargas eléctricas mientras me restriega su humedad. No se esconde; toma lo que quiere y lo busca sin pudor.

Suelto el pecho con un chasquido, le doy el mismo trato al otro antes de separarme un poco para verla retorcerse con su ropa interior empapada. Tiene unos pechos perfectos y no puedo dejar de mirarlos. Me imagino cómo quedarían marcados por mí, con las líneas rojas en esa piel tan suave. Resisto, pero al final empiezo a mordérselos, apretando hasta que se pone a gritar.

Cuando levanto la cabeza, veo mis dientes marcados en su carne, así que repito el mismo proceso en el otro pecho. Gime y me atrae hacia su cuerpo, y le acaricio la cadera, disfrutando de mi obra. La próxima vez serán latigazos. Seguro que le encantará.

—Ryder —jadea, restregándose más.

Le arranco las medias y las bragas de un tirón y las lanzo a un lado. Vuelvo a bajarla sobre mi polla, haciéndola sentirme y resbalar sobre mí. Gime otra vez con la mirada aturdida por el placer. La voy

marcando hasta que no le sirva nadie más. Quiero que sea solo nuestra.

—Vas a cabalgarme aquí mismo —exijo, mientras paso el glande por su entrada estrecha. Mi chica está anhelante y se mueve, intentando hundirse, pero la mantengo inmóvil y la obligo a mirarme. No quiero que haya distancia. Quiero que sepa quién la folla, quién le da ese placer que no podrá soportar.

En cuanto nuestros ojos se encuentran, la dejo caer, empalándola.

Los dos gemimos. Está jodidamente apretada, empapada. Me ciñe como un guante de seda mientras se mueve con ansia, sin esperar nada. Los dos estamos demasiado anhelantes para ir despacio. Eso ya vendrá.

Ambos sabemos que si lo pensamos demasiado, si nos detenemos, esto terminará.

—Cabalga, muévete en mi polla hasta correrte —ordeno, echándome atrás para mirarla. Su cuerpo empieza a subir y bajar y sus pechos saltan a cada embestida. Estoy tan profundamente en su interior que hasta me cuesta respirar.

Es hipnótico verla.

No aguanto más y la sujeto de las caderas, permitiéndome sentirlo todo mientras lucho por no apretarla y follarla como un animal. No, hoy será por ella.

Se lleva las manos a los pezones y se los pellizca. No está fingiendo, lo disfruta de verdad. Siento cómo se empapa más, escurriéndose por mi polla. Se acaricia el clítoris y jadea, retorciéndose en busca del orgasmo.

—Estoy a punto —gime, pero yo solo la observo mientras con una caricia más se corre sobre mí.

Grita, convulsiona, su coño me atrapa con espasmos mientras se agita alcanzando el clímax. Me muerdo los nudillos para no moverme; es una tortura deliciosa. Cuando se desploma, tomo el mando. Le muestro cuánto la deseo. Cuán salvaje me vuelve.

La sujeto por las caderas, la levanto y la dejo caer una y otra vez sobre mi polla, haciéndola chillar; tiene los ojos tan abiertos que parece irreal. Está preciosa, la piel brillante de sudor y el pecho sonrojado por el orgasmo. Los sonidos que emite me vuelven loco.

Pero quiero que grite.

Ya ha obtenido su placer, ahora me toca a mí.

¿Me desea? ¿Me desea de verdad? «Pues abróchate el cinturón, cielo, porque lo vas a tener todo».

Me pongo de pie, aún dentro de ella, cambio la postura y la lanzo al sofá mientras me deshago de los pantalones. Normalmente no me desnudo, pero necesito sentir su piel contra la mía. Me dejo caer sobre ella y me vuelvo a meter en ese coño apretado que empieza a ser mi perdición. Me envuelve con las piernas de forma automática, apretándome aún más, y arquea el pecho para recibirme más profundo.

—Eres increíblemente hermosa —susurro, lamiendo el hueco entre sus pechos mientras entro y salgo de ella una y otra vez. Está tan mojada que me hundo hasta el fondo, rozando todos sus terminaciones nerviosas mientras le froto el clítoris, provocándole daño y placer a partes iguales.

Grita mientras me araña la espalda y la piel se me abre. El dolor me atraviesa y pierdo cualquier atisbo de contención. Ya no llevo ningún ritmo, solo la embisto, duro y profundo, en busca de mi propio orgasmo, sin importarme si se resiste o no. Me tira de la espalda, la sangre empieza a gotear, y eso solo me pone más duro. Coloco las manos en sus muslos y le levanto el culo de un tirón.

Es perfecta. Ver mi polla hundiéndose en su humedad casi me lleva al borde. Es tan fácil perderme en ella, es tan estrecha, está tan húmeda, me parece tan jodidamente bella que no podría aguantar mucho más aunque quisiera.

Le golpeo justo en el punto del placer, y la oigo gruñir arañando el sofá, moviendo la cabeza a un lado y otro.

—Córrete —le ordeno, sin reconocer mi voz. Necesito que se libere antes de dejarme ir. Estoy al límite y es algo que nunca me pasa; mis mujeres siempre se corren varias veces antes que yo, pero con Roxxane no puedo evitarlo. Lo deseo con cada fibra de mi ser. Quiero marcarle el pecho con mi semilla, cubrir mis mordiscos. Lo haré la próxima vez, porque ahora solo quiero llenarla. No aguanto más.

Ella me destroza, y saber que va a ir por ahí con mi semen

goteando entre los muslos, que todos sabrán que es mía, me vuelve loco mientras me tiemblan las caderas.

—Ahora —ordeno, frotándole el clítoris

Ella grita presa del orgasmo y el sonido llena todo el apartamento, su coño me aprieta tanto que tengo que luchar para resistir, aunque al momento no puedo más. Rujo al correrme dentro de ella, llenándola. Ella suelta un gemido mientras sigo embistiéndola, solo salgo de ella cuando mi polla empieza a reblandecerse.

Jadeando, se estremece debajo de mí, con el cuerpo agotado, cuando sus ojos se cruzan con los míos. Yo también respiro con dificultad, las pocas defensas que mantenía se han hecho añicos y puede ver lo que suelo ocultar. Me cae sangre por la espalda, mi polla está reluciente por sus jugos.

—Joder, ha sido brutal —ronronea ella—. La próxima vez no te contengas, lo quiero todo.

«¿La próxima vez?».

Joder, esta mujer me va a matar, y hasta puede que me deje.

Pero los ojos se le cierran y sé que no ha dormido nada por esperarnos. Tengo que cuidarla.

—Tenemos que descansar. —La tomo en brazos y abandono el sofá arrastrando los pies, con las piernas de gelatina. Ella se ríe y se acurruca contra mi pecho; está demasiado cansada para luchar, aunque querría.

Debería ducharme y ponerme en marcha, tengo mucho que hacer, pero no me apetece separarme mientras subo las escaleras para llevarla a mi habitación. La tumbo sobre la cama, voy al baño, humedezco un paño y regreso con ella. No protesta cuando le separo los muslos para limpiarla, con la piel todavía sensible y rosada. No puedo evitar agacharme y lamerle el sexo; ella me da una patada suave mientras gime, haciéndome reír. Lanzo el paño al suelo y me meto en la cama abrazándola.

Es lo más natural, se siente bien. Pero resulta raro; jamás he dormido con una mujer, y mucho menos abrazado, pero quiero hacerlo. Y cuando apoya la cabeza en mi pecho y empieza a roncar por lo bajo, no puedo evitar cerrar los ojos y dejarme llevar por el sueño, pegándola aún más a mí.

¿Qué me está haciendo?

Debo tener cuidado o nos arruinará a todos. Mi obligación es protegerlos…, pero ¿cómo hacerlo si quiero quemarme en su fuego? Cuando su veneno me recorre y me dice que ella pertenece justo aquí, lo mismo que yo. Me está cambiando, me está reparando, está dejando libres unos sentimientos que nunca dejo ver.

Mañana, o luego, volveré a levantar mis muros y a ponerme el traje. Volveré a ser el líder cruel de los Vipers. Pero en este momento, con ella dormida sobre mi pecho, las piernas enlazadas, los dedos unidos…

Me permito ser débil.

Será un momento.

«Por ella».



25
ROXY

Cuando me despierto, me siento caliente y satisfecha. Cuando bostezo, veo que Ryder ya no está. Recuerdo que me llevó en brazos a su habitación, a su espacio personal, y me ha abrazado toda la noche. Pero ahora ha desaparecido y no queda ni rastro de lo que compartimos, salvo el dolor entre mis piernas y los mordiscos que me cubren los pechos. Levanto la sábana y veo que las marcas siguen ahí, rojas y tiernas. Se me escapa una sonrisa de pura satisfacción.

Lo que hicimos fue una jodida maravilla. Me corrí con tanta fuerza que apenas podía ver, y fue adictivo presenciar cómo ese hielo se convertía en puro deseo. Detrás de todos sus muros hay alguien explosivo, y no sé cómo consigue ocultarlo tan bien. Al girarme, me envuelven las sábanas de seda mientras miro por la ventana: el sol casi se ha puesto. Joder, ¿he dormido todo el día? Normalmente, con unas horas ya estoy en pie para abrir el bar, pero aquí me estoy volviendo una perezosa.

Me deslizo fuera de la cama, cojo una de sus camisas blancas de Ryder y me la abrocho antes de bajar. Mala suerte: allí están Garrett y Diesel. Garrett está metiendo algo a la fuerza en una bolsa sobre la mesa mientras Diesel lo observa. Los dos se giran al verme entrar. Diesel está fumando; me recorre de arriba abajo con la mirada y Garrett mira mi ropa con asco. Desde lo del restaurante, vuelve a estar distante conmigo, parece que le doy grima… o quizá es por él mismo, no lo sé.

—¿A dónde vas? —pregunto, sin un ápice de vergüenza por lo de Ryder.

—No es asunto tuyo —espeta Garrett.

—A una pelea. Vamos a buscar información y a esparcir algunos rumores. ¿Te apuntas? —pregunta Diesel, ignorando los bufidos de Garrett.

—Claro, espera a que me cambie —sonrío.

Garrett golpea la mesa con las manos.

—Ella no va a venir, que se quede aquí con los guardias hasta que regresen Kenzo y Ryder del trabajo.

—Ni hablar, eso es un rollo. Voy con vosotros —replico tajante, y me doy la vuelta para irme.

—¡Me cago en la puta! —oigo que grita. Está que muerde. Igual la pelea le viene bien para soltar toda esa mala leche.



Me doy una ducha rápida antes de prepararme. Me enfundo unos *shorts* rotos y una de las nuevas camisetas que me han comprado, aunque la ato para dejar el estómago al aire. Me maquillo un poco y me calzo mis botas más cañeras. Me siento preparada para lo que sea. Cojo la cazadora de cuero, deslizo el cuchillo en el forro y salgo a su encuentro.

Garrett me lanza una mirada antes de salir dando un portazo. Diesel se parte y me agarra del brazo.

—Esto va a ser divertido.

Bajamos en el ascensor en medio de un silencio tenso. Al llegar, veo a Tony y Sam abajo, les hago un saludo, pero Diesel me arrastra hasta el coche. Me siento detrás con él y guardo silencio mientras Garrett sale del garaje quemando rueda. Unos veinte minutos después, llegamos a otro aparcamiento. Apaga el motor y se baja sin decir palabra. Le imito, y mi portazo resuena por todo el *parking*. Diesel me espera delante, pero Garrett va directo a la puerta lateral del edificio. Una vez allí, llama dos veces, y en cuanto abren, se oye música y gritos.

—¿Quiénes son? —ladra un tipo gordo y sucio, mirándome con descaro. Garrett se planta delante, tapándome.

—Vienen conmigo.

El hombre resopla, pero se aparta.

—Tienes un hueco dentro de diez minutos, prepárate.

Garrett me mira y parece dudar, hasta que lanza un suspiro.

—Quédate cerca.

Estiro el brazo y me aferro a la espalda de su camiseta. Se pone rígido, pero sigue avanzando entre la multitud, ignorándome. La música es ensordecedora, y el sonido de puñetazos retumba incluso donde nos encontramos. Garrett se aparta y empuja a la gente para abrirse paso, mientras Diesel me sigue de cerca, impidiendo que me empujen.

Al llegar delante de todo, Garrett mira a su alrededor antes de acercarse a unas cajas viejas que hay en una esquina del cuadrilátero. Se gira, me sujeta por las caderas y me sienta encima.

—Quédate aquí, ni se te ocurra moverte. Grita si necesitas algo —ordena.

Asiento, y él se aparta. Luego se quita la camiseta de un tirón y me la lanza. La cojo sin pensar, y mientras se aleja no puedo dejar de babear ante su torso. Las cicatrices me ponen nerviosa, vale, pero noto un latido ahí abajo. El torso de Garret es un puto portento, lo que soñaría cualquier chica. Sostengo su camiseta sobre el regazo, y lo contemplo mientras se quita las botas, aunque deja sus armas en las piernas. Tras echarme una última mirada fulminante, se sube al *ring,* de donde arrastran a un tipo inconsciente.

—Voy a ver qué oigo por ahí. Quédate aquí. No te quitaré el ojo de encima —susurra Diesel, besándome la mejilla antes de perderse entre la multitud. Intento localizarlo, pero no lo veo; aun así, siento sus ojos sobre mí, así como muchos otros. Devuelvo la mirada a todos. Se nota que no saben quién soy, pero nadie se atreve a acercarse. Lógico: he entrado con Diesel y Garrett, dos cabrones que dan miedo.

Aunque no sepan quiénes son, perciben el peligro y se apartan. Anuncian a Garrett como Mad Dog, y aparece un armario que se

planta ante él.

Entonces me quedo hipnotizada. Sé que necesitaba esto, soltar toda esa rabia. No es por información, es necesidad. Su cuerpo por fin se relaja, gira los hombros, hacer crujir el cuello y una sonrisa fea le asoma a los labios.

Mi entrepierna empieza a hacerle la ola a Garrett.

Deja que el otro se mueva primero, el público lo ovaciona, pero todo el mundo desaparece de mi mente para centrarse en sus músculos tensos; sé que va a moverse en cualquier momento. Esquiva el primer puñetazo, y se desplaza con agilidad, provocando al rival.

—Eh, guapa, ¿te apetece fiesta? —masculla alguien a mi lado.

Me giro y me doy cuenta de que, mientras estaba distraída, un hombre se me ha acercado demasiado. Sonríe mostrando unos dientes torcidos y amarillos. El pelo, pegajoso y sucio, los ojos azules apagados y la piel pálida, sudorosa. Un colgado, lo sé sin necesidad de ver las marcas.

—Lárgate —suelto, sabiendo que Diesel no tardará en venir.

—Venga, puedes pasar un buen rato conmigo —balbucea, y me toca la pierna, la parte desnuda. Le agarro la mano antes de que Diesel intervenga, se la retuerzo y le rompo la muñeca con un giro brusco.

—No vuelvas a tocarme, pedazo de mierda, o te mato, ¿me entiendes? —le gruño, apartándolo.

Aúlla sujetándose el brazo, pero me lanza una mirada malvada y avanza hacia mí cojeando. Le lanzo un puñetazo a la cara y levanto la pistola de Garrett, quitándole el seguro. Le planto el cañón en la frente mientras le clavo una mirada helada.

—¿Ves en mis ojos que te mataría sin dudar? —Asiente, temblando—. Pues más te vale correr antes de que lo haga de verdad.

Se aparta soltando insultos, abriéndose paso entre la gente expectante. Lo sigo con la vista hasta que desaparece por la puerta. Al girarme, la pelea se ha detenido. Garrett me observa con los ojos ardiendo de deseo y furia. Asiento, él también y vuelve a centrarse en el *ring* con una leve sonrisa curvando su boca.

El público vuelve a animar, pero me dejan espacio. Resulta curioso que me teman a mí teniendo a Garrett en la sala. Mantengo la pistola a la vista, por si acaso. Jamás se puede ser demasiado precavido en el submundo, que es exactamente donde me encuentro. Puedo estar con los Vipers, pero no pienso quedarme quieta si alguien me ataca. Sé defenderme, y mataría si hace falta.

Me vuelvo a centrar en la lucha y, cuando en algún rincón del local oigo un grito ahogado de hombre, se me dibuja una sonrisa; seguro que es Diesel divirtiéndose. Al cabo de un rato, el ambiente se relaja, todos se concentran en Garrett, que está dando una paliza brutal. Tengo que apretar los muslos y morderme el labio al verlo. No me extraña que lo llamen Mad Dog. Me río cuando oigo rumores a mi alrededor: dicen que soy la chica de los Vipers y que, si quieren seguir vivos, ni se me acerquen.

No les falta razón.

Escucho más cotilleos, murmullos lanzados por celos o miedo, aun sabiendo a quién pertenezco. Intento prestar atención, pero tras oír algo sobre un tipo destripado y una masacre, cierro los oídos y vuelvo a centrarme en la lucha. Garrett es puro arte salvaje, un arma humana; cada golpe tiene propósito y potencia. Su estilo es indomable, pura rabia desbocada.

Termina poseyéndolo todo hasta apenas ver a su rival: solo golpea, desahogándose. Tienen que apartarlo dos veces entre combates, pero los machaca a todos, y cuando termina, empapado en sudor, con el pecho subiendo y bajando y los puños manchado de sangre, ignora los aplausos y el *show*. Salta del *ring* y se acerca a mí. Recoge la bolsa del suelo.

—¿Y Diesel? —ladra, sudando, y yo lucho por no lamerle la piel.

—Escuchando conversaciones —apunto, justo cuando aparece a nuestro lado.

—Vámonos —indica Garrett, que se gira hecho una furia. La gente se aparta, y bajo del cajón. Diesel me pone el brazo sobre los hombros mientras vamos en dirección al coche, siguiéndolo. Todo el mundo nos mira con miedo y respeto; yo levanto la barbilla aún más.

Es Diesel quien conduce hasta casa, Garrett nos ignora durante

todo el trayecto, mirando por la ventanilla. Al llegar, atraviesa todo el ático y se encierra en su habitación con un portazo. Diesel desaparece también y yo me quedo en el pasillo sin saber adónde ir.

Sigo a Garrett sin pensarlo. Tengo la sensación de que me necesita. Cuando abro la puerta, lo veo de espaldas, con el cuerpo tenso y desnudo, los pies descalzos. Se gira, furioso.

—¿Qué?

—¿Estás bien? ¿Quieres que te eche un vistazo a las manos? —pregunto, suave, como si intentara amansar a un animal salvaje.

—Vete a la mierda —gruñe, dándome la espalda como si no pudiera soportar mirarme.

Así que entro y cierro la puerta de golpe. ¿Quiere pelea? Pues la tendrá.

—¿Quieres hablar?

—¿Hablar de qué? —ruge con los hombros tensos, preparado para discutir.

—De lo que te está devorando —insisto, apoyándome en la pared.

Se lanza contra mí, me estampa contra la pared y apoya un brazo a cada lado, atrapándome entre ellos, cada vez más cerca con los ojos brillando.

—¡He dicho que me dejes en paz! —me grita en la cara.

Pero lo que yo veo es dolor, confusión y soledad. Le han roto el corazón.

—Déjame ayudarte —susurro.

Cierra los ojos un instante.

—No puedes, nadie puede. Odio que me hayas visto así… —Se queda a media frase y, se aleja, jadeando de asco por sí mismo. Se pasa las manos por el pelo mientras da vueltas por la habitación.

¿Le preocupa eso? ¿Que le haya visto perder el control? Ay, mi Viper roto.

—Me ha encantado. Verte repartir hostias… ha sido todo un subidón —admito sin vergüenza, porque sí, me pone verle.

Él me ignora, así que sigo buscando sacarlo de ese pozo de odio.

—De verdad, es eso. Todo ese poder, la forma en la que te temen, la manera en que te miran… eres intocable.

Se detiene de espaldas a mí, con el pecho moviéndose

rápidamente.

—Te deseo —dejo caer, a ver qué pasa.

Se estremece, así que lo rodeo y lo detengo poniéndome frente a él, hasta que nuestras miradas se cruzan. Sé que con él siempre tengo que dar yo el primer paso.

—Me he mojado al verte.

—Lárgate antes de que te mate —me advierte, pero la desesperación en su voz lo delata; no quiere que me vaya.

No lo dice en serio, lo veo en su cara, en sus ojos. Quiere que me quede, que pelee. Que luche a su lado. «Ayúdame», gritan sus gestos. ¿Nadie más ha mirado nunca detrás de toda esa ira para ver al hombre asustado que pide auxilio?

Sus peleas, su cólera, todo es una coraza para protegerse.

Necesita alguien que le empuje, que le arranque la máscara, aunque eso pueda matarle… ¿Por qué estoy dispuesta a hacerlo yo?

Es mi carcelero. Mi enemigo. Pero no puedo darle la espalda.

—No, no creo. Tú también lo deseas; admítelo. Ríndete y listo —sonrío.

—¿Y por qué iba a querer hacerlo cuando ni siquiera te soporto? Cuando te odio, ¿eh? Dímelo, guapa, ¿qué te hace pensar que eres tan especial como para que te folle? ¿Para dejarte ponerme una mano encima? —escupe rabioso.

Su rabia me nutre, me niego a asustarme como todos los demás. Está gritando por miedo. Lo sé porque yo hago lo mismo.

—Porque estás empalmado, porque me miras cuando crees que no te veo, porque te imaginas follándome, aunque lo odies —lanzo el desafío.

Él responde, me agarra las manos antes de que pueda rozarle el pecho y me las retuerce en la espalda, obligándome a arquearme, lo que me deja peligrosamente cerca.

—No vuelvas a tocarme o te mato. ¿Quieres otra polla? ¿No te basta con la de Ryder y la de Kenzo? Vale. —Me arrastra hasta el baño y me mete en la ducha.

Me arranca la ropa con una mano áspera y llena de heridas y sangre y la tira a un lado sin preocuparse. Repasa mi piel con asco antes de abrir el grifo. Se arrodilla, me quita las botas de un tirón y

vuelve a levantarme, apretándome la muñeca hasta que me duele. Me obliga a arrodillarme y me ata las muñecas por detrás para que no pueda tocarle. Me quedo allí, inestable, de rodillas, y él se deshace de los pantalones, mostrando el cuerpo duro como el acero. Es puro músculo. Y ese cuerpo letal es su mayor arma. El torso no está arruinado, sino que es una obra maestra de sufrimiento. Y el resto…, no puedo ni respirar. Su polla está dura, es grande y gotea, apuntando hacia mí. El agua cae sobre ambos, me empapa el pelo y me enfría la piel ardiente.

Me da igual. Se pone delante y me agarra la cabeza, me obliga a abrir la boca y me hunde su erección de golpe, sin avisar. No es delicado, aunque tampoco lo esperaba. Es cruel, esto es un castigo para ambos. Se desahoga conmigo, igual que con sus peleas.

Resisto como puedo, sintiéndome una marioneta para satisfacer su deseo, igual que la lucha le servía para descargar. Me usa, con dureza, durante un buen rato, me llega hasta el fondo de la garganta. Tengo que respirar por la nariz y le miro a los ojos mientras emite un gemido antes de mover las caderas con más fuerza, volviendo a embestir como un salvaje.

—No me mires así. Como si desearas esto —escupe, pero es verdad, no puedo evitarlo. Lo deseo. Cada golpe me pone más caliente, estoy empapada sin remedio sobre la fría baldosa.

Me usa como le da la gana, sin piedad. Me separa más los labios, cada movimiento destila rabia, asco… y deseo. Embiste con furia, sin miramientos, y cuando los músculos de los muslos se tensan y se le contrae el abdomen, gruñe y descarga su placer en mi garganta. Me aparta con un bufido, y abandona mi boca. Me relamo los labios machacados mientras lo veo alejarse. Sale de la ducha con un portazo que casi arranca la puerta.

Me deja allí, empapada y atada, mis lágrimas se mezclan con la sangre y el semen. Siento mi propia humedad chorreando entre mis piernas.

Así me encuentra Diesel. Mira la escena y silba. Cierra el grifo y se agacha, rozándome los labios con el pulgar, sin preocuparse de nada.

—Sigue presionándolo, pajarito. Eres la única capaz de llegar

hasta él, y si no lo consigues, quizá lo perdamos para siempre. —Me desata y me levanta en brazos, limpiándome con cuidado antes de llevarme a mi habitación y arroparme.

Es tan suave y tierno que se me saltan las lágrimas. Este chalado empieza a caerme bien. ¿Quién lo iba a decir? ¿Y qué quería decir con lo de Garrett?

Sé que odia a las mujeres. Se nota que en algún momento alguna lo destrozó. ¿Lo rechazó en público? ¿Es por eso que va a luchar? No, ha sido algo peor, es evidente. No creo que me lo cuente; está claro que Garrett intenta alejarse de mí, pero como dos trenes a punto de chocar, nos sentimos atraídos el uno por el otro.

¿Quién sobrevivirá cuando eso ocurra?



26
KENZO

—Mierda —murmuro mientras nos detenemos delante del spa—. Se me ha olvidado despedirme de Rox.

Ryder resopla, pero se baja del coche acompañado de los guardias que vienen con nosotros. Yo salto también y me apoyo en el techo del deportivo, esperando a que llegue el todoterreno con los demás.

—¿Qué? Si os oí anoche —le lanzo una mirada con las cejas levantadas.

Él sonríe de medio lado, satisfecho, y apoya también los brazos en el coche.

—¿Y qué? A diferencia de ti, hermano, yo sé separar sexo y sentimientos.

—Ajá, entonces ¿por qué esta mañana le diste un sopapo a Garrett por hacer tanto ruido y casi despertar a Rox? —le pincho.

Pone los ojos en blanco, pero se le borra la sonrisa.

—Necesitaba dormir. No estoy dispuesto a soportar sus tonterías hoy.

—Ya, claro. —Me río mientras rodeo el coche para ir a la entrada del spa—. Entonces explica por qué la arropaste y le diste un beso de despedida cuando creías que nadie te veía.

Se queda helado y me fulmina con la mirada.

—¿Cuántas veces te he dicho que dejes de espiarme?

Río y le doy una palmada en la espalda.

—Admite que Roxy te gusta, Ry. No pasa nada, no me importa compartir, pero no pienso cruzar espadas contigo.

Suspira y posa la mano en la puerta.

—¿Podemos centrarnos en lo que hemos venido a hacer?

—Cierto, amenazas, pagos a los enemigos. Lo pillo. —Asiento y él abre la puerta, dejando salir la música relajante del spa mientras entramos seguidos de los guardias. Ryder se ha negado a dejar a Tony y Sam fuera, es más, se ha asegurado de que vinieran. Y este idiota aún cree que ella no le gusta.

—Deberíamos comprarle alguna tontería de chicas para que se sienta en casa —propongo mirando alrededor. Veo a una mujer sentada en la sala de espera, recolocándose el escote con descaro y sonriéndome. Le guiño el ojo y me acerco—. Lo siento, estoy pillado. Y él también.

Ella hace una mueca, pero vuelve a su revista. Silbando, miro a Ryder, que me mira mal.

—¿Estamos pillados? —repite.

—Claro que sí. ¿Tú crees que Rox dejaría viva a la primera pobrecita que te lleves a casa para herirla? Si no te has dado cuenta, Ry, está tan loca como nosotros.

Él niega para sí mismo, mascullando algo sobre hermanos idiotas y mujeres insoportables mientras se acerca directamente al mostrador y da un golpe en la madera.

—Quiero hablar con Sandra. Ahora mismo —exige, serio y seco.

La recepcionista se encoge, pálida.

—L-Lo siento, señor, Sandra está ocupada…

—Tómate un descanso, Izzy —dice Sandra desde el despacho. Es una mujer enorme, muy alta, casi más alta que Ryder, con un cuerpo robusto embutido en un vestido ajustado y tacones. El pelo canoso siempre se lo recoge en un moño tirante, y se ha estirado la cara con bisturí. Los labios, rosados y gruesos, resultan demasiado artificiales. Al vernos, entorna los ojos.

Da miedo, de verdad. Hasta se me encogen las pelotas, y por eso me cayó bien desde el principio.

—Caballeros, qué sorpresa. Dejad de fastidiar a mi personal y pasad al despacho —suelta, y gira sobre los tacones hacia su oficina.

Me acerco a Ryder.

—Me gustan las mujeres, pero esta da un miedo de cojones —

murmuro esbozando una sonrisa—. Aunque no tanto como Rox. Ah, que sepas que he escondido su bate en la armería.

Me ignora y va detrás del mostrador siguiéndola. Le hago un gesto a Tony, que se queda en la puerta, luego miro a los clientes sonriente.

—Me temo que el spa está cerrado, por favor, vayan saliendo —anuncio.

La gente protesta hasta que enseño la pistola sin perder la sonrisa y todos se lanzan a la calle. Tony cierra de golpe y echa la llave. Sam me sigue hasta la puerta del despacho, pero yo me detengo y le lanzo una mirada de advertencia, mucho más serio.

—Puede que Ryder y yo no hayamos reaccionado antes, pero si os acercáis otra vez a nuestra chica, será lo último que hagáis —les advierto, viendo cómo tragan saliva antes de asentir. Luego recupero la sonrisa y entro—. Perdón por el numerito, parece que ya no queda nadie —comento con cara de no haber roto un plato, pasándome los dados por los nudillos mientras me apoyo en la pared.

Sandra me mira con odio mientras cruza las piernas, con las manos apretadas sobre el vientre, esperando a que Ryder hable. Él se sienta en el sofá que hay enfrente, jugueteando con el móvil, lo que la pone aún más nerviosa. Le cae el sudor por la cara, literalmente.

Sabe lo que ha hecho, y empieza a preguntarse si saldrá viva de aquí.

Ryder la mantiene en vilo. Yo saco el móvil y le mando un mensaje a Garrett para que vigile a Rox. Me responde con una foto de ella dormida en el sofá, acurrucada a su lado. Él, por supuesto, aparece con el ceño fruncido, ¡casi me parto! Se la paso a Ryder, que sonríe y guarda el móvil.

Ryder la fustiga con la mirada y suspira con fuerza.

—Hace tiempo que no sabemos nada de ti, Sandra, y es raro teniendo en cuenta que el terreno del spa es nuestro… Así que, dime: si no nos pagas a nosotros, ¿a dónde va ese dinero? Ya sabemos que sigue saliendo de tu cuenta.

Ella se atraganta, igual no se esperaba que fuéramos algo más

que músculos.

—Te-tenía facturas atrasadas —responde, alzando la barbilla, pero los ojos le bailan de un lugar a otro.

—No me mientas, Sandra. Me he portado bien contigo, y sería una lástima dejar de hacerlo —gruñe Ryder, con una voz fría y mortal—. Viniste tú a mí, no al revés. Necesitabas ayuda, te presté el dinero para montar esto…, ¿y ahora te saltas el trato? Esto no funciona así, cielo.

—Estoy harta de pagaros —escupe ella antes de tragar saliva—. Os lleváis la mitad de los beneficios.

—Ofrecemos menos interés que un banco, ¿o ya no te acuerdas? Sin nosotros, no habría spa —le recuerda Ryder, socarrón—. Puedo cancelar el préstamo, comprar esto, despedir a todos y tirarlo abajo… o peor. ¿Cómo está tu marido, Sandra?

—No metas a Mike en esto —grita ella, y yo me río.

—Ojalá pudiera, pero se ha metido solo. ¿Sabías que le va el juego? —contesto, viéndola perder el hilo—. Solo era de vez en cuando…, hasta que le enseñé la parte más adictiva de la ciudad. Intenté ayudarle. Se cansó de sentirse menos importante que tú. Se emborrachó y lo fue contando a todo el mundo.

—Mientes —salta, así que saco un vídeo en uno de mis clubs y le enseño solo un segundo antes de guardarlo.

—¿Y qué? —replica, pero noto el daño en sus ojos.

—Que se volvió adicto, y ahora debe dinero a gente peligrosa. Si hubiera venido a mí, podría haberlo ayudado. Pero no lo hizo. —Abro las manos a modo de ofrenda de paz falsa, sonriendo con crueldad.

—¿Esta… está bien? —pregunta, mirándonos a los dos, perdida.

—Podría estarlo, depende de tu decisión, Sandra. Puedo pagar su deuda, pero eso se suma a lo que ya nos debes, o puedo dejarlo a merced de esos tipos. No lo matarán a la primera, no, al principio solo le partirán las piernas. Pero siendo albañil, parecen bastante importantes, ¿no? —Me río y ella tiembla.

—Sois unas putas víboras —llora, las lágrimas le corren por la cara, lo que hace que el rímel se embadurne aún más.

—No, cielo, solo somos empresarios. Te prestamos dinero, gracias a nosotros tienes trabajo, sacamos a tu marido de la mierda. Nos

preocupamos por él; ya estaría muerto sin nosotros. Sí, nos gusta el dinero, y sacamos tajada…, pero es que la vida no es blanca o negra, aquí todo es gris. Y ese gris lo manejamos nosotros.

Ella se da la vuelta, abre un cajón, arranca un cheque y se lo lanza a Ryder, que lo guarda. No va solo de dinero, sino de las narices que ha tenido al intentar engañarnos; de hecho, el banco ya le habría quitado el spa.

—Gracias, *madame* —le guiño un ojo, recordándole de dónde la sacamos: trabajaba en un club de la Tríada.

Evita mi mirada, sollozando.

—Solo quería una vida distinta —susurra tan bajo que apenas se oye.

—Lo sabemos, por eso te ayudamos a cambio de tu información. Ya te queda poco, aguanta, Sandra, y muy pronto esto será tuyo —le sonrío con amabilidad. Ryder pone los ojos en blanco antes de levantarse.

—No nos hagas volver, Sandra.

—¿Y Mike? —pregunta, ojerosa.

Mando un mensaje rápido.

—Acabo de pagar su deuda. Es libre, pero vigila sus gastos y búscale ayuda —le sonrío y me dispongo a salir, pero veo los estantes repletos de productos.

—Ah, necesitamos potingues para Rox —digo, y ella asiente, llorando aún—. Coge lo que quieras —susurra, sin mirarme.

—Gracias, ¿esto es bueno para la cara? —pregunto, y Ryder resopla.

—Llévate todo; seguro que Sandra puede reponerlo con el dinero que recuperará de la Tríada, ¿verdad? —lanza Ryder, y la pobre asiente deprisa.

Lleno una bolsa con frascos para Rox antes de salir. Sam la recoge y escanea atento nuestro alrededor. Salgo silbando y Tony nos abre la puerta, adelantándose para comprobar la zona.

De vuelta al coche, ya dentro, miro a Ryder.

—Habrá que comprarle más cosas para que se sienta en casa. Se queda, ¿no?

Él aprieta el volante.

—No lo sé.

—Venga ya, Ry, no es como esa zorra. Ni siquiera quiere nuestro dinero —me río.

—No, quiere algo peor: su libertad —me mira feroz—. Jamás será feliz recluida en ese ático con nosotros, no es de las que se dejan encerrar. Le gusta trabajar, es lo que la ha salvado siempre.

Asiento y aparto la vista.

—Pues le buscamos un curro, cualquier cosa. Porque de aquí no se va.

—Ni aunque quisiéramos podríamos dejarla libre. Sería una señal de debilidad, y ya la han visto con nosotros. Estaría muerta nada más cruzar la puerta. —Ryder suspira, pasándose una mano por la cara. Es cierto. Por ser de los nuestros ya tiene una diana en la espalda, pero yo no me arrepiento; la quiero—. Vale, vamos a por más cosas, lo demás puede esperar.

Arranca el Aston y toma rumbo hacia el centro, con Tony y Sam detrás. Da la vuelta para llegar a la zona de compras.

—Odio ir de tiendas —gruñe Ryder.

Yo pongo la radio y bailo con la música.

—A mí me encanta.

—¿Cómo coño podemos ser hermanos? —refunfuña.

—Porque tú te quedaste toda la rabia y la mala leche —me río.

Él maldice mientras llamo a Garrett.

—Oye, vamos de compras, ¿necesitas algo?

—Sí, que me dejes matar a esta cría de una puta vez —ladra. Y más alto:— ¡No vuelvas a hacer esa mierda, joder! —Y vuelve al móvil—. Es desesperante; ¿seguro que no puedo matarla?

—¡Te he oído, imbécil! —grita Roxy al fondo—. ¡No tendré el bate en la mano, pero te puedo reventar igual, cabrón!

Arqueo las cejas.

—¿No os llevabais mejor?

Ríe con desprecio, pero no contesta. Aja, así que ella se le está colando dentro. Eso se puede aprovechar.

—Ni se te ocurra cambiar de canal —escupe.

—Te dejo en paz, disfruta —me río, cuelgo y miro a Ryder—. En nada lo tiene comiendo de su mano.

Él sonríe.

—Ya te tiene tonto a ti.

—¿Y a D? ¿Te has enterado de que mató al borracho de la pelea?

Ryder asiente.

—Fue algo muy chapucero, pero es Diesel.

Aparca en doble fila ignorando la señal. Tony y Sam salen primero y nos abren las puertas; la seguridad ahora es máxima. Al haber una recompensa por nuestras cabezas, todo el mundo irá a por nosotros. Rezamos para que el alemán caiga en la trampa.

Hemos puesto un cebo.

Entramos en la tienda con la cabeza alta. El dependiente nos aborda nada más pisar alfombra; ha olido el dinero.

—Caballeros, ¿puedo ayudarles?

Ryder me señala a mí mientras saca el móvil, seguro que para responder cientos de correos. Le paso el brazo por el cuello y le quito el móvil de un tirón.

—Ni hablar, la metiste en tu cama, ahora te toca comprarle cosas bonitas para compensar tu mala leche.

Gruñe y me empuja, intenta recuperar el teléfono, pero me echo atrás riendo. El vendedor ni pestañea; en este mundo aprendes a hacerte el sordo o no sobrevives.

—Vale, necesita más joyas —murmura Ryder, y yo aplaudo.

—Eso es, y más lencería *sexy*, y unas botas nuevas; le encantan. Y deberíamos comprarle algún arma. —Suspiro con nostalgia.

Me mira.

—¿Y si termina usándola contra nosotros?

Me encojo de hombros.

—Solo lo haría con Diesel, y a él le encantaría, y con Garrett… Pero bueno, es como el demonio, resucita siempre.

—Por supuesto, caballeros, si quieren acompañarme. Mi compañero Francesco los llevará a la joyería.

—Nada, vamos juntos, no hay prisa —respondo, y nos acompaña al segundo piso.

—¿Qué mierda le gusta a las mujeres? —murmuro.

—Cosas caras —responde Ryder.

—¡Y una mierda! ¿Crees que Rox se fija en lo que valen? Seguro

que nos lo tira a la cara, se cruza de brazos y nos suelta: «No necesito vuestras putas mierdas, idiotas».

Él se queda boquiabierto.

—Ha sido espeluznantemente realista. Vale, ¿entonces qué le compramos?

—Eh, tú, ¿qué le comprarías a una mujer que pasa del dinero y de los lujos y es tipo rockera?

El dependiente se lo piensa.

—Tengo algo que podría servir.

—¿Con forma de víbora? —pregunta Ryder.

—Síganme —replica sin inmutarse.

En una salita privada, nos deja rodeados de joyas. Me recuesto mirando todo ese brillo.

—Hostia, me acuerdo cuando venía aquí con papá para presumir ante su última esposa. —Ryder gruñe, yo sigo—. Lo odiaba, odiaba a esas mujeres. Solo querían dinero. Y al final acabamos con ese tipo de mujeres… Menos ahora, con Roxxane. Ella es muy distinta. ¿Crees que es porque no sabe cuánta pasta tenemos?

—No le importaría. Viene de la nada; todo lo que tiene se lo ha currado. Rox prefiere ganarse las cosas. Aquí no se sentiría intimidada, pero seguro que insistiría en pagarlo todo ella.

Asiento. Tiene razón, siempre la tiene, sabe leer a la gente.

—¿Alguna vez has pensado que llegaríamos a esto?

Me mira con frialdad, pero le conozco. Carga con el peso del mundo. De crío ya me protegía, por culpa del cabrón de mi padre, y eso lo volvió frío y listo.

—No, pensaba que estaríamos muertos o cargando con ese cabrón.

—Hiciste lo que tocaba, hermano.

Mira a la gente, en silencio.

—¿Alguna vez te recuerdo a él?

Me lo pienso.

—Sí, pero tú tienes algo que él nunca tuvo.

—¿El qué? —pregunta.

—A mí. Él no tenía a nadie que lo bajara a la tierra y lo frenara. Tú has heredado su hambre, su mente y su ira, sí. Pero tienes una

familia que te quiere. Somos un caos, pero sabemos cuidar de los nuestros. No tienes que preocuparte por acabar como él; antes te mato yo —le prometo, sonríe de verdad, y por un momento lo veo cuando era niño, antes de que nuestro padre le borrara la sonrisa.

El vendedor vuelve con las joyas. Elegimos sin mirar precios; las empaquetan y nos conducen a la sección de ropa.

Vemos conjuntos, cosas que seguramente a Roxy no le han regalado nunca, pero no le queda otra: se va a acostumbrar a ser mimada.

Ya me devolverá el favor, mostrarme lo agradecida que está con la ropa interior nueva, porque menuda pinta. Con solo imaginármela así, casi me corro. Me recoloco el paquete, paso la tarjeta y me encargo de que lo lleven todo al coche.

—Hemos aparcado delante —respondo al dependiente. Me pongo las gafas de sol y salgo detrás de Tony y Sam mientras cargan el maletero—. Deberíamos regalarle un deportivo, le encantaría.

Ryder resopla.

—¿Qué parte de «es nuestra prisionera» no has entendido?

Le miro y sonrío.

—Sabes que ya no es una prisionera. Desde el primer día que la vimos, fue mucho más.

—No necesita un coche. Nosotros la llevaremos dónde quiera ir —gruñe.

—Solo digo que igual eso la hace sentirse más libre. Pero no se lo regales aún, deja que se dé cuenta de que está loquita por nosotros y de que nunca se irá.

—Tú sí que estás loco. Nunca nos amará. Somos demasiado oscuros. Puede que nos desee, pero amarnos… imposible —resopla.

—Te equivocas, hermano. Tú eres el cerebro, pero esta vez te fallan las cuentas —le guiño un ojo mientras subo al coche.

Él gruñe y se sube conmigo. Paseamos por la ciudad, estirando el recorrido para comprobar si alguien nos acecha.

—Nada, no podemos seguir dando vueltas, parece sospechoso —gruñe Ryder golpeando el volante—. Estaba seguro de que hoy intentaría cazarnos.

Reflexiono un momento, mirando por la ventanilla.

—Para aquí y finge que haces una llamada. La zona es perfecta, los edificios bloquean el tiro. Tendrá que acercarse, así podremos atraparlo.

—¿Cómo sabes que está ahí? —salta tenso.

—Piénsalo, Ry. Ya sé que anoche mojaste, pero piensa con la cabeza. Está aquí. Le ha fallado a sus clientes y ahora va a intentar redimirse. Eso lo volverá torpe, y eso nos viene bien.

Asiente, respirando hondo.

—No me gusta que vayan a por vosotros. Me cabrea, y eso no es bueno.

—Lo sé, hermano. No te importa si vienen a por ti, pero si es por nosotros… te toca la fibra. Sin embargo, estamos preparados.

Aparca como he dicho y le hace un gesto a Tony. Yo simulo estar dormido, pero con la mano en la pistola.

Vamos, cabrón…

Pasan los minutos. ¿Me habré equivocado? Joder, necesitamos a este tipo para dar con la Tríada. Diesel está loco por cazarlo, y eso acabaría convirtiéndose en una carnicería. Mejor atraparlo y dejárselo a D.

Entonces caerán todos los que toquen a la familia.

Intentamos ir de buenos, respetar pactos, ¿y así nos lo pagan? Han firmado su sentencia de muerte. Vamos a destruirlos uno a uno. Eso es lo que se le da bien a Ryder: destrozar imperios. Ya imagino que está planeando cómo reventar todos sus negocios, quitarles el dinero y luego, irá por sus familias. Y cuando estén en ruinas, solos y acojonados, se centrará en ellos.

Es un salvaje, el mejor en lo suyo: proteger a quien ama.

Incluso de críos era así. Siempre el más serio. Joder, ya entonces llevaba trajes. No ha tenido infancia; fue lo que mi padre quiso para evitar que yo acabase en sus manos. Se manchó las manos por mí. La primera vez que mató a alguien tenía trece, yo once. Volvió distinto, no por miedo a papá, sino a sí mismo. Con sangre en las manos, lloró mientras se las frotaba. Me contó la historia a medias. Luego supe que lo hizo para protegerme: nuestro padre le amenazó con que, si no lo mataba, me obligaría a hacerlo a mí.

Prefirió romperse por dentro antes que romperme a mí. Le abracé

mientras lloraba. Fue la última vez que le vi así, mostrando alguna debilidad. Me confesó que le daba miedo no estar horrorizado, sino aliviado…, que era un monstruo como mi padre.

Le prometí que nunca dejaría que lo fuera, y pienso cumplirlo. Él sacrificó su vida y su alma por mí; yo haría lo que fuera por él. Y ni siquiera ve que Roxxane, como la llama, es parte de todo eso. Necesita una debilidad, alguien con quien compartir el peso, o se quemará.

No puedo perderle.

Protegeré al niño que lloró con las manos ensangrentadas, y Rox será la clave.

Todo empezó el primer día, después de la forma en que la miró como si fuera un puzle sin resolver. Por fin, alguien que no le tenía miedo, que le plantaba cara.

Roxy le salvará.

A todos.

Y la condenaremos.

Debería importarme, pero no, no cuando puedo quedarme con ella y salvar a mi hermano.

Entonces, veo un movimiento en el callejón, aunque es mínimo.

—Doce en punto —murmuro.

—Sí —contesta Ryder, fingiendo hablar por teléfono.

La sombra se desliza por la pared y se esconde tras una caja. Mando un mensaje rápido a Tony sin apartar los ojos del tipo que empieza a asomar. Dispara, el coche se sacude y arranca. «Menudo imbécil, los cristales son antibalas».

El hombre intenta huir, pero Tony le corta el paso al final del callejón y Ryder y yo saltamos del coche. Le toco el hombro, y cuando se gira, le suelto un puñetazo. No cae: trata de golpearme con la pistola, pero Ryder le agarra por detrás y lo estrangula. Aprovecho para quitarle el arma y golpearle con ella en la sien.

Cae, desmayado, y Ryder lo deja caer al suelo.

—¿Ves, hermano? Un paseo —me río.

Tony y Sam lo arrastran a su coche y nosotros vamos al nuestro.

—Diesel se va a poner contento —dice Ryder con una sonrisa—. Le sacaremos la información que nos falta. Se han metido con quien

no deben.

—Somos Vipers, hermano. Hasta las serpientes temen a otras serpientes —asiento.



27
ROXY

Voy a matarlo.

En serio, voy a matar a Garrett. No he cruzado palabra con él en toda la mañana después de lo de anoche. Esta mañana, Diesel me ha sacado de mi habitación y Garrett me ha preparado el desayuno sin hablarme una sola vez. Después, me han arrastrado hasta el salón y me he quedado dormida en el sofá. Él sigue sin hablarme, ni siquiera me mira.

Me está volviendo loca.

¿Qué le pasa? Odia a las mujeres. Y sí, me ha usado, pero me ha gustado. Si hubiera sido de otra forma, le habría parado los pies o le habría dado una paliza. Me da igual, y por algún motivo quiero más. Necesito atravesar toda su rabia para llegar al miedo que vi debajo. Quiero alcanzar al hombre que sé que hay ahí.

Me parece importante, pero no me deja, se limita a darme la espalda. Que le den. Jamás he sido de las que se quedan de brazos cruzados. He sobrevivido hasta ahora luchando, sin rendirme nunca, aunque me muriera de miedo. Esto no es diferente.

Lo que hay entre nosotros ha ido cambiado en el tiempo que llevo aquí, y acostarme con Kenzo y Ryder no ha hecho más que confirmarlo. Los deseo y me importan, aunque jamás lo admitiré abiertamente, estos cabrones lo usarían en mi contra.

Puedo seguir peleando conmigo misma o disfrutarlo. Recrearme en el poder y el placer que me ofrecen. Estoy harta de huir, de vivir al día, y Garrett no va a alejarme solo porque tenga miedo.

Yo también siento pánico.

A él, a ellos, a lo que significan para mi cuerpo y mi corazón. Pero sigo aquí, en pie. Así que él tendrá que rendirse.

Al principio lo pico, le empujo, le doy una patada; cuando gruñe, sonrío triunfal. Luego vuelve a ignorarme y mira la tele, así que cambio de canal. Refunfuña y me echa la bronca, pero entonces suena su móvil.

Le escucho hablar con alguien que parece Kenzo, así que sigo cambiando de canal. Se cabrea, grita más y cuelga la llamada, mirándome de mala leche.

—Compórtate.

—¿O qué? —me río—. ¿Vas a ponerme de rodillas otra vez?

Se le oscurecen los ojos de deseo; los baja a mis labios, acordándose, igual que yo, de su polla entre ellos.

—Eso fue un error —gruñe.

—Claro, lo que tú digas, grandullón. Oye, tenía que terminarme un tatuaje, ¿puedo seguir yendo?

—¿Con quién? —responde entornando los ojos. Al menos es un avance.

—Zeke, el de Alluring Art —me encojo de hombros.

—¿Un tío? —ruge con el cuerpo vibrando de furia—. Ni hablar.

—¿Cómo que no? ¿Por qué?

—Solo nosotros podemos ponerte la mano encima —gruñe otra vez, y yo me río.

—¿Celoso? —bromeo.

Vuelve a sonreír, esta vez de verdad.

—No, es que los demás lo matarían. ¿Tu tatuaje vale la vida de ese tío?

Diesel suelta una carcajada desde el sofá.

—Tiene razón, yo lo mataría, pero Garrett también tatúa, que te lo termine él. Nos ha hecho los nuestros.

Garrett se queda de piedra y yo me animo.

—¿De verdad? ¡Son buenos! ¿Me lo harías?

—No —espeta, apretando los dientes y mirando a Diesel, que se parte.

—¿Cómo? ¿No puedo ir a que me lo acabe Zeke y tú no quieres

hacérmelo? —grito.

Gira la cabeza despacio, con los ojos oscuros.

—No pienso tatuarte, olvídalo.

—¿Por qué? ¿Porque soy una mujer? ¿Porque piensas que tocarme es como rebajarte? —le pincho.

—Esto se va a poner interesante; voy a por palomitas —murmura Diesel, pero yo ni le miro, clavo la vista en Garrett.

—Déjalo ya —advierte.

Sí, claro. Estoy harta de sus rabietas.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te dan miedo los coños, o es que eres tan autodestructivo y tienes tanto odio dentro que solo se te levanta si le haces daño a alguien?

Silencio absoluto, solo se oye el estallido de las palomitas de Diesel en la cocina.

—Sal de mi vista ahora mismo —gruñe, con una voz tan baja y peligrosa que me pone los pelos de punta. Los ojos le arden con ese odio que vi en el *ring*; está cabreadísimo, ha entrado en modo lucha y yo soy el rival.

Lo inteligente sería apartarme y dejar que se calme. ¿Lo voy a hacer? Por supuesto que no. Nunca he dicho que sea lista, pero me sobra valor.

—No. ¿Es eso, Garrett? ¿Mami? ¿Una novia quizá? ¿Qué te hizo, engañarte? Ay, pobrecito, pero eso no te da derecho a tratarme como una mierda, pedazo de cabrón. Puedes mirar, amenazar, hacer lo que quieras, pero todos sabemos la verdad: me deseas y te odias por ello.

La vida no está garantizada, el mañana tampoco, y no voy a vivir arrepintiéndome de lo que no he dicho. Así que, aunque sé que es una locura, lo suelto todo. No podremos avanzar si no dejamos atrás el pasado.

Se mueve con rapidez —demasiados años boxeando—, me agarra del cuello y me eleva. Mis pies apenas tocan el suelo, pero no me resisto. Me relajo con media sonrisa incluso cuando me aprieta el cuello y me corta el aire. Tiene los labios tensos de rabia y la cara desencajada. Actúa impulsado por pura ira, no me ve, la ve a ella.

A la mujer que tanto daño le hizo y a la que no ha superado.

—¿Tienes instinto suicida? ¿Eso es? ¿Quieres que te mate? Porque lo haré. Puede que me la hayas chupado, puede que te desee, pero te mataré igual —escupe.

—Hazlo, venga, acaba de una vez. Mátame ya, o deja de usar tu miedo para echarme —le contesto con un hilo de voz.

Él respira agitado, inmovilizándome con la mirada. Me suelta con un bufido y me lanza al sofá antes de desaparecer. Recupero el aliento con un par de bocanadas, y en cuanto puedo, voy tras él, fijándome en que Diesel está sentando a la mesa, comiendo palomitas con una sonrisa de oreja a oreja, encantado con el espectáculo.

Subo a grandes zancadas detrás de Garrett. Da un portazo, pero yo abro de un tirón y entro. No pienso echarme atrás ahora, ya lo tengo acorralado.

Va y viene por la habitación hasta que, con un manotazo, barre todo lo que hay sobre los cajones, haciéndolo volar. Se rompe lo que es de cristal, pero ni se inmuta. Se pone a golpear el saco con tanta fuerza que la correa se rompe y cae al suelo. Levanta la cama y la tira de lado; ni así tiene suficiente.

Sé lo que siente.

Conozco esa sensación, ese dolor que te retuerce por dentro. Yo lo superé con ayuda de Rich, pero Garrett nunca ha podido. Lleva años tragándoselo, ocultando su debilidad, y es lo que está pudriéndolo desde dentro.

Va a acabar con él.

Así que, aunque sienta la muerte en la cara, sigo presionándolo.

—¿Ya? —pregunto, apoyada en la pared.

Se gira con fosas nasales dilatadas, y se me echa encima, me pega contra la pared.

—Esto me suena —me burlo.

—Deja de provocarme —ruge.

—¿Por qué? Ya me he cansado de andarme con cuidado. Los demás lo harán, pero yo no. Veo el dolor en tus ojos porque lo reconozco, igual que al mío. Alguien te hizo daño, alguien en quien confiabas, a quien querías. Eso te destroza, te destruye por completo y deja un ser roto en su lugar. Alguien cuyo mundo se fue

a la mierda. Lo sé —grito—, porque eso me pasó a mí. —Me callo, respirando con fuerza—. A veces aún sigo, aún huyo de todo. Continúo viviendo con miedo, como esa niña.

Él se queda quieto, leyéndome con los ojos. Así que me lanzo, aunque duela, y abro mi alma.

—Yo confié en él, Garrett. Lo quería como se quiere a un padre. —Los ojos se me llenan de lágrimas; odio mostrarme débil, pero él aún puede salvarse, lo sé—. Cada puñetazo, cada patada y cada palabra me destrozaron hasta que no era nadie, solo una superviviente. Y aún hoy, aunque lo haya dejado atrás, me pierdo en el alcohol y en el sexo para no pensar en nada. ¿Quieres la guinda? Encima me vendió. Sí, el muy cabrón me vendió. Como si joderme la infancia no fuera suficiente, terminó de arruinarme así. Pero ¿sabes? Ya estoy cansada de huir. Lo odio. Quiero que pague por todo, pero más que nada, quiero soltarme de sus garras. No sé cómo, pero lo intento. Inténtalo tú también, Garrett, porque veo en tus ojos que vives aún a la defensiva, luchando y sobreviviendo cada día. Y así no se puede vivir. Yo dejaré de huir si tú dejas de pelear.

Me suelta y se da la vuelta.

—No sé cómo —admite.

No le toco; sé que lo odia. En vez de eso, doy la vuelta hasta quedar frente a él.

—Ese es el primer paso: admitirlo. Tienes que curarte, Garrett, o te caerás a pedazos. No digo que lo hablemos, pero estoy aquí. Y también tus hermanos. Ellos te quieren.

—¿Y tú? —susurra con los ojos llenos de certeza.

—¿Yo? No te odio… todo el tiempo —sonrío de medio lado.

—¿Por qué? ¿Por qué intentas ayudarme? —pregunta muy serio.

—¿La verdad? Ni idea. Igual porque me veo reflejada en ti. O igual por puro egoísmo, o por aburrimiento. Da igual el motivo, aquí estoy. No me voy a ir. Si realmente me odias, podemos organizarnos para evitarnos, si eso ayuda —lo suelto esperando una reacción.

Traga saliva, la nuez le sube y baja, los puños cerrados.

—No te odio. Ese es el problema, pequeña, ¿no lo ves? No te odio, me importas demasiado…, pero la última persona que significó algo…

—Te destrozó —termino por él—. Así que iremos paso a paso. No te pido matrimonio. —Sonrío, y él suelta una carcajada—. Solo una tregua, si puede ser. Yo dejo de provocarte para arrancar una reacción por tu parte y tú de intentar ahogarme… Bueno, deja de intentar matarme, pero lo otro, cuando quieras, que me pone.

Vuelve a reírse, pero termina en gruñido.

—No puedes decirme eso. —Niega con la cabeza—. Te deseo, sí, pero no puedo…, podría matarte… No sé si puedo estar con nadie así otra vez. Deberías conformarte con los demás, con alguien que te dé lo que buscas. No con un jodido desastre como yo.

—Pues inténtalo —le animo con un encogimiento de hombros—. Descúbrelo por ti mismo. No tiene que ser ahora, piénsalo. Te lo digo claro: me atraes y no te echaría de mi cama.

—Pero ¿no nos odiabas? —se burla.

—Oh, sí, sigo haciéndolo, sois agotadores, pero al menos lo intento. Los orgasmos ayudan; además, ya sabemos que esta es mi vida ahora. Ya no pienso luchar contra ello.

Suspira, antes de sentarse en la cama volcada con la cara entre las manos.

—Ya ves. Estamos jodidos, jamás debimos aceptar ese trato.

—Puede ser. Pero ya está hecho, el pasado no se puede cambiar. Eso ya fue. Ahora soy parte del grupo, me toca asumirlo. No será fácil, seguiré estando enfadada y lo pagaré con vosotros, pero lo intentaré… Y os follaré a base de bien.

Él gime y luego se queda callado, así que me siento a su lado. Rich me enseñó a estar ahí, a hacer saber que no te vas. Se pasaba noches delante de mi habitación para que supiera que estaba cerca. Cada vez que me despertaba gritando, él estaba ahí, y eso me ayudó.

—¿Tú padre…? ¿Algún día me lo contarás? —susurra.

—Sí, algún día —asiento.

Suspira.

—Pues entonces yo también lo haré, pequeña. —Y al oírle decir «pequeña», casi entro en combustión. Este tipo puede ser una bestia, pero quiero que sea así. Ojalá me destruya, pero de la mejor forma.

—Perfecto. Y ahora, ¿qué?

—Intentaremos llevarnos bien, dejaremos de pelearnos solo porque tenemos miedo de lo que el otro nos provoca —asiente, mirando a su alrededor—. Será mejor que recoja este desastre. —Se levanta.

—Te ayudo. Al fin y al cabo, la culpa es mía. —Se gira, me tiende la mano. Lo ha hecho antes, pero ahora es distinto, es un nuevo comienzo. Dejo que me ayude a levantarme, y esta vez no me suelta enseguida, me sonríe, y ese contacto dura más de lo normal.

—Gracias.

Asiento y me pongo a ello. Trabajamos en silencio, sincronizados, pendientes de no rozarnos demasiado. Yo recojo, él hace la cama y cuelga el saco. Amontono sus cosas en la cómoda; aunque me quedo quieta cuando encuentro el anillo, no pregunto. Lo dejo arriba y sigo, sé que por hoy ya hemos compartido suficiente.

Cuando bajamos, Diesel nos recibe con una sonrisa moviendo las cejas mientras lanza un cuchillo a unas latas alineadas en la mesa.

—¿Os habéis reconciliado a lo bruto? He oído ruido, pero he preferido dejaros solos.

Me río.

—Se dice «un beso de reconciliación», desquiciado.

Frunce el ceño, ahora serio.

—Qué manera más aburrida de reconciliarse.

—No vas desencaminado —sonrío acercándome—. ¿Puedo probar?

Sostiene el cuchillo sobre mi cabeza.

—¿Vas a usarlo contra mí o contra Garrett? —No parece preocupado, más bien divertido.

—¿Para qué? Si sabemos que te molaría —le guiño un ojo y le doy un puñetazo en el estómago. Se dobla con la risa y le arrebato el cuchillo. Ignorándole, me concentro en las latas.

—Me voy a casar con ella —le dice Diesel a Garrett, pero lo ignoro, ya conozco sus locuras.

—Pídeselo antes —se ríe Garrett.

—Bah, le plantaré el anillo y ale, que se entere después —afirma convencido.

Pongo los ojos en blanco, lanzo el cuchillo como me enseñó Rich.

Da en la lata y la tira. Suelto un grito de triunfo y los miro con una sonrisa.

—Recordadlo cuando me cabreéis.

Rodeo la mesa, recojo el cuchillo y se lo devuelvo a Diesel.

—Gracias, desquiciado.

Me alejo, notando que tienen los ojos fijos en mí.

—Creo que acabo de correrme —oigo soltar a Diesel.

Garrett resopla.

—Qué asco das.

—¿Vas a decirme que tú no te has puesto duro? —añade Diesel más alto.

—No pienso hablar de mi polla contigo —responde, y yo me parto.



Pasamos la siguiente hora en un silencio agradable, pero pronto me aburro. Necesito hacer algo, estoy acostumbrada a trabajar y no hacer nada me puede. Lo uso como evasión, y funciona, y siendo sincera, lo echo de menos. No soy de las que se pasa el día tirada; tengo que estar en marcha. Así que, cuando vuelven Ryder y Kenzo, me levanto emocionada.

Me sorprendo al ver a Ryder quitarse la chaqueta, pero me quedo paralizada al ver sangre en la camisa. No hemos hablado del tema. Sí, nos acostamos, pero hubo sentimientos. No sé en qué punto estamos, pero al ver la sangre, se me forma un nudo y de repente ya estoy delante.

Él parpadea, confundido, mientras toco la mancha.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—No es mía —asegura con voz fría, pero su expresión se suaviza un instante. Abre la camisa y me enseña el pecho intacto—. Mira.

Asiento, más tranquila, y clavo los ojos en Diesel, que parece encantado.

—¿Puedo conseguir la información que necesitamos? —pregunta.

Ryder asiente mientras me coge las manos y las apoya en su pecho para que note su corazón tranquilo.

—Sí —responde.

—Pues quiero ir con él —digo, y le planto un beso rápido. No sé por qué, pero me sale, y lo necesito—. Tengo que hacer algo. Al menos asegurarme de que no lo mate demasiado deprisa —le susurro, y se queda sorprendido por el gesto.

Kenzo pone morritos.

—¿A mí no me toca beso? —protesta.

Riendo, le lanzo un puñetazo; él me agarra y me achucha, dándome un beso de verdad que me deja jadeando hasta que me suelta. Con ese beso me arde el vientre. Me tambaleo, él me lanza un guiño—. Así mejor.

—¿Estás segura, Roxxane? —pregunta Ryder.

Me encojo de hombros.

—Ya lo he visto en acción y no me da miedo. Además, decías que puedo controlarle. Déjame ayudar. Me estoy volviendo loca aquí dentro.

Me estudia antes de asentir.

—Si es demasiado, sube—me advierte, fingiendo que Diesel no lo escucha.

—Estará bien, ¿verdad, pajarito? —se ríe Diesel—. No se va a despegar de mí hasta que grite mi nombre —suelta, frotándose las manos.

—Eso, luego nos vemos. —Asiento y Diesel me arrastra al ascensor. No pienso subir aunque se complique. Tengo que demostrarles que puedo sobrevivir en su mundo, y esto es su vida. Si le tuviera miedo a Diesel, me machacaría y acabaría conmigo.

No, no pienso ceder.

Ahora sé que son mi futuro y tengo que tomar las riendas. Participar. Demostrarles que valgo para algo más que un polvo. En realidad, mi vida anterior parece un borrón; los Vipres me han consumido por completo. Ya no quiero irme.

Hace tiempo que lo sé, pero seguía luchando. Estoy cansada de estar sola, de sobrevivir cada día. Echo de menos el bar, sí, y me aseguraré de que siga en pie, pero si dejo de pensar en lo malo, esta vida… no está mal, salvo por el aburrimiento. Espero que, si demuestro que valgo, me dejen encargarme de algo. Mi futuro es

incierto aún. Igual acabo muerta, pero a medida que pasan los días, parece menos probable.

Ellos también me necesitan.

Lo sé, lo veo. Me quieren aquí, todos menos Garrett. Sí, son criminales, pero la mitad de la gente que conozco también lo es. Pueden ser fríos, crueles, y esta relación no ha empezado bien. Pero ¿qué empieza bien en la vida real? No son príncipes; son los villanos de las sombras, con ojos oscuros e instintos animales.

Pero nunca he necesitado un caballero.

Solo un cuerpo a mi lado, alguien dispuesto a quedarse conmigo en la oscuridad. Y estos víboras… lo hacen.

Cuanto más aprendo de ellos, más entiendo lo mucho que nos parecemos. Ellos tendrán dinero y poder, pero por dentro, estamos igual de jodidos. Quizá por eso les cuesta matarme o usarme como querían.

El veneno se me ha metido en las venas; tal vez sea síndrome de Estocolmo. O tal vez lo que pasa es que me importa una mierda. Nunca me había sentido tan viva. Les importo, me notan. Serán duros con las palabras, ásperos con las manos, pero solo porque no saben querer, igual que yo.

Supongo que tendremos que aprender juntos, porque ahora… Ahora voy de cabeza. Entro de nuevo en la madriguera de las víboras con los brazos abiertos para recibir la mordedura. Solo espero que no me maten.

La puerta se abre con un *ding*, y Diesel me mira de arriba abajo, transformado. Le brillan los ojos, pero no por mí, sino por la violencia, por el dolor.

—¿Lista, pajarito? Prepárate para ver de lo que soy capaz.

—Lista —asiento, fingiendo valentía.

Se ríe mientras se adelanta.

—Perfecto, porque no pienso separarme de ti hasta que grites mi nombre.

Recorre el pasillo.

Espera… ¿qué?



28
DIESEL

La oigo detrás de mí. No sabe dónde se está metiendo, pero tenía una salida y no la ha tomado. Me he contenido, he tratado de ser bueno, pero a la mierda con eso. Esta noche, obtendré la información que necesitamos y poseeré a la mujer que ya es mía.

Mi pajarito.

Oigo al hombre forcejear con las cadenas, intentando liberarse. Es un asesino, así que será más difícil de doblegar y me resultará más gratificante.

Cuando entro en la habitación, se queda inmóvil, sus ojos me examinan en busca de armas. Sabe por qué está aquí, y también que la probabilidad de que sobreviva es baja. Es inteligente, lo veo en sus ojos. Me pregunto si hablará o tendré que demostrarle hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

—Vamos a empezar, ¿vale? —Sonrío, y oigo a mi pajarito entrar en la habitación, pero esta vez no se va a limitarse a mirar, no, me ayudará.

¿Quiere ser una de nosotros? Entonces, así es como lo conseguirá.

—Pajarito, pásame el cuchillo grande —ordeno. La oigo dudar y la miro—Ya, pajarito.

Busca mis ojos azules antes de inspirar, luego coge el cuchillo de la bandeja y me lo pasa. Sonriendo, me inclino y la beso en la mano.

—Buena chica. —Me vuelvo hacia el tipo y me acerco. Sé que le han quitado todas las armas, pero nunca se es demasiado precavido.

Le hago unos cuantos cortes rápidos y le quito la ropa hasta que

cuelga desnudo de los ganchos. Roxy jadea, sin duda sorprendida por sus extensas cicatrices. Después de todo, es un asesino.

—¿Algo que quieras decirme antes de que empiece?

«Por favor, di que no».

Frunce los labios y mira a Roxy antes de escupirme. Me río y lanzo el cuchillo al aire.

—Menos mal. Esto va a ser divertido.

Lo vuelvo a lanzar, directo hacia él. Se prepara para el impacto mientras el cuchillo se clava en su hombro. El único sonido que emite es un silbido entre los dientes apretados.

—Pajarito, pajarito, a veces se rinden fácilmente…, pero no creo que este lo haga.

—¿Eso es bueno? —me pregunta, y siento su mano en la espalda.

La miro y sonrío mientras ella traga saliva.

—Algo muy bueno —ronroneo, y me entrega un bisturí sin que se lo pida. Ah, ahora sí que se ha puesto manos a la obra.

Volviéndome hacia el hombre, le dejo ver la locura que me acecha en lo más profundo, el fuego que encendieron en mí de niño y que ni siquiera yo puedo controlar.

Acercándome más, miro fijamente a los ojos del asesino mientras arrastro el filo de la hoja por su piel, cortando el grueso tejido cicatricial hasta que vuelve a sisear, con los ojos entrecerrados. Lo hago de nuevo por el pecho y los brazos antes de agarrar el cuchillo del hombro y girarlo.

—Ahora, ¿algo más que decir? ¿Qué tal si empezamos por lo más sencillo? ¿Para quién trabajas?

—Para Papá Noel —se burla, haciéndome reír, así que hundo más la hoja, viendo cómo la sangre gotea de la herida.

—Como eres un asesino, apuesto a que el dedo con el que accionas el gatillo es importante, ¿verdad? —digo en voz alta.

Traga saliva, lo que hace que se le mueva la nuez, y de repente le arranco el cuchillo, lo que le hace lanzar un grito. El sonido es música para mis oídos y se me pone duro como ninguna otra cosa…, salvo mi pajarito.

Me doy la vuelta, agarro la sierra, levanto el brazo y empiezo a cortarle el dedo, silbando para mis adentros. Grita y se sacude,

intentando impedirlo. La sangre salpica los grilletes y la mano hasta que tropiezo con el hueso. Maldiciendo, muevo la hoja con más fuerza.

—Puta sierra, es difícil encontrar una buena para cortar huesos que no se desafile con demasiada facilidad —le digo con naturalidad —. No te creerías la cantidad de veces que he tenido que cambiarla. —Suspiro mientras le arranco el dedo y lo tiro a un lado. Dejo caer la sierra al suelo, cojo el mechero y, sonriendo a escasos centímetros de su cara, se lo aprieto en la herida para cauterizarla.

Vuelve a gritar, y gimo cuando siento el olor a carne quemada. Cierro el mechero, doy un paso atrás con un movimiento de cabeza y lo miro.

—¿Lo intentamos de nuevo?

—Que te jodan. —Me escupe, le salen mocos por la nariz y le resbala la saliva por la barbilla.

—Muy bien. —Agarrando de nuevo el bisturí, empiezo a apuñalar y a cortar, mis movimientos son aleatorios y caóticos para que no pueda prepararse.

Pero sus gritos resuenan en mis oídos, hacen eco a mi alrededor, evocan otros gritos del pasado mientras se mezclan con el olor a carne quemada. Corto cada vez más rápido, apuñalándolo.

Sigo acuchillando entre gritos, riendo a medias. No puedo detenerme. El fuego parpadea a mi alrededor, los gritos de mi madre resuenan en mi cabeza hasta que una mano atraviesa las llamas. Viene directa hacia mí.

—D, mírame —exige la voz. Es baja, sensual.

Familiar.

—¿Pajarito? —murmuro, quedándome quieto.

Me agarra la mano y la cuchilla. Parpadeo entre jadeos y la habitación vuelve a estar enfocada. Ella está de pie ante el hombre ensangrentado y amordazado. Sujeta con la mano la parte de la hoja, cortándose la piel para impedir que vuelva a usarla. Cuando me ve, sonríe.

—Me has abandonado.

—Nunca —murmuro, mirándola a los ojos.

—No puedes matarlo, todavía no, no tienes la información —

advierte.

—¿No intentabas salvarlo? —pregunto con el ceño fruncido, sintiendo una repentina oleada de celos. ¿Cómo se atreve? Es mía.

Se inclina sobre la hoja para que vuelva a mirarla, y solo entonces me doy cuenta de que he empezado a gruñir como un animal. Ella jadea de dolor, se le dilatan las pupilas mientras su sangre gotea por el filo del cuchillo y por mi mano, haciéndome gemir.

—No. Intento ayudarte —susurra en tono dolorido.

Le cubro la mano y le clavo más la cuchilla; ella gime, pero me permite hacerlo. Gimo y le aparto la mano, tirando la hoja antes de estrecharla entre mis brazos. Encierra mi cara entre sus manos, enmarcándola. Noto la sangre en su mano cubriéndome las mejillas, y mi polla se estremece al notar que intenta subirse a mí, pero es demasiado baja.

Sonriendo, la levanto del suelo hasta que nuestros labios se encuentran. Es un beso salvaje, lleno de dolor, y me arranca del abismo como ninguna otra cosa. Sustituyo la impresión de las llamas lamiéndome la piel por su suavidad. El sabor del humo por su dulzura. El sonido de los gritos de mi madre por su gemido, y me lo trago todo.

Al apartarme, vuelvo a dejarle los pies en el suelo y ella se tambalea un poco, desequilibrada, así que la sostengo.

—Necesito sentarme —murmura jadeando.

—Mi cara está disponible —replico, y una carcajada brota de sus labios hinchados.

La llevo hasta la caja de herramientas con una sonrisa y la siento sobre ella. Le abro el puño herido y echo un vistazo al corte: no es demasiado profundo. Me inclino y lo beso con los ojos clavados en los suyos. Me enderezo y me lamo los labios, saboreando el sabor metálico, y ella se mueve, imitando mi gesto.

Oh sí, a mi pajarito le gusto salvaje. Cruel. Como una bestia.

Loco.

Sintiéndome más yo mismo y recuperando el control, me vuelvo hacia el hombre y sonrío.

—Lo siento. Ahora, ¿tienes algo que decirme?

Jadea pesadamente, con la cabeza caída.

—La Tríada, ellos me contrataron. —Cada palabra es áspera, su voz está indudablemente dañada por los gritos.

Le agarro del pelo, le levanto la cabeza y me giro para sonreírle.

—Muy bien, pero ¿cómo?

—¿Cómo coño crees? —suelta, haciéndome fruncir el ceño y a él tragar saliva—. A través de conocidos.

—Creía que tenían problemas económicos —reflexiono en voz alta con el ceño fruncido.

Sacude la cabeza con desesperación.

—No, todo es mentira. Encubren sus verdaderas ganancias. Han estado traficando en otras ciudades para recuperar algo de dinero, sabían que lo necesitarían para venir a por vosotros.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunto con indiferencia.

—Hago los deberes. —Se ríe con amargura—. Está claro que no lo suficientemente bien, elegí el lado equivocado.

Entonces sonrío.

—Eso parece.

Gira la cabeza y escupe un poco de sangre al suelo.

—¿Seguimos? —sugiere, resignado.

—Oh, no te rindas ahora. Has empezado muy bien —comento mientras miro mis herramientas—. ¿Qué tal si te ahogo un poco para espabilarte?

—¿Qué? ¿Nada novedoso? —se burla—. Debo decir que me siento decepcionado. El gran Diesel, usando técnicas tan antiguas. Pensaba que eras más creativo.

Me quedo paralizado. Oh, ¿quiere jugar a esto? Pues sí. Cojo mi último juguete y me doy la vuelta con una sonrisa de satisfacción.

—¿Quieres algo nuevo? ¿Qué te parece esto? Lo he hecho yo mismo. Tomé prestados algunos conceptos de otros dispositivos, por supuesto. —Me encojo de hombros mientras me acerco.

Su chulería decae un momento.

—¿Sí? ¿Qué hace?

—Esto. —Sonrío mientras introduzco su polla en el tubo y hago clic en el cierre. Se queda paralizado, apenas respira, pero como no pasa nada, se relaja. Observo su cara hasta que se da cuenta de que el dispositivo está apretando su polla muy despacio. Sus ojos se

desorbitan cuando el tubo se cierra, comprimiéndosela cada vez más, y cuando empieza a gritar, sé que le está cortando la piel—. Mmm, ¿qué tal?

Doy un paso atrás y me coloco entre las piernas de Roxy mientras veo gritar al hombre. Me rodea cruzando los brazos, se relaja contra mi espalda y apoya la barbilla en mi hombro.

—¿Se te pone dura al hacer daño a la gente? —pregunta de forma casual, haciéndome parpadear antes de sonreír.

Me giro, le agarro la mano y la aprieto contra mi entrepierna.

—¿A ti qué te parece?

Inclina la cabeza a un lado, con los labios entre los dientes, cuando le suelto la mano, no la aparta, sino que me frota por encima de los pantalones, haciéndome gruñir. Me inclino hacia ella y apoyo los puños a ambos lados de sus muslos para lamerle los labios.

—No juegues conmigo, pajarito, a menos que quieras que te folle aquí mismo.

Aspira con un suspiro.

—¿Te gustaría hacerme daño?

—Sí —admito sin vergüenza—. Quiero tallarte la piel, ver cómo gotea la sangre mientras te follo.

Respira de forma entrecortada y aprieta la mano con más fuerza.

—¿Sobreviviría?

—¿Te importaría?

Mueve la cabeza.

—Tal vez, pero me parece que quiero averiguarlo.

Sonrío.

—Sabía que sería así, pajarito, eres muy valiente. ¿Crees que puedes controlarme…, detenerme antes de que te mate? Cuéntame, ¿crees que podrías convertir esa sed de sangre en solo lujuria?

Se inclina hacia mí, mordiéndome el labio.

—Quiero intentarlo.

Me llega un grito particularmente fuerte desde detrás de mí.

—Luego seguimos con esto, no quiero que muera todavía.

Me cuesta apartarme de su mano exploradora, pero lo hago. Giro, quito la pinza y la arranco de su polla. Hago una mueca de dolor

cuando veo el desastre ensangrentado en el que se ha convertido.

—Joder, espero que no quisieras tener hijos—. Me río—. Te daré un momento para que te recompongas. Solo unas cuantas preguntas más y terminamos.

Tiro el artilugio a un lado, me giro y vuelvo a mirar a Roxy mientras él se desmaya a mi espalda. Avanzo sigilosamente hacia ella, que sonríe, sin el menor miedo. Quizá me he equivocado, quizá no es un pájaro. Quizá sea una serpiente.

Como yo.

Me mira con deseo en los ojos. Mi pajarito se libera de su jaula cada día, con cada acción. Yo la deseo. Su libertad, su placer, su dolor. Debería estar concentrado en el asesino, pero con ella aquí, solo puedo pensar en inclinarla sobre esa caja de herramientas y penetrarla, ver cómo su coño recibe mi polla mientras nos rodea el derramamiento de sangre y la tortura.

Se lame los labios como si supiera lo que estoy pensando.

—¿Vas a follarme? —pregunta con indiferencia. La rodeo con los dedos por los hombros y el pelo mientras aspiro una bocanada del dulce aroma de Roxy. Me cala hasta los huesos, hace que me estremezca y la única forma de que sea mejor es con su sangre.

—Me lo estoy pensando —respondo.

—¿Delante de él, o lo matarás primero? —pregunta, arqueándose para que pueda acceder mejor.

Me detengo detrás de ella, le aparto el pelo y se queda inmóvil mientras la lamo y beso a lo largo del cuello, sintiendo su pulso palpitante contra mis labios. Es tan frágil y fuerte al mismo tiempo…

—Creo que primero lo mataré, y luego, con su sangre aún en mis manos, arrancaré el vestido de tu cuerpo y te follaré, dejando huellas de mis manos en esta piel pálida y perfecta.

Jadea y se estremece, apoyándose en mí. A mi sucio pajarito le encanta la idea. Tarareando, le mordisqueo el cuello antes de morderla en serio. Jadea de dolor, pero se empuja contra mis dientes, desafiándome a ir más allá. Sé lo que está haciendo, comprobando su control sobre mí y desafiándose a sí misma.

Cree que si puede tentarme, tenerme, puede sobrevivir a este mundo.

Ya veremos.

—¿Y si uso alguno de mis juguetes contigo, pajarito? ¿Seguirías corriéndote igual con mi cuchillo en tu piel y mi polla en tu coño?

Gime, extiende la mano hacia atrás y rodea mi cabeza, arrastrándome más cerca mientras se mece sobre la caja de herramientas.

Le paso las manos por los hombros y bajo hasta sus pechos turgentes, que aprieto con fuerza, haciéndola gemir.

—Te vi follar con Kenzo. Te gustó la lucha, el dolor, pero ¿cuánto puedes soportar? —susurro contra su piel.

—Todo —responde, mientras yo recorro su vientre hasta llegar a su coño y se lo acaricio, dejándola que se balancee contra mí mientras le pellizco y le lamo el cuello.

—Supongo que ya veremos. Los demás no te salvarán ahora. Has venido hasta aquí y no te irás hasta que me sienta satisfecho con tus jugos en mi polla y tu sangre en mis manos. Valiente pajarito, entrando directamente en la guarida de la víbora —murmuro, mientras el asesino empieza a despertarse.

Aprieto más fuerte la mano contra su coño empapado y subo los ojos para encontrarme con los suyos mientras él parpadea y levanta la cabeza. Me mira y abre los ojos con miedo mientras juego con mi chica. Subo por su cuerpo y le acaricio los pechos antes de morderle el cuello con fuerza, haciéndola gritar. Me aparto riendo.

—Está despierto, pajarito, así que tendrás que esperar para que juegue contigo. Aunque siéntete libre de acariciarte tú misma mientras esperas, siempre y cuando no te corras y él no vea ni un centímetro de tu piel.

El hombre cierra los ojos.

—No he visto nada —se apresura a decir, mientras yo la examino.

—No, no lo ha hecho —gruño de forma posesiva—. ¿Puedes oler su excitación? —Respiro hondo—. Yo la huelo. Le gusta verme trabajar, le gusta la sangre. El dolor. Mi pajarito travieso.

Mueve la cabeza, intentando con todas sus fuerzas no respirar, pero su respiración se entrecorta e inhala. Me lanzo hacia él, le tapo la boca y la nariz y me acerco a su cara.

—No puedes olerla —gruño, y sus ojos se abren de par en par

mientras intenta no volver a respirar.

Nos miramos mientras lucha, sin duda sus pulmones se están cerrando.

—D, pórtate bien —me advierte desde detrás.

Riendo, me alejo, y él aspira profundamente antes de toser.

—Dale las gracias a mi pajarito por dejarte vivir.

Tose de nuevo, con los ojos llorosos mientras levanta la vista y la mira.

—Gracias, pajarito.

Me quedo helado y ella lanza una maldición.

—¿Acabas de llamarla «pajarito»?

Gira los ojos hacia mí y se da cuenta de su error.

—No, no, solo estaba…

—D —murmura, pero la ignoro mientras me pongo delante de él.

—Elige tus palabras con cuidado. ¿Hay algo más que puedas decirme? —pregunto, conteniéndome por el momento, intentando hacer mi trabajo, aunque quiera convertirlo en pedazos.

—Han contratado a otros para matarte. No pararán hasta que estéis muertos, y tienen a alguien que sabe cosas sobre vosotros —se apresura a añadir.

—¿Un topo? —exijo.

Niega con la cabeza con más fuerza.

—No…, no, parte de la información era antigua, supongo que es de un exempleado.

Le doy una bofetada.

—Lo has hecho bien.

Estoy más cabreado que nunca, hemos dado trabajo a un traidor. Tendré que decírselo a Ryder y dejar que lo busque él. Solemos vigilar a los antiguos empleados para asegurarnos de que no necesitan nada, pero ¿esto? Esto es traición.

Me doy la vuelta y lanzo una sonrisa a mi pajarito mientras saco mi pequeño cuchillo de la cintura. Jadea cuando me giro y le corto el cuello. Abre los ojos de par en par en estado de *shock*, e intenta farfullar mientras la sangre brota y bombea de la herida. Ya no hay marcha atrás; pego mi cara a la suya mientras muere para ver cómo se apaga la luz de sus ojos.

—Ella es mía. Mía —rujo.

Lo veo morir y, presa aún de la necesidad que me recorre, me vuelvo hacia mi mujer. Ella me mira con miedo y deseo en los ojos mientras me acerco. Bien, debe temerme. Podría quemarla tan fácilmente como ella podría consumirme a mí.

Sabe que soy peligroso, sabe que tal vez estar en mis brazos signifique la muerte, pero da un paso al frente voluntariamente. Solo somos dos personas que se han encontrado en este mundo oscuro y brutal. Ella está jodida, pero yo también. Juntos, podríamos ser algo increíble, o podríamos explotar.

Quiero averiguarlo.

No seré su salvador, sino quien la lleve al pecado.

Pero a ella le parece bien, más que bien, porque se aprieta contra mi pecho y echa la cabeza hacia atrás para brindarme una sonrisa. Oigo cómo la sangre cae al suelo a mi espalda, pero ella la ignora igual que yo. Llevamos bailando alrededor de estas llamas desde que llegó, y ya es hora de que nos encendamos.

—Diesel. —La forma en que pronuncia mi nombre lanza un impulso de lujuria directamente a mi ya dura polla. Tiene los labios entreabiertos por el deseo, las cimas de sus pechos casi perforan la tela del top mientras respira agitadamente.

—Pajarito —respondo, bajando la cabeza despacio para darle la oportunidad de retroceder. No la dejaría escapar, pero marcaría la pauta de cómo va a acabar esto. ¿Quiere una pelea como tuvo con Kenzo, o quiere rendirse a mí y al dolor y el placer que le puedo dar?

Se encuentra conmigo a medio camino. Enredo mis dedos en su pelo y la acerco más, obligándola a ponerse de puntillas mientras la beso. Despierta la parte más salvaje de mí, la llama, para que cubra su piel con ella.

—Por favor —suplica contra mis labios.

Necesito su ruego, y ella lo sabe. Sus ojos están llenos de picardía, mi pajarito sabe exactamente qué decir para participar en mi juego. Está dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quiere, y en este momento, soy yo.

Profundamente dentro de su cuerpo.

Tiene las mejillas sonrojadas por el deseo y los ojos brillantes.

Incluso aquí abajo, en el sótano, brilla como una joya. Me recorre el pecho con una mano y yo la dejo. Me desabrocha los vaqueros con destreza y libera mi polla.

Se fija en el tatuaje que recorre la longitud y en las llamas que suben por mis caderas, y se relame los labios.

—¿Llamas?

—Un recordatorio de lo fácil que todos podemos caer —murmuro.

Asiente, comprensiva, mientras me rodea con la mano antes de tocarme el *piercing* de la punta. Gruño, harto de sus juegos, le agarro las manos y se las subo más arriba de la cabeza hasta dejarla estirada.

—No va a ser así, pajarito.

—¿No? —me desafía ella con una sonrisa coqueta en los labios.

—Si quieres suavidad, vete con los otros; si vienes aquí, encontrarás dolor. Pero eso ya lo sabes, pajarito. Has venido aquí conmigo en busca de un castigo, por desearnos, por ceder. Y te complaceré con gusto.

Se le doblan las rodillas, así que la sostengo… No, así no funcionará. Necesito tener las manos libres.

Sujeto sus muñecas entre los dedos y luego las aprisiono bajo mi brazo mientras deshago rápidamente las ataduras de las cadenas del asesino y lanzo su cadáver a un rincón. La arrastro detrás del charco de sangre derramada y la encadeno, tirando de las cadenas hasta que le rodean las muñecas y apenas puede tocar el suelo. Me aseguro de que las cadenas le tiran de los hombros hacia atrás hasta que suelta un jadeo, el dolor es constante e implacable. La mantendrá en vilo.

El placer es otra forma de tortura, y yo soy un maestro.

Tiene los ojos muy abiertos y el pecho agitado mientras me observa. Desea esto, entró en este lugar de forma voluntaria. Ahora voy a tomarla, una y otra vez, hasta que quede satisfecho, y si sobrevive, se habrá convertido en una de nosotros.

Con el mismo cuchillo con el que degollé al hombre, le rajo el top y se lo quito. Cuando cae deja al descubierto sus pechos apenas contenidos por un sujetador transparente de encaje negro. Me aseguro de quitarle con cuidado las botas, pues sé cuánto le gustan.

Cuando su piel cremosa queda expuesta ante mi vista, limpio la cuchilla y la desinfecto, pues necesito que esté limpia para lo que he planeado.

Me mira boquiabierta, con los ojos desorbitados. Su pecho se sonroja mientras recorro con la mirada todos sus tatuajes y sus curvas. Es deliciosa, toda tentación. Muslos gruesos, tatuajes y una actitud alocada que me pone a mil por hora.

—Voy a pasar la hoja por tu piel, sin cortar, aún no, solo la arrastraré. Eso dejará deliciosas marcas rosadas para que yo las siga con la boca —explico, dejando que se refleje la luz en la cuchilla haciéndola brillar.

Me acerco y rozo sus labios.

—El placer irá directo a tu dulce coño, tan empapado que puedo olerlo. —Mientras hablo, le corto el sujetador. Lo deshecho a un lado y deslizo el filo del cuchillo entre la piel de su cadera y el cordón del tanga. También lo dejo caer despreocupadamente. Es impresionante. Tiene la piel manchada por algunas cicatrices y tatuajes, y se me hace la boca agua.

Es adictiva.

Mi nueva obsesión favorita.

—Pues hazlo, deja de hablar —suelta.

—Tal vez no he terminado de jugar contigo. Quizá estoy esperando a ver el fuego de tus ojos. —Sonriendo, doy un paso a su alrededor, pasando mi dedo por sus nalgas tensas y rodeo su cadera hasta su vientre, donde me detengo en el *piercing*. Con los ojos clavados en los suyos, le doy un tirón. Al principio se queda callada hasta que tiro con más fuerza, y entonces se le escapa un sonido que me hace gemir. Y ahí está, su fuego—. Ya está, así está mejor —murmuro.

—Capullo —escupe, tratando de inclinarse hacia atrás, con un traqueteo de cadenas.

Me abalanzo sobre ella y le aprieto el cuchillo contra el cuello, justo el mismo punto donde unos minutos antes degollé a un hombre. Traga saliva e inclina la cabeza hacia atrás, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, se aprieta contra la hoja, poniéndome a prueba. Quiere ver hasta dónde puedo llegar. Cuando se rompe la piel y empieza a salir sangre, me alejo y ella se ríe.

—Así que no me vas a matar. Entonces, ¿por qué no me follas? —se burla, y separa sus muslos cremosos, mostrándome su coño reluciente para intentar que me precipite.

Chasqueo la lengua y trazo un camino con la punta del cuchillo por el valle entre sus pechos antes de rodear sus pezones. Repito ese bucle una y otra vez, haciendo más presión cada vez.

—No puedes meterme prisa, pajarito. He imaginado todas las formas en que podría follarte, lastimarte y hacerte sangrar y gritar desde que te vi.

Al levantar la hoja, sonrío al ver las marcas rosadas que he dejado tras de mí y, como prometí, bajo la cabeza y sigo el recorrido con la lengua. Ella jadea y se echa hacia delante para intentar meterme un pezón en la boca. Pajarito codicioso.

Vuelvo a levantar la cabeza y llevo la hoja desde sus pechos hasta su vientre y alrededor de su ombligo, antes de arrodillarme y seguir el camino. Levanto los ojos y paso la lengua por la joya que hay en su vientre, y su cabeza cae hacia delante; sus ojos se encuentran con los míos. Sujeta un labio entre los dientes y se estremece al sentir mi contacto.

Paso la lengua por su *piercing* y tiro un poco de él, lo que le arranca un gemido antes de que gire la cabeza. Entonces, le muerdo la cadera sin previo aviso. Su gemido se convierte en un grito mientras se sacude en las cadenas, balanceándose un poco, así que la agarro por la cadera para hincar los dientes más profundamente antes de soltar su piel y besarla con más intensidad. Alterno lametones y mordiscos en mi recorrido por su cuerpo, ignorando mi dolorida polla, y luego paso el cuchillo por su pezón. Gime al sentir el peligroso filo sobre una de sus zonas más sensibles y se inclina hacia él, así que lo hago una y otra vez, antes de lamer el recorrido. Vuelve a gemir mi nombre, mi pajarito sigue intentando tentarme.

Así que, como castigo, le hago dos finos cortes con el cuchillo en las crestas de sus pechos. Me inclino hacia atrás para ver manar la sangre de los cortes.

—D, por favor —gime.

Con los ojos clavados en los suyos, lamo los cortes, presionando los bordes con la lengua hasta que ella gruñe de dolor mientras se

estremece de placer.

—¿Sabías, pajarito, que un poco de dolor puede aumentar el placer? A la gente normal le gusta solo un poco, mientras que otros pueden soportar mucho… Me pregunto cuánto puedes tolerar tú.

Le lamo el cuello hasta detenerme en sus labios.

—Vamos a averiguarlo, seguiré presionando hasta que tus gritos de agonía se mezclen con tus alaridos de placer. —Me pellizca los labios, haciéndome sonreír—. ¿Con qué empezamos, pajarito? Puedo seguir con el cuchillo… Lo imagino contra tu clítoris perforado mientras te follo con la lengua… ¿O tal vez prefieres que llene tu culito apretado con mi polla?

Jadea, sacudiéndose contra mí.

—Cuchillo —susurra sin aliento.

—Muy bien. —Me arrodillo y le separo los muslos cremosos para exponer su coño. Está tan mojada que los fluidos le chorrean por los muslos, y cuando separo sus labios y acaricio su clítoris perforado, ella me aprieta. Moriría feliz con la cara hundida en su coño, saboreándolo con la lengua.

Deslizo el cuchillo por ambos muslos, dejando un rastro de ardor, y luego lo paso alrededor de su coño antes de mojar la hoja con su flujo. Me inclino hacia atrás y la miro a los ojos para que vea cómo lamo sus jugos en el filo.

—Mmm, deliciosa…

Cierra los ojos un momento antes de abrirlos y parpadear.

—Bueno, ¿vas a follarme o solo vas a hablar?

La agarro por el muslo, le clavo las uñas y presiono con fuerza la parte plana de la hoja contra su clítoris, manteniéndola allí mientras introduzco la lengua en su canal. Gime mi nombre, se sacude entre las cadenas y me aprieta más. Pero no es suficiente ni para mí ni para ella. Me aparto, le lamo el clítoris y saco el cuchillo antes de girarlo hasta que el grueso mango negro queda presionado contra su entrada. Abre los ojos de par en par y su respiración se entrecorta antes de asentir, empujándose contra él para intentar introducirlo en su cuerpo.

—Este es el cuchillo con el que lo maté. ¿Viste qué muerte más bonita, ahogándose en su propia sangre? —murmuro, mientras lo

aprieto contra ella antes de sacarlo y volver a hundirlo unos centímetros más—. La hoja le abrió la piel con facilidad, y salió toda esa sangre, la sangre sobre la que estás… —Me detengo, me lamo los labios para mantener el sabor de su coño en mi boca—. La próxima vez, te haré mirar. Te follaré con la cuchilla en la garganta mientras mueren delante de nosotros. —Dicho eso, meto el mango dentro de ella.

Grita de dolor y de placer, y yo suelto una risita antes de girar la empuñadura. La textura estriada hace que sus caderas se arqueen hacia delante mientras intenta tomar más.

—Sí, más —grita, mientras saco el cuchillo de su cuerpo tenso y vuelvo a clavárselo de golpe, follándola con él. Grita mi nombre acompañado de palabras de aliento mientras veo cómo se ruboriza, cómo le tiemblan los muslos al alcanzar el clímax. Está a punto, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la cara desencajada.

Muy cerca.

Retiro el cuchillo y abre los ojos.

—¿Qué coño…? —grita.

Vuelvo a reírme y lamo el mango del cuchillo mientras ella me mira con el pecho agitado.

—No puedes correrte aún. Vas a llegar al borde, una y otra vez, hasta que te duela tanto que me supliques que permita que te corras.

—Eres un cabrón —gruñe antes de girar las cadenas y darme una patada. Le agarro el tobillo en el aire y me lo llevo a los labios mientras le rozo con los dientes el arco del pie, haciéndola jadear.

—Eso no ha estado bien, pajarito —murmuro antes de soltarle la pierna y ponerme de pie. Me alejo y me quito lentamente los pantalones. Ella gime, sus ojos recorren mi cuerpo mientras aprieta los muslos.

Cojo la vara de madera que utilizo a veces para atarles los brazos, la arrastro entre sus pechos y bajo hasta su coño, donde doy un golpe ligero antes de llevarlo hacia su espalda. Se le desliza el pelo por los hombros y lo aparto mientras le beso el cuello.

—¿Quieres un castigo? Lo vas a tener.

Le golpeo la espalda con la vara varias veces en rápida sucesión, repetidamente. Se retuerce y grita. No lo hago con delicadeza y, al apartarme, me fijo en las ronchas que decoran su piel.

—Qué bonito, ver cómo se te marca la piel por mí. Sé que tendrás que andar por ahí con ellas, que los demás preguntándose qué te he hecho… Me pregunto, pajarito, si sabrán lo retorcida que eres en realidad —susurro contra su piel—, porque, ahora mismo, sé que si meto la mano entre esos muslos sedosos estarás chorreando. ¿Saben que te gusta tanto como a mí?

Niega con la cabeza emitiendo unos gemidos.

—Eso imaginaba. La gran y poderosa Roxy se convierte en masilla entre mis manos. Te entregarás por completo. —Bajo el palo otra vez y veo como oscurece su piel—. Y solo lo sabremos nosotros. Los demás no ven más que a la zorra, nosotros la ternura…

—Que te jodan —susurra, casi grogui.

Riéndome, le doy una palmada en el culo con el palo, haciendo que se balancee hacia delante con un grito.

—Todavía no, pajarito. Quiero ver cuánto más puedes aguantar.

—Todo. Cualquier cosa. ¿Crees que puedes hacerme daño? No puedes. Me han hecho cosas mucho peores. Así que haz realidad todos tus retorcidos deseos, hazlo. Puedo soportarlo. Puedo contigo —gruñe, con voz fuerte a pesar de su cuerpo desnudo y vulnerable.

—Supongo que ya veremos. —Sonrío, preguntándome si realmente puede. Otras lo han intentado, pensando que podrían domarme. Los chicos me han traído muchas mujeres, y las he roto a todas. ¿Será igual mi pajarito?

Nunca las deseé tanto como a ella. Ella me enciende, mientras que las demás ni siquiera provocaron una chispa. Es malo para ella, tendrá que llevarse la peor parte de mi obsesión, pero no podemos avanzar a menos que lo haga. A menos que sepa que puede sobrevivir a la locura que se esconde en su interior; podría matarla accidentalmente y los demás se cabrearían.

Dejo caer el palo y le agarro el cuello con fuerza. Ya no voy a jugar limpio. Intentaba contenerme, porque me importa, pero ella sigue provocándome…

Ahora vienen las llamas.

Jadea y se arquea hacia atrás, frotando su dolorido culo contra mi dura polla. Me aseguro de cortarle el suministro de aire mientras sujeto mi polla y separo con una patada sus muslos para metérsela de golpe. Se sacude por la fuerza, incapaz de hacer ruido mientras la saco y la vuelvo a meter. Las cadenas resuenan con fuerza. La llevo al extremo, forzando su cuerpo hasta el límite de lo que puede soportar.

Su coño se aprieta a mi alrededor, su humedad me permite entrar y salir de su cuerpo con facilidad. Vuelve a temblar cuando aprieto las manos, y empieza a tirar de la cadena mientras la privo de la vida antes de detenerse de repente y volver a relajarse. «Buena chica, no te resistas». Aflojo un poco la presión y ella respira de forma entrecortada al tiempo que se empuja para recibir mis embestidas.

Me inclino y agarro de nuevo el cuchillo. Mientras me hundo en su interior, recorro con la hoja la turgencia de sus pechos. Gime con fuerza, sin miedo, mientras me deja hacer lo que quiera con su cuerpo.

Puede que luche contra Kenzo, puede que hable mal y sea la persona más valiente que jamás he conocido, pero aquí abajo, conmigo, renuncia al control acumulado, sus muros se derrumban a su alrededor mientras la tomo como a un animal.

Hago un corte entre sus pechos, en el valle intermedio, y noto la sangre que mana del corte. Froto la mano en ella, presiono el corte y la hago gritar de dolor. Me río sin aliento, recorro su vientre con la mano cubierta de sangre hasta llegar a su coño y le acaricio el clítoris perforado hasta que vuelve a estar al borde del precipicio.

Entonces me detengo, me quedo quieto con la polla dentro de su cuerpo y mi dedo en su clítoris. Gime, tratando de empujar hacia atrás para hacer palanca y correrse. Vuelvo a acercar el cuchillo y empapo el mango en sus fluidos, cubriéndolo bien antes de sacar la polla de su coño, que intenta retenerme. La agarro por las caderas, la inclino más hacia atrás y le hundo el dedo en el clítoris. Luego la sujeto por las caderas, la inclino más y le separo las nalgas.

—Dime, pajarito, ¿te han dado alguna vez por aquí?

La oigo tragar saliva.

—Sí —susurra.

—¿Lo disfrutaste? —pregunto con curiosidad genuina, aunque no es que la respuesta vaya a cambiar lo que estoy a punto de hacer.

Se estremece en mis brazos, temblando.

—Sí.

Me río y aprieto el mango del cuchillo contra su agujero. Logro introducirlo unos centímetros y lo vuelvo a sacar. Voy despacio hasta que el mango del cuchillo se asienta en su culo. Doy un paso atrás y contemplo el espectáculo: las ronchas rojas de su culo, el cuchillo clavado en él y los fluidos cubriéndole los muslos. Joder. Casi me corro solo de verla. Cojo el móvil, hago una foto rápida y se la envío a los chicos para que sepan lo que se están perdiendo antes dejar el teléfono y volver a sujetarla por las caderas.

—Diesel —protesta ella, mientras yo me alineo con su coño, la hoja presiona la carnosa piel de mi cadera—. Te va a doler…

Vuelvo a penetrarla con un rugido, clavándome el cuchillo. Me atraviesa la piel, y menos mal que sé dónde cortar para que no sea mortal, aunque duele como un demonio. El dolor me atraviesa, se une a las llamas que inundan mi estómago y mis pelotas. Me desquito con ella, follándola con fuerza, más rápido, y el cuchillo entra y sale de mi cuerpo mientras ella grita. La sangre de la herida gotea sobre nuestros cuerpos unidos, haciendo el pasaje aún más resbaladizo. No puedo moverme mucho, no quiero destrozarme las entrañas, aunque el cuchillo es pequeño y apenas penetra por debajo de la piel.

Gime, su coño se aprieta y quiere más, y yo también. Así que, aunque me encanta el dolor y la sangre que ahora cubre nuestros cuerpos y nuestras manos, agarro el cuchillo entre los dos y lo alejo para dejarme más sitio.

Retuerzo el cuchillo, haciéndola gemir a ella y a mí gruñir de dolor antes de retirarme hacia atrás y soltar el cuchillo, lanzándolo a un lado mientras la follo.

La sangre sale libremente por mi herida, y sé que si sigue así demasiado tiempo me desmayaré. En algún momento habrá que coserla, pero por ahora sobreviviré.

—Vas a tener que coserme.

—¿Qué…? —gime, apenas capaz de hablar.

—Cuando acabemos, cóseme o moriré —bromeo, pero ella jadea, pensando que lo digo en serio. Me río, la agarro por las caderas y la penetro una y otra vez mientras le froto el clítoris con un dedo cubierto de sangre. Se me tensan las pelotas, el placer y el dolor rugen en mi interior.

Estoy demasiado cerca, quiero que esto dure para siempre y moriría feliz aquí, pero necesito correrme. Ver cómo mi semen cae de su coño húmedo y ensangrentado.

—Córrete —exijo, y ella grita mientras tiro del *piercing* de su clítoris. Su coño se aprieta a mi alrededor. Gruño mientras me abalanzo sobre ella, inundándola con mi semen.

Jadeando, me apoyo en ella, las cadenas oscilan ruidosamente antes de que, con un gemido, me retire de su cuerpo. Levanto la mano y me estremezco ante el dolor que el movimiento causa en mi piel dañada. La libero y la atrapo antes de que caiga. Aunque me duele y me siento un poco débil por la pérdida de sangre, la acuno entre mis brazos mientras voy hasta una caja para dejarla encima. Aún tiene los ojos cerrados y su cuerpo tiembla de dolor.

Ha sobrevivido.

Le retiro el pelo de la cara y la beso con ternura.

—Pajarito, pajarito, sabía que eras la elegida. Ahora nunca escaparás de nosotros, eres mía. Para siempre. La atadura es más fuerte de lo que ningún anillo o matrimonio provocaría. Si intentas irte, te cazaré.

Ella sonríe, y yo me inclino a su lado con un gemido.

—¿Te apetece coserme, pajarito? Espero que tengas los dedos firmes.

Ella abre los ojos y se fija en la herida en estado de *shock*, jadeando.

—Joder, vale, sí, sé coser. He tenido que hacerlo unas cuantas veces en mi propia piel. Aprendí rápido. ¿Tienes un *kit*?

Riendo, señalo el botiquín del rincón que tengo escondido aquí por si se desangran antes de tiempo. Ahora me va a resultar útil. Se baja a trompicones de la caja y, descalza, se acerca para cogerlo. Su culo cubierto de sangre se mueve tentadoramente. Cierro los ojos y la

espero.

Oigo como abre el botiquín y la miro de nuevo para encontrarla arrodillada a mis pies cogiendo lo que necesita. Limpia la herida, haciéndome sisear, aunque mi polla se endurece por el dolor. Sonríe y lo ignora mientras empieza a coser el corte.

—No es grave, solo sangra un poco. Puto desquiciado.

Cuando termina, se sienta y se ríe ante mi polla dura.

—Bueno, ha sido divertido. —Se tumba de lado y se apoya en mí. Me inclino para acariciarle el pelo—. Mmm —ronronea relajándose—. Aunque no te ayudaré a deshacerte del cuerpo. Creo que me has agotado por completo, necesito dormir y comer.

Sonrío y la beso ignorando el tirón de los puntos.

—La próxima vez. Te llevaré arriba, estoy seguro de que Kenzo te cuidará con ternura.

Levanta la mirada y me hace un mohín.

—Estoy segura de que si pongo esta cara hasta podría conseguir que Ryder me preparara un baño.

Me río.

—Pequeña malcriada, sabes exactamente que los tienes comiendo de la palma de tu mano.

No parece avergonzarse lo más mínimo.

—Más bien de mi coño.

—Eso también. —Asiento con seriedad, esperando a recuperar fuerzas antes de moverme—. La próxima vez, pajarito, pensaré en algo aún más atrevido.

Ella gime.

—Estoy deseándolo, pero ahora en serio, necesito bañarme, estoy muy pegajosa.

—Dentro de un rato. —Asiento con la cabeza y me deslizo hasta el suelo, atrayéndola entre mis brazos, me gusta pensar en ella cubierta de mi sangre y semen.

—¿De verdad te llamas Diesel? —pregunta, acurrucándose contra mí, con la sangre y el sudor cubriendo su cuerpo. Añadidos a las marcas que le he hecho, es el espectáculo más hermoso del mundo.

—No —respondo, y ella levanta la cabeza para mirarme—. ¿Cuánto vale para ti saberlo, pajarito?

Me besa, hambrienta y con fuerza, antes de apartarse mientras suelto un gemido. Dejo caer la cabeza al suelo.

—Dios mío, estás intentando matarme. No, mi verdadero nombre es Kace. Me convertí en Diesel después de aquella noche. Kace murió en el incendio, con mi madre, y yo nací.

Me busca con la mirada antes de depositar un suave beso en mis labios.

—No sé a los demás, pero a mí me gusta Diesel. Aunque esté un poco loco y le guste verme dormir.

Me río y tiro de ella para acercarla.

—Aún no has visto nada, pajarito, ahora eres mía. No sé si quiero ir de juerga asesina o follarte.



29
ROXY

Después de un rato, Diesel me estrecha contra su pecho y, sin preocuparse por la ropa, avanza a grandes zancadas por el pasillo con su herida (es autoinfligida, así que no siento mucha compasión) y va al ascensor. Lo que acabamos de hacer ha sido… jodidamente increíble.

Me siento renovada, lo cual es extraño, como si él me hubiera ayudado a sacar todo el dolor que llevaba dentro. Cada centímetro de agonía que me infligía derribaba los muros que me atenazaban, hasta que mi rabia y mi miedo no eran más que sentimientos hacia él, y se lo he entregado todo. Tiene razón: con los demás soy diferente, pero aquí abajo he conseguido ser justo lo que necesitaba.

Cada uno me ofrece una escapatoria diferente, y resulta que la de Diesel es retorcida, sangrienta y llena de dolor. Otras personas pondrían el grito en el cielo por lo que hemos hecho y se apartarían, pero todo ha sido consentido y ha terminado en un placer inmenso, así que me importa una mierda. Quizá sea el resto del mundo el que está loco, no nosotros…

Aunque, pensándolo bien, quizá estamos demasiado desquiciados para ver lo cuerdos que están los demás. No sé por qué, en los brazos de estos Vipers, no solo me estoy descubriendo a mí misma, sino que por fin estoy derribando esos muros que me he impuesto toda mi vida.

Una mujer puede ser fuerte y débil.

Hermosa y con cicatrices.

Asustada y valiente.

Inteligente y *sexy*.

Ellos me han enseñado eso, y me siento más segura con su apoyo. Soy como soy, no debería pedir perdón por ello. Incluso en el bar, sentía la necesidad de ser «Roxy la luchadora», la camarera oscura y enfadada. Nunca se me permitió ser débil, ni siquiera cuando necesitaba serlo. Aquí, puedo serlo.

Joder, eso no significa que vaya a dejar de darles caña, de pelearme por todo, de soltar puñetazos o ser una zorra en general. Pero quizá pueda confiarles todo lo que el mundo no ve.

Cuando se abre la puerta del ascensor, consigue desbloquear la puerta del apartamento con una mano y, al entrar, nos quedamos helados. Están todos allí, sentados en el sofá esperando. Kenzo me recorre con la mirada y, al verme entera, me guiña un ojo. Garrett resopla, pero veo respeto en sus ojos antes de apartar la mirada. Ryder asiente, pero mueve los labios ligeramente.

—Tengo la información —empieza Diesel en tono serio antes de sonreír—. Por cierto, Roxy es de las que gritan, ya puedo informar a su padre.

Ryder se ríe, el sonido es despreocupado por una vez.

—Eso podría habértelo dicho yo.

—Hombres… —murmuro.

—Y también he conseguido algo del asesino —añade Diesel, y Ryder se pone serio.

—Ryder me podrá al día, déjame ocuparme de Roxy mientras tú compartes lo que has averiguado. —Kenzo sonríe y me toma en brazos, y yo grito mientras se ríe conmigo. Me mira y sonríe con ternura—. No puedo creer que hayas sobrevivido. Eres feroz, mujer. Aunque sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿Qué? —pregunto, acurrucándome contra su pecho. Debería exigir que me dejara en el suelo para andar…, pero sinceramente, no me apetece.

—Le has desafiado a encontrar nuevas formas de provocar dolor. —Se ríe—. Es bueno que le gustes, pero habrá un montón de dolor en tu futuro.

—Joder, está loco —gimo, pero sonrío mientras lo digo.

—No es el único. —Kenzo se ríe y me mira con intensidad antes de abrir la puerta de una patada para entrar en la habitación. Me sostiene en su regazo durante el tiempo que llena la bañera y vierte algo para hacer espuma, luego me aprieta contra él.

Seguimos sentamos en silencio mientras se llena la bañera y me relajo en sus brazos. Debería preguntarme por qué no me importa compartir mi cuerpo con él y su hermano, o por qué a él no le importa…, pero, sinceramente, he hecho cosas peores, y me niego a sentir vergüenza por ello. En su caso, creo que es porque se metieron en esto sabiendo que tenían que compartir «la deuda».

Estoy tan ensimismada en mis pensamientos que no me doy cuenta de que la bañera está llena hasta que Kenzo me da un apretón.

—Adentro.

Me sumerge en el agua, haciéndome gritar. Le fulmino con la mirada cuando salgo a la superficie.

—Me encanta cuando gritas mi nombre.

—No lo he hecho —balbuceo.

—¿No? Pues habrá que poner remedio. —Me guiña un ojo, haciéndome sonreír, qué cursi es a veces. Lanza un gemido mientras se lleva la mano al corazón—. Eres jodidamente adorable. Si no te estuvieras relajando, haría que te corrieras ahora mismo.

Lo salpico y floto en la enorme bañera; tengo todo el cuerpo perjudicado y el coño y el culo doloridos, pero ha merecido la pena. Se echa hacia atrás y se aparta el pelo de la cara antes de quitarse la camisa y los pantalones. Me deja disfrutar de su cuerpo desnudo; mi tierno coño se estremece ante la obra maestra que es, pero ninguno de los dos se deja llevar por la atracción, a pesar de que está empalmado.

Se mete en la bañera y me coge en brazos, sujetándome desde detrás mientras floto con sus rodillas a cada lado. Se enjabona las manos y empieza a lavarme con cuidado.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? Cuando llegué, los demás me odiaban a pesar de que me trajeron aquí, pero tú fuiste amable.

Tararea.

—Como ya te he dicho, vi en tus ojos los mismos fantasmas que nos persiguen. Sinceramente, necesitábamos que viniera alguien y nos diera una sacudida. Aunque los negocios funcionaban, apenas éramos ya una familia. El trabajo y el dinero estaban pasando factura, y todos nos estábamos endureciendo: Ryder demasiado serio, Diesel demasiado salvaje, Garrett demasiado enfadado y retraído…

—¿Y tú? —pregunto, mientras me limpia el coño, haciéndome jadear.

—Demasiado errante. Me iba cada vez más lejos, pero tú me traes a casa, Roxy. Nos traes a todos de vuelta y nos recuerdas por qué empezamos esto. Amor y familia —susurra antes de besarme el hombro—. Nunca dejes de ser tú, ni siquiera cuando estés enfadada. Los empujas a ser mejores, haces que se planteen cosas que habían dejado de cuestionar, pero no pestañeas ante la muerte. Puedes jugar con Diesel y hablar de negocios con Ryder. No sabes lo raro que es eso.

Suspiro.

—No soy rara, soy tan caótica como vosotros.

—Exacto. —Se ríe—. Tu caos acompaña al nuestro. Eres diminuta y, sin embargo, puedes derribarnos y echarnos todo en cara. Eso es jodidamente excitante. Incluso cuando nos dices que nos odias.

—Te odio —murmuro.

—Claro. —Se ríe entre dientes—. Pero no hagas enfadar a Diesel, ¿vale?

—Espera… —balbuceo. Lanzo un chillido cuando al intentar girarme, casi me ahogo, así que desisto—. ¿Hoy no estaba enfadado?

Se ríe, me acerca y me abraza.

—No. No querrás verlo cabreado: es jodidamente aterrador, y creo que ni siquiera tú podrías traerlo de vuelta.

Seguimos sumergidos en el agua y casi me duermo, es tan relajante. Pero me besa y vacía la bañera antes de ayudarme a salir.

Estoy tan somnolienta y cansada por el agua caliente que ni siquiera protesto cuando Kenzo me seca, me lleva a la otra habitación y me sienta en la cama.

Me unta con crema para aliviar las ronchas antes de besarlas y luego me abraza curvando su cuerpo a mi alrededor hasta que sus rodillas encajan en las mías y nos quedamos acurrucados. Me duermo así, pero debe de ser por poco tiempo, porque cuando me despierto apenas me siento descansada, aunque al menos ya puedo moverme.

—Voy a dejar que te vistas. Tenemos una sorpresa para ti, ven cuando estés lista —murmura y me besa la mejilla antes de salir de la cama. Me quedo tumbada boca arriba, bostezo y me estiro. Hago una mueca ante el dolor que siento entre las piernas y en la espalda. Me sigue doliendo incluso después de que Kenzo me haya intentado aliviar, pero bueno.

¿Así que tienen una sorpresa? Me pregunto qué será. Es lo que me pone en movimiento. Me acerco a la ropa y me pongo una camiseta usada de Kenzo antes de ir a averiguarlo. Más vale que sea algo bueno. Como comida o un arma.



Avanzo hacia la sala andando como un pato, lo cual no resulta nada atractivo, pero da igual. Cuando llego, Kenzo parece muy emocionado, e incluso Ryder no está al teléfono. Garrett me brinda una sonrisa, una tregua, y Diesel está, bueno, Diesel está dando saltitos en el sofá, esperando.

—Necesito café —refunfuño, y señalo a Diesel—. Un café, ya.

Los tres mueven la cabeza en dirección a Diesel y se echan hacia delante como si esperaran que explotara o algo así, pero él se ríe y rueda sobre el respaldo del sofá.

—Claro, pajarito.

Miro a los demás y veo a Ryder, que sonríe satisfecho.

—Diría que tenemos que hacer lo mismo que tú para que se comporte, pero…, bueno, todos hemos visto lo que te ha hecho, y no puedo decir que me interese demasiado.

Pongo los ojos en blanco y ocupo su sitio.

—Apuesto a que podría obligarte —me burlo, y él se ríe.

—Probablemente, pero aun así, ejerce tu nuevo poder sobre él con cuidado —me advierte, y se inclina más cerca de mí—. No te aproveches. —Está bromeando, pero hay una pizca de seriedad en su voz.

—No voy a convertirlo en mi asesino personal, o estaríais jodidos, solo quiero café… y comida… quizá orgasmos. —Me encojo de hombros.

Ryder sonríe, mostrando unos dientes blancos.

—Estoy seguro de que puedo ayudarte con eso —murmura seductor, con los ojos clavados en mis labios y mis tetas, que se aprietan contra la camiseta blanca de Kenzo sin dejar nada a la imaginación. Trago saliva y aprieto los muslos. Mi coño ha recibido literalmente una paliza, pero aún palpita ante sus palabras. Soy una puta.

Sonríe y me pasa el dedo por la clavícula, haciéndome estremecer, pero lo único que hace es colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja antes de apartar la mirada.

Dios mío, estos tipos no son buenos para mí. Solo tienen que lanzarme una mirada perversa, y me derrito.

Diesel se desliza detrás de mí en el sofá, empujándome hacia delante mientras sus piernas se colocan a ambos lados de mi cuerpo. Aún tiene el pecho desnudo y mi obra con la aguja está oculta detrás de una gasa blanca. Me rodea la cintura con un brazo y me arrastra hacia atrás hasta que quedo atrapada entre sus muslos. Con la otra mano me ofrece una taza de café humeante.

La cojo con un gemido y me quemo la boca al dar un sorbo, que vale la pena. Mi estómago se pone a gruñir, y él se ríe mientras me besa la mejilla.

—Los regalos primero, la comida después.

—¿Regalos? —Me animo—. ¿Es un bate nuevo?

Garrett se ríe.

—Te lo dije —refunfuña Kenzo, y le entrega algo de dinero, que se embolsa antes de guiñarme un ojo. La leche, esto de la tregua está funcionando de verdad.

—No, me temo que no incluyen ningún bate, cariño —dice Kenzo, inclinándose hacia delante en busca de mi mirada—. Queríamos

demostrarte que podemos ser algo más que…bueno, mafiosos. Todo esto es para ti. Lo que no te guste, podemos cambiarlo, y podemos conseguir cualquier cosa que necesites. —Se frota la nuca—. Sé que empezamos de forma un poco… torpe, pero tu felicidad es importante para nosotros.

Miro las bolsas y las cajas que hay la mesa, y en las que no me había fijado antes. Hay tantas que se desparraman por el suelo. ¿Qué coño…?

—¿De dónde ha salido todo esto?

—Ryder y yo hemos ido de compras. —Kenzo se ríe.

Miro a Ryder, que suspira.

—Me ha obligado.

—No tenéis que comprarme nada —refunfuño. Me molesta, me gusta comprarme yo misma lo que necesito… Si no, parece como si les debiera algo.

Ryder se inclina, sin importarle que esté envuelta en el abrazo de Diesel, y me agarra con fuerza la barbilla, obligándome a mirarle.

—Sin ataduras, sin expectativas. Esto es solo algo bonito, y sé que es difícil de entender, aún me cuesta, pero lo hicimos porque nos importas. Acéptalo, amor.

Joder, ¿cómo lo sabía?

Porque Ryder lo sabe todo, y se ha propuesto aprenderlo todo sobre mí. Que capullo… Sonríe como si leyera mis pensamientos y se inclina para lamerme los labios.

—Mmm, café —murmura.

Se aparta, dejándome sin aliento y un poco mojada. Gilipollas.

«Vale, sin ataduras. Si la gente normal puede aceptar regalos, tú también puedes hacerlo».

—En serio, espero que no te hayas gastado mucho —murmuro, abro los ojos de par en par cuando veo la caja de Cartier.

Diesel se ríe cuando intento huir y me rodea con las piernas hasta que me envuelve un koala humano psicótico, que me mantiene en el lugar. Ryder me quita el café de la mano antes de que lo derrame y, con los ojos clavados en mí mientras forcejeo, coloca los labios donde estaban los míos y se lo bebe.

—Hijo de puta —siseo—. Me debes más café.

—Te compensaré. —Me guiña un ojo, coge una caja pequeña y me la tiende. De repente parece nervioso, que es una palabra que normalmente no usaría para describir a Ryder—. Ten, este es uno de los que he elegido.

Incapaz de escapar, suspiro, acepto la caja y le doy la vuelta a la tapa. Dentro, envuelto en seda, hay un collar. Es jodidamente impresionante. Es una gruesa cadena de oro, una gargantilla, con una cabeza de serpiente en un extremo y la cola en el otro. Las escamas cubren la superficie dorada, y los ojos son rubíes rojos brillantes. Es impresionante, y sin duda valioso.

Dos partes de mí se empiezan a irritar: la que espera que esto vaya acompañado de condiciones, y la que quiere enfadarse. No pueden comprarme con joyas. No quiero su puto dinero.

Kenzo se inclina hacia delante.

—Cariño, acéptalo. Pensamos mimarte mucho.

—¿Por qué? —exijo, agarrando la caja, cabreada.

Se encoge de hombros.

—Porque podemos, porque todos sabemos de dónde vienes; del mismo lugar que la mayoría de nosotros. Deberías tener cosas bonitas, deberían mimarte con joyas y regalos que apenas se comparan con tu belleza. Acostúmbrate, ya está pasando.

—Pero… —empiezo, pero Ryder entrecierra los ojos.

—Limítate a darnos las gracias, no queremos nada a cambio… Bueno, quizá que no vuelvas a patear a Garrett en sus partes bajas.

—El dinero…

—Tenemos mucho, más del que podemos necesitar, así que acepta los putos regalos o herirás sus sentimientos. Estos gilipollas estúpidos nunca hacen nada por los demás, así que no le des la vuelta a esto ahora —gruñe Garrett.

¡Vaya mierda!

Suspirando, me armo de valor, sabiendo que el problema es mío. He decidido ir a por todas con ellos, dejar de pelearme por cualquier cosa. El problema con el dinero y los regalos es cosa mía, no suya. Garrett tiene razón.

—Lo siento —susurro, antes de mirar a Ryder y Kenzo, que parecen desanimados. Ryder rechina los dientes—. Gracias, nunca

me habían hecho un regalo y no sabía cómo responder.

—¿Nunca? —masculla Garrett.

Niego con la cabeza, estiro la mano y acaricio la serpiente.

—Nunca, cuando era niña no celébranos ningún cumpleaños, así que de adulta… —Me encojo de hombros—. Siguió siendo igual.

—Putos gilipollas —refunfuña Garrett, mientras Diesel me acerca.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —exige Kenzo.

—Mmm…, en mayo, creo. —Suspiro, y Ryder me mira de forma inquisitiva—. No me lo dijeron nunca.

Entrecierra los ojos y aprieta los puños.

—Lo averiguaré.

Diesel vuelve a besarme.

—Yo tampoco había tenido regalos antes de conocerlos, pero míralos, fíjate qué contentos están, les has dado un propósito. Tienen mucho dinero y nadie en quien gastarlo, así que deja que te mimen, pajarito. Es tan bueno para ellos como para ti. Su padre usaba el dinero como un arma, esto demuestra que puede servir para algo más. Así que es bueno para ellos que sepan que vale para algo más que ser poderoso.

Tiene razón. Kenzo está sonriendo, e incluso Ryder está relajado y parece feliz.

—Es hermoso. Aunque estoy notando un patrón. —Me río, y Kenzo alarga la mano y me pasa otras dos cajas.

Cierro con cuidado la del collar y miro a mi alrededor en busca de un lugar donde ponerla cuando la mano de Ryder se cierra sobre la mía y la sujeta, sus ojos tristes y oscuros se encuentran con los míos.

—Gracias —susurra, y sigo su mirada hasta Kenzo. Ahí hay una historia, eso seguro, pero ahora no es el momento.

Asiento y me pasa los dos siguientes. Los abro con cautela, sin escandalizarme por las joyas que hay dentro: ¿tan ricos son? En una caja hay un *piercing* para el ombligo con una serpiente de oro colgando, que me hace reír. En la otra hay un anillo que me deja boquiabierta. Es negro y grande, engarzado en una montura de oro con unos colmillos que sujetan la joya.

—Son… —Niego con la cabeza—. Increíbles —susurro.

—Supongo que esto compensa todos los cumpleaños, Navidades y todo lo demás que te has perdido. —Diesel se ríe.

—Todavía no, para eso harán falta al menos tres tandas más —añade Kenzo con una sonrisa.

«Madre mía, ¿tres?».

—Dale el siguiente —insiste Kenzo con entusiasmo, y antes de que tenga la oportunidad de quedarme boquiabierta ante las joyas, se las están llevando y me ponen una nueva caja en la mano.

La abro con cuidado, casi negando la cabeza ante la chuchería que hay dentro, otro anillo, como el primero, pero esta vez rojo. Hay cuatro joyas más, pendientes con serpientes trepadoras, una pulsera para el tobillo y un tocado. Me siento abrumada, y deben de darse cuenta, porque Ryder hace un descanso para tomar un café. Vuelvo a acurrucarme en los brazos de Diesel, dejando que me abrace mientras intento procesar todo esto.

Parece un sueño.

Kenzo se acerca mientras Ryder no está y me coge de la mano.

—Lo siento si esto es demasiado, solo quería mimarte —dice, y parece repentinamente sombrío, así que recuerdo la mirada de Ryder y me fuerzo a esbozar una sonrisa.

—Es mucho, de verdad, y parece que le esté pasando a otra persona, pero gracias, significa mucho para mí —respondo, y entonces, siendo valiente, me inclino hacia delante y le beso. Gime contra mis labios y, cuando me retiro, parece animarse. Mira a Garrett antes de tirarse al suelo y ordenar las cajas y bolsas que quedan.

Ryder vuelve y me pasa una taza, aunque esta vez soplo esperando a que se enfríe. Se sienta a mi lado, lo bastante cerca como para susurrarme algo que nadie más, bueno, salvo mi koala personal, pueda oír.

—Mi padre nunca le compró un regalo a mi madre, ni una sola vez. Si alguna vez nos compraba algo, era porque esperaba una retribución, siempre venía con condiciones. A Kenzo le encantaban las Navidades, abrir los regalos de mi madre, pero mi padre hacía cuentas mentalmente. Se veía que a nuestra madre le dolía, era muy tranquila, una mujer frágil y débil, aunque nos quería mucho. Con el

tiempo, dejamos de celebrar la Navidad, pero Kenzo solía encontrar la manera de hacerle un regalo cada año. Ganaba su propio dinero y le compraba algo a escondidas cuando mi padre no miraba. Pensaba que así la hacía feliz y le demostraba que la quería. Hasta que murió.

Lo miro, buscando sus ojos. Lo dice fríamente, como si no le hubiera pasado a él también. ¿Otra vez el hielo oculta sus verdaderos sentimientos? Creo que sí, así que extiendo la mano y le paso el dedo por la mandíbula.

—Debió de ser duro para los dos, ¿cómo murió?

Aspira, el hielo se derrite ligeramente.

—Se suicidó. Un día volvimos del colegio y la encontramos colgada en el pasillo. Conseguí detener a Kenzo antes de que la viera…

—Pero tú sí la viste —resumo.

Asiente con la cabeza.

—Kenzo era joven, lo saqué fuera y luego… luego intenté salvarla. Tiré de su cuerpo tratando de bajarla, pero era demasiado pequeño entonces. No pude hacerlo, no pude salvarla.

—Ry —susurro—. No fue culpa tuya. Eras un niño.

Niega con la cabeza.

—Mi trabajo era protegerlos a ambos, y fallé. No volveré a fracasar.

Asiento con la cabeza, entendiendo ahora por qué es así.

—Gracias por contármelo.

Se encoge de hombros, el hielo vuelve a aparecer mientras intenta alejarse, distanciarse; es un mecanismo de supervivencia, así que le agarro la mano y la enlazo con la mía, sin soltarla mientras Kenzo me entrega emocionado una pequeña bolsa. Riendo, la abro con una mano, negándome a soltar a Ryder. Necesita sentir que está aquí, no encerrado para protegernos, sino disfrutando de esto como Kenzo. Pasó por la misma crianza, y cuando contó su historia, sentí su dolor y lo mucho que deseaba poder demostrarle a su madre que la quería. No puede echarse atrás, yo derretiré ese hielo poco a poco.

Dentro de la bolsa hay un top nuevo. Los siguientes regalos son un montón de ropa nueva, y cuando ya no quedan cajas ni bolsas, suspiro aliviada. Por increíble que haya sido, aún me cuesta aceptarlo, pero me las arreglaré.

Estoy haciendo malabares con las bolsas en una sola mano porque todavía no he soltado la mano de Ryder. A la mierda. Se la agarro con más fuerza y la aprieto contra mi pecho.

—Ya está —murmuro, mientras consigo dejar las bolsas.

Cuando levanto la vista, todos me están mirando.

—¿Qué? —pregunto, y de repente todos se ríen a carcajadas.

—Gilipollas —refunfuño, mientras Ryder me estruja una teta.

Lo miro y veo brillar esos ojos fríos al tiempo que esboza una sonrisa amplia y desenfrenada.

—No cambies nunca, amor.

—Callaos. Ahora dadme de comer, secuestradores, tengo hambre.

Ryder se inclina hacia mí, me coge por la nuca y me besa en la frente.

—Por supuesto —murmura, antes de levantarse para ir a la cocina. Kenzo se agacha, me besa con fuerza y le sigue.

Me quedo con Diesel y Garrett, y de repente, Garrett parece incómodo, pero me lanza una caja sin mirarme.

—Toma.

—¿Qué es esto? ¿Nos hemos dejado alguno? —pregunto, confusa.

—Es el mío —murmura, frotándose la cabeza.

Sonrío.

—¿Es tuyo?

—Es esencial, te sigo odiando —suelta, haciéndome reír.

—No te preocupes, yo también te odio. —Asiento, y él me sonríe brevemente.

—Ábrelo —exige.

Hago lo que me dice y una enorme sonrisa cubre mi cara. Es una pistola; parece mucho mejor que mi vieja arma. No, esta es lujosa, y en la culata hay unas palabras talladas: «Chica de los Vipers».

—No tiene munición en este momento. —Tose.

—¿Quieres que te mate? —Sonrío—. ¡Accidentalmente, por supuesto! —Agito las pestañas y él suelta una carcajada.

—Necesito asegurarme de que sabes dispararla correctamente. Te enseñaré más tarde. —Asiente, y yo me animo.

—¡Claro que sí! ¿Me enseñarás también algunos de tus elegantes movimientos de lucha? —Sonrío.

—No —responde, frunciendo el ceño—. Podrías usarlos contra mí.

—O podría usarlos contra D. —Sonrío, y Diesel se estremece.

—Por favor, hazlo, pajarito —murmura.

—Estáis fatal. —Garrett pone los ojos en blanco, pero tiene una sonrisa en los labios.

Chica de los Vipers, sin duda

Ryder y Kenzo me dan de comer lo suficiente como para tenerme tumbada en el sofá, incapaz de moverme, y acabo durmiendo allí la siesta con los pies en el regazo de Ryder, que me acaricia los dedos, mientras sostiene el teléfono en la otra mano. Mi cabeza está en el regazo de Kenzo, y Diesel se ha tumbado en el suelo a mi lado, con la mano extendida para agarrar la mía. Garrett está sentado en otro sofá, pero no se va, lo cual es toda una señal. Cuando me despierto, se han ido todos menos Garrett.

Me estiro, bostezo y miro a mi alrededor.

—Mierda, ¿cuánto tiempo he estado durmiendo?

Garrett levanta la vista de la navaja que está afilando y la guarda, echándose hacia atrás mientras me observa.

—Unas horas, lo necesitabas. —Se levanta y se estira, la camisa se le sube hasta dejar al descubierto los abdominales, y no puedo evitar mirarle.

Se da cuenta de que lo estoy admirando y debe de pensar que me estoy fijando en sus cicatrices, porque se calla y sus ojos se oscurecen.

—¿Estás preparada para probar tu nueva arma? —se ofrece, pero ahora parece distante.

—Claro. —Me levanto y me pongo los zapatos—. ¿Tenemos que ir en coche?

Gruñe y sale por la puerta principal, así que le sigo con mi nueva pistola a cuestas. Se dirige al ascensor sin dirigirme la palabra en todo el trayecto, y sé que tengo que rectificar su impresión antes de que vuelva a odiarme, pero cuando voy a hablar, se abre la puerta del ascensor y él sale a grandes zancadas.

Le sigo con un suspiro, pero me detengo cuando veo lo que parece un puto campo de tiro. Pero ¿qué coño…? ¿Qué más esconden en este edificio?

—¿Tenéis vuestro propio campo de tiro? —inquiero.

Se encoge de hombros mientras se prepara.

—Tenemos todo lo que necesitamos en el edificio: un gimnasio, un restaurante, una tienda. Es autosuficiente.

Me muevo hacia él y me pone unas orejeras en la cabeza.

—¿Has disparado un arma antes?

Asiento con la cabeza.

—Una o dos veces, Rich me enseñó, pero…, bueno, no practicamos en ningún sitio como este. Disparamos en el bosque.

—¿Rich? —repite mirándome.

—Era el dueño de Roxers —explico, y luego miro hacia otro lado—. Mi padre le debía dinero y yo trabajé allí para saldar su deuda, pero me encantaba y Rich me acogió bajo su protección. Cuando me fui de casa, no tenía adónde ir, así que me dio un hogar, un lugar donde quedarme. Me ayudó. Rich era un buen hombre.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta en voz baja.

Trago saliva y miro fijamente la pistola.

—Murió. —Respiro y le miro—. Entonces, ¿cómo lo hago?

Me enseña cómo colocarme y la forma correcta de sujetar el arma antes de dejarme hacer unos cuantos disparos. Me corrige la postura varias veces antes de permitir que siga disparando, hasta que vuelvo a sonreír. Me detengo, pongo el seguro y me quito las orejeras, y le miro mientras se pone a mi lado. Pero él evita mi mirada. Aparte de hablar de Rich, sigue enfadado por lo de las miradas.

De acuerdo entonces, supongo que depende de mí arreglar la situación. De ninguna manera voy a dejar que nuestra tregua se rompa por un malentendido.

—¿Vas a mirarme así toda la tarde o vas a hablar conmigo? —digo bruscamente, poniendo los brazos en jarras.

Rechina los dientes pero me ignora.

—Tío, ten cojones. ¿Qué pasa?

—Siento que mis cicatrices te den asco, maldita princesa —gruñe —. Hora de volver arriba.

Apretando la pistola contra su barbilla, entrecierro los ojos.

—Me importa una mierda lo que pienses de tus cicatrices, Garrett, pero me vas a escuchar. Me encantan, me hacen sentir más a gusto

con las mías. Cada una te la has ganado a pulso, y demuestra que no has sucumbido a algo a lo que la mayoría de la gente no sobreviviría. Cuando las veo, me acuerdo de lo fuerte que eres, y sinceramente, no te restan atractivo, sino que te lo añaden. Antes me he quedado mirando tus putos abdominales, ¿vale? Me preguntaba si sería raro que te los lamiera.

Se queda paralizado, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Has visto lo que querías ver en mis ojos: asco, porque así te es más fácil seguir apartándome. —Suspiro—. Tenemos una tregua, Garrett, así que si estás enfadado conmigo, hablamos, ¿vale?

—¿Lo querías? —me pregunta, despistándome. Debo parecer tan confusa como me siento porque aclara—: A Rich.

—Sí, pero no de la manera que estás pensando, sino como a un padre. Parece que los hombres mayores no me gustan. Prefiero a los gilipollas que me secuestran. —Sonrío.

Me imita y se acerca más a la pistola, nuestros cuerpos casi se tocan, lo que me provoca una oleada de excitación. Deseo a Garrett, incluso se lo he dicho, y está claro que él me desea a mí, pero algo lo bloquea, se lo impide. Abro la boca, sabiendo que es una estupidez.

—¿Qué te pasó en el pecho?

Se queda helado, sus ojos se oscurecen y su cuerpo se tensa. Me ha preguntado y le he hablado de mí, ¿por qué no puede confiar un poco en mí? Se aparta y se gira.

—Guarda el arma, volveremos antes de que lleguen los demás.

—¿Así es como va a ser? Te arranco algunos gruñidos, te muestro mi dolor, ¿y solo consigo que me apartes? —me quejo—. No puedes hacerme eso, no pido nada más que el pasado.

Gruñe y gira sobre sí mismo, con el cuerpo agitado. Parece enorme.

—¡Me pides demasiado! —grita—. Mi dolor es mío. No te he pedido el tuyo, ni lo quiero. Podrás tener a los demás, pero nunca me tendrás a mí.

—¡Vete a la mierda! —grito—. No puedes intentar derribar los muros de la gente y meterte en su corazón sin mostrar el tuyo, ¡no

funciona así, gilipollas!

—¿Quién ha dicho que quería entrar en tu corazón? —murmura, inclinando la cabeza hacia abajo, en tono cruel—. Ni siquiera quiero meterme en tus bragas. Intentas confundir lujuria con amor, cariño —se burla—. En cuanto se aburran de ti, te desecharán como a todas las demás.

Me sobresalto… ¿tiene razón?

—Bien, puede que sí. Puedo arreglármelas sola, pero hasta entonces, estoy aquí. Soy una de vosotros.

—Nunca serás una de nosotros. Que te abras las piernas no te convierte en nuestra igual —ruge, y yo retrocedo ante el veneno de su tono. Ya no es Garrett, es un animal salvaje que arremete contra todos y contra todo porque tiene miedo, teme que me acerque demasiado. Le asusta resultar herido—. No eres más que una deuda.

—Te odio —siseo.

—Yo también te odio —gruñe, y, sin decir nada más, se aleja y me deja allí, haciendo que me pregunte si todo lo que ha dicho es verdad.

Le miro con intensidad antes de girarme y coger las orejeras. Descargo mi ira contra el objetivo. Disparo una y otra vez hasta que me encuentro jadeando y más llena de preguntas que de respuestas. Me apoyo en el tabique de madera y bajo la cabeza. No debería haberle presionado, no estaba preparado…, pero lo que me ha dicho…

¿Tendrá razón?

—No te atrevas a permitir que se meta en tu cabeza. Garrett es muchas cosas: un luchador, un asesino y, sí, un gilipollas, pero no tiene razón. Esta vez no —murmura Ryder, y siento cómo se aprieta contra mi espalda. ¿Lo ha escuchado todo? Ni siquiera le he oído entrar—. Está asustado, amor, asustado de que seas una de nosotros, de que encajes tan fácilmente…, teme lo que eso significa para él, y se defiende arremetiendo contra ti. No ha querido decir lo que ha dicho, y tú sabes que eres más que un polvo rápido.

—¿De verdad? —pregunto, valiente, ya que no estoy mirando unos ojos helados.

—Sí —suelta, me agarra por las caderas y me gira. Aprieta el

pecho contra el mío y me atrapa contra la pared, baja la cabeza hasta que su cara queda a la altura de la mía—. ¿Crees que dejamos entrar a cualquiera en nuestra casa? ¿En nuestras vidas? ¿Que le confiamos nuestros secretos sin más? Ha habido mujeres, sí, pero nunca, jamás, las hemos dejado entrar en nuestro círculo. Tú, sin embargo, estás justo en el medio, Roxxane. Si quisiera un polvo rápido, saldría a buscarlo, pero no es así.

—Entonces, ¿qué quieres? —pregunto.

—A ti y a esa actitud que viene contigo. Incluso cuando nos odias, incluso cuando nos atacas. —Sonríe—. Te quiero incluso cuando eres una mocosa, princesa, así que no dejes que te haga dudar. Sigue presionándolo, vas a tener que ser más fuerte que nunca para llegar a él.

—¿Por qué quieres que lo haga? —pregunto, buscando sus ojos.

—Porque me estoy dando cuenta de que o somos nosotros o no es ninguno. Sé que Garrett te quiere, que desea lo que estamos construyendo, pero no sabe cómo aceptarlo. Su pasado le está cegando a lo que está justo delante de él. Abre esa herida, arrástralo aunque sea pateando y gritando, y hazlo tuyo de la misma manera que con todos los demás.

—¿Como a ti? —pregunto con nuestros labios casi rozándose.

—Como a mí. —Sonríe contra mi boca—. Pero no creas que puedes empezar a darme órdenes, amor, o te recordaré exactamente lo que te puede pasar. —Sus ojos arden y me estremezco. Se ríe entre dientes, me acerca y me besa con ternura —. Venga, volvamos antes de que D se preocupe y se ponga a buscarte. Es peor que un perro rabioso.

Le sigo riendo, sintiéndome mejor. Tiene razón. He dejado que Garrett se escondiera demasiado. Puede que sea una deuda, pero soy una deuda que ha conquistado a los Vipers, sobrevivió a Diesel, ganó a Kenzo, y sin duda le dio órdenes a Ryder.

Será mío.



30
RYDER

Me toca quedarme en casa con Roxxane. No creo que vuelva a intentar escapar, pero no me siento bien dejándola sola cuando está claro que la Tríada quiere matarnos. Además, tengo que hacer algunas investigaciones. Diesel está cazando matones a sueldo con Garrett; su intención es recordarles quiénes somos. Puede que aún no podamos llegar a la Tríada, pero les cortaremos el suministro hasta que se desesperen.

Kenzo está con los guardias, controlando el resto de nuestros negocios para asegurarse de que saben que pueden seguir confiando en nosotros. Yo, por supuesto, estoy respondiendo a correos electrónicos de negocios legales y asistiendo a videoconferencias por Skype. Es difícil dirigir un imperio. Tenemos negocios en la ciudad, y por eso, somos una empresa de inversión y promoción urbanística con muchos departamentos diferentes que necesitan supervisión. Por no hablar del consejo de administración, que necesita actualizaciones constantes; es agotador.

También estoy pendiente de la información que me van pasando los chicos, así que, antes de darme cuenta, es casi mediodía y no he visto a Roxy en toda la mañana. ¿Se encontrará bien? Me aparto de la pantalla y salgo en su busca.

La encuentro sentada en el exterior, cerca de la piscina, con unas bragas de encaje y un sujetador, el pelo recogido hacia atrás y la cara alzada hacia el sol. Joder, ¿no le hemos comprado bañadores? Tomo nota mental, mientras recorro con la mirada su cuerpo

curvilíneo. Me doy la vuelta e ignoro mi polla mientras voy a la cocina, donde le preparo un café y un té para mí. Cuando termino, está entrando cubierta con una camisa larga, lo que me hace fruncir el ceño. Me pregunto si podría convencerla para que se pasee desnuda.

Claro que entonces no trabajaría. De hecho, debería estar preparándome ya para otra reunión, leyendo la información relativa al nuevo director… ¡joder! Se me acerca sonriendo y ocupa de un salto el taburete frente a mí, con la camisa suelta abierta, mostrándome unos pechos que brillan por el agua de la piscina. Observo las gotas y me pregunto si podría limpiarlas a lametazos.

Se aclara la garganta, y mis ojos suben su cuello hasta que nuestras miradas se encuentran y se ríe de mí.

—Buenos días, Kenzo me dijo que estabas trabajando, así que no quería molestarte.

Le paso el café y me apoyo en la encimera, contando hasta diez mentalmente para no tenderla encima y follármela. «Trabajo, Ryder. Tienes trabajo que hacer, tienes esa reunión, también tienes que enterarte de en qué anda metido su padre, asegurarte de que Kenzo está bien y de que Diesel no…».

—¿Te relajas alguna vez? —pregunta ladeando la cabeza mientras me observa—. Veo que tu mente trabaja cada minuto del día. ¿Alguna vez paras?

Doy un sorbo a mi té al tiempo que arqueo una ceja.

—No, no tengo tiempo.

Ella resopla.

—Busca tiempo. Si no tienes cuidado, encontrarás una muerte prematura. La vida es increíble, Ryder, mira a tu alrededor. Mira dónde estás, lo que tienes a tus pies, ¿alguna vez lo disfrutas o solo sigues subiendo más alto? ¿Cuándo será suficiente? —Sus ojos buscan los míos con complicidad.

—No se trata del dinero, sino de mantener a salvo a mi familia. Dar a Diesel un lugar donde pueda ser él mismo y proporcionar a Garrett un hogar para refugiarse y estar protegido —murmuro.

—¿Y Kenzo? —pregunta.

—Necesita una familia, gente a la que cuidar y querer. —Me

encojo de hombros.

—¿Y tú? —insiste con una sonrisa.

—¿Yo? —repito.

—Sí, Ry, tú. ¿Qué necesitas? —inquiere.

Vacilo y ella sonríe más.

—Creo que nunca has pensado en eso, ¿verdad? Estás tan ocupado siendo el mejor y dándoles todo lo que quieren y necesitan, que nunca pensaste en lo que tú querías.

—Los quiero, son mis hermanos. Quiero su felicidad y su seguridad. —Me encojo de hombros.

Ella asiente.

—Lo sé. Sin embargo, tengo una pregunta, ¿cómo los conociste?

—Kenzo es mi hermano. Conocimos a Garrett en uno de sus combates cuando era profesional, mantuvimos el contacto y, cuando pasó a la clandestinidad para ganar más dinero, empezamos a trabajar con él. Nos encontramos con Diesel una noche cuando perseguía a alguien. Entonces trabajaba como asesino a sueldo, lo que se le daba bien, pero noté lo perdido que estaba en su mirada. Eso nos unió a todos. Teníamos dinero, el dinero de nuestro padre, e hicimos planes. Planes que necesitaban algo más de nosotros, y un día nos encontramos y nos convertimos en familia. Desde entonces somos inseparables —explico.

Ella sorbe el café, gimiendo, y yo me muevo para ajustar mi dura polla.

—¿Viper es vuestro verdadero apellido?

Entonces me río, no puedo evitarlo.

—No, lo adoptamos tras la muerte de nuestro padre. Nunca quisimos su nombre, ni que nuestro éxito descansara en su apellido. Elegimos Viper porque cuando acorralas a una serpiente, es más peligrosa que cualquier otro ser. Todos habíamos sido arrinconados. Por la familia. Por el dolor. Por el dinero. Todos éramos víboras…, y ahora tú también.

—¿Yo? —se burla, moviéndose, lo que hace que la camisa se abra aún más.

—Te arrinconaron y te hiciste más fuerte. Puede que esta no sea la vida que imaginabas, pero estás consiguiendo que funcione, estás

utilizando lo que tienes. Eres inteligente y fuerte, eres una Viper —insisto, inclinándome hacia ella, apretando los nudillos contra el mostrador.

Entonces se anima, casi riendo.

—Seguro que es un apellido mejor que el que me dio mi padre, menudo bastardo.

—¿No has cambiado el tuyo por el apellido de Rich, el dueño del bar? —pregunto, con verdadera curiosidad, ya que hay un limite de lo que puedes encontrar por Internet y a través de los rumores.

—Siempre investigando, ¿eh? Sí, lo hice, lo hice por su cumpleaños, aunque también me sirvió a mí. Un corte definitivo con la familia que no hizo más que hacerme daño. Algo que él no. —Ahora parece triste, así que me acerco y le cubro la mano. La mira con intensidad, probablemente no está acostumbrada a recibir consuelo, pero no se aparta—. Supongo que sabes que murió.

Asiento y ella suspira.

—Era un buen hombre, muy bueno. Hizo algunas cosas malas en el pasado, pero eso nunca me molestó. Mi padre tiene un historial limpio, siempre ha sido considerado un hombre encantador por los demás y, sin embargo, es un monstruo. Rich era visto como un monstruo, pero se preocupó por mí más de lo que nadie lo había hecho nunca. Me ayudó a estudiar y a terminar el instituto, a empezar una vida y a tener un trabajo y un techo donde dormir sin preguntarme…

—¿Sin preguntarte qué? —la animo a seguir.

—Sin preguntarme si me despertarían unas manos mezquinas. —Se encoge de hombros, sin avergonzarse.

—Te golpeaba. —Ya lo sabía—. Mi padre también lo hacía.

No sé por qué le digo esto, salvo por el dolor que hay en sus ojos cuando se posan en mí: la vergüenza y la rabia me hacen arder. Me dan ganas de decírselo, de ayudarle a entender que no somos tan diferentes. Pero necesito algo más fuerte para esta charla, así que me doy la vuelta, nos sirvo a los dos unos dedos de *whisky* y se lo paso. Me bebo el mío de golpe y me apoyo en la encimera, donde me agarro con fuerza. Ella espera pacientemente, dando vueltas al vaso entre las manos.

—Era un bastardo, pero supongo que eso ya lo sabes. Rico, poderoso y encantador. Todo el mundo le quería o quería ser él. Consiguió todos sus millones derribando a los más débiles y pisándolos. Y en casa era aún peor: jodidamente malvado. Nos odiaba, especialmente a Kenzo. Lo consideraba un ser débil porque amaba, porque reía. Tuve que proteger a mi hermano. Sé que a veces le pegaba cuando no podía salvarle, pero la mayor parte del tiempo, recibí cada golpe, cada azote, cada paliza. Me interpuse entre él y mi madre, aunque eso no hizo que ella nos quisiera más. Kenzo siempre esperó que ella nos aceptara y abandonara a nuestro padre, pero yo sabía que no sería así. Era débil, y aunque, es horrible decirlo porque la quería, era cobarde. Necesitaba su dinero para sobrevivir y nunca le dejó por miedo. Ni siquiera para protegernos.

—Ryder… —Niego con la cabeza y sonrío con tristeza.

—Está bien, Roxxane. Forma parte del pasado. Te lo digo porque quiero que sepas que no importa de dónde vengas, si de los vertederos o de los rascacielos, el mal sigue siendo el mal. Puede que hayamos sangrado sobre suelos de mármol, pero nos hicieron daño igual, y si pudiera volver atrás, lo repetiría todo de nuevo. Aceptaría cada paliza estoicamente.

—¿Por qué? —pregunta ella, frunciendo el ceño.

Miro a mi alrededor.

—Por estar aquí con mi familia. He pagado un alto precio, pero ahora todo merece la pena. Estoy rodeado de los mejores hermanos del mundo, aunque a veces me olvide, perdido en los números y los negocios, pero tengo todo lo que siempre he querido.

—¿Siempre? —murmura, y entonces la miro.

—Siempre —susurro, refiriéndome también a ella. El amor de una buena mujer, lo bastante fuerte para sobrevivirnos, para enfrentarse a mí y al monstruo que mi padre creó en mí. Dejo la taza de té a un lado y siento el deseo de abrazarla, pero no sé cómo. No soy tan cariñoso como Kenzo, y nunca he tenido una relación. Mi padre me arruinó por la forma en que trató a mi madre… Creo que la única razón por la que dejo que Roxxane se acerque tanto es porque no tengo otra opción.

Empezó como un trato, uno que no pude evitar, y ahora no puedo sacármela de la cabeza ni de mi frío corazón.

Finalmente, hace acopio de valor, se baja del taburete y rodea el mostrador. Solo se detiene cuando está en mis brazos. La rodeo con fuerza y me pregunto cómo conseguiré que se quede aquí para siempre. Cualquier pensamiento sobre negocios se desvanece de mi mente cuando me miran esos ojos sonrientes.

Me sorprende que una persona tan pequeña pueda tener tanta fuerza. Podría haber dejado que los abusos y su padre la doblegaran, podría haber dejado de luchar. Podría haberse detenido incluso cuando la secuestramos, haberse rendido y marchitado. En lugar de eso, prospera. Diesel tiene razón: Roxxane vive para el peligro, para el estrés y los momentos oscuros. Entonces, es cuando es más ella misma. Me pregunto si lo sabe. Probablemente por eso decidió dirigir Roxers, para sentir la adrenalina cada noche.

La que Diesel encuentra en las llamas, Kenzo en el juego, Garrett en las peleas… y yo en los negocios, en ganar y manipular a la gente. Pero aquí el manipulado soy yo, y creo que ella ni siquiera se da cuenta.

Levanto la mano y le acaricio la cara, buscando esos ojos que me tienen prisionero. Si mis enemigos supieran que para acabar con todos nosotros, para matarnos…, lo único que tendrían que hacer es llevársela o herirla… Si supieran que eso nos destruiría…

Cuando los Vipers hacemos algo, lo hacemos con fuerza, ¿y Roxxane? No lleva aquí más que una semana, sin embargo, ya está entrelazada con nosotros, es esencial para nuestras vidas. Nos ha cambiado, nos ha hecho amar y nos ha hecho enfadar. Y aquí, con ella en mis brazos, es donde por fin respiro hondo, con la mano temblando contra su mejilla por el miedo. ¿Y si me parezco demasiado a mi padre?

¿Y si le hago daño?

—Eres la única que consigue ver cómo me tiemblan las manos, amor —murmuro, y ella sonríe con satisfacción.

—Bien, que no lo vea nadie más. —Asiente, jugando su papel tan bien como nosotros—. Y no, no creo que me hagas daño.

Parpadeo asombrado y ella se ríe.

—No eres el único que puede leer a la gente, gilipollas.

Entonces me río y ella se apoya en mi mano.

—Tú no eres como tu padre. Sé que eso te preocupa. Tienes tanto miedo de convertirte en él que no te has dado cuenta de que tampoco eres tú mismo. Deja de luchar contra ese infierno en tu interior. Úsalo. La rabia que él provocó, yo tengo la misma. Somos dos caras diferentes de una moneda. Tú intentas enterrarla, yo he dejado que me moldee. Ninguno de los dos está bien o mal, pero lo sé, Ryder, sé que nunca me harás daño, al menos físicamente. Lo sé. Puede que con palabras, sí; puede que intentes alejarme o fingir que no me quieres por la misma razón que yo, pero no, nunca me harás daño.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, realmente asombrado. Ni siquiera yo lo sé. ¿Mi control, mi necesidad de sumisión total, no significa que algún día podría llegar demasiado lejos y hacerle daño?

—Porque ambos hemos visto lo que eso le hace a la gente, y la idea de hacérselo a otra persona no se nos pasaría nunca por la cabeza. Además, yo no te lo permitiría. Puede que no sea tan fuerte como tú o que no tenga dinero, pero soy una luchadora como has dicho. He sobrevivido de esa manera. Nunca me harás daño porque nunca te lo permitiré. Os mataría, os patearía el puto culo si lo intentarais. Diesel puede cortarme la piel o llenarme de dolor, pero es mi elección. Quiero eso, y me niego a avergonzarme por ello. Pero también quiero la sonrisa de Kenzo y sus suaves bromas… y tu hielo y tu fuego.

—¿Y Garrett? —Me veo obligado a preguntarlo. Tiene razón, es fuerte, no como mi madre, nunca dejaría que le hiciéramos daño. Antes nos mataría. Ese pensamiento me tranquiliza, y de pronto me fundo con ella y me relajo.

—También lo deseo —admite—. Incluso se lo he dicho, pero vamos despacio. No volveré a preguntarle qué le ha pasado. Me lo dirá cuando esté preparado, y espero que algún día podamos superarlo.

—Esas palabras vienen de alguien que planea quedarse —me burlo, y ella suspira.

—¿Tengo elección? —Me guiña un ojo, pero percibo la verdad en

lo que ha dicho, y eso hace que me ponga duro.

¿La tiene?

¿La dejaríamos marchar, aunque no volviera? Lo que le he dicho era cierto, empezó siendo un trato, uno al que planeábamos sacar el mejor partido antes de deshacernos de ella. Pero ahora está aquí, entre nosotros, es una de los nuestros… Pero ¿cómo puede ser realmente una más si no es su elección? Todos hemos elegido esta vida…, ella ha sido obligada.

De la misma manera que yo fui presionado por mi padre.

—Ryder —empieza, y yo espero, pero ella se muerde el labio, probablemente se ha dado cuenta de lo mismo: no hay nada que pueda añadir que no sea mentira. Sí, nos quiere, pero ¿cuánto? ¿Es porque está sacando el mejor partido a una mala situación o porque realmente nos quiere?

—Será mejor que vuelva al trabajo —murmuro, antes de inclinarme y besarla con ternura, pensando que me gustaría saberlo. Me aparto y me doy la vuelta, aunque siento que me sigue con la mirada, y me detengo en la puerta—. Tu cumpleaños es el siete de mayo, naciste a las ocho y cincuenta y cinco de la mañana —digo, y ella suelta un suspiro.

—Gracias, Ryder.

Asiento y me voy, incapaz de quedarme más tiempo. Mis pensamientos dan vueltas en espiral por la preocupación. Tengo que hablar con mis hermanos. Tenemos que tomar una decisión. Podemos quedarnos con ella, obligarla a quedarse, y puede que ni siquiera nos odie por ello. Pero nunca nos querrá como nosotros deseamos. ¿Cómo puedes amar a alguien que te quita la libertad?

No lo sé, pero tampoco sé si podríamos dejarla marchar ahora. No solo por lo que ha visto y sabe, sino porque los demás se han encariñado con ella.

Y yo también.



Por la tarde, me pierdo en el trabajo, intentando evitar las preguntas

que se arremolinan en mi cabeza, hasta que me llama Garrett. Cojo el teléfono, pulso el botón verde y me reclino en la silla.

—Dime.

—Bueno, hemos despejado la ciudad. Los únicos que aceptarán la recompensa serán los forasteros o la gente contratada directamente por la Tríada —explica Garrett al teléfono.

—Bien, ¿hemos averiguado algo sobre la fuga? —pregunto, y Diesel resopla.

—No me ha dejado jugar con ellos —se queja, haciéndome sonreír.

—Mañana saldremos de nuevo y volveremos a la carga. Hemos descartado algunos nombres. Ha sido suficiente con amenazar a sus familias y sus vidas, no nos traicionaron.

—Pero alguien lo ha hecho —espeto, y luego suspiro. Hago tamborilear los dedos sobre la mesa mientras pienso—. Tiene que ser alguien que trabajaba aquí, si no, no sabrían nada, seguid buscando.

—Claro —gruñe Garrett, y luego se queda callado, pero no cuelga. Arqueo una ceja sorprendido, Garrett no suele ser tan hablador.

—¿Qué pasa? —pregunto, y oigo un ruido sordo en el teléfono antes de que suspire con fuerza.

—A Diesel le gustaría saber si… si Roxy está bien —pregunta, y suena apenado. Sonrío, pero consigo contener la risa. Apuesto a que no es solo Diesel, pero dejaré que lo use como excusa.

—Estaba bien la última vez que la he visto, aunque creo que se aburre. Tenías razón, tendremos que darle trabajo en algún momento.

—No pareces seguro —observa Garrett.

—Esta noche, cuando estéis todos de vuelta, tenemos que hablar —me limito a decir antes de colgar. No puedo decidir nada sin ellos; esto no funciona así. Tenemos que estar de acuerdo, o no lo haremos.

Y esto se trata de la libertad de Roxy.

No sé si Diesel la dejaría marchar en este momento, pero tengo que saberlo. Dejo caer el teléfono sobre el escritorio, me aflojo la corbata y cierro los ojos un momento. Siempre hay tanto que hacer.

¿Tiene razón Roxxane en que no sé relajarme?

Oigo un crujido al abrirse la puerta, pero no abro los ojos. Es ella. La conozco. Cualquier otro llamaría a la puerta, asusto demasiado para que no lo hagan, solo mi chica es tan descarada como para entrar en mi despacho, que ha encontrado sabe Dios cómo. Debe de haber vuelto a sobornar a uno de los guardias.

—¿Sí? —pregunto, y ella se ríe. Cuando abro los ojos, está recostada en la silla frente a mi escritorio.

—Estoy aburrida, ¿puedo ayudarte? —pide, moviendo los pies descalzos. No lleva nada más que la camiseta.

—¿Quieres ayudarme? —pregunto, arqueando una ceja.

Asiente y se levanta. La observo con atención mientras rodea el escritorio. Echa hacia atrás mi silla y se sienta sobre el escritorio justo delante de mí. Mueve las piernas mientras sonríe.

—Sí, ¿a quién hay que matar?

—Hacemos más que eso. —Me río—. En realidad dirigimos varias empresas, invertimos en la gente, construimos edificios y renovamos zonas degradadas. Hemos fundado refugios para personas sin hogar y comedores sociales, ayudamos a organizaciones benéficas…

Ella hace un gesto restando importancia.

—Lo entiendo, tienes los dedos en todo.

—En todo… todavía no —murmuro, recorriendo con la mirada sus muslos separados, que me permiten ver sus bragas.

—Qué sutil —se burla.

Entorno los ojos y señalo al suelo.

—De rodillas, amor.

Ella sonríe y se deja caer sin rechistar. Puede que a Roxxane le guste tener el control, pero cuando está conmigo le encanta que la controle. De hecho, seguro que si meto la mano dentro de esas braguitas, estará empapada.

—Quítate la camisa —ordeno, echándome hacia atrás y observándola. Mi polla se pone dura dentro de los pantalones mientras ella se deshace de la prenda y la tira a un lado. Sus pechos están desnudos salvo por un pequeño trozo de encaje—. Y eso también fuera —indico.

—¿Esto? —ronronea, antes de acariciar la turgencia de sus

pechos.

—Ahora —exijo.

Sonriendo, se desabrocha el sujetador antes de deslizar lentamente los tirantes por cada brazo, sujetándolo contra su cuerpo hasta que aprieto los puños y, entonces, con una carcajada, lo suelta, mostrándome sus magníficos pechos, cuyos pezones se convierten en picos rígidos mientras la miro.

Sus manos van a mis muslos y suben acercándose peligrosamente a mi polla, que se aprieta con fuerza contra mis pantalones.

—Libérame —le exijo.

Vuelve a provocarme, sabiendo que se meterá en problemas por ello, pero lo desea. Me acaricia la polla con la mano, sin hacer lo que le he dicho.

—Ya —digo—. Y entonces me la chuparás por no hacer lo que te ordené con la suficiente rapidez.

—Sí, señor —murmura, antes de liberar mi polla y cogerla con la mano.

El pelo plateado le cae por el hombro y ella se lo aparta con pericia. Sus ojos oscuros se cruzan con los míos mientras cierra la boca en torno a la punta de mi polla con un ronroneo. La miro mientras me pasa la lengua por la hendidura de la punta, buscando mi humedad antes de retirarse, y me aprieta con la mano alrededor de la base. Se lame los labios.

—Delicioso.

La agarro del pelo y la acerco a mí sin mediar palabra; ella me engulle, tomándome casi hasta el fondo antes de retroceder y volver a buscar mis ojos. Entonces, me acepta por completo.

Gruño con fuerza y palpito en su boca cuando llego al fondo de su garganta. Joder, joder, joder. Se aparta, arrastrando los dientes por la parte inferior de mi polla antes de volver a deslizarse hacia abajo, moviéndose hasta que casi me derramo en su boca.

Me suena el teléfono, haciéndome gemir, y ella se aparta de mi polla con una sonrisa burlona, lamiéndose los labios con expresión traviesa.

—Contesta —ronronea, con la voz ronca—. Veamos ese control helado ahora, cariño.

Espera, y yo aprieto los dientes, pero cojo el teléfono. Respondo sin mirar, con los ojos fijos en ella.

—Joder… —Me quedo sin aliento cuando vuelve a tragarme.

—¿Señor Viper? Lo siento, ¿es un mal momento? —pregunta una voz asustada y chillona.

—¿Quién es? —espeto, arqueándome hacia arriba para encontrarme con su boca. Aunque intento contener mi deseo, el hielo se derrite. Retomo el control contando mentalmente, pero no llego a cuatro porque ella vuelve a ronronear.

Joder.

—Señor Viper, ¿sigue ahí?

—¿Qué coño quieres? —gruño, haciendo que Roxanne suelte una risita, así que le tiro con más fuerza del pelo, tomando el control mientras me hundo en su boca una y otra vez.

—Tengo los números que quería del nuevo club, los que pidió —se apresura a decir en un chillido.

El club…, oh, claro.

—Parece una buena inversión, pero me gustaría asegurarme de que el propietario es capaz de devolver el préstamo, así que esperaba poder consultar sus datos —suelta, probablemente sin querer molestarme. Tengo fama de gilipollas, por algo me llaman bestia a mis espaldas. Todos me temen, no soy conocido por ser educado.

Contengo un gemido e intento mantener la voz uniforme.

—Estoy de acuerdo, sigamos con eso.

No oigo su respuesta, porque Roxxane hace algo con la lengua que me lleva a arquearme en su boca y a gruñir con fuerza.

—Tengo que colgar. Consígueme esos números. —Aprieto el botón y tiro el teléfono mientras la fulmino con la mirada.

Retira la boca de mi polla y se la limpia con un dedo, con cara de satisfacción.

—¿Algún problema?

La agarro con un gruñido y tiro de ella. Me suelto la corbata mientras me mira y le llevo las manos a la espalda hasta que arquea el pecho jadeando de dolor. Se las ato en la base de la columna, la beso con fuerza y me saboreo en sus labios antes de retirarme y

darle la vuelta. Le arranco las bragas, dejándola desnuda, aunque yo sigo con el traje, sin la corbata, que nunca podré ponerme de nuevo sin empalmarme.

Se ríe cuando le separo las piernas con una patada y la hago caer sobre el escritorio.

—Me pregunto si ahora podrás concentrarte en el trabajo —bromea sin aliento, mientras acaricio mi polla y la deslizo por sus pliegues hasta su coño empapado. Gime con fuerza, empujando hacia atrás e intentando tentarme, así que levanto la mano y enrosco su pelo para tirar de su cabeza hacia arriba de forma dolorosa.

—Podría follarte, hacer que te corrieras una y otra vez y seguir dirigiendo este imperio, amor —gruño, mientras aprieto la punta de mi polla contra su coño. Cuando va a responderme, sin duda con un comentario burlón, me hundo en ella, haciéndola gritar.

Cuando me quedo quieto, jadea y se apoya en el escritorio.

—¿En serio? No creo que pudieras, pobrecito Ryder…, su polla ha tomado el control.

—Compórtate —gruño, dándole un azote el culo mientras ella gime y se aprieta alrededor de mi polla.

—¿Por qué iba a hacerlo si tus castigos son tan buenos? —se lamenta, empujándose hacia atrás para recibir mis brutales embestidas. Mi control se rompe a pedazos.

La penetro con fuerza, retuerzo las caderas, hundo la mano entre sus piernas y acaricio su clítoris, haciéndola gritar mi nombre.

—Sí, joder —gime, empujándose con más fuerza, aceptándome por completo en su apretado coño empapado.

Vuelvo a gruñir, intento reducir la velocidad, detener la liberación que siento que se está gestando. Quiero que esto dure, necesito verla explotar alrededor de mi polla solo cuando yo lo diga, pero no me deja. Se empuja desesperada hacia atrás, haciendo que me retuerza y la penetre con fuertes y salvajes envites.

Suena mi teléfono y es Garrett, así que, sonriendo, lo cojo y le doy una palmada en el culo.

—Silencio, a menos que quieras que se enteren —me burlo, sin decirle quién es mientras sigo penetrándola. Le sujeto la cadera con

una mano y con la otra me llevo el teléfono a la oreja para responder la llamada.

Estoy casi jadeando, pero intento concentrarme en lo que dice y no en el coño prieto que envuelve mi polla, ni en cómo el sudor cae por su columna hasta sus manos atadas, o en lo jodidamente hermosa que está inclinada sobre mi escritorio, tomándome como una buena chica.

—Habla.

—Hemos cubierto la mitad de la lista, pero Diesel amenaza con quemarme las pelotas a menos que lo lleve a casa a ver a Roxy, así que estamos de camino. —Suspira.

Riéndome, pongo el altavoz y dejo el teléfono en la espalda de Roxy mientras la penetro. Los gemidos se escapan de sus labios mientras intenta quedarse callada.

—Está aquí conmigo. —Es todo lo que digo mientras vuelvo a meter la mano entre sus piernas y froto su clítoris sin descanso. Mi propia liberación va en aumento, mis pelotas se tensan, tiran desde la base de mi columna vertebral mientras intento contenerme. Mis embestidas se vuelven erráticas, espasmódicas y desesperadas.

—¿Roxy? —pregunta Garrett, y entonces oigo un aullido y otra voz, sin duda estamos en altavoz ahora, lo que es incluso mejor.

—Pajarito, ¿qué travesura estás tramando? —pregunta Diesel.

—Maldita sea, mi nariz, gilipollas —gruñe Garrett.

Gruñendo, me muerdo el puño para no hacer ruido, pero no debería haberme importado, porque con una última embestida y un movimiento de mi dedo, se corre con un grito, su cuerpo convulsiona debajo de mí y su coño me aprieta tanto que no puedo evitar correrme yo también. Me derramo dentro de ella mientras sigo jadeando y conteniendo mi propio grito.

Se deja caer sobre el escritorio con la respiración agitada mientras yo me río en voz baja, aún enterrado en su apretado canal. El teléfono se queda en silencio un momento hasta que se oye una carcajada.

—¡Oh, ya veo qué travesura! ¿Te has corrido con él como un buen pajarito?

Garrett lanza un gemido.

—¿Realmente nos has puesto en altavoz para que pudiéramos oírla gritar? —pregunta

Riendo, me siento de nuevo en la silla y la llevo conmigo. La mantengo empalada en mi polla endurecida con el teléfono en la otra mano mientras le acaricio el costado tembloroso.

—Sí, estaba recibiendo un castigo. —Me encojo de hombros, haciéndola reír.

—No me ha parecido un castigo. Hola, desquiciado —saluda a Diesel—. Hola, malhumorado.

Ambos se ríen.

—Entonces no volveremos a toda prisa. Llevaremos comida, la necesitarás —se ofrece Diesel antes de colgar.

Dejo el teléfono, su espalda resbaladiza se aprieta contra mi pecho y se contonea, haciéndonos gemir a los dos. La agarro por las caderas y la obligo a quedarse quieta mientras apoyo la frente en su hombro sudoroso.

—Estate quieta.

Estoy empalmado y deseo follármela otra vez. Dios, ¿alguna vez disminuirá esta necesidad? ¿Este puto deseo por ella? ¿Cómo puede una mujer controlar de esta manera mis emociones y obligarme a perder el control con solo una sonrisa y unas palabras?

—Ha sido increíble. ¿Listo para el segundo asalto? —pregunta, y se incorpora antes de dejarse caer sobre mi polla.

Joder.

—Siempre —digo. La ayudo a cabalgar sobre mí mientras veo cómo mi polla entra y sale de su húmedo agujero, con el culo apretado contra mis caderas. Mueve las caderas de forma tentadora, y yo se las rodeo y le agarro un pecho, le pellizco un pezón y le arranco un gemido.

—Ese ha sido tu primer orgasmo. Intentemos que sean tres, ¿vale? —murmuro, mientras recorro su vientre hasta su clítoris y lo acaricio de nuevo.

Se corre tres veces más. Dos veces en mi polla y una en mi boca. Cuando acabamos, los dos estamos exhaustos y cubiertos de sudor.

—Vamos a ducharnos antes de que vuelvan —sugiero, y ella suspira, acurrucándose más.

—No puedo caminar, así que llévame —exige.

—¿Sigues dándome órdenes, princesa? —me burlo.

—¿Sigues fingiendo que no funciona? —se burla mientras se acurruca en mi pecho.

La levanto y me rodea la cintura con las piernas mientras la llevo desde el despacho a mi habitación, donde nos duchamos juntos. Cuando me estoy vistiendo, me doy cuenta de que me he dejado el móvil encima de la mesa. Me quedo helado. ¿Yo? ¿Me he dejado el teléfono yo? Es inaudito. Pero cuando estoy a punto de volver a por él, me coge de la mano y me lleva escaleras abajo, donde me esperan los demás.

Así que vuelvo a olvidarlo. Es la primera noche libre… de mi vida.

Y me gusta. Sobre todo con ella encaramada a mis rodillas, compartiendo mi comida, con una cerveza en una mano y una sonrisa en la cara mientras Diesel cuenta las anécdotas del día, haciéndola reír con nosotros.

Es bonito.

Estamos en casa.



31
ROXY

Me despierto temprano, no sé por qué. Me pongo boca arriba y suspiro. Estoy tan acostumbrada a despertarme por la tarde que, aunque solo sean las diez, me siento una persona nueva. Me levanto y me pongo un vestido, sin preocuparme de calzarme, pero me detengo al pasar junto al espejo y vuelvo atrás para añadir los pendientes y los anillos que me compró Ryder.

Me quedan bien y sonrío mientras salgo. Ya los oigo discutir en la mesa del desayuno. Comer con ellos se ha convertido en una costumbre y probablemente sea esa la razón por la que me he despertado. Cómo ha cambiado mi vida… Cuando me siento, todos me sonríen antes de fijarse en las joyas. Ryder parece orgulloso y Kenzo me brinda una sonrisa tierna, Garrett se limita a gruñir su aprobación y Diesel se inclina hacia delante.

—¡Sí, es una de nosotros, una de nosotros! —corea golpeando la mesa con el cuchillo y el tenedor, haciéndome reír—. ¿Quieres ver algo? —me pregunta moviendo las cejas.

—No sé…, ¿debería? Si es tu polla, cielo, ya la he visto, y por muy bonita que sea, prefiero comerme la salchicha que tengo en el plato —bromeo, mientras acepto burlona la taza que me tiende Ryder. Noto que sus labios se curvan hacia arriba más de lo normal. Puede que el hielo por fin se esté resquebrajando.

—No… eso será más tarde. Te advierto que una vez que veas esto, estás obligada a saltar sobre mí. —Se ríe mientras se pone en pie. Lo miro justo a tiempo de ver cómo se arranca la camiseta.

—D, tienes unos abdominales muy bonitos… —empiezo, pero me quedo callada al ver el nuevo tatuaje que luce en el pecho. Ni siquiera me distraigo con el torso musculoso como haría normalmente. Se planta ahí de pie, orgulloso, hinchando el pecho, con esa sonrisa demencial en los labios, y lo único que puedo hacer es quedarme embobada.

Allí, en su pecho, justo sobre su corazón, hay un pájaro.

El ave está sentada en su pectoral, posada sobre una víbora enroscada. Las dos figuras parecen tan reales que me entran ganas de tocarlas para comprobarlo. El animal está erguido y parece valiente, sin miedo a la serpiente, con el pico en alto. Mientras la víbora está enroscada a su alrededor, no reteniéndolo… protegiéndolo.

Somos él y yo.

El muy desquiciado nos ha tatuado simbólicamente sobre su corazón.

—¿Te gusta, pajarito? —pregunta, y de repente parece nervioso.

Miro a mi alrededor, y Garrett abre mucho los ojos, moviendo la cabeza hacia Diesel para animarme a hablar. Trago saliva, vuelvo a mirar a D y me relamo los labios.

—¿Debo imaginar que somos tú y… yo?

—Por supuesto. —Sonríe—. Mi pajarito, justo sobre mi corazón.

—A mí… —trago saliva otra vez— me encanta.

Y así es. Es magnífico, me queda claro que es de nuevo un trabajo de Garrett, pero ¿qué significa? Una pequeña parte de mí lo sabe, y me invaden el miedo y la emoción. ¿Diesel… me ama?

Ser amada por él sería a la vez peligroso y una aventura. Podría matarme, podría consumirme, pero moriría sonriendo. Solo que él no puede amarme. ¿O sí? ¿Y es así como me ve? ¿Fuerte, atrayéndolos a mí?

—Es precioso —murmuro, y él rodea la mesa hasta agacharse ante mí.

—Tú también, pajarito. —Me guiña un ojo antes de inclinarse y besarme con fuerza, sin darse cuenta de que estoy paralizada. Cuando se retira, parece demasiado feliz—. Ya te lo he dicho, eres nuestra, pajarito, y nunca te alejarás de nosotros. Esto es solo para

demostrárselo a todo el mundo. Tú llevas nuestras marcas, nosotros las tuyas.

Se me abren los ojos. ¿Se lo han hecho todos? La idea me abruma.

—Solo D —comenta Garrett, como si conociera mis pensamientos, y me desinflo. Menos mal. D está loco, y sus emociones son diferentes a las de los demás. Me desea, me toma. Me quiere y me hace daño. Para él es sencillo. Que lo hicieran los demás sería un anuncio que demandaría una respuesta, y no sé si estoy preparada para eso.

¿Pero Diesel?

No importa si se lo digo o si no estoy segura de lo que siento, él lo sabe. Siempre lo sabe. Me besa de nuevo y esta vez le devuelvo el beso. Se ríe, feliz, mientras regresa a su asiento, pero yo estoy callada todo el desayuno. Siento los ojos de Ryder clavados en mí todo el tiempo.

¿Esta es mi vida ahora?

¿Enamorarme de los Vipers? Una cosa es la lujuria y aceptar mi nueva vida… Pero ¿puedo amarlos de verdad? Hemos empezado mal, y una parte de mí aún los odia.

En algún momento, ¿los «te odio» han empezado a significar otra cosa? No lo sé, y eso me asusta. A Ryder le aterroriza que destruya a su familia…, ¿y si tiene razón?

Pero ¿y si no? ¿Y si encuentro aquí la felicidad? Respiro hondo y decido que tengo que intentarlo. Puede que me dé miedo amar a alguien…, más que a alguien, pero no quiero renunciar a esto todavía, así que no dejaré que sepan lo difícil que me resulta amar, o lo mal que lo paso cuando la gente me dice que me quiere, porque espero a que llegue el dolor. Y siempre llega.

Los que nos quieren tienen la oportunidad de hacernos el peor daño y, según mi experiencia, siempre lo hacen.



Después de desayunar, corro a mi habitación para tener un

momento a solas. Acabo durmiéndome y, cuando me despierto, me siento mejor. No puedo dejar que esto me asuste.

Puedo esconderme, cortar esto de raíz y dejar que me controle… y tal vez perder a los chicos; lo mejor que me ha pasado.

O sigo viviéndolo, a pesar del miedo, y sigo aceptándolos. Sé cuál es mi elección, así que me pongo las pinturas de guerra. Me siento mejor y más fuerte con el maquillaje puesto. Me he delineado los ojos de color oscuro, llevo los labios de un rojo intenso como la sangre, y añado el collar que me han comprado, la gargantilla, antes de ponerme otro vestido. Es negro, con mangas de encaje abiertas. Es bastante elegante y pegado al cuerpo, pero me hace sentir bien. Por último, me aliso el pelo.

Cuando salgo solo está Kenzo, con el pelo peinado hacia atrás, camisa blanca remangada, chaleco gris y pantalones. Está guapísimo. Cuando levanta la vista con una suave sonrisa y me ve, se queda con la boca abierta, lo que me hace sentir *sexy*, así que me abalanzo sobre él y, haciendo acopio de todo mi valor, me subo a su regazo. La *tablet* se le cae a un lado, donde queda olvidada, mientras me agarra el culo y me arrastra hacia él.

—Estás para comerte, cariño —gruñe.

—¿Es una promesa? —Le sonrío, pasándole la mano por el pelo para que una parte caiga a un lado.

Se queja.

—Ojalá, pero tengo que irme pronto.

—¿A dónde? —pregunto, sintiendo su polla dura presionando contra mí.

Sus ojos están oscuros de lujuria.

—A una partida —murmura—. Necesito información de uno de los participantes.

—¿Por los asesinatos? —lo presiono.

Niega con la cabeza.

—De la filtración. Un antiguo corredor mío, alguien que solía hacer apuestas para mí.

Me animo.

—¿Puedo ir?

—¿Quieres venir? —pregunta despacio, y yo resoplo.

—Claro que sí, estoy aburridísima, déjame ayudarte. Además, ¿bebida, juego y tú? Suena divertido.

Él gime, lamiéndose los labios.

—Eso suena ridículamente caliente. —Me recorre el cuerpo con la mirada, haciéndome estremecer—. Puedes venir, pero que sepas que ese vestido estará en el suelo de mi habitación antes de que acabe la noche. Eres mi premio.

Me inclino y lo beso con suavidad.

—Promesas, promesas —murmuro mientras me levanto y me alejo, deteniéndome en la puerta para mirarle. Tiene los ojos cerrados y los labios fruncidos—. ¿Vamos?

Se pone en pie, me sonríe mientras se endereza el chaleco y coge el teléfono antes de guardárselo en el bolsillo. Mientras se dirige a mí, juguetea con los dados entre sus dedos. Al alcanzarme, me pasa un brazo por los hombro.

—Estoy impaciente, cariño.

Bajamos las escaleras, me recorre la espalda hasta el culo en el ascensor. Sonrío cuando se abre la puerta y me guía con el brazo hasta un Ferrari rojo. Abre la puerta y me siento, luego observo cómo rodea el capó hasta el asiento del conductor. Me guiña un ojo.

—Agárrate —me advierte, y acelera el motor para salir.

Grito de éxtasis cuando abandonamos del edificio y nos lanzamos a las calles. Está oscureciendo y la ciudad cobra vida mientras zigzaguea entre el tráfico. Salimos de los límites urbanos en dirección a un tramo abierto de carretera. Acelera más antes de acercarse a mí, con una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios, luego me acaricia el muslo desnudo para apretármelo mientras conduce.

Me echo el pelo hacia atrás con el corazón acelerado y una sonrisa se dibuja en mis labios. Esto es increíble. Separo más las piernas para él, y desliza la mano más arriba. Solo la detiene cuando su pulgar roza mi coño, y la deja allí mientras conduce. La forma en que maneja el deportivo y la velocidad a la que vamos, que es cada vez mayor, me excitan.

¿Por qué es tan excitante?

Apenas tardamos en girar y dirigirnos a un camino privado en la

parte más lujosa de la ciudad.

—¿Por qué no tenéis una casa aquí? —pregunto.

—La tenemos, pero no nos gusta. —Me sonríe mientras nos detenemos frente a una valla negra adornada con un escudo en la parte delantera—. Odiamos a los ricos, son unos cabrones estirados.

—Eres rico. —Me río.

—Cierto, ¿y no soy un cabrón estirado?

El portón se abre con un chirrido y él lo atraviesa a toda velocidad, conduciendo por un camino empedrado y bien iluminado hasta llegar a una entrada circular con una fuente en el centro, situada ante una mansión gigantesca. Se detiene delante de la puerta, le entrega las llaves al aparcacoches y se acerca para abrirme la puerta. Me ofrece la mano, la acepto, me ayuda a salir antes de rodearme la cintura con el brazo. Luego subimos los escalones de la entrada.

Nos abren la puerta. La música se derrama al exterior y, cuando entramos, casi se me cae la boca. Joder, así es como vive la otra mitad. Por todas partes cuelgan lámparas de araña, y en todas las paredes, junto a los retratos de familia, hay cuadros dorados de estilo antiguo. Dos escaleras curvas conducen al primer piso desde el vestíbulo en el que estamos.

La música, las risas y el tintineo de las copas llegan hasta nosotros. Las mujeres se pasean con vestidos ajustados y joyas, engalanadas del brazo de hombres trajeados. Todo grita dinero, y seguro que estoy fuera de lugar. Pero a Kenzo no le importa.

—Finge, nena —me dice al oído—, todos lo hacen, todos esconden sus propios y oscuros secretitos. ¿Ves al del bigote?

Asiento con la cabeza mientras miro al hombre en cuestión.

—Se acuesta con su hijastra, que es la que se ríe en el gigantesco grupo de ricachones. Se está arruinando. Todo es un juego, cariño, un juego peligroso, pero un juego al fin y al cabo. Aquí usan palabras, no puños, pero sigue siendo lo mismo. Tú sabes jugar, yo también. No son mejores que nosotros; no, de hecho no son nada. Solo son peones, todos quieren poder y dinero, y harían cualquier cosa por él. —Me besa el cuello y se endereza cuando un hombre se acerca para saludarnos. Ni siquiera me mira mientras estrecha la mano de Kenzo.

—Me alegro de verte. Me debes una mano más tarde para intentar recuperar mi dinero. —Finge una risa.

—Por supuesto. —Kenzo sonríe, pero se ha puesto una máscara, puedo notarlo—. Por favor, permítanme presentarles a mi pareja, Roxy.

El hombre por fin me mira, y recorre mi cuerpo con ojos brillantes.

—Encantado de conocerte…, Roxy —me saluda, me coge la mano y me besa el dorso.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, pero como no te has presentado antes de mirarme los pechos, no puedo conocerte exactamente, ¿verdad? —Sonrío.

Se ríe y parece más interesado ahora, y se anima como si él mismo estuviera jugando a algo.

—Por supuesto que no. Me disculpo, estoy acostumbrado a los tontos que solo se preocupan por el color de su tarjeta de crédito. Soy Stefan, es un placer, Roxy. —Él asiente, pareciendo respetuoso ahora.

—Lo siento, pero tenemos una cita —comenta Kenzo, y me aleja mientras Stefan nos vigila—. ¿Ya estás encandilando a otros hombres, cariño? —murmura—. Ten cuidado, cielo, aquí todos son serpientes.

—Ninguno como tú —le recuerdo, mirándole mientras nos detenemos en una puerta—. Y, sin embargo, voy de tu brazo, capullo.

—Te encanta. —Me guiña un ojo mientras nos sirven dos copas. Me pasa el *whisky* y se bebe el champán antes de devolvérselo al camarero—. Otro escocés para mí.

Que sepa que no me bebería esa mierda burbujeante casi me hace reír mientras le doy un sorbo a la bebida y dejo que el calor me invada. Observo la sala; hay mesas dispuestas por todo el espacio, como en un casino, y aunque estemos en una mansión, hay una barra y mesas. Es impresionante, y aquí se encuentran todos los ricos y poderosos de la ciudad jugándose su dinero.

El mismo dinero que roban a los pobres.

—¿Quién dirige esto? ¿Tú?

—No, el caballero al que hemos venido a ver. Está más allá de los

límites de la ciudad, por eso no me pertenece, además es un viejo conocido —responde Kenzo en voz baja, sonriendo y saludando con la cabeza a la gente que pasa a nuestro lado.

—¿No es un amigo? —pregunto, escudriñando a la multitud.

—No tengo amigos, cariño. Tengo hermanos… y a ti —responde distraído, antes de tirar de mí entre la multitud—. Ahí está. No te contengas por mí, a estos ricos capullos les vendrá bien tu actitud, nena, así que dales una buena sacudida y ponlos en su sitio. Ya sabes, joderlos como yo.

—Sin embargo, te quieren —comento, al ver que todos le saludan.

—Les encanta mi dinero y el poder que tengo. No sabrán cómo tratarte, pero como vas conmigo, se reirán y no se defenderán. Haz lo que quieras, sé tan mala como desees, sé tú.

Bueno, me ha dado permiso. Se arrepentirá.

Nos detenemos ante una mesa llena y, de repente, queda un asiento libre ante su presencia. Lo ocupa y me atrae a su regazo. Hay cuatro hombres y la *crupier*, una mujer con un vestido de cóctel corto.

—Danny. —Kenzo saluda con la cabeza al hombre que tenemos enfrente.

Es pelirrojo, con barba espesa, unos ojos azules penetrantes y la piel pálida, y lleva la camisa medio desabrochada. Parece amenazador mientras nos observa.

—Kenzo, no recuerdo haberte invitado.

—¿Cuándo me ha detenido eso? —Se ríe mientras me aprieta con más fuerza.

Los ojos de Danny se clavan a mí, me mira, pero los aparta con desinterés. Qué cabrón.

—No sé, cielo, a mí no me parece para tanto —comento, inclinándome hacia Kenzo, que me besa el hombro y me acaricia el muslo con la mano por debajo de la mesa mientras acepta las cartas.

Danny me devuelve la mirada con los ojos encendidos de fastidio y los orificios nasales agitados.

—¿Qué has dicho, niña?

—Soy una mujer, no una niña —replico, y luego me doy la vuelta,

ignorándolo—. No creo que sea el que necesitamos.

Danny me mira con los ojos entrecerrados. Puedo sentirlo mientras acaricio el hombro de Kenzo, que juega una mano.

—Podemos buscar a otro, el dinero es lo suficiente bueno.

Kenzo sonríe cuando gana y se reparte una nueva mano. Otro hombre de la mesa me fulmina con la mirada, un gesto que le devuelvo sin cortarme.

—¿Algún problema, gilipollas? ¿Necesitas Viagra para que se te levante, o solo una ojeada a mis tetas?

Retrocede sorprendido y yo me río.

—No te preocupes, a tu mujer no le importará, estará tan asqueada de sus perlas como tú al tener sexo aburrido mientras el polvo escapa de tus viejos huesos.

Balbucea, y Kenzo se ríe, pero no me detiene. Miro al otro hombre, de mediana edad y un poco regordete.

—Déjame adivinar, ¿el dinero es de papá? Te lo gastas en putas, por eso te rascas las pelotas. Demasiadas enfermedades venéreas, ¿no?

Danny se ríe a carcajadas mientras los otros dos abandonan la mesa. Ahora solo quedan él y Kenzo.

—Me cae bien, ¿dónde la has encontrado?

—En un sitio donde no irías. —Kenzo sonríe mientras muestra las cartas y recoge sus ganancias, haciendo maldecir a Danny mientras reparten otra mano—. Necesito información.

—Me alegro por ti. —Danny resopla.

—Es una nenaza —Me río—. Prefiere jugar con cartas que con dinero de verdad.

Kenzo desliza la mano más arriba por mi muslo, sin importarle la presencia los demás, y me acaricia el coño. Gimo en su oído mientras le pellizco el lóbulo; está concentrado en sus cartas y en ganar, incluso mientras me acaricia y yo se lo permito. Mi coño empieza a palpitar por el deseo. Ver esta faceta suya, el control, el poder…, me está haciendo sentir cosas.

Estoy empapada.

Debe de notarlo, porque gime, lo que me hace sonreír mientras vuelvo a lamerle la oreja.

—Me estoy imaginando que me follas delante de todos esos viejos ricos y les enseñas lo que es estar vivo de verdad —le ronroneo al oído.

Maldice por lo bajo y pierde la siguiente mano, lo que provoca la risa de Danny.

—¿Información, dices? Bien, ¿qué quieres saber?

Pero Kenzo se levanta y me arrastra con él.

—Más tarde —ladra.

Me levanta y me lleva a rastras cogiéndome de la mano, le guiña un ojo a Danny, lo que me hace preguntarme a qué está jugando. Me saca de la habitación, parece desesperado. Ignora a todos los que intentan hablar con él, sus ojos van de un lado a otro hasta que abre una puerta de un tirón y me empuja dentro. Me lanza contra la pared, gruñendo. Es un armario de limpieza. Me vuelvo para mirarle mientras cierra la puerta y echa el cerrojo antes de volverse hacia mí. Sus ojos están oscuros y hambrientos.

—Voy a follarte, cariño. Será mejor que grites muy fuerte para que te oigan y puedas escandalizar a estos viejos y ricos capullos. —Sonríe mientras se acerca—. No deberías tomarme el pelo, cariño.

—¿Quién ha dicho que te estaba tomando el pelo? —Sonrío, agarro mi vestido y tiro de él hacia arriba, dejando al descubierto mis bragas—. Bueno, ¿vas a follarme o qué?

Se desabrocha el cinturón y se baja la cremallera mientras me recorre con los ojos. Luego, se mueve rápido. Demasiado deseo reprimido, demasiada necesidad. La última vez me resistí, pero esta vez no lo haré. Lo deseo, lo deseo a él. Quiero sentir su polla dentro de mí, en la mansión de los cabrones ricos que siempre he odiado.

Quiero que oigan lo que me hace sentir, que sepan que pueden tener dinero y sirvientes, pero nunca disfrutarán lo mismo que nosotros tenemos. Sinceridad. El puto deseo y la necesidad. Otra persona.

Me golpea contra la pared y me levanta.

—Esto va a ser salvaje y rápido, maldita provocadora.

Gimo y echo la cabeza hacia atrás cuando me aparta la ropa interior para acercarse a mi húmedo coño y me penetra. Grito de dolor, pero también de placer. No se detiene, se echa hacia atrás y

me embiste mientras le rodeo la cintura con las piernas.

Se ríe cuando se sacude la manilla de la puerta.

—Estoy ocupado follándome a mi chica, saldré pronto —dice, antes de volver a abalanzarse sobre mí.

—Probablemente les ha dado un ataque. —Gimo y se me cierran los ojos.

—Probablemente. ¿No sería genial? —murmura, mientras lame el valle entre mis pechos.

Le clavo los talones en el culo, incitándole a seguir. Apoya la mano en la pared y la otra en mi cadera mientras me folla. Gime mi nombre. La forma en que lo dice, las sílabas que salen de sus labios mientras su gruesa polla me penetra, clavándome contra la pared, me provoca una oleada de deseo. Jadea, nuestros corazones laten al unísono mientras me posee con la fuerza de sus embestidas.

Clavo las manos en su hombro y tiro de él para acercarme más. Siento que se aproxima mi orgasmo, apresurado por sus manos y su polla. Me muerde el pecho y grito al alcanzar la liberación. Me recorre entre temblores y me estremezco, y él gruñe contra mi pecho haciéndome disfrutar mientras me inunda.

Joder.

Los dos respiramos con dificultad mientras nos apoyamos contra la pared. Siento las piernas débiles y aún las tengo envueltas en él. Levanta la cabeza, y me mira con ojos oscuros y sonrientes.

—Me pregunto si nos habrán oído o tendremos que repetirlo.

—No lo sé —replico jadeante—. ¿Quizá deberíamos hacerlo otra vez?

Me lanza una sonrisa perversa y se retira de mi cuerpo. Me deja los pies sobre el suelo, pero tengo las rodillas débiles y casi se me doblan, pero él está ahí, sosteniéndome con una mano alrededor de la cintura mientras se arrodilla a mis pies, con la cara enterrada en mi coño.

Gimiendo, le pongo una pierna encima del hombro, aunque él me agarra la otra y la coloca también ahí. Me levanta sin esfuerzo mientras me lame el clítoris, sin importarle que gotee su liberación.

Me lame de arriba abajo, sumergiéndose en mi coño antes de centrarse en el *piercing* de mi clítoris, juega con él mientras me

saborea. Me obligo a acercarme más, y casi lo asfixio con mi coño cuando lo aprisiono con los muslos.

No le importa, me agarra con más fuerza, como si no pudiera saciarse de mí. Su lengua presiona y lame con pericia justo donde necesito que lo haga. El picaporte vuelve a sonar, pero los dos lo ignoramos.

—Sí —gimo, echando la cabeza hacia atrás—. Kenzo, por favor —suplico.

Tengo tantas ganas de correrme otra vez que se me tensa el estómago cuando su talentosa boca hace que me corra lava por las venas. Gime contra mi coño y el sonido vibra en mi interior mientras tira de mi *piercing*.

—Dios, sí —grito, acercándolo más, y me aferro a su pelo mientras muevo las caderas, follando su boca con desesperación.

Lo empiezo a sentir. Estoy tan al límite que cuando vuelve a tirar de mi *piercing*, pego un alarido. Me lame por encima dando suaves lengüetazos contra mi clítoris hipersensible. Jadeo y me relajo contra la pared, con el estómago todavía tenso y los muslos temblando a su alrededor.

Me ayuda a bajar y me coloca los pies en el suelo. Sigue arrodillado, con la barbilla y la boca cubiertas por mis fluidos mientras me sonríe.

—Abre la puerta, puto gilipollas, tengo información para ti —grita Danny, mientras Kenzo se limpia la boca y, guiñándome un ojo, se vuelve a colocar los pantalones, se arregla y comprueba que estoy bien antes de abrir la puerta.

—¿Estás bien, amigo? ¿Necesitas algo? —pregunta Kenzo, impidiendo que Danny me vea mientras me enderezo y normalizo la respiración.

—Quieres saber quién te traicionó, ¿verdad? —dice Danny en voz baja.

—¿Quiero? No sé… —Kenzo sonríe.

—Cierra el pico, sabes que no podía hablar ahí fuera. ¿Vas a dejarme entrar? —Aparece junto a Kenzo y pone los ojos en blanco —. Aquí dentro apesta a sexo.

—¿Ah, sí? —Sonrío—. Debe haber sido por la partida, me puso a

cien. —Le guiño un ojo.

Kenzo cierra la puerta, se apoya en ella y me sonríe.

—Qué te voy a decir, no puedo contenerme cerca de ella.

—Sí, sí, me importa una mierda donde metes la polla. No me pueden ver hablando contigo o me matarían. ¿Quieres la información o no? —gruñe Danny, apartándose de mí para mirar fijamente a Kenzo, cuya expresión se ha ensombrecido y se ha puesto serio.

—¿Qué sabes? —exige Kenzo.

—Lo suficiente como para entender que ser tu amigo es peligroso ahora mismo, incluso los capullos ricos de aquí lo saben, pero te temen más a ti. Alguien lo sabe todo, tío, y no es un empleado. Conocen detalles que nadie más conoce. Aunque sabe cosas, está desactualizado —refunfuña Danny—. Si yo fuera tú, miraría al pasado y me mantendría al margen.

—¿Por qué? —exige Kenzo.

—Porque se acerca un golpe, y no creo que sobrevivas a él. Si lo haces, jugaremos otra vez, quizá también entonces traigas a tu chica para que pueda ganarte. —Danny asiente, y Kenzo le devuelve el gesto con una sonrisa tranquila.

—Gracias, tío.

Kenzo le deja salir y cierra la puerta.

—¿Eso es todo? Pareces muy tranquilo.

Se ríe.

—Querida, ya sabemos que viene un golpe, siempre es así, vivimos con eso continuamente. Aquí dentro tengo cuatro guardias, mezclados entre la multitud. Nadie te hará daño —gruñe, sus ojos se oscurecen de nuevo—, excepto nosotros.

—Qué romántico —me burlo, mientras me aliso el vestido—. Entonces, ¿nos vamos ya?

—La noche es joven, vamos a ganar dinero. —Kenzo me guiña un ojo, me coge de la mano y entrelaza nuestros dedos. Cuando abrimos la puerta, pasa un hombre, que se pone rojo al vernos, sin duda ha oído lo que hacíamos. Se encoge y se aleja corriendo, lo que nos hace reír a los dos.

Es muy divertido, y hace demasiado tiempo que no salgo. Ha

llegado el momento de disfrutar de la vida y de todo su dinero. ¿He mencionado ya que me gusta jugar?

Creo que olvidé decírselo a Kenzo.



32
KENZO

Mi chica tiene un talento natural y deslumbra en la sala. No solo con su rápido ingenio y su inteligencia, sino también porque deja tiesos a los viejos ricos. Les despluma con una sonrisa pícara y alguna palabrota. No saben qué hacer con ella, porque no se guarda nada. Es grosera, gritona y jodidamente perfecta.

Limpia la mesa de póquer y se acomoda en su silla como una jodida reina, con las piernas cruzadas y exhibiendo esas largas y delgadas extremidades que no hace mucho me rodeaban la cabeza. Saber que no lleva bragas me tiene en un estado de excitación constante, por no hablar de lo jodidamente buena que está. Es perfecta para mi corazón.

Sabe cuándo retirarse y cuándo tirarse un farol.

Aquí dentro hace un calor de mil demonios. Las serpientes que le regalamos brillan en sus orejas y en su cuello, marcándola como nuestra. Divido mi atención entre ella y la multitud, buscando amenazas. Por lo general, no me importaría disfrutaría de una buena pelea, pero con ella a mí lado, nadie se acerca lo suficiente para eso.

Nadie la toca.

Gana otra mano y me guiña un ojo, lo que lanza una oleada de deseo directa a mi polla.

—Parece que a estos capullos ricos les gusta desprenderse de su dinero. Tengo que decir que esperaba que supieran jugar mejor, ya que quieren conservar su dinero para seguir siendo ricos. —Se ríe, y las otras mujeres se ríen con ella—. ¿De qué te ríes, Karen? Todos

sabemos que te abres de piernas por esas joyas. —Se ríe de una joven, que está con el viejo cabrón arrugado que no le quita el ojo a mi chica.

La mujer jadea, parece sorprendida, abre y cierra la boca, pero no lo niega. Todo el mundo sabe que es una cazafortunas, aunque en realidad no creo que se llame Karen.

—Juegas tan bien como follas —halago a mi chica, y los hombres me oyen con cara de incomodidad mientras yo sonrío.

—Tú también. —Sonríe—. Si esta regla se cumple en ellos, lo siento por sus esposas. Está claro que no se han casado por eso.

Me río tanto que casi lloro. Dios, es increíble. Roxy nunca encajará aquí. Tiene cerebro, es demasiado testaruda y no se calla nada, pero me encanta lo que dice. No le importa una mierda que estas sean las personas más influyentes de la ciudad. Actúa igual con ellos que con nosotros y los clientes de su bar.

Es refrescante y jodidamente seductora.

Se levanta.

—Me aburro, es demasiado fácil. —Me mira—. ¿Qué tal uno contra uno? —Sus ojos recorren mi cuerpo—. Ofréceme un verdadero reto, después de todo, también eres un gilipollas rico. ¿Qué tienes que perder?

Me río, pongo el vaso en la mesa y me levanto.

—Te toca, cariño. ¿Cuál es tu precio?

—Todo. —Sonríe—. Si gano, me lo llevo todo, te obtengo a ti. —Me recuerda a cuando jugamos por primera vez, y ese es el reto. Joder.

—¿Y si gano yo? —murmuro, apretándome contra ella, sin importarme las miradas de asco que nos dirigen por romper el protocolo social. A la mierda sus perjuicios.

—Me consigues a mí —murmura seductora.

—Cariño, a ti ya te tengo, pero acepto. —La conduzco a una mesa privada y empiezo a demostrarle por qué todo el mundo odia apostar contra mí.

Gano.

Le molesta, pero lo acepta, nos volvemos a poner de pie y recorremos la sala. La llevo a propósito hacia las personas que odio

y se las presento para ver qué dice. Decido que eso se ha convertido en mi nuevo juego favorito, nunca sé lo que va a salir de su boca. Cuando nos acercamos a la gente, en realidad intentan retroceder, no por miedo como es normal, sino por asco a lo que dirá mi «puta bocazas».

El hombre que ha dicho eso podría estar ahora mismo noqueado en el retrete, gracias a mí.

—Querida, este es el alcalde Brentworth —informo, presentándolos a él y a su esposa.

—Encantado de conocerte, Roxy. He oído que estás causando un gran revuelo. —El alcalde se ríe.

—Tal vez, o quizá los ricos no están acostumbrados a escuchar la verdad. Sé que usted no. ¿Cuándo fue la última vez que miró más allá de los rascacielos, a la gente que duerme en la calle, su gente? La próxima vez que apuestes diez de los grandes en una partida, piensa en lo que podría significar eso a los necesitados —suelta, y parece enfadada.

Ah, mi pequeña víbora. Siempre intentando salvar a la gente.

Aunque su mujer se ríe, blanca como una sábana.

—Me cae bien. Le he estado diciendo que tiene que invertir más dinero en las afueras y menos en estos ricachones.

Roxy parpadea mientras una lenta sonrisa se dibuja en su cara.

—Usted también me cae bien. —Asiente con la cabeza y vuelve a mirar al alcalde—. Es inteligente, debería escucharla de vez en cuando, alcalde —añade—, y quizá le odiaría menos gente. —Vuelve a beber de su copa y se vuelve hacia mí—. Me aburro, ¿nos vamos?

Sonriendo, le rodeo la cintura con un brazo.

—Claro que sí, vámonos de aquí. Puedo follarte en una cama rodeados por el dinero que has ganado. —Sus ojos se iluminan mientras oigo jadear a los que nos rodean, lo que me hace reír más fuerte mientras me inclino hacia ella—. No cambies nunca, nena, esta noche es la más divertida que he tenido en mucho tiempo.

—¿Por escandalizar a estos viejos? —Sonríe.

—No, por hacer que me ría mientras trabajo. Esta vida… A veces odio el dinero y a la gente que me rodea como buitres. Esta noche…, esta noche he podido ser yo mismo y divertirme, gracias —

digo mientras la saco de la habitación.

Cuando salimos, el aparcacoches corre a por nuestro coche y nos quedamos solos. Se apoya en mi pecho.

—Gracias por traerme. Me he divertido, ha sido agradable salir, ser útil, y no ha sido difícil insultar a esos cabrones por ti. No me gusta cómo te miran.

Resoplo.

—Provengo de dinero añejo, cariño, pero ellos saben que es dinero de sangre. Nos han menospreciado y siempre lo harán. Hace años que dejamos de intentar encajar.

—¿Y? No pueden menospreciarte, no mientras yo esté cerca. —Sonríe mientras detienen el deportivo delante de nosotros.

No puedo hablar, así que me limito a besarla. Intentaba protegernos, luchar por nosotros a su manera, y no puedo evitar quererla por eso. Nuestra pequeña luchadora.

Es una Viper, como nosotros.

La ayudo a meterse en el coche antes de arrancar a toda velocidad, pero al final del trayecto me detengo y la miro.

—¿Estás cansada?

Niega con la cabeza, se reclina en el asiento y me observa.

—Ni por asomo, ¿por qué?

—¿Quieres ver a dónde voy de verdad? ¿Dónde soy yo mismo? —pregunto.

Ella asiente con una sonrisa confusa y yo me pongo en marcha.



Vive el momento. Roxy nunca estuvo hecha para esa vida, solo estaba esperando que la encontráramos. Y lamento que haya tardado tanto. Pertenece a nuestro mundo, lo sacudió y nos hizo darnos cuenta de lo que nos estábamos perdiendo.

Con ella, soy yo mismo.

Con ella, soy feliz.

Y ahora voy a llevarla al único lugar al que nunca llevo a nadie. Ni riquezas, ni clubes, ni juegos. Solo un lugar al que a veces voy para

escapar de todo, a un lugar del que ni siquiera le hablo a Ryder. Me pone sentimental, pero también me ayuda.

Atravesamos la ciudad, pero dejamos atrás la música y las luces. Sé que se pregunta adónde vamos, pero no me atrevo a hablar, ni siquiera cuando llegamos al cementerio. Se baja, la cojo de la mano en silencio, y cierro la puerta. Percibo que me mira con intensidad, pero la acompaño en silencio por el sendero hasta encontrar la tumba que estoy buscando al fondo. Está alejada de los demás, adornada por un enorme ángel que se eleva hacia el cielo y hay un banco delante. Me siento, y Roxy también, con su mano aún en la mía y su hombro apretado contra mí mientras lee la lápida.

Es la de mi madre.

—No era una mala mujer, nos quería mucho. Creo que Ryder se olvida de eso a veces. Aunque es él quien ha pagado todo esto, que cuidaran de ella en la muerte. Vengo mucho aquí para hablarle, para sentirme cerca. Para no olvidar nunca de dónde venimos, la fuerza del amor y los lazos que nos unen —susurro en la oscuridad.

—Kenzo —musita, acercándose.

—Te habría adorado, ¿sabes? —Sonrío—. Solía encontrar tristeza aquí, pero ya no es así. Es un lugar de paz, una vía de escape. La echo de menos, siempre lo haré, pero no estaba hecha para este mundo. Era demasiado suave, demasiado cariñosa, demasiado atenta. Mi padre la destruyó. No dejaré que Ryder se convierta en alguien así. Él nos protege, y yo lo mantengo humilde…, bueno, lo intento.

—¿Tú crees? —pregunta, y parece sorprendida—. No estoy exactamente… a tu nivel, cielo.

Resoplo.

—Mi madre provenía de la calle. Supongo que nunca te lo he contado. Huyó de su padre a los quince años después de que él la violara muchas veces. Me lo contó una vez cuando yo estaba enfadado por lo de mi padre y no entendía por qué se quedaba. —Se acerca aún más, como si su presencia pudiera alejar los malos recuerdos—. Él la encontró en la calle y vio su belleza. Al principio la colmó de dinero y regalos, protegiéndola como nadie lo había hecho. Por eso se quedó, cariño, para estar a salvo. Luego, permaneció con

él por nosotros. Puede que fuera débil, pero también era fuerte, muy fuerte, porque siguió en la guarida de un monstruo para protegernos, para querernos, incluso cuando eso la llevó a la muerte —susurro. Roxy suspira y, cuando la miro, tiene lágrimas en los ojos —. Roxy, ella era fuerte, y tú también lo eres. Pero tú lo eres más, mucho más. Y eres lista, inteligente, guapa y amable, aunque también sabes mantenerte firme. Tienes mala leche cuando te cabreas y eres jodidamente increíble. Si quieres, este también puede ser tu sitio, cuando todo te abrume demasiado. Cuando los odies, cuando estés enfadada, puedes venir aquí. Siempre te traeré, aunque no quieras hablar conmigo.

Entonces vuelvo la vista hacia la tumba, pero ella alarga la mano, me acaricia la mejilla y me gira la cabeza. Apoyo la frente en la suya.

—Gracias, Kenzo —susurra, antes de besarme con ternura—. Puedo sentir cuánto te quería y cuánto la querías. Fue muy afortunada por eso y tú también.

—Lo sé. —Sonrío con ternura.

—Háblame de ella —me pide, y vuelve a besarme antes de apoyar la cabeza en mi hombro. Allí, bajo la luna, le cuento historias de mi madre. Historias que nunca he contado. Ryder no quiere oírlas porque le hacen daño. No lo admite, pero nunca le perdonó que lo dejara, que no nos salvara. Yo sí. Así que es bueno compartirlas con alguien.

Con mi chica, que ríe conmigo, y cuando por fin lloro, me abraza. Me cubre la cabeza de besos mientras me envuelve entre sus brazos y me acaricia el pelo.

—Me estoy enamorando de ti, cariño —murmuro, y ella se queda paralizada.

—No lo hagas, el amor a veces se transforma en odio —susurra temerosa, y yo levanto la cabeza. Es mi turno de abrazarla.

—Empezamos con odio, nena, no creo que vaya a revertirse para nosotros. El amor puede doler, lo sé. —Miro a la tumba—. Pero también proporciona estas historias, que atesoro hasta el día de hoy. De todos modos, no es algo que puedas detener, Rox. —Sonrío de oreja a oreja—. Está ocurriendo, así que súbete a bordo. —Le guiño un ojo, haciéndola reír.

—Idiota.

—Ahh, es mejor que gilipollas, que es como sueles llamarme.

—Oh, sigues siéndolo —susurra, mientras vuelvo a besarla—. Tengo miedo —admite.

—Lo sé, nosotros también. Pero tú nunca has dejado que el miedo te detenga, y nosotros tampoco.

Asiente, y volvemos a sentarnos uno al lado del otro, perdidos en nuestros pensamientos, con nuestros cuerpos enredados bajo el cielo nocturno. Debería volver a casa, los demás estarán preocupados, pero quiero robar un momento más, estar solo con ella. Porque esta noche he visto más de la verdadera Roxy, de la persona que intenta ocultar desde que vino a mí, la que su padre intentó romper a golpes.

La que llegó a nosotros.

Cada vez que conozco otro pedazo de esta mujer, me enamoro más. La pregunta es, ¿me corresponderá?



33
GARRETT

Oigo regresar a Kenzo y Roxy. Me asomo al balcón y veo que la besa profundamente en la puerta antes de decirle que se vaya a dormir. Tiene una sonrisa de oreja a oreja; parece más feliz que nunca. Ni siquiera se ha dado cuenta de que le miraba mientras entraba en su habitación.

Tonto enamorado.

Pongo los ojos en blanco, doy un portazo y me tumbo en la cama, con el brazo metido bajo la cabeza, pero, como siempre, soy incapaz de dormir. Cuando lo consigo, acaban apareciendo los recuerdos, esos recuerdos. ¿No es suficiente con tener las cicatrices físicas? Tengo que revivirlo cada puta noche.

Cierro los ojos y me obligo a dormir, no tengo más remedio, pero como esperaba, la pesadilla se apodera de mí.

Puedo oler mi propia sangre. Flota en el aire, al igual que mis gritos. Al principio me mantengo firme, pero a medida que me arrancan más y más piel del cuerpo mientras ella ríe, no puedo evitarlo. Se me escapan gritos de agonía.

Ella me sonríe poseída por la locura, con los ojos azules que una vez amé oscurecidos por la codicia y la lujuria. Lujuria por mi dolor, por mi muerte. Cree que así conseguirá lo que desea. Quiero rendirme, caer en esa luz cálida que me llama, pero lucho contra ella. Necesito liberarme, matarla antes de que los otros la encuentren. La torturarán, buscarán su dolor… A pesar de todo, una parte de mí aún la ama.

Incluso ahora, cuando su espada parpadea bajo la luz y vuelve a caer sobre mi pecho, cortando más músculo, desollándolo, me preocupo por ella.

Forcejeo contra las cadenas, lucho contra ellas mientras se ríe.

—Oh, Garrett, siempre luchando hasta el final. Me encanta eso de ti, ¿sabes? Ver el dolor que has causado, toda esa sangre en tu cuerpo mientras luchabas contra ellos. —Ella gime, restregándose contra mí, y me dan arcadas—. Pero estaba equivocada. Eres débil, jodidamente patético. Solo un tonto ricachón, para nada como yo. — El anillo que le he regalado hace unas horas brilla bajo la luz mientras sostiene el cuchillo cubierto por mi sangre.

Se suponía que iba a ser la noche más feliz de mi vida. Los demás se han marchado para darnos espacio y que pudiera declararme, pero aquí estamos. Me estoy muriendo.

Puedo sentirlo, estoy perdiendo demasiada sangre.

¿Es eso lo que quiere? Me invade la maldita ira que siento durante las peleas, la que me mantiene vivo. Ruge por mis venas mientras la fulmino con la mirada. Cierro los labios y me niego a dejar escapar otro ruido, pero a ella no le gusta. Me apuñala y acuchilla con un grito. Un dolor sin igual recorre mi cuerpo atado…

Me despierto sobresaltado, algo va mal. Lo siento entonces, tengo una cadena en el brazo. Con un rugido, la agarro y me retuerzo, alcanzando a la persona que tengo al lado antes de inmovilizarla. La furia y el miedo fluyen a través de mí, cegándome. Rodeo su garganta con las manos hasta que una vocecita me alcanza en mi confusión.

—¿Garrett?

Parpadeo y miro fijamente a Roxy.

—¿Rox? —murmuro confuso. Trago saliva, noto mi mano en su garganta y asiento, alejándome rápidamente de ella. El sueño aún persiste, haciéndome sentir desnudo y furioso.

Se incorpora, parece no tener miedo, aunque casi acabo de matarla, otra vez. Sigo con el cuerpo agitado, me duele el pecho por el sueño. Ella no puede estar aquí, no ahora, pero no parece importarle una mierda, como siempre.

—¿Estás bien? Te he oído gritar y he venido a ver cómo estás…

—Estoy bien, lárgate —suelto, conteniendo la rabia que hay dentro de mí y que quiere desatarse y castigarla, aunque no sea culpa suya.

Ella frunce el ceño.

—Garrett, ¿estás…?

—Fuera. Fuera —gruño.

Se queda inmóvil, mirándome.

—¿Se trata de por qué odias a las mujeres… de la mujer que te hizo eso en el pecho?

Entonces es mi turno de quedarme inmóvil.

—¿Cómo?

—No es difícil de imaginar. No sé quién era ni qué pasó, pero supongo que fue una mujer la que te hizo eso. —Sonríe con tristeza —. Lo siento, Garrett, no me extraña que odies a las mujeres.

—No sabes nada, lárgate. —Aparto la mirada avergonzado.

—Entonces explícamelo —suplica, acercándose a mí, pero se detiene antes de tocarme—. Lo entenderé, podría ayudarte. ¿Qué te pasó? —implora. Aprieto los dientes, y ella suspira, dejando caer la mano en la cama entre nosotros—. Solo quiero ayudar, Garrett, te juro que no te haré daño. Solo quiero…, bueno, a ti. Como sea, aunque sea como amiga.

—¿No ves que estoy destrozado? —grito. Sé que los demás me han oído, pero no intentan detenerme ni salvarla. Tontos. Ella suspira, con cara de fastidio.

—¿Dónde? ¿Dónde estás destrozado? —suelta, obviamente harta de ser amable— ¿En el pecho? Estás bien, supéralo de una puta vez, solo tienes unas cuantas cicatrices —resopla.

—¿Unas cuantas? —rujo, y me coloco ante su cara, señalando el tejido derretido a lo largo de mi torso—. Es un puto desastre, tan horrible que me da asco hasta mirarlo. ¿Cómo puedes esperar que piense que esto te parece atractivo?

—No tienes derecho a decirme qué me parece atractivo —replica con un gruñido, enfadada—. Amo tus cicatrices como amo las mías. De hecho, me hicieron sentir cerca de ti antes que de nadie. Alguien con esas cicatrices conoce el dolor, como yo. Así que sí, me gustan; sí, te deseo tanto que es estúpido, tanto que me conmuevo pensando en ti, incluso cuando eres malo y desagradable conmigo.

No puedes decirme lo que deseo porque estés jodidamente asustado —grita, y luego respira de forma entrecortada mientras nos miramos con intensidad.

—Claro que estoy asustado, estoy jodidamente aterrorizado —grito, golpeándome el pecho con la mano—. Ella me arruinó; destrozó mi cuerpo, mi mente, y joder, Rox, ¿cómo puedes querer esto? ¿Cómo puedes desear que te toque cuando soy un gilipollas? ¿Cuando podría matarte?

—¿Qué más da un poco de peligro? —sonríe—. He estado con Diesel, amigo, no eres peor que él.

Entonces me callo, sin saber qué decir.

—¿No te han contado lo que pasó? —pregunto por lo bajo.

—No, es tu historia y la que tienes que contar tú —responde en voz baja. Ya no parece enfadada. Joder, estamos fastidiando esto de la tregua—. ¿Estás bien?

Me froto la cara y me siento, apoyando la espalda en la pared, y ella se acomoda a mi lado.

—Sí…, no… —murmuro, incapaz de mirarla—. He tenido pesadillas desde entonces, pero últimamente han sido peores.

—Lo siento —murmura, y yo asiento con la cabeza. Nos quedamos en silencio y ella suspira—. Me iré, no quería…

—No te vayas —pido de inmediato, y siento que se gira para mirarme boquiabierta.

Pero no sé qué decir o hacer. Estoy jodidamente oxidado con estas mierda, y no sé qué me hará reaccionar. ¿Cómo puedo estar con ella cuando sé que podría hacerle daño? ¿No es egoísta desearla? Pero la quiero. La deseo.

He querido darle un beso cada vez que discutimos, he querido lanzarla a la cama y follarla. Pero no puedo.

Se acerca, aunque sigo sin poder mirarla. Se ríe en voz baja y lo siguiente que recuerdo es que pasa una pierna por encima de mi regazo y se coloca sobre de mí, flotando sobre mis caderas.

—¿Así está bien? —pregunta.

Lo único que puedo hacer es asentir en silencio, y ella me sonríe.

—Garrett, te diste cuenta antes que ninguno de ellos de que me estremezco cuando alguien se mueve demasiado rápido. Sabes por

qué, ¿verdad? Apuesto a que lo has descubierto o te lo han dicho.

—Tu padre. —Asiento con la cabeza, deseando haber matado a ese cabrón cuando tuve la oportunidad.

—Mi padre. —Ella asiente y sonríe con amargura—. La primera vez que tuve sexo después de… —Traga saliva—. Fue duro, era mi primera vez, se suponía que iba a ser increíble, pero estábamos borrachos, y lo único que veía cada vez que me agarraba era a mi padre. Acabó rápido, lloré y me fui andando a casa. Mejoró, aprendí a bloquearlo. Me volví buena en eso, en manejar mis emociones. Me llevó muchos años, joder, ahora todavía me estremezco. Todavía tengo pesadillas, no desaparecen así como así: el trauma te acompaña todos los días de tu vida. Pero podemos elegir entre dejar que nos controle o que nos destruya. Yo decidí que ninguna de las dos, porque así él gana. Puede sonar estúpido y engreído, como si simplemente lo hubiera decidido un día, pero así fue. Estaba cansada de tener miedo, así que incluso ahora, cuando esto me aterroriza, cuando tengo *flashbacks* o pesadillas o reacciono mal…, elijo cómo afrontarlo. Yo. Nadie más, porque no pueden entender cómo me siento en ese momento. Nadie puede. Sanar no es fácil, cariño. En cierto modo, es peor que el propio… abuso; tendrás contratiempos y te desanimarás, pero merece la pena intentarlo. Si no, seguirás atrapado en esos recuerdos, seguirás luchando por sobrevivir…

—Estoy cansado de luchar —admito, y ella sonríe.

—Yo también. Así que si hago algo mal, si te bloqueo o algo, habla. Házmelo saber. Haznos saber cómo podemos ayudarte de cualquier manera, porque ellos te quieren. Tus hermanos están intentando llegar a ti, tratando de entender cómo pueden protegerte. Ayudarte. Como yo. Tienes que decidir si puedes permitírnoslo.

—Necesito hacer esto solo —murmuro.

—Lo sé, pero estamos aquí —susurra—, y a veces eso es suficiente, o tal vez estoy medio dormida y divago.

Me río entre dientes y ella sonríe.

—¿Quieres ver una película o algo?

—No, de verdad que no, joder —le digo, y le cambia la cara.

Cuando está a punto de apartarse, muevo la mano, más despacio de lo normal para que la vea venir, la enredo en el pelo y la atraigo hacia mí. Jadea cuando acerco mis labios a los suyos. Al principio me quedo inmóvil, no estoy acostumbrado al contacto, pero cuando empieza a moverse contra mí con un gemido, no puedo evitar gruñir y besarla.

Gime en mi boca mientras deslizo la lengua entre sus labios y la enredo con la suya. El beso es desesperado y crudo, lleno de una necesidad tan fuerte que no puedo evitar imaginarme sus labios alrededor de mi polla. Pero entonces se deja caer sobre mi regazo, obviamente cansada de sostenerse, y me quedo paralizado.

Me pregunto si ella puede saborear el miedo en mis labios, el temor a que esto desaparezca y se convierta en un sueño más, y yo vuelva a desearla desde lejos. A desearla mientras la desolación recorre mi mente.

Siento el cuerpo de ella sobre mí, *encima de mí.*

Joder.

Ni siquiera recuerdo haberme movido, pero cuando parpadeo, está inmovilizada en la cama debajo de mí y yo estoy gruñendo. Me aparto, horrorizado de mí mismo.

—Joder, lo siento, joder.

No soporto mirarla, pero su mano se posa con suavidad en mi hombro, sin miedo. Ni siquiera después de que intentara herirla una vez más.

—No pasa nada, ¿ha sido por los besos o por estar encima de ti?

—Joder, Rox, ¿por qué importa? —Chasqueo la lengua mientras me restriego la cara—. Por estar encima de mí —susurro con tristeza —. Estaba encima cuando me hizo esto. —Me señalo el pecho—. Estaba atado, sin poder moverme ni escapar.

—Y yo me he puesto sobre ti… —Suspira—. Joder, lo siento, Garret.

—Sí, yo también, estoy jodido —gruño.

Se calla y me vuelvo hacia ella; de repente me siento enfadado conmigo mismo, con mi pasado, con las mujeres, con esta puta necesidad que no puedo saciar.

—Estoy harto de esta mierda, de estar empalmado y no poder

tocarte. Tengo tantas ganas de follarte que me duele. Me despierto corriéndome en la puta cama al imaginarte debajo de mí mientras te poseo. Esos gritos que les das a los demás resuenan en mis oídos. —Niego con la cabeza, golpeándome el pecho con el puño—. Te deseo tanto, joder… ¿Cómo puedes estar ahí sentada tan tranquila? —termino casi a gritos.

La miro fijamente con el pecho agitado. Ella se sienta y cruza las piernas, con la mirada perdida.

—En tus sueños, ¿estoy debajo de ti? —pregunta.

—¿Qué coño importa eso? —gruño. Le rodeo la garganta con la mano, apretando mientras la acerco, pero ella no se resiste.

—Solo estoy pensando. Si realmente deseas esto tanto como yo, ¿por qué no pruebas conmigo debajo de ti? Demonios, ¡incluso podrías atarme! —Se encoge de hombros.

Me revuelvo ante la idea y ella sonríe.

—Cielo, me gusta que me aten, no te estreses. Si me atas las manos, no podré abrazarte, no podré tocarte, y puede que así sientas que tienes más el control. Como cuando me ataste las manos para follarme la boca.

Gruño, y sus ojos se oscurecen y se posan en mi polla con deseo.

—Solo que esta vez, me follas de verdad, como queremos los dos.

—Roxy… —empiezo a decir, y ella sonríe.

—Apuesto algo a que Diesel tiene cadenas. —Mueve las cejas—. ¿Qué te parece, grandullón, quieres intentarlo?

Mis ojos recorren su cuerpo.

—Intentaré cualquier cosa si con eso consigo follarte.

Entonces se ríe.

—Ese es el espíritu.

Va a levantarse, pero yo la mantengo allí, inclinándome lentamente y besándola, para demostrarle a ella y a mí mismo que puedo hacerlo. Gime en mi boca mientras le aprieto la garganta antes de soltarla. Se levanta con una risita y yo le doy una palmada en el culo, haciéndola reír más fuerte mientras se escabulle de la habitación. Dos minutos después, oigo un aullido y la risa de Diesel.

Con las cejas arqueadas, la veo volver a mi habitación y cerrar la puerta, con las cadenas en las manos y la cara sonrojada.

—Se me ha ocurrido intentar asustarle mientras dormía como él hace conmigo, no ha funcionado.

Me río.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha abofeteado con su polla. —Me quedo boquiabierto y me echo a reír. Ella sonríe, pero apoya la mano en la cadera—. En serio, Garrett, ¿a quién se le ocurre abofetear a un intruso con la polla? —Levanta las manos.

—Probablemente sabía que eras tú, además, seguro que me detendría si intentara matarle o robarle. —Sonrío.

—Hombres. —Sacude la cabeza y se acerca antes de detenerse vacilante—. ¿Me encadeno yo misma a la cama? O puedo llamar a Diesel para que no tengas que hacerlo tú. —Mira las cadenas. Yo también lo hago, esperando que me alteren, pero no lo hacen.

—No, creo que puedo yo, ella… ella usó una cadena oxidada…, fue una restricción…

—Una restricción real. —Asiente, comprendiendo. Alarga la mano, me las entrega y espera. Yo también, pero como no pasa nada, entrecierro los ojos.

—Sobre la cama, boca arriba, ahora mismo —gruño. El deseo se apodera de mí. Si esto funciona…

Joder. Por fin podré tenerla.

Verla gritar debajo de mí mientras me follo su apretado coño.

Sus ojos brillan como si conociera mis pensamientos. Da un paso atrás y se quita los minúsculos pantalones cortos y el top con el que dormía, quedando desnuda. Es impresionante, de piel suave y cremosa, cubierta de cicatrices y tatuajes, muslos rotundos, pechos turgentes y una serpiente que brilla en el ombligo.

Casi me corro allí mismo.

—A la cama. Ya —le ordeno, haciéndola sonreír. Se acerca y se sube a la cama, contoneando el culo mientras se encarama cerca del cabecero, haciéndome gemir y alargar la mano para pasarla por una nalga suave como un melocotón. Otra vez será, siempre he sido un hombre de culos.

Vuelve a mover el trasero, así que le paso ligeramente la cadena por encima, haciéndola jadear y sacudirse. Cae hacia delante y se da

la vuelta, con el pelo esparcido por la almohada y los ojos desorbitados por la lujuria. Separa los muslos sin pudor para mostrarme su coño rosado y reluciente, levanta las manos por encima de la cabeza y las une. Sus pechos se agitan con el movimiento, atrayendo mi mirada. Me arrastro hasta ella, beso cada uno de sus pezones y le agarro las muñecas para sujetarlas con las cadenas alrededor del cabecero antes de chupar uno de sus pezones.

Gime con fuerza y se arquea ante mis caricias cuando me retiro y hago lo mismo con el otro antes de sentarme y mirar los picos rosados. Su pecho sube y baja con rapidez, tiene la cara enrojecida y el rubor le baja por el cuello hasta el pecho mientras me siento y me quedo mirándola. No recuerdo haber visto nunca nada tan hermoso.

Mis manos tienen cicatrices y están manchadas de sangre, su cuerpo es demasiado perfecto para tocarlo, pero lo haré. La ensuciaré con ellas, con las mismas manos con las que mato a la gente, porque no puedo no hacerlo.

La agarro por las piernas y se las separo más para poder admirar su coño, memorizándolo. Siento un cosquilleo en los labios por la necesidad de probarla, tengo que comprobar si es tan dulce como parece, tan opuesta a su actitud habitual.

—¿Has olvidado cómo se hace? La polla en el agujero —se burla, haciéndome gruñir y hundir más las manos.

—Cuidado con lo que dices.

—¿O qué? ¿Me follarás otra vez? —Sonríe, levantando las caderas para tentarme—. ¿Es una promesa? —susurra con la voz ronca.

Hija de puta.

Quiero ir despacio, tomarme mi tiempo, saborearla, pero la necesito demasiado. La he deseado desde el momento en que la conocí y me dio una patada en las pelotas. Mi pequeña guerrera.

—Ryder tiene razón, eres una maldita mocosa —gruño mientras me arrastro por encima de ella hasta apoyar las manos a ambos lados de su cabeza—. Una mocosa malhablada y provocadora.

—Y te encanta. —Sonríe—. Como a él. Me hizo gritar mientras me llamaba así —bromea.

La agarro por el cuello y entrecierro los ojos. Ella no se resiste, solo me sonríe y me rodea la cintura con las piernas para arrastrarme más cerca.

—Eres mía.

—Qué posesivo —murmura—. Pon la polla donde está tu boca…, de hecho, pon tu boca ahí también.

—Tan jodidamente excitada —murmuro, mientras vuelvo a apretarle la garganta, haciéndola gemir.

—Basta de hablar, fóllame ya, víbora —gruñe, sacudiendo las cadenas para intentar acercarse.

Sentado sobre los talones, me despojo de los bóxer con los que dormía y sus ojos recorren mi cuerpo tatuado y lleno de cicatrices. Gime de forma lasciva, arqueando las caderas. Me desea. Con cicatrices y todo.

Eso destruye mi última vacilación. Roxy no es buena actriz, no tiene tiempo para tonterías ni mentiras. Me desea.

Le separo más los muslos, arrastro su culo hacia abajo, estirando sus brazos por encima de su cabeza mientras presiona los pies sobre mis pectorales arruinados, doblando las rodillas. Agarro sus caderas con fuerza con una mano y rodeo mi polla con la otra.

—Va a ser fuerte y rápido, nena, vas a gritar mi nombre.

—¿Quieres apostar algo? —Se ríe.

Entrecerrando los ojos, alineo mi polla en su entrada. Soy grande, probablemente más que los demás, así que, a pesar de que está empapada, voy despacio, no quiero hacerle daño. Le meto un centímetro antes de retroceder y hundir otro, pero ella se cansa de esperar y, con una sonrisa decidida, se abalanza sobre mi polla.

Grita sonoramente, y yo gimo, cerrando los ojos.

Joder, joder, joder.

Es demasiado bueno, está demasiado apretada, demasiado húmeda. No voy a durar, ha pasado demasiado tiempo. Incluso en este momento, casi se me dobla la columna por la sensación. Cuando sus gritos se reducen a un gemido, abro los ojos y aprieto el colchón con una mano mientras me retiro lentamente antes de volver a hundirme.

Jadea y me ciñe más, y enseguida encontramos el ritmo. Es lento

al principio, pero se vuelve rápido y duro. Ninguno de los dos somos capaces de controlarnos hasta que me abalanzo sobre ella y dilato su coño alrededor de mi polla. Ella se agita contra las cadenas, tirando de ellas con tanta fuerza que el cabecero cruje.

—Garrett, Dios, más —exige, sus piernas se doblan más, profundizando mi ángulo.

Aprieto los dientes y me la follo con más fuerza, perdiendo el control. Es tentar a la suerte, podría estallar y matarla, podría hacerle daño, pero a ninguno de los dos nos importa. Estamos demasiado perdidos en la lujuria que nos recorre. No podría parar aunque lo intentara, he llegado demasiado lejos.

Me he perdido en ella.

Grita mi nombre cuando me inclino y le muerdo un pezón antes de chupárselo mejor; arquea su pecho hacia mi boca antes de enderezarme y, con un gruñido, le doy la vuelta. Sus manos se retuercen bajo las cadenas, sin duda causándole dolor, mientras subo su culo en el aire y la agarro por las caderas para tirar de ella hacia atrás. Entonces, me abalanzo sobre su coño.

Gime y se empuja para recibir mis embestidas una y otra vez, con su coño palpitando a mi alrededor. Está a punto de correrse, puedo sentirlo, pero yo también. Quiero que esto dure, estar enterrado en ella toda la noche, pero no puedo resistirme. Se me tensan las pelotas, se me cierra el estómago. Me estiro entre los dos y le froto el clítoris.

—Ahora —gruño.

Gime, mueve la cabeza mientras la empalo repetidamente, y entonces, con un rugido, me corro, mis caderas empiezan a estremecerse y mi espalda se arquea por la intensidad. Grita con fuerza, temblando debajo de mí mientras se corre. Se aprieta en torno a mi polla, succionando mi propia descarga que parece no acabar nunca.

Por fin se detiene y me desplomo hacia delante, a medias sobre ella y a medias sobre la cama. Joder.

—Primer asalto —murmuro, haciéndola reír antes de que gima.

—¿Ha sido solo uno? Joder.

—Solo ha sido para calmarme —murmuro antes de besarle el

hombro y quitarme de encima. Se tumba boca arriba y nos quedamos enredados mientras recuperamos el resuello.

Una vez que mi respiración se ha calmado, la miro con una enorme sonrisa. Lo he conseguido, he dejado que me toque.

—Gracias, cariño —murmuro.

Traga saliva, se gira y me sonríe.

—Puedes compensármelo con más orgasmos, por favor.

Riendo, vuelvo a girar sobre ella y suelta una risita, que pronto se convierte en gemido cuando la beso.



34
ROXY

—Diesel, ¿qué coño, tío? —oigo murmurar a Garrett.

—Bueno, alguien nos ha tenido despiertos toda la noche, así que he pensado que si venía y me la chupaba podría dormir —murmura Diesel.

Gruñendo, hundo aún más la cabeza en la almohada.

Espera, ¿Diesel?

Abro los ojos de golpe y me tumbo boca arriba para verle sonriéndome, con Garrett todavía al otro lado.

—¿Sabes?, tienes un problema con verme dormir. Es espeluznante, tío.

Su sonrisa se hace más grande.

—No es eso todo lo que hago cuando duermes.

Parpadeo.

—Es demasiado pronto para tus locuras —refunfuño mientras me estiro, y luego hago una mueca de dolor cuando mi cuerpo protesta. Me duelen los muslos y también el coño, ambos bien usados. Garrett no tiene precisamente una polla pequeña, y todo el sexo que he tenido me ha pasado factura.

—Diesel, me duele el coño —me quejo, y se ríen los dos.

—Bien.

—Sois imbéciles, los dos —digo—. Ni siquiera os importa que vosotros y esas grandes pollas me hayáis jodido mi pequeña vagina.

—Eh, no te quejes, ¿no lo querías cada vez y suplicabas por ello? —Sonríe.

Entrecierro los ojos.

—Ya no me gustas.

—¿Te gustaba antes? —dice animado.

—Puto desquiciado —murmuro—. Voy a buscar a Kenzo. Él me cuidará.

Ambos se ríen.

—Es probable, es un cabrón empalagoso.

Voy a moverme, pero Garrett me rodea la cintura con un brazo, me arrastra a su lado y cierra los ojos. Diesel se acurruca más detrás de mí, con la polla dura contra mi culo desnudo.

—Ni se te ocurra. Si acercas tu pequeña serpiente a mí, te la corto —gruño, mientras vuelvo a cerrar los ojos.

Se ríe en mi oído.

—¿Pequeña serpiente? ¿Tengo que recordarte lo grande que es?

—Cierra la puta boca y duerme —gruñe Garrett.

—Él ha empezado —murmuro, y me muevo más cerca de Garrett y lejos de Diesel, pero dos segundos después, está pegado a mi espalda de nuevo. Es como un puto sándwich de Vipers.

—Os odio a todos —gruño, y Diesel me muerde el hombro, haciéndome chillar.

De algún modo, mis «te odio» han empezado a significar otra cosa, pero estoy demasiado cansada para pensar en ello, así que me vuelvo a dormir entre mis Vipers y, cuando me despierto, siguen ahí.

—¿No tenéis trabajo? —pregunto mientras me estiro de nuevo.

Garrett abre los ojos y me observa, su mirada se vuelve ardiente y lo fulmino con la mirada.

—No, víbora mala —le digo, y le doy un toque en la nariz. Diesel se ríe mientras Garrett resopla y se tumba boca arriba, estirándose.

—Hoy no, es el turno de Kenzo y Ryder —responde Diesel, mientras tira de mí hacia atrás hasta que acabo tumbada sobre su pecho, de espaldas a él. Qué raro.

Me abraza como un peluche e intento zafarme, pero me detengo cuando gime. Sucio cabrón.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunto, esperando que sea algo divertido.

—No podemos salir de aquí, se han llevado a la mayoría de los

guardias. Lo siento, pajarito. Podemos encontrar algo que hacer —me ofrece, así que me aparto de él y de la cama, aunque me caigo de rodillas y me tengo que poner de pie.

—No, voy a ducharme. —Me giro y les fulmino con la mirada—. Sola, no tengo tiempo para pollas, id a prepararme el desayuno y mucho café.

Cuando me doy la vuelta y me alejo, oigo reír a Garrett.

—Era mucho menos exigente cuando nos odiaba.

—Sigo odiándoos —digo, mientras le miro por encima del hombro —. ¡Solo me gustan vuestras pollas!

Después de ducharme y sentirme más humana, aún en veda de pollas autoimpuesta, que es más difícil de lo que parece con dos hombres cachondos y calientes a mi alrededor, los encuentro en la cocina. Están ocupados cocinando, pero Garrett me entrega una taza y se vuelve para continuar, pero vacila. Luego gira sobre sus talones, se inclina sobre la encimera y me besa con fuerza.

Siento un apretón en el coño cuando se aparta, sonriendo para sí mismo. Joder, ¿y la prohibición? Quizá debería replanteármela. Me guiña un ojo como si pudiera oír mis pensamientos, y Diesel se ríe.

—Le curas y ahora es el puto Sir Encantador.

—Solo estás celoso. —Garrett resopla y Diesel entrecierra los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Eso lo consideras un beso?

Joder.

Intento zafarme, pero él salta por encima de la isla y me agarra para besarme con fuerza mientras enreda las manos en mi pelo. Termina con rapidez y me ayuda a sostenerme mientras jadeo. Que le den a la prohibición de pollas.

Pueden follarme aquí y ahora si quieren.

Se ríe y se aleja, imbécil.

—Eso es un beso —le dice a Garrett.

—Os odio a los dos —murmuro, mientras doy un sorbo a mi café —. Putos Vipers, o más bien, putos críos.

Los dos se ríen y me ignoran. Por fin, la comida está lista y nos acomodamos en la isla, pero echo de menos que comamos todos juntos. Siento un poco de nostalgia, pero la alejo, pues sé que los demás están ocupados. Tienen mucho que hacer, es lógico que no

puedan estar presentes todos los días.

Cuando termino de comer, me enderezo.

—¿Y ahora qué?

—Podría hacerte un tatuaje —sugiere Garrett, y me quedo helada.

—¿En serio? —Sonrío, más animada.

Se encoge de hombros.

—Si quieres… ¿No dijiste que tenías uno que había que terminar?

Diesel sonríe.

—Joder, sí, hagámoslo.

—¿Por qué estás tan contento? —resoplo.

Sonríe, recorriendo mi cuerpo con la mirada.

—Recuerdo nuestra conversación, ¿sabes, pajarito?

Frunzo el ceño un momento antes de darme cuenta. Trago saliva, joder. Ha descubierto que me excito durante los tatuajes, que disfruto con el dolor…, quizá esto no sea una buena idea.

—¿Qué conversación? —pregunta Garrett, confundido.

—¡Ninguna! —suelto, mientras Diesel se ríe.

—Ya te enterarás. Anda, coge tus cosas, lo montaremos todo aquí abajo —sugiere Diesel, mientras se acaba el café.

Ambos salen pitando y me dejan en la cocina. Joder, no lo he pensado bien. ¿El buenorro de Garrett tatuándome mientras Diesel mira?

Esta prohibición de pollas va a hacer aguas, puedo sentirlo. Mi estúpida vagina y su obsesión por ellas.



Estoy acostada en una de las tumbonas de la terraza, que hemos llevado al salón, en bragas y camiseta de tirantes. Tengo la pierna levantada en el aire y estoy de lado para que pueda ver el tatuaje mientras le explico lo que quiero.

—Puedo hacerlo a mano alzada si confías en mí —murmura.

—Nada de pollas —le digo bruscamente, mientras limpia la zona. Al menos estoy depilada, así que no hace falta rasurarme.

Sonríe, pero no responde. Diesel está detrás de mí, con los ojos

fijos en mi culo. Puto chalado. Está esperando a que me ponga cachonda para chivarse a Garrett.

—¿Y una serpiente? —pregunta, y me quedo inmóvil. Levanta la vista—. Puedes decir que no, pero podría tatuarte una víbora.

—Hazlo y punto. —Diesel sonríe.

El hecho de que me pregunte me hace suspirar. Diesel tiene razón, podría haberlo hecho sin más. Después de todo, siguen considerándome suya. Pero la idea de llevar una víbora en mi piel es realmente atractiva. Imagino que sus ojos se iluminarán cuando la vean, y las reacciones de Ryder y Kenzo… Demonios, sí. Además, no significa nada, ¿verdad? Será solo una serpiente, nada más.

—Claro. —Me encojo de hombros—. Confío en ti. —Y lo digo en serio. Garrett nunca me haría daño. Solo es un ejecutor para ganarse la vida, pero ¿aquí? ¿En su casa? Es un protector.

Apoyo la cabeza en el brazo cuando empieza el zumbido de la aguja y él se acerca, con una mano apoyada en mi muslo y la otra presionando la aguja contra mi piel. Traza una pequeña línea y luego se detiene y me observa, esperando claramente que me acojone.

—Cariño, estoy llena de tatuajes —le recuerdo, y él sonríe y vuelve a empezar.

Lo observo durante la primera parte. La concentración de su cara y la forma en que se muerde el labio son adorables. Parece relajado, lo cual es una primicia, cómodo. ¿Es esto lo que hace para evadirse? ¿Sirve para lo mismo que la tumba de la madre de Kenzo y la tortura de Diesel? Tal vez. De cualquier modo, estoy feliz de ayudar, y mientras el dolor se hunde en mis huesos con el zumbido de la aguja, trato de no moverme ni dar ninguna indicación de que me está afectando.

Aunque, joder, lo esté haciendo. Tenerlo tan cerca de mi coño, que su nudillo tatuado y lleno de cicatrices toque mi piel mientras me hace un tatuaje resulta excitante. Esas mismas manos, capaces de tanta muerte y destrucción, están creando hermosas obras de arte en mi piel, mezclándose con el dolor. Y sí, estoy mojada.

Apuesto algo a que Diesel lo sabe, pero Garrett parece ignorarlo mientras me muevo torpemente para intentar aliviar la presión de mi coño. Cierro los ojos e imagino cualquier otra cosa, pero con cada

pasada del paño y cada zumbido de la aguja, soy consciente de lo cerca que está. De lo cerca que tiene la mano de mi coño. Del placer que puede proporcionarme, incluso ahora que me duele. Me muerdo el labio para que no se me escape un gemido, y me reprimo para no arquear las caderas mientras mi coño se tensa y mis bragas se mojan por la necesidad.

—¿Estás bien, pajarito? —pregunta Diesel, y puedo oír la diversión y el deseo en su tono. Seguro que al muy capullo le hace gracia. Espera, claro que sí, esto es una tortura para mí, le está encantando. Me sorprende que no se esté acariciando la polla, aunque Garrett podría pegarle si lo hiciera.

—Sí —respondo sin aliento.

El zumbido se detiene y Garrett levanta la cabeza y me mira con el ceño fruncido.

—¿Segura? —pregunta, pensando que me duele.

No me jodas.

—Sí, pajarito, ¿estás segura? —Diesel se ríe.

Garrett parece confundido, y suspiro.

—Tío, estoy bien, Diesel solo me está tomando el pelo porque me gusta el dolor de los tatuajes.

Garrett frunce el ceño con más fuerza, observándome, y entonces todo parece hacer clic en su cabeza, y sus ojos se abren de par en par antes de mirarme con la boca abierta, haciéndome sonreír.

—Apuesto a que no te pasa con el resto, ¿verdad? —Me burlo.

Se ruboriza, lo que me hace reír más.

—Joder, cariño —su voz es ronca cuando levanta la vista a mi cara —. Ahora se me voy a empalmar mientras te tatúo.

—Bueno, entonces, los dos estaremos reprimiéndonos. —Me río.

Respira hondo, pero vuelve a gemir.

—Joder —repite con un murmullo, y entonces empieza el zumbido. Dejo de intentar ocultar mi reacción, porque, sinceramente, verle luchar es divertido.

Cuando se concentra en una zona especialmente dolorosa, se me escapa un gemido y suelta una maldición. Levanta la cabeza y me mira mientras Diesel se ríe.

—Te juro por Dios que si vuelves a hacer eso, paso del tatuaje y

empiezo a follarte.

—No, primero termina el tatuaje, grandullón —contesto, mientras me mueve la pierna para abordar el dibujo desde otro ángulo y retomar el trabajo, pero de vez en cuando su mirada se desvía hacia mis ojos y, cuando se vuelve para hundir la aguja en la tinta, me mira con complicidad.

Diesel se acerca y su aliento me roza la oreja cuando empieza el zumbido. No miro el tatuaje, quiero que sea una sorpresa cuando termine.

—Me pregunto si dejará que te corras después, o si lo hará cuando termine —susurra en voz alta, para que Garrett pueda oírlo —. Creo que se está imaginando todas las formas en que puede follarte aquí mismo. Yo lo estoy haciendo, pajarito.

—Diesel… —Garrett chasquea la lengua antes de suspirar mientras se detiene de nuevo—. Comportaos, los dos.

Los dos nos reímos, y Diesel me acaricia el brazo hasta el pecho y me toca las tetas a través de la camiseta. No me he molestado en ponerme sujetador, a veces tienes que estar libre. Pero eso significa que cuando me agarra el pecho desnudo, me puede pellizcar el pezón y eso me hace gemir de nuevo. Garrett lanza un juramento. Lamiéndome la oreja, Diesel se ríe mientras me lo retuerce y me lo toca hasta que me contoneo y Garrett se aparta.

—Joder —gruñe—. Solo llevo dos horas, y me quedan al menos otros treinta minutos.

—¿Treinta minutos? —Me río, mientras Diesel me retuerce los pezones—. Sí, no duraré tanto.

Garrett parece afectado al ver cómo Diesel me toca, pero su mano sigue en mi muslo mientras intenta calmarse lo suficiente para volver a tatuarme.

—Tengo una idea, pajarito. —Diesel sonríe y luego mira a Garrett —. Puedo mantenerla distraída. Puede sentarse en mi polla mientras terminas.

—¿Cómo coño va a ayudar eso? ¿Crees que puedo trabajar con ella gimiendo y gritando? —gruñe.

Diesel se ríe.

—Sin follar, sin moverme, solo estaré dentro de ella, provocándola.

Torturándola. —Los ojos de Garrett se oscurecen ante eso—. Y cuando termines, la haré gritar para ti.

Jódeme, literalmente.

Me merezco que me follen ya.

La idea casi me hace poner los ojos en blanco mientras arqueo el pecho hacia su mano, deseándolo con todas mis fuerzas.

—Puedes follarme la boca —le digo a Garrett, y él gruñe.

Se arranca los guantes y se aleja. Dos minutos después, está de vuelta y nos mira fijamente.

—Esta va a ser la media hora más larga de mi vida —murmura—. Bien, hazlo mientras me lavo las manos.

Respiro, tiemblo ante la idea. Diesel quiere torturarme, tener su polla dentro de mí mientras Garrett me tatúa la piel. Esto va a ser un puto infierno, y lo estoy deseando. Mientras Garrett se aleja, Diesel usa el cuchillo para cortarme las bragas antes de deslizarse detrás de mí en la tumbona. Tengo que inclinarme hacia delante, así que casi me caigo. Me levanta la pierna y la coloca sobre la suya. Noto su polla contra mi coño empapado.

—Joder, pajarito, estás empapada —murmura, mientras me rodea, moja un dedo en mi humedad y lo unta en mi clítoris, frotándolo. Justo cuando empiezo a gemir y me retuerzo en su abrazo, hunde su polla en mi sexo dolorido, haciéndome gritar. Se detiene y me besa el hombro para tranquilizarme. Me rodea con un brazo y me mantiene inmóvil mientras él permanece allí, enterrado hasta la empuñadura, casi cayéndose de la tumbona.

—Listos —grita.

Joder.

Garrett vuelve y, cuando me ve, aprieta los puños, sus ojos oscuros se centran en el lugar donde Diesel está insertado hasta las pelotas. Respira hondo y cierra los ojos un momento antes de ponerse los guantes y sentarse para acercarse más.

—Vale —murmura, y me agarra la pierna para colocarla sobre su regazo—. Así está mejor… por lo menos ya no te veo el coño —refunfuña, haciendo reír a Diesel. Gimo cuando me sacude sobre su polla.

Cuando nos acomodamos, Garrett empieza a tatuarme, y yo

intento quedarme quieta y callada para que se concentre, pero Diesel se desplaza de vez en cuando; es un ligero movimiento que se extiende por mis terminaciones nerviosas interiores, mezclándose con el dolor. Gimo.

—Precioso pajarito —me murmura Diesel al oído—. Deberías sentir lo mojada que está —le dice a Garrett.

Entrecierro los ojos y me echo hacia atrás para golpearle, pero él me agarra la mano y la arrastra por mi cuerpo hasta tocarme el pecho.

—Está empapada, joder, y cada vez que le tocas un punto especialmente doloroso…, oh, sí, así…, me aprieta la polla.

Garrett gruñe, me aprieta la pierna antes de aspirar profundamente.

—Cierra la puta boca o le tatúo una polla.

Diesel se ríe, yo también.

—No creo que lo hiciera, pajarito. Tendría que mirarla cuando te follara.

Intento contener la risita y luego el gemido cuando me penetra más profundamente. Garrett se centra en una zona dolorida, y luego otra vez, y me doy cuenta de que lo hace a propósito, el muy gilipollas. Lo miro con intensidad y levanta los ojos un momento, con los labios curvados en una mueca.

—Puto cabrón —siseo.

—No te preocupes, D, casi he terminado, luego le follaré la boca para que no pueda insultarnos más —comenta Garrett, mientras vuelve a bajar la cabeza.

—No, solo hace eso porque está excitada. —Diesel se ríe.

—¿En serio? —murmura Garrett—. ¿Es verdad, cariño? Porque me insultas mucho.

—Iros a la mierda, los dos. —Diesel me muerde el hombro, haciendo que le apriete la polla. Intento no moverme y cierro los ojos para evitar moverme contra él, necesitando más fricción, necesitando correrme. Tiene razón, esto es una tortura.

El deseo me aturde el cerebro, todo mi cuerpo se enciende con él, y si Garrett no termina pronto, voy a mandar el tatuaje al diablo y lo arrastraré por mi cuerpo. Sigo así quince minutos más, los quince

minutos más largos de mi vida. Entonces, me da un beso en el muslo

—Ya está, nena.

Siento que me limpia cuando abro los ojos, y voy a levantar la cabeza para mirar, pero se arranca los guantes y tira la aguja mientras su mirada oscura se fija en mi boca.

—Lo verás después. Ahora puedes agradecérmelo. Abre la boca bien, maldita provocadora.

—Quiero ver… —empiezo a decir, pero él es más rápido. Se desabrocha rápidamente los vaqueros y saca su enorme polla. Está dura y gotea, y me la acerca para golpearme los labios con ella.

—Y yo quiero que cierres la puta boca y me la chupes para que D pueda follarte por fin. Me he pasado dos horas con la cabeza casi dentro de ti, mirando tu puto coño mojado e imaginando mi polla dentro. Luego otros treinta minutos viendo la polla de D realmente dentro de ti y tú gimiendo. Así que… Ábrela bien. Ahora —gruñe, enredando los dedos en mi pelo y tirando bruscamente de mi cabeza hacia delante.

Entrecierro los ojos y hago lo que me dice. Me mete la polla en la boca, casi ahogándome. Me sujeta la barbilla y me obliga a cerrar los labios alrededor de ella mientras Diesel me agarra el muslo y empieza a moverse en lentos y medidos empujones, que me hacen estirar los brazos y agarrar el muslo de Garrett. Él gime, y yo levanto la mirada para encontrarme con sus oscuros orbes llenos de deseo mientras se la chupo.

Gimo alrededor de su erección, le clavo las uñas en el muslo y él no se amilana. Tal vez porque estoy inmovilizada por Diesel, que me lame y muerde el cuello, mientras desciende la mano por mi vientre hasta tocarme el *piercing* del clítoris. El dolor que siento en él unido al del tatuaje del muslo fluye a través de mí, encontrándose con el fuego del placer en lo más bajo de mi estómago.

Esto se ha estado gestando durante las últimas horas, y ahora estoy a punto de volverme loca, como una bola de deseo. Necesito más, lo necesito todo. Anhelo el placer que pueden darme. Mantengo los ojos abiertos y fijos en él, aunque los quiero cerrar, y lo chupo más profundamente. Siento que me cae saliva por la

barbilla, pero no me importa. Empujo el culo contra Diesel, gimiendo alrededor de la polla de Garrett mientras entra y sale de mí.

Garrett gime, echa la cabeza hacia atrás y empieza a hundírmela en la boca en rápidas y fuertes embestidas mientras persigue su orgasmo. Lo succiono y muevo la cabeza cada vez más rápido, al ritmo de las embestidas de Diesel, todos encerrados en el bucle de placer. Diesel gime obscenidades en mi oído, excitándome, me acaricia el clítoris con los dedos hasta que grito alrededor de la polla de Garrett, con mi orgasmo desbocado. Intento apartarme, pero su mano en mi pelo me mantiene ahí, y él toma el control.

Usa mi boca, abusa de ella con fuertes embestidas que lo llevan hasta mi garganta, y grita mientras sus caderas se estremecen antes de que su semilla me llene la boca. No tengo más remedio que tragármela, y solo entonces me suelta el pelo.

Jadeo con fuerza, me duelen los labios y las mejillas, abro los ojos y lo veo sonriéndome antes de volver a sentarse en su taburete.

—Ahora me toca a mí —me dice Diesel al oído.

Grito mientras me dan la vuelta y me giran hasta posarme sobre su regazo. Diesel está tendido de espaldas debajo de mí con mi culo cerca de su cara cuando me levanta y me deja caer sobre su polla. Alargo los brazos con desesperación y me agarro a ambos lados de la silla mientras muevo las caderas, sintiendo de nuevo el mismo placer.

Garrett me mira, me contempla follar y cabalgar a su hermano. Agarro un pezón, lo retuerzo y tiro de él mientras reboto en su polla, que mueve con empujones salvajes y duros, implacables.

—Joder —gime—. Pajarito, estoy muy cerca, quiero que te corras, ahora —exige.

Me inclino con un gemido y froto mi clítoris hipersensible mientras él me embiste tan fuerte que casi me caigo hacia delante. Y me corro, el clímax me recorre de arriba a abajo, tirando de cada nervio hasta que no puedo pensar ni respirar. El placer me recorre una y otra vez mientras aprieto su polla.

Gime con fuerza y se queda quieto, manteniéndome pegada a su polla mientras se vacía. Tiemblo y me estremezco, sin poder evitarlo, con el coño aún palpitante, el estómago apretado y el corazón

golpeándome la caja torácica. Santo cielo.

Por fin suelta mis caderas y me retira de su polla antes de volver a acercarme a su pecho. Me quedo tumbada, respirando con agitación, y miro a Garrett que me observa con ojos tiernos y oscuros. Asiente y desaparece un momento. Vuelve con una botella de agua, que sorbo agradecida mientras me limpia, suavemente y sin mediar palabra, antes de entregarme un gran espejo.

—Mírate, nena.

Levanto la cabeza, que siento pesada, mientras él sostiene el espejo y me inclino hacia abajo hasta que puedo ver el tatuaje. Cuando lo hago, jadeo. Es jodidamente bonito, la piel está roja y sangra un poco, pero es absolutamente increíble. Es delicado, no como sus gruesos y ostentosos tatuajes. Las rosas trepan por mi muslo con espinas afiladas, entre mandalas y cuentas que gotean, y curvándose alrededor del tallo de una rosa hay una víbora diminuta, cuyos ojos asoman entre las hojas. Es impresionante y muy realista, las sombras la hacen parecer viva.

—Me encanta —susurro, y le miro a los ojos—. Tienes mucho talento. Gracias, Garrett.

Se encoge de hombros y me lo limpia antes de inclinarse y besarme los labios.

—De nada, nena —murmura en voz baja, e intenta apartarse, pero yo le agarro la nuca y lo mantengo ahí, demostrándole con mi beso lo mucho que significa. Cuando me separo, sonríe.

—¿Has pensado alguna vez en ser tatuador? —pregunto con curiosidad.

—No, mi padre lo era, antes de que lo matara una de las familias que gobernaban esta ciudad antes que nosotros. Supongo que me gusta porque me recuerda a él, pero la lucha siempre fue lo mío —explica, mientras vuelve a sentarse.

—¿La disfrutas? —pregunto, acurrucándome en el pecho de Diesel.

—Solía hacerlo. —Suspira—. Mucho. Pero ahora se ha convertido una liberación para mí, suelto las emociones, y es uno de los pocos lugares donde no tengo que preocuparme por contenerme. Puedo hacer daño a la gente, y está bien.

Diesel resopla.

—Era boxeador profesional, y jodidamente bueno, tiene algunos títulos a sus espaldas.

—¿En serio? —pregunto, con los ojos muy abiertos.

Garrett asiente.

—El boxeo siempre fue demasiado… restrictivo para mí. Prefiero luchar sin reglas. Me gusta herir a la gente, cariño, siempre lo he hecho y siempre lo haré.

Sonrío.

—¿Te gusta cuando uso mi bate con la gente? ¿O cuando te pateo en las pelotas?

Se ríe y Diesel también.

—Eso no lo olvidaré nunca.

—No, lo siento, grandullón. —Suspiro y apoyo la cabeza en Diesel —. ¿Habéis encontrado a quien os traicionó?

—Todavía no, pero lo haremos, pajarito, y cuando lo hagamos… —Gime—. Las cosas que les haré y luego a ti…

Me estremezco por la promesa implícita de su tono, y él se ríe, dándome una palmada en el muslo.

—¿Qué quieres hacer ahora, pajarito?

Debato mis opciones.

—Quiero veros trabajar, sin torturar. Vi a Kenzo en su papel…, ¿pero qué hacéis en el día a día?

Garrett resopla.

—No es algo fijo. No solemos estar en las salas de juntas, eso es cosa de Kenzo y Ryder. Llevamos los bares y los casinos, y recopilamos información en las calles y de los vendedores.

—Podríamos llevarla a The Lounge —sugiere Diesel.

Garrett levanta una ceja.

—¿El local de *striptease*? ¿Por qué?

Me animo un poco.

—Porque quiere vernos haciendo negocios, y tenemos que comprobarlo de todas formas, asegurarnos de que esa vieja zorra de Cherry no ha soltado nada.

Garrett me mira y yo sonrío.

—¿Mujeres desnudas cubiertas de purpurina? Eso es lo mío.

Parpadea asombrado, haciéndome reír.

—Chicos, olvidáis que dirijo un bar de mala muerte, y que no me guste el pescado no significa que no pueda apreciar la estética.

—El pescado —resopla Diesel, y entonces todos estallamos en carcajadas. Cuando nos controlamos, me da otro azote—. Ve a vestirte. Ponte algo con lo que se pueda ver el tatuaje nuevo, pajarito, y te llevaremos.



Después de lavarme a medias, para que el agua no alcance el tatuaje y alisarme el pelo, me maquillo y pongo mis joyas de víbora antes de echar un vistazo a la ropa nueva. Me decido por el vestido negro que me compró Ryder, me lo pongo y añado unos tacones, y me miro en el espejo para asegurarme de que se ve el tatuaje, y así es. Entonces me quedo paralizada, mirándome.

No parezco yo, pero al mismo tiempo sí. Esta Roxy está mejor vestida, rodeada de colores, pero lo que me choca es la sonrisa de mi cara. ¿Cuándo fue la última vez que sonreí? La verdad es que no me acuerdo… ¿Soy feliz aquí?

¿Qué significa eso?

No quiero irme, lo sé, pero sigo… enfadada. Quiero mi libertad, quiero mi propia vida y tener derecho a elegir, pero sigo sintiéndome… jodidamente feliz. Por ellos. La puerta se abre en ese momento y entra Diesel. Me rodea por detrás y apoya la cabeza en mi hombro. Lleva el pelo rubio suelto y sus ojos azules están encendidos de felicidad.

Se ha puesto una chaqueta de cuero, vaqueros negros ajustados y va sin camiseta. Su pecho dorado reluce; muestra con orgullo el nuevo tatuaje y sus abdominales me llaman la atención por un momento. Quedamos bien juntos, rubio y bronceado, él todo piel dorada y pelo claro; yo, piel pálida y pelo plateado.

—Eres perfecta, pajarito —murmura, besándome el cuello mientras me mira a los ojos en el espejo—. Eres perfecta. Siempre. Vamos, ¿quieres ver lo que hacen los Vipers? Quieres ver quiénes

somos cuando estamos ahí fuera, y queremos presumir de ti. Para que sepan que eres nuestra chica.

—¿La chica de los Vipers? —Sonrío, y él mueve los labios contra mi piel.

—Para siempre —murmura.

—¿Estáis listos? —grita Garrett desde el pasillo.

Diesel me coge de la mano y me saca de la habitación antes de volver a entrar corriendo, luego me detiene en el pasillo y se pone de rodillas. Me mira, me agarra por el borde del vestido y tira de él lentamente, dejando al descubierto mis muslos. Saca algo negro de su bolsillo, lo envuelve alrededor del muslo sin tatuaje y desliza en él mi navaja, la que él me dio.

—Ya está. Me besa el muslo y me baja el vestido antes de volver a cogerme la mano.

Nos encontramos con Garrett en el pasillo. Está ocupado mirando su teléfono, pero no puedo evitar jadear al verlo. Estos hombres son peligrosamente guapos. Lleva el pelo peinado hacia atrás y el ceño fruncido, lo que aumenta su atractivo. Su corpulenta y alta figura va vestida de negro, dejando a la vista algunos tatuajes, sus manos son grandes y están llenas de cicatrices.

Cuando se da cuenta de que estoy allí, guarda el teléfono en el bolsillo y sonríe antes de que sus ojos se posen en el vestido y suelte un gemido.

—Voy a tener que golpear a algunas personas.

—¿No será genial? —Diesel se ríe, haciéndome girar sobre el suelo hasta que tropiezo con el pecho de Garrett, que me atrapa y me estrecha. Sus grandes manos se dirigen a mi culo y me acercan mientras me masajea las nalgas.

—Mataré a cualquiera que te mire mal —murmura contra mis labios tras inclinar la cabeza—. Quédate a nuestro lado, pero no muestres miedo, nena. Esta puede ser la guarida de las víboras, pero ahí fuera hay un puto avispero. —Me besa antes de abrir la puerta y salir primero. Diesel me coge de la mano, pero con la otra sujeta un cuchillo a su costado.

—Garrett tiene que llevar las manos libres para sus armas —explica, y yo asiento con la cabeza.

Bajamos al garaje y cogemos uno de los Audi deportivos más grandes. Garrett no deja conducir a Diesel, y cuando pregunto al respecto, niega con la cabeza.

—Confía en mí.

Diesel resopla, pero se instala en el asiento de atrás mientras yo ocupo el puesto del copiloto.

—No nos habría matado con mi pajarito aquí.

—Claro —se burla Garrett mientras enciende el coche y sube las barreras, que empiezan a elevarse—. Abróchate el cinturón, nena.

Hago lo que me dicen y, mientras nos adentramos en la ciudad, miro los edificios y la gente que pasa. Estamos en la parte rica de la ciudad, con diseñadores, *boutiques*, coches deportivos por todas partes y mujeres y hombres sin prisa por llegar a ninguna parte. Todo grita dinero. Me siento menos a gusto aquí que en la calle, así que cuando pasamos a la parte más oscura de la ciudad, me relajo. En esta zona sé cómo vivir, cómo sobrevivir, pero no en las relucientes calles llenas de sangre y dinero.

No vamos hacia la zona donde está mi bar, estamos en el otro lado, justo después de todos los grandes bancos y lugares donde se mueve dinero, lo cual tiene sentido. Aparcamos junto a la acera, y Garrett sale primero y rodea el coche. Me impide salir mientras mira a su alrededor. Solo cuando está tranquilo me abre la puerta. Diesel me coge de la mano de nuevo y me lleva al club con Garrett a nuestra espalda, vigilándonos.

Desde fuera, parece lo que cabría esperar de un club de *striptease*: un letrero de neón grande y hortera, y ventanas oscuras y tapadas. Me encanta. Diesel no paga ni mira al hombre de la puerta, solo la abre y me hace pasar.

Al instante, la oscuridad nos envuelve, y nos rodea una música sensual, al igual que el olor a puros, alcohol y sudor. El suelo de madera del pasillo conduce a dos grandes puertas dobles, que abrimos antes de entrar en la zona principal del club.

La barra está detrás de nosotros, a la derecha, y la zona del escenario ocupa la mayor parte de la sala. Hay plataformas flotantes y jaulas en el aire, y una zona VIP más arriba. También hay cabinas con cortinas alrededor de cada pared, aunque apenas se vislumbran.

Todo es oscuro y tenebroso, con luces de colores. Hay postes por todas partes y pequeñas mesas alrededor de los escenarios.

Es sin duda un antro, así que me siento como en casa. En los carteles de neón de las paredes puedo ver desde cerezas a labios; lo que quieras, lo tienen. El suelo de madera está pegajoso y se aferra a mis tacones al caminar. Está lleno, incluso a estas horas, con hombres de traje y cuero sentados alrededor, y también algunas mujeres. Unas camareras con trajes ceñidos se pasean con bandejas entre la gente, y también hay dos mujeres detrás de la barra. En el escenario actúa una bailarina con un bikini enjoyado que se mueve alrededor de la barra retorciéndose al ritmo de la música. Inclino la cabeza.

—Es buena. —La señalo con la cabeza y Diesel sonríe.

—Eres rara, pajarito, y me encanta —murmura, inclinándose para que pueda oírle por encima de la música.

—Oye, he hecho *poledance*, es muy difícil. Estas mujeres son unas malditas atletas, y no es fácil quitarse toda la purpurina después —me burlo.

En ese momento, se acerca una mujer y nos sonríe nerviosa, sus ojos pasan de uno a otro de los chicos.

—Cherry está atrás, queridos, ¿queréis que la avise? Está en una reunión.

—No, esperaremos —dice Garrett, y luego elige una mesa cerca de una de las paredes para poder ver a todo el mundo. Pone la mano sobre el regazo, donde descansa su pistola, y lo escruta todo con una mirada aguda. Diesel, por su parte, coge una silla y me sube a su regazo mientras observamos a la mujer del escenario.

—¿Un baile privado mientras esperáis? —pregunta nerviosa la camarera, que sabe claramente quiénes son.

—No —gruñe Garrett.

—Lo siento, he traído el mío. —Diesel se ríe.

La camarera se aleja lo más rápido que puede y noto que muchas personas del bar nos miran nerviosas. Algunas nos identifican, porque se levantan y se van, mientras las demás se quedan. Puede que no sepan quiénes son exactamente Diesel y Garrett, pero intuyen su estatus, aunque no los conozcan personalmente.

Asesinos.

Ricos.

Poderosos.

Los ánimos se calman a medida que los hombres se enderezan y recuperan la sobriedad.

Todas las miradas están centradas en nosotros, aunque sean ojeadas rápidas para no ser descubiertos. Nos sirven las bebidas al instante, nos controlan cada segundo y nos atienden con eficacia. Esta es la reacción que los Vipers provocan en la gente: miedo y asombro. Como la realeza.

—Voy al baño —le murmuro a Diesel mientras me levanto. Garrett me coge de la mano y me mira con los ojos entrecerrados, comunicándose conmigo sin mediar palabra—. Está ahí mismo, grandullón, puedes ver la puerta desde aquí. Ahora vuelvo. —Me inclino y lo beso, y me doy cuenta de que lo he sorprendido cuando me suelta la mano.

—Date prisa, nena, o iré a por ti —gruñe, mientras me retiro.

Hago oídos sordos y me acerco al baño entre la multitud, sintiendo que todos me miran y se preguntan quién soy y qué significo para los Vipers. Entro en el baño y hago mis necesidades antes de lavarme las manos.

Cuando abro la puerta, la música me golpea de nuevo. Al acceder a la discoteca, un hombre me cierra el paso. Es corpulento, el doble de alto que yo, lleva un traje mal ajustado y un reloj falso en la muñeca. Intenta parecer más rico de lo que es, a diferencia de mis chicos, que ni siquiera alardean de su riqueza.

El hombre tiene los ojos vidriosos, así que está colocado o borracho, o quizá las dos cosas, y se acerca a mí a trompicones.

—Eh, cariño, ¿cincuenta por una mamada? —Me lanza el dinero.

Resoplo y pongo los ojos en blanco antes de darle una patada y clavarle el tacón en la entrepierna. Se desploma con un chillido, cae de rodillas y resopla.

—¿Qué coño te pasa, zorra? —grita, mientras Garrett se acerca por detrás.

Cierro el puño y le soy un puñetazo en la cara.

—Quien se lo encuentra se lo queda, cariño. —Me río mientras

guardo los billetes y paso por encima de su cuerpo tendido y lloriqueante.

—Zorra estúpida —suelta, y Garrett lo oye, pero yo también.

Nadie puede insultarme. Giro, cojo el cuchillo del muslo y le tiro del pelo grasiento hacia atrás al tiempo que le acerco la hoja a la garganta.

—Si vuelves a insultarme, será lo último que hagas, ¿entendido, cerebro de serrín? —le advierto.

Se queda quieto, el olor a alcohol me envuelve y siento cómo le tiembla todo el cuerpo.

—Cuando te suelte, te disculparás. Me dirás: «Lo siento, todopoderosa Roxy, soy un idiota con la polla pequeña», y luego pagarás todas nuestras copas esta noche, ¿verdad?

Asiente, y yo me río mientras deslizo la hoja y retrocedo por si intenta algo. Se levanta a trompicones y se da la vuelta, me mira con el rostro pálido.

—Dilo. —Sonrío, guardando la navaja en el muslo.

—Lo siento, todopoderosa Roxy, soy un idiota con la polla pequeña… —Se tambalea, con los ojos encendidos por el pánico.

—Y ahora pagas todas nuestras bebidas —le recuerdo, y él asiente con rapidez.

—Sí, todas vuestras bebidas, lo siento —añade, mientras me giro con una sonrisa para ver a Garrett sonriéndome.

—Nena, ¿dónde guardabas esa navaja? —pregunta, con los ojos oscuros por la lujuria mientras recorre mi cuerpo y mi ajustadísimo vestido con la mirada. Agarro su mano y la arrastro por mi muslo hasta que siente la vaina. Gime y sus ojos se cierran por un momento—. Joder, Rox.

Me aparto, riéndome.

—No le hagas daño, ya me he encargado yo. —Manteniendo su mano entre las mías, le arrastro de vuelta a la mesa, donde Diesel me observa con una sonrisa.

—Pajarito, eso ha sido muy provocativo —murmura, pasando sus ojos por el cuchillo—. Lo usarás conmigo más tarde.

Riendo, me dejo caer en su regazo, sabiendo que Garrett necesita tener las manos libres. Contemplamos a la siguiente chica mientras

traen otra botella a nuestra mesa. Es champán. Lo descorcho y bebo un trago, brindando con él por el tipo al que amenacé en la mesa de la esquina. Él asiente y mira hacia otro lado, asustado.

Justo entonces, un gorila se detiene ante nuestra mesa. Me echa un vistazo y resopla.

—Vete detrás del escenario, tía. —Se vuelve hacia mis chicos—. Está preparada para veros, seguidme.

Diesel se tensa contra mí. Joder. Lo retengo antes de que mate a este idiota, pero entonces actúa Garrett. Es tan rápido que ni siquiera lo veo levantarse. Sus puños se mueven como balas, y luego el gorila está de rodillas, le sangran la nariz y el labio, ambos reventados, y Garrett está de pie sobre él furioso.

—¿Qué le has dicho? —gruñe, con voz grave y retumbante.

Veo que los ojos del gorila se abren de par en par al darse cuenta de que la ha cagado. Intenta mirarme, pero Garrett se cruza en su camino, bloqueándole la vista.

—No la mires, nunca.

—Lo siento, señor, creía que era una bailarina. Lo siento mucho, joder —se apresura a decir el hombre. Hace un minuto, era un cabrón grande y corpulento al que incluso yo habría dudado en derribar. Ahora, al enfrentarse a Garrett, parece un niño pequeño asustado—. Por favor, por favor, lo siento mucho —suplica.

—La has insultado —gruñe Garrett, y lanza el puño de nuevo a la cara del tipo.

Sorbo mi champán mientras miro. Más o menos se lo merecía, además Diesel sigue intentando levantarse, y si se unen, el tipo morirá, lo que no sería bueno.

El gorila cae boca abajo e intenta arrastrarse, pero Garrett está allí, apretando la botas contra la mano del tipo y pisando con fuerza. El grito del hombre resuena con fuerza. La música se corta, y todo el club se queda congelado. A Garrett no le importa, son intocables.

—La has insultado —gruñe de nuevo, mientras le pisa la otra mano antes de darle una patada—. Levántate.

Mierda. El portero se pone en pie a trompicones, con las manos en el pecho y lágrimas en la cara.

—Lo siento, lo siento mucho, por favor —suplica con los mocos

goteándole de la nariz.

Muy bien, ya se ha divertido. Me levanto y, cogiendo mi cuchillo, lo aprieto contra la garganta de Diesel durante un segundo.

—No te muevas, joder, o te juro que no volveré a jugar contigo.

Hace un mohín, pero asiente con la cabeza, me quita el champán, deslizo el cuchillo y me vuelvo hacia Garrett justo cuando vuelve a cerrar el puño. Puedo ver la furia vibrando a través de su cuerpo. No se detendrá, como cuando está en el *ring*, pero hemos venido aquí por una razón, no para pegar a idiotas.

Le pongo la mano en la espalda y se queda quieto mientras mueve la cabeza para mirarme con sus ojos oscuros.

—Déjalo, grandullón —murmuro.

Justo entonces, una voz femenina suena cerca de nosotros.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Todos nos giramos para ver quién habla. Es una mujer alta, de más de metro ochenta, con pechos gigantes. En serio, ¿qué coño? Son enormes y se le escapan de su ajustado vestido rosa, que se ciñe a su grueso vientre y a sus muslos. Tiene el pelo rojo y alborotado; los labios rojos, los ojos marrones y la cara muy maquillada. Entrecierra los párpados, pero parece vacilar al mirar a los dos Vipers antes de plantarse con actitud provocativa.

Esta mujer tiene pelotas. Se lo reconozco. Se echa el pelo por encima del hombro.

—*Cher*, ¿qué le estás haciendo a mi personal?

Garrett se endereza y mira al hombre una vez más.

—Vete, antes de que cambie de opinión.

El gorila no duda, huye con rapidez, y Diesel se pone de pie. Se colocan a ambos lados de mí. La mujer los recorre con los ojos en un sentido más que clínico, lo que me irrita profundamente, antes de posarse en mí. Frunce los labios como si no le gustara lo que ve y vuelve a revolverse el pelo.

—Me alegro de veros, id a mi despacho.

Vaya, esa zorra me ha ignorado. ¡Qué grosera!

Diesel se inclina más cerca.

—¿Quieres que la mate? ¿O que la retengas y lo hagas tú?

Riendo, le doy un empujón, pero él me rodea con el brazo y la

sigue mientras Garrett vuelve a ir detrás de nosotros, siempre en modo protector. La mujer nos conduce por un pasillo junto a la barra hasta una puerta que lleva a un despacho. Se sienta en el escritorio y separa los muslos para que todos podamos ver lo que oculta su vestido.

Diesel me guía hasta el sofá, en la pared del fondo, y me sienta junto a él. Su mano juega con mi pelo mientras Garrett cierra la puerta y se apoya en ella, con los brazos cruzados. Ella se ríe y, sin dejar de ignorarme, se acerca a él, meneando las caderas y el culo.

Alarga la mano para tocarlo, y yo me levanto de un salto, agarrándola antes de que pueda arrastrarla por su pecho. Aprieto la mano alrededor de sus dedos y entrecierro los ojos mientras ella jadea de dolor.

—No lo toques —le advierto, sabiendo que a él no le gusta, y sí, estoy un poco celosa.

La empujo y ella se aleja con una risita nerviosa antes de volver a sentarse tras el escritorio. Tiro de Garrett hacia el sofá y lo arrastro a mi lado hasta que vuelvo a estar entre los dos. Se inclina y me besa la mejilla.

—Gracias, cariño —murmura en voz baja.

—Entonces, ¿a qué debo el placer de esta visita? Supongo que como Ryder no está aquí, no se trata de negocios —pregunta con una sonrisa, con las piernas aún abiertas. Arrastra la mano por el muslo para intentar atraer sus ojos, pero ni siquiera se inmutan, lo que me tranquiliza.

—Sí —responde Garrett, obviamente cansado de ella. Tiene sentido, ya que es una mujer que usa su sexualidad y casi lo toca. Probablemente le repugne. Diesel está demasiado ocupado jugando con mi pelo para darse cuenta, pero resopla ante sus acciones.

Cherry recorre su amplio pecho con la mano, intentando de nuevo atraer sus miradas mientras se inclina hacia delante para exhibir mejor sus tetas.

—¿Qué clase de negocios? —murmura sugerente, en voz baja.

Es entonces cuando me doy cuenta de que maneja su cuerpo como un arma, utilizando su sexualidad para distraer. No es la más grande ni la más fuerte, pero ha sobrevivido tanto tiempo porque

sabe enredar a los hombres en su mismo juego. La respeto por eso, y cuando lo reconozco, me relajo.

—Cherry, no estamos aquí para hacerte daño, puedes tranquilizarte.

Sus ojos se encienden y luego se endurecen mientras deja caer la mano de su pecho, la verdadera Cherry sale a la luz, incluso su cara se relaja. De repente, parece mucho mayor.

—Gracias. —Ella sonríe; es una sonrisa amistosa—. Lo siento, es una costumbre.

—Ya lo veo. Yo hago lo mismo con mi rutina de zorra dura y mi bate. —Me encojo de hombros.

—Me caes bien, ¿por qué estáis aquí? —pregunta, mirándome solo a mí ahora, lo que me hace inclinar la cabeza a un lado con curiosidad—. Vamos, son ricos y poderosos, pero aquí no mandan ellos, mandas tú. Dime, ¿por qué estáis aquí?

¿Yo estoy al mando? Espero a que la corrijan, pero no lo hacen, así que me siento más derecha. Bien, vamos a participar este juego.

—Necesitamos saber si alguien nos ha traicionado. Si alguien ha estado haciendo preguntas o actuando de forma sospechosa.

Vuelve a fruncir los labios.

—¿Cómo voy a saberlo?

—No te hagas la tonta, Cherry, no va contigo. Eres demasiado lista para eso. Te interesa saberlo todo, ¿y tus chicas? Las he visto recogiendo información como recogen dinero. La gente habla libremente a su alrededor. Solo necesitamos saber si has oído algo. Significaría mucho para los Vipers, para nosotros, y ciertamente se te debería un favor.

Me estoy tomando libertades aquí, pero los chicos no me interrumpen. Esperemos que Ryder no me mate cuando se entere.

Ella esboza una sonrisa completa y genuina.

—Mierda, eres buena. Vale, bien. Sí, tengo información. He oído sobre los golpes que os han dado, pero no soy tan estúpida como para involucrarme, conozco vuestro poder. Siempre ganaréis. En cuanto a la traición… —Suspira y se sienta detrás de su escritorio—. He oído que hay un jugador silencioso buscando información, pero no he logrado averiguar quién es. Lo he intentado para poder

venderle la información. Estuvieron aquí algunos de los hombres de la Tríada el otro día, y les ofrecí mis mejores chicas, pero todo lo que les sonsacamos es que se trata de un viejo amigo. He oído que van a volver la próxima semana. Puedo avisarte cuando estén aquí si quieres…, y podrías hablar con ellos. —Sonríe—. Podría, por supuesto, proporcionar una habitación privada para esa… conversación.

—Te lo agradecería. —Le escribo rápidamente mi número—. Envíame un mensaje y nos plantaremos aquí enseguida. Mientras tanto, si averiguas algo, estaremos encantados de reembolsarte tu tiempo y tu esfuerzo. —Me levanto y le doy la mano, haciéndola reír.

—Chica, he oído hablar de ti. Roxy, ¿no? ¿La hija de Rich? —pregunta con complicidad, y yo sonrío. Si me conocía, ¿por qué me ha intentando colar toda esa mierda? Debe ver la pregunta en mis ojos—. Tenía que asegurarme de que eras la chica de la que hablaba. No estaba convencida; según se dice, haces lo que quieres y a quién quieres. No tienes miedo de nada. Intrépida. Valiente y jodidamente inteligente.

—¿Me has investigado?

Se ríe entonces, a carcajadas.

—¿Una chica uniéndose a los Vipers? ¿Una que, según he oído, tiene toda su atención y lealtad? Muchas chicas lo han intentado, así que sí, estaba interesada. Pero Rich era un viejo amigo, un buen hombre. —Frunce el ceño—. Siento su muerte, el viejo bastardo se merecía algo mejor.

Asiento con la cabeza.

—Lo hacía, fue uno de los únicos hombres buenos que conocí. Me acogió cuando era una mocosa insolente y llena de actitud.

—Sí, ¿cómo resultó eso? —Sonríe.

—Tengo una actitud más grande. —Le guiño un ojo—. Y las habilidades para respaldarla.

Entonces sonríe.

—Sin duda. Fue él quien me libró de una relación de abusos cuando me encontró llorando en el baño de Roxers. —Sonríe con tristeza—. Le debo mi vida a ese hombre. Nunca he podido pagárselo, así que guárdate tu dinero, Roxy. Esa deuda ahora pasa a

ti, y te ayudaré en todo lo que pueda. Por Rich. —Hace un gesto.

Asiento con la cabeza.

—Gracias, y lleva a tus chicas a Roxers cuando quieras, bebidas gratis. —Le guiño un ojo—. Joder, nos vendrá bien el… atractivo que traerán. —Me río y me doy la vuelta para marcharme. En la puerta, me detengo y vuelvo a mirarla—. Eres buena en este juego, Cherry, solo asegúrate de que no te maten, sería una puta pena.

Abro la puerta y salgo, Diesel y Garret me siguen. Garret se inclina.

—Lo has hecho jodidamente bien, nena.

—Espera a que se lo contemos a Ryder —grita Diesel—. Sabía que mi pajarito iba a ser la hostia.

Niego con la cabeza, riendo. Atravesamos el club, serpenteando entre las mesas, pero nos detienen justo antes de llegar a la puerta. Allí hay un hombre, uno que estaba con el borracho de antes, y parece furioso.

—Maldito zorra, gastando todo su dinero. ¿Es que no te lo puedes permitir?

¡Oh, mierda!

Siento que los dos hombres se tensan detrás de mí, pero el maldito estúpido continúa.

—Deja en paz a mi hermano. Tienes un problema, estamos en la cabina tres. Puedes chupárnosla por el dinero que quieras.

Bueno, este estúpido hijo de puta está muerto, y no hay manera de que lo ayude.

—¿Qué acabas de decir? —gruñe Diesel con una expresión letal. Se vuelve lentamente hacia el hombre—. ¿Has llamado puta a mi chica?

¿Dónde están las palomitas cuando las necesitas?

Se despoja de la chaqueta, me la lanza y se echa el pelo hacia atrás, recogiéndoselo en la base del cuello. Su pecho brilla bajo las luces estroboscópicas mientras merodea alrededor del hombre, que ahora parece arrepentido de sus palabras.

—D… —empiezo, pero me ignora.

Su forma de andar me hace relamerme los labios. Es realmente impresionante, peligroso, oscuro, loco y jodidamente hermoso. Saca

su navaja y la levanta para que el hombre la vea.

—¿No se te ocurrió que te oiría insultar a nuestra chica?

Sí, este tipo está muerto. Observo al estúpido que aún cree que puede enfrentarse a Diesel. Es todo falsa bravuconería, por supuesto, cualquiera puede notar lo peligroso que es Diesel. Es un fósforo esperando ser encendido, y este tipo le ha prendido fuego.

—Corre mientras puedas, imbécil —le aconsejo, pero me escupe. Bueno, lo he intentado.

En lugar de eso, cojo un chupito de la mesa más cercana y me apoyo en Garrett para ver a mi loco en acción.

—Esto debería ser divertido.

—Nena, nada es aburrido contigo cerca. —Se ríe, aunque lo siento escudriñar a la multitud por si alguien decide ponerse estúpido y saltarnos encima a nosotros o a D.

—Vete a la mierda —gruñe el tipo—. ¿Te crees muy duro porque estás aquí con tu putita? —El tipo se ríe de nuevo, haciéndome estremecer. Maldita sea, esto va a ser horrible—. No sois nada, solo dos idiotas controlados por la misma puta de poca monta.

Diesel no dice nada más. Golpea con la precisión de un hombre acostumbrado a matar, que sabe exactamente dónde golpear. No tiene miedo y es audaz. Su cuchillo alcanza al hombre en la cara, y el idiota retrocede con un grito de dolor. Levanta la mano para bloquear el siguiente tajo de Diesel, que le atraviesa el pecho, rajándole la camisa y la piel y derramando sangre. Pero Diesel es un hombre poseído. No tortura ni se burla, sino que gira y corta, enfurecido, con el rostro marcado por la ira y la muerte. Su mirada es dura.

Le corta las muñecas y la parte posterior de las rodillas, haciéndole caer al suelo con un grito de dolor. Todos observan, sin saber si ayudar o no, cómo Diesel echa hacia atrás los mechones dorados y se coloca detrás del hombre. Con los ojos entrecerrados y furioso, le agarra del pelo y le tira de la cabeza hacia atrás.

—Esa puta —escupe la palabra— ha intentado salvarte. Recuérdalo cuando estés en tu ataúd. —Diesel le corta el cuello de izquierda a derecha, que se abre como una sonrisa sangrienta. Sin esfuerzo, D lo lanza al suelo para que se ahogue con su propia

sangre, que mana de la herida.

Diesel pasa por encima de su cuerpo y se gira hacia mí hasta detenerse con el cuchillo en las manos como un regalo.

—¿Quieres que le corte las pelotas, pajarito?

Riendo, cojo el cuchillo y le doy un beso en los labios.

—No, cariño, está bien. Vámonos, estoy cansada.

Sonríe y se aparta, coge su chaqueta y se la echa al hombro. Su otro brazo se desliza alrededor de mi cintura, apartándome de Garrett.

—Vámonos a casa.

Miro a mi alrededor.

—Seguro que viene la policía.

Hay gente hablando por teléfono, y otra llorando, chicas gritando, y luego Cherry se abre paso entre ellos, tranquila, serena y controlada. Observa al hombre, luego a nosotros, y asiente con la cabeza.

—Yo me encargo de todo, vamos —nos dice Cherry, antes de volverse hacia los clientes y las chicas—. ¡No habéis visto nada, joder! ¡Ahora volved al trabajo! Rick, ¡sirve bebidas gratis para todos!

Asintiendo en señal de gratitud, aunque no creo que los chicos tengan mucho problema con la policía, nos vamos mientras podemos. Puede que tengan algo de influencia, pero apuesto a que tendrían que responder a algunas preguntas y eso no sería bueno dado el humor violento que los inunda en este momento a ambos.

Sin mencionar lo que molestaría a Ryder. Imagina que nos arrestan en mi primera salida con el dúo terrible. Sí, estaría castigada toda la noche…

Pensándolo bien…, debería volver y dejar que nos arrestaran.



35
RYDER

Dejo caer la cabeza entre las manos mientras me tiro del pelo.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno —canturreo una y otra vez hasta que siento que recupero el control. Tenemos demasiado que hacer. Tengo demasiado que hacer.

Todavía me falta averiguar quién nos está traicionando antes de que nos maten, y debo lidiar con la Tríada además de dirigir los negocios legales. Me siento exhausto, me escuecen los ojos y estoy cansado, pero tengo que seguir adelante. No puedo parar hasta salvar a mi familia.

Tengo que protegerlos, aunque me vaya la vida en ello. No hay nada más importante.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno —susurro de nuevo cuando oigo abrirse la puerta principal y me llega la risita delatora de Roxxane. Me echo el pelo hacia atrás, me enderezo y vuelvo a comprobar las transferencias bancarias de los exempleados. Sería la primera señal de que nos han traicionado. Podría encargar a Kenzo que lo investigara, pero también está cansado y necesita dormir.

Me he instalado en la mesa, no quiero pasar en mi despacho toda la noche. Tengo muchos papeles amontonados por todas partes y los dos portátiles abiertos, además compruebo otra información en el móvil y la *tablet*. Es demasiado para mí, pero tengo que hacerlo. No levanto la vista cuando oigo que dejan de reírse. Me llegan unos susurros, el sonido de pasos que se alejan y luego un carraspeo.

Suspiro sin levantar la vista.

—Garrett, estoy bien, dormiré cuando…

—Lo siento, soy más guapa que él —se burla Roxxane.

Levanto la cabeza y frunzo el ceño.

—Lo siento, pensaba… —Me froto la cara y sonrío—. Lo siento, cariño. ¿Has pasado buena noche?

Mira los papeles y a mí, y asiente.

—Haré café.

Levanto la taza.

—Tengo aquí…, ah, parece que me lo he bebido.

Riendo, se inclina y me da un beso en los labios.

—Yo me encargo, ¿vale? Déjame cuidar de ti mientras tú cuidas de nosotros.

Pestañeo asombrado, pero se va. La oigo en la cocina trasteando con las alacenas, intentando que se abran, lo que me hace sonreír mientras sigo echando un vistazo a los registros bancarios que estaba mirando… H. Fedred, definitivamente no es. Tiene la cuenta casi al descubierto, sus facturas se comen todo el dinero que ingresa, y he rastreado los movimientos para asegurarme de que es legal. Era guardia de seguridad, de recepción creo; un buen hombre.

Cojo el teléfono, le transfiero un par de miles de dólares para echarle una mano antes de cargar la siguiente lista de transferencias bancarias que Kenzo me ha enviado. Ha dedicado todo el día a recopilar esta información. No le he preguntado cómo, no me importa, pero es una gran ayuda. Tengo a guardias en los que confío comprobando la seguridad actual, pero estoy de acuerdo en que es alguien que trabajó para nosotros hace tiempo, porque no posee información actualizada.

Roxxane vuelve y me acerca una taza, me pone la mano en el hombro mientras se inclina hacia mí. No puedo evitar relajarme un momento junto a su calor, buscando el consuelo de su cuerpo, aunque no lo merezca. ¿Por qué no puedo averiguar quién nos está traicionando? Me echo hacia delante y vuelvo al trabajo, separándome de ella.

Tengo que averiguar quién nos está traicionando. Tengo que hacerlo.

—Déjame ayudarte —se ofrece.

—Estoy bien, ve a dormir —digo distraído, pero de repente noto que mi silla va hacia atrás y que ella aterriza sobre mi regazo. La agarro de forma automática y me aseguro de que no se caiga, mientras la miro con incredulidad.

Su expresión es dura, tiene los ojos entrecerrados.

—No te estaba preguntando, déjame ayudarte o voy a molestarte toda la noche. Estás cansado y estresado. Sé que crees que tienes que resolverlo todo, que el peso recae únicamente sobre tus hombros, pero tú también tienes que apoyarte en alguien, Ry. Por favor, déjame ayudarte —dice con suavidad, mientras alarga la mano y me acaricia la cara. No puedo evitar apoyarme en su palma, y sonríe—. Eso no te hace débil, sigues siendo nuestro líder, sigues al mando, pero incluso los mejores líderes necesitan ayuda de vez en cuando.

—Roxanne… —Suspiro—. ¿Estás segura?

Asiente, se inclina y me besa.

—Ahora, jefe, dime qué hacer, y si soy una buena empleada, puedes recompensarme más tarde.

Me río, la ayudo a levantarse y se sienta frente a mí. Se quita los zapatos para ponerse cómoda. No puedo evitar sonreír, es tan mona… Y está dispuesta a quedarse. Mejor que le diga qué hacer, si no a saber lo que hará. Siento un gran alivio al pensar en ello. Lógicamente, esto significa que voy a ir más rápido, y por lo tanto podría ayudarnos a rastrearlos antes de que puedan atacarnos de nuevo. Le entrego la *tablet*.

—Estamos comprobando los registros bancarios en busca de algo sospechoso. Si encuentras algo, márcalo. Cualquier pago recurrente de más de mil y probablemente de hasta un millón. —Asiento con la cabeza, meditando—. Más vale prevenir que curar, así podremos ir reduciendo la lista. Oh, también marca a cualquiera que tenga problemas económicos —añado como una ocurrencia tardía, y siento que me observa con intensidad, así que la miro de nuevo—. ¿Qué pasa, cariño?

—¿Vas a enviarles dinero si lo están pasando mal? —pregunta, una sonrisa aparece en sus labios mientras frunzo el ceño—. Víboras grandes y malas, ¿quién iba a decir que erais tan blandengues?

—¿Blandengues? —Resoplo—. No se lo digas a nadie…

—… o me matarás —bromea, mientras empieza a desplazarse por el registro—. Esa amenaza ya no me la trago, cariño.

—Sabes, creo que hemos sido demasiado blandos contigo, amor. Te has vuelto demasiado engreída. —Sonrío mientras hojeo la información.

—Mira, cariño, yo era engreída antes de que me conocieras, no te atribuyas crédito alguno por mi ingenio y mi boca. —Sonríe con los ojos clavados en la *tablet*—. Ahora, a trabajar, quiero mi recompensa cuando encontremos a ese cabrón.

Sorbo el café que me ha preparado y me pierdo entre extractos bancarios mientras respondo algún que otro correo electrónico. Trabajamos casi todo el rato en silencio, pero ella me llena la taza unas cuantas veces antes de volver al trabajo. Al cabo de un par de horas, me reclino y me estiro.

—¿Has encontrado algo?

Levanta la vista y coloca la *tablet* junto a una lista que ha escrito.

—Es posible. He dado con tres para ser exactos, pero aún me quedan cuatro nombres por comprobar. ¿Y tú?

—Me falta examinar en profundidad cuatro apuntes y siete nombres. —Suspiro, frotándome los ojos. Es medianoche, pero no puedo parar ahora—. Acabemos con los últimos y luego prepararé algo de comer.

Ella sonríe.

—Más vale que sea una buena comida.

Riendo, repaso rápidamente los nombres restantes. Ella ha terminado antes que yo, por supuesto, y me doy cuenta de que mira la lista con el ceño fruncido, así que cuando termino, la cojo y tacho algunos nombres.

—Algunos de ellos siguen haciendo trabajillos para nosotros, de ahí los ingresos. —Eso nos deja con diez nombres entre los dos—. Vale, le diré a Kenzo que los compruebe mañana, quizá les pinchemos el teléfono y los vigilemos. ¿Tienes hambre, amor?

—Me muero de hambre. —Gime mientras se levanta y se estira, haciendo que mis ojos recorran su delicioso cuerpo. Recoge las tazas mientras me levanto y me remango.

—¿Pasta casera? —pregunto, y ella se queda quieta.

—¿Cocinas? ¿Sabes hacer pasta casera? —murmura, y yo sonrío.

—Sí…

—Putos capullos, ¿hay algo que no sepáis hacer? —refunfuña mientras nos dirigimos de nuevo a la cocina. Se sube a la isla para ver cómo cojo los ingredientes que necesito.

Pero sus palabras se me quedan grabadas. He estado dándole vueltas a algo, una idea que no deja de rondarme en la cabeza. La única forma de saber la respuesta con certeza es preguntándoselo, así que me apoyo de nuevo en la encimera, entrecierro los ojos y me acomodo.

—¿Roxxane?

Inclina la cabeza a un lado.

—Ay, Dios, ¿me he metido en problemas? ¿Es por el tipo al que golpeé?

Parpadeo sorprendido.

—¿Has vuelto a pegar a alguien? Bah…, da igual, ya hablaremos de ello. Necesito preguntarte algo.

—Claro, ¿qué pasa? —pregunta despreocupada.

—¿Quieres estar aquí?

Se queda quieta, con los ojos muy abiertos.

—Lo digo en serio. Lo sé…, sé que no te dimos elección. Pero ahora, parece que eres casi feliz. Te observo cuando estás con mis hermanos, y tengo que saberlo, Necesito saber si vas a intentar escapar otra vez, o si podrías quedarte y ser feliz con nosotros…

—¿Y si digo que no? —pregunta despacio.

—Necesito protegerlos, amor, incluso de sus propios sentimientos. Esto está volviéndose cada vez más serio, más de lo que jamás hubiera imaginado. Dime la verdad, Roxxane, ¿quieres quedarte con nosotros? —Contengo la respiración, esperando la respuesta, porque la verdad es que… yo también la quiero.

Es la mejor deuda que he cobrado, y el trato más importante.

Pero ¿ha aceptado ella lo inevitable? ¿O solo ha decidido renunciar a luchar? Si se reduce a ella o a mis hermanos, ¿elegiría sabiamente? ¿Podría siquiera elegir? A pesar de todas mis precauciones, de intentar mantenerla a raya, la pequeña descarada

se ha colado detrás de mi armadura, y ahora, incluso mi propio corazón está en juego.

Apresado por esta mujer.

Tiene el poder de destruirnos a todos. ¿Lo sabrá?

Parece estar pensando, debatiendo su respuesta.

—Amor, mírame. ¿Eres feliz? ¿Todavía quieres tu libertad… o nos quieres a nosotros?

—¿Son esas mis dos únicas opciones? —pregunta, y luego desvía la mirada un momento, con la luz de la ciudad arqueándose sobre su rostro, de una belleza desgarradora—. No lo sé. Si me lo hubieras preguntado hace una semana, habría aceptado mi libertad…, pero os habéis metido bajo mi piel. Me habéis metido vuestro veneno, y en esta última semana, me he sentido más viva que nunca. D sigue diciendo que le pertenezco, Garrett por fin me ha dejado entrar y Kenzo es tierno y ha compartido su pasado conmigo… y contigo. Tú, Ryder, me estás dando la oportunidad de ser parte de verdad de la familia…

—Pero… —insisto, con las manos clavadas en el granito mientras el miedo me invade. Odio el miedo, nos hace débiles. Ella me hace sentir débil.

—Pero… ¿cómo puedo ser completamente feliz siendo una cautiva? ¿No quieres que te elija? ¿Que no te necesite, sino que te desee? He vivido mi propia vida, tengo mi propia casa, mi propio negocio. Gano mi dinero, pago mis cuentas y me compro lo que quiero. No soy rica, pero sí disfruto de una posición acomodada. He aprendido a cambiar bombillas, a cortar el césped, a encargarme de los neumáticos. A construir muebles, a viajar y a estar sola. Y mientras lo hacía, aprendí que no necesitaba tener a un hombre conmigo, nadie que hiciera nada por mí, que podía hacerlo por mí misma. Nada es demasiado, siempre se puede encontrar una manera de obtenerlo. Pero eso significa que, cuando estoy con alguien…, cuando elijo a alguien, es porque lo quiero. No porque lo necesite para algo, porque tenga que estar sí o sí, sino porque quiero estar. ¿No quieres eso?

Es mi mayor miedo y lo que sabía desde el principio. Por lo que he intentado alejarme. Roxxane quiere ser libre. De nosotros. Irse…

¿pero volvería? Está pidiendo esa opción, ¿y quién soy yo para impedírselo? Si realmente la quiero, debería dejar que nos elija. Pero ¿y si no lo hace? D nunca la dejará marchar, le rompería el corazón a Kenzo, y Garrett, joder, por fin está dejando acercarse a alguien de nuevo, intentando curarse.

Ella nos mataría a todos y rompería todo aquello por lo que hemos trabajado tan duro.

Pero la otra opción es que poco a poco empiece a odiarnos de nuevo cuando el glamour y la amabilidad no sean suficientes, cuando no seamos bastante para contener ese odio, el odio de que le quiten sus propias opciones. Después de todo, ¿no es eso lo que le ha hecho su padre? Ella desprecia a ese hombre. ¿Somos acaso mejores que él?

No somos hombres buenos, somos criminales, pero por ella podríamos hacer algo bueno, solo por esta vez, ¿verdad?

Me doy la vuelta y empiezo a preparar la comida, dándole vueltas a mi dilema.

—¿Ry? —susurra—. No quiero hacer daño a nadie, de verdad que no. Al principio sí, os odiaba a todos, y creo que una parte de mí quizá aún lo haga, pero también me importáis. D me dijo algo que ahora tiene sentido. Si realmente os odiara, os habría matado la primera noche, y tiene razón. Soy fuerte, lo sé, podría haberte matado, tuve muchas oportunidades. Pero no quise, no me gustaba ganarme mi libertad de esa manera. Pero como ha adivinado D, soy un pájaro, necesito mis alas. Necesito mi libertad. Me la arrebataron de niña, viví bajo un miedo constante y un odio tan fuerte que me deformó. Solo pude ser yo misma cuando me liberé, entonces supe quién era. No quiero volver a perder eso. No quiero odiarte. —Sus palabras terminan en un susurro y me estremezco.

—Yo tampoco lo quiero —le digo—, pero no sé cómo dejarte ir.

—Lo sé. —Suspira antes de que sus brazos me envuelvan por detrás—. Soy tu peor pesadilla, Ryder Viper, algo que nunca has visto venir. Algo que no puedes controlar.

Llevo sus manos a mi estómago mientras me reclino contra ella. Tiene razón. Pero también es lo mejor que nos ha pasado. Encierra tanta vida, tanta capacidad para la risa y la alegría… Saca lo mejor

de nosotros y acepta lo peor. ¿Podría amarla?

Y si lo hago…

¿De verdad puedo negármelo?

¿Podría soportar que nos odiara de verdad en el futuro? ¿Como mi madre odiaba a mi padre?

—Quizá me parezco a él más de lo que quiero admitir. —Suspiro.

—¿A quién? —pregunta.

—A mi padre. Sé que apenas sabes nada de él, pero era un cabrón, amor. Un auténtico cabrón. Me moldeó para ser como él, ¿y si lo soy? ¿Y si después de sus esfuerzos, de todas esas lecciones, me convirtió en lo que odio? Kenzo lo ve, tú también. Soy capaz de mucha destrucción, de actos viles y, aun así, lo excuso con la necesidad de salvar a mi familia. Sin embargo, aquí estás, prisionera, y no quiero dejarte ir. Te quiero para nosotros, para encerrarte aquí y que ningún otro pueda tenerte jamás. Como él hizo con mi madre. ¿Estoy condenado a repetir sus errores?

Se queda callada un momento.

—¿Acaso estoy condenada yo a repetir las acciones de mi padre? —replica—. ¿A ser una persona débil y cruel? No lo sé, podría ser. Pero creo que el hecho de que nos preocupemos por ello demuestra que no pasará, porque no queremos serlo, porque somos conscientes. Sí, puedes ser cruel, frío y manipulador. Yo también puedo ser mala, una zorra cruel. Pero eso no nos convierte en ellos. Nos convierte en nosotros. Deja de luchar contra quién eres, Ryder, deja de temer a quién podrías encontrar si lo haces. Nunca se sabe, incluso podrías descubrir que te amas a ti mismo. —Ella se aleja entonces, y la dejo ir, porque tengo que hacerlo.

Podría mantenerla aquí conmigo, pero eso podría matar la parte de ella que amo. La Viper fuerte, loca e impredecible, porque eso es lo que es: una de nosotros. Es inútil negarlo, lo supe la primera vez que la vi. Por eso tenía tanto miedo. Porque si es una de nosotros…, ¿qué pasará cuando se vaya?

He hecho cosas malas en mi vida. He pisoteado a gente. He matado. He destruido sus vidas, sus familias y sus negocios sin pestañear. Mis manos están cubiertas de más sangre de la que ella podría imaginar. Todo por ellos. Por mi familia.

¿Qué seré capaz de hacer por ella?

Todo.

Me resulta fácil. Haría cualquier cosa. Lo haría todo. Quemaría toda esta puta ciudad hasta los cimientos y la encontraría entre las cenizas. Mataría, robaría, mentiría. Pero ¿la dejaría ir?

¿Podría hacerlo?

Para todos los demás, somos los villanos, somos el mal en esta ciudad. Hombres inmersos en el poder y el dinero. Somos el mal que temen, de quienes se esconden. Sin embargo, ella no lo hace, se regodea en ello. ¿Y si la retuviera aquí, para siempre? ¿Sería tan malo?

Me giro para coger el cortapastas cuando algo me golpea en la cara. Toso, aparto el polvo blanco y giro para ver a Roxxane riendo, con una bolsa de harina en la mano. Me sonríe, y esa sonrisa que me hace querer hacerle cosas malas. Una sonrisa y aleja todos los demonios que me carcomen y ansían ser libres.

—Huye… —digo.

Ella suelta una risita y retrocede.

—Corre, amor —advierto, mientras merodeo por la isla hacia ella. Riendo con más fuerza, intenta escapar, pero la agarro, la vuelvo a capturar y tiro de ella hacia mí—. Deberías haberte escapado más rápido —le murmuro al oído.

—Quizá quería que me pillaras. —Se ríe mientras se contonea, intentando liberarse.

Agarro los huevos por un lado y abro uno sobre su pelo. Grita y se aparta. Veo cómo le cae por la cara y no puedo evitar reírme. Ensancha las fosas nasales y entrecierra los ojos.

—Oh, eres hombre muerto. Ahora te toca correr, joder.

Coge la mantequilla y me la lanza. Me agacho y me río mientras cojo un poco de pasta y se la tiro. Ella grita antes de perseguirme con un poco de leche, haciéndome reír mientras me desvío y la esquivo. Se vuelve para coger algo más y yo la rodeo con los brazos por detrás.

—Tregua —grito con una risa mientras ella patalea y se ríe.

Se queda quieta, suelta una risita y se inclina hacia mí. La estrecho entre mis brazos y le sonrío mientras le retiro un mechón

de pelo cubierto de huevo. Curva los labios y sus ojos oscuros brillan de felicidad. ¿Cómo lo ha hecho?

Me ha liberado de mis demonios sin siquiera intentarlo. Nunca este hogar ha contenido tanta risa o felicidad. Resuena en estas paredes silenciosas y miserables, llenándolas de vida. Llenándolas de ella.

La harina me cubre la cara, tengo comida en el pelo y en la ropa, y sonrío. No recuerdo la última vez que la besé, así que le doy un beso desesperado, anhelante. Un adiós, porque ahora lo sé. Tengo que dejarla ir.

Aunque no vuelva con nosotros.

Porque Roxxane nunca ha estado destinada a estar encerrada, sino a ser libre, salvaje y descontrolada. Incluso ahora, con la risa en los labios y la felicidad cubriendo su expresión, sé que se está preguntando si realmente estaría aquí si pudiera elegir.

Es demasiado fuerte, demasiado independiente para esto.

Si elige esta vida, podría aceptarlo, pero no lo ha hecho, no tuvo elección, y tengo que ofrecérsela. Incluso si eso arruina a mi familia.

Aunque signifique el fin de los Vipers.

Tengo que dejarla ir.



36
ROXY

Anoche volví a dormir en brazos de Ryder, después de ducharme, claro. Al menos, dejó de trabajar un rato, aunque la conversación se tornara oscura. Así que cuando me despierto y veo que se ha ido, no me sorprende encontrar una nota en su almohada.

«Hasta pronto. Compórtate».

Gilipollas. Me pongo una de sus camisas con una sonrisa de satisfacción, y me quedo inmóvil, recordando nuestra conversación de anoche. ¿Realmente estaba pensando en dejarme marchar? No lo sé, y si fuera así…, ¿me iría? Me he acostumbrado a vivir aquí, y realmente me importan…, me hacen sentir viva, me hacen feliz, aunque ¿podrá la felicidad, el amor, surgir de verdad cuando no he tenido elección?

No lo sé, pero dudo que les importe. Tomaron una decisión y la mantendrán. Yo ya he decidido dejar de luchar y empezar a vivir, así que aunque echo de menos mi antigua vida, alejo esos pensamientos.

Cuando bajo, solo están Diesel y Garrett. Me acomodo en mi silla y, cuando Garrett me pasa un café, nuestros dedos se entrelazan.

—Así que, ¿dónde están tonto y tonto y medio? —Sonrío.

Garrett resopla, pero Diesel ni siquiera me mira.

—Revisando la lista.

Asiento con la cabeza y me inclino hacia Diesel.

—Oye, buenorro, supongo que eso significa que volvemos a estar

tú y yo. —Enarco las cejas. Pero D aprieta los dientes y se aleja dejándome con cara de idiota—. Mmm, ¿te importaría explicármelo? —pregunto a Garrett.

Me vuelvo para verle mirándome con tristeza antes de borrar cualquier expresión de su cara.

—No es nada, solo ha tenido una mala noche, no te rayes. Entonces, ¿qué quieres hacer hoy?

—Mmm, cualquier cosa —respondo distraídamente, mientras miro en la dirección por donde ha desaparecido Diesel—. ¿Está enfadado?

Garrett se ríe.

—Claro que no, cuando esté enfadado lo sabrás, cariño. No le pasa nada. Y ahora, centrémonos en qué hacemos hoy…

Asiento mientras habla, pero mi mente no deja de pensar en Diesel. ¿Qué le pasa a mi Viper desquiciado? ¿Y cómo puedo arreglarlo? Jamás he pensado que echaría de menos su locura, pero a medida que avanza la mañana, así es. Quiero que vuelva el loco Diesel, así que le pido ayuda a Garrett. Se prepara mientras voy a buscarlo.

Lo encuentro tumbado en mi cama, mirando al techo. Salto sobre él, me arrastro por su cuerpo y aprieto mi cara contra la suya.

—Tu pajarito se está portando mal, ¿quieres ayudarme? —Sonrío.

Parpadea y me rodea con los brazos.

—Como si necesitaras mi ayuda para eso —murmura, pero su voz está apagada, sus ojos azules no son tan brillantes como de costumbre.

—¿Eh?, vamos, desquiciado, o me lo pasaré bien yo sola, y entonces ¿quién me castigará? —Le guiño un ojo y le agarro de las manos, tirando de él hacia arriba.

Suspira pero me lo permite, y cuando está de pie, me lanzo sobre él. No tiene más remedio que sujetarme cuando le rodeo la cintura con las piernas y le muerdo el labio, haciéndole gemir.

—Juega conmigo —murmuro.

Me aprieta el culo con las manos y me sujeta con más fuerza.

—Pajarito —gruñe, y nunca me he sentido más aliviada. Sigo mordiéndole el labio hasta que me sabe a sangre, me separo de un tirón y caigo al suelo antes de levantarme y echar a correr.

Le oigo reír mientras recorro el pasillo a toda velocidad.

—Voy a por ti, pajarito —dice. Antes, eso me habría aterrorizado, pero ahora solo hace que el deseo me recorra de pies a cabeza.

Llego al salón y salto sobre la espalda de Garrett, que está doblado, ordenando la silla. Gruñe, estira la mano y me sujeta de las piernas para mantenerme allí mientras se endereza justo cuando Diesel entra en la habitación con una sonrisa burlona.

—¿Te escondes, pajarito? —canturrea y se acerca, haciéndome reír al oído de Garrett.

—Bah, me ha sobornado para que participe en una de sus ideas. —Se encoge de hombros y se ríe mientras me lanza hacia Diesel. Grito mientras vuelo por los aires, pero D me atrapa con un gruñido, dejándome sin aliento por un momento mientras me envuelve en sus brazos.

—¿Cuál es tu malvado plan, pajarito? —Diesel me sonríe.

—Vamos a tatuar a Garrett. —Sonrío.

Se ríe.

—¿Cómo coño te las has arreglado para convencerlo de eso?

—Fácil. —Resoplo mientras me agacho y le guiño un ojo—. Tiene ganas de follarme. ¿Me vas a ayudar o qué?

—Además, me amenazó con golpearme las pelotas —añade Garrett.

Asiento con seriedad.

—Eso también, esta vez con una sartén, puesto que todavía no tengo mi bate.

Diesel se ríe.

—Tienes que dejar de pegar a la gente, pajarito. Es más fácil matarlos.

Me alejo.

—La matanza después, ahora tatuajes de pollas.

—Ni pollas ni hostias —grita Garrett, y yo me doy la vuelta y entrecierro los ojos.

—Si quiero hacerte una polla, haré una polla —sentencio.

Me fulmina con la mirada y se enfrenta a mí.

—No. Joder. Pollas no. Si veo una maldita polla en mi piel, voy a…

—¿A qué? —le pregunto dulcemente, bajando la mano por su

pecho hasta su polla y acariciándosela—. ¿Y bien?

—Lo justo es justo —gruñe—. Te haré una en la cara.

—No te atreverías —me quejo.

—Ponme a prueba. —Sonríe.

—Me gustabas más cuando solo gruñías. Vale, nada de pollas, siéntate —exijo, soltando su dura polla y dando pisadas fuertes a su alrededor mientras se ríe.

Pero entonces se me ocurre una idea y le hago señas a D para que se acerque mientras debatimos qué dibujar. Me inclino y le susurro al oído para que Garrett no pueda oírme.

—Vamos a colarle una polla, pero nunca se enterará.

—Te va a matar, me apunto. —Se ríe.

—Podría intentarlo. —Sonrío mientras me pongo los guantes y muevo el dedo—. Hora de explorar, cariño, agáchate.

Diesel obedece, meneando el culo y haciendo gemir a Garrett.

—Niños —dice, y me mira mientras le doy unos azotes a Diesel—. Nada de jugar con culos antes de tatuar.

—¿Y después? —pregunto seria, y él se pasa la mano por los ojos.

—Esto es una puta mierda; a él le llaman loco y ella es igual de mala —murmura para sí.

Me siento en la silla y me acerco a Garrett, sin decidir dónde tatuarlo. No le queda mucho espacio.

—¿Y en el culo? —murmuro, mirándolo de nuevo.

—No me vas a tatuar el culo —suelta, y yo resoplo.

—¿Dónde si no? ¿En la polla? No te voy a tocar los dedos del pie. —Me estremezco de asco.

Mira hacia abajo, buscando espacio.

—Joder, nena, por favor, no en el culo.

Lo miro de nuevo.

—Culo o polla, tú eliges.

Entrecierra los ojos y yo sonrío.

—Inclínate, muchachote.

—No hay polvo que valga esto —gruñe, mientras se desabrocha los vaqueros y se los baja de un tirón, quedándose en calzoncillos negros, con los gruesos muslos cubiertos de tatuajes mientras busca desesperadamente un sitio. No lo encuentra y me mira con los ojos

muy abiertos.

—Joder.

Sonriendo, giro el dedo y, a regañadientes, se da la vuelta y se tumba boca abajo. Le bajo los calzoncillos y descubro su culo de melocotón, pero entonces me quedo paralizada.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja, recordando.

Se queda quieto pero asiente, luego gira la cabeza hasta que puede verme.

—Estoy bien, te veo.

Asiento y sonrío de nuevo.

—Diesel, la maquinilla.

Me da una y le rasuro la nalga.

—Nunca pensé que afeitaría el culo de mi novio —murmuro, haciendo reír a Diesel.

Garrett gime.

—No pienso olvidarme de esto. Nada de Barbies o alguna mierda rara, nena, o te haré algo peor.

—Vale. —Hago un mohín mientras miro su piel pálida. ¿Qué haré? Cojo la aguja y, como me ha enseñado antes, la alineo con su piel. Hago un corazoncito y luego levanto la vista para verle respirar con dificultad, con los ojos cerrados con fuerza, así que ruedo hacia atrás —. ¡Listo!

Abre los ojos y me mira.

—Cariño, estoy bien.

Me inclino y lo beso con ternura.

—Date la vuelta, puedo hacerlo en el pecho —sugiero, sabiendo que si no nos detenemos esto acabará fatal.

Asiente, se sube los pantalones y se da la vuelta. Le limpio la zona junto al vientre, donde hay algo de espacio y también algunas cicatrices.

—¿Estás seguro? —pregunto en voz baja.

Aprieta los dientes.

—Estoy bien, hazlo.

—Avísame si necesitas que pare —ordeno, y él asiente. Diesel se desliza y me ayuda empezar el tatuaje. Espero que le guste. Sinceramente, tengo miedo de que no sea así, pero ya es demasiado

tarde. Solo hago un pequeño parche, y no soy ni de lejos tan buena como Garrett, pero no queda mal. Me encantaba dibujar, y no es mucho más difícil. Vale, es mentira, pero aun así.

Cuando termino, Diesel añade detalles y sombreados mientras yo agarro la mano temblorosa de Garrett y me inclino hacia su cara, sonriéndole.

—Es una polla, ¿me vas a castigar otra vez? —Sonrío, y él se ríe.

—Ya lo creo, nena. —Mantiene los ojos clavados en mí, y yo sigo hablando, distrayéndole hasta que Diesel termina.

—Estoy muy orgullosa de ti —murmuro contra sus labios. Me agarra la cabeza y gime.

—Confío en ti, cariño.

Eso me deja pasmada.

No puedo hablar mientras se aparta y comprueba su nuevo tatuaje. Me quedo inmóvil. Se fía de mí. Oigo su jadeo.

—Joder, Roxy.

Me doy la vuelta y lo miro de reojo, preocupada de que lo odie. Lo que ha empezado como una broma ahora significa algo. Ha confiado en mí lo suficiente como para que lo toque… Joder, ¿en qué estaba pensando? Se le ha desprendido parte de la piel donde está la cicatriz, y debajo hay espirales de serpiente que se mueven, como si le hubieran desollado la piel para revelar la víbora que hay debajo. Los detalles que ha añadido Diesel hacen que se vea mucho mejor, y no hemos añadido ninguna polla. Garrett es demasiado valiente para una mierda así.

Se gira, con los ojos muy abiertos y sorprendidos.

—Cariño…

Me encojo de hombros.

—Puede que te haya cortado, Garrett, pero debajo de toda esa piel hay una víbora, un depredador más fuerte que nunca.

Se abalanza sobre mí y yo contengo la respiración, pero él me atrae hacia sí y me besa con fuerza, desesperadamente, con cariño, antes de apoyar la frente en la mía.

—Me encanta, joder.

—¿Sí? —pregunto.

Asiente, pero luego entrecierra los ojos en un gesto burlón.

—¿Qué me has tatuado en el culo?

Me alejo y señalo a Diesel.

—¡Lo hizo él! —grito, antes de empezar a correr.

Le oigo bajarse los pantalones.

—¡Roxy! —grita mientras yo me río.

Pero Garrett me atrapa, me levanta las piernas y me estrecha contra su pecho.

—¿Un corazón? ¿En serio?

—Es mono. —Sonrío, y él resopla mientras me lleva de vuelta al salón—. ¿En qué lío me he metido ahora? —pregunto, moviendo las cejas.

Resulta que sí podría meterme en un buen lío. Parece que he iniciado una guerra de bromas entre los Vipers, pero estos criminales no llenan globos de agua con harina ni esconden serpientes falsas en alguna parte. No, juegan a lo grande. Es una locura, y no puedo evitar reírme mientras nos metemos con el coche de Kenzo. Decidimos pintarlo con espray, y apuesto a que vale millones. Dibujo pollas en él, porque por qué no, y Diesel también. Garrett ayuda, y todos nos reímos como niños mientras lo hacemos.

Mientras vamos hacia el despacho de Ryder, que está debajo del ático, Diesel sugiere una granada bajo su silla, pero por suerte conseguimos vetar esa idea. La verdad es que quiero preguntarle de dónde ha sacado la granada, pero lo cierto es que ni siquiera me sorprende. En su lugar, hacemos algo igual de loco.

Compramos un burdel a su nombre.

Todas las comunicaciones se envían a su correo electrónico y nos llama a los pocos minutos.

—¿Qué coño está pasando? ¿Me han *hackeado* las cuentas, o estáis aburridos y habéis comprado un puto…, qué coño es esto, Garrett? ¿Agujero resbaladizo? ¿En serio?

No puedo parar de reír, y él debe oírlo.

—Amor, si has tenido algo que ver… ¿Por qué me preguntan si quiero una prueba? Mis preferencias son… ¿una lluvia dorada de tíos? Dios, Roxxane. —Pero puedo oír la risa en su voz—. ¿Quieres guerra, amor? Ya la tienes —Cuelga.

Oh, mierda.

Estoy muerta.

Todos esperamos en el garaje a que vuelva Kenzo, y llega conduciendo un coche que nunca había visto antes. Es negro, negro mate, que me parece *sexy* como el infierno. Es elegante, bajo y deportivo, pero lo cierto es que no tengo ni idea de qué marca es. Ryder llega también en ese momento, y damos un paso atrás mientras salen de los vehículos, todos nos quedamos de pie alrededor del coche de Kenzo.

Viene hacia nosotros y se queda paralizado al ver la pintadas.

—¿Cómo os habéis atrevido? —gruñe.

—¿Nosotros? No hemos sido. —Pestañeo mientras sus ojos captan un diagrama gráfico que lo representa a él con una figura de palo.

—Cariño, este coche cuesta más que la puta ciudad —se queja—. Y pensar que iba a regalarte tu propio coche…

—Espera, ¿qué? —jadeo, apresurándome, pero él niega con la cabeza, levantando las llaves—. ¿Esa máquina tan *sexy* es mía? —Normalmente, me cabrearía con ellos por comprarme algo tan caro, pero… es jodidamente impresionante.

—Iba a serlo, pero no creo que te la merezcas. ¿Verdad, hermano? —pregunta.

Ryder resopla.

—Sigo recibiendo correos con guarradas. Le he dicho que se comportara, así que mi voto es no.

—Pero es tan bonito —susurro, rodeándolo y mirando boquiabierta el interior—. ¿Es realmente para mí?

Me pone las llaves en la mano, pero yo me quedo quieta y su cara se suaviza.

—Es un coche, cariño, no un puto trasplante de riñón. Es solo dinero, vete. —Me empuja hacia el vehículo, pero… ¿cuánto ha costado? No es que deba sorprenderme, estos idiotas no conocen el concepto de moderación.

Me acerco, pero no quiero ni tocarlo. Es tan bonito… Y, ¿qué significa? ¿Es la forma que tiene Ryder de darme algo de libertad?

—Entra en el puto coche, nena —me ordena Garrett, así que pongo los ojos en blanco y abro la puerta para deslizarme por los asientos negros de cuero y muy cómodos. El salpicadero está

cubierto de *gadgets* y se ilumina con brillantes luces LED moradas.

—Es tuyo —dice Ryder—. ¿Por qué no vas a dar una vuelta?

Diesel suelta un grito y se sienta en el asiento del copiloto, sonriéndome.

—¡Acelera, pajarito!

—¡No choques! —grita Ryder, mientras arranco el motor con un ronroneo.

—Joder, creo que este coche me atrae sexualmente —murmuro, mientras cierro la puerta y conduzco hasta la barrera, que se levanta. Salgo a la calle despacio y con mucho cuidado, este coche es demasiado bonito para darle un golpe, pero Diesel resopla.

—Maldita sea, pajarito, la vida es demasiado corta para ir despacio.

Así es.

Me río mientras recorremos la ciudad, y solo cuando estamos de vuelta me doy cuenta de que estaba fuera, era libre. Sí, Diesel iba conmigo, pero podía haberlo echado. Ni siquiera lo he pensado. ¿Qué significa eso? Me quedo callada mientras regresamos y entro en el garaje, donde los demás siguen esperando. Discuten, pero dejan de hacerlo cuando freno y salgo.

—Me encanta —digo, pero estoy confusa, y Ryder debe notarlo.

—Vamos, amor, necesito que me ayudes con el papeleo.

Vuelvo la vista hacia el coche, asiento con la cabeza y le sigo. Me pierdo en el trabajo, intentando no preguntarme por qué no he escapado. Esa noche, finjo estar enferma y me voy a mi habitación, donde paso la noche sola por primera vez en mucho tiempo, y ninguno de ellos viene a buscarme.

La soledad se apodera de mí y apenas puedo dormir. Miro por la ventana, preguntándome en qué me he convertido.

¿Quiero quedarme?

No lo sé, lo cierto es que no lo sé, y eso me asusta. Es fácil perderse en sus vidas, pero no quiero perderme a mí misma. No otra vez. Tengo que ser yo misma, y ellos me animan a ello, en especial Diesel, pero… ¿y si no puedo ser yo misma aquí?

En fin, entre sus amigos ricos no encajo ni de coña, pero ¿eso importa?

Cuando sale el sol, no tengo más respuestas que cuando se puso. Estoy confusa y me siento fatal. Hacen cosas bonitas por mí, me compran cosas y me dan todo lo que puedo desear.

Pero ¿es suficiente?

¿Y si lo que necesito no se puede comprar?

¿Y si hay que darlo?



37
KENZO

Ninguno puede dormir.

Diesel se ha ido furioso después de tomar la decisión, joder, sabe lo que hay que hacer, pero sé que habrá un camino sangriento en la ciudad, y no sé si volverá. Garrett también se ha marchado, a luchar, sin duda. Y para ser el que quería que Roxy se fuera desde el momento en que llegó, se ha mostrado reacio, enfadado incluso, ante la mención de dejarla partir.

Porque la quiere tanto como yo.

Pero la amo lo suficiente como para dejarla ir. Para darle lo que necesita. Pensaba que el coche podría ayudar, pero cuando volvió, leí la verdad en sus ojos. Nunca será suficiente. Nunca seremos suficientes, no sin su libertad.

La oí la otra noche hablar con Ryder, y él no ha sido el mismo desde entonces, así que cuando convocó la reunión después de que ella se fuera a la cama, no fue una sorpresa. Estaba preparado. Me llaman romántico, tierno, y tal vez lo soy, pero ¿qué pasa con Ryder? Él es lógico, y esa es la única razón por la que creo que los otros lo escucharon.

Roxy es libre.

La vamos a dejar marchar.

Y rezo a quien coño me escuche, para que vuelva, porque, por una vez en mi vida, soy feliz. Tengo todo lo que necesito, algo que el dinero no puede comprar: alguien con quien caminar por esta vida. Lo que pasa es que ese alguien también significa lo mismo para mis

hermanos, lo cual tiene sentido. Nadie se interpondría entre nosotros.

La misma mujer brillante, fuerte, feroz, enfadada, inteligente y *sexy*.

Ella se ha convertido en nuestro corazón. Nuestra ternura. Nuestra razón, en muy poco tiempo. Sin embargo, para ella somos sus captores.

Espero a que se despierte, con el corazón en un puño y el estómago hecho un nudo. ¿Se sentirá contenta? ¿Triste? Joder. Ryder se sienta a mi lado. Dos hermanos, uno al lado del otro, listos para enfrentarse juntos a otro problema. Es como cuando éramos niños, cuando esperábamos para enfrentarnos a nuestro padre, esperando a que llegara el dolor. Ryder se refugia en ese hielo como siempre, pero yo no puedo. Yo siento todo el dolor.

Dolor.

Está en cada aliento que doy. Si ella se va, ¿qué será de nosotros? Diesel y Garrett ya se han marchado. Si ella no está aquí, ¿volverán?

Podemos seguir sin ella, sobreviviremos, como siempre, pero ahora somos serpientes domadas, y sin ella, todo será en vano.

Me he enamorado de ella lentamente. La primera vez que me sonrió… La primera vez que la hice reír, nuestro primer beso, nuestra primera vez juntos. Cuando se durmió en mis brazos y me cogió de la mano en la tumba de mi madre. Cuando confió en mí…, sí, cuando confió en mí. Cuando dejó de asustarse, cuando empezó a buscarme, confió en mí.

Caí un poco más cada vez hasta que, antes de darme cuenta, estaba completamente enamorado de ella. Soy suyo, pero ella no es mía.

No del todo. Su corazón aún se extiende hacia la ciudad. Hacia su antigua vida. Hacia su libertad más allá de estos muros. Nada reemplazará eso, ningún regalo o amor. Necesita ser libre.

Y necesito que no me odie.

No podía soportarlo.

No podía soportar ver el odio en esos ojos otra vez. Amor significa dolor, lo sé, pero este dolor podría destrozarme. Sobreviví a la pérdida de mi madre, aunque esto se siente mucho peor.

Se ha despertado temprano. La oigo moverse y no puedo evitar sonreír. Es como nosotros, siempre dispuesta a afrontar el día, vestida y maquillada, solo baja la guardia con nosotros. Ryder está paralizado a mi lado, veo sus puños cerrados bajo la mesa, así que hago algo que no hacía desde que éramos niños: me acerco y le agarro uno.

—Pase lo que pase, nunca me perderás —digo sin mirarlo. Es algo que debería haber dicho hace mucho tiempo. Conozco sus miedos: teme convertirse en nuestro padre—. Nunca serás él. Esto es lo correcto, hermano.

—Lo sé, pero me siento mal —susurra entrecortadamente.

—Lo sé —susurro, con la garganta bloqueada—. Pero su vida no es nuestra. Nunca lo fue. Nunca fue una deuda, nunca fue un trato, siempre fue nuestro destino, pero a veces llega en el momento equivocado.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta, y giro la cabeza para encontrarme con sus ojos perdidos. En su traje y esos ojos oscuros, veo al niño que una vez fue, el que perdió a su madre demasiado joven, el que perdió la inocencia a manos de un padre cruel. El hombre que siempre sabe qué hacer, está perdido ahora mismo, igual que yo. Nuestra vida y nuestro plan perfectos se han roto por culpa de una mujer.

Su mayor temor se ha hecho realidad.

—Seguiremos viviendo, como siempre. Paso a paso. Déjame protegerte esta vez, hermano, déjame hacerlo —digo, siendo el fuerte por una vez. Él lo necesita. Necesita apoyarse en la gente, aunque no lo sepa. Roxy me lo enseñó.

Oigo cómo se abre su puerta y sus pisadas acercándose a nosotros. Ry me aprieta la mano con fuerza y enfría su expresión, y ambos nos volvemos para verla entrar. Tiene ojeras y está cansada. Probablemente tampoco ha dormido. Nos mira y Ryder se levanta.

—No repetiré la vida de mi padre, amor —gruñe Ryder—. No podría soportar que me odiaras. Que lo hagan los demás, no me importa, pero tú, jamás.

Luego se va, dejando que me ocupe de ello como dije que haría. No está huyendo, no se está escondiendo, está aprendiendo que a

veces está bien delegar.

—¿Ry? —le llama, mientras él sube corriendo las escaleras.

Ryder se queda inmóvil, con la mano en la barandilla.

—Te quiero con todos mis pedazos rotos y manchados de sangre —murmura, y luego desaparece. Ella jadea, retrocede tambaleándose y me mira conmocionada.

Me levanto y doy un paso hacia ella, pero no puedo acortar la distancia que nos separa. Si lo hago, podría abrazarla y no soltarla nunca. Ahora necesito la fría confianza de Ryder, la fuerza de Garrett y la convicción de Diesel. Los necesito a todos, y están aquí, todos ellos, en mi corazón. Con ella.

—Roxy, necesito que me escuches por una vez y mantengas esa bonita boca cerrada hasta que termine. Eres el amor de mi vida, cariño. Alguien que ni siquiera sabía que estaba buscando durante todos estos años. Pero estás aquí, y te quiero más de lo que las palabras pueden decir, por eso te doy estas llaves. Sé que nunca podrás amarme como yo te amo si no eres libre. Espero, joder, que puedas irte, eres libre, te prometo que lo eres. No te perseguiremos, no te cazaremos. Eres realmente libre… Espero que aún quieras quedarte. Con nosotros. Ámanos, Roxy. Sé que no te estoy pidiendo algo fácil o sencillo, te lo estoy pidiendo todo, pero no puedo no hacerlo. Eres nuestro corazón, Rox, nuestro corazón vivo y palpitante. La pieza que nos faltaba en la familia. Has puesto nuestro mundo patas arriba. No somos hombres buenos, no somos blandos ni cariñosos, somos duros y tenemos las manos manchadas de sangre. Pero te juro, te juro que si te quedas, nunca te faltará de nada, y nadie volverá a hacerte daño…, bueno, aparte de nosotros.

Sonrío y se le llenan los ojos de lágrimas mientras me mira fijamente, sin habla.

—Te amaremos siempre, incluso cuando sea duro o duela, cuando seamos odiosos y oscuros, incluso cuando asustemos a todos menos a ti. —Me acerco y le paso las llaves del coche—. Así que estoy aquí, rogándote que no te vayas, aunque puedas. Dispuesto a perder todo sentido de la dignidad y el orgullo por ti. Haré lo que ellos no pueden. —Trago saliva, las palabras duras, mientras miro esos ojos que conozco mejor que los míos—. Quédate, sé nuestra. Mantén

cuerdo a Ryder, derrite ese hielo y dale el amor que nunca tuvo pero que se merecía. Ama a Garrett, aunque le cueste amarse a sí mismo. Ama a Diesel, aunque pueda matarte…, y ámame a mí, aunque no lo merezca. Sé mi mayor victoria.

Parpadea y aparta la mirada un segundo, así que le giro la cabeza para que me mire y poso mi mano en su mejilla.

—No tengo regalos, ni joyas, ni ropa cara, ni nada que ofrecer. Solo estamos yo y mi corazón. —Me golpeo el pecho con el puño—. El que mi padre intentó arrancarme. Está roto, dañado y oscuro como el resto de nosotros, pero es tuyo. Junto con mi arma y mi lealtad. Para siempre. Quédate, cariño, por favor, quédate.

Traga saliva, sin dejar caer esas lágrimas; es demasiado fuerte, nuestra chica.

—¿Realmente soy libre? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Libre, puedes volver a tu vida, si es lo que quieres.

Me mira a los ojos sin decir palabra. El corazón me golpea el pecho tan fuerte que ella debe de oírlo. Las piernas me flaquean, el estómago se me revuelve, y cuando da un paso atrás y me quita la mano de la cara, todo se rompe.

Se me abre el pecho, se me cae el estómago y casi se me doblan las piernas. La veo girarse en silencio y correr hacia la puerta. La abre de un tirón, vacila y, por un momento, tengo esperanza, esperanza de que se quede, pero entonces desaparece, el marco de la puerta está vacío.

Caigo de rodillas, con el corazón partiéndose en mil pedazos mientras observo el espacio vacío donde ella estaba. Mi casa está helada y vacía. Estoy solo.

Y me acaban de romper el corazón.

Se ha ido.

Nos ha dejado.

Un ruido me hace levantar la cabeza hacia el balcón. Veo la figura de Ryder que se retira, y luego oigo su puerta cerrarse de golpe. Hoy ha roto más de un corazón, pero mantendremos nuestra promesa.

Su libertad.

Pero ¿y si no puedo?

Porque a medida que pasan los segundos, cuanto más sé que ella se aleja de nosotros, más me cuesta respirar ¿Y si, sin ella, no somos capaces de existir?

¿Y si no podemos dejarla ir?

¿Y si no somos lo bastante fuertes?

¿Y si somos demasiado víboras para liberar a nuestra presa?



38
ROXY

Mi corazón martillea y me duelen los pulmones, pero me sobrepongo. Agarro las llaves con tanta fuerza que se me clavan en la mano, pero ni siquiera ese dolor me afecta. No es competencia para la sensación de náuseas en el estómago ni para los gritos de mi corazón.

Ha suplicado.

Lo ha expuesto todo y me ha pedido que me quedara.

Y me he ido.

Corro más rápido, lanzándome escaleras abajo hasta llegar al garaje. Pongo la mano en el escáner y parpadea la luz verde que me deja pasar. Con pasos apresurados, llego a mi coche y voy al asiento del conductor, pero sin ningún otro lugar al que correr, la situación cae sobre mí.

El dolor de su voz. El amor de sus ojos. La desesperación que noté en sus hombros. Me han dado todo lo que siempre quise desde que entraron por primera vez en el bar… Pero ¿y si lo que quiero ha cambiado? ¿Y si las serpientes han mudado de piel y se han convertido en algo nuevo?

«No, no dejes que te afecten».

«Esto es lo que querías», me recuerdo. Agarro el volante y enciendo el motor. Soy libre. Ya no soy suya.

Pero sentada en el coche, no puedo moverme. Mi antigua vida está llena de fantasmas, una cáscara vacía y solitaria. ¿Realmente quiero volver a esa existencia? ¿Hay acaso algo a lo que volver?

Los Vipers no son algo que aceptar sin más, son para toda la vida. Si los elijo, será para siempre y con todo lo que conlleva su vida.

Porque en algún momento, los «te odio» se convirtieron en «te quiero».

Sí, los odio tanto que me da miedo. Realmente por eso me alejo, pero no puedo dejar que el miedo me detenga. Hay demasiado en juego. Hay cuatro corazones. Es simple. Los quiero, ellos me quieren.

Libertad, familia, trabajo, nada de eso importa. Solo ellos.

Los Vipers.

Mis Vipers.

Soy su chica.

Entonces, ¿por qué huyo? Porque tengo miedo, por eso. Me asusta lo mucho que los quiero, lo mucho que me han consumido. Lo bien que me siento en sus brazos, en su vida. El alfa frío y controlador. El ejecutor herido con un corazón de oro. El romántico y encantador jugador. El asesino loco con un corazón obsesivo.

¿En qué me convierte eso?

¿En su cautiva?

No, ya no. Me hace suya, una Viper. Hace que este sea mi hogar.

En cuanto me doy cuenta, lo sé. Sé que no quería irme, no lo he hecho durante demasiado tiempo. Esa lucha y ese odio iban dirigidos a mí misma, porque sabía que si no lo hacía, si cedía, habría visto la verdad todo el tiempo. Desde el primer beso, guiño y sonrisa, fui suya.

Pero no puedes aceptar y no dar.

Me raptaron, pero se entregaron a sí mismos.

Y acabo de arruinarlo. Me niego a ser como los padres de Ryder y Kenzo. Me niego a ser la zorra que arruinó a Garrett. Me niego a ser la madre que nunca quiso a Diesel. Me niego a repetir el pasado.

Este es nuestro futuro, ellos son mi futuro. Apago el motor, y cuando veo que no me siento mal, sé que es la decisión correcta. Me quedo con ellos. Con su estilo de vida y todo lo que incluye: enemigos, sangre, riquezas, fiestas, serpientes y mentiras. Todo. Salgo del coche con el corazón palpitante, me giro para correr hacia ellos y me quedo paralizada cuando veo a Kenzo.

Está de pie detrás del coche, con los ojos llenos de lágrimas, el pecho agitado. Tiembla, como yo. Los dos estamos luchando, pero lo que le dije a Garrett es verdad, ya no voy a luchar más.

Se acerca y esta vez no retrocedo.

—He mentido —grazna—. Te seguiré siempre. Te daré caza por todo el mundo. Aunque me odies, nos odies, por ello. Te arrastraré de vuelta aunque sea pataleando y gritando. Dame golpes, bofetadas, pelea conmigo. No me importa, vale la pena sentir el dolor para tenerte conmigo, cariño. Te amo demasiado para dejarte ir. Soy demasiado egoísta para dejar que desaparezca lo mejor que nos ha pasado. Eres nuestra.

Me abalanzo sobre él, y me encuentra a mitad de camino, donde me levanta en el aire al instante. Nuestros labios se encuentran aquí, en el aparcamiento. Se aparta y me agarra el pelo con fuerza, con una mirada aguda y cruel.

—No vuelvas a alejarte de mí, cariño.

—No me dejes, joder —suelto, y le doy una bofetada mientras sonrío.

Gime, vuelve a girar la cabeza y me besa con fuerza. Empieza a caminar de espaldas hacia el ascensor, pero se detiene y me golpea contra el muro de hormigón, haciéndome jadear de dolor. Sus ojos son brutales, y me encanta.

—Ahora no te vas a escapar de nosotros, Roxy.

—Bien. —Sonrío—. ¿Es una promesa?

Gruñe al oír que se abre el garaje, y miro por encima de su hombro para ver a Garrett que irrumpe en su moto. Se arranca el casco y, cuando me ve, se acerca, con los ojos furiosos y el cuerpo tenso por la ira. Se acerca a nosotros, sin importarle la posición en la que estamos.

—No te vas a ir, joder.

—Pensaba que me odias —me burlo.

—Lo hago —gruñe, su mano rodea mi garganta mientras acerca su cara a la mía, sin importarle Kenzo—. Pero no puedes irte.

—Te odio —digo, y él sonríe.

—Yo también te odio, cariño.

Kenzo me aparta.

—Arriba, ahora mismo —exige, y nos empuja deprisa en el ascensor. Garrett aprieta el botón, sus ojos oscuros me miran, y sé que lo que sea que estén planeando me dolerá. De la mejor puta manera.

Me observa durante todo el trayecto y, cuando se abren las puertas, aparece ante nosotros un Diesel de aspecto salvaje. Se detiene al verme y entrecierra los ojos.

—Pajarito, pajarito, ¿tratando de escaparte?

—No, solo quería que me castigaran. —Sonrío.

Curva los labios mientras sus ojos me recorren hambrientos.

—Eso se puede arreglar.

Kenzo se niega a soltarme cuando salimos del ascensor, pero Diesel consigue acercarse.

—¿Creías que te dejaría marchar? Ya te lo he dicho, eres mía, tendrían que matarme para evitar que fuera a por ti.

Me derrito ante sus palabras. Antes, me habría asustado. La primera vez que lo vi, pensé que estaba loco, y lo está, jodidamente loco. Pero es mi loco. Y cuando susurra cosas amenazadoras y sucias como esas, no puedo evitar contonearme, deseando más.

Supongo que yo también estoy loca.

Tengo que estarlo para amar a cuatro Vipers.

La puerta sigue abierta y Kenzo la atraviesa, me deja de pie en el salón y se planta frente a mí, cruzado de brazos y furioso.

—Desnúdate. Desnúdate ya.

—¿Qué, esta vez no hay dados? —Me burlo, mientras mi coño se tensa ante la orden. ¿Dónde está Ryder?

Diesel merodea a mi alrededor, y Garrett me observa desde el sofá, con las piernas abiertas y los ojos hambrientos. Pero siguen enfadados, cabreados porque casi me voy. Yo también lo estoy. Y la mejor manera de solucionarlo es follar.

—Mejor desnúdate, pajarito —gruñe Diesel.

Así que, poniendo los ojos en blanco, me arranco el *top* y me quito las botas y los pantalones cortos hasta quedarme en ropa interior ante ellos. Me siento segura de mí misma, así que no me molesto en esconderme. Recorro con la mano el valle de mis pechos y me siento poderosa cuando tres pares de ojos observan el movimiento, los

gemidos masculinos llenan la habitación.

Sí, los Vipers pueden morder.

Pero yo también.

Y son míos.

—¿Qué coño…? —gruñe Ryder, y alzo la vista para verlo quieto en lo alto de las escaleras—. ¿Roxxane?

Le guiño un ojo.

—¿Vienes a jugar? —Estoy nerviosa, pero intento no demostrarlo. Seguro que sabe que me he ido, pero he vuelto. ¿Todavía me quiere?

Me observa, fijándose en cada puto centímetro de piel, en cada movimiento, en cada parpadeo de mis ojos, como siempre. Analizándolo, usándolo como un arma.

—Depende, amor, ¿planeas marcharte otra vez? —dice cruelmente.

—Depende, amor, ¿planeas darme algunos orgasmos? —Me burlo.

Entrecierra los ojos y baja las escaleras con los puños apretados. No se detiene hasta que se encuentra frente a mí y los demás se acercan por detrás. Yo contra cuatro víboras furiosas y excitadas. Parece una pelea justa, de hecho, probablemente necesitarán más hombres.

Me agarra la barbilla con fuerza, sus ojos crueles y mezquinos. Gélidos.

—No te burles de mí, amor. Que creas que puedes con nosotros no significa que puedas. Así que demuéstramelo, joder.

Me está probando, presionándome para ver si puede mantenerme alejada, siempre tratando de proteger sus corazones. Pues que le den.

—Vale —replico, incluso frente a su oscura malicia. A sus demonios.

No voy a decir que nunca me harán daño; puede que lo hagan. Incluso podrían matarme algún día, pero su amor vale la pena. Demostrarlo no es un suplicio. Así que me arrodillo como una niña buena y le abro los pantalones para meter la mano dentro.

—¿Os vais a quedar ahí mirando o vais a pasar a la acción?

Vacilan un momento mientras yo clavo los ojos en Ryder y le lamo

la polla dura, recordándole lo bien que estamos juntos. ¿Creen que no puedo con ellos? Me los follaré a todos y les demostraré que se equivocan. Son mi familia, mis víboras, y no se ama a una sin amar el dolor.

Me sujeta por la nuca y tira de mí hacia atrás. Caigo de espaldas, jadeando, y una sonrisa de satisfacción se dibuja en mis labios cuando veo que no está tan impasible como le gustaría aparentar. Entrecierra los ojos de forma peligrosa.

—Diesel, recuérdale a Roxxane a quién pertenece.

—Oh, Roxxane, estás en apuros —me burlo, mientras Diesel se acerca por detrás. Me echa la cabeza hacia él y me aprieta un cuchillo en la garganta antes de pasármelo por el valle de los pechos para cortar el sujetador. Luego lo arrastra hasta mi ombligo, el arañazo de la hoja me hace gemir.

Kenzo se arrodilla y me besa el muslo, en contraste con las manos duras y malignas de Diesel. Su boca llega a mi coño y se cierra sobre él a través de mis bragas, saboreando mi humedad.

Gimo y me arqueo hacia él y el cuchillo, cortándome. La sangre chorrea de un pequeño corte en mi vientre, haciendo que Diesel gruña a mi espalda y me apriete el pelo con la mano.

—Sucio pajarito.

—Orgasmos —exijo sin aliento, empujando mi coño contra la boca de Kenzo.

Diesel se ríe.

—Déjame —le murmura a Kenzo, mientras baja la hoja y, con un movimiento suave y experto, retira el encaje para dejarme al descubierto. Con los ojos abiertos y el pecho agitado, miro a Ryder y Garrett.

Ryder está helado, con los ojos clavados en mí, observando cada una de mis reacciones. Garrett tiene los puños cerrados y avanza con los ojos fijos en mí, excitado y furioso al mismo tiempo.

—No dejes que se corra todavía —ordena Ryder, mientras se sienta en el sofá y nos observa. Puto capullo.

Lo miro con los ojos entornados, y sonríe como si conociera mis pensamientos.

—Garrett, ¿crees que si Diesel le inmoviliza la cabeza metiéndole

la polla en la boca, y Kenzo le sujeta las manos, podrías follarla?

Garrett me mira con seriedad y yo me quedo paralizada. Diesel me pasa el cuchillo por uno de los pezones y la lengua de Kenzo me lame el coño con pequeñas caricias como si fuera su postre favorito, haciéndome gemir y querer más.

—Sí. —Asiente.

—Bien. Hermano, haz que esté empapada para él, luego te encargas de sus manos hasta que termine —ordena. El muy cabrón intenta controlarlo todo, como siempre. Se lo permitiré, por ahora, porque ayudará a Garrett, pero después, que se prepare.

Kenzo hace lo que le dice, sus ojos se giran para encontrarse con los míos mientras me rodea el clítoris con los labios y empieza a chupar. Diesel presiona la fría hoja de acero contra mi pezón hipersensible, manteniéndola allí mientras me muevo en la boca de Kenzo.

No tardo mucho en estar al borde del orgasmo, pero como los cabrones que son, Kenzo se aparta justo cuando estoy a punto de correrme. Gimo, cierro los ojos, maldiciendo hasta que me giran la cabeza y me meten una polla en la boca. Me ahogo durante un segundo, con un *piercing* rozando mi lengua. Cuando abro los ojos me encuentro con la mirada de Diesel. Kenzo me ata las manos, y dos ásperas palmas recorren mis muslos y los separan aún más. Quiero girarme para mirar, pero no puedo, Diesel controla mi cabeza y no se anda con chiquitas. Me folla la boca con fuerza, castigándome por haberme ido. Las lágrimas me llenan los ante la fuerza, mi garganta se bloquea mientras intento respirar por la nariz presa del pánico. Solo cuando me relajo siento a Garrett alinearse en mi coño.

Frota su enorme polla por mi humedad antes de penetrarme de golpe, haciéndome gritar y ahogarme alrededor de la polla de Diesel, quien, en castigo, me pincha el pecho con el cuchillo. Noto que la sangre empieza a brotar, y el repentino dolor me hace apretarme contra Garrett, haciéndolo gemir mientras lucha contra mi apretado coño.

—Joder, nena —gime, sus manos aferran con más fuerza mis muslos mientras me arrastra más abajo, mi cuerpo se estira entre

ellos mientras descargan su castigo sobre mí.

Garrett me folla duro y rápido, salvaje y rudo. Su polla se arrastra estimulando todos los nervios y me hace gemir alrededor de la polla de Diesel. Sus ojos azules se clavan en mí mientras presiona con el dedo la herida de mi pecho para rasgar los bordes, mezclando el dolor con el placer.

—Sucio pajarito —gime, y su polla se sacude en mi boca mientras aparta el dedo para mostrarme la sangre de su mano. Retira la polla de mi boca y yo jadeo al ver que se la rodea con su mano ensangrentada, que lleva a lo largo de su húmeda longitud con los ojos fijos en mí. Luego me acerca la punta a los labios—. Chúpamela, sucio pajarito, y saboréate en mí. Mira cómo sangras por mí. Si los demás no estuvieran aquí, no podría garantizar que sobrevivieras tal y como me siento hoy —gruñe.

Garrett capta mi atención y me acaricia el clítoris hasta que grito, abro la boca y Diesel me la penetra. El sabor a cobre y a hombre estalla en mi boca mientras gimo y lo chupo con más fuerza.

—No dejes que se corra —ordena Ryder, y tiemblo por la fuerza que crece en mi interior—. No tendrás recompensa por alejarte, Roxxane. Follarás sus pollas y aceptarás sus corridas como una buena chica, y solo cuando hayamos terminado, decidiremos si tienes derecho a correrte o no.

Diesel me sonríe, mueve las caderas y empuja dentro de mi boca hasta que tengo arcadas. Garrett se hunde dentro de mí, tan fuerte que estoy al borde del dolor. Siento que clava sus uñas en mi piel, casi cortantes.

—Joder, nena —gruñe. Siento que se estremece, y luego gime, explotando dentro de mí antes de retirarse. ¡Qué cabrón!

Diesel se ríe y me agarra la cabeza con más fuerza, moviéndome contra su polla y empujando hasta el fondo de mi garganta hasta que cierra los ojos y, con un gemido, él también se corre. Aprieta los abdominales mientras jadea, se aparta y se echa hacia atrás con una sonrisa de satisfacción.

—Putos cabrones… —Mi voz es ronca mientras trago saliva y me chupo los labios. Kenzo se ríe y me suelta las manos. Me duele el cuerpo y mi coño se tensa una y otra vez. Estoy tan cerca de

correrme y tan lejos.

Ellos ya se han divertido, ahora me toca a mí.

Me incorporo, sin siquiera hacer una mueca de dolor cuando siento que se me escapa el semen de Garrett. Giro la cabeza y me encuentro con la mirada de Ryder. Él tiene el control, pero se olvida de que no acepto bien las órdenes.

—No puedes controlarlo todo, Ry —murmuro mientras me arrastro hacia él. Me mira acercarme, entreabre los labios y sus ojos se derriten. Trepo por sus piernas y me deslizo sobre su regazo, agarro su polla y me alineo antes de dejarme caer sobre él. Gime, me agarra de las caderas para que me calme, para controlar mis movimientos, pero no se lo permito. Quiero correrme ya, quiero correrme en su polla, y tomo lo que necesito. Me balanceo, subiendo y bajando, ayudada por el semen de su hermano. Es un viaje salvaje e incontrolado hasta que lanza un juramento y finalmente me suelta.

Kenzo se acerca y yo giro la cabeza al tiempo que abro la boca para él. Se desliza dentro, su hermano enterrado en mi coño y sus otros dos hermanos exhaustos, mirando.

Estoy tan a punto de correrme que, cuando Ryder se inclina hacia delante y me chupa el pezón y yo siento su polla, me corro gritando alrededor de la erección de su hermano. Sin embargo, no me dejan apartarme, Ryder tensa las manos y me mueve con más fuerza, follándome él ahora. Kenzo entra y sale de mi boca, me miran mientras toman lo que quieren. Me estremezco y tiemblo entre ellos, apenas he superado el orgasmo cuando se empieza a formar otro.

—Joder, pajarito, deberías verte. Con una polla en la boca y otra en el coño, manchada de sangre, una puta obra maestra —dice Diesel desde detrás de mí, y cierro los ojos al oír las palabras mientras aprieto a Ryder.

—Los ojos abiertos, amor —dice Ryder—. Verás cómo te follamos y te llenamos con nuestro semen. Cada maldita vez que intentes escapar de nosotros, te recordaremos exactamente a quién perteneces. ¿Este cuerpo? —Gime—. Es nuestro. ¿Este coño? Es nuestro. Nunca lo olvides, joder.

Kenzo jadea y me mira con los ojos desorbitados.

—Cariño, joder.

Levanto la mano y hago rodar los testículos de Kenzo mientras cabalgo la polla de Ryder. Kenzo maldice y cierra los ojos como si le doliera.

—Estoy tan jodidamente a cerca, Rox. Dios, para…

Pero no lo hago.

Casi me pierdo esto.

He estado a punto de perderlos.

Por orgullo y miedo.

Le chupo con más fuerza y le aprieto los testículos. Grita y se sacude, empujando dentro de mi boca antes de retirarse de repente, con la mano envolviéndose la polla mientras me mira. Me duele la boca, tengo los labios hinchados, y me mira fijamente.

—Te vamos a marcar todos —gruñe, y bombea su polla dos veces más antes de correrse, rociando mis pechos con su semen. Gime y, cuando vuelve a abrir los ojos, ve su esencia sobre mí y gruñe—. Joder, qué excitante.

Paso el dedo por aquel desastre y me lo meto en la boca mientras me giro y miro a Ryder a los ojos. Me estaba dejando terminar con su hermano antes de que toda mi atención volviera a él. Entonces, me recuerda por qué me encantan sus castigos, su dolor y su fuego.

Por qué le quiero.

Me da la vuelta, me inclina sobre el sofá, mi cabeza queda colgando mientras él se arrodilla detrás de mí y me penetra el coño. Enreda una mano en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás mientras me muerde el cuello. Su polla, dura y gruesa, recorre esos nervios que me hacen gritar y cruzar los ojos de placer.

—No vuelvas a dejarnos, joder —exige, con voz salvaje.

—Nunca —jadeo, empujando hacia atrás para recibir sus embestidas.

—Dilo otra vez —me ordena mientras me penetra.

—Nunca, nunca, nunca —digo mientras controla mi cuerpo. Noto cómo pierde el control cuando me mete el dedo en el culo y me hace caer al vacío. Me corro con un grito. Apenas siento mi cuerpo, se me nublan los ojos y, cuando vuelvo en mí, estoy apoyada en el sofá con su peso sobre mí y siento una humedad entre los muslos que me indica que se ha corrido.

Vuelve a lamerme el cuello.

—No hemos terminado todavía. Cuando salga el sol, ni siquiera podrás caminar con lo que hemos planeado para ti. Por atreverte a irte. Somos víboras, amor. Mordemos y nunca dejamos de cazar.

Se retira de mi coño y yo caigo al sofá, laxa y pegajosa, pero más que satisfecha. Me duele el coño, pero, como ha prometido, no ha terminado conmigo.

Kenzo me limpia el coño pasando un paño con suavidad antes de tirarlo a un lado y sus dedos toman el relevo, acariciándome el coño que parece estar en carne viva. Intento protestar, pero él es lento y suave, y antes de que me dé cuenta, estoy empujando de nuevo hacia sus dedos.

Desliza dos dedos dentro de mí y me acaricia de forma suave hasta que jadeo y subo las caderas; solo entonces arrastra mis piernas hasta el extremo del sofá y entierra allí la cara. Lamiéndome sin parar, calmándome con su lengua.

—¿A qué sabe, hermano? —murmura Ryder, y giro la cabeza para verle mirándonos. Todos nos observan, y están duros de nuevo. Dios mío.

Garrett gime, lamiéndose los labios mientras se acerca, haciéndome jadear con más fuerza.

—Como el puto cielo —gime Kenzo, sus manos me agarran con avidez mientras me consume, cada vez más rápido.

—Kenzo —gimo y me arqueo cuando la hoja de Diesel me araña la piel de repente, haciéndome estremecer y giro la cabeza para verle detrás del sofá, inclinado para tocarme.

—Gime tan dulce, ¿verdad? —Diesel se ríe—. Deberías oírla gritar mientras le tallas la piel.

Mis ojos se cierran ante eso, no puedo soportarlo, y cuando Diesel me aprieta la garganta, cortándome el suministro de aire, y Kenzo enrosca su lengua alrededor de mi *piercing*, me corro con un grito, todos me miran mientras me retuerzo de placer.

—Quiero su culo —les dice Diesel a los demás, y Kenzo me besa los dos muslos y me da la vuelta. No puedo ni hablar, mucho menos discutir, y cuando siento las manos ásperas y callosas de Diesel acariciándome las nalgas, gimo y entierro la cabeza en el sofá.

¡Oh Dios, no puedo!

—D —susurro, pero él me oye, y sus dientes se clavan de repente en mi muslo, haciéndome gritar.

—Eres nuestra —suelta—. Te tendré como me dé la puta gana, pajarito. Dolerá, y te encantará.

Tortura.

Esta noche me está torturando por atreverme a dejarle. Todos lo hacen, pero si el castigo llega acompañado de algunos de los mejores orgasmos de mi vida, ¿cómo puedo protestar? Así que aunque estoy agotada, mi cuerpo cansado y saciado, no me opongo cuando levanta mi culo en el aire.

—Te quiero, pajarito. Eres la gasolina de mi fuego. Nunca te habría dejado marchar, y los demás tampoco. Son idiotas si creían que podían —murmura, mientras separa mis nalgas y me lame el ano—. ¿Lista para el segundo asalto?

¡Oh, joder!



39
RYDER

Roxy se presenta a desayunar bostezando. La camiseta que lleva es transparente y no se ha molestado en ponerse bragas y sujetador. Casi se me cae la taza de tanto mirarla. Sonríe cuando me pilla y me guiña un ojo antes de dejarse caer en su silla y poner las piernas sobre mi regazo. Pongo los ojos en blanco y le acaricio los dedos de los pies mientras vuelvo a leer las actualizaciones del móvil.

Ha dormido casi un día entero después del reencuentro, como lo llama Diesel. Aún está dolorida, así que no la presiono, porque lo que me pide el cuerpo es inclinarla sobre la mesa y follármela. Aquella noche la hicimos pasar un infierno, su sangre cubrió el salón, y pagó su penitencia con orgasmos por intentar dejarnos. Le encantó cada maldito minuto, aunque, cuando por fin terminamos con ella y la abrazamos mientras dormía, dijo que nos odiaba. Es una maldita mentirosa.

—Diesel, ¿te importaría explicarme por qué ahora tenemos otro yate? —pregunto, levantando la vista para verle recostado con una sonrisa burlona mientras Garrett lanza un gemido.

—Te dije que se enteraría, D. —Se ríe.

D se encoge de hombros.

—Bueno, verás, estaba paseando, ocupándome de mis asuntos, cuando vi un yate llamado Roxy. Por supuesto, solo nosotros podemos tener un barco con el nombre de nuestra chica, así que les ofrecí mucho dinero a los propietarios para comprarlo. —Se encoge de hombros mientras Roxy se ríe y agarra la taza de café que le

tiende Kenzo.

—Te olvidas de la parte en la que dijeron que no, así que le diste una paliza con una sartén y le dijiste que ahora el barco era tuyo y que te llamara Capitán Desquiciado —añade Garrett mientras come.

Se hace el silencio por un momento y luego todos nos reímos a carcajadas mientras Diesel sonríe. Mira a Roxy y le guiña un ojo.

—Puedes llamarme desquiciado, pajarito.

—Ya tenemos un yate. —Suspiro cuando puedo controlar la risa.

—Bueno, ahora que tenemos dos, podemos echar una carrera. —Diesel se ríe, abriendo y cerrando el encendedor.

Estoy a punto de intentar explicar por qué no vamos a hacerlo, cuando suena el teléfono y me quedo callado. Contesto mientras sigo masajeando los dedos fríos de Roxxane, pero me quedo helado al oír lo que me dicen.

—Ha habido una explosión.

Me incorporo, con el cuerpo rígido, mientras desaparece cualquier indicio que no sea de Viper.

—¿Dónde?

—En la vieja casa. —Tony suspira.

—¿Algún herido o muerto?

Siento que los demás me miran, así que levanto el dedo para decirles que esperen.

—No, estaba vacía. Los bomberos y la policía están aquí, pero los conocemos, así que van a decir que ha sido una explosión de gas y se irán pronto.

—Gracias, Tony, mantenme informado —gruño.

—Ah, ¿y jefe? Encontramos huellas de motos que conducen al camino de tierra detrás de la casa, había cuatro. —Cuelga.

Motos.

La Tríada.

Esos malditos idiotas. Voy a matarlos por esto. Esto ya no es solo un intento astuto de socavar nuestro poder, se trata de un acto de guerra total. Podríamos haber descartado el intento de asesinato como excesos juveniles y, aun así, haberles puesto a raya, pero ¿esto?

Esto es su sentencia de muerte.

Cuelgo el teléfono de golpe y miro a los demás. Están preparados, con los cuerpos vibrando de tensión; saben que ha pasado algo.

—Han volado la vieja casa.

—La Tríada —gruñe Garrett, con los puños cerrados, y asiento con la cabeza.

—Han encontrado huellas de moto en la parte posterior. La policía y los bomberos lo van a considerar una explosión de gas. —Aprieto los dientes y noto que Roxy nos mira con el ceño fruncido.

—¿La vieja casa? —pregunta, pero estoy demasiado furioso para responder, demasiado ocupado contando mentalmente para poder hablar. No quiero explotar y hacer caer el puto infierno sobre esta ciudad porque se están atreviendo a retarnos.

—La casa de nuestro padre. Vivimos allí después de su muerte durante un tiempo, mientras construíamos esto —explica Kenzo, pero incluso su voz está tensa.

Al atacar esa casa, nuestra casa, están intentando provocar una reacción. Si no tomamos represalias, nos considerarán débiles, como si les tuviéramos miedo, y no es así. Su familia ha dominado esta ciudad, pero ahora no son más que reliquias.

Las reliquias se olvidan.

—¿Cuál va a ser nuestro movimiento? —pregunta Kenzo. Nadie está comiendo ahora.

—Se la devolvemos, por supuesto, joder, y los matamos a todos —gruñe Diesel, clavando el cuchillo en la mesa, con el rostro torcido por la ira.

—No, todavía no. Vamos a demostrarles que podemos acabar con ellos cuando queramos. Les demostraremos nuestro poder, haremos que nos teman como los demás. Luego, los destruiremos —esbozo, mientras dejo tranquilamente la taza de té y me aliso el traje.

—Traeré el lanzacohetes —añade Diesel.

—No, tienen un restaurante, ¿no? Sus padres lo regentaron durante muchos años y vivían encima, consígueme la dirección. Consígueme también la dirección de los tres hermanos. Es domingo, así que estarán en casa pasando un día en familia. —Empiezo a sonreír, y Kenzo me corresponde.

—Yo haré las llamadas. Me gusta ver el camino que estás

siguiendo, hermanito.

Me pongo de pie mientras cojo mi teléfono.

—Quiero a la policía en las tres puertas, que los arresten por cualquier cargo, que cuando aparezcan, sepan que es de nuestra parte, y que cierren el restaurante, nos lo quedamos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Roxy con curiosidad, sin parecer molesta en absoluto.

—Voy a comprobar los papeles de todos sus familiares y empleados. Cualquiera que esté aquí ilegalmente será deportado de inmediato. Vamos a acabar con ellos, esto es la guerra.

Entonces se levanta.

—Déjame ayudarte.

Los demás se apresuran a hablar por teléfono, pero yo retengo mi llamada y la miro con intensidad.

—¿Quieres ayudar?

Asiente con una sonrisa socarrona en los labios.

—¿Crees que eres el único que puede? Tengo una idea. ¿Confías en mí?

La miro y ella se acerca.

—Ryder, ¿confías en mí?

Las palabras resuenan a mi alrededor mientras muevo la cabeza en señal de afirmación. Ella sonríe más que antes y me besa la mejilla.

—Bien, porque se va a liar.

Se aleja mientras yo contemplo su figura en retirada, preguntándome si debería preocuparme más por ella que por Diesel y su lanzacohetes, pero no tengo mucho tiempo. Si quiero que esto acabe hoy, tengo que ponerme con las llamadas rápido.



Para cuando cuelgo el teléfono, han pasado horas, y Roxy regresa demasiado satisfecha de sí misma con Garrett pisándole los talones.

—Está todo hecho, ahora nos sentamos y esperamos.

—¿Y qué has hecho, amor? —pregunto, más calmado ahora.

Se deja caer en mi regazo, sonriéndome, y se inclina hacia mí.

—Mira y aprende, cariño. —Me besa y se levanta de nuevo, silbando mientras se dirige al salón y enciende la televisión para ver las noticias.

La sigo, me apoyo en el respaldo del sofá, y miro por encima de su cabeza cómo se mencionan las redadas en la ciudad, sin duda en sus casas y en el restaurante, lo que me hace sonreír, pero luego aparece un nuevo reportaje y me quedo con la boca abierta.

Se centra en su negocio de importación, el de la Tríada.

—Sube el volumen —exijo, y el televisor retumba en la habitación, haciendo aparecer a Diesel y Kenzo.

El reportero explica que un confidente ha revelado que la empresa lleva años robando a la ciudad e importando drogas, con camellos locales, confirmando que son sus proveedores.

Apago la tele y miro a Roxy, que se está examinando las uñas con una sonrisa en la cara.

—Amor…

—¿Cómo demonios has hecho eso? —Kenzo se queda boquiabierto. Me mira asombrado—. ¿Lo sabías?

Niego con la cabeza y Roxy se vuelve y nos mira.

—No sois los únicos que tenéis amigos. El que les denunció viene siempre al bar a quejarse de su mujer, le encanta el *bourbon* y me debía un favor. —Se encoge de hombros—. Aunque le prometí un trabajo, ya que ahora ha perdido el suyo. Probablemente la situación no se prolongará, pero les cerrarán el negocio durante un tiempo y arrastrará su nombre por el fango.

—¿Y los camellos? —pregunto frunciendo el ceño, mientras Diesel se ríe maníacamente.

—¿Wheels y Timmy? Buenos chavales, viví una temporada con ellos en la calle. Tenían a la poli encima, así que esto les ha ayudado a quitársela de encima y de paso se lía con sus proveedores Les prometí que si les caía algo, los sacaríamos. ¿Algún problema? —pregunta arqueando las cejas.

Me quedo mirándola, sin saber qué decir.

—Joder, cariño, eso es increíble. Te juro que estoy muy empalmado ahora mismo. —Kenzo se ríe.

Garrett incluso sonríe.

—Nena, definitivamente eres una de nosotros, una zorra cruel.

Ella le guiña un ojo mientras Diesel se abalanza sobre ella y la besa con fuerza.

—Os lo dije, Viper hasta la médula.

Todos me miran mientras yo me quedo contemplándola, y ella inclina la cabeza a un lado con una sonrisa.

—Tu plan era mejor, pero atacar desde todos los ángulos los mantendrá acojonados y te dará tiempo para derribarlos. —Se encoge de hombros.

—Amor. —Muevo la cabeza y la señalo con el dedo. Ella se acerca y yo le acaricio la barbilla. Sus ojos brillan de deseo mientras entreabre los labios—. Eres un genio —murmuro mientras me inclino y le coloco el pelo detrás de la oreja—. Si sigues haciendo cosas así, podríamos empezar a pensar que no nos odias, que incluso te gustamos —bromeo.

Resopla, se aleja de mí y se echa el pelo por encima del hombro.

—No flipes, estaba aburrida y esto era divertido, eso es todo. Te sigo odiando.

Le sonrío, recorriendo su cuerpo con la mirada.

—¿Ah, sí? ¿Sigues con esa vieja mentira?

Diesel se acerca detrás de ella, sonriendo ahora también.

—Pajarito, no creo que nos odies.

Ella entrecierra los ojos, gira y le golpea los testículos con la rodilla. Él cae al suelo riendo, aunque da un respingo y se tapa la entrepierna. Al muy idiota le encanta. Ella le agarra del pelo y le levanta la cabeza, mirándolo como una puta reina.

—No me toques las narices, los dos sabemos cómo acabas: sangrando.

Entonces nos mira, sin el menor miedo, esperando que la presionemos, buscando pelea.

—¿Alguien más quiere un recordatorio? —Se centra en Garrett—. ¿Quieres ir por la segunda ronda?

Le sonríe.

—No podrías conmigo, nena. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez?

—¿Cuando tuviste que ponerte hielo en la polla? —replica ella con dulzura, y él suelta una carcajada.

Suena el teléfono y contesto mientras ella amenaza a Kenzo a continuación, con una sonrisa en los labios.

—Ya está. Listo. No aguantarán mucho, pero el toque de atención queda dado. Tenías razón sobre los papeles, vamos a por diez empleados y cinco familiares.

—Bien. —Cuelgo y vuelvo a mirarla—. Deja de chincharles, amor, tenemos trabajo que hacer.

Pasa junto a Kenzo, que se inclina hacia ella.

—Nos quieres, admítelo.

Le da un puñetazo en la cara y él cae de espaldas en la silla, pero ríe mientras le brota sangre de la nariz. Sacude la mano y se acerca a mí, con los ojos encendidos.

—Si tuviera mi pistola…

—Ya, bueno, por eso no te damos armas, tienes tendencia a usarlas. —Sonrío mientras la rodeo con un brazo—. Venga, te vienes conmigo a una reunión. Les daremos un respiro a esos pobres cabrones.

Resopla pero deja que la lleve.

—Voy a casarme con esa mujer —declara Diesel mientras estemos llegando a la puerta.

Se debate entre mis brazos.

—Déjame, voy a clavarle un cuchillo…

Riendo, la cargo encima del hombro.

—Compórtate o dejaré que se ponga a jugar contigo. Dios sabe que incluso podría casarse contigo sin decírtelo.

Entonces se queda quieta.

—Malditas bestias. Jodidas serpientes de mierda. —Le doy un azote en el culo y lanza un chillido.

—A menos que quieras que te folle en medio de una reunión del consejo, deja ese lenguaje, nena.

Cuando estamos en el ascensor, la dejo sobre sus pies y me fulmina con la mirada: qué luchadora es nuestra chica. No significa que la haya perdonado por marcharse, pero es un comienzo.

—¿De qué reunión se trata? —Se mira la camiseta transparente y

luego a mí.

—Con el Consejo. Nos estamos expandiendo. Ahora que tenemos unos días para tratar con la Tríada y poner en marcha un plan sólido, tenemos que ocuparnos de nuestros asuntos cotidianos. Demostrar que su ataque no nos afectó. —Me encojo de hombros.

—¿Y por qué voy medio desnuda? —Suspira, cruzando los brazos. No se lo digo, pero eso solo aprieta más sus pezones contra la tela y se me hace la boca agua.

—Porque los odio y me aburro. Contigo allí, puedo disfrutar un poco.

—Ryder, se me ve todo —señala su sexo.

Recorro su silueta con la mirada y sonrío.

—¿En serio? Qué pena, igual los viejos se animan y se agiliza todo.

—Ajá, ¿no les dará un infarto?

Me inclino hacia ella y la enjaulo entre mis brazos.

—Hazlo a tu manera, como todo lo demás. Si te portas bien, puede que incluso te deje darle una paliza a Diesel más tarde.

—Como si pudieras detenerme. Ambos sabemos que ese desquiciado estará esperando. —Sonríe, pero se echa el pelo por encima del hombro antes de mirarme—. Vale, dame tu chaqueta.

Hago lo que me dice y ella se la pone, remangándose las mangas demasiado largas. No se molesta en abrochársela, pero le cubre lo suficiente como para que no se le vean los pechos, para mi decepción, y parece algo vestida. Qué pena.

—Nadie se dará cuenta. —Echo los hombros hacia atrás mientras nos detenemos.

—Sí, ¿cómo es posible? —se burla.

Sonrío y le rodeo los hombros con el brazo mientras el ascensor se abre en la última planta, la que utilizamos para las reuniones. Hay algunos miembros del personal aquí arriba, pero en cuanto salimos del ascensor, apartan rápidamente la mirada.

—Porque no se atreverán a mirarte —murmuro mientras me dirijo a la sala de conferencias. Están todos allí, diez hombres y tres mujeres, sentados alrededor de la mesa esperándome. Entro y tomo asiento en la cabecera de la sala. Roxy arrastra una silla y se sienta

a mi lado, con las piernas desnudas sobre la mesa.

Cojo el expediente y lo hojeo.

—Cualquiera que mire a Roxxane será despedido en el acto —advierto con indiferencia. Oigo un movimiento incómodo y una tos rápida, pero cuando levanto la vista todos los ojos están clavados en mí a propósito—. Comenzad.

—Señor, nuestras ventas han aumentado en el último trimestre y, dado que nuestro beneficio se ha duplicado con los productos farmacéuticos, estamos pensando en comprar a nuestro competidor y expandirnos por esa vía —empieza Rachel, una de las mujeres.

—Adelante. —Asiento con la cabeza—. Siguiente.

Un hombre regordete a su lado tose nervioso, con la cara roja.

—Yo… hemos conseguido los permisos necesarios para construir la nueva torre… —No deja de mirar a Roxanne, y yo levanto la mano mientras miro el informe.

—Estás despedido —le digo sin levantar la vista de los números.

—¿Señor, qué? —balbucea, con la cara roja.

—Has mirado a mi mujer, estás despedido. Tienes una hora para marcharte. —Miro a la mujer que estaba a su lado—. Tú, cuéntame eso qué ha sido incapaz de compartir.

—Hemos conseguido los permisos, empezamos a construir a finales de mes —se apresura a decir al instante.

—Bien. ¿Cuál es tu puesto? —pregunto, mientras el hombre sale corriendo de la habitación.

—Era su número dos. —Echa la cabeza hacia atrás con orgullo.

—Ya no, bienvenida a bordo, CEO, encárgate de que te traspasen su salario y beneficios inmediatamente. —Asiento y sigo adelante. Recorremos la sala sin más problemas, y Roxxane lo observa todo hasta que llegamos al último hombre.

—Hemos conseguido propiedades en toda la ciudad para su nueva aventura en el negocio de la restauración y bares.

Asiento.

—Bien, todo eso lo llevará Roxxane. Ella se encargará.

Siento que me mira fijamente y le guiño un ojo.

—Roxers está incluido. Puedes hacer lo que quieras, seguro que les sacas provecho… —Miro al hombre y sonríe.

—Ried…

—Ried puede ayudarte con lo que necesites.

Entonces la mira, y yo lo observo atentamente, pero él mantiene los ojos clavados en su rostro.

—Es un placer trabajar con usted. He visto Roxers, y tiene el atractivo rústico que todo el mundo busca ahora. Creo que, con su visión y sus conocimientos, tendremos unos establecimientos increíbles.

Ella abre los ojos de par en par mientras la mira.

—Estás demasiado limpito, chico. Quítate la corbata y luego podremos hablar. —Me río, sin poder evitarlo, y ella se inclina hacia mí—. Además, ¿te has emborrachado alguna vez? Pareces demasiado joven.

Asiente nervioso mientras se afloja la corbata.

—Una o dos veces. He estado ocupado con la universidad…

—Bien. Lo primero es lo primero, ve a emborracharte. ¿Quieres llevar un bar? Tienes que conocer lo que se vende, lo que quieren los clientes. Ve a averiguarlo —ordena sin esfuerzo. Puede que no se dé cuenta, pero Roxxane es una líder nata. Posee todos los requisitos y no se asusta con facilidad, será una ventaja añadida para nuestra empresa.

—Podéis retiraros —digo, y todos hablan entre sí mientras recogen rápidamente sus pertenencias y carpetas y se disponen a marcharse, pero Ried vacila, mirando de nuevo a Roxxane.

—Señora…

—Joder, no me llames así, soy Roxy.

Entonces sonríe, relajándose.

—Roxy, ¿sería posible que yo también pudiera presentarle algunas ideas?

Ella le sonríe.

—Claro que sí. Yo no tengo ni idea, chico, así que eres mi hombre de confianza.

Parece hincharse ante esas palabras y finalmente se marcha.

—¿Roxers? —pregunta arqueando una ceja.

—Es tu bar. —Me encojo de hombros—. Ahora puedes hacer lo que te salga de los cojones…, montar una franquicia, un casino, una

isla, pide lo que quieras.

Ella niega con la cabeza y yo me inclino, tapándole la boca.

—Nuestro dinero es tuyo ahora, además he invertido parte de tus ganancias de Roxers y tienes más de lo que crees. Acostúmbrate, amor.

—Tengo que admitirlo, ha sido muy excitante verte. —Se ríe y se inclina hacia mí mientras me relajo en la silla. La agarro, la dejo caer sobre mi regazo y ella se apoya de nuevo en la mesa. La chaqueta de mi traje se abre y me deja ver sus pezones sonrosados y alegres a través de la camiseta.

—¿En serio? —la presiono, acariciándole los muslos.

Ella asiente, dejando que le suba la camiseta.

—Joder, sí, al mando y controlado. Deberías ver el miedo que te tienen. ¿Y ahora qué?

—¿Ahora? Voy a follarte sobre esta mesa, señorita CEO, y luego vamos a acabar con la Tríada. —Sonrío.

Se ríe mientras le subo la camiseta hasta más arriba de sus pechos.

—Suena bien, manos a la obra.



40
ROXY

—D está en su guarida. Ve a ver qué está haciendo, ¿quieres? —me pide Kenzo.

—¿Por qué yo? Estoy muy cómoda —me quejo acurrucándome contra su pecho, relajada en el sofá mientras Ryder cocina.

—Porque si voy yo, ni me escuchará, pero si vas tú, sí. —Sonríe y me empuja. Me caigo del sofá de golpe y resoplo, pero voy hecha una furia. Abro la puerta y me acerco al ascensor. Todos los escáneres y otras medidas de seguridad del edificio me reconocen, así que puedo marcharme o ir adonde quiera. Bajo hasta el sótano, donde está jugando D. Cuando la puerta se abre, oigo los gritos.

Recorro el pasillo y me apoyo en el quicio de la puerta para ver cómo atormenta al hombre que tiene encadenado.

—¿Quién es? —pregunto por encima de los gritos.

D se gira con una amplia sonrisa en la cara, el pecho sudoroso y desnudo, cubierto de sangre.

—Una amenaza. Pajarito, ¡ven a jugar!

Sonrío pero me quedo donde estoy.

—No, es todo tuyo.

—Por favor, joder, ayúdame, ¡está loco! —grita el hombre que cuelga de las cadenas, y D frunce el ceño y se vuelve hacia él.

—Es de mala educación interrumpir una conversación —lo reprende, y rápidamente lo apuñala antes de mirarme de nuevo—. Perdón, pajarito, no tiene modales. ¿Todo bien?

—He venido a ver qué estabas haciendo, te echo de menos —

sonrío con picardía, y en un segundo, está encima de mí. Me agarra y me lanza contra la pared, donde sus labios se estrellan contra los míos. Sabe a fuego y sangre, y no puedo evitar gemir.

—Retén ese pensamiento —murmura, mientras el hombre continúa gritando. Jadeando y apoyándome contra la pared, observo como Diesel se gira, coge un mazo de carne y lo estrella contra la boca abierta del hombre. Con un giro, y lo que solo puedo describir como una patada de ninja, lo estrella contra su cráneo.

Cesan los gritos, pero también parece haber matado al hombre, y D frunce el ceño.

—Mierda, bueno, supongo que ahora tú eres mi juguete —murmura mientras se gira, con la atención fija en mí.

Se acerca y me sube sobre la caja de herramientas otra vez. Parece que acabamos en esta posición muy a menudo. Aún llevo la camisa transparente, pero me he puesto bragas; algo que no parece importar con estos hombres. Saca la pistola del costado y la presiona contra mi cabeza. Se me corta la respiración, a pesar de que mi coño se contrae. Me interrumpieron antes, cuando estaba con Ryder. Estuvo a punto de disparar al hombre, pero tenía trabajo que hacer, así que no he disfrutado de un orgasmo desde hace unas… veinticuatro horas, lo cual es sencillamente irritante.

—Pajarito, pajarito, ¿morirías por nosotros? —murmura.

Sonrío.

—¿Es necesario?

Aprieta el gatillo, y ni siquiera me inmuto, ni siquiera parpadeo. Se ríe y se la presiona contra su cabeza.

—Yo moriría por ti. —Aprieta el gatillo de nuevo, se escucha un clic vacío, y sonríe—. Ups, se me han olvidado las balas. Bueno, aun así puede ser útil.

La presiona contra mi boca, que abro de inmediato. D la desliza dentro, y lamo el metal antes de que la retire, húmeda con mi saliva. Me la desliza por la barbilla y me rasga el top hasta que estoy desnuda ante él. Tiene las manos cubiertas de sangre, pero ya estoy húmeda. Ansío su toque de locura, lo quiero todo.

Con él, soy libre.

Nada lo conmocionará jamás, ni lo asustará. Nunca podría hacer

algo que lo disgustara o le diera miedo. Le encantaría y se deleitaría en ello, y además me adoraría.

Jadeo mientras el metal frío de la pistola se desliza por mi pecho y baja por mi vientre, lo observo presionarla dentro de mis bragas. Separo las piernas y muevo las caderas contra el metal. Retuerce el cañón por mis pliegues, mojándolo antes de presionarlo contra mi entrada. Entonces se inclina hacia mí.

—Si te follo con mi pistola, ¿te correrás para mí?

—Sabes que sí —gimo mientras hunde el cañón ligeramente dentro de mí, la dureza fría hace que me estremezca y gima más fuerte—. D, por favor, Ryder ya me estuvo excitando antes de que nos interrumpieran, ¿quieres jugar o no?

—¿Contigo? Siempre, Pajarito —gime antes de rasgarme las bragas con los ojos fijos en la pistola dentro de mi coño. Luego la desliza hacia arriba, la presiona contra mi clítoris mientras se baja los pantalones y moja su polla en mi humedad—. Siempre estás tan jodidamente mojada.

—Fóllame ya —gruño.

Sonríe.

—Tienes una boca sucia, luego me la follaré.

Se hunde dentro de mí sin avisar, y suelto un grito que le hace reír. No pierde el tiempo. No hacemos el amor, follamos tan duro y rápido como siempre.

Le envuelvo las piernas alrededor de las caderas, me echo hacia delante y lo beso con fuerza, la barba de su mandíbula me araña la piel mientras luchamos desesperadamente por la liberación. Mantiene la pistola presionada contra mí, como una amenaza constante, un recordatorio de su poder. El roce del metal duro contra mi *piercing* es casi doloroso, pero no puedo evitar retorcer las caderas para aumentar mi placer.

—Más —exijo.

Con un gruñido, me levanta y me vuelve a bajar de golpe; su polla me llena una y otra vez mientras sostiene la pistola contra mi cadera, controlándome. Su pecho, manchado de sangre y sudoroso, se frota contra el mío, y su mano empapada de sangre sujeta con fuerza mi cadera.

Bajo la mano, agarro la pistola y retuerzo su mano hasta que la suelta. Le doy la vuelta y la deslizo por su pecho hacia su boca.

—Chupa —exijo con una sonrisa.

Se ríe, deteniéndose mientras envuelve sus labios alrededor del cañón y la lame hasta dejarla limpia de mi humedad. Aprieto el gatillo y gime, cierra los ojos mientras se estremece en mi coño. Agarra la pistola y se la sube a la frente presionándose contra el cañón.

—Hazlo, dispárame —respira mientras me folla.

Aprieto el gatillo, una y otra vez, y gime más fuerte, con su cara relajada por el éxtasis. Cuando llevo mi otra mano entre nosotros y tiro de su pezón lo suficientemente fuerte para hacerlo gruñir, se detiene, su orgasmo lo atraviesa de repente. Me inunda jadeando mientras se inclina hacia la pistola. Me río, me siento extrañamente realizada. He logrado cambiar las tornas y hacer que se corriera antes. Pero entonces abre los ojos de golpe, y los entrecierra.

—No había terminado de jugar, pajarito —espeta, arrebatándome la pistola de la mano. Siento un latigazo de dolor en la muñeca por su brusquedad. Se retira de mi coño y presiona la pistola contra mi entrada—. Iba a dejar que te corrieras en mi polla, pero ahora lo vas a hacer en la pistola.

Jadeo, no puedo evitarlo. El metal frío se siente extraño cuando la presiona dentro de mí; mi canal está resbaladizo por mi flujo y su semen, y ayuda a que se deslice. Me folla con ella en embestidas poco profundas y lentas antes de pasar a unas más duras; me mantiene al límite porque no sé nunca cuáles vendrán. La forma del cañón me hace gemir, y se me cierran los ojos sin que pueda evitarlo.

Esto está tan mal, y es jodidamente peligroso.

Tengo una maldita pistola en el coño, y casi me estoy corriendo solo de pensarlo.

Presiona su frente contra la mía mientras sigue follándome, estirándome alrededor del arma mientras la empuja más profundo.

—¿Y si la hubiera cargado, pajarito?

Me estremezco, contrayéndome alrededor del metal, y sonríe mientras lame mis labios.

—Sucio pajarito. Me pregunto… me pregunto con qué otras armas me dejarías follarte.

¡Dios mío!

Estoy tan cerca, que puedo sentir el orgasmo creciendo. Trato de aguantar, queriendo que esto dure, pero no me deja. Me muerde la barbilla mientras me frota el clítoris con el pulgar, la pistola me llena y me hace gritar mientras me corro alrededor de ella. La saca un poco y lentamente la vuelve a hundir, guiándome a través de la liberación antes de retirarla por completo.

Me desplomo hacia atrás, incapaz de moverme mientras sube la pistola reluciente, busca mi mirada y la sostiene mientras lame a lo largo del cañón, saboreándome.

—Joder, esta podría convertirse en mi pistola favorita, sabiendo que ha estado en tu coño. Cada vez que la use para matar, cada vez que la sangre la cubra, pensaré en ti gritando mientras te corres, con ella enterrada en tu dulce coño.

Bueno, joder. ¿Qué se puede decir a eso?

Se ríe y la guarda antes de darse la vuelta para limpiar, dándome tiempo para recuperarme.

Cuando volvemos arriba, puedo sentir la tensión. Todos se preguntan qué pasará ahora, cómo reaccionarán y tomarán represalias la Tríada. Esto es más que un conflicto de bandas, son dos familias en la guerra. La ciudad es su campo de batalla, lleno de sangre y dinero, pero solo hay sitio para una de ellas.

Mis Vipers.

Porque no tienen pensado perder, harán cualquier cosa para ganar, y yo los ayudaré. Esta es mi vida ahora. Ellos son mi vida. Esto es lo que he elegido, lo quiero, y sinceramente…, me gusta. Está mal, pero la emoción que lo acompaña me hace más feliz que nunca, y por fin me siento viva. Ellos lo han conseguido. Me han convertido en la mujer que usualmente escondo. Han corrido la cortina y me han dejado brillar, sin miedo de lo que podía encontrar.

—Los liberaron hace tres horas. Me pregunto qué estarán planeando —murmura Kenzo, con los ojos clavados en la *tablet*.

—Algo grande, los avergonzamos. —Ryder sonríe.

—Ya está pasando, el piso franco del centro acaba de quedarse sin

comunicación —gruñe Garrett, mientras todos se ponen de pie.

Es hora de ir a la guerra.



41
GARRETT

Esperamos hasta la mañana siguiente y nos separamos. Ryder va a comprobar todos los negocios, Kenzo el lado ilegal de nuestras actividades y Diesel sale a las calles para averiguar todo lo que pueda mientras yo inspecciono los pisos francos. Todos llevamos guardias y vamos armados hasta los dientes. Antes de partir, le hacemos prometer a Roxy que permanecerá en el ático solo hoy y que permitirá que se queden con ella algunos guardias.

La Tríada buscará venganza, y agarrar a uno de nosotros no será fácil, pero, aun así, debemos tener cuidado. Ignoro la furia que siento al pensar en lo cerca que han estado de nosotros. Los golpes llegaron demasiado rápido, porque nunca planearon hacer las paces. Han estado preparando todo esto para acabar con nosotros. Dejamos vivir a sus familias, ¿y así es como nos lo pagan?

Voy a matarlos a todos.

Vamos al piso franco que fue atacado anoche en el coche blindado. He mandado a Tony y a algunos más directamente después de que ocurriera, pero necesito verlo por mí mismo. Primero, la casa vieja, y ahora esto. ¿Cómo coño han conseguido esta información? Ryder también anda estresado, quiere encontrar al topo, y lo quiere ya.

Estoy deseando ver qué le hará Diesel cuando lo encontremos.

El viaje al piso franco no lleva mucho tiempo. Los mantenemos en funcionamiento para cualquiera de nuestros empleados o incluso para nosotros mismos si la necesidad lo requiere. Además, tenemos

cinco planes de escape, seis ahora, por Roxy. Cuando te conviertes en una de las personas más poderosas de la ciudad, tienes una diana en la espalda y debes saber qué hacer cuando te toca huir.

Pero esta no es una de esas veces.

Esto es solo otra puta lección para unos gilipollas que piensan que somos débiles, que piensan que no somos más que el dinero del padre de Ryder.

Aparcamos delante del piso franco. Dejo que salgan los guardias primero, aunque me moleste, y con la mano en la pistola, me deslizo detrás de ellos cuando golpean con los nudillos en mi puerta. Mantengo los ojos bien abiertos mientras miro a todas partes a la vez, comprobando puertas, otros coches, tejados y ventanas. Nunca se es demasiado cuidadoso, y con Roxy esperándome en casa, no tengo ganas de morir.

El piso franco en sí es una pequeña edificación situada entre otras dos casitas similares en la parte residencial de la ciudad. Es pequeña y modesta, justo como nos gusta. Tenemos todo un plantel de casitas pequeñas repartidas por la ciudad, después de todo, nunca se es demasiado cuidadoso.

Los chicos van delante de mí por el viejo camino agrietado y atravesamos el jardín descuidado hasta la puerta delantera amarilla y descascarillada. El pomo está roto, la cerradura también, y les toco los hombros para hacerles saber que voy detrás de ellos. Entran primero, y desenfundo mi pistola; aunque Tony ya haya estado aquí, podría ser una trampa. Irrumpimos en la casa y nos separamos para echar un vistazo. El dormitorio y el baño están despejados, el salón y la cocina también. Enfundo mi pistola y miro a mi alrededor frunciendo el ceño. El lugar está destrozado, con cuadros arrancados de las paredes, abolladuras y grietas en el yeso, y los muebles patas arriba. Parece como si estuvieran buscando algo, pero no guardamos nada en las casas, así que todo esto es una amenaza.

Un recordatorio de que están ahí y están enfadados.

De que pueden llegar hasta nosotros. Cierro los puños a los lados y me muevo entre el desorden, apartando de una patada el sofá roto.

—Comprobad todas los demás pisos francos, quiero un informe.

¡Encontrad a quien coño nos está traicionando! —espeto.

Cojo mi teléfono y llamo a Ryder.

—Dime —gruñe. Es obvio que se divierte tanto como yo.

—Está destrozado, sabían perfectamente dónde atacar. Necesitamos encontrar al puto cabrón que les está dando esta información —gruño, estrellando mi puño contra la pared.

—Ya lo sé, joder, lo estoy intentando. Ve a comprobar los otros pisos —ordena, antes de colgar. Me guardo el teléfono. Él también está estresado, todos podemos sentirlo. Antes, no nos habría importado, habría sido divertido; destruirlos se habría convertirlo en un juego, pero ahora tenemos que pensar en Roxy, y no queremos que quede atrapada en el fuego cruzado. Mi teléfono vibra mientras lo estoy metiendo en el bolsillo delantero de los vaqueros, así que lo saco de un tirón y leo el mensaje.

Kenzo: «Sin suerte aquí».

Joder.

Me lo guardo en el bolsillo y les hago una seña a los chicos, trazando un círculo con el dedo en el aire.

—Vámonos. Vamos a comprobar todas las casas hasta que encontremos a alguien, y cuando lo hagamos, vamos a matarlo.

Asienten, y salimos a registrar el siguiente piso franco.



Cinco pisos francos después, estoy más cabreado. Tres han sido atacados, pero no hay rastro de quien lo ha hecho, o más bien de quien les ha hablado sobre ellos, porque todos sabemos que ha sido la Tríada; un ataque por venganza. Tal vez esperaban encontrar a alguien en alguna de ellos, no estoy seguro. De cualquier manera, quiero machacarle la cara a alguien.

Tengo que contener el impulso, mi cuerpo vibra por la tensión y la rabia, es la misma sensación que me invade cuando me estoy preparando para pelear. Respiro hondo, tratando de sofocarlo todo lo que puedo. De repente, me suena el teléfono, y contesto sin mirar.

—¿Qué? —gruño al teléfono, mientras nos dirigimos al siguiente piso franco.

—¡Qué maleducado! Iba a ser amable por una vez, pero… —se ríe Roxy. Me relajo instantáneamente ante el sonido de su voz, y una sonrisa me curva los labios.

—¿Estás bien, nena? —pregunto, ahora con mi voz más suave. Veo que los dos hombres de delante se mueven, así que les lanzo una mirada asesina a sus espaldas, y se encorvan.

—Sí, ¿y tú, grandullón? Estoy preocupada, no he sabido nada de ninguno de vosotros —resopla.

—Te aburres, ¿verdad? —me río entre dientes.

—Hasta la puta médula —gime de forma dramática, haciéndome reír más fuerte.

—¿No te has metido en ningún lío todavía? —pregunto, mirando por la ventana. Toda mi tensión parece aflorar por un momento mientras la imagino con sus guardias persiguiéndola con caras pálidas, tratando de seguirle el ritmo en cualquier caos que haya formado.

—Psss, todavía no, pero solo son… las nueve de la mañana —se ríe, el sonido va directo a mi polla y la pone dura—. Aunque he pedido unas cadenas nuevas para jugar —su voz me llega ronca y sensual.

Que me jodan.

Gimo, cerrando los ojos un minuto.

—Nena, estoy en un coche con otros tres tíos, no puedes decirme cosas así.

—¿Por qué? ¿También quieres encadenarlos? —bromea.

—Compórtate —gruño.

Se burla.

—¿Cuándo coño me he comportado? Ahora date prisa y vuelve a casa, me aburro mucho, y quién sabe qué haré.

Cuelga, riéndose entre dientes. Me guardo el teléfono otra vez, pero me siento más calmado ahora. Más relajado y con control. Noto que los chicos me miran, así que giro la cabeza y entrecierro los ojos.

—Ni se os ocurra pensar en ella, mirarla, o acercaros a ella, u os

machacaré las putas caras.

Todos se dan la vuelta al instante, y sonrío con suficiencia; sigo haciéndolo incluso cuando Tony se ríe entre dientes desde delante. El siguiente piso franco es un apartamento encima de una cafetería, así que después de entrar y encontrarlo destrozado, decido tomarme un descanso. No he comido desde esta mañana, y noto que echo de menos la habitual cita para desayunar en casa. Cuando la odiaba, o al menos lo intentaba, eran los únicos momentos reales que podía estar cerca de ella sin que los otros se dieran cuenta de mi deseo. Podía mirarla sin que se fijaran.

Entro con un suspiro. Uno de los guardias se queda en el coche, otro fuera de la cafetería, y el tercero se sienta a esperar. Escudriño todo con los ojos, es un hábito, y entonces la veo.

A ella.

Allí, mirándome directamente.

Lleva una capucha, que oculta la mitad de su cara, pero es ella. La reconocería en cualquier sitio. Sus labios están curvados en una sonrisa de complicidad, su ojo azul fijo en mí. Solía mirar sus ojos durante horas, preguntándome si sería mía siempre, y ahora está aquí.

Todo mi cuerpo se queda paralizado, mi pecho y músculos arden mientras el miedo y la furia me atraviesan.

—¿Señor? —me llama vacilante la mujer detrás del mostrador. Estoy primero en la cola, es mi turno, pero no puedo apartar la mirada de ella.

Daphne.

La puta que intentó matarme, que me arrancó la piel del pecho. Mi exnovia. Está sentada en la esquina con una taza intacta delante de ella, observándome de la misma puta manera que solía hacerlo. Una expresión que nunca consideré que era tan fría y calculadora hasta que fue demasiado tarde. Hasta que tuvo su cuchillo en mi pecho, cortándome en pedazos mientras se reía.

Cuando desperté en el hospital privado, los chicos estaban allí. Sabían dónde había huido, nunca se alejó lo suficiente para escapar de nosotros. Ningún sitio sería jamás lo suficientemente lejos. No pregunté, simplemente les dije que se ocuparan de ella. Que la

hicieran sufrir.

Que la hicieran sufrir por lo que hizo.

Porque cuando me quité esas vendas, me dieron arcadas al ver mi propio pecho, y no pude dejar que las enfermeras me ayudaran a cuidarlo. Lo tuvo que hacer D. No podía soportar las manos femeninas en mí, y cuando una lo intentó, le rompí la muñeca. Esta mujer intentó matarme, arruinarme.

Incluso lo consiguió durante muchos años. Solo ahora, con Roxy, estoy finalmente empezando a vivir otra vez, sin embargo ella está aquí, mirándome como si no hubiera pasado nada.

¿Cómo es que está viva?

—¿Señor? —me dicen otra vez, pero me doy la vuelta y voy directamente hacia ella. Quiero retorcerle el cuello, rompérselo, pero eso sería demasiado rápido. ¿Cómo ha sobrevivido a lo que sea que le hicieron los chicos? Tuvo que ser malo, me aseguraron que estaba muerta.

¿Cómo coño sigue viva?

¿Y por qué me tiemblan las manos? Las escondo a la espalda mientras me cierno sobre su mesa. Intenta parecer tranquila, llevando la mano a la taza, pero veo el temblor, el miedo en su ojo. A diferencia de Roxy, siempre ha tenido un poco de miedo por lo que podía hacer. Le disgustaban mis peleas, sin embargo la muy puta no tuvo problemas con mi sangre.

Zorra.

Mi mirada se fija en su muñeca cuando la sudadera se levanta con su movimiento, revelando carne moteada y quemada. Jadea y lleva la mano debajo de la mesa, mirándome con el ojo entrecerrado.

—Gar —respira—. Tienes buen aspecto…, estás casi completamente curado —sonríe con suficiencia.

—¿Cómo es que estás viva? —siseo, conteniéndome para no atacarla. Porque no nos haría ningún bien, pero joder, es difícil. Quiero romper cada hueso en su cuerpo traicionero. Hacerle sentir el dolor que sentí, y no solo por su traición.

—No fue fácil —se encoge de hombros—. Pero tenía cosas por las que sobrevivir.

—Eres como una puta cucaracha de la que no puedes deshacerte

—gruño, y se ríe, ese sonido molesto y agudo que solía hacer que Diesel amenazara con apuñalarla. Esa debería haber sido advertencia suficiente. No les gustaba, pero yo estaba ciego.

Incluso la protegí de él, dejé que me alejara de mis hermanos cuando tenía miedo de ellos. Les hice daño, aunque nunca me lo dirán. Sé que por eso Ryder está tan preocupado por Roxy, porque por ella podría alejarme de ellos.

Haría cualquier cosa que pidiera.

Solía creer que Daphne lo sería todo para mí, que nos asentaríamos y nos casaríamos. Parecía lo correcto, ya que ella lo esperaba y me soltaba indirectas. Aunque no estaba seguro, le compré el anillo de todos modos. ¿Cómo pude estar tan jodidamente ciego?

Daphne es fría, astuta, y una cazafortunas.

Roxy está viva, llena de risa, y si alguna vez intentara darle dinero, me lo tiraría a la cara. Su odio, su rabia igualan la mía, sus cicatrices reflejan las mías. Ella es mi mundo ahora, y solo me muestra lo desesperado por amor que estaba para, no solo follarme a esta mujer, sino proponerle matrimonio.

—Gar, recuerdo cuando no querías deshacerte de mí —ronronea.

—No me llames así, joder —gruño—. ¿Por qué estás aquí? ¿En mi ciudad? Tenías que saber que me enteraría y te mataría.

Siento que la gente está mirando; que miren, joder. Que vean cómo borro a esta zorra de la faz del planeta, que me teman, no me importa lo que piensen. Solo hay cuatro personas que me importan, y me apoyarían, joder, me pasarían el cuchillo.

—He oído que tienes un nuevo juguetito, es mona. ¿Sabe tu inclinación por el dolor? O cómo te gusta follar duro y rápido… —Sus ojos bajan hambrientos por mi pecho, y golpeo los puños sobre la mesa—. Apuesto a que no. Me pregunto, ¿puede siquiera soportar mirar tu pecho?

Mis pulmones colapsan, y casi puedo sentir la cuchilla cortándome otra vez, desollándome. La oscuridad me rodea, mis demonios crecen y exigen ser liberados.

—Respóndeme.

Sonríe y se echa hacia atrás, y me harto de los juegos. Agarro la

capucha y tiro hacia atrás. Mis ojos se abren cuando se levanta rápidamente, pasándosela por la cabeza. Pero no es lo suficientemente rápida. He visto lo que estaba tratando de esconder.

La mitad de su cara se ha ido, está derretida, sin pelo, sin ojo, y su piel parece cera derretida. Sin duda es obra de Diesel. Me hace sonreír, y no es una mueca bonita.

—Oh, pobre pequeña Daphne, ¿ya no puedes usar tu belleza para salirte con la tuya? No es como si tuvieras otros trucos, estúpida zorra. ¿Por qué estás aquí? —me burlo por última vez.

Soy una cuerda demasiado tensa, lista para romperse, mientras me enfrento a la mujer que una vez me importó, la que casi se lo lleva todo, y me encuentro ansiando su muerte. Me siento como Diesel, queriendo bañarme en ella, ver cómo su sangre cubre mi piel para luego volver corriendo con mi chica y follármela con todo eso cubriendo mi cuerpo.

—Tengo asuntos pendientes, Garrett. Contigo y tus putos Vipers —gruñe, y se acerca hasta que invade mi espacio. No retrocedo, incluso mientras mi cabeza me grita que lo haga y mis manos hormiguean por agarrarla y matarla—. Pagarás por lo que hiciste. Voy a estar presente para verte caer —susurra mientras se inclina hacía mí, sus uñas de puntas rojas se deslizan por mi pecho.

Me pongo rígido ante sus palabras, mi cabeza se nubla de rabia, y me empiezo a mover antes de darme cuenta. Le agarro la muñeca, la empujo lejos, y se golpea contra la pared con fuerza, riéndose. Estoy encima de ella en un momento, mi mano le envuelve la garganta. Abre el ojo de par en par por el miedo. Toda su bravuconería ha desaparecido, tiene miedo.

Muerta de miedo. De mí. De nosotros. De lo que le haremos.

No está manejando los hilos, es una marioneta… ¿para quién? ¿La Tríada? ¿Es posible que tengamos más de un enemigo enfrentándose a nosotros? No, tienen que estar trabajando juntos. Estaban buscando una debilidad, una manera de llegar a nosotros, y pensaron que la tenían con ella.

Pero nunca fue realmente una de nosotros. Nunca se quedó en nuestro hogar, nunca vio nuestros negocios. Solo tuvo acceso a lo que queríamos que viera, nada más. Aprieto con más intensidad,

aunque no uso toda mi fuerza para mantenerla en su sitio. Le dejo ver en mis ojos lo fácil que sería matarla, acabar con ella, y a nadie le importaría.

Nadie podría detenerme.

Pero sería demasiado rápido.

Vuelvo a notar el ruido de la cafetería a nuestro alrededor. La gente está gritando, y los oigo llamar por teléfono cuando noto un toque en mi hombro. Me giro con un gruñido, la tiro al suelo y me encuentro con los ojos de un guardia.

—A menos que quiera pasar horas hablando con la policía, necesitamos irnos. Si quiere que la llevemos o la matemos, dígalo, lo organizaremos y llamaremos a Ryder para limpiar.

No pregunta quién es, ni siquiera parpadea mientras lo dice. La miro, pero está luchando por ponerse de pie y colocarse la sudadera. Me lanza un beso.

—Te veré pronto, Garrett, y saluda a tu novia de mi parte —Entonces se va corriendo entre la multitud, mezclándose con ella.

—No, síguela —espeto.

Sale corriendo, y yo atravieso la tienda a zancadas, mientras los clientes tratan de quitarse de mi camino. Sus caras están pálidas y asustadas mientras abro de golpe la puerta de la cafetería y salgo fuera.

Meto la mano en el bolsillo en busca de mi teléfono para llamar a Ryder y decirle que sé quién es el topo, pero no encuentro el aparato. La recuerdo acercándose a mí, su mano acariciando mi pecho…, estaba tan aterrorizado, tan enfadado, que ni siquiera pensaba en nada cuando la aparté.

Joder.

«Tiene mi teléfono».



42
ROXY

Estoy jodidamente aburrida. La única razón por la que no me voy es porque me lo han pedido de muy buenas maneras. No han sido exigentes ni autoritarios, así que realmente necesitaban que me quedara. Por eso me quedo.

No les he prometido que me comportaría, solo que me quedaría. Deberían haberlo imaginado. Trabajo un poco. Ryder me ha dejado los contratos y la información de los bares que quiere comprar o construir, así que los hojeo, anotando los que tienen posibilidades y descartando los que no. También ha incluido las ganancias de Roxers y sus inversiones con el dinero. Lo está haciendo bien, bueno, jodidamente bien. Ryder tiene buen olfato para el dinero y las inversiones: las ganancias se han triplicado.

Tengo dinero.

Más del que necesito, y no sé qué hacer con él.

Él sabía que esto me mantendría ocupada por un tiempo, el astuto capullo, y así es, me encanta hacer algo que me gusta. Algo bueno. Tenía el plan de contratar solo exconvictos y fugitivos. Gente que lo necesite. Tendrán un buen salario, y podríamos construir algunos alojamientos, darles una segunda oportunidad en la vida. Como Rich me la dio a mí. Así es como voy a llamarlo, la Fundación Rich.

Por él…, el hombre que me salvó la vida y con ella la oportunidad de crear el fondo que me dieron los hombres que me quieren.

¿Quién iba a decir que acabaría aquí cuando dormía bajo un puente, muerta de frío y de hambre?

Después de planearlo, encuentro una vieja cámara Polaroid escondida en la habitación de Kenzo, me hago fotos guarras y las escondo debajo de sus almohadas, riéndome todo el rato. Después, decido intentar colarme en la armería, porque, sinceramente, quiero recuperar el bate. Allí hay un escáner manual, me pregunto si podría abrirlo. Han añadido mis huellas al edificio, ¿estará incluida la armería? Lo lógico sería que sí, a menos que forme parte de un sistema diferente.

Decido comprobarlo, subo y presiono la pantalla con la mano, pero parpadea en rojo. Hijos de puta. Ahora que lo pienso, quiero saber qué hay dentro. Lo necesito. Me invaden impulsos traviesos, los mismos que me llevaron a rasgar la ropa de Ryder y a destrozar su coche, a dejar fotos guarras debajo de sus almohadas, a comprar ese regalo que está en camino…

A la mierda.

Me pregunto sí… Bajo las escaleras a hurtadillas, cojo un cuchillo y me dirijo de nuevo a la puerta, intentando forzar la cerradura, pero no funciona.

—Eh, ¿el guardia cachas? —llamo, inclinada sobre la barandilla—. Necesito tu cuerpo.

Levanta la vista de la ventana que estaba vigilando y palidece. Se aleja a trompicones, con las manos extendidas como si quisiera ahuyentarme.

—Por favor, por favor, no, me matarán. Eres muy guapa, pero, joder, no les digas que he dicho eso —suplica con los ojos muy abiertos.

Riendo, le hago señas para que se levante.

—No de esa manera, amigo. Tengo cuatro pollas a mi disposición, ¿crees que necesito más? No se lo diré si tiras esta puerta por mí.

Mira hacia la puerta y niega con la cabeza.

—Ni de coña, me matarán.

—No lo harán, no les dejaré. Les diré que lo hice yo. Vamos, grandullón, ayuda a una chica —le suplico.

Mira a los demás antes de suspirar y subir las escaleras, donde se detiene a observar la puerta.

—¿Quieres que la eche abajo?

—Podría intentarlo yo misma, ser toda una mujer empoderada y gritar «¡mírame rugir!», o podría ser mucho más inteligente y dejar que un tipo grande y duro como tú lo haga por mí —le ofrezco con dulzura, y él resopla.

—Eres más manipuladora que ellos, ya entiendo por qué te adoran —comenta en tono despreocupado, antes de echar el pie hacia atrás y abrir la puerta de una patada. La puerta se rompe y la cerradura cae al suelo—. No lo he hecho, no me has visto. —Resopla antes de bajar las escaleras.

Mi teléfono vibra y compruebo que es Ryder. Llevo toda la mañana enviándoles mensajes. El último que mando Diesel era una foto de su cara cubierta de sangre con la leyenda: «Te vas a sentar en esto más tarde», pero ahora es una videollamada. Con un gruñido, voy a su dormitorio y me tumbo en su cama; no quiero que sepa todavía lo que estoy tramando.

Contesto e inclino el teléfono para que salga mi cara. Está en un coche, con el teléfono pegado a su cara de forma que apenas veo un atisbo de su traje. Lleva el pelo peinado hacia atrás y sus ojos son fríos, pero cuando se fijan en mí, parecen derretirse un poco. Incluso a través del teléfono, puedo sentir su poder, su interés que todo lo consume, y me hace temblar de necesidad. Ryder Viper es una puta arma… para mi vagina.

—Amor, ¿qué estás tramando? —me pregunta de inmediato, su voz profunda y ronca me hace apretar los muslos, y entonces me viene a la mente un pensamiento travieso.

Sonriéndole, inclino la cámara hacia abajo y me paso la mano por el pecho para acariciarme las tetas antes de bajar por el vientre. Él gime cuando empiezo a subirme el vestido para descubrir mis muslos.

—Amor, ¿estás en mi cama?

—Sí. —Me río—. Y estoy aburrida y cachonda —digo, mientras le enseño mi tanga, separando los muslos para que me vea acariciarme.

Él gime y luego hay un sonido fuera de cámara. Oigo un chillido y luego una puerta.

—¿Qué ha sido eso? —Me río, inclinando la cámara hacia mi cara

para ver esos ojos helados, exigentes y apretados.

—No iba a dejar que te oyeran —gruñe, como si fuera obvio, sacando la lengua y lamiéndose el labio inferior—. Enséñame eso otra vez, amor, tócate.

—Oh, ¿te sientes travieso? —Me río.

—No me hagas pedírtelo otra vez, Roxxane —ordena.

—¿O qué? —Sonrío, arrastrando la mano por mi muslo y mostrándoselo—. Estás demasiado lejos para hacer nada…

Gruñe.

—Abre los muslos, métete los dedos y enséñame lo mojada que estás.

Burlándome de él, me paso los dedos por el coño, apartando el tanga.

—Si estuvieras aquí, podrías verlo por ti mismo.

—No me tientes, amor. Roxxane, haz lo que te digo —exige.

Jadeando, aparto más el tanga, exponiéndome a él, y oigo su gemido en respuesta.

—Tan jodidamente húmeda —murmura—. Tócate, déjame ver.

Arqueándome hacia arriba, hundo mis dedos dentro de mí donde puede verlo, antes de trazar círculos en mi clítoris, deseando que fuera él.

—Córrete, amor. Déjame ver. Luego, si te portas bien, cuando vuelva, me pasaré toda la noche entre tus muslos comiendo tu puto coño como un hombre hambriento.

Al imaginármelo, me froto más rápido, hundiendo los dedos dentro de mí otra vez y follándome mientras él mira. Soy consciente de que hay guardias de seguridad abajo, pero no me importa.

—¿Sí? ¿Sin castigo? —desafío sin aliento.

—Oh, amor, siempre habrá un castigo, porque no sabes cómo comportarte. Te correrás al menos cinco veces antes de sentir mi polla en ese dulce coño. Haré que mis hermanos miren mientras gritas y suplicas por mí, luchando conmigo mientras te rindes.

Sus palabras sucias me hacen gemir con fuerza mientras separo más los muslos y acelero, girando y empujando mis dedos, buscando esa liberación que puedo sentir muy cerca, que necesito.

—Eso es, nena, fóllate por mí, toma tu propio placer. Déjame ver

esos dedos dentro de ese coño codicioso.

Mi sexo aún está un poco dolorido de anoche, pero no me importa, el dolor solo se suma, elevando el placer a través de mí.

Gimo, giro la cámara más abajo, y él gime.

—¿Te estás tocando? —jadeo.

Gime.

—Como un puto adolescente. Estamos en un maldito garaje con mis guardias ahí fuera, y me estoy haciendo una paja, deseando que fuera tu coño.

Me lo puedo imaginar.

—Enséñamelo —ruego.

Miro la pantalla, viendo como la gira hacia abajo. Su traje está perfectamente en su sitio salvo su polla expuesta. La tiene en la mano, con la que se la aprieta y acaricia. La vista de sus manos grandes y con cicatrices envueltas alrededor de su eje me hace casi gritar mientras me corro, retorciéndome entre las sábanas mientras casi pierdo el teléfono.

—Déjame ver —exige—. Ni se te ocurra soltar ese puto teléfono.

Con un gemido, me contraigo alrededor de mis dedos otra vez, mi coño sigue pulsando antes de retirarlos mientras mis músculos internos intentan aferrarlos, empapados con mi liberación. Levanto la vista a la cámara y veo con sus ojos muy abiertos, llenos de lujuria y me llevo los dedos a la boca, para lamerlos hasta dejarlos limpios. Gruñe con fuerza y cierra los ojos un momento antes de que estén abiertos y en mí otra vez. El hielo se ha ido, y en su lugar está el volcán, la violencia que esconde debajo.

—Joder, amor. Estaré en casa dentro dos horas. Dos putas horas, y entonces ese coño será mío.

—¿Sí? —sonrío, sacando mis dedos libres—. Tendrás que atraparme primero, planeo ser muy mala mientras tanto.

—Una puta hora —gruñe.

Riéndome, cuelgo y me deslizo por la cama, con el corazón acelerado. Me limpio en su baño antes de volver a la armería. No me avergüenzo de que hayan podido oírme abajo. Si Ryder estuviera aquí, me lo habría follado delante de ellos sin arrepentimientos. Cuando se trata de mis Vipers, soy incapaz de reprimirme.

Vale, me he propuesto ser mala. Así que me alegro de haber entrado en esta habitación. Casi puedo imaginar el castigo, y no puedo esperar, joder. Han sido demasiado amables últimamente, y ansío su crueldad. Su poder.

Me paseo por la armería, y voy silbando mientras la asimilo. Esto no es una puñetera habitación, es un puto arsenal. Está repleto de armas que cubren cada pared y mesa; filas y filas de pistolas, espadas, cuchillos, granadas… y putos misiles. Jesús. Hay incluso una armadura corporal y pantalones cargo negros en la esquina.

—Joder, es como si estuviera saliendo con John Wick —murmuro, mientras miro alrededor—. Me pregunto si podría conseguir que uno de ellos se hiciera pasar por él —suspiro mientras deslizo mis dedos por las armas.

Apuesto a que Kenzo lo haría, y con ese pelo oscuro, podría encajar en el papel. Diesel está un demasiado loco para ser Keanu. Garrett simplemente me mandaría a la mierda, pero luego me follaría. Ryder sonreiría con suficiencia y exigiría que le diera algo a cambio.

Cabrones.

Sonrío incluso mientras pienso en ello. Encuentro mi bate en la parte trasera de la habitación y lo cojo con amor para cubrir de besos la madera suave.

—Te he echado de menos también, cariño, mucho. Nunca dejaré que te lleven otra vez. Volveremos a patear culos pronto —prometo con amor.

Justo entonces, suena mi teléfono. Estoy dividida entre abrazar el bate y contestar, pero cuando vibra otra vez, dejo la madera a un lado y lo saco del bolsillo… Sí, así es, mi vestido tiene bolsillos. No hay nada mejor. Así puedes esconder aperitivos y armas con facilidad.

Putogruñón: «Necesito tu ayuda, ven al Hotel Mors».

Releo el texto con el ceño fruncido. Si Garrett me necesita, debe ser algo serio. Echo un vistazo por el balcón, miro a los tíos de seguridad. No soy tan estúpida como para ir sin ellos, se pondría de

peor humor.

—¡Eh, cachas, nos vamos!

—Señorita, nos han dicho que se quede… —empieza uno de ellos.

Levanto el teléfono.

—Garrett me ha escrito, necesita nuestra ayuda, venga, *autobots*, ¡uníos! —grito, haciendo que uno de ellos resople.

Otro saca su teléfono mientras bajo las escaleras.

—Ryder no contesta. Vale, vamos, pero a la primera señal de problemas, nos largamos de allí. No quiero que me maten por esto —murmura.

—Así es, cachas, y gracias a tu cuerpo, ahora tengo algunos juguetes nuevos que llevar —sonrío, levantando las pistolas.

Hace una mueca.

—Van a asesinarme.

—Bah, vale, puede, pero lo harán rápido. —Me encojo de hombros mientras me pongo mis armas como una guerrera.

La versión femenina de John Wick.

Lady Wick…, bah, eso apesta, ya se me ocurrirá un nombre cojonudo de camino.



43
ROXY

Probablemente sea una mala idea, pero me muero por salir, por ayudarlos. No soy el tipo de mujer que se queda en casa sin hacer nada, así que aprovecho la oportunidad. Sin embargo, hago que me acompañen los guardias de seguridad como apoyo y dejo que tomen algunas decisiones para que piensen que están al mando. Me provoca ternura lo nerviosos que se ponen cuando no les hago caso

Además de armada hasta los dientes, he tomado prestados una pistola y varios cuchillos. Casi me río disimuladamente al pensar en eso. No puedo llevar mi bate y seguir siendo discreta, así que lo dejo en casa. Aunque sí me pongo un par de tacones, porque no quiero perder más tiempo buscando mis botas, y entonces nos ponemos en marcha.

El hotel está en el centro, y pillamos algo de tráfico por el camino. Siguen intentando contactar con Ryder, pero no contesta, lo que no resulta sorprendente, considerando que tenía una reunión. Paramos en el exterior del local, y fruncen el ceño al verlo.

—Esto no me gusta —murmura uno de ellos.

Suspiro, mirando alrededor.

—Tal vez tengáis razón. No veo a Garrett por ningún sitio, y ni de coña voy a meterme en un edificio por un simple mensaje. No soy estúpida, joder.

Intento llamarlo, pero salta el buzón de voz. Mierda, ¿y si le ha pasado algo?

—¿Qué coño pasa…? —Me interrumpen las balas.

—¡Abajo! —grita uno de los guardias.

Me lanzo en el asiento trasero, protegiéndome la cabeza mientras vuelan más balas a mi alrededor, haciendo añicos el cristal. Siento los pedazos sobre mi espalda, y entonces de pronto todo se detiene. Me incorporo, miro hacia delante, y suelto un jadeo cuando encuentro a mis guardias muertos por balazos en la cabeza. Joder. Cojo mi pistola mientras decido si esconderme en el hueco de los pies. Pero si alguien abre la puerta de par en par, seré un blanco fácil. Me arrastro por el asiento trasero, abro la otra puerta y me escabullo, usando el coche como cobertura. Intento sacar el teléfono del bolsillo, y suelto una maldición cuando no lo encuentro. Se me debe haber caído, pero es demasiado tarde para volver a por él. Levanto la pistola, quito el seguro, y espero.

Oigo un motor, pero luego se hace el silencio, y luego me llega el ruido de fuertes pisadas. Miro por debajo del coche y veo cuatro pares de botas que vienen directos hacia mí. Joder. Esto no es un ataque al azar, estaba planeado; alguien se ha hecho con el teléfono de Garrett para atraerme aquí. «¡Eres jodidamente estúpida, Roxy!». Espero que él esté bien, pero no tengo tiempo para preocuparme. Necesito ponerme a salvo, y para eso tengo que sacar el culo de aquí.

Espero hasta que abren la puerta antes de salir corriendo, y voy derecha a un callejón a un lado del hotel. Corro tan rápido como puedo, moviendo los brazos; los viejos días cuando era una vagabunda fugitiva de la policía vuelven a mí.

Joder, joder.

Oigo pisadas detrás de mí, seguidas de aullidos. Doblo el callejón y casi lanzo un grito. Hay una puta valla al final. A la mierda. Me niego a caer sin luchar. Me agacho detrás de un contenedor a esperar. Cuando uno de ellos pasa corriendo justo por delante de mí, me escabullo mientras abro fuego. El hombre se desploma sin más, y yo miro hacia atrás. Veo a tres hombres más, con la cabeza cubierta por cascos de moto, acercándose a mí. Echo a correr otra vez, directa hacia la valla.

Esto está chupado. Me lanzo contra ella y empiezo a trepar. Resbalo y me corto los dedos, pero canalizo el dolor con un gruñido

y sigo arrastrándome hacia arriba. Me encojo al ver que disparan, aunque fallan, y continúo subiendo mientras gritan.

—¡No disparéis, joder, la necesitamos viva!

Bueno, algo es algo.

Paso la pierna por encima de la parte superior, cuando una mano me agarra el tobillo. Suelto un grito mientras miro al casco, pero usando la pistola como un bate, la estrello contra la visera. Se hace añicos; el hombre cae de la valla al callejón. Uso esa distracción para impulsarme por encima de la valla y aterrizo de rodillas. Me pongo rápidamente de pie, aunque los tacones se han enganchado en un puto agujero. Sin embargo, no puedo entretenerme, porque vienen a por mí. Oigo el tintineo de la valla mientras la escalan.

Mi respiración se agita cuando acelero, pero sigo oyéndolos detrás de mí, sus botas resuenan con fuerza. Ni de puta coña; no voy a caer así, no ahora, ni nunca. No sobreviví a toda esta mierda para morir en un puto callejón.

—¡Alto! —gritan.

Resoplo, como si eso fuera a funcionar. Muevo los brazos más rápido. El callejón se abre por delante a lo que parece un aparcamiento. Desde ahí, podré correr hacia la calle, perderlos en el tráfico, y escapar. Pero están demasiado cerca y los tacones me hacen ir más lenta. Un brazo me agarra.

No me molesto en gritar, pues sé que nadie me ayudará, así que le piso el pie y empiezo a lanzar patadas hacia atrás. Se cae, y me giro para disparar mientras alejo. Lo abato, y recordando que debo mantener la postura, bloqueo los brazos y disparo a los otros dos, aunque se agachan detrás de unos contenedores. El cargador se bloquea, está vacío, y suelto una maldición pues soy consciente de que no llevo más balas encima. He cogido varias navajas, pero tendrán que estar más cerca para usarlas.

Suelto la pistola y echo a correr otra vez. Puedo oírlos cada vez más cerca, son demasiado rápidos. No voy a tener la oportunidad de llegar a la calle, así que me giro hacia el aparcamiento y me agacho detrás de un coche, respirando con fuerza. Intento estar callada mientras me acuclillo. Entonces, bajo la mano, y saco los dos cuchillos.

Si pensaban que voy a ser un objetivo fácil, se equivocan. Alguien habrá oído los disparos y la policía estará aquí pronto. Solo tengo que acabar con estos dos capullos y volver con los chicos.

—¡Ve por ahí! —grita uno de ellos. Se están separando, lo que me lo pone más fácil. Me arrastro agachada hasta el maletero del coche y echo un vistazo por encima de él. Uno de ellos se dirige hacia el otro lado, pero el otro está mirando alrededor y debajo de los coches, acercándose más a mí.

Controlo mi respiración, me mantengo firme, esperando el momento justo para saltar. Solo tengo una oportunidad. Son más grandes y tienen armas. No llevo mi bate ni estoy en un entorno familiar, así que necesito ser rápida.

«Venga, hijo de puta, acércate solo un poco más». Aprieto la mano sobre el mango de la navaja mientras espero a que rodee la parte trasera del coche. Aprovechando que lleva la cabeza girada ligeramente hacia el otro lado, ataco, rápida y mortal. Ni siquiera levanta su pistola antes de que la cuchilla esté clavada en su pierna. Cae con un grito mientras saco la hoja un tirón y, con un grito de guerra, aterrizo en su pecho y lo apuñalo una y otra vez.

Cuando para de sacudirse, recojo su pistola y me giro para ir a por el otro tío, pero soy demasiado lenta. Veo la culata de la pistola justo unos segundos antes de que me golpee en la cara, y entonces todo se oscurece.



Joder, me duele la parte trasera de la cabeza. Me quedo quieta mientras siento que algo se mueve. ¡Oh espera! Soy yo, me estoy moviendo. ¿Qué coño ha pasado?

El mensaje.

El ataque.

Mantengo la respiración uniforme, como solía hacer cuando era niña y esperaba que mi padre no se diera cuenta de que estaba despierta. Me duele la cabeza… y la cara; más vale que ese cabrón no me haya roto la nariz con su pistola. Qué puto maleducado.

Ignorando el dolor, algo que aprendí hace años, me concentro en dónde estamos. Hay un asiento duro pero suave debajo de mí, y estoy apoyada contra algo frío y que vibra. Hay un ronroneo debajo de mi culo, y el sonido de cláxones nos envuelve.

Estamos en un coche.

Abro un ojo, notando que estoy apoyada contra la ventanilla en el asiento trasero. No me atrevo a girar la cabeza, pero siento a alguien a mi lado, alguien grande. También hay dos hombres delante, uno conduciendo y otro en el asiento del pasajero. La radio está baja, una alegre canción *pop* suena por los altavoces para hacer juego con el martilleo de mi cabeza.

Vale, tres tíos.

Me he enfrentado a más, y no me refiero sexualmente…, aunque eso también es verdad ahora, supongo. Tres tíos grandes, armados, sin duda, pero tengo cierta ventaja. Ellos me quieren viva y yo los quiero muertos.

Mi mano está atrapada de forma incómoda entre mi cuerpo y la puerta del coche, así que la libero moviéndome ligeramente. Me quedo quieta cuando siento al tío de delante echa un vistazo para comprobar cómo estoy. Solo cuando se da la vuelta me muevo otra vez, lentamente, para no llamar la atención. Me paso la mano por el muslo; mierda, me han quitado las armas.

Apuesto a que todas, cabrones. Diesel se va a cabrear. Ni se me pasa por la cabeza que Garrett esté metido en esto. Si me quisiera muerta, me habría asesinado él mismo. No, alguien le ha robado el móvil, solo espero que esté bien.

Bien, no dispongo de armas. «Piensa, Roxy». Joder, me duele la cabeza. Esta es la peor resaca de la historia, y ni siquiera he disfrutado del subidón del alcohol y los malos remordimientos para que mereciera la pena. Muevo las piernas un poco para ponerme en una posición más cómoda, me quedo quieta. Tengo los tacones. Mis putos tacones.

Están afilados…, me pregunto sí…

Estamos frenando, y sé que se me acaba el tiempo. Dios sabe cuánto rato he estado inconsciente. Es ahora o nunca. Lo peor que puede pasar es que acabe noqueada otra vez…, ¿verdad?

Me muevo de nuevo hasta que puedo bajar la mano y coger un zapato, luego me lo quito y me quedo quieta, respirando hondo.

«Ahora o nunca, Roxy».

Dejo caer la cabeza hacia un lado, abro los ojos y los clavo en el tío a mi lado que está mirando por la ventanilla. Gira la cabeza, sin duda sintiendo mi movimiento, así que actúo. Oigo un grito, pero lo ignoro, rezando para que me necesiten viva más de lo que quieren dispararme.

Lo golpeo con el tacón, aferrando el zapato con fuerza. Se lo clavo en el pecho y en el cuello, y cuando gira la cabeza para mirarme con los ojos muy abiertos, se lo clavo en un ojo. Se le queda en la cuenca mientras grita. El coche zigzaguea de lado a lado.

—Agarradla —oigo gritar desde delante.

Extiendo la mano por encima del tío que está tratando de sacarse el tacón y cojo su pistola, su cuchillo y le desabrocho el cinturón de seguridad. Le doy una patada para abrir su puerta y lo empujo fuera. Grita cuando golpea el pavimento, y le lanzo un beso antes de girarme para ver a los dos hombres de delante.

El del asiento del copiloto maldice mientras trata de preparar una jeringuilla. Luego intenta alcanzarme desde delante. Que se joda. Me muevo con la pistola y aprieto el gatillo accidentalmente, miro con los ojos muy abiertos cómo grita el hombre del asiento delantero al alcanzarle en la pierna.

—Ups, perdón —me disculpo, mientras le agarro la cabeza. Entonces uso el cuchillo para cortarle la garganta. No me doy tiempo para pensar en lo que estoy haciendo. Estoy en modo supervivencia, son ellos o yo. En esta vida que ahora vivo, la sangre siempre acaba cubriéndome las manos. O te ensucias o mueres.

Ahora solo queda el conductor. Maldice mientras saca su pistola, harto de mí, con una mano en el volante. Al mirar por la parabrisas, veo que estamos en una autovía, y está transitada, lo que ayuda, porque tenemos que ir despacio. Probablemente a cuarenta kilómetros por hora. Mierda, esto va a doler.

Cojo la pistola, le apunto a la cabeza y disparo. Se desploma hacia delante mientras me empiezan a pitar los oídos por el disparo. Gimiendo, me deslizo entre los asientos y agarro el volante, inclinada

sobre su cuerpo para tratar de desviarnos alrededor de los otros coches, pero no puedo conseguir el ángulo correcto. Chocamos contra el final de una furgoneta, y empezamos girar. Me agarro gritando mientras giramos y giramos, cuando nos detenemos tengo el estómago revuelto.

Todo queda en silencio por un momento mientras caigo al asiento trasero. De repente llega el ruido. Un coche nos golpea por un costado y nos empuja hacia la barrera central. Impactamos contra ella y volcamos. Pasa en unos segundos, pero me parecen una eternidad mientras ruedo por el coche. Logro agarrarme al asiento, y cuando finalmente aterrizo sobre el techo, caigo sobre él con un crujido.

Me miro, gimiendo. Hostia puta.

¡Estoy bien! Joder, esto ha sido puta suerte. La puerta trasera está deformada y no se abre, así que le empiezo a darle patadas, apoyándome en el techo e impulsándome con toda mis fuerzas. Se abre después de la cuarta patada, y me arrastro sobre el cristal roto por la carretera, cortándome las manos y los brazos. Me pongo de pie tambaleándome y me apoyo en el coche. Este lado de la carretera no está tan transitada, y la gente que pasa me está mirando boquiabierta. Un coche incluso se detiene. Pero no puedo oír nada.

Me zumban los oídos, mi cuerpo está a punto de colapsar, y me duele tanto la cabeza que tengo que girarme y vomitar. Joder, estoy peor de lo que pensaba. Me tambaleo hacia delante, lejos del coche, por si explota o alguna mierda así, me muevo hacia los carriles, pero siento el cuerpo deshecho. No puedo evitar caer de rodillas. No sé si es por el *shock* o por una lesión, pero no oigo nada, y mi visión empieza a nublarse.

«¡Muévete, Roxy, muévete!».

Pero no puedo.

El pánico me envuelve, despejando parte del entumecimiento que amenaza con tragarme entera, pero no es suficiente. Un ruido capta mi atención a través de la bruma, y giro la cabeza. Dos coches negros se han detenido cerca del que ha quedado destrozado. Unos hombres salen de él y vienen directamente hacia mí.

Hay más de los que jamás podré manejar, pero eso no significa que vaya a caer sin luchar. Me tambaleo sobre los pies, recojo un trozo de cristal roto con los dedos entumecidos; es lo más cercano que tengo a un arma.

—¡Venid, capullos! —No sé si lo grito en voz alta o solo en mi cabeza, pero lo hacen.

Vienen directamente hacia mí.

Trato de apuñalarlos con el cristal, pero me siento pesada, mi cuerpo es demasiado lento. Apartan mi brazo con un golpe, y noto un espasmo en los dedos, lo que me hace soltar el cristal. Pateo, suelto golpes, pero es como si mis movimientos fueran apáticos, demasiado pausados para hacer contacto, y son demasiados enemigos.

Esto me va a doler mucho. Lo sé. Así que me preparo para ello, esperando dolor, pero es rápido, apenas un pinchazo, y cuando giro la cabeza, veo la jeringuilla que están retirando ya. Los muy cabrones han hecho trampa.

Al menos, no me han golpeado en la cara otra vez.



44
RYDER

—Deberíamos mirar las cifras y compararlas… —Salgo de la reunión, preguntándome qué estará tramando Roxy. Le he prometido que tardaría una hora, pero ya ha pasado hora y media. Tendré que encontrar la manera de compensarla. Casi sonrío, pensando en todas las formas posibles, cada una la implica a ella desnuda y corriéndose bajo mi lengua.

Mi teléfono vibra por enésima vez, así que giro la silla y lo compruebo discretamente. Esta reunión es importante y, si sale bien, nos expandiremos a otras ciudades, tanto legítimamente como de otra forma.

Desconocido: «Roxy ha desaparecido».
Desconocido: «La tienen, Ry».

Dos mensajes, dos putos mensajes destruyen mi mundo. Una furia como nunca antes había sentido me atraviesa. El hielo que he cultivado durante tanto tiempo se resquebraja, y la lava fluye, quemándolo todo a su paso.

¿Se han llevado a mi chica?

«¿A nuestra chica?».

Me pongo de pie, ignoro las preguntas que me hacen y salgo de la sala de conferencias con el teléfono pegado a la oreja.

—Cuéntamelo todo. —Escucho las explicaciones de Garrett, con voz tensa y enfadada. Oigo de fondo a Diesel gritando, y luego disparos.

—Seguimos el rastro de cuerpos hasta un aparcamiento y vimos las huellas de neumáticos. Debieron de cogerla allí. —Se queda callado un momento mientras bajo las escaleras del edificio de dos en dos—. Ry, joder, les ha dado mucha guerra, hay cadáveres por todas partes.

—Garrett —gruñe Diesel, y hay un momento de silencio antes de que Garrett suelte una maldición.

—¿Qué? —Exijo.

—Ten cuidado con lo que te voy a mandar —gruñe.

Aparto el teléfono y me detengo en las escaleras, con la mano agarrada a la barandilla mientras se carga el vídeo. Lo veo una vez, luego dos. Ese pozo en mi estómago crece, esos demonios escapan hasta que no soy más que un hombre poseído.

Le han hecho daño.

La veo salir a rastras de entre los restos del coche, mientras las cámaras de seguridad de la autopista la enfocan. Se aleja dando tumbos, chorreando sangre por la cabeza, las manos y los brazos. Solo lleva un zapato y tiene la cara pálida y los ojos borrosos cuando cae de rodillas. Luego se le echan encima, ella sigue luchando, intentando derribarlos. Esa es mi chica, luchadora hasta el final, pero no ve venir la aguja.

La veo caer y, esta vez, la recogen y la llevan de vuelta a los coches. Después, desaparecen. Con la respiración agitada y los músculos temblorosos por la necesidad de matar gente, me pongo el teléfono en la oreja.

—Rastrea esos coches.

—El nuevo amigo de Diesel ya está en ello. —Se aparta el teléfono de la boca—. D, no podrá trabajar si sigues apuñalándole —suelta, y vuelve a la carga—. No logramos contactar con Kenzo, no tiene señal en el sótano de Diamonds. ¿Vas a por él?

—Ya estoy en ello —gruño, y la línea se queda en silencio—. Garrett, los mataremos.

—Eso es jodidamente una promesa —replica—. Cualquiera que la haya tocado tendrá una muerte horrible. Y a los de la Tríada vamos a quemarlos vivos por llevarse a nuestra chica.

Cuelgo y envío un mensaje a mi chófer y a los guardias que me

esperan abajo, así que cuando llego al vestíbulo, ya están aguardando. El coche está fuera y me subo con rapidez.

—Al Diamonds, ahora —exijo.

Lo primero es lo primero, recoger a mi hermano. Luego, son hombres muertos.

Temían a mi padre, pero deberían temerme más a mí. Roxanne es mía, es nuestra dueña, y nos han quitado lo único por lo que haríamos cualquier cosa para proteger. Han dado una patada al maldito nido de víboras, así que ahora recibirán nuestros colmillos. En la ciudad correrá sangre antes de que termine la noche, y cuando los encuentre, les haré gritar por cada dedo que le hayan puesto encima.

Marco el número del restaurante de la Tríada, sabiendo que contestarán, que lo entenderán.

—Os habéis llevado algo mío, algo precioso. —Es inútil negarlo, ya saben lo que tienen, es lo único que la mantiene con vida ahora mismo—. Voy a hacer que las calles se tiñan de rojo con la sangre de vuestra gente hasta que la recupere, y después voy a matarlos a todos. Empezando por vuestras familias, vuestras esposas, vuestros hijos e hijas, incluso vuestros padres. Solo entonces, cuando todo esté ardiendo y destruido a vuestro alrededor, os mataré. Os habéis equivocado de enemigo. —Después de dejar el mensaje, cuelgo.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Repito la serie una y otra vez, intentando mantener la calma, pero no puedo. No funciona. A la mierda la calma. Lo único que veo es a Roxy, la sonrisa en su cara antes de que se desvanezca y aparezca esa mirada inexpresiva y asustada que tenía en la autopista.

La ciudad está a punto de entrar en guerra.

Y antes de que salga el sol mañana, solo quedará una familia.

La nuestra.



Aparco delante de Diamonds y espero mientras avisan a Kenzo. Se sienta en el coche a mi lado y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta enseguida, sacando el móvil antes de que lo detenga.

—Se la han llevado. —Mi voz es fría, no refleja el infierno que me quema por dentro. ¿Cómo puedo parecer tan tranquilo cuando estoy tan jodidamente enfadado… y asustado? Temo perderla. Tengo miedo a que lo mejor que me ha pasado desaparezca antes de que pueda decírselo. Miedo a perder a mi amor.

—¿Qué? —pregunta frunciendo el ceño y mirándome por encima.

—A Roxxane, se la han llevado —digo ronco.

Se queda paralizado y baja la cabeza para mirar su móvil; se desplaza por los mensajes.

—¿Qué? —jadea—. No. —Niega con la cabeza mientras nos alejamos de la acera.

—Sí, lo han hecho.

Entonces se vuelve hacia mí, con los ojos llenos de indignación y un gruñido en los labios

—¿Cómo puedes estar tan jodidamente tranquilo? —grita, y luego se lanza sobre mí. Siempre tiene sus emociones a flor de piel. Le agarro la cabeza con las manos y aprieto mi frente contra la suya mientras forcejea y maldice.

—Hermano, mírame —susurro, pero él sigue resistiéndose, así que le agarro con más fuerza—. ¡Mírame! —ordeno, con mis manos temblando contra su piel. Deja de luchar y me mira fijamente. Su mirada dice que está perdido, asustado, como yo—. La recuperaremos, te lo prometo —susurro—. No estoy tranquilo, estoy cualquier cosa menos eso, pero tengo que mantener la calma. Por ti, por ella. Ahora más que nunca, Roxxane nos necesita, y tenemos que controlar esto, tenemos que encontrarlos. Venirse abajo no ayudará ahora. Necesitamos usar cada maldita pizca de nuestro poder e intelecto.

—¿Me lo prometes? —suplica, buscándome los ojos como solía hacer cuando era niño y tenía miedo, cuando juré protegerle. Ahora hago lo mismo, protegerle, es mi trabajo. Porque, sinceramente, no sé si llegaremos a tiempo, y eso me pone enfermo, tanto que quiero vomitar, pues sé lo que le harán.

Cada minuto cuenta, pero si necesita mis mentiras para funcionar,

que las tenga.

—Lo prometo, la recuperaremos, y luego mataremos hasta el último de ellos —juro.

Entrecierra los ojos un instante, sus largas pestañas lo ocultan de mí, mientras un suspiro tembloroso sale de sus labios. Cuando los vuelve a abrir, su mirada es dura, fría, como la mía. Me entristece, pero lo comprendo.

—No puedo perderla —admite, y su voz hace que me duela el corazón. Ojalá pudiera protegerle de esto. Ojalá pudiera ocultarle esto como todo lo demás.

—Lo sé. No lo haremos. Te necesito, ella te necesita —digo, y él asiente.

—Los mataremos a todos —acepta, mortalmente tranquilo. Está sintiendo el tipo de tranquilidad en la que sientes demasiado y acabas entumecido. Ahora no es más que un Viper.

Una serpiente de sangre fría dispuesta a atacar.

En sus ojos, me veo a mí mismo y veo nuestro futuro, porque si la perdemos, hasta duele pensarlo, no habrá vuelta atrás. Dejaremos de existir como somos ahora. Toda la risa y el amor desaparecerán hasta que no quede nada, nada más que nuestro veneno.

Se aleja y yo le dejo, ocultándole mis manos temblorosas. Necesita mi fuerza, no mi debilidad. Porque eso es lo que ella es, nuestra debilidad, pero no saben que también es nuestro corazón, nuestra fuerza, la razón por la que luchamos ahora.

—¿Cuál será nuestro primer movimiento? —pregunta con la voz apagada.

Me quedo mirando por la ventanilla, con una sonrisa cruel curvando mis labios.

—Les daremos caza por toda la ciudad, empezando por abajo. Coge el arma, esto se va a poner sangriento.



45
DIESEL

—Necesitas calmarte, ya has matado a cuatro personas —suelta Garrett, pero a pesar de sus palabras, tiene los puños cerrados y su cuerpo vibra con intención letal. No soy el único que lucha por nuestra chica desaparecida.

Mi pajarito.

Mía.

Y se la ha llevado.

Pintaré esta ciudad de rojo. Voy a matar a todo el mundo y vestiré su piel para encontrarla. ¡Ella es mía!

—Se lo tenían merecido —me encojo de hombros, limpiándome la sangre de las manos.

—¿También el último tío? —se burla, y le miro con una sonrisa que a él le duele ver—. D… —suspira—. Solo preguntó qué podía hacer para ayudar.

—No me gustó su actitud —resoplo, y siento que me mira con intensidad.

—La recuperaremos, D, pero tienes que aguantar, ¿vale?

—La recuperaremos —asiento con calma y vuelvo a mirarle, sonriendo—. Voy a arrancarles el corazón del pecho para dárselo a ella.

—Ese es… el espíritu —se ríe entre dientes—. Estos putos idiotas no saben lo que han desatado.

—No eres quién para hablar —sonrío más—. ¿Por qué le partiste la cara al guardia de seguridad del apartamento?

Entonces frunce el ceño.

—Los dejó salir. Menudo idiota.

—Está en la UCI —le señalo con alegría, aunque por dentro ardo. Como siempre, el fuego me destroza en el interior, pero estas llamas crecen más que nunca sin mi pajarito para ayudar a controlarlas. Gritan pidiendo sangre, muerte, y estoy más nervioso que de costumbre. No sé qué es correcto ni incorrecto…, ni siquiera para mí.

Garrett tiene razón, ya estoy trazando un camino sangriento por la ciudad, pero no me importa. Cuando cazaba al asesino de mi madre, los cuerpos se acumulaban, y no la quería tanto. Pero mi pajarito es mi mundo. Mi puto corazón negro y palpitante es suyo y ella es mía.

«Mía».

Y se la han llevado.

La carnicería será inimaginable. Me llamarán asesino en serie. Todos me temerán, pero no me importa, mientras ella esté de vuelta en mis brazos antes de que termine la noche. Cuando he visto los cuerpos de sus guardias en el coche y su sangre en el asiento trasero…, joder.

Me ha recorrido un pánico como nunca había sentido. Nadie puede hacerle daño ni oír sus gritos, salvo yo.

Ella ha luchado contra ellos, claro que sí. Es una luchadora, una Viper. Los ha matado y habría acabado con todos si hubiese podido. Pero no ha sido así, por que lo haré por ella. Pondré sus cuerpos a sus pies por haberla herido. Y después…

Después tendrá que sobrevivirme a mí.

Porque estoy desatado.



Nos encontramos con Ryder y Kenzo en el almacén. Ellos también han estado ocupados. La brisa marina llega hasta nosotros, justo detrás del muelle. Hay tiendas no muy lejos, pero dentro del almacén existe un mundo completamente distinto. La seguridad reina por todas partes, estamos todos juntos.

Y estamos furiosos.

Y sedientos de sangre.

Arrodillados ante mis hermanos hay ocho hombres, que sin duda trabajan para la Tríada. No pregunto cómo los han encontrado tan rápido porque no me importa. Ya puedo imaginar sus gritos, sus huesos rompiéndose en mis manos. Ansío su dolor, saciar al monstruo que crece dentro de mí hasta que ponga mis manos sobre los cabrones que se la llevaron. Pero Ryder me detiene mientras avanzo mirándolos con asco.

—La Tríada se ha llevado algo nuestro, y no pararemos hasta recuperarlo. Cualquiera que tenga información debe hablar ahora. Todos sabéis algo, trabajáis para ellos. —Espera, y los hombres se mueven nerviosos, sin querer traicionar a sus jefes. Ryder pierde la paciencia.

Normalmente dejaría que Garrett o yo hiciéramos el trabajo sucio, no porque le tenga miedo a la sangre, sino porque eso colabora en su imagen de líder precavido. Pero ahora…, saca la pistola y dispara de repente, matando al hombre de la izquierda de un tiro en la cabeza sin pestañear, con la cara fría. Los hombres arrodillados se apartan, algunos gritando, otros llorando.

—Os mataré uno a uno hasta que sepa lo que quiero, y si ninguno sabe nada, seguiré con otros. No necesito que viváis; os mataré a todos. Así que lo preguntaré de nuevo, ¿alguna información?

—¡Dios mío! —solloza uno, y Ryder le dispara a él también.

Quedan seis.

Los rodeo caminando, burlándome, pateándolos, pues necesito sentir su dolor, quiero hacer que sufran.

Me agacho detrás de uno, y acaricio su cabello sudoroso.

—Voy a decirte algo: puede que yo esté loco, pero él está peor —le susurro, mientras miro a Ryder y Kenzo. Normalmente, Kenzo estaría sonriendo, haciendo de chico bueno y ocultando al Viper que lleva dentro.

Puede que sea suave y romántico con Roxy, pero solo con ella.

Y ella no está aquí.

La furia de los Vipers está desatada en él. Su rostro está oscuro, lleno de rabia, se ha quitado el traje, y mueve rápidamente los dados entre sus dedos mientras tiembla por las ganas de hacer algo.

Cualquier cosa. Lo sé porque yo también me siento así. Garrett está igual, recorre el almacén con el teléfono, sin duda buscando cualquier cosa o persona que podamos usar.

—Por favor —gime, temblando de miedo, con el sudor chorreándole—. No sé nada, solo soy un repartidor…

Le parto el cuello de un golpe y me pongo de pie mientras Ryder frunce el ceño, pero sabe que no puede pararme. En especial cuando ella está en juego, mi pajarito.

Solo pensar en ella me hace girar y agarrar al hombre más cercano. Le rujo en la cara, grito. Él aúlla intentando escapar, pero no le sirve de nada. Necesito sangre. Necesito dolor.

Ahora.

Todo es un borrón, pero cuando vuelvo en mí, jadeo y mi cuerpo tiembla de adrenalina. Levanto las manos y noto que están cubiertas de sangre, al igual que mis brazos. La siento caer por mi cara, y a mis pies está el cadáver destrozado del hombre. Es un puto desastre.

Miro a los demás hombres, que gritan; uno incluso se ha hecho pis encima, el olor llena el aire mientras me acerco.

—D, basta —gruñe Ryder.

Lo fulmino con la mirada, pero él entorna los ojos. Garrett se acerca, observando por si acaso tiene que sujetarme. No sería la primera vez que lo hace. Hasta que llegó mi pajarito, hacía las cosas a mi manera. Solo obedecía cuando me convenía.

Pero ella me tiene enredado en su dedo meñique. Una sonrisa, un puñetazo, y soy suyo. Su animal. Su matón.

—¡Diesel! —ruge, y yo me aparto, aunque no muy lejos.

—¿Alguien…? —Se escucha un movimiento, y Ryder suspira, apunta otra vez.

—¡Espera, espera! ¡Sé algo! —suplica el hombre a gritos.

Ryder se detiene, se acerca y presiona la pistola contra su cabeza mientras yo río.

—Habla, más vale que nos lo cuentes todo —sonrío.

—Han ido a una de vuestros pisos franco, la tienen ahí, eso es todo lo que sé, lo juro. ¡Lo oí! —solloza.

Garrett gruñe y golpea un soporte de cemento, y le debe doler.

—Joder, tenemos un montón, ¿cuál cojones será? Tenemos que encontrar a Daphne y preguntarle. —Entonces se gira y, sin decir palabra, mata a todos los hombres mientras se acerca a mí—. ¿Cómo es que está viva? —se alza sobre mí, pero nunca le he temido.

—No lo sé —me encojo de hombros, digo la verdad—. Estuve jugando con ella un rato antes de quemar el edificio con ella dentro. Estaba atada.

—Joder —resopla—. Está ayudándoles, tenemos que ir a por ella.

—Primero Roxy, ella es lo único que importa —nos recuerda Ryder, y todos lo miramos—. Tenemos que saber en qué piso franco está, llamad a todo el mundo. Encontradla.

Kenzo no habla, simplemente se da la vuelta y se va al coche donde nos espera. Miro los cadáveres.

—Deberíamos enviar un mensaje —susurro.

Ryder asiente.

—Hazlo. Quiero que esta ciudad se vuelva contra ellos. Que sepan que cualquiera que les ayude es nuestro enemigo y morirá como la rata que es. Cazad a todos los cabrones, que llueva sangre.

Entonces sonrío.

—¿Me vais a soltar?

Me mira mientras guarda la pistola.

—Puedes ser un salvaje. Haz que vengan a nuestra puerta suplicando perdón, mientras yo encuentro ese piso franco. Garrett, ve con él, necesitas soltar tensión. Avisaré a la policía para que no se cruce en nuestro camino —ordena, antes de mirar al coche en el que se ha metido Kenzo—. Kenzo y yo encontraremos la casa, la habremos localizado antes del amanecer. Preparados para movernos.

Miro entonces a Garrett, y hasta él parece preocupado.

—D… —empieza.

—Ya me has oído —me río—. Vamos a jugar.

—Joder —musita—. Esto promete.

«Por ti, pajarito, voy a por ti».



46
GARRETT

Veo a D jugar con el hombre. Mis propias manos están llenas de sangre, y hace tiempo que no noto el dolor en mis nudillos rotos. Ryder nos ha dado permiso, y no hemos necesitado que nos lo dijera dos veces.

Lo dejo salir todo: la agresividad, el odio. Todas mis emociones se vierten en la ciudad como una enfermedad, voy dejando un reguero de cadáveres detrás de mí. No deberían habernos desafiado nunca…, y llevarse a Roxy ha sido una puta estupidez.

Puede que antes les dejáramos marchar sin problemas. ¿Ahora? Ahora morirán con nuestros nombres en sus labios.

No dejo de pensar en ella, porque cuando lo hago, pierdo el control, y ahora mismo, este tío es de D, pero la idea de que ella sufra, de que esté asustada…, sola, hace que me invada tal furia que necesito matar algo, cualquier cosa.

Prometimos protegerla siempre.

Y mira lo que ha pasado. Nunca me perdonaré, ni esto ni el hecho de que todo es culpa mía. Si no me hubiera consumido mi odio por Daphne y el *shock* de verla viva, podría haber notado que me estaba usando para robarme el teléfono, para atraer a mi chica, pero no me he dado cuenta hasta que ha sido demasiado tarde, y este es el resultado. Soy el culpable.

Roxy ha venido a mí.

Y ahora yo iré a por ella, siempre. La salvaré y luego la maldeciré, haciéndola mía para siempre. Si he aprendido algo desde que supe

que había desaparecido, es que no puedo vivir sin ella. Ya no.

Ella se abrió paso bajo mi armadura, se deslizó debajo de mi piel destrozada hasta llegar al luchador, al asesino retorcido que soy, y ahora la ama; ha conseguido que la ame. Ahora, ella es mi razón para respirar, para luchar contra mis demonios cada maldito día. D ríe, arrancándome de mis pensamientos sombríos.

El hombre se arrastra con lágrimas en sus ojos. Tiene las piernas rotas en millones de lugares, y se arrastra con ellas inútilmente. La estela de sangre que deja casi me hace reír. Se arrastra mientras D ríe más fuerte, sosteniendo el martillo con el que le ha roto las piernas.

—¿Dónde está? —grita, y entonces le golpea la espalda con el martillo. Lo miro, dejando que saque todo su odio. Pero el hombre muere chillando de dolor, sin darnos información. Así que pasamos al siguiente.

Antes de poder seguir, recibo una llamada de Cherry. Le debe una a Roxy, y ya nos había mencionado a algunos miembros de la Tríada, así que le he dicho que se pusiera manos a la obra.

—¿Qué? —respondo gruñendo.

—Están muertos, los tres hombres que vinieron aquí. No sabían mucho, pero mencionaron algo sobre los hombres que asignaste para seguir a tu ex…, están muertos. —Joder, por eso no podemos contactar con ellos, y nos lleva en otro callejón sin salida.

—Gracias, Cherry. ¿Quieres que mande a limpiar? —pregunto, intentando ser amable.

—No, nosotros nos encargamos, tú recupera a Roxy —exige, colgando.

Nos montamos de un salto en las motos y salimos a toda velocidad para empezar a serpentear entre el tráfico. Necesito esa adrenalina, ese subidón, y que el viento me lleve lejos un momento, pero cuando llegamos al siguiente edificio, un pequeño supermercado, todo vuelve a mí.

Tengo que sacarlo todo o me carcomerá y no habrá vuelta atrás. Me quito el casco de un tirón, paso la pierna y miro a D.

—Este es mío —gruño.

Asiente, pero me sigue dentro, y voy directo al mostrador. El

hombre levanta la vista del periódico, y palidece al verme. Se aleja a trompicones mientras D empieza a destrozar la tienda a mi espalda, lanzando cosas por todas partes, dejando salir sus propios demonios.

—¡Dios! —El tipo agarra un bate de debajo del mostrador e intenta golpearme. Lo detengo en el aire y se lo arranco de las manos, para partirlo sobre mi rodilla, antes de agarrarlo por el cuello de la camisa y arrastrarlo por encima del mostrador. Grita y se sacude mientras lo tiro al suelo. Empieza a levantarse con dificultad, así que le aplasto la espalda con la bota contra el suelo, pero no es suficiente.

Nunca será suficiente hasta que ella esté de vuelta en mis brazos.

—Sabes por qué estamos aquí —gruño.

—¡Dios, por favor, por favor, no trabajo para ellos desde hace años!

—Una vez pecador, siempre pecador —resoplo. Le piso la espalda y luego lo levanto, manteniéndolo en el aire sin esfuerzo. Él me lanza un cuchillo que ha sacado de alguna parte, y frunzo el ceño mientras miro la pequeña arma que me ha clavado en el costado antes de mirarle fijamente.

Su ira se disuelve mientras sonrío. Le doy puñetazos repetidamente en la cara antes de lanzarlo contra el mostrador y continuar la paliza. No puedo parar. Dejo salir toda la rabia, me crujen los nudillos mientras su rostro se abre, pero aún no es suficiente.

Mi demonio pide más hasta que un ruido me llama la atención. Giro la cabeza de golpe, con el pecho jadeante, y me encuentro la mirada del hombre escondido en la trastienda. Nos estudiamos un momento antes de que el dueño intente coger de nuevo el cuchillo de mi costado.

Vuelvo a golpearle la cara mientras intenta bloquearme, defenderse, pero soy demasiado fuerte.

Estoy partiéndole la cara mientras D ríe.

—Oh, tienen Mars, me encanta los helados de Mars —grita, y cuando lo miro, está sentado en el congelador, comiendo un helado.

Justo entonces, mientras no lo miro, el hombre sale de la

trastienda y corre a mi lado.

—D, detenle —gruño.

Suspira, pero mueve la pierna. Le pone la zancadilla al hombre antes de volver a comer el helado, balanceando las piernas alegremente como un puto niño.

El hombre que tengo contra el mostrador ya no se mueve, así que me giro hacia el otro, que gime en el suelo. Lo cojo por la cabeza, lo arrastro hasta ponerlo de pie y acerco mi cara a la suya.

—Avísales, diles que vamos a por ellos, que sepan que toda la ciudad se teñirá de rojo con la sangre de quien les haya ayudado, trabajado para ellos o los conozca. Todos morirán, por su culpa.

Lo suelto y me alejo.

El joven se vuelve a mirarme antes de dar un paso atrás, como si no me creyera.

—¡Vete! —grito.

Se da la vuelta y sale pitando. Me quito el cuchillo de mi costado, se lo lanzo y le doy en el hombro. Cae con un grito.

—Más te vale correr antes de que cambie de opinión —aúllo, y él se levanta con la mano en el hombro herido, y desaparece, dejando un rastro de sangre.

D gime.

—Déjame cazarlo, mira qué bonito rastro.

—No, tú puedes ir a por el siguiente —gruño, volviéndome al otro hombre que está inmóvil. Me giro sonriente para mirar a D.

—Hemos acabado aquí, ha estado bien.

Asiente, lamiendo otro helado antes de ofrecérmelo. Resoplo, lo cojo y lo abro bruscamente. Me lo trago mientras él me mira.

—Y dicen que yo estoy loco —murmura, antes de enlazar su brazo con el mío—. ¿Dónde vamos ahora, grandullón? ¿A la tienda de ropa o al mercado?

—Al mercado —le contesto.

—Al mercado, entonces —ríe y tira el envoltorio. Pasa una mujer con el pelo gris, y él la agarra. La gira, le pone la mano en la garganta, y la veo gritar y patalear. Su cara se oscurece, necesita aire.

—Pajarito… —se da cuenta que no es Roxy y la lanza a un lado.

Ella cae de rodillas con un quejido, nos mira y sale huyendo.
Le doy una palmada en el hombro mientras le lanza una mirada.
—Pronto, hermano, pronto, solo aguanta.
—Vamos a matar a todos los cabrones —gruñe.



47
KENZO

Siento los ojos de Ryder sobre mí, percibo su preocupación, pero no puedo hablar para tranquilizarle porque no estoy bien. Estoy furioso con Roxy, con la Tríada y conmigo mismo. No debí dejarla. Esto no debería haber pasado. Prometimos protegerla, y ahora está en manos de nuestros enemigos y le están haciendo Dios sabe qué.

Es una superviviente, una luchadora, pero no debería tener que serlo.

Giro y golpeo la pared con el puño, observando con enfermiza satisfacción cómo el yeso se resquebraja. Al apartarme, me sacudo el dolor y me vuelvo hacia Ryder, que ha dejado de hablar para mirarme boquiabierto. Cuando me mira a los ojos, suspira y se da la vuelta.

—Quiero a todo el mundo ocupándose de esto. Vamos.

Tony sale corriendo, y Ryder me devuelve la mirada.

—Vamos a recuperarla, espera, hermanito.

—Pero ¿y si no podemos? —gruño mientras me paseo por la estancia con la mano ensangrentada, manchando el suelo a mi paso. Me da igual estropearlo.

—Lo haremos —insiste.

—¿Cómo lo sabes? —grito.

Él se interpone en mi camino, bloqueándome con su propia rabia.

—Kenzo, Roxxane es más fuerte que cualquiera de nosotros. Ya ha pasado por el infierno, puede sobrevivir a esto. Si alguien puede, es ella, y ahora tenemos que confiar en eso. Confiar en ella. Igual que

ella confiará en que iremos a buscarla. ¡No puedo hacerlo si pierdas el control! —grita y luego jadea mientras me mira con intensidad—. Te necesito, porque… —aparta la mirada— yo también estoy luchando. Necesito tu ayuda para recuperarla, Kenzo. Nada puede fallar. Podremos desatar un maldito infierno sobre ellos cuando la tengamos, pero hasta entonces, tenemos que mantenernos firmes. Por ella.

Miro a mi hermano, sin palabras. En sus ojos veo la verdad, el miedo, la rabia…, la necesidad. Nos necesita ahora, más que nunca, y ella también. Tiene razón, no puedo derrumbarme ahora, y menos cuando estamos tan cerca. Ojalá pudiera estar con Garrett y D, desahogándome un poco.

Ry aspira profundamente y sé que está contando porque, cuando termina, parece más tranquilo. Ojalá pudiera hacer eso.

—Ya están llegando llamadas de gente que trabajó para ellos hace años rogando por la paz, ofreciéndonos lo que queramos para que no los matemos. La ciudad lo sabe, y les está dando la espalda.

—Eso es bueno —asiento—. Pero ¿en qué piso franco están?

—Garrett revisó muchos el otro día, no puede ser uno de esos, así que tiene que ser uno de los que no registró —murmura pensando en voz alta. Es su turno de caminar de un lado para el otro. Se ha deshecho de la chaqueta y de la corbata, y se ha quitado la camisa. Se parece tanto a nuestro padre que asusta, salvo por los tatuajes. Nuestro padre nunca habría mancillado su cuerpo con tinta, decía que era cosas de pobres. —Tiene que ser uno de esos, pero ¿cuál? Necesitan espacio, no vecinos… —Le dejo pensar, sabiendo que llegará a una conclusión, que lo encontrará.

Siempre lo hace. Es un maldito genio. Si alguien puede resolver esto, es él. Confío en él, Roxy confía en él. Toda la carga está sobre sus hombros, pero como siempre, Ryder prospera con ella.

—Espacio…, espacio, mucho espacio. Joder, claro —se vuelve hacia mí, con los ojos iluminados—. El viejo hotel. Nunca vamos allí, está en un barrio decadente donde casi no hay ningún vecino. La policía nunca llega a ese lado de la ciudad por las putas bandas. Es el lugar perfecto.

—Mierda —susurro—. Tienes razón, sería el último sitio donde

buscaríamos. —Sobre todo porque fue de nuestro padre, y aunque no pudimos derribarlo, es bien sabido que todos lo odiamos. Ryder quería verlo pudrirse y consumirse, y ahora han llevado a nuestra chica allí.

Al lugar donde todo comenzó.

El lugar donde nuestro padre murió… a nuestras manos.

Se queda quieto, sin duda reviviendo aquella noche. Siento que los recuerdos me acechan también, intentando clavar sus garras en mi piel. Destellos de sangre, el rostro pálido y aterrorizado de Ryder diciéndome que huya…

Me estremezco, no quiero volver allí. Me niego a revivir el pasado y lo que hicimos, lo que tuvimos que hacer para sobrevivir. El viejo se lo merecía, y aunque Ryder cargue con la culpa de haber apretado el gatillo, yo fui quien le gritó que lo hiciera.

Y ahora volveremos allí.

—Llámalos. Atacaremos de noche. Sin supervivientes —gruñe Ryder, antes de girarse. Pongo la mano en su hombro.

—Esta noche no hay lugar para fantasmas, hermano. Lo que pasó entonces está en el pasado y es mejor olvidarlo. Ella necesita que estés mejor que nunca esta noche. No dejes que él gane otra vez —le animo, antes de sacar el teléfono y llamar a Garrett y Diesel.

Sé que Ryder lucha cada día con los pecados de su pasado, con las cosas que hizo para mantenerme a salvo. Quisiera poder quitarle esa carga, pero no puedo, y aquella noche… aquella noche cometió el peor crimen para salvar a su familia. Para salvarnos.

Es una de las muchas razones por las que nunca lo dejaré, ni lo traicionaré, ni le daré la espalda, ni siquiera cuando se muestra frío. Porque, bajo esa gruesa capa de hielo, está el chico que me quitó la pistola de las manos temblorosas cuando lo invadió miedo, que me siguió hasta el hotel de nuestro padre cuando planeaba matarlo…

El que apretó el gatillo cuando yo no pude.

—¿Hay algo? —gruñe Garrett, mientras suena algo parecido a una motosierra de fondo.

—Vuelve a casa, sabemos dónde está —le digo antes de colgar.

Los Vipers están listos para atacar. No quedará nada de la Tríada después de esto.

«Aguanta, cariño, ya vamos».



48
ROXY

—Joder, me cago en la puta.

Me duele la cabeza, me duele el cuerpo y siento un extraño zumbido en los oídos. Siento la boca seca, y mis ojos se niegan a abrirse. ¿Dónde diablos estoy? ¿Qué me ha pasado? Me estrujo el cerebro, buscando más allá de la niebla que lo nubla mientras ignoro el dolor lacerante. Es importante, lo sé…

Joder.

El choque.

Mierda, me tienen… ¿Dónde estoy? Siento que la sangre se me acumula en la cabeza, como cuando estás demasiado tiempo boca abajo. Aún me zumban los oídos, pero puedo oír, más allá de eso y de los latidos de mi corazón, un goteo que golpea lentamente las baldosas, una y otra vez. Aparte de eso, lo único que me llega es el susurro del viento aparentemente lejano… y luego el silencio.

«De acuerdo. Cálmate de una puta vez, Roxy. Lo primero es lo primero, abre los ojos y averigua dónde estás. Luego podrás escapar y matar a estos hijos de puta».

Voy a hacer que lloren llamando a sus madres…, en cuanto pueda abrir los ojos.

No dejo que el pánico se instale ni que se apodere de mí, no servirá de nada. Esto es a vida o muerte, y tengo que salir de aquí antes de que vuelvan. Sé que su regreso solo significará una tortura hasta que acaben conmigo, y entonces me meterán una bala en la cabeza. Me niego a morir así. Moriré como viví, con una cerveza en

la mano y cabalgando una polla.

Por fin consigo abrir los ojos. Se me llenan de lágrimas y tengo que parpadear varias veces para despejarlos. Cuando lo hago, frunzo el ceño, confundida, intentando comprender lo que veo.

¿Estoy al revés?

Mi cabello cae por los suelos, empapándose de la sangre de un charco que crece rápidamente. El suelo es de moqueta, de un blanco sucio. Levanto la cabeza con un gemido audible y echo un vistazo al resto de la habitación. La moqueta se extiende hasta un suelo de cemento y las paredes están pintadas de color hueso. A la derecha, hay lo que parece una caldera, y el resto de la habitación está casi vacía, salvo algunas revistas de desnudos pegadas a la pared en la esquina, con una vieja silla de madera apoyada al lado.

La chica tiene buenas tetas.

«Mierda, concéntrate, Rox».

Hay un olor raro a humedad en la habitación, y huele a moho como si llevara cerrada un tiempo. Tampoco veo ventanas por ningún lado. Joder. Levanto la cabeza un poco, tensando la espalda, y miro hacia el techo para ver que estoy, efectivamente, encadenada a él, que cuelgo como un jodido trozo de carne en una carnicería. Retuerzo las manos, que me han atado a la espalda, y noto que tengo los labios doloridos como si me los hubieran cubiertos con cinta aislante. ¡Qué cabrones!

No me extraña que me zumbe la cabeza, toda la sangre se me ha ido allí y empiezo a sentirme mareada. Me siento débil y no me queda más remedio que bajar la cabeza, lo que hace que mi cuerpo se balancee peligrosamente. Si me caigo ahora mismo me va a dar una rabia de la hostia, pero la cadena aguanta aunque cruje.

Vale, así que estoy atada boca abajo…, ¿ideas? Uf, me duele el cerebro. Entonces me acuerdo del cuchillo que llevaba en la espalda. Fuerzo las manos, tratando de sentir si está ahí, aunque los hombros me duelen por el movimiento, pero ya no está. Me lo han quitado. Vale, así que tampoco tengo armas. Podría seguir balanceándome, intentando romper la viga de la que cuelgo. El único problema es que podría partirme la cabeza contra el suelo o el techo se podría derrumbar, lo cual no parece una buena idea.

Seguro que a estas alturas los chicos ya saben que he desaparecido. Estarán cabreados, y Diesel estará muy furioso, pero no puedo esperar a que vengan a salvarme. Tengo que intentar salir de aquí por mis medios. Entonces, oigo pasos acercándose. Se me acelera la respiración, se me desboca el corazón mientras trago la bilis.

Vale, pase lo que pase, puedo con ello.

Una cerradura hace clic, se abre la puerta y tres hombres entran en la habitación. La puerta se cierra tras ellos con un portazo. Estoy encerrada con ellos. Genial. Debería parecer tranquila, preparada, pero como siempre, me pierde la boca.

—Buenas noches, gilipollas, ¿esto es una nueva perversión? Porque tengo que admitir que no me pone. Estoy húmeda, pero la verdad es que creo que me he meado un poco, así que no me lo tomaría como un punto a vuestro favor.

No responden, pero el del centro se acerca. Lleva un traje negro con los botones de arriba desabrochados. Su pelo negro y corto está peinado hacia un lado, y sus ojos castaños muestran tensión y cabreo. Tiene los labios fruncidos. Veo que el número «tres» empieza en su cuello y se extiende hacia el hombro. Los otros dos son claramente sus matones. El de la izquierda tiene la cabeza rapada, es corpulento. Está enfundado en unos vaqueros y una camiseta negros. Veo que lleva al menos tres pistolas encima, y parece que tiene más músculo que cerebro. El de la derecha luce una cresta morada, un *piercing* en la ceja izquierda y otro en la nariz, e incluso se ha puesto uno más en el labio. Sus ojos son azules y un poco salvajes cuando me sonríe. Su cuerpo es desgarbado y está cubierto de tatuajes, y no lleva camisa, solo unos pantalones de cuero.

—¿No te rozan? A mí me provocan un escozor horrible, ¿sabes? Sobre todo cuando empiezas a sudar mucho, y con cuero eso es todo el tiempo, ¿a qué sí? —le pregunto.

Su sonrisa se hace más amplia.

—Polvos de talco.

—Ah —digo en serio—. Tendré que probarlos, gracias.

—¡Basta! —ladra el del traje, atrayendo mi mirada hacia él.

—¿Qué? Solo estaba empezando. Deberías saber que una vez me libré de una multa hablando… Vale, fueron tres veces, pero ¿quién las cuenta? Luego está esa vez que estuve en una cárcel mexicana y…

Joder.

Mi cabeza gira de forma brusca por la bofetada que me dan, y me balanceo. Me escuece la mejilla, pero me río mientras detienen mi cuerpo que se tambalea, y me giran para que lo mire.

—¡Hostia, qué divertido, hazlo otra vez! ¡A ver hasta dónde me puedes lanzar balanceándome!

Me da otro revés, y esta vez doy vueltas, me va la bilis a la garganta, y la aguanto hasta que los veo otra vez, y entonces la escupo sobre ellos. Salpica sus zapatos y pantalones, y me río mientras algo me gotea por la mejilla.

—Joder, ha sido divertido. —Toso.

Grita, retrocediendo y mira sus zapatos antes brillantes con asco. El tío de la cresta se ríe, y le guiño un ojo.

—He pensado que te gustaría.

—Haz que se calle —gruñe el jefe, mientras levanta el pie mirándolo con repugnancia.

El otro hombre, el calvo, se acerca y me golpea el estómago con la culata de su pistola. Me quedo sin aire con un gruñido, y me balanceo hacia atrás y hacia delante mientras el dolor me atraviesa las tripas. Lo hace una y otra vez hasta que apenas puedo respirar, y mucho menos hablar. Siento que se me rompen las costillas, mierda. Así que cada vez que cojo aire me duele. Y el dolor se extiende a todo mi cuerpo.

Pero he sufrido cosas peores, así que en cuanto puedo respirar otra vez, suelto una risita dolorida.

—Ha estado bien. Aunque tengo que admitir que mi chico es un maestro de la tortura, y es mucho más creativo. ¿Dónde están los juguetes? ¿El miedo? Venga, tíos, podéis hacerlo mejor.

—Oh, eso vendrá después. —Cresta sonríe de una manera que me pone los pelos de punta.

—Roxxane, mírame —exige el del traje. Así que lo hago, y se acerca, cogiéndome del hombro y manteniéndome quieta mientras

inclina la cabeza hacia abajo para buscar mis ojos—. Te estoy dando una oportunidad para que nos lo cuentes todo. Sabemos que no quieres estar con ellos, que te secuestraron, pero podemos ayudarte. Solo dinos lo que necesitamos saber para matarlos, y entonces serás libre.

—Sí…, mira, me lo creería un poco más si no me tuvierais colgando como a un cerdo. Deberías empezar por eso, haberme perseguido y drogado tampoco sirve para convencerme, pero vuestra información está desactualizada, cariño, ahora soy una jodida Viper. —Lanzo mi cabeza hacia delante, estrellándola contra la suya.

Los cabezazos no son divertidos.

Los cabezazos duelen, joder.

Se tambalea hacia atrás con un aullido. Noto que tiene la nariz rota mientras el dolor se extiende por mi cabeza.

—Joder, tío, tienes el cráneo duro —gimo, cerrando los ojos un segundo.

Cuando los abro otra vez, se está taponando la sangre de la nariz, con una mirada furiosa.

—Andrew, es tuya. Sácale todo lo que necesito saber y luego mátala —ordena, antes de darse la vuelta y abrir la puerta de un tirón.

El calvo le sigue y hace clic al cerrarse, el pestillo se desliza en su sitio. Andrew, el tío de la cresta, se acerca, haciendo crujir los nudillos mientras me sonríe.

—Esto va a ser divertido.

Suspiro.

—¿Andrew, en serio? Esperaba algún nombre molón. ¿Tu mamá sabe que estás aquí? ¿Necesitas su permiso?

Su sonrisa se hace más grande, y luego lanza el puño a mi cara y todo se vuelve negro.



Cuando me despierto, estoy atada a una silla de madera. Miro hacia

abajo con un gemido. Tengo las manos atadas a los brazos de la silla y también me han sujetado las piernas. Cabrones. El alambre de espino que han usado para retenerme se me clava en las muñecas y tobillos cuando me muevo, tratando de liberarme.

Bueno, esto es nuevo. Me quedo quieta y levanto la cabeza; la saliva y la sangre me gotean por la barbilla. Es como si tuviera una banda de música en el cráneo, me molestan los hombros y la espalda por haber estado colgada boca abajo, y siento los pulmones apretados y las costillas me crujen cada vez que tomo aire.

Andrew no está por aquí, probablemente habrá ido a algún sitio para hacerse una paja, así que cierro los ojos un momento, y jadeo para intentar soportar el dolor. Los minutos se desvanecen mientras mi mente divaga. Es curioso cómo cuando se acerca el final, empiezas a pensar en el principio.

Mi vida nunca ha sido fácil, pero tengo que admitir que no pensé que acabaría así. De todas las maneras en que pensé que moriría, esta nunca fue una de ellas. Pero así es la vida, no te debe una puta mierda.

No te debe ni la propia existencia, tienes que luchar por ella para aguantar y sobrevivir. Y lo hice.

El trayecto está lleno de momentos, de caminos serpenteantes y giros inesperados. Cada persona que sale a tu encuentro te ofrece un mundo nuevo, un lugar diferente y sentimientos, no siempre buenos, y de cada una tenemos la oportunidad de aprender. Aceptar esas lecciones depende de nosotros. De mi padre aprendí a tolerar el dolor, a entender lo fuerte que es mi cuerpo, incluso cuando me lo rompió repetidamente, y por eso sé que puedo sobrevivir a esto. Cada persona me ha enseñado algo.

El amor…, el amor es duradero. El amor es ciego. El amor es caótico y tan perfecto que nos pasamos toda la vida buscándolo, incluso cuando pensamos que no lo hacemos. Supongo que yo tampoco lo hacía, pero lo encontré de todas modos en forma de cuatro criminales. Con unos corazones tan oscuros como sus almas.

La cuestión es que nunca traté de luchar contra ellos, no de verdad. Supongo que una parte de mí los reconoció, y aunque mi mente estaba confusa por la traición y la rabia, en el fondo,

encajamos como las piezas de un rompecabezas.

Diesel se dio cuenta de eso antes que cualquiera de nosotros. El resto vivíamos en la ignorancia, sin querer doblegarnos ni rompernos. Él no, destrozó los muros de mi interior, negándose a dejar que me escondiera de la verdad. Algunos podrían llamarle loco, pero quizá solo es un iluminado… y, vale, está un poco desquiciado.

Kenzo…, joder, Kenzo. Mi muerte acabará con él. Ya perdió a su madre, y tiene un corazón tan bondadoso, aunque no siempre se nota. Cuando ama, es con fuerza. Se entrega del todo.

Ryder se culpará a sí mismo. Piensa que su trabajo es proteger a todos, ver todo lo que viene, pero solo es una persona. Sin embargo, eso no le impedirá odiarse a sí mismo.

Garrett ya está tan al límite que esto podría empujarle por el borde. Mi ejecutor lleno de marcas se perderá en sus demonios hasta que lo maten.

Así que no, no puedo morir aquí, porque eso podría romperlos, hacerlos débiles, y entonces la Tríada podría matarlos. Me niego a ser la razón por la que mueran. Me niego a morir.

En cuanto me doy cuenta de eso, la calma se asienta en mis huesos. No voy a morir aquí, joder. Si voy a morir, será rodeada de mis hombres, con una pistola en la mano y una sonrisa en la cara. Necesito decirles que los amo.

Se abre la puerta, y Andrew entra tan tranquilo, seguido por el calvo. Joder, vale, es hora de la tortura. He sobrevivido a cosas peores, puedo soportar esto. Sigo diciéndome eso mientras echo la cabeza hacia atrás y les ofrezco una sonrisa.

—Hola, chicos, por cierto, mi palabra de seguridad es «burbujas».

—No necesitarás una palabra de seguridad —bromea el calvo.

—Seguro que eso se lo dices a todas las chicas, probablemente por eso no pasas de la primera cita. —Sonrío.

El de la cresta, Andrew, se ríe.

—No se equivoca.

El calvo se acerca a mí y me golpea con la pistola en el estómago, dejándome sin aire. Pero sonrío cuando por fin puedo respirar otra vez.

—Joder, chaval, ¿es que no sabes jugar? Tienes que empezar suave, calentarla primero. No puedes meter tu trasto de golpe sin más esperando que salga bien. —Miro a Andrew—. ¿Quién es el novato? ¿Lo paseas por ahí como una de esas mujeres con chihuahuas en el bolso?

Se echa a reír y mira al calvo, cuya cabeza se está poniendo roja. Observo con fascinación enfermiza cómo el rubor se extiende por su cabeza brillante.

—¿Te la enceras? O sea, ¿la abrillantas, como cuando pulen los suelos? Porque está jodidamente brillante…

Esta vez, me estrella la pistola en el hombro dolorido. Se me escapa un gruñido por la repentina explosión de dolor, y trato de encorvarme para protegerme. Aprendí cuando era joven que, al final, todo el mundo grita. Puede que eso los excite, pero sinceramente, la gente solo se queda callada en las películas. ¿Alguien se quedaría en silencio con un cuchillo en las tripas? No funciona así. Pero hay dos maneras de jugarlo: puedes dejar que te destruyan, que te rompan, o puedes usarlo contra ellos.

Darle la vuelta a la narrativa, ser inesperada.

Eso es lo que hago. Cuando puedo respirar sin llorar, le guiño un ojo.

—¿Tu polla también está calva?

Me estrella la pistola en el otro hombro, y siento un chasquido, puto cabrón.

—¡Puto capullo calvo de los cojones! —gruño—. Esa no es manera de tratar a una dama.

—¡No eres ninguna dama, puta, eres una muerta andante!

Se queda en silencio entonces, y miro a Andrew.

—Esto es súper incómodo, porque no estoy andando. ¿Crees que saca todas esas frases de películas de acción cutres?

Esta vez Andrew le para.

—Franny, basta —le espeta—. Es mía, tú solo estás aquí para la fuerza bruta.

Contengo la risa todo lo que puedo, que son unos treinta segundos, luego me río tan fuerte que se me escapa un poco de pis.

—¡Oh, Dios mío, te llamas Franny! ¡Hostia puta, no me extraña

que tengas problemas de ira, ¡pobre Franny! —aúllo.

El calvo gruñe y viene hacia mí, pero Andrew lo bloquea y, por un momento, veo por qué es el torturador. La rabia parpadea en su cara, y parece crecer. El calvo, alias Franny, retrocede, aunque maldice mientras se da la vuelta, y entonces Andrew se relaja, se recuesta otra vez y sonríe como si no tuviera ni una preocupación en el mundo.

Pero ya he visto lo que esconde debajo. Al verdadero Andrew, le gusta el dolor, le gusta el castigo, esto va a ser… jodidamente horrible.

Andrew se da la vuelta y se encoge de hombros.

—Pórtate bien, podría matarte.

—Ya, pero eso no va a funcionar. Me han estado diciendo que me porte bien desde que era una cría, y mira dónde estoy. —Me encojo de hombros, de una manera muy inocente, mientras va hacia una bandeja y coloca su equipo—. Cuéntame, ¿cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Oh, unos años —responde, mientras coge un bisturí.

—¿Tienes muchos clientes? —pregunto tranquilamente.

Se coloca delante de mí con una sonrisa cruel.

—Eres rara, ¿lo sabías? Bah, no importa, todos tenéis la sangre roja.

—¿No sería cojonudo que mi sangre saliera azul ahora mismo? —Me río, pero la risa se convierte en un gemido. Aprieto los dientes mientras me corta la cara, un corte ligero, pero lo suficiente como para que sienta que la sangre me gotea por la mejilla—. ¡Hijo de puta, esa es la que me da de comer, chaval!

—Disculpa. —Asiente y arrastra la hoja por mi brazo—. ¿Mejor así?

—Mucho mejor, gracias. Pero no me jodas los tatuajes, o Garrett se va a cabrear, y la última vez que tuvo que tatuarme…, bueno, digamos que fue un final feliz para todos.

Andrew sonríe.

—Por supuesto. —Empieza a deslizar el cuchillo por la parte de arriba de mis pies, y suelto un gritito que hace reír al calvo.

—Eh, Franny, ¿crees que tu madre te llamó así porque eres una nenaza? —grito sin aliento.

Andrew sube entonces el nivel. Cuando me corta el estómago, no tengo tiempo para hablar, todo lo que puedo hacer durante el siguiente rato es respirar y gritar. Cuando retrocede, tengo la cabeza colgando mientras lucho por contener las lágrimas, así que siendo la zorra loca que soy, retuerzo la muñeca en el alambre de espino, cortándomela para que el dolor empuje hacia atrás las ganas de llorar.

Pueden tener mis gritos, nada más.

Cuando me recupero un poco, levanto la cabeza y escupo sangre al calvo y me río.

—Ha sido divertido, ¿qué viene ahora?

—¿Dime cómo entrar en su apartamento? —pregunta Andrew. Ah, así que no saben tanto.

—No lo sé, les gusta vendarme los ojos, son unos cabrones pervertidos. —Sonrío.

Me apuñala otra vez, y gimo, pero respiro como puedo, la agonía me recorre por dentro ahora. Mierda, mierda, mierda. «No te desmayes, joder, Roxy». Cuando siento que no voy a hacerlo, le sonrío, sintiendo los labios un poco entumecidos.

—¿Puedo llamar a un amigo para responderte?

Suspira y limpia la hoja.

—Vamos, Roxy, sería una pena desperdiciar a una mujer así. Dime lo que necesito saber. Cuéntame lo que sabes sobre los Vipers.

—Sí, voy a pasar de eso. No pases por la casilla de salida, no cobres tu dinero, imbécil, esos cabrones están locos

Se agacha y me coge las rodillas, mirándome desde abajo.

—¿Les tienes más miedo que a mí?

—Joder, claro que sí. ¿No me has oído? Están locos, ¡y les gusto! Imagínate lo que le hacen a la gente que no les gusta… —Sonrío con más ganas entonces—. Imagínate lo que te van a hacer por tocarme. La última vez, le rompieron las manos a un tío y le arrancaron la lengua… Me pregunto si gritarás…

Observo cómo levanta el cuchillo cubierto de sangre. Me recuerda a Diesel, y por alguna razón rara, se me contrae el coño… ¿En serio, zorra? Ahora no es el momento.

Sí, he conseguido cabrear a Andrew.

Me da una bofetada, y la cabeza me va hacia un lado mientras se me llena la boca de sangre. La escupo y me giro otra vez con una carcajada. Luego sonrío de oreja a oreja, con la sangre cubriéndome indudablemente los dientes y los labios, a juzgar por el gesto de asco que pone.

—¿A esto le llamas tortura? Mis juegos preliminares son más duros. Venga, puedes hacerlo mejor —me burlo.

—¡Dímelo! —me ruge en la cara, impaciente ahora que se está dando cuenta de lo difícil que va a ser quebrarme.

Me lamo los labios mientras miro entre sus ojos. No voy a traicionar a mis chicos. Te dicen que bajo tortura reveles información que no es importante y eso se acerca a la verdad, pero de ninguna manera voy a arriesgarme. Diesel me asesinaría, lo ame o no. Sé que me va a llevar a un mundo de dolor, pero puedo soportarlo.

Puedo sobrevivir.

Respiro hondo, asiento con seriedad, con todo el cuerpo doliéndome, con la sangre goteándome por las curvas, y la agonía desgarrándome las venas.

—Vale, vale, te lo contaré…

Los dos esperan expectantes mientras trato de parecer dócil y rota, incluso dejando que se me llenen los ojos de lágrimas, reales por el dolor. Vuelvo a respirar hondo otra vez, ahora de forma dolorosa, con las costillas protestando antes de empezar a gritar.

—And I will always love you… —canturreo.

Andrew se encoge por lo alto que canto.

Me da otra bofetada, interrumpiéndome a mitad de canción, así que escupo la sangre y me giro hacia él.

—¿No? ¿No te mola? ¿Qué tal un poco de Metallica? No, ¿qué tal Tay-Tay? ¡Pareces un fan secreto de Swift!

El calvo se acerca, apuntándome con la pistola.

—Haz que hable —exige—. No nos queda mucho tiempo antes de que vengan por ella.

Sonrío ante eso.

—Franny, ya vienen, y estáis jodidos. Ahora, ¿por dónde iba? Ah, Tay-Tay… —Empiezo a cantar y, con un gruñido, abre la puerta de un tirón y se marcha furioso—. ¡Espera! —grito—. ¡Nos lo estábamos

pasando tan bien, Franny! ¡Ni siquiera había llegado a los temas originales!

Andrew suspira como si estuviera decepcionado conmigo.

—Roxy, esto podría haber sido tan fácil. Podrías haber muerto rápido.

—Sí, nunca me ha gustado la opción fácil. ¿Qué puedo decir? Me gusta duro. —Le sonrío.

Se quita ahora la máscara de calma, y sé que me espera un mundo de dolor. Esperemos que pueda sobrevivir a esta mierda, porque mis Vipers se acercan, lo sé, y si me encuentran muerta…, la ciudad no sobreviviría a su ira.

El tiempo pasa lentamente, terriblemente lento, mientras el dolor fluye por todo mi cuerpo. Es sádico, no tan bueno como D, pero, aun así, funciona. Mis gritos resuenan a nuestro alrededor, y finalmente me caen las lágrimas, y me cubren las mejillas. La sangre se acumula debajo de mí, tengo los dedos resbaladizos por ella. Me arranca algunas uñas de los pies, me rompe algunos dedos. Me parte otro. Me apuñala, me raja y me corta. Me cubre la cabeza con una bolsa y vierte agua sobre la boca hasta que no puedo respirar, hasta que pienso que podría ahogarme, y cuando la arranca, el agua fluye de mi boca a mi pecho, con los pulmones ardiendo por el líquido helado.

—Gracias, tenía sed —grazno.

Se está esforzando al máximo. Su trabajo y su vida están en juego si no consigue la información, pero la cuestión es que… moriría antes de traicionarlos. Lo haría antes de entregar a cualquiera que me diera una oportunidad, que fuera amable conmigo…, y con mis Vipers es algo más profundo.

Me aman.

Y, por raro que parezca, yo también los amo, joder.

Así que si muero aquí, sola en una jodida habitación asquerosa, que así sea. He estado coqueteando con la muerte desde que era una cría, y morir por la gente que amas me parece una buena manera de irte.

Andrew no podrá cambiar eso. Puede romperme el cuerpo una y otra vez, puede hacerme gritar y llorar, puede hacerme suplicar por

la muerte, pero no soltaré ni una palabra sobre mis hombres. Creo que está empezando a darse cuenta cuando se sienta y me observa.

—Tengo que admirar tu lealtad. —Suspira—. Es irritante, pero impresionante. Dime, ¿realmente te compraron?

Asiento, humedeciéndome los labios.

—Entonces, ¿por qué tanta lealtad? —pregunta con curiosidad.

—Porque empezamos mal, pero ahora lo son todo para mí. —Me encojo de hombros—. Ya sabes cómo son las cosas, seamos realistas, todas las historias románticas están jodidas de alguna manera. ¿*Romeo y Julieta*? Eran unos críos, y murieron. Ni me hagas empezar con esa de *Expiación*, joder, lloré como una niña. La lealtad se gana, no se compra.

—¿Y se la han ganado? —pregunta.

No respondo, y asiente.

—Tengo que informar a mi jefe, piénsalo mientras tanto. —Se levanta y se va, y lo veo alejarse, el portazo de la puerta y el clic del pestillo resuenan con fuerza en la habitación húmeda.

¿Se la han ganado? La pregunta reverbera en mi cabeza.

No hay duda de que todos estamos jodidos y nuestro amor es raro… pero ¿tienen mi lealtad Sí, se la han ganado, y seguirán haciéndolo, porque sé que harán cualquier cosa para protegerme. Salvarme. Para darme cualquier cosa que necesite.

Vieron más allá de la actitud y las cicatrices cuando nadie más lo hizo, y siguieron hasta llegar a mí.

No soy una mocosa estúpida. Sé que si los traiciono me matarán, aunque me amen, pero no es por eso por lo que no lo hago. Es porque no podría soportar hacerles daño de esa manera, ni siquiera para salvar mi propia vida, y si eso no es amor, no sé qué es.

A veces, en la vida, conoces a gente por la que vale la pena morir, y, normalmente, son la misma gente por la que también vale la pena vivir. Pero no siempre puedes tenerlo todo. Si lo único que puedo ofrecerles ahora es mi silencio y mi muerte, lo haré.

Ojalá pudiera llevarme a alguno de estos cabrones conmigo.

Mis hombres podrán ser criminales y traficar con muerte y poder, pero cuando llega el momento, lo que realmente quieren es amor. Una familia. Me niego a romper eso.

Podrán ser mi fuerza, pero yo soy su debilidad.

Justo entonces, suena una explosión encima de mí, y todo el edificio tiembla mientras cae polvo del techo. Sonrío, pues sé exactamente quiénes son.

No necesito a ningún jodido héroe que venga a salvarme, puedo salvarme sola, pero ni por un momento he dudado que me ayudarían, me ayudarían a salvarme, y tenía razón.

Por una vez, alguien no me ha decepcionado.

Y me niego a ser yo la que los decepcione.

Es hora de liberarme y encontrarme con mis chicos, luego vamos a matar a todos estos cabrones.

«Vale, Roxy, ha llegado la hora de petarlo». Mientras suenan arriba más explosiones y disparos, miro a mi alrededor antes de que se me ocurra una idea. Es una idea estúpida de cojones, pero es mejor que nada. Así que, balanceándome de lado a lado, cojo impulso.

La silla empieza a tambalearse, se balancea conmigo, el crujido resuena en la habitación, pero queda ahogado por la pelea que está teniendo lugar. Me balanceo más y, con un grito, la silla se cae de lado. Me estrello contra el suelo y gimo cuando me golpeo en la cabeza, pero la silla se rompe. Me pongo boca arriba y gimo; me quedo así un momento. He caído sobre el hombro izquierdo, que no me funciona. Mierda, creo que me lo he dislocado.

Que me jodan, John Wick me ha hecho pensar que esto era fácil. Y era mentira, duele muchísimo, peor que la primera vez que me la metieron por el culo.

Al sentarme, me doy cuenta de que los trozos de silla siguen pegados a mis brazos y piernas por el alambre. ¡Joder! Golpeo la muñeca contra el suelo hasta que consigo liberarme de la madera y luego desenrollo cada alambre antes de hacer lo mismo con los tobillos. Solo puedo usar una mano, ya que el otro brazo me cuelga de una forma muy rara. Gimo mientras despego las púas, viendo la sangre que sale de mis tobillos y manos.

Me muevo muy despacio, muy, muy despacio, y cuando termino, estoy jadeando y empapada en sudor. Ahora toca abrir la puerta. Me empujo para ponerme de pie sobre mis pies descalzos e inestables,

mantengo el brazo cruzado sobre el pecho en gesto protector, y hago una mueca ante el dolor que me atraviesa.

Aquí va otra idea estúpida.

—¡Eh, Franny, ¿estás ahí fuera?! —grito—. ¡Franny, estoy libre, mejor ven a por mí!

La puerta hace clic y se abre, revelando a Franny. Cuando me ve, gruñe y viene hacia mí. Allá vamos…

Finjo caerme para coger la parte inferior del brazo de la silla con la mano buena, antes de saltar cuando se acerca más y estrellársela en esa cara estúpida una y otra vez con un grito. Aúlla y se tambalea hacia atrás, tratando de bloquearme, mientras la pistola se le cae al suelo.

Sigo golpeándolo hasta que está en el suelo. Jadeando, cojo el arma con la otra mano y se la pongo en la cabeza. Abre los ojos de par en par, con la sangre cayéndole por la cara.

—Adiós, Franny, ha sido un placer conocerte. —Aprieto el gatillo.

Luego sujeto la pistola con más fuerza y gimo mientras me acerco hacia la puerta.

Dios, necesito echar una siesta.



49
RYDER

Sentado en el coche al final de la calle del hotel, compruebo mis pistolas y armas mientras lo observo.

—La tendrán en un lugar seguro, probablemente en el sótano del hotel. Habrá mucha gente, pero no espero que toda la Tríada esté aquí, es demasiado arriesgado que estén todos en el mismo sitio. Va a ser un caos. No os alejéis, revisad los rincones y cuidaos las espaldas. Nos moveremos de habitación en habitación hasta que la encontremos —ordeno, poniéndome el chaleco antibalas. Me protegerá un poco, pero un disparo en la cabeza acabará conmigo, así que tenemos que ser precavidos.

Aunque la rabia me envuelva por completo, tengo que llegar a mi chica.

Diesel se pone su riñonera morada, la que lleva un unicornio brillante en la parte delantera. No se lo echo en cara, porque, sinceramente, no tenemos tiempo para sus locuras. Garrett sujeta una escopeta contra el pecho y le cuelga un jodido lanzagranadas en la espalda, después de todo, será el primero en entrar. Kenzo también va fuertemente armado.

Vamos a estar en inferioridad numérica, pero ¿dónde está la diversión si no es así?

—Vamos. Entraremos haciendo ruido, no os contengáis, y recordad por lo que luchamos —gruño, mientras encajo el cargador en su sitio.

—¡Oooh, esta me la sé! ¡Por mi pajarito! —Diesel sonríe.

—¿Estás bien? —pregunta Garrett—. Mentalmente no, todos lo sabemos, pero…

—¡Oh, me he pinchado un poco de adrenalina. ¡Vamos! —grita.

Riéndome, me deslizo fuera del coche, y luego nos quedamos en silencio. Nos movemos en formación hacia el hotel. Tenemos una ventaja, conocemos la distribución, conocemos los pasajes y las maneras de movernos rápidamente por ese edificio. Ellos no.

Además, luchamos por nuestra chica, nada nos detendrá.

Cruzamos corriendo la carretera, la noche nos cubre, y me pego contra la pared junto a la puerta principal. La cadena que una vez la mantuvo cerrada yace olvidada en el pavimento. Garrett pone la espalda al otro lado, y asiento, contando hacia atrás con los dedos. Coge el lanzagranadas y, con un movimiento repentino, abro la puerta de un tirón. Entra agachado y dispara antes de retroceder mientras las explosiones sacuden el edificio.

Se oyen gritos, y entramos en fila a través del humo. Luego, nos separamos para coger cada uno un camino desde el gran vestíbulo. Me agacho detrás de un pilar, y Garrett hace lo mismo. Diesel vuela por encima de un sofá viejo cuando empiezan a disparar. Kenzo se desliza detrás del mostrador de recepción. Me asomo y veo varios cuerpos en el suelo, aunque desde las escaleras y más arriba están disparando lo que parecen metralletas, las balas rocían todo el espacio a nuestro alrededor haciendo volar trozos de madera y de sofá por todas partes con un rugido ensordecedor.

Luego llega el silencio, y todos nos movemos al mismo tiempo. Me agacho y apunto, eligiendo la planta de arriba ya que soy el mejor tirador. Confío en que mis hermanos se ocupen de los demás. Abato a dos hombres antes de agacharme detrás del pilar otra vez cuando empiezan a disparar de nuevo, sus gritos resuenan sin cesar. Miro a Garrett antes de asentir. Coge el lanzagranadas otra vez, y lo cubro disparando al azar mientras apunta y dispara.

Los dos nos escondemos detrás de sendos pilares mientras resuenan las explosiones otra vez. Se hace el silencio. Garrett se cuelga el lanzagranadas a la espalda y toma la escopeta. Asiento, y dejamos atrás la protección. Solo quedan dos tíos aquí dentro, y están bajando a nuestro encuentro. Diesel va hacia uno con un

rugido, aunque se entretiene un poco en cortarlo y despedazarlo. Kenzo se ocupa del otro deslizándose por encima del mostrador y escurriéndose detrás de él para dispararle en la cabeza.

—Bajamos. Garrett, tú ve de último —ordeno, mientras nos dirigimos más allá de la escalinata en busca de las escaleras que llevan al sótano. Sin duda estarán esperando, así que abro la puerta de un tirón y lanzo una bomba de humo. Espero hasta que oigo los gritos y las toses, para escurrirme hacia allí. Noto la mano de Kenzo en el hombro, Diesel está detrás de él, y Garrett cierra la retaguardia, vigilándonos las espaldas.

Me agacho al final de las escaleras, me asomo por una esquina y veo a tres hombres, todos tosen y lloriquean, mirando alrededor frenéticamente.

—¿Dónde están?

—¡Que los encontréis, joder! —gritan.

Me obligo a tranquilizar mi respiración para liquidarlos a los tres antes de colgarme el rifle a la espalda y coger la pistola y cuchillo. Kenzo me da un golpecito, asiento, luego se desliza delante de mí y entra en el espacio, con la pistola desenfundada mientras se agacha y los registra, asegurándose de que están muertos. Cuando asiente, irrumpimos en la habitación. Hay dos puertas, ambas armarios, pero los registramos. La única salida está más adelante a través de un pasillo estrecho.

Podría ser una trampa, pero es un riesgo que tenemos que correr.

—Diesel. —Le hago una seña, y se desliza por el pasadizo. Si es una trampa, solo uno de nosotros morirá. Es la regla.

Se mueve con pies de plomo, un machete en una mano y una pistola en la otra. Cuando llega a la intersección, se pega a la pared antes de rodar por una esquina y apuntar al otro extremo. Como no pasa nada, nos hace una seña. Le seguimos, y una vez que llegamos al cruce, frunzo el ceño.

«Qué puta dirección debemos tomar, Ryder, piensa».

Oímos un grito a la izquierda, un grito muy familiar.

Todos intercambiamos una mirada antes de que Garrett intente echarse a correr, pero lo detengo con una mano.

—Podrían estar usándola como cebo, joder, piensa.

Me muevo más rápido ahora, atraído por ella. Si le están haciendo daño, los voy a matar y despedazar, joder. El pasillo continúa más adelante, y no hay nadie en él. Se abre a una habitación al final con otras puertas que salen de ella. Lo sé porque Kenzo y yo solíamos jugar al escondite aquí abajo mientras nuestro padre trabajaba.

—Vale, Kenzo y yo iremos por el centro. Garrett y Diesel, izquierda y derecha. —Asiento mientras Garrett se mueve al otro lado del pasillo y me hace un gesto, listo para entrar primero.

Siempre listo para morir por nosotros… y ahora por ella.

Nuestro protector, nuestro ejecutor.

Pero esta vez, vacilo al dar la orden, no me gusta lo que puedo encontrar en esa habitación. Normalmente tenemos un plan, esto es una chapuza hecha a toda prisa, pero gruñe y me hace un gesto otra vez.

—Lo tengo controlado —murmura antes de avanzar, sin mis órdenes, y entrar en la habitación. Le sigo, maldiciendo, con los otros pisándome los talones

Alguien dispara, y me agacho detrás de un barril, me asomo por encima para ver al menos ocho hombres esperándonos al otro extremo de la habitación. Se esconden detrás de una mesa volcada, con algunas cervezas y cartas esparcidas por el suelo. Nos han oído llegar.

—Diesel —siseo—. ¿Ya es hora de abrir la jodida riñonera?

Se ríe.

—¡No! Esto es fácil, cúbreme —susurra, antes de escurrirse en las sombras de la estancia. Para distraerlos, disparamos rápidamente, asegurándonos de que se concentren en nosotros y no en el cabrón desquiciado que ahora trepa por las tuberías del techo como si fuera un mono.

Mantengo los ojos clavados en él, alternando entre disparar y observarle. Se encoge cuando está cerca, y luego, sin una palabra, se deja caer al otro lado de la mesa justo detrás de ellos.

—¡Bu! —grita, y me pongo en pie para disparar mientras avanzo. Los otros hacen lo mismo.

Diesel acaba con dos, pero le oímos gritar antes de alzar la voz aún más fuerte.

—¡Cabrón!

¡Oh, mierda!

Acabamos con el resto, pero cuando rodeamos la mesa, está dándole una paliza a un hombre.

—¿Cómo te atreves a dispararme? Capullo, cabrón hijo de puta, me comeré tu puto corazón…

—¿D? —le grito, y mira hacia arriba. La sangre gotea de su oreja donde ese tío obviamente consiguió alcanzarle—. Creo que está muerto —señalo secamente.

Mira hacia al hombre y, con un bufido, deja caer el cuerpo antes de limpiarse la cara con el brazo, embadurnándose de sangre.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta, mientras recoge su machete y lo lanza—. Ah, sí, a rescatar a mi pajarito.

—¿Estás bien? —pregunto.

Asiente y se limpia la cara otra vez mientras pasa por encima de los cuerpos y se une a nosotros en el único pasillo que lleva a la sala de calderas. Oímos otro grito, y echamos a correr, sabiendo que está allí abajo.

La puerta al final del pasillo está abierta, y apuntamos hacia ella.

Rodeamos la puerta y simplemente nos quedamos mirando. Nuestra chica está golpeando la culata de la pistola en lo que una vez fue una cara, y cuando nos oye, se echa el pelo hacia atrás, se endereza y sonríe con suficiencia.

—Eh, chicos, habéis llegado en un buen momento. ¡Espero no haberme perdido toda la diversión!

La sangre la cubre casi por completo, un brazo le cuelga en un ángulo raro y sostiene una pistola en la otra mano, tiembla de pies a cabeza, pero nunca ha parecido tan jodidamente hermosa. Cruzo la habitación a grandes zancadas, la cojo en brazos y estampo mis labios contra los suyos. Gime y se pega contra mi cuerpo antes de hacer una mueca y apartarse. La miro con la respiración acelerada, notando cada herida y la posición del brazo.

—¿Qué te ha pasado?

—Creo que está dislocado, me lo he hecho cuando he roto la silla para liberarme. —Suspira—. No lo intentes, no es divertido.

Riéndose, Diesel la coge por detrás.

—Pajarito, pajarito.

Kenzo la saca de sus brazos y la besa en la coronilla, apartándole el pelo hacia atrás.

—Cariño, me has dado un susto de muerte —susurra con voz ronca.

Garrett la arranca de su agarre y pega su frente a la de ella, escrutando sus ojos.

—No vuelvas a intentar nada así nunca más —le espeta antes de besarla. Ella se aparta con una risa.

—Yo también os he echado de menos a todos —murmura.

Diesel merodea por la habitación, su expresión es fría y enfadada, sus emociones se alteran rápidamente. Hago un gesto a Garrett, que coge la puerta para asegurarse de que nadie llega por detrás.

—Te largaste —gruñe.

Ella le mira y pone los ojos en blanco.

—Que alguien me arregle el jodido brazo, que me está tocando las narices.

Asiento y lo agarro con suavidad. Lo mantengo recto mientras busco su mirada.

—Esto va a doler, amor.

—Hazlo de una puta vez —espeta, y lo hago, volviéndolo a colocar en su sitio. Grita y me pega, aunque se lo permito. Riéndome, le beso la mano para que se sienta mejor cuando veo que se la sacude.

—Cabezota.

—¡Te largaste! —grita Diesel, y todos le miramos. Mierda, está explotando.

—Joder —susurra Kenzo, y le apunta con su pistola. Levanto la mano para detenerle.

—D, cálmate —ordeno, pero me ignora, sacudiendo la cabeza mientras se golpea las manos contra ella.

—¡Se largó! ¡Se largó! —ruge en respuesta.

—Oh sí, es culpa mía que me secuestraran… —empieza, pero no llega a terminar. Diesel se acerca para besarla con fuerza, saboreando su sangre, antes de morderle el labio herido.

—Cuando lleguemos a casa, te esperan un montón de putos

problemas, pajarito.

—Estoy deseándolo —murmura ella contra sus labios mientras D se ríe, pero entonces, de repente, él mueve la mano, le rodea el cuello y aprieta, sin jugar. No aparto los ojos, por si realmente trata de matarla. La suelta y arrastra la mano por su frente hasta clavar los dedos en una herida, haciéndola sangrar más, pero ella gime y se acerca más, incluso mientras le está haciendo daño.

—Estoy tan jodidamente enfadado contigo —gruñe.

—¿Sí? Puedes follarme luego para desquitarte. —Se ríe, pegándose a él, sin miedo, pero D se aparta y empieza a andar otra vez, con la brillante riñonera rebotando con el movimiento.

Ella ni siquiera se sorprende, acostumbrada a su toque de locura.

—Como vuelvas a intentar algo así, haré que desees que te hubieran matado —le advierte mientras se detiene, con las manos apretadas, e intercambio una mirada con Roxy.

Garrett suspira.

—Te dije que no le cabrearas, nena.

Ella levanta las manos en el aire.

—¡La próxima vez les diré que no me secuestren, ¿vale?!

Kenzo se ríe por lo bajo, y ella le mira mal.

—No te rías, joder. —Se vuelve hacia D—. Cálmate, cariño, solo piensa en toda la gente que puedes matar ahí arriba.

Eso parece tranquilizarle un poco, pero sigue cabreado, y me pego a la espalda de Roxxane.

—Estás a punto de ver por qué te advertimos que no le cabrearas —murmuro, y ella se estremece contra mí mientras se recuesta en mi pecho.

—Estoy deseándolo… —Suspira—. Gracias por venir a por mí, no lo he dudado ni por un momento, pero… gracias.

—Siempre, cariño —ofrece Kenzo, mientras se coloca delante de ella—. ¿Cuántas veces tenemos que decirte que eres una de nosotros?

Oigo pasos arriba y retrocedo, preparándome para lo que viene. No tenemos tiempo para un reencuentro como es debido, nos toca matar a algunos enemigos, y luego debemos llevar a nuestra chica al médico. La lista es interminable, así que me enderezo y cuadro los

hombros.

—Estarán esperándonos arriba. ¿Listos para darles caña?

Ella resopla.

—Siempre.

—D, ve delante. Amor, te quedas en el medio. Matad a cualquiera que no sea un Viper. No tomaremos prisioneros —ordeno, y todos asienten, luciendo la misma sonrisa sedienta de sangre en sus caras.

Preparados para matarlos a todos con nuestra chica a nuestro lado.



50
GARRETT

Me siento feliz, pero no hay tiempo para celebraciones. Tenemos que largarnos de aquí, y luego voy a enseñarle a Roxy exactamente cuánto la he echado de menos. Todavía noto el sabor de sus labios en los míos y su cuerpo apretado contra mí. Ojalá pudiera empotrarla ahora mismo contra la pared y follármela aquí mismo, sacar toda la rabia y el miedo, pero no puedo

Depende de mí, todos dependen de mí. Me obligo a centrarme en lo que viene a continuación, no en la mujer que va delante de mí, balanceando ese tentador culo mientras sostengo el rifle. Me mira por encima del hombro y, al pillarme mirándole el trasero, me guiña un ojo.

—Luego, grandullón, que ahora toca matar.

Sonrío con sorna mientras nos detenemos al final del pasillo, D revisa la estancia. Me inclino más cerca, disfrutando de su escalofrío al presionarla contra mí.

—¿Quién dice que vas a sobrevivir luego? —le susurro al oído—. Tienes a cuatro novios cabreados con los que lidiar.

Ella se ríe bajito.

—Puedo con vosotros cuatro.

Le muerdo la oreja y ella da un respingo.

—Tío —protesta.

—Soy un Viper, nena, lo nuestro es morder, y pienso hacerlo y después lamerte entera, mientras te follas a mis hermanos.

—Sabes, no hay nada más sexy que un hombre que sabe usar su

arma —comenta, mirándonos con las pistolas.

—¡Se refiere a nuestras pollas! —responde Diesel, asomando la cabeza por la esquina—. Limpio, deben de estar arriba.

—Me sorprende que no hayas dicho nada de su riñonera —me burlo dirigiéndome a ella.

Me mira con una sonrisa.

—En la lista de locuras y rarezas de Diesel, eso está bastante abajo, además, le queda mona.

D resopla, y ella suspira.

—Vale, estás bueno de la hostia. Apenas puedo contenerme. El unicornio brillante de la riñonera le da un toque de locura a tus ojos que es brutal —suelta tan pancha.

—Así sí, venga, vamos. —D sonríe mientras nos guía a través de otra habitación. Roxy ni parpadea ante los cadáveres esparcidos mientras subimos por las escaleras y nos detenemos ahí, sabiendo que tienen que estar esperándonos.

—Vamos a salir a lo grande, que nadie se guarde nada —ordena Ryder, luego mira a Roxy—. Mantente cerca de alguno de nosotros y mátalos a todos.

Ella abraza su arma con más fuerza.

—Entendido, guapo, vamos. Me está entrando hambre.

—Te puedes comer mi polla luego, cielo —interviene Kenzo, y la verdad, da gusto volver a verlo bromear. Por un momento llegué a pensar que lo habíamos perdido.

D pone la mano en el pomo y nos mira de reojo.

—¡Tres, dos, uno, ya! —grita mientras abre la puerta de golpe y sale corriendo. Le seguimos, apuntando por si acaso, pero no hay nadie. Me pongo junto a Roxy, cubriéndole la espalda mientras registramos la sala. Ryder señala hacia las escaleras, así que subo primero, con Roxy detrás.

Hay dos caminos, así que miro a Ryder y le hago un gesto a Kenzo. Él asiente, y Kenzo se separa conmigo. Miro a Roxy.

—Ve con ellos, nena, y cúbreles la espalda por mí. Nos vemos enseguida.

Me doy la vuelta, pero ella me detiene y pega sus labios a los míos. Le devuelvo el beso con un gemido antes de que se aparte,

pistola en mano, y se marche con Ryder y D pisándoles los talones.

Me quedo mirándola, con el corazón a mil. Un día me casaré con esa chica y la haré mía para siempre. Hasta entonces, tengo que limpiar este puto desastre y llevarla a casa. Kenzo va detrás de mí, cubriéndome la espalda mientras empezamos a limpiar el pasillo. Tienen que estar aquí, y apuesto a que hay por lo menos un miembro de la Tríada.

Tienen una regla: nunca están todos juntos, pero querían obtener información, así que, al menos, habrá venido uno. Lo encontraremos, le sacaremos lo que sabe, y luego iremos a por los demás. A destruir su mundo.

Y luego lo convertiremos en el centro del nuestro.

Abro la puerta de un dormitorio, examino el interior y sigo adelante. Kenzo cubre el lado izquierdo y yo el derecho antes de subir otro piso. Nos empiezan a disparar cuando estamos en medio de la escalera. Me pego a la pared, apunto y devuelvo el fuego, pero el ángulo es malo. Cargo el rifle y subo corriendo las escaleras. Abro fuego al doblar la esquina, pillando por sorpresa al hombre. Hay otro a su lado, que saca un cuchillo. Le meto un culatazo en la cara con la escopeta y cae hacia la pared, entonces le disparo. Aquí no sirve de nada ser sigilosos. Miro alrededor, recargo.

Kenzo avanza ya por la tercera planta, pero se echa atrás cuando una bala impacta donde estaba un segundo antes.

—Cinco, al fondo del pasillo, bajando.

Me coloco detrás de él y le hago un gesto para que sepa que estoy listo. Los dos nos agachamos y disparamos desde la esquina. Se oyen gritos de dolor y se acaba el tiroteo. Al menos están muertos tres, otro se arrastra hacia su pistola y otro se ahoga, con el pecho lleno de sangre.

Kenzo avanza por el pasillo, pisa la espalda del que se arrastra y le vuela los sesos; yo le parto el cuello al que está apoyado en la pared. Revisamos a los otros y seguimos. Debemos de estar cerca de donde espera el miembro de la Tríada, y tienen que estar agotando efectivos rápidamente.

—La última puerta está cerrada —murmura Kenzo, y veo que tiene razón cuando levanto la vista. Todas las demás están abiertas o

directamente no están, así que vamos hacia allí.

Le doy una patada a la madera y me lanzo sobre el hombre, que apunta mientras le rajo el cuello de un tajo y miro alrededor.

—Joder, parecen ratas —murmuro al encontrarme con Kenzo en el pasillo.

—No te equivocas, deben estar en la azotea —suspira Kenzo, viendo la puerta entornada que lleva hacia allí.

—Joder —gruño, y me cuelo por ella.

Arriba del todo hay una puerta metálica, y no tenemos ni idea de lo que nos espera detrás. Miro a Kenzo, que sonríe mientras recarga el arma.

—Una vez más, hermano. Vamos a matarlos y sacar a nuestra chica de aquí.

Le devuelvo la sonrisa, agarro el pomo y cuento en silencio, luego abro y salimos los dos al tejado.

Está plagado de ellos. Los muy cabrones nos estaban esperando, una jodida última defensa. Me da una bala en el hombro, así que me tiro a un lado y me protejo detrás de un extractor mientras Kenzo logra protegerse con un pilar.

Sé que Kenzo puede cuidarse solo, así que me asomo tratando de abatirlos. Consigo acabar con varios antes de que se repongan y sigan disparando. Me he distraído tanto que no me doy cuenta de que otros hombres han llegado a la puerta del tejado hasta que es demasiado tarde.

Uno consigue apuntarme y tengo que rodar, pero me quedo ante la puerta abierta antes de volver a impulsarme cuando me cae encima una lluvia de balas. Un grito de dolor suena cerca cuando me pongo de pie a trompicones.

Escudriño mi alrededor rápidamente y veo el cuchillo brillante ensangrentado clavado en el estómago de Kenzo mientras cae al suelo. Veo a un hombre acercándose a él y sé que hay otro que viene a por mí, pero no hay elección.

Mi familia va primero.

Apunto y acierto al que iba a matarle.

—¡Garrett! —grita Kenzo en advertencia, pero me giro demasiado tarde. Cuando he disparado ya sabía que se trataba de él o yo.

Y mientras mis ojos se cierran por el disparo, veo que Kenzo intenta llegar hasta mí antes de que lo noqueen a él también. Al menos no nos van a matar aquí mismo…



51
DIESEL

Trato de contenerme mientras sigo a mi pajarito. Me hormiguean las manos por las ganas de desmembrarla y volver a juntarla por atreverse a dejar que la secuestraran, por atreverse a dejarnos. La rabia se derrama por mis venas, encendiendo el infierno dentro de mí hasta que soy una bomba de relojería.

Así que, cuando abrimos la primera puerta e interrumpimos a un hombre que está torturando a otro atado a una silla con un bate, me descontrolo. Empujo a Ryder y a pajarito y me lanzo al interior. Oigo que Ry le dice que me deje a mí, pero luego todo se difumina. Nos quedamos solo mis demonios y yo. Le quito el bate de las manos y lo vuelvo contra él, dejando que mis demonios salgan a jugar. Mis brazos se tensan por la fuerza de mis golpes. La habitación está en silencio, excepto por sus gritos y mis… risas.

Ah, así soy yo.

Levanto la vista cuando termino. Tengo todo el cuerpo cubierto de sangre, y estoy seguro de que mis ojos se muestran oscuros y enloquecidos, pero a mi pajarito no le importa, se libera del agarre de Ryder y se acerca a mí sin miedo. Se pone de puntillas y me besa en los labios con suavidad.

—Está muerto, vamos, cariño.

Me quita el bate de la mano y se lo apoya en el hombro mientras pasa junto a Ryder.

—La amo —digo muy serio, y Ryder se ríe.

—Más te vale. Nadie más va a aguantar tu locura.

Los dos nos giramos y la seguimos, revisando cada puerta según avanzamos, pero todos los demás dormitorios están vacíos. La sangre empieza a secarse en mi piel y me pica, pero lo ignoro, con los ojos clavados en mi pajarito. Incluso en mi momento más oscuro, me ama, no me tiene miedo.

Podría matarla un día…

Pero joder, soy demasiado egoísta para que me importe. Es mía. Voy a ponerle un jodido anillo en el dedo para que todo el mundo lo sepa. Incluso podría grabar mi nombre en su piel. Apuesto a que le gustaría…, sobre todo si me la follo al mismo tiempo…

—D —murmura Ryder, y me mira—. Estás pensando en voz alta.

Parpadeo y paso los ojos de él a Roxy para verla sonriendo.

—¿Grabarlo, eh? No te olvides de esa idea, la retomaremos para luego.

Está andando mientras habla, y entonces oímos un clic inconfundible. Joder. Se gira justo cuando la veo volar hacia nosotros por el aire.

—¡Granada! —grita Ryder, estirándose para proteger a Roxy, pero observo maravillado cómo ella aprieta el agarre del bate y, como una puta campeona, lo balancea, le da un golpe a la granada.

Todos miramos boquiabiertos cómo vuela al punto de donde vino, y explota al golpear las escaleras, lanzándonos hacia atrás.

Me aseguro de abrazarla cuando caigo encima de ella, protegiéndola. Me llega su risa a través del pitido que inunda mis oídos, y cuando miro por encima del hombro para asegurarme de que nadie dispara o viene hacia nosotros, me quedo mirando su cara sonriente.

—Ha sido increíble —declara.

Sonriendo, me inclino y la beso.

—Y *sexy* de cojones. Quédate el bate, vamos a jugar con él luego.

—Pervertido. —Asiente mientras me pongo de pie y le tiendo una mano. Ryder le agarra la otra, y la ayudamos a ponerse de pie. La reviso rápidamente antes de asentir y entregarle el bate.

—Venga, sigamos avanzando —murmura, con los hombros cubiertos de polvo y hollín.

Subimos por las escaleras, evitando la barandilla destrozada y los

cadáveres. Cuando llegamos al rellano, aparece un gran salón, y Ryder se queda helado un momento.

—¿Ry? —pregunta mi pajarito, poniéndole una mano en la espalda.

Él se estremece bajo su contacto y gira sus ojos atormentados hacia ella.

—Un día te contaré por qué esta habitación es el lugar donde empezó todo, pero no ahora —promete, y entonces parece recobrarse y se endereza—. Apuesto a que ahí dentro hay algún mandamás. Es una habitación grande con un despacho pegado al balcón.

Roxy agarra el bate con más fuerza.

—Vamos a por él.

Asiento, y Ry empuña su pistola.

—Vamos.

Irrumpimos en la habitación, y apenas tenemos unos segundos para registrar el espacio. Hay al menos diez hombres aquí dentro, todos armados y esperándonos. Veo a un asiático de traje en el balcón, y cuando nos ve, se agacha.

—¡Fuego! —grita.

¡Oh, joder! Me lanzo hacia mi pajarito y la empujo detrás de una mesa auxiliar mientras Ryder se tira detrás de una barra. Nos disparan una lluvia interminable de balas, y Roxy se encoge, agachándose más mientras yo le sonrío.

—¿No te parece muy divertido? Tengo que admitir que se me ha puesto dura, los vamos a considerar los juegos preliminares del día.

Riéndose, me da una bofetada.

—Concéntrate, piensa con la otra cabeza.

—Oh, lo estoy haciendo, está pensando en follarte el culo —murmuro, mientras me asomo por la mesa y lanzo el cuchillo, sin mirar dónde aterriza, pero oigo un ruido sordo cuando se clava en su objetivo y una pistola deja de disparar—. O tu coño…, o tu boca, sinceramente, no soy exigente mientras pueda hacerlo mientras aún esté cubierto de sangre.

—Estás loco. —Se ríe, pero cuando lo dice, hace que suene como algo bueno.

Saco otro cuchillo, lo lanzo también, pero fallo, y Ryder me mira mal.

—¡Abre la puta riñonera! —grita.

Roxy se ríe.

—¿Qué hay dentro?

Me arrodillo, abro la cremallera y le enseño las granadas del interior.

—¿Siempre las guardas ahí? —pregunta, con los disparos aún sonando alrededor.

—No siempre, a veces guardo cuchillos o tacos —murmuro mientras cojo una.

—¿Tacos? —repite.

—Me da hambre cuando lucho. —Me encojo de hombros y quito la anilla, lanzo una y la cubro.

Estalla unos momentos después, el estallido va seguido de un grito, así que lanzo dos más, que hacen un ruido de la hostia. No espero, me pongo en pie de un salto y corro alrededor de la mesa para ver a todos los hombres en el suelo, algunos están muertos, otros solo inconscientes por la explosión. Cierro la cremallera de mi mochila, cojo mi mechero y prendo rápidamente uno de sus abrigos mientras paso por encima de ellos, silbando.

—Lleva una puta riñonera —resopla uno de ellos.

—A mí me parece *sexy*. —Roxy se encoge de hombros mientras hace girar el bate en la mano y le da un golpe al pasar dejándolo inconsciente.

—Zorra loca. —Otro hombre se estira hacia una pistola, así que cojo la granada que aún me queda, se la meto en la boca y quito la anilla antes de lanzarme hacia Roxy y Ryder. Llegamos detrás de una mesa justo cuando explota; las vísceras se esparcen por todas partes.

—¡Ha sido divertido! —grito, mientras me pongo de pie. Ellos se levantan lentamente y revisan el resto.

Ryder se ocupa de los otros mientras Roxy mira alrededor buscando unas escaleras para subir.

—Por ahí —grita Ryder, y la lleva.

¡Que se jodan!

—¡Las escaleras son para nenazas! —grito, mientras salto al sofá y luego me agarro a la lámpara de araña de arriba. Balanceo las piernas hacia delante y hacia atrás hasta que consigo impulsarme hacia el balcón, me agarro al borde en el último segundo y subo para encontrarme con los ojos de pánico del hombre asiático.

—Eh, tío, las escaleras son una mierda, ¿a que sí? —comento, mientras le pego un puñetazo en la cara y lo desarmo, lanzando la pistola por el balcón mientras espero a los demás. Cae al suelo, pero se pone de pie rápidamente. Y entonces, Roxy y Ryder están aquí.

El hombre con el tres tatuado en el cuello mira a Roxy y escupe.

—Puta estúpida, ¿aún no estás muerta?

—No, perdón, solo vivo para decepcionarte —ofrece, cuando Ryder ataca, apuñalándole en el estómago. Sin embargo, no es un golpe mortal, aunque sí cae hacia atrás mientras la sangre fluye de la herida.

Justo entonces, oímos un grito, y miramos a nuestro alrededor para ver a un hombre con una cresta corriendo hacia nosotros con una motosierra desde el otro lado del balcón. Roxy estira la pierna, lo hace tropezar, y yo le echo una mano para lanzarlo por el borde. Todos miramos mientras cae con un grito y aterriza en la mesa de abajo antes de empalarse en una estatua decorativa.

Vuelvo a mirar al número tres, sonrío.

—Le daría un ocho sobre diez por su aterrizaje.

—¿Os creéis muy listos? Mejor revisa a tu gente, apuesto a que os falta uno. —Se ríe, y Ryder se acerca.

—¿Quién?

—¿El luchador asesino? —El número tres se ríe, agarrándose el estómago sangrante con más fuerza mientras cae de culo—. Hemos hecho una promesa, y él nos ayudará a cumplirla…

—¿Dónde está? —grita Roxy, presionando el bate contra su barbilla.

—Ya estará muerto. —Se ríe débilmente—. Estáis todos jodidamente muertos —se burla. Voy a levantar el cuchillo, pero Roxy se me adelanta.

Con un grito salvaje, le baja el bate encima, una y otra vez, hundiéndole la cabeza mientras su risa se corta en un ruido

ahogado. Pero no para ahí, sigue golpeándolo, una y otra vez como una mujer poseída, hasta que no puede más. El bate cae al suelo con un ruido metálico, y ella se queda ahí jadeando con sangre en las manos y brazos, además de muchas salpicaduras por la cara.

Se echa el pelo hacia atrás, se lame los labios y se endereza, mirándonos a mí y a Ryder, que la contemplamos en *shock*.

—¿Qué pasa? —suelta.

—Nada, pajarito… Es solo que…, joder, ha sido *sexy*. —Asiento, luego miro a Ryder—. Si no fuera nuestra, la acosaría, *hackearía* sus cámaras, la miraría por las ventanas, el paquete completo.

—Bueno, ¿no soy una cabrona con suerte? —resopla—. Tengo que vivir bajo el mismo techo que tú, así que ahora puedes acosarme hasta en el baño.

Abriendo mi mechero, cojo un cigarro y hablo con él en la boca.

—Exacto, estás realmente preciosa cuando te duchas.

Parpadea y mira a Ryder.

—Te preguntaría si va en serio, pero no necesito hacerlo.

—Niños —nos espeta—. Vamos a buscar a Garrett. Probablemente estaba mintiendo para asustarnos, pero mejor prevenir que curar.

El ambiente se pone serio al instante.

—Garrett. Nadie puede con ese cabrón, sería como intentar cargar un elefante.

Mientras Roxy pasa por mi lado, me da una palmadita en el pecho.

—Se lo diré.



52
ROXY

Atravesamos de nuevo el hotel en busca de Kenzo y Garrett, y un mal presentimiento se apodera de mis entrañas cuando nos adentramos por el pasillo que ellos han tomado. Por fin, llegamos una puerta metálica abierta al final. Subimos y salimos al tejado donde hay cadáveres por todas partes, pero no vemos ni a Kenzo ni a Garrett.

Pero entonces lo oigo.

Un gruñido.

Sigo el sonido hasta que me arrodillo detrás de una vieja sección de tuberías y veo a Kenzo allí, con el pecho lleno de sangre. Tiene la cara pálida y los ojos apenas abiertos. Le agarro la mano con fuerza y le hago un gesto a los demás para que se acerquen.

—Cariño, ¿qué ha pasado?

Se queja y mira a Ryder.

—Tienen a Garrett, es lo que querían todo el tiempo. No he podido detenerlos, lo siento.

Ryder golpea la tubería con el puño, pero yo limpio la frente sudorosa de Kenzo y lo beso con ternura, pues veo la angustia y el dolor allí grabados.

—Shh, no pasa nada, lo rescataremos. —Levanto la mano de la herida y veo la sangre—. Tenemos que llevarlo al médico.

D se inclina y lo inspecciona antes de darle una bofetada.

—Mantente despierto. Vale, esto va a doler. —Lo agarra, se lo carga al hombro y se levanta despreocupadamente, como si no

llevara a Kenzo de mochila—. Vamos, pajarito.

Ryder habla por teléfono mientras bajamos por el hotel y, cuando entramos en el coche, me meto detrás y D coloca a Kenzo en el asiento trasero, sobre mis muslos. Lo sujeto, le acaricio el pelo y le beso la cabeza.

—Te he echado de menos, cariño. —Suspira, me mira mientras levanta las manos ensangrentadas y agarra las mías, enredando nuestros dedos.

—Yo también te he echado de menos —admito—. Esos mamones no saben cómo secuestrar a una mujer, ¿verdad?

Se ríe, y el sonido se convierte en un gemido mientras atravesamos la ciudad a toda velocidad.

—No tienen delicadeza, ¿sabes? —resopla—. Tienes que engañarlas para que te quieran —les explica.

—Iba a preguntar algo estúpido como si te duele… —Resoplo mientras me inclino y lo beso en la cabeza—. No te me mueras, ¿me oyes, capullo?

—Entendido, preciosa, nada de morirse, pero luego puedes hacer de enfermera y curarme con besos. —Me guiña un ojo.

—Incluso moribundo, eres un ligón total —me burlo, aunque me invade el pánico al ver la cantidad sangre que está perdiendo. Levanto la vista y me encuentro con los ojos de Ryder, que mira alarmado a su hermano. Kenzo alarga el brazo y le agarra la mano, apretándosela.

—Me pondré bien, hermano, no te preocupes por mí. Ocúpate de Garrett, ¿vale?

Ryder contiene el aliento y duda.

—Siento que hayas tenido que volver allí —dice con ligereza.

—Yo también. Cuando esto acabe, quemaremos ese sitio. —Kenzo sonríe, girando la cabeza para encontrarse con la mirada de Ryder—. No más fantasmas, no más malos recuerdos, solo nosotros, ¿vale?

Ryder asiente y me mira.

—Cuida de él.

—Siempre —respondo, mientras vuelvo a mirar a Kenzo—. Vas a ponerte bien, eres demasiado testarudo para morir por nosotros.

—¿Sí? —susurra.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. ¿Te apuestas algo?

Él gime.

—Dios, te amo.

—El ganador destrozará el coche nuevo de Ry —murmuro, haciendo reír a D.

—Si gano, tienes que casarte con nosotros, así nunca podrás irte. —Sonríe.

—Joder, siempre te la juegas —murmuro—. Que te estés muriendo no significa que puedas pedir cosas raras.

—Claro que sí —susurra, pero ahora su rostro está más pálido. El miedo me invade cuando me inclino y aprieto mis labios contra los suyos—. No hace falta que te pongas al borde de la muerte, joder, me casaré con todos vosotros, incluso llevaré un puto vestido y todo.

—Trato hecho —murmura.

—Hemos llegado, el médico está esperando —anuncia Ryder, mientras derrapamos hasta el aparcamiento. Mi puerta se abre de golpe, y me tambaleo hacia los brazos de D mientras dos guardias de seguridad corpulentos agarran a Kenzo y se lo llevan. Lo veo marcharse con el corazón lleno de miedo y las manos cubiertas de su sangre fresca. Mi miedo se convierte en ira mientras miro a Ryder.

—Tenemos que encontrar a Garrett, luego mataremos a estos hijos de puta. Nadie se lleva lo que es mío —espeto, mientras el ascensor se cierra detrás de Kenzo. No hay nada más que pueda hacer por él, y me niego a dejar que Garrett sufra. A ese hombre ya lo han torturado bastante, no quiero que sufra más pesadillas.

—No sé dónde encontrar al resto de la Tríada. Ve a limpiarte. Registraremos la ciudad y conseguiremos la información como sea. D, ¿adónde vas?

Miro por encima del hombro para ver a D metiéndose en un coche.

—A averiguar dónde está la Tríada, estad preparados.

No pregunto cómo, no me importa. Necesitamos esa información. Ryder entrelaza sus dedos con los míos mientras sube la mano libre para pasarme el pulgar por los labios.

—Kenzo estará bien, mi hermano es un luchador, pero ahora mismo, Garrett nos necesita… quédate conmigo, amor.

Asiento, lamiéndole el pulgar.

—Necesitamos más armas.

—Entonces, vamos a por algunas —murmura, mientras se inclina y me besa con ternura.



No me limpio, pero sí me cambio las bragas y el vestido, porque luchar con las bragas mojadas no tiene gracia. Dejo la sangre seca en las manos y cara. Que la vean, que mueran por mis manos cubiertas con la sangre de mi amante.

Me pongo el vestido rojo que Ryder me compró hace tanto tiempo, luego me pongo los pendientes y el collar. Que todos sepan que soy una Viper. Que han jodido a la familia equivocada.

Cuando me encuentro con Ryder en el salón, está viendo a Kenzo, que ahora duerme. El médico ha logrado detener la hemorragia y lo ha cosido, pero ahora está recibiendo una transfusión de sangre y necesita descansar.

Me inclino sobre su forma postrada y beso sus labios inmóviles.

—Vuelvo pronto, pórtate bien.

Me doy la vuelta y voy a la puerta principal. Kenzo está a salvo, pero Garrett no, y cada minuto que pasa es un minuto en que podría estar siendo torturado o asesinado. Me niego a permitir que pase eso. Estos son mis hombres.

Mi familia.

Nadie les hace daño, salvo yo.

Nadie convierte sus vidas en un infierno, salvo yo. Es hora de que la Tríada se dé cuenta de que no solo han ido a por los chicos, sino que se metieron con una perra despiadada.

Cuando llegamos al aparcamiento, D está esperando ahí.

—Sé dónde está uno de ellos, subid.

Me deslizo atrás y Ryder ocupa el sitio de delante, D sale derrapando del garaje, haciendo que Ryder gruña.

—Tenemos que llegar en una pieza, hermano —espeta.

—Sí, sí, no os mataré. —D se ríe mientras toma la curva tan rápido

que la rueda se sale literalmente de la carretera, así que me abrocho el cinturón. Cuando nos enderezamos, algo da un golpe detrás de mí, haciéndome saltar.

Miro hacia el maletero y frunzo el ceño cuando vuelve a sonar algo, luego oigo el ruido inconfundible de unos gritos amortiguados.

—Esto…, ¿hay alguien atado en el maletero?

—Claro, ¿dónde si no lo iba a meter? —se ríe.

—Vale, D, ¿por qué hay un hombre en el maletero… y cuánto tiempo lleva ahí? —pregunto mientras me agarro a la manilla del coche cuando casi nos estrellamos.

—Lo he secuestrado mientras te ponías ese vestido tan *sexy* —me guiña un ojo—. Por cierto, luego te lo voy a quitar a jirones.

—Los ojos en la carretera —ladra Ryder.

D se ríe y mira adelante, evitando atropellar a alguien que cruza la calle a pie.

—Es el que me dijo dónde está; es su conductor, he tenido suerte.

—Entonces, ¿dónde están? —pregunto.

—Uno de ellos está donde todo empezó: en su restaurante. Así que vamos ahí, lo asusto y lo torturo, consigo la información y libero a Garrett, luego cazamos al otro cabrón, y después hacemos una orgía —se asoma por la ventanilla mientras esquiva a alguien—. ¡Conduces como una puta tortuga!

Miro atrás y me doy cuenta de que es un coche de policía, pero tengo que procesar demasiada información para centrarme en eso. Ryder suspira.

—Sí, vamos a acabar con todo esta noche. Deberían haber sabido que no les convenía meterse con nosotros. Ahora su familia será borrada del mapa.

—¿Hay muchas familias en la ciudad? —pregunto, tratando de pensar en algo que no sea en lo que le está pasando a Garrett.

—Antes las había, pero ahora solo quedan tres en esta zona. Nosotros, la Tríada, y la familia Petrov, los rusos. Ellos van a su rollo y poseen la ciudad de al lado, pero la Tríada siempre ha sido codiciosa y reacia a hacer el trabajo para construir un imperio. Son como ratas tratando de alimentarse de otros.

Paramos delante de un restaurante, y Ryder me mira.

—Mantente cerca, no permitas que vean tu debilidad o lo preocupada que estás por Garrett. Lo usarán a su favor. Esto es un juego, amor, tenemos que jugarlo bien.

—No me gustan los putos juegos —murmuro, y él sonríe con maldad.

—Lo sé, pero yo soy el mejor. Lo recuperaré contigo de mi brazo. ¿Estás preparada?

Asiento, y él se echa hacia atrás y me besa.

—Solo sé tú misma. Confío en ti más de lo que he confiado nunca en los otros, princesa.

Confía en mí.

Echo la cabeza hacia atrás. No lo voy a decepcionar. Me bajo del coche, y él rodea el vehículo y me coge del brazo, llevándome al restaurante como si hubiéramos venido a cenar tranquilamente y no a empezar una guerra. Cuando atravesamos la puerta de madera de la entrada y entramos en un restaurante oscuro e iluminado con velas, oculto cualquier muestra de debilidad. Garrett me necesita, Kenzo me necesita, todos me necesitan. Es hora de dar la talla.

Ryder pasa junto al puesto del *maître*, ignorando al hombre trajeado, luego va hacia un lado antes de subir por una escalera curva. Llegamos al comedor abierto, situado en la parte posterior y con vistas a la zona de abajo, con mesas cubiertas de manteles blancos. A lo largo de la pared del fondo hay ventanales que van del suelo al techo por donde se ve la ciudad iluminada en todo su esplendor. Las paredes son de un negro intenso con acentos rojos y naranjas en cuadros, tapices e impresiones. El techo está cubierto de farolillos colgantes. El ambiente es oscuro y melancólico, y me encanta. Si no fuera por los hombres que lo poseen, querría comer aquí, mirando a la ciudad mientras veo pasar a la gente con la mano de Ryder en mi muslo y Kenzo deslizando los dedos en mis bragas delante de todo el mundo, dejando que la comida se enfríe ante nosotros…

Ryder tira de mí serpenteado entre las mesas hacia una zona elevada al fondo, donde veo una mesa circular, ligeramente oculta detrás de una pantalla blanca cubierta de letras. No miro específicamente a nadie. El restaurante está vacío salvo por los

hombres trajeados, matones a sueldo, que observan nuestro progreso, pero Ryder no tiene miedo. Y yo tampoco. Diesel va detrás de mí.

Tres contra al menos quince hombres. Pero mis chicos no dejan que se les note ninguna preocupación. De hecho, se pasean por la habitación como si fuera suya, el poder emana de ellos en oleadas, y entonces me doy cuenta de lo que significa ser una Viper. Incluso rodeados de enemigos en su propia guarida, seguimos siendo los más temidos.

Los hijos de puta más temidos de la ciudad.

Incluso ante la pérdida, incluso ante la muerte, dominamos esta mierda. Levanto la cabeza y añado confianza a mi andar. Soy una Viper, es hora de que empiece a actuar como tal. Tomamos lo que queremos, hacemos lo que nos da la gana.

Hay un hombre solitario sentado a la mesa, de lado hacia nosotros. Coge una servilleta y se limpia la boca mientras se recuesta y espera a que lleguemos hasta él. Tiene el pelo corto echado hacia atrás, y se parece al hombre asiático del hotel. También tiene un número, el dos, tatuado en el cuello. ¿Esto es como los putos Cosa Una y Cosa Dos?

Ryder retira una silla para mí, sin importarle que no nos haya invitado a unirnos a él, y me siento. La empuja hacia dentro, pero no demasiado para que pueda acceder a mis armas y tenga sitio para moverme rápidamente. Se sienta junto a mí, con las piernas separadas, la mano cerca de su pistola, mientras se echa hacia atrás como si no tuviera preocupaciones en el mundo. Su expresión es fría y vacía, su control habitual colocado de nuevo en su sitio. Envidio esa facultad, no tengo esa clase de control, así que voy a ser como siempre una zorra mala y cruel.

Me relajo en la silla, ladeo la cabeza y dejo que mis ojos le recorran.

—No sé, el número tres tenía más aire de poder…, tú pareces un cagueta.

Sonrío cuando estrecha los ojos y parpadea mirando a Ryder.

—¿Habéis venido aquí sin avisar a insultarme? —espeta, pero hay un temblor en su voz. Esto no entraba en sus planes, no sabe qué

está pasando o qué hacer.

—Por supuesto que no, pero puedes entender la ira de Roxxane. Después de todo, la secuestrasteis y torturasteis.

La cara de Ryder se tensa ante esas palabras, su ira empieza a surgir, así que me inclino y le lamo la oreja, sin apartar los ojos del número dos.

—Mantente frío, amor, puedes desahogarte conmigo luego —murmuro, y él gruñe.

—Ella tiende a guardar rencor. Lo sé por experiencia personal —se ríe—. Pero no, no estamos aquí para hablar. Los dos sabemos que el tiempo de hablar ha pasado. Vuestra familia ha firmado su sentencia de muerte, y ahora tenéis una simple elección: lo rápido que morís.

Sonríe.

Los hombres de la habitación se agitan, y uno en particular se acerca más, con la pistola desenfundada. D se mueve detrás de mí, protegiéndome la espalda. Me enderezo en mi asiento y le guiño el ojo al número dos.

—Tiene razón, sí, guardo rencor. Se me da jodidamente bien. Pregúntaselo a mis chicos. Oh, espera…, si tenéis a uno de ellos.

Muevo el dedo, me inclino en la mesa, mostrando mis tetas mientras cojo su copa de vino y doy un sorbo, observándolo antes de echarme hacia atrás en la silla. Sus ojos parpadean mirando la sangre que aún tengo en la piel, y traga saliva.

—Entonces, ¿dónde está?

Ryder no se pone rígido cuando tomo el control, no, se relaja más, está demasiado afectado para interpretar bien el papel ahora mismo. Yo no tengo que ser comedida, soy la novia despechada, así que puedo parecer tan loca como quiera, y pienso interpretar bien mi papel. Se han llevado lo que es mío.

Me han hecho daño.

Han hecho daño a mi familia.

El número dos se humedece los labios nervioso antes de sonreír.

—Probablemente lo estén abriendo en canal mientras hablamos.

Me quedo quieta y luego, de forma cuidadosa y calmada, pongo la copa de vino en la mesa.

—Voy a preguntarlo una vez más, y deberías saber que cualquier

persona que me ha hecho daño tiende a acabar muerta…, y conoces al hombre que tengo detrás, ¿verdad?

Me relajo contra D, que se inclina y me besa, haciéndome gemir mientras pasa la lengua por mis labios, saboreando el vino.

—Es un maestro de la tortura, y yo he aprendido del mejor, así que, una vez más, antes de que me cabree. ¿Dónde está Garrett?

D me rodea el cuello posesivamente y me echa la cabeza hacia atrás otra vez, besándome con fuerza y mordiéndome el labio hasta que saboreo mi propia sangre. Solo entonces me suelta, y se lame los labios. Con la sangre sin duda goteando, miro al número dos.

—Estoy esperando —ronroneo.

—Que te jodan, zorra estúpida. Estaréis todos muertos cuando esto termine, y nadie se acordará de ti ni de tu jodida familia —gruñe.

Parpadeo, dejando que sus palabras caigan en el silencio durante dos segundos antes de saltar a la acción. Cojo la pistola de Ryder, la apunto al hombre más cercano a él y disparo, dándole justo entre los ojos mientras me echo hacia atrás de la mesa antes de levantarme. Se oyen muchos gritos, luego se sacan las pistolas y se empieza a disparar mientras yo abro fuego cuatro veces más, matando a cuatro guardias antes de darle el arma a Ryder y rodear la mesa hecha una furia. Confío en que me protejan. Oigo a D riéndose y a otros gritando mientras me enfrento al número dos cara a cara. Está enredado en el mantel mientras observa atónito lo que está pasando.

Ha pensado que es intocable, pero se equivocaba. Nadie es intocable salvo nosotros. Todo el mundo puede morir, los mataré a todos para recuperar a mi hombre. Nadie juega con lo que es mío, mi amante emocionalmente herido.

Echo la silla hacia atrás de una patada, y se estrella contra el suelo con un golpe fuerte. Pasando por encima de él, pongo mi pie en su garganta para detener su forcejeo, mi tacón presiona contra su carne blanda. Traga saliva, levanta las manos a los lados en un gesto de paz, con sus ojos asustados fijos en mí. Por fin se está dando cuenta de que su familia está muerta. Todo lo que han hecho para ganar, cada ley y regla que han roto y toda la gente a la que

han sobornado o matado no ha servido para nada. Porque se han vuelto codiciosos y se han llevado algo que no es suyo.

—¿Dónde está? —gruño.

Los disparos se detienen, pero no aparto la mirada mientras D rodea la mesa, se agacha junto al número dos y me mira con sangre en la cara.

—Esto ha sido jodidamente increíble. Te vas a poner esos tacones luego —murmura, mientras Ryder se coloca junto a mí y mira al número dos.

—Te lo advertimos, ¿dónde está? —gruñe.

Oigo un revuelo en las escaleras y D, sin mirar, saca su pistola y dispara. Oigo un gruñido y luego el sonido distintivo de alguien cayéndose por las escaleras.

—Siento lo de tu hermano, aunque era un auténtico gilipollas —sonrío, inclinándome hacia delante como si estuviera compartiendo un secreto—. Gritaba como un cobarde cuando le daba con el bate.

El número dos farfulla, y me río.

—Nunca te metas con un Viper. Ser una mujer no me hace débil. Te has metido con la familia equivocada.

Entrecierra los ojos, pero ve la verdad en mi mirada y se desploma.

—Por favor, no mates a mi mujer, es inocente.

No hablo, pero clavo el tacón más profundo.

—¿Nos habéis ofrecido la misma cortesía? —espeta Ryder.

Cierra los ojos un momento antes de abrirlos y mirarme.

—Lo tienen retenido en la casa de nuestra familia, Rosewater 478. La mansión en la colina que da a la ciudad.

—¿Qué seguridad hay? —pregunto, y puedo sentir la mirada sorprendida y apreciativa de Ryder.

—Más de treinta hombres, los últimos. Mi hermano estará ahí… y también ella —farfulla mientras empujo mi pie un poco más.

—¿Ella?

—Daphne, su ex, estaba trabajando con nosotros —jadea—. Se acercó a nosotros queriendo venganza. Hicimos un trato para mataros a todos, pero ella podía hacer lo que quisiera con él. Nos ha estado suministrando información.

—Ya lo sabía —gruñe Ryder.

—Debería haberla torturado más. —D sonríe—. No volveré a cometer ese error.

Miro a Ryder entonces.

—¿Por qué lo traicionó?

El hombre forcejea bajo mi tacón, así que empujo más fuerte, y empieza a jadear.

—¿Por qué? —insisto mirando a Ry.

Me mira con tristeza.

—Por dinero y poder. Un rival le ofreció de todo, pensó que él se quedaría con la ciudad, pero se equivocó. Casi lo mata, le pagaron para que hiciera justo eso, pero él sobrevivió. La cazamos y D la mató, o eso pensábamos.

—Ahora lo tiene ella —siseo—. Va a acabar lo que empezó —susurro conmocionada—. Ryder, tenemos que ir a por él ahora.

Asiente y saca el teléfono, así que vuelvo a mirar con saña al número dos.

—¿Algo más?

Niega con la cabeza, los ojos muy abiertos, así que cojo mi pistola, la que me regaló Garrett, y le disparo en la cara. Explota, y cierro los ojos mientras sus sesos y vísceras nos cubren a D y a mí. Una parte incluso le da a Ryder, pero él no pestañea.

Alejándome, me quito los tacones, y con un grito, se los clavo en el pecho antes de levantarme y echarme el pelo hacia atrás.

—Vamos a por él —exijo, mientras me doy la vuelta y me abro paso entre los cadáveres con mis hombres detrás de mí.

Lo que empezó como un trato de negocios ahora se ha convertido en mi vida. Hay una cita antigua: «Échame a los lobos, y volveré liderando la manada». Me echaron a los Vipers, y ahora son míos.

Nunca subestimes a una mujer, porque las que son vistas como débiles tienen mucho menos que perder que las que lo tienen todo.

Estoy acostumbrada a ser la más desfavorecida, pero ya no es así. No, soy una jodida reina Viper, su chica, y voy a decírselo a toda la ciudad esta noche después de recuperar a mi hombre y de matar a la Tríada para siempre. Nadie volverá a venir a por nosotros nunca más, que esto sea su última advertencia.

Poseemos esta ciudad.
Los poseemos a ellos.



53
GARRETT

Sé al instante que algo va mal, la cama que siento bajo mi cuerpo es demasiado blanda para ser la mía. El olor tampoco es el correcto, por no mencionar que tengo los brazos tensos y las piernas en un ángulo incómodo. Me duele la cabeza como si me hubieran dado demasiados golpes. No se lo hago saber a quien esté observando, mi respiración permanece igual, incluso mientras mi ira ahuyenta la confusión que se mueve lentamente por mi sangre.

El hotel.

La azotea…, Kenzo.

Joder, espero que esté bien. Si alguien puede sobrevivir a una puñalada, es ese capullo escurridizo, pero ahora mismo, yo también tengo problemas. Han venido a por mí, era una jodida trampa, me querían a mí, pero ¿por qué?

Giro las manos de forma experimental y descubro que tengo las muñecas atadas, así como los tobillos. Estoy extendido en cruz y me da el aire fresco, haciéndome temblar. Trato de contener el pánico por estar atado otra vez, mientras algunos destellos del pasado se cuelan en mi mente. La habitación huele a limpio, como a menta y lejía, pero la cama parece deshecha y revuelta.

¿Adónde coño me han llevado?

Voy a matarlos a todos. Tenía planes, como recordarle a Roxy que era mía y que no puede dejar que la secuestren…, y luego voy y dejo que me rapten.

No entiendo por qué me han elegido justo a mí. La jugada más

inteligente habría sido llevarse a Ryder o, joder, incluso a Diesel para que no les diera caza. No, esto parece algo personal. Justo cuando pienso eso, oigo que se abre una puerta cerca. Mantengo los ojos cerrados y la respiración uniforme mientras espero. Se oyen unos pasos suaves, amortiguados por la moqueta, cada vez más cerca de mí.

Su perfume es lo que me llega primero. Incluso ahora, sigue llevando el mismo Chanel que apesta a meados, y entonces sé por qué yo. Es ella. Me quería a mí. Probablemente ha sido la condición que puso para trabajar con ellos, esa estúpida zorra. Después, siento su uña larga, recorriendo mi pecho, y me doy cuenta de que estoy desnudo, atado e indefenso ante ella una vez más.

La vida es una puta mierda.

Sobreviví a esto una vez, puedo hacerlo otra, pero me niego a ser el mismo chico que se sentía conmocionado y traicionado. Soy un puto Viper.

Abro los ojos y me encuentro con el suyo. Me sonríe mirándome desde arriba, con la cara medio quemada. Por fin, la podredumbre que tiene dentro se muestra por fuera.

—Tienes un aspecto jodidamente horrible —me burlo.

Frunce el ceño y entrecierra los ojos, clavándome las largas uñas en el pecho.

—¿Y tú tienes mejor aspecto? Pobre Garrett, tan pequeño y maltratado. Me pregunto, ¿aún puedes empalmarte con una mujer, o tiene que andar cortándote?

—¿Así que trabajas para la Tríada? ¿Cuántas pollas tuviste que chupar para que te hicieran caso? —me burlo con maldad.

Gruñe y me clava la mano más profundamente, cortándome la piel, pero ni siquiera reacciono, lo que la cabrea.

—Ninguna, quieren que desaparezcas. Hicimos un trato para que pudiera tenerte. Ahora mismo, tu putita y tus hermanos están siendo asesinados.

—Lo dudo —me burlo—. Nunca podrás matarlos, especialmente a Rox, esa perra es demasiado cabezota para morir.

Al oír su nombre, Daphne gruñe y arrastra las uñas por mi pecho destrozado, haciéndome gruñir de dolor mientras me saca sangre.

—¿Sí? Entonces vivirá lo suficiente para recuperar tu cuerpo roto y ensangrentado. Morirás esta noche, como deberías haber muerto entonces, pero eso no significa que no podamos divertirnos un poco primero.

Mueve las pestañas, y su cara medio derretida te tensa en lo que supongo que pretende ser una expresión seductora. Jesús, ¿cómo pude follarme a esta mujer?

—No, gracias, preferiría meter mi polla en una motosierra, sería más divertido que tu coño rancio —me río.

Me clava las uñas en el estómago, haciéndome encoger mientras la maldigo. Riéndose, se echa hacia atrás y se lame mi sangre de las uñas, lo que me hace tener arcadas.

—Estás muy jodida de la cabeza.

—Cierto, pero ya estoy cansada de hablar. ¿Qué tal si recreamos viejos tiempos?

Saca un cuchillo y lo deja brillar bajo la luz, enseñándomelo.

—Este es el mismo cuchillo que usé contigo la última vez. Lo guardé como recuerdo, pero entonces tuviste que ir y sobrevivir, ¿verdad?

No respondo, solo aprieto la mandíbula mientras bloqueo los recuerdos de despertar en el hospital con tubos en la garganta mientras entraba en pánico. Me niego a dejarle ver lo mucho que me está afectando, cómo el terror está inundando mi cuerpo. Me niego a darle más poder sobre mí del que ya tiene.

Se sube a la cama junto a mí, pero me giro cuando desliza el cuchillo por mi cara. Gruñe y me agarra la barbilla, tirando de ella para darme la vuelta, y sus labios se estrellan contra los míos. Su sabor me da arcadas. M aparto de un tirón y, de paso, le doy un cabezazo por tocarme. Se aleja con un grito, pero vuelve en un instante. Siento el cuchillo contra mi polla, pero su labio partido y lleno de sangre me hace sonreír.

—Me pregunto si tu pequeña Roxy sabe que solías disfrutar haciéndome daño. ¿Sabe que eso te excitaba? ¿Que te gustaba verme con otros? —susurra.

No puedo evitar sonreír con suficiencia.

—Era la única manera de que pudiera correrme contigo. Ni

siquiera sabía lo incorrecto que era eso hasta que la conocí a ella. También me gusta hacerle daño, pero a Roxy le encanta, se corre en mis dedos y en mi lengua por el dolor mientras también se folla a mis hermanos.

Se lo echo en cara, sabiendo que ella también los deseó, así como el poder y el dinero que habría conseguido siendo su chica. Pero ellos la odiaban, podían oler su miedo y vieron la verdad antes incluso que yo. Me clava el cuchillo en el muslo cerca de mi polla con un gruñido, y me quedo helado.

—¡Está jodidamente muerta de todas formas! —grita, antes de respirar profundo—. Y pronto tú también lo estarás, y yo seré la reina, tendré dinero y poder.

Resoplo.

—Deliras. Una vez que hayan acabado contigo, te matarán. No pueden venderte, eres demasiado fea para ese negocio. No, lo harán rápido. No eres nada. Solo una perra marchita, vieja y cazafortunas. Nunca serás nada más.

Con un chillido, pasa las piernas por encima de mí y empieza a apuñalarme. Los gritos se me quedan atrapados en la garganta mientras me sacudo tratando de quitármela de encima, mi sangre cubriendo la hoja y salpicando sus manos y brazos mientras chilla salvajemente.

¡Joder!

No puedo morir aquí, no puedo…



54
ROXY

Corremos hacia la casa. Tony, Sam y los demás guardias nos siguen en otro coche, pero no voy a esperarlos. Ella lo matará, pero hará que sea doloroso. Ha llegado el momento de que muera esa perra. Estoy harta de que su fantasma le haga daño.

Solo yo puedo hacer eso.

Cuanto más nos alejamos de la ciudad, más silenciosas se vuelven las carreteras. Diesel nos pasa más armas que tenía en el coche, y luce otra riñonera, pero esta vez lleva un sol feliz y radiante En serio, ¿las colecciona o qué?

Voy a tener que investigar ese tema en cuanto volvamos, porque es muy raro ver a este hombre, grande, malo, loco y hermoso… con una riñonera tan brillante. También es extrañamente excitante. Aunque esta vez no le pregunto qué lleva dentro.

—Diesel, tú a la izquierda, yo a la derecha. Los otros van por la puerta trasera. ¿Amor? —Ryder me mira mientras conduce, y me agarra la mano un segundo para apretarla—. Necesito que saques a mi hermano. Estará en algún sitio del segundo piso.

Tomo aire, sabiendo que confía en que lo haga, pero asiento y agarro el bate entre mis piernas con más fuerza.

—Esa zorra es mía.

Sonríe y vuelve a mirar la carretera. Es larga y serpenteante, mientras subimos por la colina hacia la mansión iluminada en la cima. Desde aquí se ven los balcones de cristal que rodean el edificio blanco de dos plantas. Es una casa bonita, que habrá desaparecido

al final de la noche.

Paramos detrás de la verja y salimos, contamos con un montón de guardias armados hasta los dientes. Llega otro coche, y todos cargamos las pistolas y esperamos, los faros nos ciegan un poco hasta que se abre la puerta del conductor y Kenzo se tambalea hacia fuera.

Nos sonríe.

—No habréis pensado que podríais dejarme atrás, ¿verdad? —Se ríe mientras camina hacia nosotros. Su pecho está cubierto por un chaleco, pero se inclina ligeramente hacia un lado.

—No, vete a casa, hermano —ladra Ryder—. Estás herido.

Él pone los ojos en blanco mientras nos alcanza, y me besa con fuerza.

—Hola, cariño. No pensarías que iba a dejar que te divirtierais sola, ¿verdad?

—Kenzo… —empieza Ryder, pero Kenzo le gruñe.

—También es mi hermano. Estoy aquí, no me voy a casa, y tú tampoco lo harías. Hacemos esto juntos. Cada minuto que perdemos, podría estar muriendo, así que por una vez, cállate y escúchame —espeta Kenzo antes de bajar la voz—. Estoy bien, el médico me dio algo para el dolor que mantendrá mis músculos relajados y no se me abrirá los puntos a menos que haga una estupidez.

—¡Joder! —grita Ryder, pero se gira a mirar la casa, sabiendo que tiene razón—. Vale, aunque te quedas cerca de mí —exige

—Entendido, hermano —Kenzo me mira y me guiña un ojo—. No creas que he olvidado nuestra apuesta. El médico ha dicho que incluso has llorado, qué mona. Sabía que me querías.

—No he llorado, joder, había polvo. Sigo odiándote —gruño, incluso mientras me pongo de puntillas y le beso fuerte—. No hagas ninguna tontería.

Me giro hacia Ryder, le agarro por la camisa para arrastrarle hacia mí y besarle también. Gime en mi boca mientras me aparto jadeando, luego me dan la vuelta y me inclinan; es Diesel quien me besa.

—Luego, pajarito —promete, mientras me deja levantarme.

Mi corazón está acelerado y la excitación fluye por mis venas, pero ahora no es el momento. Tengo que rescatar a un hombre, y pienso a llamarle princesa Garrett durante el resto de nuestros días. Él podrá decir que soy su caballero blanco.

Todavía llevo puesto el vestido, así que Ryder me abrocha un chaleco por encima, su chaleco, sin decir palabra, y luego nos acercamos a la verja. No nos colamos a hurtadillas ni llamamos al timbre, Diesel la hace explotar, riéndose para sus adentros todo el tiempo. Lo juro, entiendo por qué la gente le tiene terror, pero cuando le miro, todo lo que quiero es montarme en ese tren de locura.

Montarle literalmente.

Pero como ha dicho: «luego».

Aunque funciona. Los guardias salen de la casa a carreras, y los abatimos mientras avanzamos por el sendero, yo, que soy la más lista, voy detrás de una línea de hombres. La puerta principal está abierta, la sangre de los guardias ahora muertos llena los escalones mientras accedemos al vestíbulo. Echo un vistazo rápido alrededor. Es una casa bonita, con paredes blancas y suelos de mármol, veo una gran escalinata a la izquierda, obras de arte en las paredes, y grandes lámparas de araña decorativas. Grita dinero, y puedes ver toques asiáticos desperdigados aquí y allá. Realmente es preciosa, qué pena.

Espero a que los chicos se separen, y Ryder me mira y asiente. Me pongo el bate al hombro, sujeto la pistola en la otra mano y tomo una respiración profunda mientras vuelan las balas. Corro hacia las escaleras. No tengo tiempo que perder, podría matarle si nos oye venir. No puedo permitir que pase eso, todos esperan mucho de mí, él lo espera.

Los Vipers solo mueren si los mato yo.

Subo las escaleras de dos en dos, me agacho cuando estalla una explosión y sigo ascendiendo hasta que estoy de pie en el rellano. Se abre un salón ante mí, y solo hay un pasillo que sale de él. Tiene que estar ahí. Atravieso el salón pegada a la pared y, aun así, llega un disparo por el pasillo directamente hacia mí. Jodido cabrón.

Sujeto con fuerza la pistola, me asomo por la esquina y abro

fuego. Oigo a alguien gritar, pero el pasillo está demasiado oscuro para ver. Sigo mi camino por él, aunque casi tropiezo con un hombre que se agarra el brazo. Balanceo el bate y golpeo su pierna, cogiéndolo por sorpresa. Oigo el crujido cuando cede, así que vuelvo a repetir el golpe, esta vez desde la otra dirección. Se desploma en el suelo con la pierna doblada en dos sitios. Está inconsciente, pero no puedo dejar que se me acerque a hurtadillas, así que cojo su pistola y le disparo antes de seguir.

«Vamos, Garrett, ¿dónde coño estás?».

Los disparos en el piso de abajo parecen volverse más y más lejanos cuanto más serpenteo por el pasillo hasta que no se oyen. Joder, cuando esto termine, necesito irme de vacaciones y follar mucho… Tener orgasmos. Muchos, muchísimos orgasmos.

Quiero sentir que me muero por ellos. Putos Vipers y sus putos enemigos siempre interponiéndose en mis planes sexuales… Hay una puerta a la izquierda y, recordando lo que vi en las películas, pego la espalda contra la pared y tarareo la sintonía de *Misión: Imposible*. La abro de golpe y entro. Está vacía, y me siento un poco tonta, pero me escabullo y voy a la siguiente. Solo hay tres. Esta da a un baño vacío, así que tomo aire y me acerco a la del final.

Tiene que ser esa.

¿Está Garrett detrás de esta puerta? Joder, que esté bien. No soy de las que rezan, pero ahora mismo, estoy rezando a cualquiera que escuche, Dios y Satanás, porque seamos realistas, si alguien va a respaldarnos, probablemente sea el diablo.

Alargo la mano, agarro el pomo plateado y me preparo para lo que pueda encontrar al otro lado. Cuando la abro de golpe, solo tengo una fracción de segundo para asimilar lo que veo, y cuando lo hago, la ira me invade otra vez.

Esta jodida perra.

Está colocada sobre él, a horcajadas sobre su regazo; Garrett está desnudo y cubierto por la sangre que mana de varias heridas. Tiene las manos y los pies encadenados, mientras ella sostiene un cuchillo sobre su pecho resbaladizo y ensangrentado.

La cara de Garrett está retorcida en un gruñido de terror, sus ojos son salvajes y están muy abiertos. Puedo sentir su ira, su dolor y su

terror desde aquí, y ver los fantasmas que lo rodean. En esa fracción de segundo, la odio más de lo que he odiado a nadie nunca.

No solo porque él la amaba y ella le traicionó, sino por el dolor con el que sé que tendrá que vivir otra vez después de esto. El odio me invade, haciendo que mis movimientos se vuelvan espasmódicos; debo de hacer algún ruido, porque ella empieza a girarse hacia mí.

Nunca he querido hacer daño a alguien antes, pero quiero sentir cómo ella sangra, oír sus gritos y saber que está sufriendo tanto como lo ha hecho sufrir a él. Es una expectativa, y ahora lo entiendo todo. Entiendo por qué D hace lo que hace, por qué Garrett lucha. Yo también lo necesito.

Necesito que esta zorra sufra.

Cruzo la habitación mientras levanta la cabeza, veo que se le abren mucho los ojos y su boca se desencaja. Balanceo el bate, ganando impulso hasta que estoy junto a ella, y entonces se lo estrello en la cara.

Sale volando de la cama, y me lanzo tras ella. Le aterrizo encima sobre la alfombra. Grita, buscando a tientas el cuchillo que se le ha caído, entonces, suelto el bate y le doy puñetazos en la cara una y otra vez.

—Es jodidamente mío, maldita chupapollas, hija de puta, psicópata de mierda.

Sé que me salen palabras de la boca, pero solo soy consciente del horror y el dolor que retuerce la cara de Garrett, del cuchillo cubierto con su sangre, de la sonrisa que curva la boca de esta zorra.

La sangre burbujea de sus labios mientras jadea y lucha debajo de mí.

—¡Espera! —grita con la voz ahogada, pero no puedo oírla. Solo veo la sangre que la cubre, la sangre de Garrett. Más palabras salen de mis labios mientras estrello los puños en su cara una y otra vez. Siento que se me agrietan los nudillos, que mi propia sangre se une a la suya y la de Garrett, pero el dolor solo se suma a mi odio.

No puedo parar.

Le rompo la nariz, el sonido es fuerte, y sus labios revientan como fruta madura. Su cabeza se sacude de lado a lado con mis golpes. Se le está hundiendo la cara, se le apaga el ojo mientras la mato.

Aún no es suficiente, nunca será suficiente. Cuando físicamente no puedo golpearla más, dejo caer mis manos sobre su pecho, jadeando con fuerza, y miro la masa sangrienta que una vez fue una mujer.

Mis propias manos están resbaladizas con su sangre, aunque sé que parte es de Garrett. Con un grito de dolor, echo el puño hacia atrás y se lo estrello en la cara otra vez. Tengo los brazos doloridos como si hubiera estado levantando pesas.

Me dejo caer a un lado con la respiración acelerada y me arrastro por el suelo hasta la cama antes de ponerme de forma tambaleante en pie. Ignoro su cuerpo inmóvil y ensangrentado para correr hacia Garrett, que se agita y grita encadenado. Sus ojos muestran una mirada salvaje, tiene el pecho agitado y la sangre cubre la cama.

No me ve.

La está viendo a ella, perdido en sus propios recuerdos y el pánico. ¡Joder!

Pero tengo que intentarlo, tengo que conseguir que me vea, así que me subo a su lado y tiro de las cadenas, tratando de liberarle, sabiendo que es mejor no tocarle ahora mismo. La llave tiene que estar en algún sitio. Para de moverse, y bajo la vista a esos ojos dañados y llenos de dolor. No puedo evitarlo; las lágrimas se deslizan por mis mejillas mientras encierro su cara entre mis manos manchadas de sangre.

—Estoy aquí, grandullón, ya no puede hacerte daño otra vez —susurro, antes de ahogarme en un sollozo. Deslizo las manos hacia las cadenas, pero mis dedos torpes y cubiertos de sangre no hacen más que resbalar. Por fin logro abrir una.

Es un error.

No lo veo venir, y él no me ve a mí, no, la ve a ella. Su mano sale disparada y me rodea el cuello. Me empieza a apretar con fuerza, cortándome el suministro de aire. Abro mucho los ojos mientras subo la mano para arañar la suya antes de detenerme, eso no ayudará. En su lugar, me relajo en su toque, incluso mientras mis pulmones gritan por aire.

«Tienes que verme, grandullón, por favor, siénteme. Mírame. Vuelve a mí», le suplico sin palabras mientras me relajo bajo su

contacto.

Todo empieza a volverse oscuro. Si muero aquí, bajo sus manos, que así sea. Pero sé que eso lo mataría más que cualquier cosa que ella le hiciera, así que lucho, aguantando como puedo, sosteniéndome con la esperanza de que no esté demasiado perdido.

Que pueda ahuyentar esos demonios y volver a mí.

«Por favor, vuelve a mí».

—¿Nena? —grazna, sus palabras son roncas. Abro los ojos de golpe.

Lo veo separar los labios, parpadear con rapidez, y sé que es él. Baja la vista hacia su mano y suelta un grito, apartándola de un tirón. Me dejo caer hacia delante, débil, respirando con desesperación. Le oigo tirar de las cadenas, sin duda para llegar hasta mí.

—Estoy bien, estoy bien —grazno, y le siento quedarse quieto a mi lado.

—Nena, Dios, lo siento. Joder, Dios, lo siento tanto… —Levanto la cabeza al percibir el dolor en su voz y veo sus ojos llenos de lágrimas—. No podía verte, no podía, lo juro, pensaba que era ella, pensaba que era ella. —Grandes sollozos sacuden todo su cuerpo, y no importa lo cansada, lo débil que me sienta, me arrastro hasta él y me recuesto en su pecho, poniendo mi frente contra la suya mientras ahueco las manos sobre sus mejillas y le limpio las lágrimas.

—Lo sé, shhh, estoy aquí. Siento no haber llegado más rápido, pero nunca más te hará daño, lo prometo. Dios, cariño, lo siento —susurro. Mis propias lágrimas caen en su cara.

Solo somos dos almas rotas que se vuelven a encontrar en un dormitorio manchado de sangre, ambos perdidos hasta que nos encontramos en brazos del otro. Su dolor es mío, y ahora mismo, desearía poder quedármelo todo. Drenárselo. Quiero de vuelta a mi cabrón cruel y despiadado, el que no teme a nada, pero ahora mismo necesita ser débil.

Necesita que lo abrace mientras está vulnerable para que pueda ser ese hombre otra vez, para que pueda encontrar el camino de vuelta. Así que, aunque sé que tenemos que movernos, lo abrazo,

besándole toda la cara.

—Está bien, estoy aquí, se ha ido.

Sigo repitiéndolo.

—¿Nena? —grazna finalmente, y vuelvo a mirar esos ojos—. Te odio —susurra con una sonrisita curvando sus labios temblorosos.

—Yo también te odio —susurro, mientras me inclino y lo beso con ternura—. Mejor nos vamos, grandullón, ¿vale?

Asiente y toma aire; parece que ha recuperado un poco el control de sí mismo.

—Sí, ¿están los demás aquí? —pregunta, aclarándose la garganta.

—Abajo —digo, mientras me siento y le desato la otra mano antes de arrastrarme por la cama y liberarle los pies. Una vez libre, trata de sentarse pero se desploma hacia atrás, sin duda por la pérdida de sangre y el *shock*. Le ayudo a incorporarse—. Tómate tu tiempo.

—¿Dónde está ella? —gruñe, y señalo por encima del borde de la cama.

—Muerta, perdón, no he podido evitarlo. —Me encojo de hombros, sabiendo que probablemente quería hacer él los honores.

—Bien —espeta, y toma aire, desplazándose al borde de la cama. Me pongo de pie, manteniendo los brazos extendidos por si se cae mientras se apoya en la cama y se levanta con una mueca de agonía.

—Solo tenemos que bajar, grandullón, luego nos vamos a casa —le aseguro, y me mira y ofrece una sonrisa que me rompe el corazón.

—Mi casa está donde tú estés —susurra.

—Sí, ya. Has perdido demasiada sangre, luego te odiarás por decir eso —le tomo el pelo—. Pero no te preocupes, te lo recordaré cuando vuelvas a llamarme mocosa.

Resopla y luego gime de dolor, cubriéndose el pecho con el brazo. Tiene pequeñas marcas de cuchillo y heridas punzantes por todas partes; son demasiadas para contarlas, y esa es probablemente la razón por la que hay tanta sangre. Además está desnudo, así que me pongo a revolver hasta que encuentro un chándal y luego me arrodillo a sus pies.

—Usa mi cabeza para apoyarte, deja que te ayude —ofrezco,

mientras lo sujeto ante él.

Se agarra a mi pelo mientras levanta un pie tras otro, luego le subo el chándal antes de ponerme de rodillas para cubrirle del todo. No puedo preguntarle ahora si ella le ha hecho daño de esa manera, pero si quiere hablar de ello, estoy aquí. No le presionaré. Estoy jodidamente contenta de que esté vivo.

Me pongo de pie, me coloco su brazo sobre los hombros, y salimos de la habitación tambaleándonos. Logra sostener algo de su peso, pero cuanto más caminamos, más se apoya en mí. Avanzamos muy despacio, y cuando llegamos a las escaleras, ya no se oye ninguna lucha. Cada escalón es una agonía para él, y tengo que apretar los dientes para poder cargar con su peso.

Cuando llegamos abajo, ambos estamos jadeando y cubiertos de sudor. Le guio entre los cuerpos, asegurándome de que no está allí ninguno de mis chicos. Veo a Sam en la esquina y me quedo quieta un segundo. Sus ojos ya no tienen vida, están ciegos, su cara pálida, hay una pistola en el suelo junto a él como si la hubiera dejado caer, y tiene un agujero en el pecho.

Me doy la vuelta mientras trago saliva; sé que necesito sacar a Garrett de aquí. Los chicos nos encontrarán fuera, lo sé. Tienen que hacerlo. Vamos a la puerta y bajamos por el sendero, cada paso es más lento que el anterior, hasta que sostengo casi todo su peso.

—Vamos, grandullón, joder, quédate conmigo, ¿vale? No queda mucho —gruño.

—Te quiero, nena —arrastra las palabras, y levanto la vista para ver que tiene la cara pálida y le gotea del pecho demasiada sangre.

—¡Ni de coña, aguanta! —exijo, y vuelve a resoplar.

—Siempre tan mandona… —murmura.

—Ya lo sabes, así que escúchame por una vez, gilipollas. —Le arrastro tanto como puedo, pasando la verja.

Entonces oigo un ruido y miro atrás mientras sostengo a Garrett contra mí. Veo a Ryder avanzando hacia nosotros a grandes zancadas. Desliza la cabeza bajo el otro brazo de Garrett y me ayuda. Kenzo no está lejos, pero se está sujetando el estómago y haciendo muecas, por lo demás parece estar bien.

—¿Dónde está D? —pregunto preocupada.

Justo entonces le veo salir como si tal cosa de la casa con un cigarrillo en la boca. Me saluda casualmente antes de tirarlo a la edificación y echar correr hacia nosotros.

Tarda apenas tres segundos.

La casa explota.



55
DIESEL

Garrett tiene muy mal aspecto. Está pálido y pierde mucha sangre. Hemos logrado meterle en el asiento trasero, pero hemos dejado a Tony para que limpie y se encargue del número uno. Luego nos lo llevará a casa. Lo único que importa ahora es nuestra familia.

Nuestra familia rota. Kenzo está herido. Garrett está muriendo…, no puede ser, joder, no puede morir.

No puedo perderle.

El pánico me invade de tal forma que me pongo a golpear el salpicadero con la cabeza para silenciarlo. Ryder me mira, con cara sombría, mientras arranca el coche y mete la marcha atrás.

—No puede morir, morir, no morir, no puede morir.

Ni siquiera sé que estoy hablando hasta que recibo una palmada en la cabeza.

—¡No está muriendo, joder!, ¿me has oído? ¡Así que cállate, D! —grita mi pajarito, pero cuando miro hacia atrás veo lágrimas en sus ojos. Tiene el vestido desgarrado y cubierto de sangre, y el terror que invade su expresión tiene solo una explicación: a pesar de su grito, le preocupa lo mismo que a mí.

—Pajarito —susurro, tratando de consolarla, pero Garrett gime justo en ese momento, y ella se gira hacia él.

—Estoy aquí, grandullón, estoy aquí —susurra, y él abre un poco los ojos.

—Perdón, nena —murmura.

—No, no te disculpes. Solo quédate conmigo, ¿vale? —exige, y él

resopla y luego grita de agonía. El sonido invade el coche y hace que Ryder pise a fondo el acelerador. Me voy hacia atrás en mi asiento mientras Kenzo agarra con fuerza la cabeza de Garrett para impedir que se mueva.

Se tranquiliza, pero parece estar casi inconsciente. Con cada kilómetro que pasa, siento más pánico, y solo soy capaz de pasar la vista de la carretera a él.

Echo un vistazo al asiento trasero, observo a nuestra chica apretar el vestido contra el pecho de Garrett para contener la hemorragia, con una expresión de determinación en la cara. A pesar del miedo que me recorre, no puedo evitar admirarla cuando se inclina hacia su cara y le da una bofetada.

—Joder, no me dejes, ¿me oyes? Si alguien va a matarte, seré yo, ¡así que lucha!

Él abre los ojos otra vez, curvando los labios.

—D nos dijo que te gustábamos.

—Joder. —Se ríe, pero el sonido queda ahogado por las lágrimas —. Sigo odiándoos, capullos.

Cuando cierra los párpados otra vez, ella se inclina.

—Por favor, por favor, no me dejes, todo el mundo me deja, por favor, no lo hagas tú también.

Su súplica desgarrada invade el coche, y las lágrimas se me acumulan en los ojos mientras la observo.

Si pudiera hacer algo, lo haría. Si pudiera salvarle a él o a ella de este sufrimiento, lo haría, pero no puedo, y sentirme inútil me mata. La mano de Garrett cuelga del asiento, así que alargo la mía y se la aprieto.

—Aguanta, hermano —ordeno—. ¿Quién me impedirá hacer locuras si tú no estás?

—¿Quién evitará que Ryder sea tan gilipollas? —Kenzo se ríe, pero el sonido es débil.

—¿O que Rox mate a todo el mundo? —añade Ryder.

—Sí, cabrones, me necesitáis —murmura Garrett, haciéndonos reír a todos.

—Sí, grandullón, te necesito, ¿vale? Por favor, aguanta —le suplica, besándole con ternura.

—El médico sigue en casa. Le he dicho que no se fuera por si alguno resultaba herido —nos informa Kenzo—. Solo tenemos que llegar.

Los siguientes kilómetros los recorremos en un silencio solo roto por la respiración irregular y gorgoteante de Garrett y los susurros de mi pajarito. Parecen funcionar, porque cuando llegamos al garaje, sigue con nosotros. No podemos ir al hospital, hacen demasiadas preguntas. No, aquí está mejor. Lo subimos lo más rápido que podemos, pero se niega a soltar la mano de Rox, incluso cuando lo ponemos en la mesa y el médico empieza a tratarlo.

—Por favor, necesito espacio —dice el doctor, y ella retrocede, pero Garrett se incorpora de golpe.

—¡Roxy! —grita salvaje, así que ella corre a su lado, y lo calma para que se tienda de nuevo en la mesa.

—Tengo que sedarle —murmura el médico, y lo hace antes de que Garrett pueda protestar. Todos observamos con los corazones atenazados por el miedo a perder a nuestro hermano. Permanecemos erguidos, hombro con hombro, mientras nuestra mujer lo abraza y el médico trabaja.

Pasan horas hasta que el doctor retrocede exhausto y asiente.

—Si pasa la noche, vivirá.

Garrett sigue inconsciente, y a estas alturas, mi pajarito parece muy cansada, se balancea sobre sus pies, aunque no creo que se dé cuenta. Está pálida y parece perdida. ¡Es tan pequeña! Está demasiado silenciosa para ser nuestra Roxy y eso no me gusta.

No puedo ayudar a mi hermano, pero sí a nuestra chica. Miro a Ryder y señalo con la cabeza a Rox. Asiente mientras ayuda a Kenzo a sentarse para que el médico mire sus puntos. Aparto la vista de ellos y me acerco a ella.

La sangre le cubre las manos; es la sangre de mi hermano y la sangre de su amante. No se mueve ni habla, está pálida y conmocionada, así que suavemente la levanto y la acuno entre mis brazos. La llevo al cuarto de baño, porque no quiero que esté lejos por si él se despierta y empieza a luchar otra vez cuando no la vea, pero ella también necesita que la cuiden.

No pelea ni habla, y eso me dice todo lo que necesito saber. Abro

el grifo y le limpio las manos con rápida ternura. Hago una mueca al ver sus nudillos agrietados antes de lavarle los brazos y la cara. Se inclina hacia mi contacto mientras le caen las lágrimas de los ojos cerrados.

—Casi lo perdemos, casi los perdemos a ambos.

—Pero no lo hemos hecho, pajarito —murmuro bajito—. No lo hemos hecho, gracias a ti, y ahora nos toca cuidarte.

Levanta la cabeza, sus ojos por fin se encuentran con los míos.

—¿D? —susurra.

—¿Sí, pajarito?

—Dime algo, lo que sea, para mantener la mente ocupada —susurra tan rota, que quiero apuñalar a todo el mundo. Nadie le hace daño a mi pajarito, nadie la hace llorar, ni siquiera mi propio hermano. Cuando Garrett sobreviva y esté mejor, le voy a dar una paliza.

—Nunca conocí a mi verdadero padre. Me gustaba fingir que era el hombre con el que salió mi madre durante la mayor parte de mi infancia. Pero luego se fue, como todos los demás. Traté de encontrarlo una vez —admito, compartiendo algo que nunca le he dicho a nadie.

—¿Lo hiciste? —pregunta, pareciendo más receptiva ahora.

—No, probablemente será algún contable aburrido de cojones, ¿te lo imaginas? —bromeo, y ella se ríe por lo bajo—. Ya lo sé, ya lo sé, coméntaselo a alguien y te mato, pajarito.

—Te quiero —susurra, apoyando la cabeza en la mía.

—Yo también te quiero, pajarito —respondo.

Nos quedamos así un rato, mirándonos a los ojos; dejo que descanse, se relaje y lo procese todo, mientras me quedo a su lado. Sus ojos no se apartan de los míos cuando la acaricio, paso la mano por sus muslos, su pelo, sus manos, por cada pequeño trozo de ella hasta que se acurruca contra mí.

—¿Puedo verlo?

La levanto en los brazos, la llevo de vuelta al salón y acerco una silla antes de sentarme y colocarla en mi regazo. El médico la examina y le venda los dedos rotos, le limpia los cortes, y le da puntos en uno. Además, tiene las costillas magulladas, pero no hay

mucho que pueda hacer al respecto hacer salvo darle analgésicos, que ella acepta. También ha sufrido golpes en la cabeza, y le advierte que podría tener una conmoción cerebral.

Cuando termina, nos acercamos más a Garrett. Ella alarga la mano hacia él y entrelaza sus dedos. Él tiene la cabeza girada hacia nosotros, pero sus ojos están cerrados. Nunca lo he visto tan en paz.

—Te quiere —le susurro—. Más que a nada en este mundo. Nunca ha temido perder o morir antes hasta que te conoció.

Se estremece contra mí, y Ryder y Kenzo se sientan cada uno a un lado. Y así es como nos quedamos toda la noche, con los ojos clavados en nuestro hermano, que está luchando por su vida, y nuestra mujer con nosotros.

Cuando sale el sol, Ryder hace café; le pasa uno en silencio a mi pajarito antes de sentarse de nuevo.

—Se pondrá bien —susurra ella.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Ryder, con la voz llena de cansancio.

—Porque es un Viper. Los Vipers no mueren —afirma. Es lo que hemos dicho durante años, y es como si algo encajara en su sitio. Es brutal la facilidad con la que se ha metido en nuestras vidas hasta convertirse en el centro de nuestro mundo. No va a ser fácil, joder, y me alegro de que no lo sea porque lo fácil es aburrido, pero tenerla en mis brazos hace que toda la sangre, todo el dolor y los juegos de poder valgan la pena.

Y cuando Garrett gime y abre los ojos, y su mirada encuentra la de Roxy, está claro que sin ella… no somos nada. Lo que empezó como un trato de negocios ha crecido hasta convertirse en algo mucho más importante de lo que podríamos haber imaginado nunca. Ahora tenemos una vida. Un hogar.

Amor.

Lo que ninguno de nosotros pensaba que necesitaba, incluyendo a mi pajarito. Y ahora lo tenemos juntos, y nunca vamos a dejarlo ir. Ni a Rox.

La perseguiría hasta los confines de la tierra y la arrastraría de vuelta, aunque pataleara y gritara…, en realidad, eso sería divertido.

—¿Por qué coño tenéis esa pinta tan lúgubre? —pregunta Garrett

con la voz ronca, luego tose.

Todos nos miramos antes de estallar en risas.

Los Vipers nunca mueren.

Los Vipers nunca caen…, a menos que sea por culpa de la dueña tatuada y malhablada de un bar.



56
KENZO

—Roxy por fin se ha dormido —digo, observando a nuestra chica.

Esta mañana temprano hemos trasladado a Garrett a su habitación, y Roxy ha ido con él después de que él se asustara y le diera un puñetazo a D porque no la veía. Ahora están acurrucados en la cama de Garrett, roncando. Bien, los dos necesitan dormir. Yo también, así que, aunque me duela, dejo que Ryder y Diesel se ocupen de los preparativos para los funerales de los hombres que hemos perdido, incluido Sam, el amigo de Roxy.

También dejo que se ocupen del resto de la Tríada. Tengo cosas más importantes que hacer, como abrazar a mi chica. A veces ser el hermano del jefe, y además estar herido, tiene sus ventajas. Mientras ellos refunfuñan y se ponen a trabajar, yo me meto en la cama con Garrett y Roxy, apretándome contra su espalda y hundiendo la cara en su cuello y su pelo.

—¿Qué coño haces? —murmura, haciéndome soltar una risita.

—Yo también tengo que curarme, cariño, y tu cuerpo me ayuda —me burlo.

—Puto cursi —murmura, aun así se acerca más a mí, haciéndome gemir.

—Estoy herido, no muerto, no me tientes con ese jodido culo.

Se ríe, y Garrett gruñe.

—Cerrad la boca de una vez, u os echo a patadas.

—¿A mí también? —se ríe Roxy, y él gruñe y la atrae más hacia su cuerpo, aunque gime de dolor.

—No, a ese capullo. No me queda sangre suficiente para tener una erección, así que callad.

Nos reímos los dos, me acurruco otra vez más cerca y me limito a oler a mi chica. Puedo notar los rastros de sangre y sudor, pero por debajo está todo eso, huele a ella.

—Silencio, gente herida intentando dormir —murmuro.

Se ríen, haciendo gemir a Garrett.

—Odio estar herido, joder.

—Yo también. —Suspiro.

—Podría besaros para curaros —se ofrece, y los dos nos ponemos rígidos contra ella.

—Me encanta estar herido —rectifico, y Garrett asiente en silencio.

—Es mi nueva afición favorita. Creo que dejaré que D me haga daño de vez en cuando —murmura.

—Hombres. —Suspira—. Ahora callad de una vez. Estoy cansada después de salvaros el pellejo. Por cierto, me debéis un montón de orgasmos por todo el follón de estos días.

Sonriendo, le beso el cuello, haciéndola estremecerse de deseo, incluso mientras bosteza.

—Lo que tú digas, cariño.

—Qué mandona eres —murmura Garrett.

—Capullos —espeta, y luego suspira—. Os odio.

—Yo también te odio —responde Garrett.

—Yo te odio más —añado, y ella resopla, pero se acurruca más cerca, los dos se quedan callados cuando se duermen.

¿Quién iba a decir que acabaríamos así? Pensaba que nuestras vidas eran perfectas hasta que llegó Roxy y me enseñó lo vacías que estaban, lo carentes de sentido. No, no puedo imaginarme ahora de otra manera, sin ella de por medio. Puede que sea raro, y que los demás nunca lo entiendan, pero no hemos sido nunca de los que siguen las reglas. Hacemos las nuestras, y Roxy… Roxy es nuestra. Para siempre.

RYDER

Mientras mis hermanos y mi chica descansan, hago todos los preparativos. Organizo los funerales, e indemnizo a sus familias, asegurándome de que no tengan que preocuparse nunca. Contacto con los de limpieza y la policía. Publico un comunicado, fingiendo tristeza por la trágica masacre que ha tenido lugar en nuestra ciudad. Ejerzo el papel de buen líder y de hombre de negocios.

Después, me quito el traje y bajo al sótano, donde está D. Allí retenemos al tercer y último miembro de la Tríada colgado de cadenas. Diesel se ha estado entreteniendo con él, por supuesto, hasta que entro yo.

—Qué horrible debe de ser saber que toda tu familia está muerta. —Suspiro mientras me acerco, y sonrío al encontrarme con sus ojos asustados y furiosos—. No te preocupes, pronto te reunirás con ellos.

—Putas víboras —escupe, su acento es más pronunciado de lo normal.

—Muy cierto. —Sonrío mientras me quito la camisa y me acerco a él. Diesel se ríe.

—Oh, ahora sí que estás jodido —se burla, dando vueltas a su alrededor mientras me pongo delante de él—. Nunca debisteis ir a por mi familia, deberíais haberos sometido y aceptado el trato. Eres un imbécil.

—Pensé que sería fácil —susurra, derrotado, el hombre no tiene nada por lo que vivir. Le he quitado todo lo que ama.

—Te has equivocado. Nunca acorrales a un Viper, siempre contraatacamos más fuerte —le digo, mientras cojo un destornillador y lo sostengo ante la luz—. Tengo que dar ejemplo contigo. Tus hermanos, me temo, han sido eliminados, pero aún te tengo a ti.

Traga saliva y echa la cabeza hacia atrás, con los ojos cansados. Se nota que le pesa la edad.

—No íbamos a ganar, ¿verdad?

Sonrío ante sus palabras.

—No, nunca.

Asiente.

—¿Matarás a nuestras familias?

—Puede. —Me encojo de hombros. No le digo que ya las he deportado y establecido donde quieran ir con nuevas identidades y dinero para vivir el resto de sus vidas. No mato inocentes a menos que tenga que hacerlo. No sabían nada y sus lazos de sangre están cortados. Me siento compensado, y la amenaza ha desaparecido, así que están a salvo de nosotros. A menos que vuelvan a atacarnos. Les he advertido que nunca pronuncien nuestros nombres ni pongan un pie en este país. Tengo la sensación de que nunca volveremos a verlos ni a saber de ellos.

—Vamos a empezar, ¿te parece? —pregunto, y él asiente, con el espíritu roto y el honor perdido. Ha fallado: ellos han perdido y nosotros hemos ganado. Ha llegado el momento de enseñar a todo el mundo lo que les pasa a los traidores, para que se lo piensen dos veces antes de atacarnos. Nadie volverá a hacer daño a mi familia, me aseguraré de ello. Derramaré sangre ahora, para no tener que hacerlo más adelante. Mi instinto protector está ahora más exacerbado que nunca porque Roxxane está con nosotros. Va a ser difícil protegerla porque es impredecible y salvaje, pero cuando la vi esta noche…, cuando realmente se convirtió en una de nosotros, fue magnífico.

Poesía en movimiento.

Esta noche no fue solo una Viper, fue la Viper.

Es nuestra.

Y protegemos lo que es nuestro. Siempre.

Empiezo por los pies, subiendo por su cuerpo. Diesel me tiene que ayudar. Le rompemos los tobillos, los dedos de los pies, las rótulas, las costillas, los dedos y la nariz. Después lo desollamos vivo, lo que es más difícil de lo que parece. El número uno lo apartamos del resto para guardarlo como muestra de fuerza, y cuando terminamos, los dos estamos cubiertos de sangre y él muerto.

Se acabó, mi familia está a salvo…, por ahora.

Aún tenemos algunos asuntos de los que ocuparnos, pero por ahora… pueden esperar, al menos unos días. Por una vez, me voy a tomar tiempo libre para estar con mis hermanos y mi amor. Voy a relajarme y disfrutar de su compañía, algo que no he hecho en años.

Vamos a curarnos. Juntos.



57
ROXY

Limpiar la sangre es más difícil de lo que parece. Cuando me despierto horas después, me siento acalorada y pegajosa, y la sangre hace que me pique la piel en sitios donde no debería, a pesar de lo mucho que se esforzó Diesel por quitármela. Por no mencionar que mi pelo ahora es rojo y no plateado. Así que dejo a Garrett y Kenzo acurrucados para ir a mi antigua habitación a ducharme. Solo estoy cubierta por el sujetador y las bragas, así que las dejo caer al suelo, sabiendo que nunca volveré a ponérmelas, y entro en la bañera.

Es extraño cómo todo empezó en esta habitación. Cuando me desperté aquí, pensaba que iba a ser el final de mi vida, que aquí era donde finalmente moriría. Y ahora se ha convertido en mi hogar, y nunca me he sentido más viva o querida, incluso aunque a veces duela o me dé miedo.

Es extraño cómo salen las cosas.

Abro el agua y me meto bajo el chorro. Me estremezco por el frío mientras espero a que se caliente. Cierro los ojos, aún cansada, pero demasiado alterada para dormir. Mis sueños están llenos de atormentadas pesadillas en las que no llego a Garrett a tiempo, y veo fragmentos en los que muere por el cuchillo mientras yo grito e intento llegar hasta él, lo que me hace despertar una y otra vez.

Doy un respingo cuando un brazo se desliza alrededor de mi garganta por detrás. Cuando me llega el olor a fuego y a humo, me relajo contra él con una sonrisa mientras el vapor empieza a llenar la

habitación.

—Hola, bombón.

—Hola, pajarito —murmura, lamiéndome la oreja—. He estado ocupado, y ahora te necesito.

Me giro en su abrazo y veo la sangre que cubre su cuerpo desnudo. No pregunto de quién es, hay algo en un Diesel desnudo cubierto de sangre que hace que mi coño se contraiga. Su pelo rubio también está pegajoso y enmarañado por ella, y los labios curvados en esa sonrisa arrogante y loca.

Puede que se deba a que casi los perdí. Puede que sea que necesito sentirme viva, sentirlos en mis brazos. Reemplazar la sangre de mis manos con su piel y amor. O puede que esté seriamente jodida y quiera follarlos a todas horas. Pero me lanzo hacia él, que me atrapa con una risa, sus manos van a mi culo y lo aprieta mientras va hacia atrás, hasta que me golpeo la espalda contra la pared. Jadeo cuando me quedo sin aliento porque todavía tengo doloridas las costillas, pero me olvido de todo cuando aplasta sus labios contra los míos.

Sabe a cigarrillos y sangre, y gimo, buscando más de él mientras nuestras lenguas se enredan. Nuestros cuerpos se vuelven resbaladizos con el agua que cae sobre nosotros y nos libera de nuestros pecados por un momento.

No sé cómo decirle lo mucho que significa para mí que me cuidara anoche con ternura y devoción. Sí, Diesel puede estar desquiciado, puede ser obsesivo y estar sediento de sangre, pero es cariñoso. Es amable y apasionado, y cuando eres suya, es para toda la vida.

Gime en mi boca mientras sus dedos se deslizan entre nuestros cuerpos, bajando hasta mi coño húmedo, y los hunden dentro de mí con una embestida rápida y dura.

—Siempre tan mojada, pajarito —murmura contra mis labios.

—Siempre —respondo, frotándome contra su mano—. ¿Vas a follarme o vas a seguir provocándome?

Gruñe al tiempo que se inclina para morderme el cuello con fuerza, haciéndome gemir y palpitar alrededor de sus dedos. El dolor y el placer ahuyentan toda la incertidumbre, el miedo, la ira y la impotencia de los últimos dos días.

Diesel siempre sabe cómo hacerme sentir viva.

—Fóllame —gruño contra sus labios.

Riéndose, retira los dedos, me baja al suelo resbaladizo, y me da la vuelta con rapidez, aplastando mi mejilla herida contra las baldosas mientras gimo de dolor. Frota su polla dura por mi culo mientras me muerde y me lame la oreja.

—¿Recuerdas nuestra primera vez?

Asiento sin aliento mientras separo ansiosamente las piernas para que frote su polla por mi coño.

—Recuerdo la primera vez que te vi. Tan hermosa y peligrosa… Me enamoré un poco de ti ese día, cuando esos ojos grandes y feroces se clavaron en mí. No he dejado de pensar en ti desde entonces. Eres mi jodida obsesión, pajarito. Siempre lo serás —gruñe, mientras se coloca y se clava en mi interior, haciéndome gritar tanto de dolor como de placer.

Me presiona con fuerza contra la pared, con la mano en mi cuello para mantenerme ahí.

—Esto será rápido y salvaje. Ha pasado demasiado tiempo. Más tarde, te llenaré el culo con mi semen mientras ellos miran, pero por ahora… ahora te tengo toda para mí.

Presiona mis manos contra la pared, y la sangre que gotea de nuestros cuerpos se mezcla a nuestros pies en el desagüe, gimo su nombre. Me echa la cabeza hacia atrás tirándome del pelo, mientras su polla se desliza dentro y fuera de mí, cada vez más fuerte y rápido mientras me sostengo con las manos contra las baldosas.

—D, por favor —le suplico.

Gruñe mientras me penetra y se retira sin ritmo. Estoy indefensa contra él mientras me arranca el placer.

—Te amo tanto, joder, pajarito, lo eres todo para mí. Mataría a cualquiera por ti. Haría cualquier cosa por ti. Me arrastraría de rodillas para estar a tu lado.

Gimo ante sus palabras, con el placer creciendo dentro de mí, atravesándome desde los dedos de los pies. Me siento desesperada y empiezo a empujar hacia atrás, contra sus manos y su polla, impulsada por la necesidad de correrme. Se me va la cabeza; cierro los ojos con los oídos zumbando, y sé que voy a explotar en

cualquier momento.

—Te amo, joder —ruge, rodeándome con la otra mano y ahuecándola sobre mi coño en un agarre tan posesivo y fuerte que me lleva al borde.

Grito al llegar al clímax, indefensa, contrayéndome su alrededor, moviendo las caderas mientras se me quiebra la voz. Tiemblo y me retuerzo. Siento su cabeza contra mi espalda mientras jadea. Su eyaculación se desliza de mi coño mientras respiro con dificultad contra la pared de la ducha.

Aprieta su cuerpo contra el mío hasta que no hay ni un centímetro de espacio entre nosotros, y los dos nos estremecemos por los espasmos que aún nos recorren.

—Sabía que lo tenías dentro, pajarito —la voz le sale ronca—, que lo tenías todo para ser nuestra…, para convertirte en una Viper. Mírate ahora: eres nuestra puta reina.

Su reina.

Suena bien.

La vida con ellos nunca será aburrida.



Garrett se está curando lentamente, igual que Kenzo. Sin embargo, son unos malditos bebés llorones, así que tengo que decirles que se comporten como hombres de una vez y dejen de lamentarse después de dos días. Ryder se ha tomado unos días libres, y sinceramente, es agradable tenerlo por aquí. Diesel desaparece un día entero, pero cuando vuelve, jura que no volverá a apartarse de mi lado nunca más.

Y entonces me entrega una mano.

En una caja.

Sinceramente, me parece muy romántico. Resulta que es la mano del tipo de la cresta: Andrew. ¿No es tierno?

Aunque realmente no sé cómo se conserva una mano, así que se la dejo a Diesel. Incluso le pillo chocándosela a Garrett una vez, por lo que el grandullón le pega un puñetazo en la cara y lo deja

inconsciente. Cuando vuelve en sí, se está partiendo de risa.

Menudo desquiciado.

Ryder ha vuelto al trabajo, pero ha empezado a hacerlo desde la mesa del comedor. Oigo muchos tacos al otro lado del teléfono; resulta que está destruyendo todo lo que queda de la Tríada.

Un día, cuando me siento inquieta, me pongo en su regazo mientras responde a una llamada, así que espero que se repita el incidente de la oficina, pero no pasa nada. De repente parece nervioso y me abraza con más fuerza. Hunde la punta de la nariz en mi cuello, y respira hondo antes de enderezarse y hablar.

Al otro lado suena la voz de una mujer, es tan ronca que incluso me hace moverme, aunque Ryder no se da cuenta. No, hay respeto en su cara por esta mujer, quienquiera que sea. Me atraviesan los celos, y debe notarlo, porque me sube la camiseta y pone la mano en mi coño desnudo bajo la mesa. La deja allí, posesivo.

Sí, como si eso ayudara.

Sigo queriendo blandir el bate contra la mujer de la voz *sexy*.

—Señor Viper, qué encantador oírle. Tengo entendido que ha tenido algunos problemillas recientemente…

Ryder sonríe, pero es una sonrisa malvada.

—Nada que no pudiera manejar.

—Por supuesto. —Se ríe de forma ronca—. Nosotros también tuvimos un pequeño problema con ellos, pero parecían haber centrado todos sus esfuerzos en usted. Puede estar seguro de que no tenemos ninguna disputa con usted ni con su ciudad, la nuestra nos da mucho trabajo.

Lo miro al oír eso. ¿Quién es esta mujer?

—No he preguntado, ¿verdad?

Ella se ríe otra vez.

—No nos andemos con juegos, somos demasiado listos para eso. Sé por qué llama, y sí, seguimos siendo aliados. Usted tiene su ciudad, nosotros, los Petrov, tenemos la nuestra.

Ryder se relaja un poco, y me doy cuenta de que le preocupaba tener que luchar contra la familia rusa de la que me habló.

—Eso está bien, por favor hágame saber si puedo ayudarla en su… disputa, de alguna manera.

—Aprecio su amabilidad. He oído que por fin han encontrado una mujer. ¿Necesito comprar un vestido para la boda?

Me quedo helada, con los ojos muy abiertos. ¿Boda? ¡Oh, joder no! Intento escapar, pero Ryder se ríe y me abraza más fuerte, pues sabía, obviamente, cuál era mi reacción.

—En el futuro, sí, ella es muy… escurridiza.

¿Escurridiza? Oh, le voy a dar escurridiza a este cabrón. Llevo el codo hacia atrás y se lo clavo en el estómago. Me suelta con un jadeo. Me pongo de pie para mirarle con los ojos entrecerrados.

—¿Escurridiza? No me casaría con vosotros, capullos, ni aunque me pusierais una pistola en la cabeza —siseo, antes de salir hecha una furia.

Oigo su risa siguiéndome.

—Me gusta, esperamos su visita. Adiós, señor Viper.

—Roxxane —le oigo llamarme, su voz es fría y exigente. Ah, mierda, voy a pagar por eso. Lo miro por encima del hombro y lo veo quitándose la camisa, con los ojos clavados en mí cada vez más excitado.

¡Joder, joder, joder!

Hago lo único que puedo: correr.

Se ríe mientras me persigue.

Debería haber sabido que siempre me alcanzará… y cuando lo hace, bueno, me hace gritar por buenas razones.



58
DIESEL

—Lo siento, lo siento, pero te juro que no sabía lo que iban a… —interrumpo sus palabras moviendo la aguja y agarrando su cabeza con fuerza.

Las lágrimas le caen de los ojos mientras lucha en la silla, con los brazos y las piernas atados a ella con alambre de espino, como le hicieron a mi chica.

—Silencio, no te muevas o podría hacerlo mal —le espeto, mientras empiezo a pasarle la aguja por sus labios.

Se mueve y grita, pero cuando me echo hacia atrás, no se ve demasiado mal. Las puntadas son uniformes, no muy separadas, y su boca está efectivamente cosida. Tiene los ojos a punto de salirse de las órbitas y la sangre gotea por su barbilla mientras me siento en su escritorio y balanceo las piernas.

Ryder está destruyendo todos los negocios de la Tríada, y yo estoy limpiando nuestra querida ciudad. Cualquiera que se haya enfrentado a nosotros, que haya trabajado con la Tríada o que nos haya amenazado, morirá. No podemos arriesgarnos a que cualquiera tenga ideas y venga a por Roxy. No otra vez.

—Eran tus hijos, lo sabías. —Resoplo.

Oh sí, es el padre de los tres miembros de la Tríada, en China. Me he subido al jet mientras Roxy duerme y he venido directamente al edificio corporativo que posee. Lo sabía todo, sus hijos nunca hacían un movimiento sin su aprobación.

—Desafortunadamente, no tenemos mucho tiempo. Tengo que

regresar antes de que me pillen las autoridades. Habría preferido jugar contigo un poco más… —Me suena el teléfono, y veo que es mi pajarito—. Espera un momento, ya sabes cómo son las mujeres.

Respondo y conecto el altavoz mientras salto del escritorio y rodeo al padre de la Tríada.

—¿Pajarito? —murmuro.

—¿Dónde estás? —pregunta con la voz cortante.

—¿Me echas de menos? —bromeo, mientras le agarro la cabeza y la giro hacia un lado para arrancarle la oreja. Trata de gritar, y el sonido amortiguado se filtra por el teléfono.

—Ahhh. —Se ríe ella—. Perdón, no sabía que estabas trabajando.

—Siempre tengo tiempo para ti, ya lo sabes —murmuro, mientras hago lo mismo con la otra y lanzo los apéndices ensangrentados sobre el escritorio—. ¿Qué pasa, pajarito?

—Estoy aburrida, Garrett y Kenzo están durmiendo, y Ryder anda por ahí. Quería jugar. —Su voz baja una octava, haciéndome estremecer y que mi polla se ponga dura.

—Tortura a Garrett un rato, volveré tan pronto como pueda —prometo.

Suspira.

—Vale —murmura, luego parece animarse—. Garreeeeett, Diesel ha dicho que tenías que jugar conmigo. —Su voz es dulce como el azúcar, pero me hace reír.

Le oigo maldecir y luego gruñir mientras ella se ríe.

—¡Adiós, D, te veo pronto!

Sujeto al hombre en la silla mientras sostengo el móvil contra la oreja para llevarlo hacia el ventanal.

—Adiós, pajarito, sé mala. —Cuelgo. Me guardo el teléfono mientras pego mi cara a la suya, mirando nuestro reflejo en la ventana—. Ah, las mujeres, ¿a que sí? No puedes vivir sin ellas, no puedes matar sin ellas. —Asiento seriamente—. Ahora, quiero que saludes a tus hijos de mi parte. —Me río mientras me enderezo, y mi teléfono suena otra vez. Contesto, suspirando.

—¿Qué le has dicho? —ruge Garrett.

—Que jugara, ¿por qué? —pregunto, mirando mis uñas manchadas de sangre.

Gime como si tuviera dolor.

—D, lleva cadenas a modo de lencería, se supone que tengo que estar en reposo.

Riéndome, le guiño un ojo a mi víctima.

—Entonces, estate en reposo… con ella en la cama contigo. Tengo que irme, ¡adiós!

Me guardo el teléfono mientras sonrío al padre de la Tríada.

—Perdón, tío, el deber me llama. Tendré un buen vuelo si tú lo tienes. —Me río mientras echo la pierna hacia atrás y le doy una patada.

Lo observo mientras rueda hacia el cristal antes de atravesarlo, con el panel haciéndose añicos a su alrededor. Cuando me asomo por la ventana rota, lo miro desde el piso cuarenta mientras cae al hormigón de abajo con un sonido ahogado. Ha sido muy divertido.

Riéndome, limpio la mesa de huellas y, bajo las escaleras silbando por lo bajo. Tengo que coger un avión, mi pajarito me necesita, y ahora que la ciudad está limpia…, solo tendré que concentrarme en ella.

Espero que esté preparada.



RYDER

Sé que debería estar de celebración, pero no puedo evitar echarme la culpa. Con las emociones que Roxanne ha desbloqueado en mí…, ha llegado la culpa. Si no la hubiéramos raptado, nunca habría sido torturada y casi asesinada. Aún cojea, le duelen los dedos, las costillas y el resto del cuerpo, hace muecas de dolor cuando piensa que no nos damos cuenta. Me he asegurado de que tome los analgésicos, pero le han hecho daño por mi culpa.

Eso por no mencionar a mis hermanos, que siguen en proceso de curación. Casi han muerto porque no fui lo suficientemente listo para verlo venir. Mi padre tenía razón, nunca seré lo suficientemente bueno para ser un líder.

Me tomo el resto del whisky antes de girarme hacia las ventanas de la sala de conferencias. No sé por qué he venido aquí, solo parecía lo correcto. Estoy demasiado triste, demasiado enfadado y confuso para estar con alguien esta noche, incluso con mi amor. Trataría de salvarme, y no puedo permitirlo. Mis fracasos son míos, y tengo que aprender de mis errores.

Necesito hacerlo mejor en el futuro para mantenerlos a todos a salvo. Necesito ver las amenazas que se avecinan para protegerlos. Por eso he contratado más guardias y he comprobado que el tratado con los Petrov está oficialmente en vigor. Han sido muchas negociaciones, pero son una buena familia para cubrirnos las espaldas.

Podré mantener a mi familia a salvo. Sabía que esta vida podría matarnos a todos cuando la elegí, la acepté con gusto, pero ahora con Roxxane en la ecuación, me pregunto si he tomado la decisión correcta. Ella sería igual de feliz viviendo en un apartamento de mierda y trabajando en el bar todas las noches, no necesita dinero ni poder.

Solo a nosotros.

Como si la hubiera invocado con mis pensamientos oscuros y turbulentos, la veo en el reflejo de la ventana. Me giro y me encuentro con su mirada. Está en la puerta, y no lleva nada más que una de mis camisas.

—Vete a la cama, amor, es tarde —le digo, pero se me entrecorta la voz, así que me giro, las manos me tiemblan otra vez. ¿Por qué tiene este efecto en mí?

Nunca me he preocupado tanto. Nunca he dudado de cada una de mis decisiones, ni me he preguntado si ella estaría de acuerdo o si era correcto. Joder, incluso sigo repasando mi pasado y todo lo que he hecho, enfrentándome a todos los demonios que se esconden ahí, reflexionando si se sentiría asqueada por el hombre con el que comparte su cama si conociera mi vida.

—Ven conmigo —murmura.

—Esta noche no, amor.

La oigo suspirar antes de que sus brazos me rodeen por detrás.

—No tienes que sufrir solo, Ry. Estoy aquí, tus hermanos están

aquí. Conozco el peso que cargas, tratando de salvarnos a todos, pero ese no es tu trabajo, ¿vale? No necesito que me salves. Necesito que estés conmigo, que te apoyes en mí para que yo pueda apoyarme en ti. No siempre tienes que ser perfecto, frío y calculador. Está bien romperse de vez en cuando, pero no lo hagas solo.

No respondo, y ella gira la silla y se detiene ante mi cara, con la suya contorsionada por la ira.

—Háblame, joder, Ryder. No me dejes fuera. No seas cabrón, o te juro que me perderás. ¿Quieres protegernos? Vale, ¿quieres revolcarte en autocompasión? Vale, pero no te atrevas a dejarme fuera, ni ahora ni nunca.

Me pongo de pie con un rugido, y me detengo ante ella en un instante, poniéndole la mano alrededor del cuello.

—¿No? ¿Preferirías que me desquitara contigo? ¿Que te pegara? ¿Que te hiciera daño? Porque eso es lo que pasará si sigues presionándome, Roxanne. Soy como él, después de todo. —La empujo lejos con asco, no por ella sino por mí, pues sé que si no lo hago, podría lastimarla de verdad. Su sangre corre por mis venas, y era en los días como este que él se desquitaba con mi madre.

Siento dentro ese impulso.

La necesidad de olvidar, de lastimar a alguien para sentirme más fuerte, menos fuera de control. De controlarla a ella y sus acciones para que todos estos… estos putos sentimientos y turbulencia se vayan otra vez. Soy un monstruo como él.

Mi mayor miedo es hacerle daño, porque la amo.

Mi amor está lleno de púas.



59
ROXY

—¿Quieres hacerme daño? Vale, hazlo si te ayuda. Puedo soportarlo —le espeto, harta de estas gilipolleces. Justo cuando creo que me estoy acercando, se aleja otra vez y me ofrece los pedazos de él que quiere, protegiendo los otros. Ya estoy harta.

Pone las manos contra la ventana, presionando la cabeza contra el cristal.

—Vete —ordena.

—No —respondo con calma, cruzándome de brazos—. No hasta que saques toda la mierda a la luz. ¿Te preocupa hacerme daño? ¿Por tu padre? ¿Verdad? O puede que solo te estés culpando por todo lo que ha pasado. —Resoplo cuando se estremece—. Te conozco, Ryder, probablemente mejor de lo que crees. Repasarás cada jodido detalle, echándote la culpa, pensando que podrías haberlo evitado, pero, ¿sabes qué, cariño? A veces las cosas simplemente pasan. Yo no te culpo, y tus hermanos tampoco. Gracias a ti, estamos vivos y juntos. Las cosas pasan, Ryder, tienes que lidiar con ello y seguir adelante. Si te quedas atrapado en el pasado, nunca te liberarás de tus fantasmas.

Se queda callado tanto rato que creo que lo he presionado demasiado, pero cuando su voz sale, es ronca y asustada.

—Es mi trabajo protegeros a todos.

Dejo caer los brazos, me acerco y aprieto la cabeza contra su espalda, rodeando con mis brazos su cuerpo tembloroso.

—Sí, y no. Es nuestro trabajo protegernos unos a otros. Todos

sabíamos en lo que nos metíamos, Ryder. Esta vida no es fácil. Si lo fuera, todo el mundo la elegiría, así que deja de intentar cargar con el peso tú solo. Una víbora necesita equilibrio, necesitas a tus hermanos y a mí.

Se gira, y me empuja hacia atrás. Su mirada es salvaje mientras aprieta los labios con un gruñido, tiembla y tiene los puños cerrados. Se ve magnífico y jodidamente aterrador.

—¿Y cuando no pueda? ¿Y si dejo que me ayudéis todos? ¿Y si dejo salir todo y soy igual que él? —grita.

—¿Como tu padre? —pregunto.

Aparta la mirada, apretando la mandíbula.

—Era un cabrón, Roxxane, un verdadero hijo de puta. Le hizo… daño a mi madre, a mí y a Kenzo. —Niega con la cabeza, parece desinflarse mientras me mira—. ¿Y si te hago daño?

—Entonces te mataré. —Me río, y me fulmina con la mirada—. Ry, no puedes hacerme daño a menos que yo te deje. Lo siento, pero no soy tu madre, soy una luchadora. Sobreviví a mi padre, sobreviví a D y a Garrett, puedo sobrevivir a tus demonios. Nunca dejaría que me hicieras más daño del que quisiera, y los otros tampoco. Tienes tanto miedo de ser él, que te estás impidiendo ser tú.

Traga saliva, sus ojos escudriñando los míos.

—Lo maté.

Parpadeo al oír eso.

—¿Y?

Se ríe, un sonido autodespreciativo.

—Ni siquiera te sorprendes.

—¿De que mataras a un hombre que hizo daño a tu madre y hermano? —Resoplo—. No, Ryder, no me sorprende. Ojalá lo hubieras hecho antes.

Sonríe, pero pronto se desinfla, y se sienta otra vez, es como si le pesara el cuerpo más de lo que puede aguantar.

—Kenzo lo intentó —admite, con la voz cargada de dolor y culpa. ¿Cuánto tiempo ha estado guardándose esto?—. Yo había matado antes; mi padre me obligó, convirtiéndome en un ejecutor. Lo hice para proteger a Kenzo, porque sabía que si no lo hacía, obligaría a mi hermano a hacerlo. Pero no pude protegerle para siempre, y

aunque traté de protegerle de esa vida, la eligió de todas formas para salvarme de mi padre. Lo odiaba porque veía lo que me estaba haciendo. Una noche cogió mi pistola mientras dormía, fue al hotel…

—¿El hotel? ¿Dónde me llevaron? —pregunto, mientras me dejo caer en su regazo. Necesita hablar, pero también me necesita a mí a su lado. Me rodea con los brazos agradecido, apretando la cabeza contra la mía.

—El mismo, amor, es nuestro, quería que se pudriera. —Me besa entonces con ternura, tan suave como una pluma—. Fue allí para matarle, para salvarme. Pero cuando llegó a mi padre, no pudo hacerlo. Tiene un corazón tierno, y la primera vez que aprietas el gatillo es difícil, amor, y matar a nuestro padre fue imposible para Kenzo. Veía la bondad y amaba a todo el mundo, incluso cuando no se lo merecían, aún lo hace.

—Oye —protesto, y sonríe.

—No me refiero a ti, Roxxane. Si alguien en este mundo merece amor, sois tú y él, pero ¿Garrett, D, y yo? No tanto.

Niego con la cabeza, pero me tapa la boca.

—Déjame contarte esto, ¿vale? Me desperté, y cuando vi que mi pistola no estaba, lo supe. Había estado actuando raro todo el día, y simplemente lo supe, amor. Nunca he tenido tanto miedo. Sabía que mi padre lo mataría, y cuando llegué allí, Kenzo estaba sangrando, a las puertas de la muerte. Le quité la pistola…

—… y lo mataste —murmuro contra su mano.

—Lo maté, le disparé en la cabeza, luego vacié el resto del cargador en él. —Se encoge entonces—. Y no sentí nada; nada, amor. Ni siquiera alegría, era solo algo que había que hacer. Ayudé a Kenzo a levantarse, y nos quedamos ahí, de pie a su lado. Había sido un tirano durante toda nuestra vida. Era un hombre grande y fuerte que además tenía poder y dinero, y al final, todo lo que hizo fue firmar su sentencia de muerte. Allí se veía tan débil, tan pequeño. Fue más fácil matarlo que hacernos cargo de su negocio y destruirlo. Entonces estaba en mi elemento, destruyendo cosas, mientras Kenzo era el constructor. —Aspira, y me acerco más, ofreciéndole consuelo mientras descarga todo el peso que le está arrastrando.

»Él creó esta familia. Estoy seguro de que lo hizo por mí, para intentar mantenerme anclado porque él también lo veía: mi capacidad para destruir, mi potencial para ser peor que mi padre, y estaba tratando de detenerme, y funcionó, amor, durante mucho tiempo. Consiguió tranquilizarme, pero entonces llegaste tú… —Mueve la cabeza otra vez, sus ojos se iluminan y sus labios se curvan—. Sacudiste mi mundo como un jodido huracán. Supe que lo harías cuando te vi, pero simplemente no pude alejarme. Hay cierta inocencia en ti. Sé que has visto la parte mala que la vida tiene que ofrecer, pero aún sonríes, todavía te ríes. Lo ansiaba, quería hacerte mía y… y destruirte. Pero no conté con tu jodida voluntad. Nos envolviste alrededor de tus dedos con suma facilidad. Haría cualquier cosa por ti, amor, sería cualquier cosa que necesitaras, y eso me aterroriza porque ese mismo poder, esos mismos demonios que hicieron que mi padre fuera quien era, también están en mí, y tú tienes que enfrentarte a ellos. Porque no puedo dejarte ir. Nunca.

Mi corazón se rompe ante sus palabras. Ryder, Dios, mi pobre Ryder. Siempre preocupándose. No es de extrañar que el hielo esté ahí, le mantiene a él y a todos los que le rodean a salvo de su fuego interior. D lo usa, Kenzo lo bloquea, Garrett lo desata, pero Ry vive en él.

—Eso me convierte en un cabrón, lo sé, pero cuando estás en mis brazos, me siento invencible. Me siento jodidamente fuerte, como si pudiera hacer cualquier cosa. Tú me haces ser así. Me haces ser más fuerte, y por eso, tienes que lidiar con las consecuencias…

Apartando su mano, lo beso con pasión.

—Y las aceptaré con gusto. Ryder, eres más fuerte de lo que crees, eres jodidamente fuerte. ¿Por qué crees que me quedé? Incluso la primera vez, realmente no traté de escapar y nunca supe por qué. Puede que fuera porque sabía que aquí era donde pertenecía. A tus brazos. ¿Así que tienes demonios? Cariño, hacen juego con los míos. Podemos luchar contra esto juntos, pero no vuelvas a meterte en el hielo. Somos familia. No te juzgarán, igual que tú no los juzgas a ellos. Es hora de dejarlos ir, Ryder, permite que los fantasmas mueran con ese hotel, porque ahora tienes mucho por lo que vivir. Y te lo recordaré cada jodido día si necesitas que lo haga. Lo aceptaré

todo, cada pedazo de ira y destrucción. Píntalo en mi piel, lo soportaré con gusto. Soy tuya, Ryder, y tú eres mío.

Escudriña mis ojos.

—¿Lo prometes?

Es la frase de niño en labios de un hombre, un hombre que lo perdió todo durante mucho tiempo. Al que nunca le enseñaron amor o bondad. Estamos aprendiendo juntos. Las palabras puede que no siempre sean amorosas, y a veces son francamente venenosas. Fuego que brota de nuestras almas y arde en nuestros labios, pero son siempre verdad.

—Lo prometo —susurro.

Gime, cerrando los ojos un momento.

—Te amo, joder, Roxxane, incluso cuando estás siendo una cría.

No puedo evitar reírme de eso.

—No te preocupes, aún te odio.

Sonríe, abre los ojos de par en par mientras rodea mi cuello con una mano. Sus dedos largos, elegantes y marcados me anclan a él.

—¿Eso es cierto? —murmura, pero su mirada brilla peligrosamente. Que mi coño se contraiga con esa mirada es una prueba de lo jodida que estoy—. Apuesto algo a que puedo hacerte gritar «te amo» para que todo el mundo lo oiga.

—Lo dudo, colega. —Resoplo mientras me inclino hacia él, abriéndole la camisa bruscamente con la mano. Los botones saltan, dejando su pecho desnudo ante mi mirada hambrienta, su *collage* de tatuajes casi me ciega. Es una obra de arte, y lo sabe, joder.

Una jodida pintura en movimiento. Su alma es tan oscura como sus tatuajes, y sus ojos son tan fríos como la sociedad en la que nada. Sin embargo, lo deseo. Su marca de dolor y amor. Sufro cada vez que lo miro. Es demasiado, joder, sin embargo es todo mío.

Puede ser cruel y despiadado. Sus manos y lengua son armas. Puede derribarme, romperme y destruirme tan fácilmente como puede hacerme gritar de placer. Cada uno de los Vipers es una espada de doble filo. Aman tan profundamente como odian.

Sufren tanto como respiran, y yo estoy en el medio de todo, todos sus ojos y su atención están centrados en mí. Si no tengo cuidado, podrían matarme tan fácilmente como me aman. He robado sus

corazones, pero ellos han robado el mío.

Lo mantienen a salvo en sus palmas empapadas de sangre, y cuando Ryder desliza sus manos hacia mi culo y lo aprieta, gimo de forma lasciva. A pesar del dolor y la muerte que dejan en sus caminos, estas manos pertenecen a asesinos.

Pecadores.

Víboras.

Pero los quiero de todas formas. Quiero su mordedura, quiero su veneno corriendo por mis venas, convirtiéndome en su chica. Cada contacto, cada mirada es un bálsamo en el alma de una chica que nunca fue amada de verdad.

Puede que algún día nos consuma a todos y explotemos. Pero qué hermosa muerte sería.

—Ry —suplico, arrastrando mis uñas por su pecho, cortando su piel y dejando mi marca, dando tanto como recibo. Me aman por esto, porque soy capaz de la misma sangre y destrucción, odio y tormento, porque viven en las sombras y yo también.

—¿Estás asustada, amor? —murmura, casi presionando sus labios contra los míos. Su aliento es mentolado con un toque a *whisky*, que flota sobre mí mientras me muevo en su regazo, sintiendo su polla endurecerse contra mí.

—¿De ti? Nunca. ¿De no tener un orgasmo pronto? Claro que sí —digo sin inmutarme.

—Bueno, no podemos permitir eso, ¿verdad? —Sonríe y se levanta, sujetándome contra él antes de dejarme caer sobre la mesa de cristal. Lleva las manos a mis muslos y los separa antes de retorcer la mano en el frente de mi camisa y tirar, haciendo saltar los botones hasta que se abre y me quedo desnuda ante él.

Sus ojos recorren mi cuerpo mientras se humedece los labios.

—Siempre olvido lo hermosa que eres. —Desliza las manos por mis muslos hasta que me roza el sexo con los nudillos, haciéndome gemir—. Cada jodida vez, amor, me quitas el aliento.

—Demuéstramelo —exijo, separando más las piernas. Sus ojos bajan a mi coño, y gime mientras cae de rodillas.

Tener al gran Ryder, el puto líder de los Vipers, de rodillas ante mí, tan hambriento que podría devorarme entera, es embriagador. El

poder me hace sonreír mientras alargo la mano y agarro su cabeza cuando desliza la lengua por mis muslos, provocándome y castigándome a la vez.

—Puede que haga que Garrett te tatúe «Propiedad de Ryder» encima de tu coño.

—Ni de coña, a menos que me dejes tatuar «Propiedad de Roxy» en tu polla —le espeto, haciéndolo reír y soplar aire caliente sobre mi coño necesitado. Me estremezco—. Basta de hablar.

—¿Crees que das las órdenes aquí, amor? —me desafía, mordisqueando mi muslo como castigo—. Porque puedo follar tu coño apretado, llenarte con mi semen, y dejarte necesitada como nunca sin llegar al orgasmo.

—Cabrón —siseo.

—Así es, amor, pero soy tu cabrón, así que túmbate y déjame mirar mi propiedad todo el tiempo que me plazca. Tendrás mi polla cuando yo lo diga —gruñe, clavando los dientes en mi piel. Me sobresalto, pero dejo caer la cabeza sobre el cristal y cierro los ojos de dolor.

Estoy tan mojada que es embarazoso. Lo necesito dentro de mí, mi coño vacío palpita y se contrae en el aire. Sentir su mirada oscura y hambrienta en mi vagina no ayuda nada. De hecho doy un salto cuando me roza con los dedos, separando mis pliegues antes de que tocarme el clítoris con la lengua rodeándolo. Luego sigue hacia abajo por mi centro y se hunde dentro de mí, lamiendo mi lubricación con voracidad. Mis manos se tensan en su pelo mientras me arqueo contra su cara, frotándome en su lengua mientras mis ojos se cierran con lentitud. El corazón me late con fuerza y se me cubre todo el cuerpo de sudor.

—Ry, Dios, por favor —imploro, mientras retira la lengua y levanta la cabeza, esos ojos oscuros buscan los míos mientras se lame los labios.

—Sabes como el puto cielo. —Gime antes de bajar la cabeza otra vez a mi coño y deja de provocarme.

Sube los ojos buscando los míos por encima de mi cuerpo mientras pone los labios alrededor de mi *piercing* y lo chupa, haciendo que me arquee en la mesa con un gemido. Luego lo suelta

y lame mi coño como si fuera su postre favorito. Rodea mi entrada con sus dedos juguetonamente antes de hundirlos dentro y fuera apenas un par de centímetros. Elevo las caderas, tratando de conseguir más contacto; necesito tanto correrme que se ha convertido en mi único objetivo.

Mi mente no funciona, sufro en busca del placer mientras me acerco más. Las palabras salen de mis labios: amenazas, promesas, todas le hacen reír y provocarme aún más, hasta que finalmente me callo y me relajo, dejándole hacer lo que quiera conmigo.

Entonces me enseña cómo puede seguir excitándome.

Hunde los dedos en mi coño, dilatándome, mi respiración resuena en la habitación silenciosa mientras toca mi cuerpo como un jodido violín. Sus manos resbalan por mi estómago hasta mis pechos, los aprieta con fuerza mientras lame y acaricia mi *piercing*, tirando de él. El dolor y el placer se mezclan. Sus dedos húmedos rodean mis pezones antes de regresar por mi cuerpo y deslizarse dentro de mí.

Los mueve en forma de tijera, frotando mis paredes internas mientras centra toda su atención en mi clítoris. Cada caricia de su lengua y cada movimiento de sus dedos me hacen estremecerme contra su boca.

—¡Ryder! —grito cuando clava los dientes en mi clítoris.

Me lleva al límite y el éxtasis me invade mientras me sacudo bajo él. El orgasmo me toma por sorpresa y me hace gritar. Me lame mientras duran los estremecimientos antes de arrastrarse por mi cuerpo y lamer el flujo de mis pezones. Abro los ojos para encontrarme con los suyos oscuros mientras jadeo pesadamente. Su barbilla y sus labios están cubiertos por mi liberación, y su aspecto es jodidamente salvaje. Me encanta.

—Eso ha sido solo el comienzo, amor —murmura, apresando mi pezón con los dientes mientras tiemblo bajo él—. Solo quería que te dieras cuenta de que me perteneces, y que solo consigues lo que necesitas cuando te portas bien.

No puedo hablar, mi boca está seca y mi lengua demasiado entumecida para moverse, y se ríe, el muy cabrón. Me da la vuelta y me arrastra hasta el borde de la mesa, arrancándome la camisa hasta que me quedo desnuda. Sus manos trazan mi espalda antes

de que su boca siga el mismo camino, y me clava los dientes en una nalga, haciéndome gemir.

—Diesel me dijo que te folló el culo con un cuchillo, ¿es cierto? —murmura.

Me niego a avergonzarme.

—Sí.

—Bien, porque voy a follarte el culo. Sé una buena chica, y te haré correrte más veces de las que puedas contar. Ahora bien, compórtate como una cría, y haré que te duela, que te corras mientras lloras. Haré que ames la agonía.

Joder, ¿por qué es tan excitante?

Me acaricia el culo antes de darme una palmada en cada nalga, haciendo que dé un brinco y chille. Se ríe y frota la zona antes de presionar la polla contra mi coño. La desliza de un lado a otro por mis pliegues antes de internarse lentamente. Solo embiste dos veces. Justo cuando estoy empezando a empujar hacia atrás saliendo al encuentro de sus envites, se retira y me deja vacía.

—Maldita sea, Ry —refunfuño, jadeando mientras aprieto la cara contra la mesa y mi culo contra sus manos.

—Solo estaba mojando mi polla bien para este culito tan provocador —gruñe.

Se me cierran los ojos ante sus palabras mientras jadeo, mis caderas se curvan instintivamente. No puedo evitarlo, lo necesito tanto. Me golpea dos veces más antes de frotar el escozor. Gimo con fuerza, sin poder evitarlo. Me hace sentir débil.

Me hace rendirme por completo.

Cuando me relajo, me acaricia el culo.

—Buena chica, amor, así es, relájate y acepta mi polla. —Presiona el glande contra mi culo, y me relajo mientras empuja dentro. Es grueso y grande, y no puedo evitar morderme el labio cuando traspasa los músculos—. Buena chica, mira lo bonita que estás —me alaba mientras se retira y vuelve a penetrarme, metiendo la polla en mi culo un poco más.

Cuando está enterrado profundamente me masajea las nalgas.

—Qué buena chica, joder, mírate.

Joder, quiero recriminarle esas palabras condescendientes, pero

con su polla en mi culo, no puedo quejarme. Se ríe como si conociera mis pensamientos y empieza a moverse despacio, follándome suavemente. Poco a poco.

Conteniéndose como siempre.

Tratando de protegerme.

Sé que necesita más. Necesita el dolor y el sufrimiento tanto como el control. Pero Ryder me ama, le da miedo hacerme daño. Así que necesito romperle.

—¿Qué pasa, Ry? ¿Te estás ablandando conmigo? —le provoco. Sus manos se clavan en mis caderas mientras se hunde en mí más fuerte, pero aún no es suficiente—. Oooh, por favor, Ry, no me hagas daño —me burlo.

Lo miro por encima del hombro.

—Tu hermano me folla más fuerte, ¿necesitas que te enseñe cómo hacerlo?

Sus ojos se entrecierran mientras le sonrío.

—¿Qué pasa, Ry? —Me lamo los labios y me impulso hacia atrás, aceptándole en lo más profundo—. ¿No tienes una respuesta rápida? ¿Sin exigencias ni órdenes? Tengo que decirte que estoy decepcionada…, prometiste hacerme daño. Supongo que no eran más que habladurías, alfa —me burlo.

Eso le rompe. Se clava dentro de mí tan fuerte y rápido que sí que duele, y me hace gritar. Su mano sale disparada y se enrolla alrededor de mi garganta para apretármela mientras se inclina y me muerde la oreja.

—¿Quieres que te duela? ¿Quieres que deje de cuidarte?

Está apretando mi cuello tan fuerte que no puedo respirar.

—Vale, ¿crees que puedes soportarlo, amor? Demuéstralo. —Se retira de mí y me suelta. Tira de mí hacia arriba y me gira tan rápido que se me va la cabeza y tambaleo.

No le importa, me arrastra hacia la ventana y me estrella contra el cristal. Un dolor agudo me atraviesa las costillas heridas, y cuando me agarra las manos y las aprieta contra la ventana encima de mí, noto una punzada en el hombro y el dedo herido. El dolor me atraviesa, volviéndose placer, mis fluidos gotean por mis muslos.

Lleva las manos a mis caderas, y tira de mí hacia atrás. Me da una

palmada en el culo antes de hundirse dentro de mí otra vez con embestidas rápidas y duras; no es suave. Impulsa la polla en mi culo una y otra vez hasta que me veo golpeada contra el cristal.

Pero no es suficiente para él.

Baja la mano acariciándome el costado; esos dedos elegantes trazan mis costillas, y entonces aprieta, me aprieta las costillas aún doloridas hasta que grito de dolor y me estremezco a su alrededor. Gime mientras me llena con su polla.

—Joder, amor, me gusta como gritas. No es de extrañar que a D le encante.

No puedo evitarlo, el dolor se convierte en placer, en especial cuando alarga la mano y me frota el clítoris, llevándome de vuelta a ese pico de placer otra vez, incluso mientras mi cuerpo protesta por su violencia.

Pero, de repente, se retira otra vez, dejándome vacía y temblando contra el cristal, tambaleándome sobre mis pies inestables. Siento el culo ardiendo, las costillas doloridas, y mi coño palpita sin contención. Mis fluidos gotean mientras vuelvo lentamente del borde de la liberación. Giro la cabeza y veo que se dirige hacia la mesa en la esquina para mover los dedos por encima de los objetos que hay allí.

—Me pregunto, Roxy, ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar? —Me mira, deslizando los ojos por mi cuerpo—. ¿Hasta dónde puedo empujarte? ¿Hacerte daño?

Agarra una botella elegante de agua, y me quedo paralizada, con los ojos muy abiertos, mientras vuelve hacia mí. Me separa las piernas con una patada y la aprieta contra mi coño.

—¿Piensas que puedes manejarlo, amor? —se burla, mientras la clava dentro de mí. Grito ante la explosión de dolor y suelto un gemido cuando me agarra las caderas para volver a meterse en mi culo. La botella y su polla me estiran tanto, que rozo la agonía. Me mantiene allí, perfilando esa línea fina mientras empieza a moverse.

Mantiene la botella quieta, mi coño se contrae alrededor de ella mientras se hunde y se retira de mi culo, haciéndome montar ese objeto. Es algo jodidamente pervertido, condenadamente sucio, pero me gusta. Estoy tan llena que ni siquiera puedo pensar, que apenas

puedo respirar.

—Ry, Dios —grito, sintiendo que la botella se desliza más adentro de mí con cada embestida castigadora de su polla en mi culo.

—Si miran hacia arriba, pueden verte, amor. Verán cómo te follo, sabrán que nos perteneces mientras gritas en la noche —gruñe en mi oído, mordiéndome después la oreja.

—Joder, joder, joder, por favor, Ryder —suplico, negando con la cabeza. Es demasiado. Las sensaciones me están abrumando, el cristal frío contra mi cuerpo es un contraste con el calor del suyo a mi espalda. La botella me llena, estirándome, y hace que mi culo esté mucho más apretado para su polla enorme. Cada movimiento es dolor y placer. Quiero detenerlo, sin embargo no tengo suficiente.

Me está haciendo rozar el límite. El límite que él siempre roza.

Pero hablaba en serio cuando le he dicho que nunca podría hacerme daño. Incluso ahora, incluso cuando sus manos me laceran las caderas, su polla fuerza mi culo a estirarse a su alrededor, y la botella que empujó dentro de mí me hace sufrir. Aún lo quiero.

Quiero más.

Lo quiero todo.

Cuando sus dedos fuertes y seguros me rodean la garganta, anclándome mientras me penetran, me pierdo. Se me cierran los ojos y las estrellas explotan detrás de ellos. No oigo más que los latidos de mi propio corazón, y exploto entre una embestida y la siguiente.

Gruñe en mi oído mientras alarga la mano y, mientras sigo estremeciéndome por el orgasmo, retira la botella de mi coño y la vuelve a clavar. Un orgasmo se encadena con el siguiente, como si mi cuerpo siguiera sus órdenes. Me sigue follando, manteniéndome en ese borde hasta que no puede soportarlo más.

Se hunde en mí, frotando mi clítoris mientras lo hace, llenando mi culo hasta el fondo con un gemido. Lo siento explotar dentro de mí. Siento que me duele el coño cuando lentamente extrae la botella y la tira a un lado.

Me siento magullada, dolorida, y usada.

Pero jodidamente satisfecha. Una sonrisa me curva los labios, incluso mientras me desplomo contra el cristal, respirando de forma

entrecortada. Se aprieta contra mi espalda y me rodea la cintura con un brazo mientras me ayuda a mantenerme en pie, los dos sudorosos y temblorosos bajo las réplicas.

—Dios, Roxy —gime, lamiendo y besando mi mejilla—. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

—A veces tienes que secuestrar a unas cuantas chicas para dar con la correcta —bromeo, la voz me sale ronca por los gritos.

Se ríe sin aliento y gime cuando se sacude dentro de mí.

—Amor, secuestro a alguien cada puto día, soy un mafioso, joder, pero tú eres la mejor cosa que he robado jamás, y planeo enseñártelo durante el resto de nuestras vidas, hasta que te aburras de nosotros y trates de matarnos.

—¿Que trate? —lo provoco—. Por favor, los dos sabemos que lo haría sin más.

Se ríe otra vez.

—Admítelo, amor, te hemos robado el corazón.

—No, habéis subyugado a mi coño. —Me río, incluso mientras me derrito contra él—. Aunque dicen que los orgasmos son el camino hacia el corazón de una mujer…

—Entonces, mejor me pongo a trabajar —murmura.



60
GARRETT

—¿Seguro que estás bien, cariño? —pregunto, y ella se humedece los labios antes de asentir.

Me han enviado para ver cómo está. Ya nos hemos vestidos y estamos preparados, pero todos esperarán hasta que Roxy esté dispuesta a salir. Ayer le dijimos que hoy era el funeral de Sam. Le caía bien, y sabíamos que iba a ser duro para ella, así que lo pospusimos todo lo posible, pero es importante que vayamos. Ha elegido un vestido negro discreto que le llega justo por debajo de las rodillas mientras las botas de cuero suben hasta el dobladillo. Su maquillaje es discreto, y el collar, que nunca se quita, es la única nota de color. Está guapa sin siquiera intentarlo.

Y triste.

Sam le caía bien, incluso se habían hecho amigos, aunque lo tuviéramos amenazado. Y ahora está muerto y hoy es su funeral. Sé que Roxy lo está pasando mal y que se siente responsable, se echa la culpa y le echa de menos. En este momento, necesita consuelo, y yo no soy el más adecuado para dárselo, sin embargo, ahora mismo no hay aquí nadie más, así que me toca a mí.

Le rodeo la cintura con los brazos y la atraigo hacia mi pecho mientras la miro en el espejo.

—Tú puedes con esto, cielo, hoy todos los ojos estarán puestos en nosotros, pero puedes hacerlo. Estaremos contigo. Solo debes aguantar un poco más, y luego podrás venirte abajo todo lo que necesites, te lo prometo.

—No me importan las miradas, me importa su familia —espeta, y luego suspira—. Perdón.

—No pidas nunca perdón por preocuparte —murmuro y le beso la mejilla—. Sin embargo, cielo, tenemos que irnos.

—Lo sé —susurra, y luego se recompone—. Vamos.

Se pone unas gafas de sol antes de girarse y poner la mano sobre la mía. La llevo fuera y bajamos hasta los coches, donde nos esperan. Tony conducirá la limusina en la que nos vamos a trasladar los cinco, y todos nos hemos puesto un traje negro. El ambiente es lúgubre.

Roxy me arrastra hasta Tony agarrada a mi mano como si fuera su salvavidas. Él le sonríe con tristeza y ella le corresponde.

—¿Estás bien? —le pregunta.

Nuestra Viper, siempre desinteresada. A veces, puede ser una cabrona cruel, pero tiene un corazón de oro cuando están involucradas las personas que le importan.

—Era un buen amigo, pero le encantaba lo que hacía. —Suspira—. Eso no significa que no vaya a echarle de menos.

Roxy asiente.

—Lo siento mucho, Tony, de verdad. Tómate todo el tiempo que necesites, estaremos aquí para apoyarte —se ofrece sin vacilar, aunque está dando órdenes a un miembro de nuestro personal. Eso me hace sonreír con sorna, y Ryder se ríe antes de toser para disimular.

Tony le sonríe.

—Sí, señorita Roxy, gracias. Pero prefiero estar aquí y protegerla.

Maldito sea este hombre, ahora no podemos matarlo y él lo sabe.

Roxy asiente y se pone de puntillas para besarle la mejilla, pero se detiene y nos mira con los ojos entrecerrados.

—Si lo matáis, os corto la polla a todos. —Lo besa, y permito que él la acompañe a la limusina.

Ryder le pone la mano en el cuello y la acerca mientras Diesel se le pega por detrás.

—Es la excepción que cumple la regla, amor.

Diesel le olfatea el cuello.

—Aun así podría matarlo —amenaza.

Eso la hace reír y volverse para mirarlo.

—No lo harás porque eso me dolería, y si no es dolor físico te da rabia.

Diesel gruñe y se aparta.

—Puto pajarito, eres demasiado lista para tu propio bien.

Pero le arranca una sonrisa, y eso era lo que queríamos. Kenzo se agacha y la besa con ternura.

—No dejaré que lo hagan, cielo. Venga, es la hora, y cuando volvamos, pediremos pizza y cerveza. —Se endereza y gime de dolor, lo que hace que ella suspire.

Yo, en cambio, no hago ostentación de mí dolor, aunque cada paso me tire de los puntos y me den ganas de golpear a alguien. Ella lo sabe porque camina más despacio de lo normal y, cuando me siento con rigidez en la limusina, sonríe y me besa. Joder, me dejaría torturar todos los días si esto es lo que obtengo a cambio.

El trayecto a la iglesia no dura mucho. Roxy está sentada entre nosotros, callada por una vez, y cuando llegamos al aparcamiento y vemos las cámaras, hace una mueca. Puede que no conocieran a Sam, pero sabían que íbamos a venir, igual que otras de las personas más poderosas de la ciudad. Es casi como un funeral de famosos.

En cuanto se abre la puerta de la limusina, se acercan para hacer preguntas y fotos. No es la primera vez. Normalmente evitamos a la prensa, pero siendo los solteros de oro de la ciudad, como nos llaman, pasa de vez en cuando. Sé que Ryder y Kenzo tuvieron que lidiar también con esto en el funeral de su madre.

Pero sabemos llevarlo.

Ryder toma a Roxy de la mano. Ya hemos decidido que sea él quien la pasee ante la prensa para mantenerla protegida de las preguntas. Cuando sale del vehículo, le pasa un brazo por los hombros, ignorando a las cámaras mientras yo avanzo detrás, con Diesel y Kenzo para abrirnos paso entre la multitud. Avanzamos deprisa, pero no demasiado, hasta la iglesia, y solo nos relajamos cuando se cierran las puertas.

Recorremos el pasillo central hasta ocupar uno de los bancos delanteros, y miro hacia el otro lado, donde está sola la viuda de

Sam. Las lágrimas le resbalan lentamente por las mejillas y sus ojos están perdidos en algún lugar lejano. Tiene las manos apretadas en el regazo, intentando contenerse. Roxy sigue mi mirada y toma aire antes de ponerse de pie.

Intento detenerla, pero esquiva mi mano e, ignorando todas las miradas, cruza la iglesia y se sienta junto a la viuda para cogerle la mano en silencio. La mujer la mira sorprendida, pero Roxy no dice nada, solo se queda allí con ella.

Le hacemos un gesto a Tony para que vaya a sentarse al otro lado de la mujer. Odio que Roxy esté tan lejos, pero sé por qué lo ha hecho, para que la mujer de Sam no esté sola. No puedo protestar ni traerla de vuelta porque empieza la ceremonia.

Dentro de lo que cabe, es un buen funeral, y Roxy vuelve por fin con nosotros cuando tenemos que ir al cementerio, y se apoya en el costado de Ryder. Él le besa la mejilla y seguimos a los demás fuera de la iglesia, donde siguen las cámaras, capturando imágenes de todo. Los *flashes* hacen que gruña; una vez les rompí las cámaras, y estoy tentado de hacerlo de nuevo, pero no puedo. Esto no se trata de nosotros.

Así que resisto, pero no me separo de Roxy por si acaso. Nos cerramos en torno a ella, creando una burbuja protectora mientras avanzamos entre la hierba y las lápidas antiguas.

—Estuve sola en el funeral de Rich, nadie debería pasar por eso sola —susurra Roxy mientras atravesamos el campo.

No decimos nada, pero nos apretamos más a ella, odiando que tuviera que estar sola cuando nos necesitaba. Si la hubiéramos conocido antes… Pero tiene razón, no podemos cambiar el pasado, solo lo que hacemos en el futuro, y ella nunca volverá a estar sola.

Todos nos quedamos junto a la tumba mientras el ataúd baja, con el viento ululando a nuestro alrededor. Cuando termina la ceremonia y la gente empieza a marcharse, Roxy se agacha y arroja un poco de tierra al interior.

—Lo siento —susurra, con la voz ahogada.

—Cielo… —murmuro.

Se incorpora y nos mira, con lágrimas en los ojos y la rabia vibrando en su cuerpo. No hay nada que podamos hacer para

ayudarla, y no me gusta lo que eso me hace sentir. Como si fuera jodidamente inútil. Aprieto los puños a los costados, con ganas de destruir algo para ayudar. Pero ahora necesita dulzura, amabilidad, y no sé cómo ofrecer eso.

A ella no le importa que no seamos dulces. Aun así, nos quiere.

Allí, con miles cámaras y ojos sobre nosotros, nos necesita a todos. Nos miramos entre nosotros. No nos avergüenza nuestra relación, y quien tenga algo que decir algo al respecto puede irse a la mierda, pero no queremos que arruinen su reputación. Sin embargo, nos vemos impotentes ante ella. Así que Diesel se le pone al lado, yo le cojo la mano, Ryder se le pega por detrás y Kenzo le sujeta la otra mano.

Con ella en el centro de todos, escucho jadeos y murmullos, pero nos da igual. Hoy no se trata de nosotros, sino de un hombre que dio su vida por salvar la nuestra. Un auténtico héroe.



61
KENZO

Roxy está muy callada hoy, y estos idiotas no saben qué hacer. Ryder le ha ofrecido dinero a la viuda. Garrett ha puesto sobre la mesa la idea de lastimar a alguien y Diesel la de matar a algún infeliz. Todos parecen atónitos al ver que nada de eso funciona. Niego con la cabeza, cojo a Roxy en brazos y me tumbo en el sofá, abrazándola con fuerza.

—Tranquila, cariño, estamos aquí —susurro, y ella entierra la cabeza en mi pecho, se aferra a mi camisa y rompe a llorar.

La abrazo, le acaricio la espalda y le beso la cabeza mientras le digo que estoy aquí, que la quiero y que lo siento. Sus lágrimas tienen un efecto raro en mi corazón, algo parecido al dolor. También afectan a los demás. Garrett murmura algo respecto a ir a luchar, Ryder parece impotente y me mira con una expresión de sufrimiento mientras Diesel gruñe y se aleja, probablemente en busca de alguien a quien matar.

Pero no es eso lo que ella necesita eso ahora, necesita sentir, así que se lo permito, y cuando por fin levanta la cabeza, le seco las lágrimas y le doy besos en la cara.

—Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero —susurra con la voz entrecortada, y vuelve a bajar la cabeza.

Así es como se queda dormida en mis brazos. Miro a Ryder, que la contempla con el rostro retorcido por el dolor.

—Tú has sabido qué hacer —murmura en voz muy baja para no

despertarla.

Asiento y él suspira, pasándose las manos por la cara.

—Yo no.

—No tienes que saber hacerlo todo; ella nos necesita a todos —le respondo en un susurro.

Asiente y se pone de pie.

—Me voy a trabajar. Pasaré por su bar y esas cosas. Avísame si necesita algo.

Se aleja casi corriendo. Menudos idiotas… Ante las lágrimas se convierten en niños asustados. No le cuento nada sobre los rumores y las noticias que corren sobre nosotros. Todo el mundo quiere saber quién es la mujer que ha domado a los Vipers. La foto de ella entre nosotros en el funeral se ha difundido por todas partes. Ryder, claro está, ha tomado medidas para protegerla y mantener su identidad en secreto; así no podrán escarbar en su pasado y hacerle daño.

Pero ahora todos los ojos están puestos en nosotros. Todo el mundo quiere ser ella.

Y nosotros solo la queremos a ella.

A nuestra Roxy.



—Kenzo… —susurra medio dormida.

Me acomodo y la acerco más a mí.

—¿Sí, cariño?

Parpadea y me mira.

—Perdona, no quería llorar encima de ti —suspira.

—Llora sobre mí cuando quieras, Rox —sonrío—. Es una excusa para tenerte cerca.

Suelta una risita y se da la vuelta; yo me pongo de lado y la rodeo con los brazos mientras ella dibuja círculos distraídos en mi pecho con un dedo.

—Supongo que esto me lo ha recordado todo. No dejaba de ver a Rich… —solloza y la estrecho aún más—. A veces es fácil no pensar en ello, me mantengo ocupada y ya, pero hoy no he podido…

—Está bien, cariño. Tienes derecho a echarle de menos, a que te duela; le querías —la calmo. Entonces, decido que ha llegado el momento, así que saco la foto del bolsillo y se la doy—. He creído que te gustaría tenerla. La cogí el día que te trajimos.

Agarra la foto y la contempla; se le llenan los ojos de lágrimas mientras sonríe.

—Era un hombre duro de cojones, siempre fue gruñón y borde, pero Dios, cómo lo echo de menos. Añoro su «Eh, mocosa, ven aquí». Fingía que no le importaba, pero cuando lo necesitaba, estaba ahí. No me juzgaba, solo me comprendía.

—Parece que era un hombre increíble. Me hubiera gustado conocerlo.

Asiente, acariciando la foto.

—Gracias por dármela.

—Siempre. ¿Me cuentas algo de él?

Suspira y me mira.

—Os habría odiado, probablemente habría intentado mataros. Recuerdo una vez que llevé a un tío a casa…

Escucho una historia tras otra sobre el primer hombre al que quiso, y no puedo evitar enamorarme aún más de ella. Ama con intensidad, se preocupa con profundidad… A ese hombre le debo todo: sin él habría perdido a Roxy antes siquiera de haberla conocido. Por eso, tendrá siempre mi respeto y mi lealtad, y me aseguraré de que nunca sea olvidado.

Por ella.

—Tengo una idea —le digo más tarde, mientras contemplamos el atardecer desde la terraza. Sé que ha pensado en crear un fondo con su nombre, pero quizá…—. ¿Por qué no llamas a tus nuevos bares como él?

Se recuesta más contra mí.

—¿Crees que Ryder me dejaría?

—Son tuyos, cariño, no suyos; ponles el nombre que quieras. Solo era una idea —digo, envolviéndola entre mis brazos.

—Es buena idea. Le habría gustado —susurra, y apoyo la cara en su cabello.

—Kenzo… —murmura.

—¿Sí, cariño?

—Sigo odiándoos a todos con toda mi alma, y quiero que me devolváis mi bate —espeta.

No puedo evitar soltar una carcajada; ella se une a mí, y cuando nos levantamos y me empuja a la piscina, salgo escupiendo agua pero sonriendo. Pronto estará bien.

Roxxane es una luchadora, pero nunca volverá a luchar sola.



62
DIESEL

—¿Qué te parece? —pregunta Ryder, extendiendo la mano para abarcar la mansión.

—Es… hogareña. —Nunca me había imaginado en una casa así, pero ahora que estamos forjando nuestra familia de manera correcta, tiene sentido—. Esa cama gigante en su habitación es un bonito detalle. —Resoplo, abro el mechero y enciendo un pitillo.

Sonríe.

—Me imaginaba que te gustaría casi tanto como el sótano.

Me animo al oír eso.

—¿Sótano?

—Sótano. —Asiente—. Puedes convertirlo en tu mazmorra y la de Roxy. Haced lo que os dé la puta gana ahí abajo, pero las cuestiones de trabajo seguirás haciéndolas en el edificio del ático.

—Vaya trato —murmuro mordiendo el cigarrillo—. Maldita sea, no puedo esperar. Piensa en todos los juguetes con los que podría llenarlo.

La casa en sí es un puto piso franco. Es enorme, con barreras, vallas y guardias patrullando a todas horas. Hay una armería, ventanas a prueba de balas y túneles de escape. Ha creado una maldita fortaleza, justo lo que necesitamos. Además, es negra.

Como nuestras putas almas.

Todo negro, el exterior, e incluso la mayor parte del interior. A Roxy le va a encantar. Ni siquiera pregunto cuando Ryder decidió empezar este proyecto. Está claro que ha renovado la casa a su

gusto, el muy cabrón. Pero tiene razón, el ático es bonito, pero no es un hogar.

Esto sí.

Y más con mi pajarito.

Estoy deseando enseñárselo y jugar en la mazmorra nueva con ella, tendré que hacerle un regalo de inauguración… Los látigos podrían servir para eso, ¿no? Debo decirlo en voz alta, porque Ryder se ríe y me da una palmada en el hombro.

—Menos mal que ella te quiere, D, porque estás como una puta cabra.

Le echo humo en la cara.

—Sí, pero pajarito no me querría de otra manera.

—Estoy pensando que podríamos mudarnos pronto, a finales de mes. Voy a necesitar ayuda, pero con Roxy ocupada en los bares, no debería ser difícil. Garrett ya está trabajando con especialistas en seguridad para blindar este lugar, y yo he preparado un despacho en casa para poder estar más cerca.

—¿Y Kenzo? —pregunto, acariciando la encimera de mármol negro con apliques dorados en la cocina.

—Está al tanto. Quería que tuviera el hogar que siempre deseó. Este era el sitio con el que soñaba cuando éramos críos. Está encantado de poder trabajar desde casa todo lo posible, por eso el garaje es tan grande: para sus juguetes —me explica.

—Un hogar —suspiro, mirándole—. Tengo que admitir que nunca pensé que volvería a tener uno.

—Yo tampoco —responde, contemplando la casa—. Pero se siente correcto.

Asiento.

—Sí, siempre que contrates a alguien para limpiar o alguna mierda así. La sangre será difícil de sacar de estos suelos.

—Son perfectos —frunce los labios, mirando las baldosas.

Saco la navaja, me corto la mano y dejo que la sangre gotee.

—Limpia, a ver qué tal queda.

—¡Joder, D! —protesta, buscando algo para limpiar la sangre. Mientras suelto más humo, le veo arrancarse la chaqueta y tirarla al suelo para limpiar, aunque mi mano sigue soltando sangre sobre los

azulejos—. Eres un puto gilipollas, como sigas, le reviento la sorpresa a tu pajarito.

—¿Sorpresa? —pregunto, congelándome.

Sonríe con sorna, sujetando la chaqueta como si le diera asco.

—Sí, sorpresa, imbécil. Venga, atrévete.

Me vendo la mano, preguntándome qué planea mi pajarito. Joder, ojalá sea algo doloroso que incluya sexo con ella. Echo de menos nuestras sesiones, pero he querido darle tiempo para sanar después de todo lo que ha pasado.



ROXY

—Voy a echarme una siesta, ¿alguien se apunta? —pregunto en general.

—¿Una siesta? —se burla Garrett—. ¿Tengo cara de abuelete? Además, sé de sobra que Ryder te ha puesto a cuidarnos.

Les lanzo una mirada feroz con los brazos en jarras.

—Vale, pues dejémonos de tonterías. Subid a descansar. Necesitáis curaros, y cuanto más tardéis, más tiempo tendréis que estar ahí sentados como putos débiles.

Sonrío de forma inocente cuando me mira con la boca abierta.

—Y más tiempo sin follar, que lo sepáis.

Eso sí que los espabila. Kenzo me coge en brazos y suben las escaleras de dos en dos, directos a su habitación. Me lanza a la cama y reboto mientras ellos se despelotan a toda prisa. Se me cae la baba viendo tanto músculo y piel, pero no me dejan tiempo para admirarlos porque se meten en la cama, Kenzo a un lado y Garrett al otro. Los dos intentan abrazarme a la vez y acaba siendo un tira y afloja conmigo en medio.

—No soy una muñeca, dejad de sobadme como si fuese vuestra polla —gruño, colándome bajo el edredón pegada al pecho de Garrett. Noto a Kenzo a mi espalda, con las piernas y los brazos a mi alrededor.

—Como me toque la polla, me piro —gruñe Garrett.

—Hecho, nada de cruzar espadas —bromea Kenzo, haciendo que me dé la risa mientras cierro los ojos.

—A dormir, ya.

—Qué mandona, cariño. Si te pusieras un traje, serías como Ryder —se ríe Kenzo.

—Anda ya, soy más lista que él…, pero no se lo digáis o me daría una buena zurra.

Garrett sonríe y se acurruca más.

—Y te encantaría, nena.

—No veas, ahora a dormir, a ver si sueño con fustas y pollas.

Ambos gruñen, pero se callan, aunque noto la polla dura de Kenzo contra mi culo. Me muevo y me empujo hacia atrás para rozarle. Él gruñe y me muerde el hombro.

—Pórtate bien.

Resoplo.

—Lo hago; ha sido un accidente.

—Sí, claro, provocadora.

Murmuro algo sobre que son unos pringados, pero al final consigo dormirme. Cuando me despierto, estoy sudando y excitada, con dos pollas firmes apretándome y unas manos que suben y bajan por mis piernas.

—Eso es trampa —mascullo medio dormida.

—La siesta ha funcionado, ya estoy curado —declara Garrett, subiéndome la camiseta.

—Yo también, curado a tope —añade Kenzo, besándome el hombro—. Sanísimo, vamos.

—Ni de coña, se os pueden abrir los puntos —protesto, pero no de forma muy convincente porque, joder, estoy empapada y me muero por ellos. Sus manos duras y sus bocas traviesas me ponen a mil. He estado a punto de perderles y, desde entonces, no hemos estado juntos. Los necesito para recordar que siguen aquí, vivos, y que no planean dejarme.

—Enfermera, necesito que me cures —ríe Kenzo contra mi piel, mientras Garrett baja la mano y me roza las bragas.

Mierda.

—Yo también —murmura Garrett—. Dicen que el mejor remedio son los orgasmos.

Resoplo e intento escabullirme, pero me atrapan con las piernas.

Mi vagina también se apunta a la fiesta, como si hubiera puesto un cartel diciendo «fóllame».

—Curaditos —suelto—. A descansar.

Pero no me hacen ni caso, los malditos imbéciles y sus estúpidas, seductoras pollas. ¿Pollas? ¿Cuál es el plural de polla? Bah, a quién coño le importa.

—Que os den —mascullo.

—Menos mal —dice Kenzo con una risa, dándome la vuelta y agarrándome la cabeza para besarme, mientras Garrett empieza a bajar con un reguero de besos desde mi hombro hasta el medio de mis muslos, para separarlos y colocar una de mis piernas sobre la de Kenzo.

Me aparto y arrodillo para mirarlos. Se giran y me sonríen. Garrett apoya el brazo detrás de la cabeza, luciendo músculos; recorro su torso y luego miro a Kenzo, que me observa hambriento, con el pecho desnudo. Parecen dos putos dioses griegos, oscuros y musculosos, atentos a mí, esperando mi próximo movimiento.

Dos depredadores listos para atacar, pero deberían saber que la verdadera depredadora aquí soy yo. Les tengo donde quiero. Deseándome, esperando a que haga algo. Este es el juego de la víbora: ataca quien yo diga, cuando yo quiera.

Soy la puta Roxxane Viper. Ellos no deciden cómo ni cuándo. Lo digo yo.

Me agarro la camiseta y sonrío con picardía.

—¿Es esto lo queréis fuera?

Ambos asienten y Garrett suelta un gruñido cuando baja la vista a mis muslos y la sube de nuevo, haciéndome estremecer de deseo. Y solo con una maldita mirada. No es justo el poder que tienen sobre mí, pero bueno, yo tengo el mismo sobre ellos.

Listos para atacar, llenos de tensión y poder, pero escuchándome. Doblándose a mi voluntad.

—Pues obedeced —ordeno.

Kenzo sonríe, se reclina y su boca arrogante se curva en una

media sonrisa, con los ojos brillantes de respeto y necesidad.

—Tú mandas, cariño.

Me lo pienso: Garrett está más herido, no podrá estar debajo. Lo miro y compartimos una sonrisa, preguntándonos si puede con esto. No quiero hacerle daño, pero sus ojos se oscurecen y recorren mi cuerpo con hambre.

—Quiero a Garrett en mi coño —musito, el corazón desbocado—. Y a ti en mi boca.

Me acerco a Kenzo a cuatro patas.

Abre un poco la boca, aunque parece no saber qué decir por una vez, así que le soplo, divertida.

—¿Supone un problema, cariño?

Garrett gruñe y me pellizca el costado.

—Pórtate bien.

—Si quisiera ser mala, te contaría cada cosa que quiero que me hagas, como Kenzo llenándome la boca hasta que no me quede más remedio que tragar mientras tú me follas duro y rápido, hundiéndote en mi coño hasta hacerme gritar —le guiño un ojo—. ¿Ves qué buena soy?

Él me lanza una mirada de advertencia y me da un azote.

—Venga, nena, abre esa boca bonita y sé muy buena con Kenzo —ordena, poniéndose de rodillas y colocándose detrás de mí hasta que le pierdo de vista.

Tiemblo por la anticipación, pero cuando no me toca, me giro hacia Kenzo y le bajo los *boxers*, dejando al aire su polla rígida mientras me mira desesperado, con hambre.

—¿Eso quieres? —ronroneo, lamiéndome los labios—. ¿Que sea buena?

Traga saliva y le cojo la mano para llevármela a la boca. Le chupo un dedo, lamiéndolo despacio, y él suelta un gemido. Salto cuando Garrett me da un azote tan fuerte que casi grito, pero me hace gemir masajeando la zona con la mano.

—Cariño, he dicho buena.

Kenzo me enreda el pelo entre los dedos hasta atraparme y me acerca.

—¿Has oído, cariño?

Me deja elegir, y yo siempre lo elijo a él. Tomo su polla con la mano y, mirándole a los ojos, me la llevo a la boca para succionar la punta. Él gime y mueve las caderas para enterrarse más profundamente. Garrett me acaricia la columna y baja la mano para separarme las piernas, abriendo mis pliegues empapados con caricias lentas.

—Está muy mojada, hermano —gruñe, metiendo los dedos en mi interior—. Pero vas a necesitar más para que entre mi polla, nena.

Sus palabras sucias casi me hacen apartarme de la polla de Kenzo, pero él me tira del pelo para que siga. Garrett añade un dedo más, los curva y desliza por mis paredes, rozando los nervios de dentro, lo que provoca que me estremezca.

El placer me envuelve. Me tiembla el pulso, estoy tan excitada que me lo imagino detrás de mí, viéndome chupar la polla de su hermano mientras me acaricia.

Gimo sobre Kenzo y él gruñe, enredando mi pelo en su mano. Siento una punzada de dolor mezclada con el placer y cierro mis músculos internos alrededor de los dedos de Garrett. Él se ríe y los retira para frotarme el clítoris rápido mientras yo busco más, desesperada por llenar el vacío. Pero él me ignora y sigue acariciándome hasta que el orgasmo me arrolla de golpe, como una granada de Diesel.

Gimo alrededor la polla de Kenzo, que casi se descontrola y se hunde más rápido. No he terminado de recuperarme cuando ya tengo la polla de Garrett en la entrada, mientras me acaricia el costado con suavidad.

—Eres tan jodidamente preciosa… De todas las peleas que he ganado, nunca he sido tan feliz como cuando gané esta por ti —susurra con la voz ronca, y me da un vuelco el corazón. ¿Cómo puede decir esas cosas cuando yo no puedo responder? De hecho, probablemente por eso lo ha hecho, el muy cabrón.

Se ríe como si supiera que lo insulto para mis adentros y, agarrándome por las caderas, tira de mí hacia atrás, empalándome unos centímetros de su polla antes de sacarla y volver a meterla un poco más adentro. Gime apretando los dientes.

—Joder, está apretadísima —gruñe, y Kenzo no puede evitar gemir,

su polla saltando en mi boca.

—Joder, joder, joder —jadea Kenzo—. Su boca es una puta locura, y esos ojos… —Abre los suyos y los clava en mí—. Veo tu deseo en ellos, cuánto te gusta chuparme la polla, cariño. Me matas, estoy indefenso incluso ahora, cuando intento que esto dure, para estar en tu boca tanto tiempo como pueda.

Me lo saco de la boca y arrastro los dientes por su longitud antes de volver a lamerla.

—¿Por qué? —murmuro con la voz ronca—. Ya te he dicho que quiero que me folles la boca y me la metas hasta la garganta —ronroneo mientras le lamo el glande y saboreo sus fluidos, gimiendo. Se me cierran los párpados y me saboreo los labios, abriendo los ojos antes de volverlos a girar hacia él cuando Garrett introduce otro centímetro, empujándome hacia delante, con la polla de Kenzo golpeándome los labios.

Me arrastra hacia él tirando de mi pelo, y sus ojos se vuelven salvajes, desesperados. Abro la boca como una niña buena y me lo trago mientras Garrett llega por fin al fondo de mi coño y se queda quieto. Su gruesa polla me estira hasta que resulta doloroso, y aun así no se mueve, pero necesito que lo haga. Tiene que hacerlo, porque me está llenando, joder. Me empujo hacia atrás y me vuelve a dar un azote en el culo; y no es un suave golpecito cariñoso, no, es uno tan fuerte que grito alrededor de Kenzo.

—Compórtate, nena. Sé que te cuesta, pero si no lo haces, me correré en tu coño sin dejarte correrte otra vez —gruñe.

—Capullo —murmuro alrededor de la polla de Kenzo, haciéndole gemir y entrecerrar los ojos.

—No hagas eso —gruñe, sus empujones se detienen mientras se pasa el otro brazo por los ojos—. Fóllala, Garrett, porque no voy a durar mucho más.

—¿Oyes eso, cariño? ¿Está a punto? ¿Está su polla llenando tu boquita? —pregunta Garrett, mientras sale y vuelve a entrar, obligándome a aceptar la polla de Kenzo más profundamente, hasta el fondo de mi garganta, lo que hace que Kenzo grite y se estremezca.

Garrett se ríe, se retira y vuelve a penetrarme, empujándome con

cada embestida hacia delante y hacia atrás sobre la polla de Kenzo, como si nos controlara a los dos. Abro los ojos de par en par, húmedos porque me golpea el fondo de la garganta una y otra vez. Aunque no tengo arcadas, solo estoy atrapada entre ellos, con una mano aferrada a las sábanas y la otra rodeándolo mientras tomo lo que me dan. Las suaves caricias de Garrett van haciendo crecer lentamente el fuego dentro de mí, avivándolo con cada giro y balanceo de sus caderas.

Los gemidos de Kenzo llenan la habitación y por fin deja de intentar contenerse. Mueve el brazo, con los ojos clavados en mí, tirándome del pelo, pero me parece jodidamente excitante. Ahora Kenzo se ha vuelto salvaje, mueve las caderas desesperadamente, follándome la boca con fuerza y rapidez. Me gotea saliva de los labios y me duelen las mejillas mientras aprieto la base de su polla hasta que gruñe. Se le cierran los ojos y abre mucho la boca. Su increíble pecho está cubierto de sudor y sus abdominales se contraen mientras intenta contenerse.

Garrett gruñe, sus embestidas se aceleran hasta que me folla de forma salvaje, como solo mi guerrero puede hacer. Sin juegos, solo dejándose llevar. Sin contenerse. Es el dueño de mi cuerpo, sin preguntarse si lo disfruto, ya que él me obliga. Su gruesa polla me llena y lleva al límite una y otra vez. Me empujo hacia atrás para encontrarme con él, jadeando alrededor de la polla de Kenzo.

—Cariño, joder, Dios, voy a… —advierte Kenzo, con la polla hinchándose en mi boca. Me la trago, cerrando los labios alrededor de su base con un ronroneo. Grita y se vacía en mi boca, eyaculando en mi garganta antes de desplomarse de nuevo sobre la cama. Me suelta el pelo con los músculos temblorosos y me acaricia la mejilla —. Joder, te quiero tanto que no puede ser real.

No respondo. Me resulta un poco incómodo tener un momento cariñoso con la polla de otro hombre dentro de mi coño, aunque a él no le importa. Sonríe con satisfacción y sale de mi boca.

Me limpio los labios al tiempo que trago saliva, y me río sin aliento, y es entonces cuando Garrett decide demostrarme que solo estaba jugando. Me rodea el cuello con la mano y me arrastra hasta ponerme de rodillas, con la espalda pegada a su pecho. Kenzo alarga

sus dedos perezosamente y me atrapa las muñecas delante del estómago hasta que no puedo hacer otra cosa que aguantar los fuertes embates que me propina Garrett.

Una y otra vez.

—Me encanta estar dentro de ti —me gruñe al oído. Las palabras sucias y guturales me hacen gritar mientras empujo hacia atrás todo lo que puedo para follarlo. Ese nuevo ángulo golpea un punto dentro de mí, haciéndome cerrar los ojos—. Te juro que eres capaz de hacer pecar a un maldito cura, nena. Tu cuerpecito ardiente me vuelve loco, hasta que no puedo dejar de pensar en ti. Joder, incluso sueño con tu coño, con tenerte rebotando en mi polla, y me despierto duro y excitado.

Sus palabras me desatan. Aprieto su polla con mis músculos internos mientras se me cierran los ojos, es demasiado. Demasiado, joder. Esa chispa es ahora un infierno que arde por él, por todos ellos. Y cada embestida de su gruesa polla dentro de mí me lleva cada vez más arriba, al borde mismo del abismo. Él controla mi placer, y mi herido guerrero me está dando todo lo que siempre quise.

A él.

—Joder, nena, puedo sentir tu coño apretándome como un puto torniquete. ¿Te gusta cuando te digo guarradas? ¿Te gusta cuando te trato como la zorra que eres? ¿Cuando te follo hasta sacarme todo el odio? —Gimo en respuesta, y su mano me aprieta más, sus envites hacen que mis pechos reboten, y Kenzo gime al verlos mientras se humedece el labio inferior.

—Creo que te encanta, te encanta cuando soy un cabrón contigo. Te pone muchísimo, te encanta la lucha, el juego, hasta que al final uno de los dos cede y se rompe. Dime, nena, ¿quién se va a romper primero? —murmura, recorriéndome la oreja con la lengua mientras intenta frenar sus embestidas, pero yo retrocedo de golpe, hundiéndolo más, y él gime, con la mano en mi cuello. Tiene tanta fuerza… Es la misma mano con la que mata hombres con un chasquido, la que está cubierta de tanta sangre que nunca podrá quedarse limpia.

—Tú —respondo entre dientes, haciéndole gruñir mientras aprieto

a propósito alrededor de su polla.

Me suelta el cuello con un gruñido y me empuja contra la cama. Me agarra las caderas con tanta fuerza mientras me penetra, que sé que voy a tener moratones. Estoy al borde del dolor, un dolor punzante que se mezcla con el placer hasta que tiemblo, pero aguanto mientras me demuestra lo mucho que me odia.

—Te odio, te odio. —Oigo las palabras en mis labios mientras me empujo hacia atrás, respondiendo a sus salvajes embestidas.

Gruñe y me da palmadas en el culo una y otra vez, hasta que, con una última embestida, me golpea el coño con la mano, pellizcando mi clítoris y haciéndome caer al borde del abismo con un grito. Me corro con tanta fuerza que casi me desmayo. Se me nubla la vista, y cuando vuelvo en mí, estoy temblando y me estremezco, con el coño chorreando mientras jadeo ruidosamente. Me levanta de nuevo, me acaricia el cuello con cariño y me besa la garganta.

Me relajo contra él, dejo que me abrace mientras me convierto en una masa de carne sudorosa y satisfecha. Se ríe en mi oído, lo que me hace apretarme contra él y, a su vez, le hace gemir y quedarse quieto.

—Maldita sea, nena, vas a acabar conmigo.

—Te odio, joder —murmuro con los ojos cerrados.

—Yo también te odio, nena. —Me golpea la cadera y vuelvo a caer hacia delante cuando me suelta y su polla sale de mi interior. Los dos caemos al colchón junto a Kenzo, que se da la vuelta y me estrecha entre sus brazos, con la polla dura de nuevo, pero los dos la ignoramos.

Nos quedamos exhaustos y revueltos, con los cuerpos resbaladizos por el sudor, y me doy cuenta de que la herida de Kenzo ha empezado a sangrar, pero él hace caso omiso y se acurruca más cerca. También quiero ver cómo está Garrett, pero lo siento detrás de mí y, si la fuerza con la que me abraza sirve de indicio, no tiene intención de moverse pronto.

Imbéciles.

Ryder nos va a matar.

Pero en mi defensa…, ¿cómo se supone que voy a resistirme a ellos? Tienen abdominales, joder. Esas pequeñas líneas infernales

son mi debilidad, y en serio, ¿acaso alguna chica rechazaría los orgasmos de sus poderosos, tatuados, musculosos…? Espera, he perdido el hilo.

Ah, a la mierda.

—Me encantan las putas siestas. —Garrett resopla, haciéndonos reír a todos.

—Las siestas se han convertido en mi afición favorita —afirma Kenzo—. Creo que necesito curarme un poco más. —Mueve las cejas, lo que hace que le dé un golpe en el pecho.

—Sí, bueno, mi coño también, así que cierra la boca y echémonos la siesta de verdad —les ordeno, y los dos se ríen entre dientes.

—Qué mona se pone cuando nos da órdenes —murmura Garrett, apretándose más contra mi espalda—. Cariño, ¿crees que nos controlas?

—No lo creo, sé que sí, ahora cállate y déjame dormir —exijo, cerrando los ojos, y como he pensado que harían, se quedan callados.

Sí, yo controlo a estos bastardos, solo que ellos no se dan cuenta.



63
ROXY

Después de la siesta, me despierto antes que ellos y los dejo para que se curen. Le envío un mensaje de texto a Ryder diciéndole que tal vez necesitan una revisión con el médico y me duermo exhausta en mi habitación. Debo de haber dormido el resto del día y de la noche, porque cuando me despierto vuelve a hacer sol, así que está claro que ha amanecido.

Supongo que la última semana me ha pasado factura, pero hoy me siento llena de energía, y cuando me estiro y me golpeo contra algo duro, ni siquiera grito, simplemente me doy la vuelta, cojo el cuchillo de debajo de la almohada y se lo pongo en el cuello en un santiamén.

Diesel apenas abre un ojo, pero una sonrisa curva sus labios.

—Buenos días, pajarito —murmura, antes de agarrarme y arrastrarme de nuevo hacia su pecho.

—¡D! —exclamo, acurrucándome más. Echaba de menos a este desquiciado. Ayer estuvo fuera todo el día, al parecer, trabajando.

—Te dije que hoy estaría libre. Has estado ocupada —murmura, acariciándome la espalda mientras le acerco la hoja a la garganta.

—Qué puedo decir, me aburro —bromeo, haciéndole reír antes de que gima.

—Será mejor que nos levantemos, es hora de desayunar y me muero de hambre. Si nadie me da de comer pronto, podría comerte a ti —advierte con voz sombría, y luego se ríe entre dientes.

—Cuando quieras, cielo, cuando quieras, joder. —Me incorporo,

me zafo de su pecho con el cuchillo aún en la mano y voy desnuda a la ducha. Oigo su gemido a mi espalda.

—No es justo, pajarito —le oigo decir mientras me río y cierro la puerta.

Después de ducharme y vestirme con una camisa, me los encuentro a todos en la mesa como de costumbre. Sinceramente, he echado de menos estos desayunos. Es el único momento en el que solemos estar todos juntos, y con Ryder poniéndose al día con el trabajo y Diesel ocupado fuera, no ha sido lo mismo. Me acomodo en mi silla. Ryder me sirve un café y Kenzo me llena el plato; después, posa la mano en mi muslo por debajo de la mesa y me acaricia despreocupadamente mientras yo subo la otra pierna y la pongo sobre el regazo de Ryder.

Deja caer la mano sobre ella y me da un masaje mientras sorbe de su taza de té. Por alguna razón, verle hacer eso me sigue volviendo loca. Todos los días lo veo beber como si fuera un maldito ritual, y es como si me hubiera hipnotizado.

Me pilla mirándolo y me guiña un ojo, y sus ojos parecen… más cálidos hoy. ¿Se ha estado derritiendo cada vez más y yo ni siquiera me he dado cuenta? Joder, ni siquiera lleva el teléfono encima.

—Buenos días, cariño —murmura, inclinándose y me besa con ternura, saboreando el café en mis labios antes de volver a beber su té—. Vale, D, ponnos al día.

—El padre de la Tríada está muerto, se cayó por una ventana, vaya, y ayer me aseguré de que no había nadie más oculto en la ciudad. —Sonríe, abre el encendedor y enciende un cigarrillo antes de cerrarlo. Levanta los pies y los apoya en la mesa mientras cruza las piernas sin dejar de fumar.

—Garrett, ¿cómo te sientes?

Garrett se encoge de hombros y termina de tragar antes de inclinarse hacia atrás.

—Bien, el médico me ha curado las heridas. —Me guiña un ojo, haciéndome soltar una risita.

—¿Kenzo? —pregunta Ryder.

Kenzo se inclina hacia mí, sin dejar de acariciarme el muslo.

—Sanando bien. Podéis agradecerle a Roxy nuestra mejoría.

—Ah, no… —Niego con la cabeza—. Fue cosa vuestra, cabrones. Yo estaba allí, durmiendo la siesta tan inocente…

—Con tu culo contra mi polla —me interrumpe Kenzo, pero lo ignoro.

—Y decidiste hacer una fiesta rápida de salchichas. —Cojo una salchicha del plato y hago un gesto con los dedos para explicarlo, haciendo que incluso Ryder resople.

Es entonces cuando me doy cuenta de que esta es su versión de las reuniones, a veces de negocios, a veces familiares. Así es como permanecen juntos, porque escuchan. Es realmente adorable, pero no lo digo en voz alta, porque los cuatro se pondrían a darme caza y me demostrarían que no son, de hecho, adorables.

Lo dejo pasar y miro al hombre en cuestión.

—¿Ryder?

—¿Sí? —Parece confuso.

—No, quiero decir que nos pongas al día, ¿cómo estás? —resoplo.

Parpadea, y entonces me doy cuenta de que nadie se lo ha preguntado antes.

—Eh, vale, hoy tengo jornada de puertas abiertas. —Se limpia la boca y deja la taza de té—. Lo que me recuerda que tenemos que hablar de algo.

Se me revuelve el estómago y miro a mi alrededor para ver cómo se ensombrecen sus rostros.

—¿Vas a intentar matarme? —pregunto con indiferencia. Sinceramente, no me extrañaría que pensaran que tienen que hacerlo.

—Hoy no —responde Diesel, haciendo un brindis conmigo con su cigarrillo.

—Tenemos que hablar, amor —repite Ryder con seriedad. Aspiro una bocanada de aire. Algo va mal, tiene que ir mal…, ¿pero cómo es que me afecta a mí?

Hoy no he pegado a nadie, así que no es eso.

RYDER

La siento en el sofá y me agacho ante ella para cogerle la mano. Kenzo y Diesel se colocan a ambos lados de ella, y Garrett está detrás, protegiéndole la espalda como siempre.

—Cariño, hemos estado pensando. —Comparto una mirada con los demás, que asienten dándome ánimos—. Tu padre…

Ella entrecierra los ojos al recordarlo, y yo sonrío con tristeza mientras le tapo los labios con la mano antes de que pueda empezar a gritar, diciéndonos que nos odia otra vez.

—Tu padre, Roxy, tiene que pagar por lo que te hizo, tanto en el pasado como recientemente. Puede que hayamos aceptado el trato, pero ahora que nosotros…, nosotros…

—Te quiero —interviene Kenzo con confianza.

—Sí, te quiero. —Asiento con la cabeza—. Eso significa que no podemos permitir que nadie insulte a nuestra chica. Ahora bien, sé que lo odias y que es responsable de cosas atroces en tu pasado, créeme, amor, lo entiendo, por eso quiero saber si quieres que nos ocupemos de él. —Le retiro la mano de los labios y ella se los lame mientras nos mira.

—¿Quieres decir matarlo? ¿Harías eso?

—Cariño, ¿cuándo te vas a dar cuenta de que no hay nada que no haríamos por ti? —resopla Garrett.

—No sé si podré enfrentarme a él, han pasado muchos años —admite, y Diesel se aprieta más a ella.

—Lo sé, amor, y por eso quiero que nos dejes hacerlo por ti —la tranquilizo, pero sé que, antes de que lo decida, nunca nos dejará encargarnos. Tiene que matar a ese monstruo y, por mucho que me gustaría hacerlo por ella, es suyo, le corresponde a ella enfrentarlo. Nuestra Roxxane nunca haría otro trato con sus problemas, no, es demasiado fuerte para eso, y eso solo hace que la quiera más.

—No, no, tienes razón. Ha pasado mucho tiempo. Supongo que… —Niega con la cabeza—. Sinceramente, me he olvidado de él por un tiempo, pero tienes razón, nunca se detendrá —dice con tristeza, de acuerdo con nosotros, buscando mis ojos. Los suyos están nublados por la tristeza, pero son tan fuertes como siempre—. Sí, quiero estar

presente.

—¿Solo estar allí? —pregunta Diesel—. Porque si no quieres lidiar con él, sabes que yo lo haré, pajarito.

Sonríe, pero es una sonrisa malvada, como la que nos dedicaba siempre.

—No, es mi padre, mi responsabilidad. Quiero que estés allí, aunque ha pasado mucho tiempo y volver a verle… Me traerá recuerdos.

Asiento, yo también la entiendo.

—Te cubrimos las espaldas, siempre, ahora somos familia. No suya, nunca suya. No volverá a hacerte daño.

Asiente y coge las manos de Diesel y Kenzo. Garrett pone la suya en el hombro y yo le agarro las rodillas mientras ella respira hondo.

—Supongo que siempre he sabido… que nunca me quiso. Esto tiene que pasar. Siempre pensará que puede controlarme, utilizarme, y eso también se extiende ahora a vosotros. No puedo permitírselo. Ha llegado el momento de que pague por sus pecados.

Levanta los ojos y ya no hay debilidad en ellos. Hay una Viper destellando en esas oscuras profundidades.

—Morirá hoy.

Que así sea.



64
ROXY

El viaje hasta allí transcurre en silencio, ya que mis chicos me están dejando prepararme para lo que está por venir. Tienen razón, él es una amenaza, no solo para mí, sino también para ellos. Ahora son mi familia, él nunca lo fue. Puede que sea de mi sangre, pero eso solo significa que fue mi principio, no mi presente ni mi final.

La sangre no siempre significa familia. A veces encuentras tu familia en los amigos, en figuras paternas y maternas… o en amantes. Miro a mi alrededor y sonrío, pensando que a veces encuentras a tu familia cuando menos te lo esperas. La nuestra puede estar jodida, ser odiosa, poderosa y rica…, pero cuando estamos juntos, somos felices. Nos sentimos a salvo, y eso es lo único que importa.

Ahora me toca a mí mantener segura a mi familia, proteger a los hombres que darían su vida por mí, que me perseguirían, a mí y a cualquiera que nos hiciera daño, por todo este mundo sin parar jamás.

Mi padre... no, tengo que dejar de llamarle así, Rob no es más que una amenaza, y para un Viper, una amenaza es fácil de solucionar. Las matamos.

Su sangre puede que lo salvara de mí una vez, cuando decidí huir en lugar de luchar, pero firmó su sentencia de muerte cuando decidió que no podía dejarme en paz. Ahora me llena una oscuridad, la que él creó, una furia asesina que él construyó con sus puños, con sus palabras crueles y sus abusos.

Soy una luchadora.

Una superviviente.

Le sobreviví una vez, pero él no me sobrevivirá.

Soy una puta Viper, y él no es nada. Solo un muerto viviente.

Nos detenemos delante de la casa. El sol brilla, y me calienta a través de la ventanilla tintada mientras contemplo la casa cochambrosa que una vez me pareció una prisión. Allí solía anhelar el amor de Rob, o incluso que solo apartara la mirada, que no me viera. Me fui de aquí siendo una cría, y ahora vuelvo siendo una mujer.

—¿Lista, cariño? —pregunta Ryder, interrumpiendo mis pensamientos.

Giro la cabeza para verlos a todos mirándome, ofreciéndome su fuerza. Asiento y salgo del coche, el portazo resuena con fuerza en el barrio abandonado mientras me siguen.

Nos quedamos fuera.

Ryder va de traje y Kenzo también. Garrett con la ropa de cuero, y Diesel con sus vaqueros y una camiseta de tirantes, pero todos gritan dinero, y supongo que yo también. Mi cuerpo está enfundado en vaqueros rotos, botas que molan un huevo y una blusa de diseño.

Vine de la nada, igual que mis hombres, y ahora soy dueña de esta ciudad. Con ellos.

Recorrer el sendero es como hacer un viaje por el túnel del tiempo, y miles destellos de la noche que me escapé abarrotan mi memoria. Era de noche, estaban dormidos, y yo tenía miedo de que me pillaran mientras huía con mis escasas pertenencias metidas en una bolsa de plástico del supermercado. Me caí, me raspé las rodillas y las manos, y tuve que morderme el labio para no gritar y que no me oyeran. Miré hacia la casa, las cortinas estaban echadas y las ventanas oscuras.

Igual que ahora.

Llego a la puerta y, tomando aire, levanto la mano y golpeo con los nudillos la madera gastada. Esperamos en silencio, pero nadie contesta, así que llamo más fuerte y oigo movimientos dentro.

—Sí, sí, si son otra vez esos capullos de la Biblia… —balbucea y abre la puerta de un tirón, quedándose helado cuando sus ojos se

posan en los hombres y luego en mí. Curva los labios con una mueca. Sus ojos oscuros, iguales que los míos, están llenos de fastidio.

—¿Qué coño queréis? La habéis comprado, no la quiero de vuelta —espeta, e intenta cerrar la puerta. La bloqueo con la bota y luego empujo para abrirla, haciendo que se tambalee hacia atrás, incluso mientras empieza a gritar.

—¿Qué coño queréis? Cubrí la deuda, y no os debo nada, cabrones… —Ryder lo empuja a una silla.

—Siéntate y cállate de una puta vez —gruñe, antes de apartarse y apoyarse contra la pared, remangándose.

Garrett cierra la puerta y se coloca delante, con los brazos cruzados. Diesel deambula por la habitación, riéndose y abriendo su mechero repetidamente. Kenzo se queda cerca de mí por si le necesito. Pero yo me he quedado clavada en el sitio, mirando alrededor.

La casa es más pequeña de lo que recordaba, y también huele peor. Supongo que el dolor distorsiona los recuerdos. En mi cabeza, esto era el infierno, y cuando tengo pesadillas sobre ello, todo parece mucho más… intenso. Supongo que enfrentarme a esto ahora me está haciendo darme cuenta de que he estado magnificando este lugar en mi cabeza, y ahora que estoy aquí de pie, no tengo miedo.

Mis ojos vuelven al hombre que me causó tanta miseria. Su camisa está sucia, manchada y rota por varios sitios. Lleva la barba y el pelo descuidados, y tiene los ojos borrosos por lo que fuera que estuviera bebiendo o metiéndose. Su cuerpo está casi consumido, larguirucho y flaco, más pequeño de lo que recordaba. Se le ve la cara demacrada, tiene los ojos hundidos, y el pelo ralo y grasiento.

No puedo creer que antes tuviera tanto miedo de este hombre. Rodeo el sofá, me dejo caer en el borde del cojín manchado y le miro fijamente.

—Hola, papá, ¿qué tal te va todo?

Resopla y gira la cabeza para escupir en la moqueta, haciéndome fruncir los labios con asco.

—¿Qué coño quieres? Teníamos un trato.

—Oh, sí, yo por tu deuda. O sea, en serio, Rob, ¿sigues usándome como tu saco de boxeo porque no eres lo bastante adulto para lidiar con tus propios problemas? —Me río con amargura.

Entrecierra los ojos mirándome, pero luego pasa a Ryder.

—Controla mejor a tu zorra antes de que le recuerde quién sigue siendo el hombre de esta casa.

—Tú no, por lo que se ve —espeto, devolviendo sus ojos hacia mí —. Ellos no te van a echar una mano, están aquí para ayudarme a mí.

—¿De qué coño hablas, niñata? —se mofa, inclinándose hacia adelante y sorbiendo fuerte, limpiándose la boca manchada.

—De lo que hablo es de que ahora soy una de ellos, y no toman bien cuando algo o alguien puede hacernos daño. Y como tú, Rob, sigues volviendo… Podría haberme largado si me hubieras dejado ir cuando escapé, pero no lo hiciste, me vendiste. Te metiste otra vez en mi vida. Sí, me salió bien, pero no puedo permitir que vuelva a pasar. Solo haría falta que viniera aquí la persona equivocada, y te plegarías como un traje barato y la rata que eres. No voy a dejar que nos pongas en peligro —espeto.

—Vale, lo que tú digas, ¿qué hace falta para que te largues otra vez? —suspira, sin pillarlo. Niego con la cabeza y le meneo el dedo.

—Nada que te puedas permitir —me burlo.

Se ríe y recuesta, su cuerpo parece incapaz de sostenerlo. Lo observo entonces, lo examino de verdad, y me doy cuenta de lo roto que está este hombre. No tiene nada ni a nadie salvo el alcohol barato que bebe. Se está haciendo mayor y probablemente morirá pronto por todo el maltrato que le ha dado a su cuerpo.

No puedo hacerlo, no puedo matarle. No porque aún le tema o le ame, sino porque no es nada. Es patético, es un fantasma, y matarle no me devolverá a mi madre ni detendrá las pesadillas. No cambiará mi pasado, y no querría que lo hiciera. Así que me levanto, lista para irme. He conseguido lo que necesitaba al venir aquí: cerrar el círculo. Mi pasado está muerto y olvidado como esta casa, y dejaré las cenizas donde yacen.

Enterradas.

—¡Tengo dinero! —grita, mirándome fijamente—. ¡Coge el dinero,

niña, y podemos volver a ser una familia!

Me estremezco ante la palabra en sus labios, y mis hombres se acercan más.

—No quiero formar parte de tu familia, tengo la mía propia —respondo fríamente.

—Haz lo que te mandan y escucha a tu padre —ladra, hinchándose como solía hacer entonces, pero ahora solo parece patético.

—No te preocupes, lo hace, y me llamará *papi* luego. —Diesel sonríe mientras tengo arcadas y le miro con mala cara.

—Ni de coña.

Mi padre se ríe con amargura, y le echo un vistazo.

—Sí, al menos, has servido para algo, ¿verdad, niña? Una puta por dinero.

Se hace un silencio momentáneo mientras el mundo contiene la respiración antes de que mis hombres entren en acción, todos abalanzándose sobre él. Los veo agarrarle, pero una frialdad me recorre, una rabia… La rabia por lastimar al hombre que me hizo daño.

—Parad —ordeno tranquilamente, y lo hacen, todos mirándome—. Soltadlo.

De nuevo, lo hacen, y se apartan, con los ojos puestos en mí mientras me detengo delante de mi padre jadeante, que cae al suelo con la cara roja. Me agacho, inclino la cabeza a un lado mientras le observo. Solía tener mucho miedo a este hombre, me perseguía a cada paso, pero ahora lo hacen mis Vipers. ¿Cómo puedo temer a este… este hombre roto, cuando he visto el mal que el mundo tiene que ofrecer y las serpientes que llenan mi cama?

Es débil.

Es patético.

Este sitio no es más que una casa, y él no es más que un hombre.

Y yo soy una puta serpiente, cariño.

—Antes te tenía miedo —admito, los fantasmas y los miedos surgen de mi interior—. Solía temer la oscuridad porque era cuando me hacías daño, pero entonces me enfrenté a esos demonios. Miré a la oscuridad y abracé mi miedo porque el daño viene tanto de día

como de noche. Los monstruos no esperan a que se ponga el sol, esto no es un puto cuento de hadas. Esto es la vida y los monstruos… los monstruos están en todas partes. Pero son humanos. De carne y hueso como tú y yo. Te odié durante mucho tiempo, por el control que seguías teniendo sobre mí incluso después de que me fuera. Pero por fin estoy pasando página, y para hacer eso, para pasar de ti, tengo que perdonarte. Para arrancar esas garras, para dejar ir el dolor y el miedo. Para perdonar la oscuridad y a mí misma por odiarte tanto tiempo y aferrarme a eso que me deformó —parpadea confuso—. Lo veo ahora: lo débil que eres. Tu propio miedo se refleja en tus ojos, tienes miedo de ti mismo. De lo que eres…, de lo que te has convertido, pero, ¿sabes qué papá? Deberías temer más a lo que creaste.

—¿Qué coño…?

Niego con la cabeza y le doy una bofetada, haciéndole callar.

—¡Estoy hablando yo, y me vas a escuchar, joder! —grito—. Estaba lista para largarme, para dejarte aquí pudriéndote, pero ahora no lo haré. Nunca más volverás a hacer daño a mi familia o a mí.

»Quizá largarme me convertiría en una persona mejor, una persona más fuerte, pero que me jodan si me importa. No me importa querer matarte, y lo que eso significa para mí y mi alma, porque ¿estos hombres? Me aman por ello, y estoy cansada de luchar conmigo misma. Soy quien soy. Nacida de sangre y dolor, soy una puta Viper.

—No eres nada, solo una puta barata que se acuesta con cualquiera para llegar arriba, y cuando ya no te quieran, te tirarán —se ríe.

—No, no lo harán —me burlo—. Somos familia, somos lo que la gente teme en la oscuridad. Todos nosotros nacimos de la necesidad, de gente como tú. Ellos mataron a sus pasados, y ahora me toca a mí hacer lo mismo. Así que, ¿cuáles son tus últimas palabras, papá?

—Que te jodan —gruñe, abalanzándose sobre mí.

Me muevo, sujetando la navaja que he sacado de la cadera. Parpadea asombrado mientras le miro fijamente, a unos centímetros

de distancia, con mi cuchillo enterrado en su barbilla, atravesándola desde abajo y pinchando en su boca mientras la sangre burbujea en sus labios. Sus ojos se mueven de lado a lado con miedo.

—No son unas últimas palabras muy ingeniosas, pero valdrán —murmuro—. Nunca te metas con los Vipers.

Saco la hoja y rápidamente se la paso por la garganta. La sangre me salpica mientras le secciono la yugular, cubriéndome la cara y el pecho hasta que tengo que parpadear para quitarme las gotas de las pestañas. Puedo sentirla en los labios, pero aún no me muevo mientras le miro a los ojos.

Sus manos suben para cubrirse el cuello, pero Diesel está ahí y se las aparta con rapidez de un manotazo, riéndose mientras todos observamos a ese hombre, mi padre, encontrar por fin el final que se merece.

Quizá debería haberme largado, haber sido buena persona y haberle dejado vivir.

Pero nunca he dicho que quiera ser una buena persona, joder.

Tarda más de lo que habría esperado, y cuando por fin se queda quieto, con el pecho inmóvil, sus ojos siguen abiertos…, pero vacíos. Como yo. Porque no siento nada. Pensaba que lo haría, pero no. Esto era solo otro trabajo del que ocuparse.

Diesel entra en mi campo de visión, me pasa la mano por la mejilla y la aparta cubierta de sangre.

—Te amo, pajarito, se acabó.

Asiento, y se inclina, sin importarle la sangre, y presiona sus labios contra los míos mientras siento a los demás acercarse, siempre ahí, siempre protegiéndome.

A veces no necesitas encontrar un héroe, basta con tener a alguien que se quede contigo en la oscuridad y no le dé miedo la sangre ni la muerte. No, a veces no necesitas un héroe… necesitas un criminal, un villano.

—Vámonos a casa, cariño —murmura Ryder, mientras posa la mano en mi hombro y me lo aprieta.

Sí, a casa.

Con mis hombres, con mi familia.

Mis Vipers.



65
DIESEL

Han pasado dos semanas desde que Roxy mató a su padre. Nos ocupamos de las consecuencias, por supuesto, llamando a los servicios de limpieza y a nuestros contactos en la policía para que nunca se sepa lo que ha pasado realmente. Solo otro drogadicto que aparece muerto en los barrios bajos. Así es como se va a contar.

No puede volver a hacerle daño.

Si ella no lo hubiera matado, lo habría hecho yo por lo que le hizo. Se merecía algo peor, pero era su momento de impartir justicia, y lo hizo maravillosamente… Pude saborear la sangre en sus labios cuando la besaba. Aún oigo sus gritos mientras Ryder y yo la limpiábamos en la ducha y llenábamos de placer el vacío que veíamos en sus ojos.

Hoy no he visto mucho a mi pajarito desde el desayuno, y es casi medianoche. He estado ocupado en la casa, preparando la mazmorra nueva, pero empiezo a pensar que sospecha algo, porque no ha respondido a mis mensajes en todo el día. Así que, en lugar de dedicar la noche a terminar la mazmorra, voy a casa con intención de encontrarla después de que Ryder me envíe un mensaje.

Sin embargo, cuando llego al ático, la puerta está abierta y todo está oscuro. Entrecierro los ojos y me apresuro a entrar, con el miedo invadiéndome.

—¿Pajarito? —grito—. ¡Roxy!

Nadie contesta. Cojo el teléfono y llamo a Ryder mientras recorro

la habitación en busca de respuestas, hasta que me detengo ante una nota en la mesa justo cuando Ryder contesta. Se ríe entre dientes.

—Diviértete, D, intenta no matarla. —Cuelga mientras sigo mirando la nota.

«¿Te apetece una cacería? Encuéntrame si puedes. Soy tuya si me atrapas».

Está firmada con el dibujo de un pajarito.

Mi polla se endurece al instante, me deshago del móvil y me arranco la camiseta para quedarme en vaqueros y botas. ¿Quiere jugar? Ya era hora. La encontraré y, como ha dicho, será mía. Gritará pidiendo más, incluso cuando le abra la piel.

Mi puto juego favorito.

—Pajarito, pajarito —la llamo, e inclino la cabeza a un lado para escuchar—. ¿Quieres jugar? —Merodeo por la oscura sala de estar, sonriendo mientras compruebo cada lugar donde podría esconderse —. Deberías haberlo dicho, porque quiero jugar contigo. —Está claro que no está aquí, así que voy por el pasillo hacia su habitación, aunque ya no duerme allí—. Cuando te encuentre… —Respiro hondo, gimiendo ante las imágenes que se agolpan en mi cabeza—. Voy a hacer que desees habérmelo pedido.

Mi voz es el único sonido que escucho cuando entro en su habitación. Hay un bulto bajo el edredón, lo retiro y me río al ver las almohadas con forma de persona. Reviso también el cuarto de baño y el vestidor, pero están vacíos, así que salgo al pasillo, donde avanzo recorriendo la pared con el dedo.

—¡Pajarito! —la llamo—. ¡Sal, sal de dondequiera que estés! Sabes que quieres mi polla… y mis manos… y mi dolor.

Oigo movimientos en el piso de arriba, así que corro por el salón y subo las escaleras de dos en dos hasta llegar al rellano, y entonces miro a mi alrededor.

—Pajarito —canturreo—, no empeores las cosas. Cuanto más tardes, más te dolerá.

Vuelvo a oír un forcejeo, así que me vuelvo hacia la habitación de

Ryder y la compruebo rápidamente antes de salir de nuevo al pasillo.

—¿Has organizado esto solo para mí, pajarito? —grito, mientras voy a investigar mi habitación y las demás—. ¿Has estado mojada todo el día, esperándome, imaginando lo que pasará cuando te encuentre? Porque lo haré.

Las habitaciones están vacías y empiezo a enfadarme, así que regreso al pasillo, con la polla agitándose en mis pantalones ante las expectativas de lo que le haré cuando la encuentre. Su piel se magulla fácilmente, y su sangre acabará cubriendo mis manos y mi polla… ¡joder!

Estoy tan distraído que solo voy de un lado a otro, llamándola.

Me escabullo más allá de la armería, que ya no nos molestamos en cerrar con llave, cuando la puerta se abre de repente y algo duro y metálico me presiona la barbilla, obligándome a levantarla hacia arriba. En la oscuridad, apenas puedo distinguirla, pero veo lo suficiente. Mi pajarito sostiene un bate justo debajo de mi barbilla mientras me sonríe, vistiendo nada más que su piel. Esa piel que ansío tocar, saborear y hacer sangrar.

—¿Pensaba que te estabas escondiendo? —murmuro.

—Me he cansado de esconderme, no es mi estilo. Me he dado cuenta de que prefiero cazarte. —Sonríe.

La sorprendo agarrando el bate y tirando de él hacia mí. Jadea y cae sobre mi pecho cuando lanzo el arma a un lado, la agarro por el cuello y la estampo contra la pared. Aprieto mi frente contra su espalda mientras mis manos recorren su piel, deteniéndome en su culo rollizo y mordisqueando su costado antes de estirar la mano para pellizcarle los pezones. Ella gime, aunque se resiste.

—Pajarito —murmuro, mordiéndole la oreja—. Me has hecho esperar por lo que es mío, y no tengo juguetes a mano —digo—. Supongo que tendré que improvisar.

—¿Sí? Te he dicho que tenías que atraparme primero. —Se ríe, y entonces mueve el codo, golpeándome justo en el estómago. La suelto mientras me doblo resollando, y ella me golpea con la rodilla en la cara antes de largarse.

Riendo, me enderezo con la sangre corriendo por mi nariz. Oh, esto apenas comienza, pajarito.

Bajo volando las escaleras tras ella, la cojo por la cintura y la arrojo al salón. Se estrella contra la mesa de centro con un gemido, pero se libera y vuelve a ponerse en pie, sin dejar de sonreírme.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? ¿El gran Diesel ni siquiera puede atrapar a su propia mujer? —se burla.

Intenta pasar corriendo a mi lado, pero me agacho y me la cargo al hombro, ignorando sus forcejeos mientras me acerco a la mesa y la tumbo en ella.

—Quédate ahí —le digo de forma brusca mientras me alejo y subo corriendo a por una cuerda. Por supuesto, cuando vuelvo, ya se ha movido y está de pie junto a la mesa, mirándome con una sonrisa torcida en los labios.

Paso la cuerda por las manos y me relamo mientras finjo girar a la izquierda en torno a la mesa, haciéndola correr hacia la derecha, algo que hago también antes de sujetarla de nuevo y arrojarla de espaldas sobre la mesa. Ella patalea y forcejea, pero le ato las piernas y luego las manos, que golpeo contra la brillante superficie al enrollar la cuerda en cada esquina hasta que queda atada para mí.

Me fulmina con la mirada cuando me pongo a merodear alrededor de la mesa, pasando la mano por su cuerpo y haciendo que vuelva a estremecerse.

—Y yo que pensaba que querías jugar —murmuro.

—Sí, pero no para que me ataran de pies y manos a la maldita mesa del comedor —gruñe. Arqueo las cejas y deslizo la mano por sus muslos separados hasta su húmedo coño. Vuelvo a deslizar la mano por su sexo, arrancándole un grito ahogado, antes de acariciarle el brazo y el vientre, lo que la lleva a resoplar con fastidio.

Me aseguro de que las cuerdas atadas a las pata de la mesa estén bien apretadas y abro el mechero mientras ella me mira, con el pecho agitado y la sangre manchando la mesa, lo que me pone más duro y a ella más húmeda. Veo cómo su humedad resbala desde su coño, baja entre los muslos y cae sobre la mesa mientras me mira, tirando de las cuerdas mientras yo chasqueo la lengua en desaprobación.

—Deberías haber sido un buen pajarito, podría haber dejado que

te corrieras ahora mismo si lo hubieras hecho.

—Fóllame —exige.

Riendo, cojo dos velas y las enciendo antes de inclinarme cerca de su cara.

—Lo haré cuando quiera, pero ahora quiero jugar. —Levanto las velas y dejo que vea cómo se derriten—. ¿Has sentido alguna vez cera caliente goteando sobre ti, pajarito? —Abre mucho los ojos en señal de comprensión antes de que se le oscurezcan por el deseo—. Ah, sí. ¿Te gusta? ¿Y por todo el cuerpo?

Inclino la vela, la llama parpadea y la sostengo sobre su pecho mientras sonrío. La cera gotea lentamente y cae sobre sus clavículas, haciéndola sisear antes de gemir.

—Eso es lo que pensaba, pajarito —canturreo mientras cojo la otra vela y, sujetando ambas, las inclino sobre su pecho. Mientras arden, vierto cera entre sus pechos hasta su vientre, que gotea sobre su piel mientras ella gime y tira de las cuerdas.

—Pajarito, pajarito, qué pronto te derrites para mí. —Me río mientras sostengo una vela sobre cada pecho.

Ella niega con la cabeza, pero yo la inclino de todos modos y aterriza sobre sus pechos expuestos. Ella jadea con fuerza cuando muevo una a propósito para que aterrice en su pezón. Suelta un aullido mientras levanta las caderas. Dejo que la cera se enfríe en su piel, bajo la mano por su cuerpo y vuelvo a acariciarle el coño empapado.

—Sabía que te encantaría, pajarito, y mira… —Con la otra mano, quito un poco de la cera endurecida y la dejo en la piel rosada de debajo—. Deja una marca preciosa.

—Cabrón —escupe, aunque se empuja contra mi mano que he ahuecado posesivamente sobre su coño.

—Pajarito, cuidado con esa boca, o te la llenaré y no será con mi polla.

Vuelve a dejar caer la cabeza sobre la mesa, tiembla ligeramente mientras recorro su vientre con la lengua hasta besar el *piercing* de su ombligo. Luego saco el cuchillo, y se lo dejo ver. Se queda inmóvil, aunque tiembla de deseo, con los ojos desorbitados y los labios abiertos por los jadeos. Bajo la hoja y uso el filo para quitar la

cera endurecida, lenta y metódicamente, hasta que su pecho y su vientre vuelven a estar limpios, salvo por las marcas rosadas que ha dejado y que me hacen meter la mano en los vaqueros y apretarme la polla.

—¿Vas a seguir haciéndome promesas? —me desafía, burlándose de mí mientras yace atada, rendida a lo que yo quiera hacerle.

—Pajarito, ya sabías lo que iba a hacer cuando te pillara. Torturarte es mi pasatiempo favorito. Tú querías esto, así que sé buena y déjame jugar. —Me río.

Resopla, pero no protesta mientras arrastro el cuchillo por su garganta y me detengo sobre su corazón.

—¿Pelearías contra mí ahora mismo? —pregunto con curiosidad, mientras le clavo la punta lo suficiente para lacerar la piel. Una gota de sangre se forma donde la hoja toca su carne—. ¿Intentarías detenerme?

—No —responde al instante, arqueándose y haciendo que la hoja se hunda más profundamente mientras gime—. Te lo permitiría.

—Lo harías, ¿verdad? —susurro, mientras levanto la cabeza y aprieto mi frente contra la suya—. Me dejarías matarte.

—Lo haría. —Ella asiente, lamiéndome los labios—. Moriría con una sonrisa en la cara.

Mis demonios se acercan, me envuelven en su locura, hacen que mi mano descienda y hunda más la hoja hasta que ella jadea de dolor. Se le llenan los ojos de lágrimas, pero sigue sin luchar. Con eso, ella me rescata del abismo

—Pero no quieres matarme, D, no quieres mi muerte, eso sería demasiado fácil. Quieres mi vida, para siempre, para torturarme y jugar conmigo el resto de nuestros días. Terminarla ahora sería demasiado rápido. No te ocupas solo del dolor, sino también del placer, y ahora mismo, cariño, es solo dolor —admite.

Parpadeo, miro la cuchilla sorprendido y la lanzo a un lado.

—Pajarito, mi pajarito, siempre intentando salvarme.

—No, no salvarte, arder contigo —murmura, antes de levantar la cabeza y pegar sus labios a los míos mientras su pecho sangra entre nosotros. En sus labios, saboreo su desesperación y su hambre…, pero también su amor. Por mí.

Su Viper herido, su puto desquiciado. El hombre que ella saca de las llamas de su propia mente una y otra vez sin pensar en cómo la quema. Quiero demostrarle lo mucho que significa para mí. Esto ha empezado como nuestro juego y se ha convertido en algo real.

Algo de vida o muerte, porque podría matarla fácilmente sin querer y ella lo sabe. Sin embargo, no le importa, me desea de todos modos, gime en mi boca y me muerde los labios para tratar de incitarme.

—D, por favor —me suplica, entregándose aun más a mí, sin tomar, solo pidiendo.

¿Cómo puedo negarle algo?

Soy suyo desde aquel primer día, pero nunca me exige nada, nunca me da órdenes. Solo pide, suplica, ruega. Me lamo los labios antes de recorrer con la boca su barbilla y su cuello hasta la herida, y rodeo la sangre que gotea justo encima de su corazón, sabiendo que probablemente le dejaré una cicatriz.

—Pídeme lo que quieras, pajarito, cualquier cosa, y será tuya. Este mundo es tuyo si lo quieres, haré que se postren a tus pies —murmuro, mientras desciendo y me arrastro por su cuerpo hasta situarme sobre su coño—. Los haré sangrar por ti, los haré gritar, los haré morir por ti —juro, mientras lamo su coño, gimiendo ante el dulce sabor de mi chica. Es mi puta obsesión, mi debilidad y mi fuerza todo en el más dulce paquete.

Gime y sube las caderas todo lo que puede para acercar su húmedo coño a mi cara. Recorro sus pliegues, los separo aún más y hundo dos dedos en su interior, observando cómo su vagina se cierra en torno a ellos, también veo su clítoris hinchado suplicando por mis labios y mis dientes. Su *piercing* brilla bajo la luz, igual que el de mi polla.

Grita mientras retuerzo los dedos, rodeo su clítoris con los labios y succiono. Clavo los dientes en su carne vulnerable, y añado dolor a su placer, hasta que grita y se corre tan deprisa que casi me descontrolo.

Es jodidamente perfecta, eso es lo que es.

Perfecta.

Lamo su liberación, retiro mis dedos y los limpio con la lengua,

incapaz de saciarme de su dulzura. Es incluso mejor que su sangre. Los vuelvo a meter en su coño y ella grita mi nombre, retorciéndose contra las ataduras.

—¡Diesel!

Me inclino sobre ella sin poder evitarlo y rompo la cuerda de una de sus piernas. Rápidamente me rodea la cintura, intentando atraerme hacia ella mientras me cierno sobre su cuerpo, sosteniéndome con la palma de la mano junto a su cabeza. Arquea la espalda, restregando su sangre y sus tetas por mi pecho hasta que no puedo más.

La agarro por las caderas, me alineo con ella y la penetro de golpe, haciéndola gritar de nuevo. Sus manos se retuercen en las ataduras, para sujetarse a ellas mientras la follo de forma salvaje. Nada se interpone entre nosotros.

Somos así.

Esta es la vida, incluso con la muerte envolviéndonos.

Echa la cabeza hacia atrás y arrastro los dientes por su cuello mientras la penetro cada vez más fuerte y rápido; soy incapaz de contenerme cuando se trata de mi pajarito. El placer me sacude y casi me hace doblar la columna vertebral por lo apretada y húmeda que está. Su contacto envuelve mi polla como un torno. Su suavidad rodea mi dureza. Me marca con su sangre.

Joder.

Me insta a seguir.

—Sí, Dios, sí, cariño, más. Joder, haz que duela —grita mientras la castigo con mis embestidas. Alargo la mano hacia abajo, presiono la herida con el pulgar y me aseguro de llegar a ese punto de su interior que la hace gritar de nuevo en un santiamén mientras se corre alrededor de mi polla.

Tiene los ojos cerrados, la cara laxa por el placer y la boca amoratada y entreabierta mientras tiembla e intenta respirar debajo de mí, es hermosa. Pero aún no he terminado. Rompo la atadura de su otro tobillo, me libero de su coño palpitante y le doy la vuelta con rapidez, dejando su culo al aire.

Extiende los brazos por encima de ella, con la cara girada y apretada contra la mesa mientras lucha por respirar. Su espalda está

salpicada de pequeños cortes por los que corre la sangre. Tiene el culo rojo y jodidamente hermoso, y voy a follarlo.

Acerco las piernas a su cuerpo y veo cómo las separa de buena gana mientras le abro las nalgas. Me inclino y paso la lengua por su agujero antes de deslizarme hasta su coño y volver a subir. Ella gime y se empuja contra mi lengua.

—Oh joder, esto está tan mal. —Se ríe—. No pares, joder.

No tengo intención de hacerlo mientras le doy lametazos en el culo hasta que ella vuelve a empujar y mis dedos se clavan en sus nalgas turgentes. La mantengo pegada a mi cara hasta que no puedo más. Me arrodillo sobre la mesa, detrás de ella, deslizo un dedo por su raja hasta su coño y lo meto dentro para acariciarla antes de retirarlo y rodear con él su otro orificio. Mi polla sigue empapada por su coño y la sujeto para apretarla contra su culo.

—Te gustó sentir el mango del cuchillo en tu culo, pero te va a gustar más mi polla, pajarito, y puede que incluso te deje aquí atada y sangrando, con mi semen chorreando hasta que vuelvan los demás.

—Joder, joder, joder —ronronea, empujando hacia atrás y haciéndome reír.

Al ver la gruesa cabeza de mi polla apretada contra su culo, estoy a punto de correrme, así que me muevo despacio, empujando más allá del anillo de músculos mientras ella se relaja.

—Buena chica —susurro. Le acaricio el costado mientras los sobrepaso y me introduzco un centímetro más antes de retroceder y volver a presionar, hundiéndome más con cada embestida hasta que, por fin, la penetro por completo.

Me inclino sobre su espalda para lamerle la columna, la sangre de sus cortes me inunda la boca, incluso tropiezo con un trozo de cristal que aún tiene en la piel y me corto la lengua. Gimo y la empujo hacia atrás con más fuerza, empalándola en mi polla mientras grita. La sangre gotea de mi boca a su pálida piel y la recorro de arriba abajo, dejando un rastro de sangre mientras el dolor del corte hace que me estremezca en su culo.

Pero se cansa de estar quieta y se empuja contra mí, forzándome a penetrarla más. Me recuesto con un gruñido, sus gruesas caderas

llenan mis manos mientras me clavo en su culo antes de retirarme. Ahora no voy despacio. Ahora me la follo como la chica sucia que es.

Está jodidamente estrecha, tan jodidamente apretada que es casi imposible follársela, y ahora está gimiendo con fuerza, casi gritando.

—¿Te gusta sentir mi *piercing* en el culo, pajarito? —Me burlo, con la voz grave y áspera de contener mi propia liberación, algo que es casi doloroso.

—Dios, me siento tan llena —murmura.

—La próxima vez, haré que Kenzo te folle el coño al mismo tiempo, y entonces sí estarás muy llena, pajarito —me burlo, haciéndola gritar mientras veo cómo entra y sale mi polla de su culo, y la visión me deshace.

—Es jodidamente caliente —murmuro. Un hormigueo me recorre desde la base de la columna vertebral, exigiéndome que me deje llevar. No puedo contenerme. Es demasiado fuerte, su sangre, su coño y su culo me hacen perder el control

—Oh, Dios, pajarito, estoy muy cerca. —Gimo, incapaz de apartar los ojos de mi erección que cada vez se mueve más rápido.

Gime, su coño palpita de nuevo, y sé que también está a punto. Me inclino y le muerdo el culo, clavándole los dientes hasta el dolor, provocando su liberación, me aprieta con los músculos internos hasta que no puedo más y exploto.

Mi liberación parece fluir atravesándome una y otra vez, drenándome por completo. La lleno repetidamente, vaciándome en su culo hasta que quedo exhausto. Libero los dientes, veo las marcas sangrantes y sonrío. Salgo lentamente de su culo, susurrando palabras tranquilizadoras mientras me tumbo a su lado, jadeando.

Intento reaprender a respirar mientras el corazón me golpea el pecho tan fuerte que es lo único que oigo, y las piernas me flaquean. Cuando siento que puedo mantenerme en pie, bajo de la mesa y voy a la cocina, me limpio la polla antes de coger algunas toallas de papel para limpiar a mi pajarito y tirarlas a la papelera. Vuelvo a subirme a la mesa, le desato las manos y la arrastro hasta mis brazos. La sangre y el semen nos cubren a los dos, pero joder, no podría volver a moverme, aunque quisiera.

—Te quiero, pajarito —susurro contra sus labios—. Me alegro mucho de que me dieras un puñetazo en la cara aquel día.

Se ríe.

—Yo también. Yo también te quiero, mi puto desquiciado.

La beso con ternura y me separo después de un momento.

—Estoy deseando cazarte durante el resto de mi vida.

Ella se ríe, y yo me uno a ella, aunque lo digo en serio; pero al ver su cara iluminada, sus labios amoratados por mis besos y su cuerpo lleno de mis marcas…, sé que nunca he sido más feliz.

Para un chico que lo perdió todo a manos de un hombre que vivía entre sangre y fuego, mi pajarito supone mi libertad. Mi segunda oportunidad. Mi amor.



66
GARRETT

Me cierno sobre Roxy mientras duerme, y no puedo evitar mirarla. Es demasiado guapa. Su pelo plateado cubre la almohada de Kenzo, mientras apoya un brazo por debajo y otro por encima; su espalda desnuda está al descubierto en el lugar que deben haber estado las mantas durante la noche. No puedo evitarlo, las arrastro más abajo hasta que puedo ver su culo con forma de melocotón y sus muslos largos y delgados. Sonrío al ver las marcas de los dientes de D. Casi le pateo el culo cuando volvimos aquella noche y le vi las marcas, pero ella se rio. Sin embargo, la herida del pecho aún está cicatrizando y el médico cree que podría dejar una cicatriz, algo que divierte muchísimo a D.

Recorro su costado y su culo con la mano y casi suelto un gemido. ¿Cómo he podido pensar que se parecía a esa zorra? Es increíble, su piel suave está llena de tatuajes, pero tiene una vena malvada; es mi pequeña guerrera, y cuando la enfurezco… me parece increíble.

El médico por fin me ha dado el visto bueno y puedo volver a luchar, pero solo a tiempo parcial y con la condición de que solo participe en una pelea por noche. No pienso matarme más en el *ring*, no lo necesito ahora con Roxy aquí. Sencillamente ya no tengo ganas. Claro que quiero pelear, y herir a otros, eso siempre estará conmigo, pero no quiero morir.

En cambio, quiero llevarla conmigo, que me contemple. La última vez que gané, me miró con lujuria, con los ojos oscuros y hambrientos, pero yo estaba demasiado perdido en mi propia ira y

autodesprecio como para actuar en consecuencia. Ahora ya no. Voy a llevarla a una pelea, y le va a encantar.

—¿Te vas a quedar mirando? —inquiere sin abrir los ojos.

Sonrío mientras me pregunto cuánto tiempo lleva despierta sabiendo que la miro como un bicho raro, aunque sé que a ella no le importa. Se da la vuelta, con el pelo revuelto, los ojos abiertos y la cara sin maquillar. El sol entra a raudales, la luz de la tarde besa su piel y se refleja en la joya de su ombligo, nuestra serpiente.

Se estira sin prisa, su cuerpo se mueve y se tensa con el movimiento, lo que hace que se me seque la boca y me ponga duro, pero ahora mismo tengo otros planes que no incluyen follármela.

—¿Estás echando la siesta? —gruño, cruzando los brazos.

Me mira, con una sonrisa burlona en esos labios que me obsesionan.

—Con Kenzo, él me convenció.

Resoplo, apuesto a que sí. Ninguno podemos quitarle las manos de encima. Incluso durante las reuniones, Ryder ha echado a todo el mundo cuatro veces solo esta semana, y la hace gritar enseguida.

Le doy una palmada en el muslo, me inclino y la beso.

—Dúchate y vístete, nos vemos abajo.

Hace un mohín cuando me alejo.

—¿A dónde vamos?

—Fuera —replico.

—Es una cita, ¿no? —Se ríe.

—No, joder, no lo es —gruño mientras me marcho, pero una sonrisa curva mis labios.

—¡Lo es! —exclama—. ¡Sabía que te gustaba!

Me río entre dientes y bajo las escaleras, me encuentro a Diesel tumbado en la mesa del comedor con una extraña mirada vacía y soñadora.

—D, ¿estás bien? —Entonces me doy cuenta de que tiene la mano dentro de los pantalones—. Tío, ¿qué coño haces? Comemos ahí.

Parpadea y sigue acariciándose mientras me mira a los ojos.

—Me estoy acordando de la otra noche. —Suspira—. Fue íncreible.

—Esto es una locura. ¡No me mires a los ojos, es demasiado raro! —gruño, mientras me alejo a grandes zancadas. Envío un mensaje a

Ryder para que compre una nueva mesa para el comedor, negando con la cabeza. Ahora no voy a poder comer allí. Le oigo gemir a mi espalda.

—¡Ya he terminado! Así que si quieres hablar… —me dice riendo.

Puto capullo.

Espero en la cocina, sin mirarle. Roxy baja una hora más tarde, duchada y vestida. Todos hemos empezado a guardar parte de su ropa en nuestras habitaciones por esa misma razón…, bueno, en realidad Diesel le robó toda la ropa y la puso en su habitación, así que antes tuvimos que recuperarla.

Lleva unos minúsculos *shorts* negros rotos, que cubren su extraordinario trasero, y casi me pongo a babear. Además, luce una camiseta suelta con una serpiente en el centro, y unas mallas que cubren sus largas y delgadas piernas, y terminan en sus botas favoritas. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado, del que se escapan algunos mechones plateados. Se ha pintado los labios de rojo y delineado los ojos de negro.

Parece una maldita diosa.

Me precipito hacia ella antes de que Diesel la vea y la rodeo con el brazo para llevarla hacia la puerta.

—¡Juega conmigo, pajarito! —oímos mientras se levanta de la mesa.

—¡Ya jugaste contigo mismo! —respondo, mientras ella se ríe y coge su cazadora de cuero del armario antes de salir.

Cuando estamos en el ascensor, deslizo la mano en su bolsillo trasero para apretarle el culo, y ella se pega a mi lado, sabiendo que ya no me importa que lo haga mientras vemos bajar los números.

—Entonces, ¿a dónde me vas a llevar en esta cita?

—No es una cita —refunfuño, y ella se ríe.

—Claro que es una cita, pero vale, que sea una sorpresa. —Resopla cuando se abre la puerta del garaje. La guio hasta mi moto y le doy un casco. Ella se lo pone mientras me subo y le doy unas palmaditas en el asiento. Se monta con facilidad y me rodea el bajo vientre con los brazos. Gira la cabeza mientras acelero el motor de camino a la ciudad.

Baja las manos de forma sigilosa hasta que las aprieta contra mi

dura polla. Es una auténtica provocadora. Así que acelero, ciñéndome a las curvas más rápido, mientras el sol se pone y la noche se derrama por la ciudad, donde andan todos los pecadores y criminales.

Como nosotros.

Freno delante al viejo gimnasio y aparco en la parte de atrás por si tenemos que irnos pitando. Ella se baja y espera mientras la imito y guardo nuestros cascos, luego la cojo de la mano y la llevo hasta la puerta metálica del fondo. Cuando doy un golpe aparece Sheehan, que sonríe al verme.

—Me preguntaba si habías muerto o algo así, chaval. Vamos, tengo dos hombres…

—Uno, solo una pelea, así que elige bien a su oponente, mejor que sea el más grande de por aquí —interviene Roxy, sonriendo a Sheehan, que se ríe y asiente con la cabeza.

—Tengo al tipo perfecto —comenta, mientras desaparece de nuevo en el interior.

—¿El más grande? —resoplo.

Se ríe y se da la vuelta para mirarme, con mi mano aún entrelazada con la suya y estirada entre nosotros.

—Si no, no sería una pelea justa, hay que darles una oportunidad. —Me guiña un ojo, recorriéndome con la mirada—. Vas a seguir pateándole el culo, grandullón, pero así puedes sacar tu agresividad durante más tiempo, y si no es suficiente… —se inclina más cerca de mí—. Puedes hacerlo dentro de mí. —Luego se ríe y se da la vuelta para ir hacia el gimnasio.

La sigo con un gemido. La multitud ya se separa a su paso, no es por mí, ahora todos saben quién es. Una Viper. La temen y la respetan. Los rumores sobre la mujer sedienta de sangre que amamos se han extendido con facilidad, y noto que más de un rostro palidece mientras la mira fijamente.

Sonrío, parece que ahora es tan famosa como nosotros. La llevo a las sillas de la esquina, donde están sentados dos gilipollas ricos.

—Muévete —gruño.

Se giran para discutir, pero cuando nos ven, se ponen en pie a toda prisa y sientan más lejos. Ella se abalanza sobre una de las silla

y estira las piernas sobre la otra, mientras yo me despojo de la camisa y se la entrego, así como la pistola y los cuchillos, que sostiene sobre el regazo, mientras sus ojos recorren mi pecho con avidez. Antes, eso me habría cabreado, pero ahora me pone caliente y duro, lo que no es adecuado para una pelea.

Me inclino y la beso delante de todos.

—Pórtate bien, nena, dispara primero y pregunta después.

Se ríe y me empuja con una sonrisa burlona. Me vuelvo hacia el *ring*, que hoy es un cuadrilátero de verdad. Todo rastro de diversión y deseo me abandona a cada paso que doy, y cuando me agacho bajo las cuerdas y piso las colchonetas, estoy preparado. La ira y el odio me invaden y aprieto los puños a los costados. Estiro el cuello moviéndolo hacia los lados, mientras paseo por mi esquina esperando a que empiece el combate.

Anuncian el nombre del otro tipo, pero ni siquiera miro hasta que oigo la campana. Como siempre, el público y el resto del mundo se desvanecen cuando me giro para ver a un tío enorme que viene hacia mí. Tiene mala pinta, parece ruso y acostumbrado a pelear.

Pero eso no le ayudará.

Oigo a mi chica animándome mientras me dejo llevar por la lucha, por los puñetazos, las agachadas, el dolor y la sangre. Cuando me arrastran, consigo luchar sin detenerme, la oscuridad cubre mi visión, pero entonces ella está ahí ante mí.

Su mano está sobre mi pecho agitado y sudoroso, calmándome. Parpadeo y la miro con intensidad, ignorando a los cuatro hombres que intentan controlarme. Solo esta mujer me detiene sin esfuerzo. Sonríe con los ojos oscuros, hambrientos e impresionados.

—Ha sido muy excitante, grandullón, pero a este ya lo has derribado, ¿quieres pelear? Pelea conmigo —ronronea.

Ignoro los cánticos del público y me la echo al hombro antes de saltar del *ring*. Cojo mis pertenencias y atravieso la multitud hasta que encuentro una puerta al fondo que pone «vestuarios». La abro con un empujón, la cierro de una patada y aseguro con llave. Está oscuro, solo hay una luz que parpadea, pero funciona.

Las taquillas están cubiertas de pintadas y algunas tienen las puertas rotas, los bancos de madera están hechos polvo y las

duchas del fondo están sucias. Busco la pared más cercana y la empujo contra ella mientras dejo caer la pistola y los cuchillos a nuestros pies para tener un fácil acceso en caso de que alguien se ponga tonto.

Ella sonríe, contoneándose.

—¿Eso ha sido un sí, grandullón?

Le subo los brazos y le sujeto las muñecas con una mano por encima de la cabeza mientras meto la otra entre los dos, le abro los pantalones y se los bajo. Ella se deshace de ellos y me rodea la cintura con las piernas, abro un agujero en la red que cubre su coño cubierto por un tanga y lo aparto a un lado. Los dos estamos demasiado excitados por la pelea, y es un polvo rápido y sucio.

Mientras grita, su coño se aprieta a mi alrededor, empapado como yo sabía que estaría.

—Qué pervertida es mi chica, ¿te has mojado viéndome?

Gime, con los ojos desenfocados, el pelo revuelto por mis manos y el pintalabios corrido por mis labios, sin duda también manchará mis labios y mi barbilla. Bien. Parece sangre, lo que me hace gruñir. Está toda limpia y arreglada, y yo soy un desastre cubierto de sudor y sangre. Tengo los nudillos partidos y magullados por la pelea, pero eso solo hace que ella me desee más.

—Joder, sí, eres como una máquina…, toda esa potencia, joder, no dejaba de imaginármela sobre mí, follándome —grita, apretándome la polla con tanta fuerza que no puedo reprimir un gemido. Sus piernas me rodean la cintura hasta que no hay espacio entre nosotros, su respiración se acelera cada vez más mientras la embisto, y cada movimiento la golpea contra la pared.

—Joder, Garrett, sí. Dios, ¡sí! —grita, se le cierran los ojos mientras inclina las caderas para recibir mis embestidas. Ya estoy a punto de correrme, excitado por la pelea y por ella, y Roxy está igual. Siento que se aprieta a mi alrededor, que su liberación es inminente hasta que, de repente, se pone a gritar.

Me clava las uñas en las manos y me aprieta la polla. Gimo y lucho contra sus apretados músculos, pero la sigo solo dos embestidas después y me derramo dentro de ella. Abre los ojos y su mirada se cruza con la mía en el sucio vestuario.

Sonríe de repente y se echa a reír, y yo me uno a ella, apretando mi frente sudorosa contra su pecho mientras aspiro.

—Bueno, ha sido una cita increíble.

—No es una cita —gruño, aunque sonrío.

—Claro, grandullón, nos hemos divertido y hemos acabado teniendo sexo: era una cita. —Se ríe, haciéndome gemir mientras sujeta mi polla cada vez más blanda. Me retiro, me vuelvo a poner los vaqueros y la ayudo a subirse los pantalones antes de que alguien entre y nos pille *infraganti*.

—Solo ha faltado la cena.

—¿Quieres cenar? —Resoplo.

—Claro que sí, una hamburguesa. El sexo siempre me da hambre. —Sonríe, cogiéndome de la mano después de que me ponga la camiseta y recoja las armas.

—Hecho. Vamos, cariño, vamos a darte de comer antes de que te enfades y le dispares a alguien.



67
ROXY

—Cariño… —Levanto la mirada de los contratos y las solicitudes de trabajo para los nuevos bares que tengo a mi cargo y veo a Kenzo. Lleva una camisa de seda morada, el pelo peinado hacia atrás, la chaqueta negra desabrochada y los dados entre los dedos. Sus labios se curvan en una sonrisa mientras se acerca—. ¿Quieres dar una vuelta?

—Siempre. —Sonrío, salto sobre el sofá y dejo caer un beso en sus labios—. Deja que me calce, ¿algún tipo especial de vestimenta? —Miro la camiseta holgada que llevo puesta.

—Uno de esos vestidos tan sexis. —Sonríe.

—¿Sí? ¿Vas a algún sitio bonito? —Me río.

—No, es que me encantan esos vestidos y tener facilidad de acceso. —Me guiña un ojo y le hago una peineta mientras voy a mi habitación.

Me pongo rápidamente un vestido morado oscuro de satén con tirantes y unos tacones, luego me pinto los labios y alboroto el pelo. Cuando acabo, está esperándome en el salón hablando por teléfono, pero al verme se lo guarda en el bolsillo y suelta un silbido.

—Mejor no salgamos. —Empieza a acercarse a mí con expresión hambrienta, lo que me hace reír y apartarlo.

—Más tarde —prometo.

Se pega a mi espalda y me besa el cuello.

—Más tarde tendrás las piernas alrededor de mi cabeza y acabarás gritando mi nombre —me promete, antes de cogerme de la mano y

llevarme en el ascensor mientras ignora mi gemido entrecortado. Cuando llegamos al garaje, me imagino que va a conducir él, así que me acerco a su coche, pero él me empuja hacia el mío.

—Tú conduces, cariño. —Sonríe y me da las llaves.

Me siento detrás del volante emocionada. No he tenido mucho tiempo para conducir el coche que me regalaron y, tengo que admitirlo, deseaba sacarlo para probar lo rápido que puede ir. Acelero el motor mientras él se sube riendo.

—Ve a Chinatown.

Asiento con la cabeza y salgo del garaje, acelerando tan pronto como puedo. Suelto una carcajada mientras el coche ronronea y toma velocidad.

—Joder, me encanta. —Cuando miro de reojo, veo a Kenzo contemplándome con una sonrisa cariñosa, así que le guiño un ojo, le cojo la mano y me la pongo en el muslo mientras cambio de marcha. Se ríe entre dientes y me acaricia la piel desnuda sin que yo deje de moverme entre el tráfico.

Normalmente, me preocuparía una multa por exceso de velocidad, pero la verdad es que los chicos nunca reciben una. No pregunto cómo, pero supongo que es algo que ahora se extiende también a mí. Me indica los atajos y las direcciones cuando las necesito, hasta que nos detenemos detrás de un bar. Salgo del coche y me acerco para reunirme con él en la entrada, donde me coge de la mano para llevarme a la puerta del fondo.

La abre sin llamar y me guía por unos escalones hasta otra puerta metálica. Esta vez tiene que llamar, y se abre una ranura corredera por donde se asoman unos ojos. Cuando nos ven, se cierra de golpe y la puerta se abre de par en par, dejando ver a una mujer china alta, delgada y hermosa, que hace una reverencia a Kenzo y retrocede para dejarnos pasar.

La sala es oscura y está llena de humo, con poca luz alrededor, lo que le da un aire acogedor. Es una sala grande y tiene el aspecto que me imaginaba que tendría un casino…, pero en versión clandestina. Hay hombres trajeados repartidos por todas las mesas y en el bar. También hay mujeres, e incluso veo a una con traje, lo que me hace sonreír. Los camareros se mueven entre la multitud con

bandejas dispensando bebidas.

La música y las risas que llenan la habitación consiguen que me relaje. Prefiero esto a la casa del ricachón a la que fuimos. Aquí parece que podemos ser lo que queramos. Nos miran en ocasiones, pero todo el mundo es respetuoso y nos deja en paz.

Kenzo desliza la mano por mi espalda hasta mi culo y me guía entre las mesas hasta un reservado al fondo, cerrado con una cuerda dorada. Allí hay más oscuridad y, cuando entramos, las bebidas aparecen al instante. Asiente mientras echa un vistazo a la gente, coge el vaso y bebe un sorbo mientras yo me reclino a su lado.

—¿Es uno de los tuyos? —pregunto por fin, y él se vuelve hacia mí. Me pone el brazo sobre los hombros y cruza las piernas mientras me mira a su lado.

—Sí, uno de los primeros, la verdad. Venía aquí a jugar cuando empezamos a hacernos con la ciudad. Doblaba el dinero cada noche y, al final, gané tanto que el dueño sospechó y me llamó. Me enseñó todo lo que sabía cuando se dio cuenta de quién era. Supongo que siempre tuvo claro en qué nos convertiríamos y quería retirarse. Me regaló este lugar. —Lo recorre con la mirada—. Es mi favorito, el primer lugar donde encontré mi talento.

—El juego —me burlo.

—La estrategia —murmura, volviendo a mirarme—. Se trata de estrategia y de leer a la gente, cariño, como te leí a ti aquel primer día y todos los días desde entonces.

Riendo, doy un sorbo a mi bebida y vuelvo a mirar a mi alrededor. Lo entiendo, es como Roxers. Aquí es donde se siente cómodo y feliz, donde encontró su futuro. Sin embargo, cuando vuelvo a mirarlo, me está observando con intensidad.

—Eres la mejor apuesta que he ganado nunca, cariño —murmura, sus dedos recorren mi hombro—. Y ahora este también es tu imperio.

—¿Sí? —Sonrío, inclinándome hacia él—. ¿Y si decidiera que no me gusta cómo me mira alguno de tus clientes… podría matarlo?

Resopla.

—Cariño, puedes hacer lo que te dé la puta gana en esta ciudad y

salirte con la tuya. Ahora todo el mundo sabe quién eres, y nadie, ningún policía, juez, gánster o criminal, se atrevería a meterse contigo. Eres nuestra chica, eso viene acompañado de algunos privilegios.

—¿Qué más privilegios? —pregunto mientras bajo la mano por su pecho hasta cubrir su polla, que aprieto hasta que suelta un gemido. Sus ojos brillan de forma peligrosa—. ¿Y si me subo el vestido y decido montarte aquí y ahora?

Se humedece los labios, y sus ojos oscuros recorren los míos con hambre, mientras me observa como si yo fuera la única persona en la habitación.

—Entonces te diría: ¿a qué estás esperando? Esta ciudad es tuya, y yo también.

Siento a alguien cerca de la mesa, pero no vuelvo la cabeza y Kenzo tampoco. No, les hacemos esperar. Empiezo a ser consciente de lo que me ofrece este poder. Si quieren nuestra atención, esperarán allí en silencio durante horas, sin atreverse a molestarnos, hasta que estemos dispuestos a hablarles. El poder es embriagador, y somos jodidamente intocables.

Inclinándome, lamo los labios de Kenzo.

—¿Por qué no me lo demuestras? Dices que eres mío…, pero eso me convierte en tuya, cariño. —Lo beso con fuerza antes de apartarme y mirar al hombre que espera, con los ojos clavados en el suelo por respeto.

—¿Qué quieres? —le suelto.

Traga saliva y se mueve, pero sigue sin levantar la vista.

—Siento mucho molestarles, señores. Tenemos un problema, y ya que están aquí, supuse que querrían ocuparse de él.

—¿De qué tipo? —pregunto, reclinándome hacia atrás.

—Mmm, alguien ha estado robando toda la noche —responde muy rápido, haciendo que Kenzo resople.

—Qué idiota. —Se ríe.

—Sí. —Sonrío, y tras observar al tipo, me giro hacia Kenzo—. No podemos permitir tal cosa, ¿verdad? —ronroneo.

—Llama a los chicos, vamos a divertirnos —ordena Kenzo, dando un trago a su bebida—. Átale en las cocinas y hazle esperar —

ordena al hombre, que asiente antes de irse de forma apresurada a hacerlo.

Riéndome, envío un mensaje al grupo y esperamos, bromeando mientras observamos la sala. El hombre vuelve para vigilar nuestro reservado y esperar más instrucciones mientras flirteamos.

Los Vipers nunca se asentarán, este es su mundo, y ahora mismo, formo parte de él. Tiene razón, esto va a ser divertido. Voy a ver a mis chicos de nuevo en acción, y todos sabemos lo mucho que me pone.

No pasan veinte minutos hasta que entran en el club y todas las miradas se vuelven hacia ellos, incluida la mía. El poder que tienen, que emana de ellos, es adictivo. Incluso si fuera la primera vez que los veo, percibiría la autoridad que los envuelve en la forma en que yerguen la cabeza y recorren la sala, con los ojos descartando lo que ven hasta que se posan en mí, hambrientos.

Los tres son míos.

Soy una maldita zorra con suerte.

Ryder lleva traje y parece tan perfecto como siempre: ojos fríos, cara y cuerpo impecables; intocable. Excepto para mí, que puedo tocarle todo lo que quiera. Suena pervertido…, pero supongo que es verdad. Esboza una sonrisa arrogante y familiar mientras se mueve entre la multitud como una serpiente, transmitiendo tensión y poder. Veo el destello de una pistola en su cadera, y eso me hace relamer los labios mientras mis ojos se desvían hacia Diesel, que avanza a su lado.

Lleva puesta su cazadora de cuero sin nada debajo, mostrando su pecho fornido y enmarcando perfectamente el pájaro y la serpiente que reinan sobre su corazón. De sus vaqueros negros con rotos en la parte delantera asoma un cuchillo. Tiene un cigarrillo entre los labios y sus ojos azules sonríen mientras me observa. Lleva el pelo rubio recogido detrás de la cabeza, lo que hace que resalten los ángulos afilados de su hermoso rostro. No puedo evitar guiñarle un ojo antes de mirar a Garrett. Dios, la primera vez que vi a este hombre…, pensé que era un puto gigante.

Estaba en lo cierto. Es enorme. Se eleva por encima de todos los presentes. Su cuerpo grita peligro, poder. Los tatuajes que cubren

cada centímetro de su piel son como intrincadas obras de arte, y vestido de negro y cargado de armas, parece un asesino. Se ha peinado el pelo hacia atrás, lo que hace destacar sus *piercings* mientras escruta la multitud en busca de amenazas con una mirada severa hasta que la posa en mí. Sonríe, haciendo que el resto de la sala desaparezca.

Sí, soy muy afortunada. Los tres son dioses, Vipers intocables, y todos míos.

Kenzo me lame la oreja.

—¿Preparada, cariño?

Es hora de jugar.

Salgo de la cabina mientras los demás me alcanzan y dejo que recorran el vestido con la mirada. Diesel cae de rodillas y me besa la mano dramáticamente.

—Maldita sea, pajarito, por favor, dime que has llamado para que podamos follar.

Riendo, me inclino y lo beso.

—Luego, cariño.

Ryder me besa antes de hacerle un gesto a Kenzo. Garrett asiente pero vacila, así que me deslizo entre Diesel y me aprieto contra su pecho, dejándole decidir. Baja la cabeza despacio y lo beso.

—Hola, cariño —murmura.

—Hola, grandullón —susurro, antes de apartarme de mala gana. Cojo mi bebida y vuelvo a beber—. Alguien nos está robando. Está atado en la parte de atrás. He pensado que podríamos divertirnos un poco con él —los tiento, y luego me vuelvo hacia el hombre que lo ha atado, que está esperando pacientemente—. Guíanos.

Asiente y se aleja a toda prisa, comprobando que le seguimos cada pocos pasos. Todo el mundo nos miran ahora; están asustados, pero por ahora están a salvo. Mantengo la cabeza alta mientras avanzo detrás del hombre. La mano de Ryder se posa en mi espalda mientras se inclina hacia mí.

—Como la auténtica reina Viper —murmura, haciéndome sonreír, mientras el hombre abre una puerta y nos conduce por el pasillo hasta las puertas batientes.

Las empuja y las sostiene para mí. Mis tacones repiquetean

cuando el suelo se convierte en baldosa. Entro y echo un vistazo a mi alrededor. Parece una cocina destartalada, donde la mayoría de los electrodomésticos han sido retirados, salvo las encimeras, y en el centro, bajo una vieja lámpara oscilante, hay un hombre atado a una silla de metal. Forcejea cuando entramos, mientras dos hombres de negro le observan desde cada pared. Cuando nos ven, se ponen firmes. Los ojos del hombre se abren de par en par al vernos en la habitación e intenta hablar, pero tiene los labios cubiertos de cinta adhesiva.

—Marchaos —exijo, y los guardias lo hacen de forma rápida y silenciosa, dejándonos solo a nosotros, los Vipers.

Me acerco, le paso los dedos por el brazo atado y por el hombro hasta situarme detrás de él, entonces me inclino hacia su oreja.

—¿De verdad creías que podías robarnos? —susurro.

Los chicos me miran, parecen tensos y furiosos, salvo Diesel, que parece no decidirse entre follarme o matar a este tipo. Probablemente haría las dos cosas si dependiera de él. En lugar de eso, se sienta sobre una encimera y balancea las piernas, sin dejar de fumar mientras me mira.

—¿Creías que podías engañar a las serpientes? —susurro, y le lamo la oreja, con los ojos puestos en mis chicos mientras lo hago. Siento que el hombre se estremece, pero es de miedo, no de lujuria —. Nadie se queda con lo que es nuestro. Vas a desear estar muerto antes de que acabemos.

Me enderezo y deslizo la mano por su otro hombro, rodeándolo mientras forcejea con la voz apagada desde detrás de la cinta. Me dejo caer sobre su regazo y le pongo un dedo en la boca por encima de la cinta.

—Calla, no he dicho que pudieras hablar —digo, y me inclino hacia él, balanceándome sobre su regazo, pero entonces una mano me agarra del pelo y tira de mi cabeza hacia atrás mientras sonrío. El hombre deja de forcejear, se queda quieto, con la cara pálida y los ojos muy abiertos y asustados.

—No lo toques, cariño —dice una voz grave y mortífera junto a mi cabeza, mientras unos labios tocan mi mejilla—. O tendré que matarlo antes de que nos divirtamos.

Sonriendo, le guiño un ojo al hombre.

—Son tan posesivos…

Traga saliva, así que rápidamente agarro la cinta adhesiva y se la arranco. Cuando grita, le doy un puñetazo que le hace girar la cabeza a un lado.

—Te he dicho que no hables —gruño, antes de levantarme y girarme hacia Kenzo. Le acaricio la polla con la mano, que siento dura y pesada contra mi palma—. Entonces tendré que dirigir los movimientos desde un lado, Viper.

Sus ojos se oscurecen, me agarra la mano con fuerza y me aprieta, haciéndome jadear mientras curva los labios. Me agarra las caderas de repente y, levantándome sin esfuerzo, me deja sentada sobre la encimera al lado de Diesel, y se abre paso entre mis muslos.

—Dinos qué quieres que le hagamos, cariño, y lo haremos, no vayas a manchar ese vestido tan bonito.

Me besa y retrocede. De pronto me cogen la mano y, cuando vuelvo la cabeza, Diesel me está lamiendo la sangre de los nudillos, lo que me hace reír. Me guiña un ojo y lleva mi mano a su erección mientras se inclina hacia mí.

—Verte trabajar es muy excitante, pajarito. Vamos a tener que hacer esto más a menudo.

—Es una cita —prometo, mientras me vuelvo para ver a Garrett despojándose de la camisa y crujiéndose los nudillos. Ryder se acerca y se reclina a mi lado. Se ajusta los gemelos mientras observa al hombre. Kenzo está a su lado, con el cuerpo vibrando de ira. Diesel me besa la mejilla y se baja de un salto, luego se quita la cazadora de cuero y la deja sobre mi regazo mientras hace girar sus hombros y empieza a merodear hacia el hombre.

—Entonces, amor, ¿qué quieres que le hagamos? —Ryder me mira, entregándome todo el control.

Soy la puta reina de los Viper.



68
KENZO

Ha tocado a mi chica. No importa que fuera ella quien empezara, él morirá aquí. Pero antes pagará por robarme, por robarnos en mis putas narices. Tiembla de miedo mientras nos mira a los tres, pero no le tocamos, pues esperamos a que Ryder o Roxy den las órdenes.

—Chicos —nos llama, su voz ronca y aterciopelada va directa a mi ya dura polla. Verla tomar las riendas de esa manera… ver lo profunda que es nuestra relación, que es nuestra jodida reina, me hace querer romper el vestido con el que me provocó y hundirme en su coño húmedo y tembloroso. Pero eso puede esperar por ahora, los negocios son lo primero.

Todos nos volvemos hacia ella, y el hombre de la silla también la mira, sabiendo que ella está a cargo de su destino.

—Diviértete un poco, ¿vale? —Sonríe mientras se inclina hacia Ryder, posando la barbilla en su hombro como si fuera su apoyo y no el hombre más aterrador de la ciudad—. Quiero que sangre.

Diesel le lanza un beso.

—Tus deseos son órdenes, pajarito.

Le guiño un ojo y me doy la vuelta mientras Garrett se acerca y le golpea la cara con el puño una y otra vez, hasta que le hincha un ojo, le rompe nariz y le empiezan a sangrar los labios. Todos intentamos impresionar a Roxy.

Cuando la miro por encima del hombro, nos observa con ojos hambrientos. Ryder sigue sosteniéndola con una mano en el muslo, que acaricia trazando círculos mientras ella separa las piernas, lo que

me hace gemir y darme la vuelta.

Sabía que los chicos estaban ocupados esta noche. Ryder estaba reunido con el cuerpo de seguridad para la casa nueva, Diesel concentrado con los arreglos de la mazmorra y Garrett examinaba los nuevos gimnasios que vamos a comprar, pero en cuanto ella los llamó, han venido corriendo. Casi me río al ver llorar a este hombre.

—Por favor, por favor —balbucea, mirando a Roxy—. ¡Te devolveré todo el dinero!

—¿De verdad? —pregunta, incorporándose de un salto para acercarse y ponerse delante de Diesel—. Pero un pajarito me ha dicho que ya te lo has gastado…, ¿es cierto? —pregunta mientras D la besa por el cuello.

Él traga saliva y murmura algo, así que le doy con el puño en la cara.

—Cuando ella habla, tú respondes.

Grita pero asiente.

—Tuve que pagar a algunas personas, pero si me das tiempo puedo…

Ella resopla y lo aparta.

—Bla, bla, nos has robado, y creo que lo mejor será cobrarlo de tu carne.

Ella me mira.

—Kenzo, ¿qué piensas?

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Parece justo. Dime otra vez cuánto has robado —le pregunto.

Él grita pero contesta.

—Cuarenta mil —susurra.

—Sí, es justo. Si puedes sobrevivir a cuarenta minutos de tortura, eres libre. —Asiento y ella se ríe.

—A partir de ahora —ronronea, y da un paso atrás. Ryder la rodea con sus brazos y la arrastra contra su pecho mientras cercamos a nuestra víctima como buitres—. Buena suerte.

Garrett empieza primero. Lo mantenemos al borde de la inconsciencia, sin dejar que se desmaye, y cuando Garrett retrocede, me toca a mí. Hago rodar los dados sobre mis dedos mientras lo miro.

—Di un número.

Niega con la cabeza, todavía llorando.

—Di un número —repito—. Si aciertas, te soltaremos.

—¿Y si no? —gime, haciéndome sonreír de oreja a oreja.

—Bueno, entonces tendría que cobrarme mis ganancias, por supuesto —comento con amabilidad, y él llora más fuerte hasta que Garrett le golpea la nuca—. Di un número.

Grita una cifra mientras lanzo los dados al aire y los atrapo con la mano cerrada. Le miro fijamente y abro la palma de la mano para mostrarle los dos dados.

—Uy, mala suerte —anuncio, lo que hace que vuelva a forcejear en la silla. Le golpeo el estómago con el puño en rápida sucesión. Que no luche siempre no significa que no sepa hacerlo, después de todo.

Jadea cuando doy un paso atrás, y se le cae la cabeza hacia delante mientras intenta replegarse sobre sí mismo.

—Otro —exijo.

—Catorce —resopla.

Tiro los dados y vuelvo a reírme.

—No, te has equivocado, y yo que pensaba que se te daban bien las apuestas. —Chasqueo la lengua mientras le agarro los dedos de la mano izquierda y le rompo tres con rapidez—. Otra vez.

—Por favor, por favor, Dios, no, por favor —solloza.

—¡Otra vez! —rujo, mientras tiro los dados.

—Nueve —susurra.

—No. —Sonrío, saco la navaja del tobillo y se la clavo en ambas rodillas antes de soltarlo, limpiar la hoja en su camisa y volver a meterla en la funda.

—Mi turno —murmura Diesel, y yo sonrío, sabiendo que ha estado esperando pacientemente, pero ya se ha cansado. Me guardo los dados y me inclino hacia la cara del hombre.

—Deberías haberlo adivinado. D va a hacer que desees estar muerto —prometo mientras retrocedo, viendo como llora y sangra.

Oigo a Roxy antes de que se apriete contra mi espalda para ver trabajar a Diesel.

—Ryder se puede encargar de esto…, ¿te apetece dar una vuelta?

—ronronea, y cuando me vuelvo, sonríe y se aleja un poco más, recorriendo mi cuerpo con la mirada—. Puede que incluso te deje recoger tus ganancias, cariño. —Se da la vuelta y, con un gesto hacia los demás, desaparece por las puertas batientes.

Ryder me da una palmada en el hombro mientras la sigo con la mirada.

—Será mejor que la folles antes que vaya yo, hermano —bromea mientras la sustituye. Asiento y corro tras ella, persiguiéndola por el club. Me espera en la puerta, la cojo de la mano y la arrastro fuera mientras se ríe. Mueve las llaves del coche con la otra mano, pero cuando va a abrir la puerta, la empujo y la beso con fuerza.

Gime contra mi boca y engancha la pierna contra la mía mientras nuestras lenguas se enredan. Me retiro jadeando.

—Será mejor que pises el acelerador, cariño, o podría follarte en el coche.

Ella gime y sus pupilas se dilatan por la necesidad mientras yo me río. La aparto de la puerta, se la abro y ella se desliza en el interior. La cierro con suavidad antes de apresurarme por el otro lado. Acelera el motor y siguiendo mi consejo, sale disparada del club. Los dos sentimos la necesidad que siempre vibra entre nosotros.

Puede que haya sido el primero en follar a Roxy, pero nunca seré el último. Me parece bien, siempre que siga mirándome como lo hace ahora. Me contempla con los ojos llenos de lujuria y necesidad, y se estremece un poco por lo que sabe que está por venir.

—Más deprisa —le exijo, estiro la mano para recorrer su muslo con la palma y le subo el vestido. Ella gime y da un volantazo. Apenas miro hacia el exterior hasta que nos detenemos de repente y me doy cuenta de que estamos en un aparcamiento. Aparca al fondo, bajo unos árboles, donde las farolas no funcionan. Está vacío y tranquilo, fuera del camino. Está claro que ella tampoco puede esperar.

Gira la cabeza y, en cuanto nuestras miradas se cruzan, la necesidad estalla. Alargo la mano, la agarro por la nuca y la arrastro hacia mí. Nuestros labios chocan en una ráfaga de dientes y lenguas. Me recorre el pecho con la mano, intenta abrirme la camisa mientras yo me río sin aliento y me echo hacia atrás. Pero no hay

mucho espacio en este coche y ella gime de frustración.

Salgo y rodeo el coche para abrir su puerta mientras ella vuelve la cabeza hacia mí confundida.

—Fuera, cariño.

Sale y yo la empujo contra el lateral del coche. Le subo la mano por el vestido y le acaricio el coño a través de la tela mientras vuelvo a besarla. Ella gime en mi boca al tiempo que bajo la mano y me deslizo por debajo de su tanga para acariciar su coño. Está mojadísima, sin duda la ha excitado vernos trabajar, nuestra chica sucia. Me muerde el labio en señal de castigo, haciéndome reír mientras deslizo dos dedos en su interior, aunque no son mis dedos lo que quiere.

—Tu polla, ya —exige, así que saco los dedos y dibujo la humedad sobre sus labios antes de lamérselos.

—Ya no mandas tú, cariño. Sube tu hermoso culo al capó y separa las piernas —le ordeno, mientras me aparto y me desabrocho el cinturón. Luego me bajo la cremallera de un tirón mientras ella me mira, con los labios entreabiertos y temblando ligeramente—. Ya —le digo.

Resopla, pero se aparta del coche y se acerca al capó para intentar subirse a él, pero es pequeña y resbala, así que la agarro por las caderas y la ayudo a izarse. A continuación, le pongo una mano en el pecho y la empujo para que se eche hacia atrás. Su pelo platino se extiende por la superficie mate y sus pechos casi rebosan del vestido al moverse. La sujeto con una mano, le quito el tanga y me lo meto en el bolsillo mientras vuelvo a acariciarle el coño.

—He estado imaginando que te follo encima de este coche desde que te lo compré —admito.

—Bueno, no queremos que esas fantasías se desperdicien, ¿verdad? —murmura, arqueándose mientras se pasa una mano por el cuerpo, se acaricia los pechos a través del vestido y vuelve a empujar su sexo contra mi mano—. ¿A qué esperas? ¿Quieres que hagamos una apuesta? Te propongo una: hazme gritar para que me oiga todo el mundo y te chuparé la polla todos los días esta semana. Si no lo haces, tendrás que tatuarte mi nombre en el culo.

Me inclino y la beso con un gemido.

—Trato hecho, cariño.

Echa la cabeza hacia atrás y me mira mientras respira con fuerza. Arrastro un dedo por su coño y rodeo su clítoris antes de tirar de él mientras me mira. Gime, se le cierran los ojos mientras arquea las caderas y se deja tocar. Sigo acariciándole hasta que está a punto de correrse y entonces me aparto, haciéndola gruñir.

—Creía que querías mi polla, cariño. —Me burlo, mientras me la envuelvo con la mano y la presiono contra su coño. Me arrastro hacia adelante y hacia atrás por su calor húmedo hasta que ella empieza a gritar de nuevo, convirtiéndose en masilla en mis manos.

—Oh, por el amor de Dios, Kenzo, si no… —La penetro de golpe, y su amenaza se corta con un gemido mientras se retuerce bajo mis manos. Noto cómo su apretado coño se cierra a mi alrededor mientras la luna brilla sobre nosotros.

Le golpeo el clítoris con fuerza y rapidez, me retiro y la vuelvo a penetrar, haciendo que se mueva con los envites. La veo estirar las manos a ambos lados sobre el capó del coche mientras levanta las caderas para recibir mis embestidas. Me muevo con la velocidad de un demonio; va a ser un polvo rápido, pues sé que nos pueden pillar en cualquier momento, pero eso lo hace mucho más excitante.

El corazón me retumba en el pecho mientras me inclino sobre ella y le agarro el cuello con fuerza sin dejar de follarla. Ella lo resiste todo como una buena chica, sube los muslos y me rodea la cintura para mantenerme pegado a ella mientras su apretado coño se contrae a mi alrededor. Está muy cerca.

—Maldita sea, Roxy, ¿cómo puedes ser tan perfecta? Incluso cuando luchas contra mí, haces que sea fácil quererte, desearte… —murmuro antes de lamerla desde la barbilla hasta el pecho, donde beso su corazón—, necesitarte… Solo me siento vivo cuando estoy dentro de ti.

Grita, arquea el pecho y se aprieta contra mí, haciéndome gemir. Contengo la eyaculación mientras lucho por abrirme camino en su coño, penetrándola con fuerza. Nuestros jadeos y el golpeteo de nuestros cuerpos resuenan en la silenciosa noche.

—¡Kenzo! —grita, y abre los ojos buscando los míos, justo cuando deslizo la mano entre nuestros cuerpos para acariciarle el clítoris;

necesito ver cómo se corre. Grita con fuerza, y sube las manos para aferrarse a mis hombros mientras se impulsa contra mí, provocándome y restregándose hasta que no puedo contenerme más.

La liberación me atraviesa con un rugido, reclamando por cada célula de su apretado sexo y sus gritos. Exploto, derramándome dentro de ella mientras me hundo hasta la empuñadura, haciendo que sienta cada puto centímetro.

Cuando termino, dejo caer la cabeza y noto que sus piernas tiemblan alrededor de mi cintura, pero me quedo ahí, inmóvil. Nos abrazamos, sabiendo que deberíamos movernos, pero sin querer separarnos. No nos entregaron a Roxy para que fuéramos unos hombres mejores; no, nos la dieron para que lucháramos más, para que tuviéramos algo que amar y por lo que volver a casa. Para matar. Para morir por ella.

Nos ha vuelto a dar un propósito.

Una familia.

Y un día, puede que nos casemos y tengamos hijos, o puede que no. Soy un cabrón celoso, y compartir su atención con unos niños… Sí, Diesel probablemente también enloquecería. En cualquier caso, ahora estamos juntos para siempre. Nada ni nadie puede interponerse entre nosotros.

—Te quiero, cariño. —Busco sus ojos, las estrellas brillan sobre nosotros, pero ninguna se compara con la que tengo entre mis brazos—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, pero me gusta más tu polla —se ríe.



69
RYDER

—La apertura es dentro de un mes, fijaremos una fecha más adelante. Ya me he puesto en contacto con las revistas gastronómicas y vinícolas locales, así como con algunos *influencers* para darles visibilidad. El departamento de *marketing* se encarga de las redes sociales y ya tengo un gerente. El edificio está terminado y lo están decorando mientras el personal aprende las rutinas. Lo he mantenido lo más fiel posible a un bar de mala muerte, pero con lujo y comida increíble, todo al estilo de la comida de bar, hamburguesas y alitas…

Se queda callada mientras miro las notas. Está muy nerviosa. Lo noto en su voz. Puede que en parte, la operación esté financiada con su dinero, pero ya me ha dicho que no se hace ilusiones, sabe que la oportunidad de ser más de lo que nunca pensó que podría ser, de hacer crecer su negocio y devolver algo a esta ciudad… y al hombre que la salvó, Rich, se la hemos dado nosotros. Rich es un nombre muy apropiado, y me he encargado de que amplíen su fotografía para colocarla sobre el mostrador.

Será una sorpresa para ella cuando se abra.

Me reclino en la silla y aprieto los dedos mientras ella agita nerviosa los suyos frente a mi escritorio. No suelo ver a Roxy nerviosa y me provoca ternura. Sin embargo, no debería preocuparse, se ha convertido en toda una mujer de negocios. Tiene buen ojo para el personal y grandes ideas, y con nuestra ayuda y la de su gente, llegará lejos. No me cabe duda de que su cadena de

bares despegará con fuerza. La mezcla de encanto rústico y de antro, con cócteles y comida de lujo, y el ambiente oscuro y malhumorado son perfectos.

—Me encanta —digo, y ella sonríe de repente, relajándose—. De verdad, amor. Es increíble, y los números te avalan. La presencia *online* hasta ahora es asombrosa. Va a ser increíble. —Suspira y vuelve a recoger los papeles de la carpeta—. Él estaría muy orgulloso de ti.

Se queda paralizada, y sus ojos se llenan de lágrimas mientras parpadea y me mira.

—¿Tú crees? —pregunta en voz baja.

Asiento y me inclino sobre el escritorio para tomar su mano entre las mías.

—No tengo ninguna duda. Te has convertido en una mujer increíble, Roxxane. Fuerte, segura, y con esto no será diferente.

Ella sonríe, pero es una sonrisa triste.

—Eso espero. Una de las últimas veces que lo vi, me dijo que siempre esperaba que yo hiciera algo por mí misma, que podría llegar lejos si lo intentaba…, si dejaba mi miedo a un lado. Era como si viera a través de mí. Por eso me donó el bar, para ayudarme, para darme un empujón… Solo espero que vea que por fin le he escuchado.

Le aprieto la mano y tiro de ella. Se levanta y rodea el escritorio mientras yo la estrecho entre mis brazos. Se acurruca contra mí, con la cabeza apoyada en mi pecho, mientras le acaricio la espalda.

—Estaría muy orgulloso, y yo también. Nadie podrá pararte nunca, Roxxane, cuando te propongas algo. Esto es solo el principio, amor.

Suspira, se inclina y me besa.

—Dios, a veces eres demasiado perfecto para ser verdad. —Un destello de picardía ilumina sus ojos cuando se levanta y me despeina, haciéndome resoplar—. Así está mejor.

—¿Sabes algo de Garrett? —pregunto mientras cojo el móvil y me pongo a mirar los correos y mensajes. Ninguno de mis hermanos ha escrito nada, así que lo dejo de nuevo sobre el escritorio y me centro en la mujer que tengo entre los brazos.

—Me ha enviado una foto de su polla hace una hora —murmura.

Parpadeo y ella se ríe—. Se la he pedido yo. Todavía está fuera, clasificando los gimnasios que quiere adquirir mientras piensa cómo sacar a los chicos de la calle para llevarlos allí con la idea de que consigan trabajo.

Asiento.

—Es un buen plan, les da una oportunidad si quieren aprovecharla, y algo de entrenamiento para saber protegerse.

—Sí, en realidad sois unos blandengues. —Se ríe, haciéndome entrecerrar los ojos y ella suelta una risita—. No se lo diré a nadie, vuestro secreto está a salvo.

—No somos blandengues —respondo.

Arquea una ceja y se incorpora para sentarse a horcajadas sobre mi regazo. Luego se reclina, apoyándose en el escritorio mientras me mira.

—¿En serio? Compráis gimnasios y refugios para indigentes para ayudar a los que sufren ¿Y qué me dices del dinero que envías cada mes a las organizaciones benéficas de la ciudad? ¿O la casa que has comprado para convertirla en un refugio seguro para niños sin hogar?

Entrecierro aun más los ojos, mi frialdad se derrite mientras ella me sonríe.

—Cariño, admítelo, sois unos blandengues.

—¿Blandengue? Ya te diré yo lo que es un blandengue —la amenazo, levantándola y dejándola caer sobre mi escritorio. Sus pupilas se dilatan y se ríe—. Tengo algo jodidamente duro para ti.

—¿Seguro? —se burla—. ¿Qué pasa, Ry? El poderoso Ryder es un blandengue —ronronea.

—¿Blandengue? —Me burlo de ella mientras le arranco las bragas, las lanzo a un lado, le abro de golpe los muslos y la arrastro hasta el borde del escritorio mientras me reclino en la silla—. Creo que te olvidas de quién soy, Roxxane.

—Oooh, *Roxxane*, creo que tengo problemas. —Se ríe.

—Los tienes, amor. Tócate y déjame mirarte, pero no te corras, ¿me has entendido? —ordeno, poniéndome cómodo en la silla mientras ella mira.

—¿Qué? —se ríe—. ¿Qué tal si me tocas de una puta vez?

—¿Qué tal si haces lo que te digo o te castigo y no lo vas a disfrutar? —digo bruscamente.

—¿Estás seguro? —bromea, pero se lleva la mano al muslo y se sube el vestido para mostrarme su brillante coño—. Sabes que me gustas. —Se frota el clítoris, baja la mano y rodea su entrada—. Eres cruel —añade mientras desliza un dedo en su interior—, y te odio.

Gruñendo, la miro embelesado.

—Otro dedo —exijo, controlándola, porque sé que le encanta cuando lo hago.

Me obedece y se le escapa un gemido mientras retira los dedos despacio y los vuelve a meter. Además, sube la otra mano por su muslo para frotarse el clítoris con desesperación.

—Mírame —ladro.

Alza la mirada mientras se masturba con los dedos. Sus caderas se elevan al encuentro de su mano mientras se frota y penetra. Se le acelera la respiración, se pone roja y el rubor le recorre el pecho; sé que está a punto.

—Para —le ordeno.

Continúa un momento y yo entrecierro los ojos.

—Para ya.

Gime, pero aleja los dedos y, mirándome, se los lame hasta dejarlos limpios. Mi polla se sacude dentro de mis pantalones, presionando de forma dolorosa contra la cremallera mientras la miro. ¡Joder!

—Quítate el vestido —ordeno, bajándome la cremallera mientras ella me mira. Se lo quita y lo deja caer, sus pechos se mueven y rebotan con el movimiento, suplicando por mi boca, pero me resisto por ahora—. Túmbate, sube las rodillas al pecho y mantenlas ahí.

Lo hace, rodeándose las espinillas con las manos y abriéndose para mí. Recorro con la mirada su coño húmedo, me relamo los labios mientras me pongo de pie y bajo los pantalones. Me acaricio mientras me acerco.

—Quédate así o me detendré, ¿entendido?

—Sí —gime—. Por favor, Ry.

Acaricio su coño, meto un dedo y lo retuerzo en su interior, haciéndola gritar antes de extraerlo y sustituirlo por mi polla. La dejo

sentir mi dureza y trata de empujarse hacia mí para tomarme, pero yo me retiro, y ella vuelve a quedarse quieta, jadeando sobre el escritorio. Mi propia Viper a mi merced.

Cuando se comporta, vuelvo a apretar la polla contra su entrada y, con un movimiento suave, me hundo dentro de ella hasta la empuñadura, la inclinación de sus caderas la hace gritar mientras se aprieta a mi alrededor. Siempre tan cerrada y mojada.

—Maldita sea, amor, es tan bueno. Mira tu coño, tan rosado, tan bonito, quieta como una buena chica.

Veo cómo su coño se traga mi polla mientras entro y salgo de ella. Sus dedos se ponen blancos por lo mucho que se contiene para no tocarme, intentando portarse bien por una vez.

—Ryder, joder —gime.

—Eres tan hermosa… Cada vez que estoy aquí, solo te veo a ti inclinada sobre mi escritorio, y eso hace que sea muy difícil trabajar —gruño, rodeando su clítoris con el dedo hasta que ella jadea y gime con fuerza—. Tan jodidamente duro, como mi polla cada vez que pienso en ti.

—Por favor —me suplica, y le doy un golpecito en la pierna.

—Quédate quieta, princesa —exijo mientras la penetro una y otra vez, frotándole el clítoris hasta que grita y se corre a mi alrededor. Solo entonces dejo que baje las piernas. Le doy la vuelta, la inclino sobre mi escritorio y la follo de verdad.

Responde con la misma intensidad, empujándose hacia atrás para recibir mis embestidas, con el pelo enredado en mi puño mientras le muerdo y lamo el cuello, donde su pulso martillea contra su piel.

—Me vuelves loco, joder —murmuro.

—Demuéstralo, enséñame cuánto —ordena con la voz ronca y el cuerpo cubierto por una fina capa de sudor. Entonces, vuelvo a lamerle el cuello y la penetro con salvaje abandono. El hielo al que una vez me aferré con tanta fuerza se ha convertido con ella en un charco de agua. Ha derribado todos mis muros.

Solo somos un hombre y una mujer enamorados.

Solo dos Vipers encerrados juntos.

—Te quiero —jadea, y yo gimo.

—Dilo otra vez —exijo. Nunca me canso de oírlo, sobre todo de

sus labios. Parece que solo lo dice cuando consigo romperle los esquemas.

—Te quiero, te quiero, te quiero —canturreo mientras recibe mis brutales embestidas—. ¡Te quiero! —grita, mientras me abalanzo sobre ella una vez más y me vacío en su interior y ella también se corre.

Nos desplomamos sobre el escritorio, yo todavía en su interior, y cuando empieza a impulsarse de nuevo, mi polla, cada vez más blanda, empieza a ponerse dura.

—Joder, amor.

—Anda, ponte a trabajar, señor Viper —ronronea, haciéndome soltar una risita.

—Todos los putos días —prometo, mientras empiezo a moverme de nuevo con empujones cortos que ella se mece para recibir—. Te amo, Roxxane, eres mi debilidad, mi amor.



70
ROXY

Los veo interactuar mientras me tomo el café. Esto se ha convertido en nuestra rutina matutina y me encanta. Ellos lo saben, así que siempre se aseguran de estar cada mañana. Garrett se ríe de algo que dice Diesel, Ryder niega con la cabeza y Kenzo sonríe.

Si me fijo bien, puedo ver el cambio que se ha producido en ellos desde la primera vez que me senté en esta misma silla…, bueno, veo también el cambio en mí misma… gracias a ellos.

—Tenemos algo que enseñarte, cariño —dice Ryder, arrancándome de mis pensamientos.

—¿Sí? —pregunto, y bebo el café de un trago—. ¿Algo bueno?

—Algo increíble —me corrige Kenzo, justo cuando estoy a punto de preguntar si se trata de sus pollas, y me da una palmada en el muslo—. Ve a prepararte.

Me visto con rapidez, emocionada, y me vendan los ojos cuando subimos al coche.

—Qué pervertidos —murmuro, haciéndoles reír. Pasa un rato e intento recordar las curvas, pero me aburro pronto de eso, y más cuando alguien empieza a acariciarme el muslo; los muy cabrones. Cuando por fin nos detenemos, me siento tensa e irritada. Las puertas se abren, y entonces una mano agarra la mía y me hace salir del coche. Siento lo que parece grava bajo mis pies cuando se colocan detrás de mí.

—¿Preparada, nena? —dice Garrett.

—Sí, enseñádmelo de una vez, capullos —les digo, haciéndoles reír

de nuevo mientras me quitan la venda.

Miro confusa la casa que tengo delante… Bueno, es más bien una puta mansión. Es negra. Una puta mansión negra. Echo un vistazo a los árboles que la ocultan. A la izquierda hay un garaje enorme. Las puertas dobles están abiertas y frunzo más el ceño. Sin duda es impresionante, absolutamente impresionante, y la verdad, nunca antes había visto una casa negra, sea de quien sea, es un puto genio.

—¿Qué es esto? —pregunto, confundida.

—Nuestro hogar. Ahora somos una familia y necesitamos algo más que un ático. Es para nosotros, para empezar con buen pie nuestro futuro. Es seguro y tenemos unas medidas de seguridad a prueba de bombas. Además, nadie sabe dónde está… —Ryder se interrumpe nervioso, así que Kenzo da un paso adelante y toma la palabra.

—Es para ti, cariño, para demostrarte que estamos comprometidos contigo para siempre. Este es nuestro hogar.

—Nuestro futuro —añade Diesel, y luego me guiña un ojo—. Incluso tiene un sótano para que juguemos.

—Y un gimnasio —murmura Garrett.

—Y un despacho para los dos —interviene Ryder.

—¿Para los dos? —susurro, mirando hacia atrás antes de chillar—. ¿Puedo entrar?

Asienten y se ríen, y yo atravieso las puertas como una niña embobada. Es preciosa. Las paredes son de un gris intenso y el suelo de mármol blanco con incrustaciones negras y doradas. Las escaleras están divididas en dos y se curvan hacia arriba. Es moderno, como el apartamento, pero noto la diferencia, estar aquí transmite calidez. Parece enorme y estoy deseando explorarla. Nunca he imaginado que tendría un hogar porque no era una opción plausible, pero ahora que estoy aquí… no puedo evitar pensar que es perfecto.

Solo le faltan los toques finales, como un montón de calaveras por todas partes…, aunque no de verdad. Sin embargo, prefiero no darle ideas a Diesel.

Ryder me coge de la mano y entrelaza nuestros dedos, guiándome a través de una puerta hacia la izquierda donde hay un salón con

una enorme televisión, cinco sofás de cuero, una mesa baja de centro y una alfombra. Al fondo de la enorme sala hay estanterías de caoba oscura. Grita lujo, pero también parece acogedor y muy yo…, muy nosotros.

—¿Esto es realmente nuestro? —susurro.

Asiente con la cabeza.

—No está terminado del todo, queríamos que eligieras algunos muebles, pero hay diez dormitorios y nueve baños, una piscina en la parte de atrás, un gimnasio, un garaje, dos despachos, una biblioteca, una sala de juegos, un sótano y mucho más. Es un hogar, amor, o como quieras llamarlo.

—Un hogar —murmuro, mientras unos brazos me envuelven por detrás.

—Nuestro hogar —susurra Kenzo emocionado—. Una oportunidad de no parecernos en nada a nuestro padre. Estará lleno de risas y, joder, probablemente haya algún derramamiento de sangre, pero estoy deseando vivir aquí, ¿y tú? —me ofrece con nostalgia.

Trago saliva y vuelvo a mirar a mi alrededor. Siento que todos me observan en busca de una reacción. No ha debido de ser fácil, pero ahora que estoy aquí, tienen razón, me siento como en casa. Me encanta el ático, pero estará bien tener más espacio. Casi resoplo. Dios, ¿desde cuándo un ático enorme no es suficiente para mí?

Y pensar que una vez fui una chica que vivía en un apartamento encima de un bar. Parece un cuento de hadas, solo que estos chicos no son los héroes, sino los villanos… incluso en el dormitorio.

Y eso solo hace que los quiera más.

Con ellos a mi lado, me giro y les miro a los ojos.

—Seguís diciendo que no queréis ser como vuestro padre. —Miro a Kenzo y Ryder—. Tu madre. —Miro a Diesel—. Tu ira y tu odio. —Entonces miro a Garrett—. Pero la cuestión no es quién no quieres ser, sino quién deseas ser. Creo que por fin os habéis decidido —susurro, con lágrimas en los ojos—. Y yo también. Quiero ser vuestra.

Cuando encuentras el amor, te aferras con fuerza. Es algo pequeño y frágil, y una vez que se va, deja un vacío y muchos recuerdos, todos lo sabemos. Recuerdos que desearías poder revivir,

pero de cada amor aprendes algo. Algo importante.

De mi madre, he aprendido a ser fuerte.

De mi padre, he aprendido a aceptar el dolor.

De Rich, a amar mientras dura y que los finales no siempre son malos.

De mis Vipers, que el amor es incondicional y que puede llegar en los momentos y lugares más insospechados.

¿Y de mí misma? De mí he aprendido que está bien quererse a uno mismo. Incluso las partes más oscuras. No importa la forma, el tamaño o la rareza con la que hayas nacido. Abraza tus cicatrices y nunca te avergüences de ser quien eres, porque solo tú eres tú.

Y si tú no te quieres, ¿cómo van a quererte los demás?

Soy imperfectamente perfecta. Soy amante y luchadora. Soy fuerte y débil. Puedo ser cruel y asesina, pero también amable y sanadora. Soy todas esas cosas, y amar mis debilidades significa que puedo abrazar mis fortalezas y ser justo quien quiero ser.

Con sus brazos a mi alrededor y nuestra nueva casa sobre nuestras cabezas, albergo esperanza. Esperanza de un futuro mejor y de que, por primera vez, la oscuridad pueda ser algo bueno.

Soy suya.

Son míos.

Y ha llegado el momento de empezar nuestras vidas juntos.



Epílogo
ROXY

Seis meses después…

—¿A dónde vamos? —pregunto por octava vez. He estado ocupada ultimando los detalles del decimoquinto bar. Eso es, el decimoquinto: son un éxito. Despegaron con tanta rapidez que ni siquiera sabía qué hacer. Supongo que ahora también soy rica. No es que a los chicos les importe, siguen mimándome como si estuvieran compensando toda una vida de abandono.

Se lo permito, por supuesto.

Los últimos seis meses han sido un torbellino. Nos mudamos a nuestra casa hace un par de meses, y aún no está terminada, pero casi. Me encanta despertarme todos los días y desayunar con mis hombres. Ryder sigue muy ocupado con el trabajo y dirigiendo la ciudad. Garrett tiene ahora tres gimnasios nuevos, y se pasa la mayor parte del día ayudando a niños desfavorecidos y sin hogar a alcanzar nuevas oportunidades y encontrar salidas a sus difíciles vidas.

Diesel…, bueno, Diesel es Diesel. Se pasa el día inventando nuevos juguetes con los que torturarme a mí… y a cualquiera que se nos cruce en el camino. Después de todo, nunca rehuiremos un enfrentamiento. Supone demasiada diversión y el dinero debía tener su parte mala.

Kenzo abrió su vigésimo casino la otra semana, y celebró una gran

inauguración en la que aparecimos dándonos la mano y besándonos. ¡Joder!, hasta se hizo publicidad internacional. Si alguien supiera lo que somos de verdad… Casi me río, lo que hace que Kenzo me mire y me guiñe un ojo.

Lo que me lleva al día de hoy. Cuando me ha secuestrado en el bar y me han arrastrado hasta el coche.

—Lo juro por Dios, capullos, os voy a patear el culo. ¿Adónde vamos? —vuelvo a gritar, mientras entramos en un aparcamiento subterráneo. Todos parecen emocionados. Diesel casi rebota en el asiento y, en cuanto nos detenemos, sale y me arrastra con él.

Los demás se ríen mientras subimos unas escaleras, y cuando dan paso a un suelo de mármol, frunzo el ceño. Vamos directos al despacho del fondo. Es tarde, así que me sorprende abrir la puerta y ver a un anciano canoso vestido de juez, sentado detrás de un escritorio.

No parece sorprendido de vernos.

—En serio, ¿qué coño está pasando? —gruño—. ¿Os habéis vuelto a meter en líos? —resoplo.

—No, pero tú sí, pajarito —me murmura Diesel al oído mientras me da un azote, haciendo que suelte un chillido y me aparte. Voy directa a los brazos de Kenzo, que me besa.

—Será mejor que se lo digas ya —advierte Ryder, y Garrett se ríe.

—Suéltalo ahora mismo —le ordeno.

—¡Nos vamos a casar! —grita Diesel, y me sonríe de oreja a oreja mientras yo parpadeo.

—¿Qué coño dices? —grito, levantando las manos—. Se supone que hay que pedirlo… con un anillo… —tartamudeo.

—Esto no es legal —se queja el juez, y yo le lanzo una mirada fulminante.

—No se metas en esto —digo bruscamente, mientras me vuelvo hacia ellos—. Ya le habéis oído, no es legal, joder —gruño. Llevan meses pidiéndomelo, pero me niego a casarme solo con uno de ellos, crearía celos… Así que parece que mis hombres han decidido saltarse las normas una vez más: casarse todos conmigo mientras tomo oficialmente su apellido.

Ryder rodea el escritorio y levanta al juez. Me quedo boquiabierta

al darme cuenta de que está atado a la silla… ¡Han secuestrado a un puto juez! Diesel le pone una pistola en la cabeza, aún sonriendo como un loco.

—Es legal si nosotros lo decimos. —Se ríe—. Ahora cásate con nosotros.

No puedo evitar reírme. Se toparon con un problema y han encontrado una forma de solucionarlo…, una forma ilegal, por supuesto, pero hace que me derrita por dentro mientras los miro.

—Estáis jodidamente locos, os odio.

—Te odiamos también, amor. ¿Qué dices? ¿Quieres casarte, y ser una Viper de forma oficial?

—Por favor, ya sabemos que lo soy. —Resoplo—. A la mierda, casémonos.

—¡Ese es el espíritu! —Diesel se ríe, y Ryder da un paso adelante y se arrodilla con una caja en la mano. Garrett se arrodilla a su lado, también con una caja en la mano, y con un guiño al juez, Diesel hace lo mismo. Parpadeo y me río cuando Kenzo los imita. Los cuatro están de rodillas, todos con una cajita en la mano.

—Decidme que no hay cuatro anillos. —Gimo, aunque sonrío tanto que me duele la cara.

—¡Por supuesto! —Diesel sonríe y abre la suya para revelar una hermosa piedra anaranjada engastada en una banda con llamas grabadas en relieve.

Kenzo abre el suyo y me río al ver la piedra roja con unos dados tallados en el lateral del anillo.

—Cariño —murmura Garrett, atrayendo mi mirada, y abre la caja para revelar el anillo de Daphne—. Siempre fue tuyo, solo lo regalé por error.

Ryder se aclara la garganta, mientras las lágrimas llenan mis ojos, y abre su cajita para revelar un diamante tradicional, de aspecto frío y enorme.

—Roxxane Viper, ¿quieres ser nuestra?

—¡Para siempre! —Me río mientras se ponen de pie de un salto y me rodean—. Sigo odiándoos —murmuro, haciendo que todos se rían. Nos volvemos hacia el juez, que suspira pero parece disimular una sonrisa—. Bueno, está claro que estáis todos locos, pero a la

mierda, da igual. ¿Queréis…?

La ceremonia es rápida, gracias a D, que le dice al juez que se dé prisa porque quiere ponerme un vestido blanco y cubrirlo con nuestra sangre. Ryder me besa el primero, sellando el trato antes de pasarme a su hermano, que me inclina hacia atrás, haciéndome reír. Garrett encierra mis mejillas entre sus manos, sin necesidad de palabras, mientras me mira a los ojos y me besa con tanta ternura como si fuera de cristal.

Diesel se corta la mano y luego la mía, haciéndome jadear, y aprieta nuestras palmas sangrantes mientras me besa.

—Para siempre, pajarito.

Me echo hacia atrás y los miro a todos mientras esbozo una sonrisa.

Tengo el resto de mi vida para hacerles pagar por esto. Estoy impaciente y, a juzgar por la expresión de sus caras, ellos también.

He aprendido mucho desde que los conocí.

Como que la vida no está garantizada, sino que está formada por miles de pequeños momentos que abarcan toda la existencia. Las elecciones, las acciones, todas y cada una de ellas nos llevan por caminos diferentes. Mi camino, mi elección, me llevó a ellos. Cuatro hombres que vieron más allá de mi exterior y de mi coraza, más allá de mi lengua afilada y mi ira, a la mujer que había debajo. La hermosa y defectuosa superviviente, porque eso es lo que soy.

Una superviviente.

Una guerrera.

Una reina.

Una Viper.

Soy todo eso y mucho más. Cuando mi camino me llevó por los senderos más oscuros, encontré la fuerza para seguir adelante en los momentos más negros. Cuando supe que mis padres no me querían, cuando me rompieron el corazón, seguí adelante. Cuando me quedé sola por primera vez, cuando el miedo era mi compañero constante…, elegí seguir adelante.

O cuando sostuve la mano del primer hombre al que amé, el que me ayudó a salvarme, mientras moría, elegí luchar. Elegí seguir adelante cuando vi cómo el arrepentimiento y los deseos llenaban

sus ojos empapados de lágrimas mientras su frágil mano se aferraba a la mía, su voz ronca y su piel gris…. Pero en ese momento aprendí una lección que me acompañaría siempre. La muerte nos llega a todos, y hasta que llega, tenemos que hacer todo lo posible por disfrutar. Por vivir nuestra vida al máximo, por no arrepentirnos nunca. Por amar tan profundamente que se podría llenar un océano, por no dejar que el miedo te impida ser quien quieres ser.

Porque si no lo haces, si dejas que gane el miedo, el arrepentimiento te devorará y será lo único que tengas al final.

Me niego a ser así, me niego a arrepentirme de mi vida o de quién soy. Así que los elijo cada maldito día cuando me despierto. Cuatro hombres imperfectos, con cicatrices, poderosos. Incluso cuando es difícil, incluso cuando el mundo está en nuestra contra, los elegiré siempre, una y otra vez, y ellos me elegirán a mí. Mi corazón es suyo, y el suyo mío.

No somos perfectos. Somos delincuentes, jugadores, luchadores, empresarios y asesinos.

Pero estos cuatro criminales son mi felicidad.

Son mi vida.

Son mi hogar, y dondequiera que nos lleve el camino ahora, lo recorreremos juntos.

Solo cinco víboras entrelazadas en una guarida.

Hasta el final.